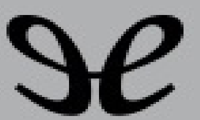
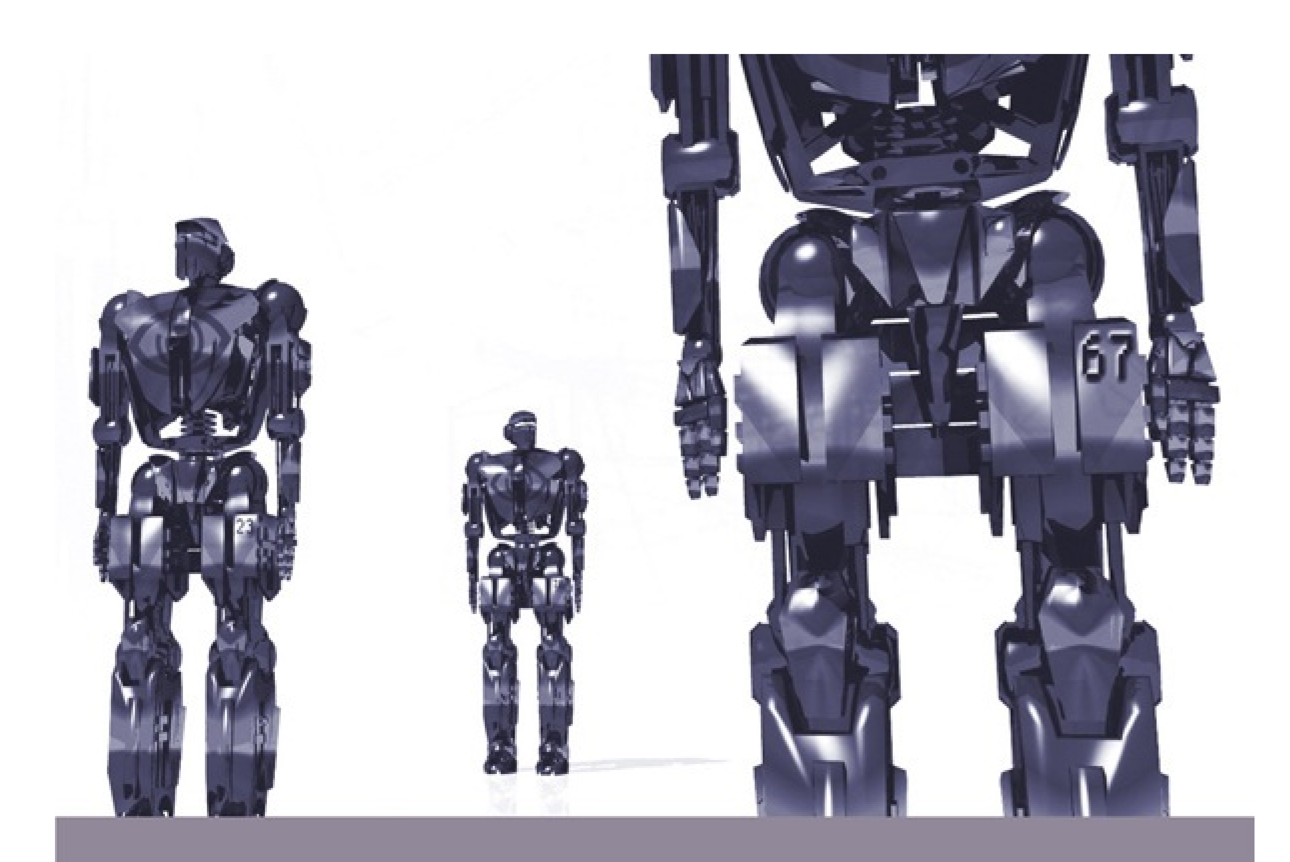
ASIMOV

LOS ROBOTS DEL AMANECER





ASIMOV

LOS ROBOTS DEL AMANECER



Basándose en sus rigurosos conocimientos científicos, Asimov ofrece una visión de lo que puede ser en siglos venideros la vida humana en el cosmos.

Los robots del amanecer relata cómo en el planeta Aurora los hombres y sus robots vivían en una armonía aparentemente perfecta hasta el instante en que el robot más avanzado fue asesinado.

¿Ocultaba la muerte del androide una lucha despiadada por el control del Universo?



Isaac Asimov

Los robots del amanecer

Saga de la Fundación: Serie de los Robots - 4

ePub r2.1
Titivillus 13.05.16

Título original: *The Robots of Dawn*
Isaac Asimov, 1983
Traducción: María Teresa Segur Giralt & Hernán Sabaté Vargas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Dedicado a Marvin Minsky y Josep F. Engelberger, que compendiaron (respectivamente) la teoría y la práctica de la robótica.

1. BALEY

1

Elijah Baley se encontró a la sombra del árbol y murmuró para sí: «Lo sabía. Estoy sudando».

Hizo un alto, se enderezó, se enjugó la frente con el dorso de la mano, y luego miró hoscamente el sudor que la cubría.

—Odio sudar —dijo en voz alta, como si enunciara una ley cósmica. Y una vez más se sintió irritado con el Universo por hacer que algo esencial fuese tan desagradable.

En la Ciudad nadie transpiraba jamás (a menos que lo deseara, por supuesto), ya que la temperatura y la humedad estaban totalmente controladas, y nunca era necesario que el cuerpo produjese más calor del que eliminaba.

Eso era la civilización.

Miró hacia el campo, donde unos cuantos hombres y mujeres estaban, más o menos, a su cargo. En su mayoría eran jóvenes, pero también había algunas personas de mediana edad, como él mismo. Araban la tierra con manifiesta torpeza, y desempeñaban toda una serie de labores que los robots estaban preparados para hacer… y harían con mucha más eficiencia si no les hubiesen ordenado que permanecieran al margen y esperasen mientras los seres humanos se ejercitaban obstinadamente.

Algunas nubes surcaban el cielo y en aquel momento el sol se ocultó tras una de ellas. Baley alzó la mirada con incertidumbre. Por una parte, eso

significaba que el calor directo del sol (y el sudor) disminuirían. Por otra, ¿sería una señal de que iba a llover?

Eso era lo malo del Exterior. Había que enfrentarse continuamente a alternativas desagradables.

Baley siempre se extrañaba de que una nube relativamente pequeña pudiese cubrir el sol en su totalidad, oscureciendo la Tierra de un horizonte a otro, aunque la mayor parte del cielo estuviese despejado.

Permaneció bajo el frondoso dosel del árbol (una especie de pared y techo primitivos que en aquellas circunstancias resultaban muy consoladores), y miró de nuevo hacia el grupo, examinándolo. Iban allí una vez por semana, hiciese el tiempo que hiciera.

Habían iniciado el experimento con un puñado de intrépidos colaboradores, pero su número se acrecentaba día a día. El gobierno de la Ciudad, si bien no respaldaba abiertamente el proyecto, se mostraba lo bastante benévolo como para no poner obstáculos.

Recortándose sobre el horizonte que se extendía a su derecha —hacia el este, a juzgar por la posición del sol vespertino—, Baley vio las numerosas cúpulas de la Ciudad, que encerraban todo aquello por lo que valía la pena vivir. También divisó un punto que se movía, pero estaba demasiado lejos para distinguirlo con claridad.

Por su modo de moverse, y por detalles demasiado sutiles como para describirlos, Baley tuvo la certeza de que era un robot, pero eso no le sorprendió. La superficie terrestre fuera de las Ciudades constituía el dominio de los robots, no de los seres humanos… a excepción de aquellos pocos, como él mismo, que soñaban con las estrellas.

Automáticamente sus ojos se volvieron de nuevo hacia los idealistas bañados en sudor, y fueron de uno a otro. Podía identificar y designar por su nombre a cada uno de ellos. Todos trabajando, todos aprendiendo a soportar el Exterior, y…

Frunció el ceño y masculló en voz baja:

—¿Dónde se habrá metido Bentley?

Y otra voz, que sonó a sus espaldas con una exuberancia algo jadeante, dijo:

—Estoy aquí, papá.

Baley giró en redondo.

—No hagas eso, Ben.

—¿Que no haga qué?

—Acercarte a mí de ese modo. Ya me cuesta bastante mantener el equilibrio en el Exterior sin tener que preocuparme también por las sorpresas.

—No pretendía sorprenderte. Es difícil hacer ruido cuando andas sobre la hierba, y no he podido evitarlo… Pero ¿no te parece que deberías regresar, papá? Ya hace dos horas que estás afuera y es más que suficiente.

—¿Por qué? ¿Porque tengo cuarenta y cinco años y tú eres un mocoso de diecinueve? Crees que debes cuidar de tu decrépito padre, ¿verdad?

Ben contestó:

—Supongo que así es. Eres un gran detective; has hecho una excelente labor de deducción.

Sonrió ampliamente. Tenía la cara redonda y los ojos chispeantes. Se parecía mucho a Jessie, pensó Baley; sí, se parecía mucho a su madre. No tenía nada de la cara alargada y solemne del propio Baley.

Y no obstante, Ben había heredado el carácter de su padre. A veces se sumía en una solemne gravedad que no dejaba lugar a dudas sobre la legitimidad de su origen.

—Estoy perfectamente —declaró Baley.

—Te creo, papá. Eres el mejor de todos nosotros, considerando…

—Considerando, ¿qué?

—Tu edad, por supuesto. Y no olvido que fuiste tú quien iniciaste todo esto. Sin embargo, he visto que te refugiabas bajo el árbol y he pensado, «Bueno, quizá el viejo ya haya tenido bastante».

—No me llames viejo —protestó Baley. El robot que había avistado en la dirección de la Ciudad ya estaba lo bastante cerca como para distinguirse con claridad, pero no le concedió importancia. Añadió—: Es lógico resguardarse de vez en cuando bajo un árbol si el sol brilla demasiado. Debemos aprender a utilizar las ventajas del Exterior tal como aprendemos a soportar sus inconvenientes… Ya vuelve a salir el sol.

—Sí, en efecto. Bueno, ¿significa eso que no quieres regresar?

—Puedo aguantarlo. Tengo una tarde libre a la semana y me gusta pasarla aquí. Es un privilegio inherente a mi clasificación C-7.

—No es cuestión de privilegios, papá. Es cuestión de cansarse demasiado.

—Te digo que me encuentro muy bien.

—Sí, claro, y cuando llegues a casa, te irás directamente a la cama y permanecerás largo rato en la oscuridad.

—Es un antídoto natural contra el exceso de luz.

—Y mamá se preocupa.

—Pues bien, que se preocupe. No le hará ningún daño. Además, ¿qué hay de malo en estar aquí? Lo peor es que sudo, pero tengo que habituarme a ello. No debo amilanarme por eso. Cuando empecé, ni siquiera podía andar todo este trecho desde la Ciudad, y tú eras el único que me acompañaba. Mira cuántos somos ahora, y hasta dónde puedo llegar sin fatigarme. Y también puedo trabajar mucho. Aún resistiré una hora más. Fácilmente… Te digo una cosa, Ben: tu madre también debería venir aquí.

—¿Quién? ¿Mamá? Tú bromeas.

—No, hablo en serio. Cuando llegue el momento de marcharnos, tendré que quedarme, porque ella no podrá irse.

—Y tú, tampoco. No te engañes a ti mismo, papá. Aún falta mucho tiempo para eso, y aunque ahora no eres demasiado viejo, entonces lo serás. Deja esa empresa para los jóvenes.

—¿Sabes una cosa? —dijo Baley, cerrando el puño—. Estoy harto de oírte alardear sobre «la juventud». ¿Acaso has salido de la Tierra alguna vez? ¿Ha salido de la Tierra alguno de ésos que están en el campo? Yo sí. Hace dos años. Fue antes de que iniciara esta aclimatación, y sobreviví.

—Lo sé, papá, pero fue durante muy poco tiempo y en cumplimiento de tu deber, y cuidaron de ti en una sociedad bien organizada. No es lo mismo.

—Es lo mismo —remachó Baley con obstinación, aunque en el fondo sabía que no lo era—. Y no tardaremos tanto en poder marcharnos. Si lograra que me dieran la autorización para ir a Aurora, aceleraríamos las cosas.

—Olvídalo. No será tan fácil.

—Hemos de intentarlo. El gobierno no nos dejará marchar sin el visto bueno de Aurora. Es el mundo espacial más grande y poderoso y lo que ellos dicen…

—¡Es ley! Lo sé. Hemos hablado miles de veces sobre esto. Pero no tienes que ir allí para obtener el permiso. Hay cosas como los hiperrelés. Puedes hablar con ellos desde aquí. Ya te lo he dicho muchas veces.

—No es lo mismo. Necesitamos establecer contacto personal, y eso también te lo he repetido muchas veces.

—En todo caso —repuso Ben—, aún no estamos preparados.

—No lo estamos porque la Tierra no quiere darnos las naves. Los espaciales nos las darán, junto con la ayuda técnica necesaria.

—¡Cuánta fe! ¿Por qué crees que los espaciales harían tal cosa? ¿Desde cuándo abrigan tan buenos sentimientos hacia unos seres de tan corta vida como los terrícolas?

—Si pudiera hablar con ellos… —Ben se echó a reír.

—Vamos, papá. Tú sólo quieres ir a Aurora para ver de nuevo a esa mujer.

Baley frunció el ceño, y sus cejas se arquearon sobre los ojos hundidos.

—¿Una mujer? Jehoshaphat, Ben, ¿de qué estás hablando?

—¡Oh, papá! Entre nosotros, y sin que se entere mamá, ¿qué sucedió con aquella mujer de Solaria? Ya soy mayor. Puedes contármelo.

—¿Qué mujer de Solaria?

—¿Cómo puedes mirarme a la cara y hacerte el despistado hablando de una mujer a la que todos vimos en el drama emitido por hiperondas? Gladia Delmarre. ¡Esa mujer!

—No sucedió nada. Esa emisión fue una estupidez. Te lo he dicho miles de veces. Yo no le interesaba. Ella no me interesaba. Todo aquello fue una patraña, y sabes que se hizo en contra de mi voluntad, sólo porque el gobierno pensó que contribuiría a que los espaciales nos miraran con buenos ojos. Y te aconsejo que no insinúes otra cosa a tu madre.

—¡Ni soñarlo! De todos modos, esa Gladia fue a Aurora, y tú te empeñas en ir a Aurora.

—¿Piensas sinceramente que mi razón para querer ir a Aurora…? ¡Oh, Jehoshaphat! —Su hijo enarcó las cejas.

—¿Qué ocurre?

—El robot. Es R. Gerónimo.

—¿Quién?

—Uno de los robots mensajeros de nuestro departamento. ¡Y ha venido hasta aquí! Es mi tarde libre y he dejado deliberadamente el receptor en casa porque no quería que me localizaran. Es mi privilegio como C-7 y, a pesar de ello, han enviado un robot en mi busca.

—¿Cómo sabes que viene en tu busca, papá?

—Simple deducción. Primero, aquí no hay nadie más que esté relacionado con el Departamento de Policía, y segundo, ese miserable chisme se dirige en linea recta hacia mí. Por eso deduzco que viene a buscarme. Debería esconderme detrás del árbol y no moverme de allí.

—No es una pared, papá.

El robot daría la vuelta al árbol. Y el robot llamó:

—Amo Baley, tengo un mensaje para ti. Te reclaman en la jefatura.

El robot se detuvo, esperó, y volvió a decir:

—Amo Baley, tengo un mensaje para ti. Te reclaman en la jefatura.

—Oído y comprendido —dijo Baley con voz inexpresiva. Tenía que decirlo o el robot habría seguido repitiendo.

Baley frunció ligeramente el ceño mientras inspeccionaba al robot. Era un modelo nuevo, un poco más humaniforme que los anteriores. Había sido desembalado y activado un mes antes, y con cierto grado de fanfarria. El gobierno siempre se esforzaba en hacer algo —lo que fuera— susceptible de generar una mayor aceptación de los robots.

Tenía una superficie grisácea con un acabado mate y un tacto levemente elástico (comparable al cuero, tal vez). La expresión facial, aunque bastante inmutable, no parecía tan idiota como la de la mayor parte de los robots. Sin embargo, mentalmente, era tan idiota como el resto.

Por un momento, Baley pensó en R. Daneel Olivaw, el robot espacial que había colaborado con él en dos misiones, una en la Tierra y otra en Solaria. Daneel era un robot tan humano que Baley podía tratarle como a un amigo e incluso encontrarlo a faltar, aún ahora. Si todos los robots hubieran sido así…

Baley dijo:

—Hoy es mi día libre, muchacho. No es necesario que vaya a la jefatura.

R. Gerónimo hizo una pausa. En sus manos se produjo una ligera vibración. Baley lo advirtió y comprendió que indicaba un cierto grado de conflicto en los mecanismos positrónicos del robot. Tenían que obedecer a los seres humanos, pero era muy frecuente que dos seres humanos quisieran dos tipos distintos de obediencia.

El robot tomó una decisión. Dijo:

—Es tu día libre, amo… Te reclaman en la jefatura.

Ben intervino con desasosiego:

—Si te necesitan, papá…

Baley se encogió de hombros.

—No te dejes engañar, Ben. Si realmente me necesitaran, habrían enviado un vehículo cerrado y probablemente habrían utilizado un voluntario humano, en vez de ordenar a un robot que hiciera esa caminata y me irritara con uno de sus mensajes.

Ben meneó la cabeza.

—No lo creo, papá. No sabían dónde estabas o cuánto tardarían en encontrarte. No creo que quisieran ordenar una búsqueda tan problemática a un ser humano.

—¿Sí? Bueno, veamos cuan tajante es esa orden… R. Gerónimo, regresa a la jefatura y diles que estaré en mi trabajo a las nueve. —Luego gritó—: ¡Regresa! ¡Es una orden!

El robot titubeó perceptiblemente, y luego se volvió, dio unos pasos, se volvió de nuevo, hizo un intento de ir hacia Baley y permaneció en el mismo lugar, con todo el cuerpo vibrando.

Baley interpretó esos signos como lo que eran y dijo a Ben:

—Tendré que ir. ¡Jehoshaphat!

Lo que alteraba al robot era lo que los roboticistas llamaban un equipotencial de contradicción de segundo grado. La obediencia constituía la Segunda Ley, y R. Gerónimo se veía enfrentado a dos órdenes aproximadamente iguales y contradictorias. El término vulgar para designar ese fenómeno era «bloqueo robótico», o con más frecuencia «robloqueo», para abreviar.

Lentamente, el robot se volvió. La primera orden era la más fuerte, aunque no mucho más, de modo que su voz sonó confusa.

—Amo, me advirtieron que podías decir eso. Entonces, yo debía decir… —Hizo una pausa, y luego añadió en tono ronco—: Yo debía decir… si estabas solo.

Baley inclinó la cabeza en dirección a su hijo, y Ben no esperó. Sabía cuándo Baley era su padre y cuándo era un policía, y se alejó apresuradamente.

Por un momento, Baley se sintió tentado de reforzar su propia orden y provocar un robloqueo casi total, pero eso seguramente causaría unos daños que requerirían un análisis positrónico y una nueva programación. Los gastos le serían deducidos del sueldo, y podían ascender fácilmente a la paga de un año.

Dijo:

—Retiro mi orden. ¿Qué debías decirme?

La voz de R. Gerónimo se aclaró inmediatamente.

—Debía decirte que te necesitan en relación con Aurora.

Baley se volvió hacia Ben y gritó:

—Dales otra media hora y luego diles que quiero que regresen. Yo tengo que irme.

Y mientras se alejaba a grandes pasos, preguntó con petulancia al robot:

—¿Por qué no podían ordenarte que lo dijeras inmediatamente? ¿Y por qué no pueden programarte para llevar un coche y así no tener que caminar?

Sabía muy bien por qué no lo hacían. Un accidente automovilístico causado por un robot desataría otro motín antirrobots.

No aflojó el paso. Aún faltaban dos kilómetros para llegar a la muralla de la ciudad y luego tendrían que sortear un intenso tráfico para alcanzar la jefatura de policía.

¿Aurora? ¿Qué clase de crisis les amenazaría ahora?

Media hora después Baley llegó a la entrada de la Ciudad y se preparó para lo inevitable. Aunque quizá —quizá— aquella vez no sucediera.

Llegó al plano divisor entre el Exterior y la Ciudad, la muralla que separaba el caos de la civilización. Colocó una mano sobre el cuadro de señales y apareció una abertura. Como de costumbre, no esperó a que la abertura fuese completa, sino que pasó a través de ella en cuanto fue lo bastante ancha. R. Gerónimo le siguió.

El centinela de servicio pareció sobresaltarse, como siempre que entraba alguien del Exterior. Cada vez se producía la misma expresión de incredulidad, la misma actitud de súbita alarma, el mismo movimiento de la mano hacia la pistola, el mismo ceño de incertidumbre.

Baley presentó su tarjeta de identidad con expresión severa, y el centinela le saludó. La puerta se cerró tras él… y sucedió.

Baley se hallaba dentro de la Ciudad. La muralla se cerró a su alrededor y la Ciudad se convirtió en el Universo. Volvía a estar inmerso en el sempiterno murmullo y olor a gente y maquinaria que pronto se desvanecerían tras los umbrales de la conciencia; en la luz artificial, suave e indirecta, que no tenía nada que ver con el fulgor parcial y variable del Exterior, con sus verdes y marrones, azules y blancos, y sus interrupciones rojas y amarillas. Aquí no había ráfagas de viento, ni calor, ni frío, ni amenaza de lluvia, sino la serena estabilidad de inapreciables corrientes de aire que mantenían un frescor constante. Aquí reinaba una combinación de temperatura y humedad tan perfectamente adaptada a los humanos que resultaba imperceptible.

Baley exhaló un profundo suspiro y se alegró de hallarse en casa y a salvo con lo conocido y conocible.

Era lo que siempre sucedía. Nuevamente, había aceptado la Ciudad como el claustro materno y había regresado a ella con regocijado alivio. Sabía que ese claustro materno era algo de lo que la humanidad debía salir para nacer. ¿Por qué siempre volvía a refugiarse en él de aquel modo?

¿Sería siempre así? ¿Resultaría, al final, que aunque pudiera sacar a otros de la Ciudad y de la Tierra y llevarlos a las estrellas, él mismo no sería capaz de ir? ¿Acaso nunca se sentiría a gusto más que en la Ciudad?

Apretó los dientes… pero no tenía objeto pensar en ello.

Dijo al robot:

—¿Te han traído en coche hasta este lugar, muchacho?

—Sí, amo.

—¿Dónde está?

—No lo sé, amo.

Baley se volvió hacia el centinela.

—Oficial, este robot ha sido depositado aquí hace menos de dos horas. ¿Dónde está el coche que le ha traído?

—Señor, he entrado de guardia hace menos de una hora.

En realidad, era absurdo preguntarlo. Los del coche no sabían cuánto rato tardaría el robot en encontrarle, de modo que no habían esperado. Baley tuvo el breve impulso de llamar a la jefatura, pero le dirían que tomara el expreso; sería más rápido.

El único motivo que le hizo titubear fue la presencia de R. Gerónimo. No quería viajar con él en el expreso, pero tampoco podía esperar que el robot se abriera paso hasta la jefatura a través de una multitud hostil.

No tenía alternativa. Indudablemente el comisario no estaba dispuesto a facilitarle las cosas. Le habría molestado no tenerle a mano, fuera su tarde libre o no.

Baley dijo:

—Por aquí, muchacho.

La Ciudad ocupaba más de cinco mil kilómetros cuadrados y contenía más de cuatrocientos kilómetros de expreso, más centenares de kilómetros de tributario, para servicio de sus veinte millones de habitantes. La intrincada red de comunicaciones se distribuía en ocho niveles distintos y había cientos de cruces con diversos grados de complejidad.

Como detective, Baley tenía la obligación de conocerlos todos, y así era. Si le hubieran llevado a cualquier lugar de la Ciudad con los ojos vendados, y allí le hubieran quitado la venda, habría sabido encontrar el camino a cualquier otro punto sin la menor vacilación.

Así pues, era indudable que sabía cómo ir a la jefatura. Había ocho itinerarios razonables entre los que escoger, pero titubeó un momento acerca de cuál estaba menos concurrido a aquella hora.

Sólo un momento. Luego se decidió, y dijo:

—Ven conmigo, muchacho. —El robot le siguió dócilmente.

Saltaron a un ramal que pasaba cerca de allí, y Baley se agarró a uno de los postes verticales: era blanco y cálido, y tenía una textura antideslizante. No se molestó en sentarse; el trayecto no sería largo. El robot había esperado el rápido gesto de Baley antes de colocar la mano sobre el mismo poste. También habría podido permanecer en pie sin agarrarse; no le habría resultado difícil mantener el equilibrio; pero Baley no quería correr ningún riesgo. Era responsable del robot y tendría que restituir la pérdida económica a la Ciudad si a R. Gerónimo le ocurriese algo.

En el ramal viajaban algunas personas más y todos los ojos se volvieron curiosamente —e inevitablemente— hacia el robot. Baley devolvió esas miradas una por una. Tenía un aire de autoridad que infundía respeto y todos los ojos se desviaron hacia otro lado.

Baley hizo otra seña al saltar del ramal. Ya había llegado a las pistas y avanzaba a la misma velocidad que la pista más cercana, de modo que no hubo de reducir la marcha. Baley saltó a esa pista más cercana y notó el azote del aire cuando se encontró fuera de la envoltura plástica.

Se inclinó contra el viento con la naturalidad de la práctica, levantando un brazo para contrarrestar la fuerza a la altura de los ojos. Siguió las pistas hacia abajo hasta el cruce con el expreso y luego empezó a subir en dirección a la pista rápida que bordeaba el expreso.

Oyó que un adolescente gritaba «¡Robot!» (él también había sido joven) y supo con exactitud lo que iba a suceder. Un grupo de ellos —dos o tres o media docena— se acercaría por una pista y, casualmente, el robot tropezaría y caería al suelo. Luego, si el caso llegaba a los tribunales, el muchacho detenido declararía que el robot había chocado con él y constituía una amenaza para la circulación, e indudablemente sería puesto en libertad.

El robot no podía defenderse y, mucho menos, testificar.

Baley reaccionó sin perder un segundo y se colocó entre el primero de los adolescentes y el robot. Pasó a una pista más rápida, levantó el brazo un poco más, como para defenderse de la mayor intensidad del viento, y un súbito codazo envió al muchacho a una pista más lenta para la que no estaba preparado. Gritó frenéticamente «¡Eh!» mientras se caía de bruces.

Los otros se detuvieron, evaluaron rápidamente la situación, y cambiaron de rumbo.

Baley dijo:

—Al expreso, muchacho.

El robot titubeó unos instantes. Los robots no estaban autorizados a viajar solos en el expreso. Sin embargo, la orden de Baley había sido terminante, y subió a bordo. Baley le siguió, y eso alivió al robot.

Baley se abrió paso a codazos entre la multitud de viajeros, empujando a R. Gerónimo para que fuera delante de él, para dirigirse hacia un nivel menos concurrido. Se agarró a un poste y mantuvo un pie sobre los del robot, volviendo a desviar todas las miradas con el fulgor de sus ojos.

Tras recorrer quince kilómetros y medio se encontró en el punto más próximo a la jefatura de policía y se apeó. R. Gerónimo se apeó tras él. Estaba intacto, sin un solo rasguño. Baley lo entregó en la puerta y aceptó un recibo. Verificó cuidadosamente la fecha, la hora, y el número de serie del robot, y luego se lo guardó en la cartera. Antes de que finalizara el día, haría las comprobaciones de rigor y se aseguraría de que la operación hubiera sido registrada en la computadora.

En aquel momento iba a ver al comisario, y conocía al comisario. Cualquier desliz por parte de Baley significaría una degradación inmediata. El comisario era un hombre implacable. Consideraba los pasados triunfos de Baley como una ofensa personal.

3

El comisario era Wilson Roth. Hacía dos años y medio que ocupaba el cargo, desde que Julius Enderby lo dejó vacante cuando el furor desatado por el asesinato de un espacial hubo cedido y pudo presentar la dimisión honorablemente.

Baley nunca se había adaptado por completo al cambio. Julius, con todos sus defectos, había sido su amigo al mismo tiempo que su superior. Roth sólo era su superior. Ni siquiera había nacido en la Ciudad. No en aquella Ciudad. Lo habían traído de fuera.

Roth no era demasiado alto ni demasiado gordo. Sin embargo, su cabeza era grande y parecía asentarse sobre un cuello ligeramente inclinado hacia delante en relación al torso. Eso le hacía parecer lento y pesado, tanto de cuerpo como de mente. Incluso tenía unos párpados caídos que ocultaban parcialmente sus ojos.

Daba la impresión de estar siempre amodorrado, pero jamás le pasaba nada por alto. Baley no tardó en descubrirlo cuando Roth se hizo cargo del departamento. Era consciente de que Roth no le gustaba. Aún era más consciente de que él no gustaba a Roth.

Roth no habló con petulancia —nunca lo hacía— pero sus palabras tampoco denotaron complacencia.

—Baley, ¿por qué es tan difícil encontrarle? —preguntó. Baley contestó en tono respetuoso:

—Es mi tarde libre, comisario.

—Sí, su privilegio como C-7. Sabe lo que es un transmisor de ondas, ¿verdad? Algo que recibe mensajes oficiales. Usted puede ser llamado en cualquier momento, incluso durante su tiempo libre.

—Lo sé muy bien, comisario, pero no hay ninguna norma que obligue a llevar encima un transmisor de ondas. Podemos ser localizados sin necesidad de ellos.

—Dentro de la Ciudad, sí, pero usted estaba en el Exterior… ¿o me equivoco?

—No se equivoca, comisario. Estaba en el Exterior. El reglamento no especifica que, en tal caso, deba llevar un transmisor de ondas.

—Se esconde tras la letra del estatuto, ¿verdad?

—Sí, comisario —respondió Baley con calma.

El comisario se levantó, desdoblando su cuerpo robusto y vagamente amenazador, y se sentó encima de la mesa. La ventana con vistas al Exterior, que Enderby mandara instalar, había sido tapiada y pintada hacía tiempo. En la habitación totalmente cerrada (más cálida y cómoda, por cierto) el comisario parecía más voluminoso.

Sin levantar la voz, dijo:

—Creo, Baley, que confía demasiado en la gratitud de la Tierra.

—Confío en hacer mi trabajo, comisario, lo mejor que puedo y de acuerdo con el reglamento.

—Y en la gratitud de la Tierra cuando quebranta el espíritu de ese reglamento.

Baley no objetó nada. El comisario añadió:

—Se ensalza su actuación en el caso del asesinato de Sarton, hace tres años.

—Gracias, comisario —dijo Baley—. Creo que el desmantelamiento de Espacioburgo fue una de las consecuencias.

—En efecto… y fue algo muy aplaudido por toda la Tierra. También se ensalza su actuación en Solaria hace dos años y, antes de que me lo recuerde, el resultado fue una revisión de los tratados comerciales con los mundos espaciales, lo cual favoreció considerablemente a la Tierra.

—Creo que eso consta en el informe, señor.

—Y el resultado es que usted se convirtió en un héroe.

—Yo no diría tanto.

—Le han ascendido dos veces, una después de cada misión. Incluso se hizo un drama de hiperondas basado en los sucesos de Solaria.

—Sin mi permiso y en contra de mi voluntad, comisario.

—De todos modos, le convirtió en una especie de héroe.

Baley se encogió de hombros.

El comisario, tras esperar una respuesta más explícita durante unos segundos, prosiguió:

—Pero no ha hecho nada importante en casi dos años.

—Es natural que la Tierra pregunte qué he hecho por ella últimamente.

—Así es. Sin duda pregunta. Todo el mundo sabe que usted es el impulsor de esa nueva moda consistente en salir al Exterior, trabajar la tierra y emular a los robots.

—Está permitido.

—No todo lo permitido es digno de admiración. Es posible que más personas le consideren peculiar que heroico.

—Eso estaría más de acuerdo con la opinión que yo tengo de mí mismo.

—El público tiene muy mala memoria. En su caso, lo heroico está desvaneciéndose rápidamente detrás de lo peculiar, de modo que si comete

un error tendrá serios problemas. La reputación en la que usted confía…

—Con todos los respetos, comisario, yo no confío en ella.

—La reputación en la que el Departamento de Policía cree que usted confía no le salvará, y yo tampoco podré hacerlo.

La sombra de una sonrisa pareció distender momentáneamente las hoscas facciones de Baley.

—No querría, comisario, que arriesgara su puesto en un intento desesperado por salvarme.

El comisario se encogió de hombros y esbozó una sonrisa igualmente leve y fugaz.

—No debe preocuparse por eso.

—Entonces, ¿por qué me dice todo esto, comisario?

—Para advertirle. No intento destruirle, por supuesto, de modo que le advierto una vez. Va a verse envuelto en un asunto muy delicado, en el cual puede cometer fácilmente un error, y le estoy advirtiendo que no debe cometer ninguno. —Aquí su cara se relajó en una sonrisa inconfundible.

Baley no respondió a esa sonrisa. Preguntó:

—¿Puede revelarme cuál es ese asunto tan delicado?

—No lo sé.

—¿Está relacionado con Aurora?

—Es lo que R. Gerónimo debía decirle, si era necesario, pero yo no sé nada al respecto.

—Entonces, ¿cómo sabe, comisario, que es un asunto muy delicado?

—Vamos, Baley, usted es un investigador de misterios. ¿Por qué viene un miembro del Departamento de Justicia de la Tierra a la Ciudad, cuando usted podría haber ido a Washington, como hizo dos años atrás en relación con el incidente de Solaria? Y ¿por qué esa persona del Departamento de Justicia frunce el ceño y parece irritada y se impacienta cuando no le localizamos instantáneamente? Su decisión de permanecer inaccesible ha sido un error, un error del que yo no soy responsable en absoluto. Quizá no sea fatal en sí mismo, pero considero que ha empezado con mal pie.

—Sin embargo, usted me retrasa aún más —dijo Baley, frunciendo el ceño.

—No lo crea. El enviado del Departamento de Justicia está tomando una pequeña colación; ya sabe cómo son los terrícolas. Se reunirá con nosotros cuando haya terminado. Le he avisado de su llegada, de modo que continúe esperando, tal como hago yo.

Baley esperó. En su momento, había comprendido que el drama emitido por hiperondas en contra de su voluntad, aunque favoreciera los intereses de la Tierra, perjudicaría su posición en el departamento. Le había presentado en relieve tridimensional frente a la llanura bidimensional de la organización que le había convertido en un hombre famoso.

Había accedido a una graduación superior y a mayores privilegios, pero eso también había incrementado la hostilidad del departamento hacia él. Y cuanto más arriba estuviese, más fuerte sería el golpe en caso de caída.

Si cometía un error…

4

El enviado del Departamento de Justicia entró, miró con indiferencia a su alrededor, dio la vuelta a la mesa de Roth y tomó asiento. Como oficial de mayor rango, tenía derecho a hacerlo. Roth se sentó tranquilamente en otra silla.

Baley permaneció en pie, esforzándose por no revelar su sorpresa.

Roth podía haberle advertido, pero no lo había hecho. Por el contrario, había escogido cuidadosamente las palabras para no darle ningún indicio.

El enviado del Departamento de Justicia era una mujer.

No había ninguna razón para que no fuese así. Cualquier funcionario podía ser una mujer. El secretario general podía ser una mujer. También había mujeres en el cuerpo de policía, e incluso una mujer con el grado de capitán.

La cuestión era que, sin previo aviso, uno nunca lo esperaba. En algunas épocas de la historia las mujeres habían ocupado puestos administrativos en número considerable. Baley lo sabía; conocía bien la historia. Pero aquélla no era una de esas épocas.

Era una mujer bastante alta y se sentaba muy erguida en la silla. Su uniforme no se diferenciaba demasiado del de un hombre, ni tampoco su peinado. Lo que traicionaba su sexo inmediatamente eran sus senos, cuya prominencia ella no intentaba ocultar.

Tenía alrededor de cuarenta años, y unas facciones regulares y nítidamente marcadas. Llevaba bien su edad, sin una cana visible en su cabello oscuro.

Dijo:

—Usted es el detective Elijah Baley, clasificación C-7. —Fue una aseveración, no una pregunta.

—Sí, señora —contestó, no obstante, Baley.

—Soy la subsecretaria Lavinia Demachek. Es usted muy distinto de cómo le representaron en el drama emitido por hiperondas.

Baley había oído ese comentario con frecuencia.

—No podían retratarme tal como soy y reunir mucho público, señora —contestó secamente.

—No estoy tan segura de eso. Usted tiene más personalidad que aquel actor con cara de niño que le representó.

Baley titubeó unos segundos y decidió correr el riesgo, o tal vez no pudo resistirse a hacerlo. Solamente, declaró:

—Tiene un gusto muy refinado, señora.

Ella se echó a reír y Baley exhaló un suspiro de alivio.

Luego la mujer dijo:

—Eso me gusta creer… En fin, ¿qué se propone haciéndome esperar?

—No me informaron de que vendría, señora, y era mi tarde libre.

—Que, por lo visto, pasaba en el Exterior.

—Sí, señora.

—Debe de ser uno de esos chiflados, como diría si no tuviese un gusto tan refinado. Déjeme preguntarle, en cambio, si es uno de esos entusiastas.

—Sí, señora.

—¿Espera emigrar algún día y fundar nuevos mundos en la inmensidad de la Galaxia?

—Quizá no, señora. Es posible que sea demasiado viejo para eso, pero…

—¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta y cinco, señora.

—Sí, los aparenta. Casualmente, yo también tengo cuarenta y cinco años.

—No los aparenta, señora.

—¿Aparento más o menos? —Se echó a reír nuevamente y luego dijo —: Pero dejémonos de juegos. ¿Insinúa que soy demasiado vieja para ser una pionera?

—Nadie puede ser pionero en nuestra sociedad sin entrenarse en el Exterior. Los jóvenes son quienes mejor resisten ese entrenamiento. Yo espero que mi hijo ponga algún día los pies en otro mundo.

—¿De veras? Sabrá usted, naturalmente, que la Galaxia pertenece a los mundos espaciales.

—Sólo son cincuenta, señora. En la Galaxia hay millones de mundos que son habitables, o pueden llegar a serlo, y que probablemente no poseen una vida autóctona inteligente.

—Sí, pero ni una sola nave puede abandonar la Tierra sin permiso de los espaciales.

—Eso podría arreglarse, señora.

—No comparto su optimismo, señor Baley.

—Yo he hablado con espaciales que…

—Sé que lo ha hecho —le interrumpió Demachek—. Mi superior es Albert Minnim, quien, hace dos años, le envió a Solaria. —Se permitió curvar ligeramente los labios—. Un actor le personificó en un papel secundario del drama de hiperondas, y se le parecía bastante, si no recuerdo mal. Lo que sí recuerdo con toda claridad es que a él no le gustó nada.

Baley cambió de tema.

—Pedí al subsecretario Minnim…

—Le han ascendido, ¿sabe?

Baley comprendía plenamente la importancia de los grados de clasificación.

—¿Su nuevo título, señora?

—Vicesecretario.

—Gracias. Pedí al vicesecretario Minnim que me solicitara el permiso para visitar Aurora con objeto de tratar esta cuestión.

—¿Cuándo?

—No mucho después de mi regreso de Solaria. Desde entonces he renovado la petición dos veces.

—¿Pero no ha recibido una contestación favorable?

—No, señora.

—¿Le sorprende?

—Me decepciona, señora.

—No tiene por qué. —Se recostó un poco en la silla—. Nuestras relaciones con los mundos espaciales son muy delicadas. Quizás usted crea que sus dos misiones anteriores han mejorado la situación… y así ha sido. Ese espantoso drama de hiperondas también ha contribuido. Sin embargo, el camino que hemos recorrido es éste —colocó el pulgar y el índice a unos milímetros de distancia— frente a todo éste —y separó mucho las manos.

»En estas circunstancias —continuó—, no podemos correr el riesgo de enviarle a Aurora, el mundo espacial dominante, y dejarle hacer algo que quizás engendrara un brote de tensión interestelar.

Baley la miró a los ojos.

—He estado en Solaria y no he hecho ningún daño. Por el contrario…

—Sí, lo sé, pero fue allí a petición de los espaciales, lo cual es muy distinto de ir a petición nuestra. Tiene usted que comprenderlo.

Baley guardó silencio.

Ella soltó un leve resoplido y dijo:

—La situación ha empeorado desde que el vicesecretario recibió, y desechó muy acertadamente, sus solicitudes. Ha empeorado mucho más en el último mes.

—¿Es ése el motivo de esta entrevista, señora?

—¿Se está impacientando, señor? —le preguntó sardónicamente Demachek—. ¿Me apremia para que vaya al grano?

—No, señora.

—Claro que sí. Y ¿por qué no? Empiezo a resultar tediosa. Déjeme concretar un poco más preguntándole si conoce al doctor Han Fastolfe.

Baley respondió con cautela:

—Nos encontramos una vez, hace casi tres años, en lo que entonces era Espacioburgo.

—Le gustó, supongo.

—Era amigable… para ser espacial.

Ella dio otro resoplido.

—Me lo imagino. ¿Está enterado de que ha sido una importante fuerza política en Aurora durante los dos últimos años?

—Me enteré de que estaba en el gobierno por un… un compañero que tuve una vez.

—¿Por R. Daneel Olivaw, el robot espacial amigo suyo?

—Ex compañero mío, señora.

—¿Cuando usted resolvió un pequeño problema relacionado con dos matemáticos a bordo de una nave espacial?

Baley asintió.

—Sí, señora.

—Como verá, estamos bien informados. El doctor Han Fastolfe ha sido, más o menos, la luz que ha guiado al gobierno aurorano durante dos años, una figura importante de su Cuerpo Legislativo Mundial, e incluso se habla de él como posible futuro presidente. El presidente, como sabrá, es lo más cercano a jefe de estado que tienen los auroranos.

—Sí, señora —dijo Baley, y se preguntó cuándo llegaría a aquel asunto tan delicado del que había hablado el comisario. Demachek no parecía tener prisa. Dijo:

—Fastolfe es un… moderado. Así es como se llama a sí mismo. Opina que Aurora, y los mundos espaciales en general, han ido demasiado lejos en su dirección, tal como usted debe opinar que la Tierra ha ido demasiado lejos en la suya. Desea dar marcha atrás para tener menos roboticidad, un cambio generacional más rápido, y un tratado de amistad con la Tierra. Por supuesto, nosotros le apoyamos… pero muy en secreto. Demostrarle claramente nuestro afecto sería como darle el beso de la muerte.

Baley dijo:

—Creo que él apoyaría la exploración y colonización de otros mundos por parte de la Tierra.

—Yo también lo creo. Tengo la impresión de que así se lo comunicó a usted.

—Si, señora, cuando nos conocimos.

Demachek unió las manos y apoyó la barbilla en las puntas de los dedos.

—¿Cree que representa a la opinión pública de los mundos espaciales?

—No lo sé, señora.

—Me temo que no. Los que están con él son débiles. Los que están contra él son una apasionada legión. Sólo su habilidad política y su encanto personal le han mantenido tan cerca de la cúpula del poder. Por supuesto, su mayor debilidad es su simpatía por la Tierra. Eso es algo que se utiliza constantemente en contra suya e influye sobre muchos que compartirían sus puntos de vista en todos los demás aspectos. Si usted fuera enviado a Aurora, cualquier error por su parte contribuiría a reforzar la tendencia antiterrícola y por lo tanto le debilitaría, posiblemente de un modo fatal. La Tierra no puede correr ese riesgo.

Baley murmuró:

—Comprendo.

—Fastolfe está dispuesto a correr el riesgo. Fue él quien solicitó que le enviáramos a usted a Solaria cuando su poder político apenas estaba comenzando y era muy vulnerable. Sin embargo, él sólo se juega su poder político, mientras que nosotros debemos velar por el bienestar de ocho mil millones de terrícolas. Esto es lo que hace tan sumamente delicada la actual situación política.

Hizo una pausa y, finalmente, Baley se vio obligado a formular la pregunta.

—¿Cuál es la situación a que se refiere, señora?

—Al parecer —dijo Demachek—, Fastolfe está implicado en un escándalo muy grave y sin precedentes. Si es torpe, será destruido políticamente en cuestión de semanas. Si es sobrehumanamente listo, quizá se aguante algunos meses. Más pronto o más tarde podría ser destruido como una fuerza política en Aurora… y eso, como usted comprenderá, sería un verdadero desastre para la Tierra.

—¿Puedo preguntar de qué se le acusa? ¿Corrupción? ¿Traición?

—Nada tan insignificante. Su integridad personal es incuestionable incluso para sus enemigos.

—¿Un crimen pasional, quizá? ¿Un asesinato?

—No exactamente un asesinato.

—No comprendo, señora.

—En Aurora hay seres humanos, señor Baley. Y también hay robots, la mayoría de ellos bastante parecidos a los nuestros, no mucho más perfeccionados en la mayor parte de los casos. Sin embargo, hay unos cuantos robots humaniformes, robots tan humaniformes que pueden tomarse por humanos.

Baley asintió.

—Lo sé muy bien.

—Supongo que la destrucción de un robot humaniforme no es exactamente un asesinato, en el estricto sentido de la palabra.

Baley se inclinó hacia delante, con los ojos muy abiertos. Gritó:

—¡Jehoshaphat, mujer! Déjese de rodeos. ¿Me está diciendo que el doctor Fastolfe ha matado a R. Daneel?

Roth se levantó de un salto y pareció dispuesto a abalanzarse sobre Baley, pero la subsecretaria Demachek le contuvo con un gesto. Permanecía impasible. Dijo:

—En vista de las circunstancias, pasaré por alto su falta de respeto. No, R. Daneel no ha sido asesinado. Él no es el único robot humaniforme de Aurora. Otro robot, no R. Daneel, ha sido asesinado, si se empeña en utilizar ese término. Para ser más precisos, su mente ha sido destruida por completo; fue sometido a un robloqueo permanente e irreversible.

Baley inquirió:

—¿Y dicen que el doctor Fastolfe lo hizo?

—Eso dicen sus enemigos. Los extremistas, partidarios de que sólo los espaciales se desplieguen por la Galaxia y de que los terrícolas desaparezcan del Universo, eso dicen. Si estos extremistas consiguen que se celebren otras elecciones en las próximas semanas, no hay duda de que obtendrán el control absoluto del gobierno, con resultados incalculables.

—¿Por qué es este robloqueo tan importante políticamente? No lo entiendo.

—Ni yo misma estoy segura —dijo Demachek—. No pretendo comprender la política aurorana. Deduzco que los humaniformes estaban relacionados de algún modo con los planes de los extremistas y que la destrucción les ha enfurecido. —Arrugó la nariz—. Encuentro su política muy desconcertante y sólo le confundiría si tratara de interpretarla.

Baley hizo un esfuerzo por dominarse bajo la serena mirada de la subsecretaria. Preguntó en voz baja:

—¿Por qué estoy aquí?

—Por Fastolfe. Una vez ya salió al espacio para resolver un asesinato y lo consiguió. Fastolfe quiere que vuelva a intentarlo. Irá a Aurora y descubrirá quién fue responsable del robloqueo. Él cree que es su única posibilidad de contener a los extremistas.

—Yo no soy un robótico. No sé nada de Aurora…

—Tampoco sabía nada de Solaria, pero se las arregló. La cuestión es, Baley, que nosotros estamos tan ansiosos como Fastolfe por averiguar lo que realmente sucedió. No queremos que sea destruido. Si lo es, esos extremistas espaciales nos someterán a una clase de hostilidad que probablemente será mayor que todo lo que hemos experimentado hasta ahora. No queremos que eso ocurra.

—No puedo asumir esta responsabilidad, señora. La misión es…

—Casi imposible. Lo sabemos, pero no tenemos alternativa. Fastolfe insiste… y, por el momento, el gobierno aurorano le respalda. Si usted se niega a ir o si nosotros nos negamos a dejarle ir, tendremos que afrontar las iras auroranas. Si va y consigue su propósito, estaremos salvados y usted será debidamente recompensado.

—¿Y si voy… y fracaso?

—Haremos todo lo posible para que la culpa recaiga sobre usted y no sobre la Tierra.

—En otras palabras, los círculos oficiales quedarán a salvo.

Demachek dijo:

—Hay otro modo de enfocarlo y es que usted será echado a los lobos con la esperanza de que la Tierra no sufra demasiado. Un solo hombre no es un precio muy alto por nuestro planeta.

—A mí me parece que, como estoy seguro de fracasar, es mejor que no vaya.

—Sabe muy bien que esto es imposible —replicó Demachek—. Aurora le ha reclamado y usted no puede negarse a acudir. Además, ¿por qué iba a negarse? Lleva dos años intentando ir a Aurora y estaba muy descontento porque no le concedíamos el permiso.

—Quería ir en son de paz para solicitar ayuda en la colonización de otros mundos, no para…

—También puede intentar obtener su ayuda para colonizar esos otros mundos, Baley. Al fin y al cabo, imagínese que triunfa. Después de todo, es posible. En ese caso, Fastolfe estaría mucho más obligado hacia usted y le prestaría todo su apoyo. Y nosotros mismos estaríamos lo bastante agradecidos para respaldarle. ¿No cree que vale la pena correr el riesgo, aunque sea grande? Por pocas que sean sus posibilidades son nulas si no va. Piense en ello, Baley, pero por favor… no se tome demasiado tiempo.

Baley apretó los labios y, al fin, comprendiendo que no tenía alternativa, preguntó:

—¿De cuánto tiempo dispongo para…?

Y Demachek contestó tranquilamente:

—Oh, vamos. ¿No le he explicado que no tenemos opción… ni tiempo? Se marcha —consultó su banda horaria de pulsera— dentro de seis horas escasas.

5

El espaciopuerto estaba en las afueras de la ciudad, en un sector casi desierto que, en realidad, se hallaba en el Exterior. Esto quedaba paliado por el hecho de que las taquillas y las salas de espera estaban en la Ciudad y de que el trayecto hasta la nave en sí se realizaba en vehículo a lo largo de un camino cubierto. Por tradición, todos los despegues se efectuaban de noche, de modo que un manto de oscuridad atenuaba aún más el efecto del Exterior.

El espaciopuerto no estaba muy concurrido, considerando el carácter populoso de la Tierra. Los terrícolas muy rara vez dejaban el planeta y el tráfico se reducía exclusivamente a la actividad comercial organizada por robots y espaciales.

Mientras esperaba que la nave estuviera lista para poder embarcar, Elijah Baley ya se sentía aislado de la Tierra.

Bentley se encontraba con él y un triste silencio reinaba entre ambos. Finalmente, Ben dijo:

—Imaginé que mamá no querría venir.

Baley asintió.

—Yo también. Recuerdo cómo se puso cuando fui a Solaria. Esto no es distinto.

—¿Has logrado calmarla?

—He hecho lo que he podido, Ben. Ella cree que estoy destinado a sufrir un accidente espacial o que me matarán en cuanto llegue a Aurora.

—Regresaste de Solaria.

—Eso sólo contribuye a aumentar sus temores por arriesgarme una segunda vez. Piensa que se nos acabará la suerte. Sin embargo, saldrá adelante. Tú ayúdala, Ben. Pasa más tiempo con ella y, hagas lo que hagas, no le hables de ir a colonizar un nuevo planeta. Esto es lo que le preocupa realmente, ¿comprendes? Tiene el presentimiento de que te irás un día de éstos. Sabe que ella no podrá marcharse y, por lo tanto, nunca volverá a verte.

—Es posible —dijo Ben—. Quizá sea esto lo que ocurra.

—Tal vez tú puedas afrontar serenamente esa posibilidad, pero ella no, de modo que no hables de ello mientras estoy fuera. ¿De acuerdo?

—De acuerdo… Creo que está un poco inquieta por Gladia.

Baley levantó los ojos vivamente.

—¿Acaso le has…?

—No he dicho una sola palabra. Pero ella también vio aquel maldito drama, ¿sabes?, y no ignora que Gladia está en Aurora.

—¿Y qué? Es un planeta muy grande. ¿Crees que Gladia Delmarre estará esperándome en el espaciopuerto? Jehoshaphat, Ben, ¿no sabe tu madre que esa porquería de programa era ficción en un noventa por ciento?

Ben cambió de tema con visible esfuerzo.

—Es curioso… estar sentado aquí, sin equipaje de ninguna clase.

—Pues aún llevo demasiado. Está mi ropa, ¿no? Se librarán de ella en cuanto suba a bordo. Me la quitarán, la someterán a un tratamiento químico, y luego la arrojarán al espacio. Después me darán un guardarropa totalmente nuevo, una vez me hayan fumigado y limpiado y bruñido, por dentro y por fuera. Ya he pasado antes por esto.

Volvió a haber un silencio y luego Ben dijo:

—Verás, papá… —y se detuvo repentinamente. Lo intentó de nuevo—: Verás, papá… —y tampoco lo logró. Baley le miró fijamente.

—¿Qué estás tratando de decir, Ben?

—Papá, me siento como un idiota diciendo esto, pero creo que debo hacerlo. Tú no eres el clásico héroe. Ni siquiera yo lo he pensado jamás. Eres un buen hombre y el mejor padre que puede haber, pero no un héroe.

Baley gruñó.

—Sin embargo —prosiguió Ben—, cuando te paras a pensarlo, fuiste tú quien borró Espacioburgo del mapa; fuiste tú quien puso en marcha este proyecto de colonizar otros mundos. Papá, tú has hecho más por la Tierra que todos los miembros del gobierno juntos. Así pues, ¿por qué no te aprecian más?

Baley contestó:

—Porque no soy el héroe clásico y porque ese estúpido drama de hiperondas me perjudicó mucho. Ha convertido en enemigos a todos los hombres del departamento, ha inquietado a tu madre y me ha dado una fama que me resulta incómoda. —La luz de su avisador de pulsera centelleó y Baley se levantó—. Ahora debo irme, Ben.

—Lo sé. Pero lo que quiero decir, papá, es que yo te estoy agradecido. Y cuando esta vez regreses, todo el mundo te agradecerá lo que vas a hacer por nosotros.

Baley notó que se enternecía. Asintió rápidamente, puso una mano en el hombro de su hijo, y murmuró:

—Gracias. Cuídate, y cuida de tu madre, mientras yo esté fuera.

Se alejó, sin mirar atrás. Había dicho a Ben que iba a Aurora para tratar del proyecto de colonización. Si fuera así, podría regresar triunfante. Sin

embargo…

Pensó: «Regresaré desprestigiado… si es que regreso».

2. DANEEL

6

Era la tercera vez que Baley subía a bordo de una nave espacial y los dos años transcurridos no habían empañado en absoluto sus recuerdos de las dos primeras. Sabía exactamente lo que debía esperar.

Habría la incomunicación: nadie le vería ni tendría ningún contacto con él, excepto (quizás) un robot. Habría el constante tratamiento médico: la fumigación y esterilización. (No podía llamarse de otra manera). Habría el intento de hacerle apto para convivir con los aprensivos espaciales, que consideraban a los terrícolas como sacos andantes de múltiples infecciones.

Sin embargo, también habría diferencias. Esta vez no tendría tanto miedo del proceso. Seguramente la sensación de desamparo por encontrarse fuera del claustro materno sería menos horrible.

Estaría preparado para los espacios más amplios. Esta vez, se dijo con osadía (aunque, también, con un nudo en el estómago), quizás incluso fuera capaz de insistir en que le permitieran ver el espacio.

Se preguntó si sería distinto de las fotografías del firmamento nocturno tomadas desde el Exterior.

Recordó la primera vez que vio la bóveda de un planetario (protegido, dentro de la Ciudad, por supuesto). No tuvo la sensación de estar en el Exterior, y no experimentó la más ligera inquietud.

Luego estaban las dos veces —no, tres— que salió de noche al Exterior y vio las estrellas verdaderas en la auténtica bóveda celeste. Fue mucho menos impresionante que la bóveda del planetario, pero en ambas ocasiones

hubo un fresco viento y una sensación de distancia, lo cual le resultó mucho más alarmante que la bóveda, aunque mucho menos que durante el día, pues la oscuridad formaba una muralla de protección a su alrededor.

¿Serían las estrellas, vistas desde la ventana panorámica de una nave espacial, más parecidas a un planetario o al cielo nocturno de la Tierra? ¿O sería una sensación completamente distinta?

Se concentró en eso, como para borrar el pensamiento de dejar a Jessie, Ben, y la Ciudad.

Por simple jactancia, rechazó el coche e insistió en recorrer a pie la corta distancia desde el portal hasta la nave en compañía del robot que había ido a buscarle. Al fin y al cabo, sólo era un pasillo cubierto.

El pasillo describía una ligera curva y miró atrás mientras aún podía ver a Ben en el otro extremo. Levantó la mano con naturalidad, como si fuese a tomar el expreso de Trenton, y Ben agitó ambos brazos frenéticamente, formando con los dos primeros dedos de cada mano el antiguo símbolo de la victoria.

¿Victoria? Un gesto inútil, pensó Baley con certeza.

Intentó pensar en otra cosa que le llenara y ocupara la mente. ¿Cómo sería subir a bordo de una nave espacial de día, con el sol arrancando brillantes destellos a su superficie metálica y estando él mismo y todos los demás pasajeros expuestos al Exterior?

¿Qué se sentiría al ser plenamente consciente de un diminuto mundo cilíndrico, un mundo que se desprendería del mundo infinitamente más grande al que estaba temporalmente conectado y que luego se perdería en un Exterior infinitivamente más grande que ningún Exterior de la Tierra, hasta que al cabo de una interminable extensión de Nada encontraría otro…?

Mantuvo el ritmo constante de sus pasos, sin permitirse el menor cambio de expresión… o eso pensó él, cuando menos. Sin embargo, el robot que caminaba a su lado le hizo detenerse.

—¿Se encuentra mal, señor? —(No dijo «amo», sino simplemente «señor». Era un robot aurorano).

—Estoy bien, muchacho —dijo Baley con voz ronca—. Adelante.

Mantuvo los ojos fijos en el suelo y no volvió a levantarlos hasta que la misma nave se alzó ante él.

¡Una nave aurorana!

No le cupo ninguna duda. Perfilada por un cálido reflector, parecía más alta, más estilizada, y sin embargo más potente que las naves solarianas.

Baley pasó al interior y la comparación siguió favoreciendo a Aurora. Era más espaciosa que las de las dos veces anteriores; más lujosa y más cómoda.

Sabía exactamente lo que se avecinaba y se quitó toda la ropa sin vacilar. (Quizá sería desintegrada por medio de un soplete plasmático. Indudablemente, no le sería devuelta cuando regresara a la Tierra… si regresaba. Así ocurrió la primera vez).

No recibiría ninguna otra ropa hasta que le hubieran bañado, examinado, medicado, e inyectado. Casi acogió con agrado los humillantes procedimientos por los que tuvo que pasar. Al fin y al cabo, contribuyeron a hacerle olvidar lo que estaba sucediendo. Apenas percibió la aceleración inicial y apenas tuvo tiempo para pensar en el momento en que abandonó la Tierra y entró en el espacio.

Cuando finalmente volvió a estar vestido, inspeccionó los resultados con desconsuelo en un espejo. El material, cualquiera que fuese, era suave y reflectante y variaba de color al cambiar el ángulo. Las perneras de los pantalones se le adherían a los tobillos y, a su vez, estaban cubiertas por la caña de unos botines que se amoldaban a sus pies. Las mangas de la blusa se le pegaban a las muñecas y sus manos estaban cubiertas por unos guantes finos y transparentes. La parte superior de la blusa le cubría el cuello y una capucha incorporada le permitía cubrirse la cabeza si así lo deseaba. Baley sabía que le recubrían de este modo no para su propia comodidad, sino para tranquilidad de los espaciales.

Mientras contemplaba su atavío, pensó que debería sentirse incómodamente enfundado, incómodamente acalorado, e incómodamente sudoroso. Pero no era así. Con enorme alivio, se dio cuenta de que no sudaba en absoluto.

Hizo la única deducción razonable. Preguntó al robot que le había acompañado a la nave y aún estaba con él:

—Muchacho, ¿esta ropa tiene control de temperatura?

El robot contestó:

—Por supuesto, señor. Es ropa de todo tiempo y es muy apreciada. Además, es sumamente cara. Muy pocos en Aurora pueden permitirse el lujo de llevarla.

—¿De veras? ¡Jehoshaphat!

Baley miró atentamente al robot. Parecía un modelo bastante primitivo, no muy distinto de los terrestres. Sin embargo, tenía una cierta sutileza de expresión que los modelos de la Tierra no poseían. Por ejemplo, podía cambiar de expresión de un modo limitado. Había sonreído muy ligeramente al indicarle que muy pocos en Aurora podían ir vestidos como él.

La estructura de su cuerpo se asemejaba al metal, pero tenía el aspecto de algo tejido, algo que cambiaba ligeramente con el movimiento, algo con colores que casaban y contrastaban de forma agradable. En resumen, a no ser que uno lo mirara atenta y minuciosamente, y aunque se advertía que no era humaniforme, parecía ir vestido.

Baley preguntó:

—¿Cómo debo llamarte, muchacho?

—Soy Giskard, señor.

—¿R. Giskard?

—Si lo prefiere, señor.

—¿Tenéis biblioteca en esta nave?

—Sí, señor.

—¿Puedes traerme películas-libro sobre Aurora?

—¿De qué clase, señor?

—Historia, política, ciencia, geografía, cualquier cosa que me informe sobre el planeta.

—Sí, señor.

—Y una pantalla.

—Sí, señor.

El robot salió por la puerta doble y Baley asintió sombríamente para sí. En su viaje a Solaria, ni siquiera se le había ocurrido aprovechar el tiempo

que duraba la travesía espacial para aprender algo útil. Había progresado un poco en los últimos dos años.

Intentó abrir la puerta por donde el robot acababa de salir. Estaba asegurada y no cedió. Lo contrario le habría sorprendido enormemente.

Examinó la habitación. Había una pantalla de hiperondas. Tocó los mandos por simple curiosidad, recibió una descarga de música, consiguió bajar el volumen al cabo de unos momentos, y escuchó con desaprobación. Estridente y discordante. Los instrumentos de la orquesta parecían vagamente distorsionados.

Tocó otros contactos y finalmente logró cambiar el programa. Lo que vio fue un partido de fútbol espacial que, sin duda alguna, se jugaba en condiciones de gravedad cero. La pelota volaba en línea recta y los jugadores (demasiados en cada equipo; con unas aletas en los hombros, los codos, y las rodillas, que debían de servir para controlar el movimiento) planeaban con gracia y precisión. Los inusitados movimientos hicieron que Baley se sintiera mareado. Se inclinó hacia delante y acababa de encontrar y pulsar el botón para desconectar el aparato cuando oyó que la puerta se abría a sus espaldas.

Se volvió y, como esperaba ver a R. Giskard, al principio sólo fue consciente de que entraba alguien que no era R. Giskard. Tuvo que parpadear una o dos veces para darse cuenta de que estaba viendo una forma enteramente humana, con una ancha cara de pómulos altos y un corto cabello color bronce peinado hacia atrás, alguien vestido con una ropa de corte clásico y esquema cromático tradicional.

—¡Jehoshaphat! —exclamó Baley con voz casi estrangulada.

—Compañero Elijah —dijo el otro, dando un paso adelante, con una leve sonrisa en los labios.

—¡Daneel! —exclamó Baley, lanzando los brazos alrededor del robot y estrechándolo fuertemente—. ¡Daneel!

Baley siguió abrazando a Daneel, el único objeto familiar inesperado de la nave, el único vínculo fuerte con el pasado. Se agarró a Daneel en una explosión de alivio y afecto.

Y luego, poco a poco, ordenó sus pensamientos y comprendió que no estaba abrazando a Daneel sino a R. Daneel, el robot Daneel Olivaw. Estaba abrazando a un robot y el robot le asía ligeramente, dejándose abrazar, estimando que la acción daba placer a un ser humano y tolerando esa acción porque los potenciales positrónicos de su cerebro le impedían rechazar el abrazo y causar de este modo una decepción al ser humano.

La insuperable Primera Ley de la Robótica establece: «Un robot no debe dañar a un ser humano…» y rechazar un gesto amistoso le dañaría.

Lentamente, a fin de no revelar su propia turbación, Baley puso fin al abrazo. Incluso dio un último apretón a los brazos del robot, con objeto de no crear una situación incómoda.

—No te veía, Daneel —dijo Baley—, desde que llevaste aquella nave a la Tierra con los dos matemáticos. ¿Recuerdas?

—Naturalmente, compañero Elijah. Es un placer verte.

—Sientes emoción, ¿verdad? —preguntó Baley con ligereza.

—No puedo expresar lo que siento en un sentido humano, compañero Elijah. Sin embargo, te diré que el verte hace que mis pensamientos fluyan más fácilmente, y la fuerza gravitacional de mi cuerpo parece asaltar mis sentidos con menos insistencia, y que hay otros cambios que no sé identificar. Me imagino que lo que siento corresponde aproximadamente a lo que tú puedes sentir cuando estás complacido.

Baley asintió.

—Sea lo que sea lo que sientas al verme, viejo compañero, si es preferible al estado en que te encuentras cuando no me ves, me doy por satisfecho… si es que entiendes lo que quiero decir. Pero ¿a qué se debe que estés aquí?

—Habiéndome informado Giskard Reventlov de que estabas… —R. Daneel hizo una pausa.

—¿Purificado? —preguntó Baley con sarcasmo.

—Desinfectado —dijo R. Daneel—. He considerado que ya podía entrar.

—Pero tú no temes a las infecciones, ¿verdad?

—En absoluto, compañero Elijah, pero los demás no me habrían permitido acercarme a ellos de no hacerlo así. Los auroranos son muy sensibles a toda posibilidad de infección, a veces hasta un punto que va más allá del cálculo racional de las probabilidades.

—Lo comprendo, pero no te preguntaba por qué estabas aquí en este momento. Lo que quiero saber es por qué estás en la nave.

—El doctor Fastolfe, de cuyo establecimiento formo parte, me ordenó embarcar en la nave que habían enviado a recogerte por varias razones. Le pareció conveniente que te pusiera al tanto de lo que, según sus propias palabras, sería una misión difícil para ti.

—Una idea muy considerada por su parte. Se lo agradezco.

R. Daneel inclinó gravemente la cabeza en señal de reconocimiento.

—El doctor Fastolfe también pensó que el encuentro me proporcionaría —el robot hizo una pausa— sensaciones apropiadas.

—Placer, querrás decir, Daneel.

—Ya que se me permite usar ese término, sí. Y la tercera razón, y más importante…

En ese momento se abrió nuevamente la puerta y R. Giskard entró en la habitación.

Baley volvió la cabeza hacia él y sintió una oleada de desagrado. Un vistazo era suficiente para identificar a R. Giskard como un robot y su presencia subrayaba, de algún modo, el robotismo de Daneel (R. Daneel, volvió a pensar súbitamente Baley), a pesar de que Daneel fuese muy superior al otro. Baley no quería que nada ni nadie subrayara el robotismo de Daneel; no quería verse humillado por su incapacidad para considerar a Daneel como otra cosa que no fuera un ser humano con una forma de hablar un poco ampulosa.

Preguntó con impaciencia:

—¿Qué hay, muchacho?

R. Giskard dijo:

—He traído las películas-libro que usted quería ver, señor, y la pantalla.

—Pues déjalas por ahí. En cualquier sitio… Y no necesitas quedarte. Daneel estará aquí conmigo.

—Sí, señor. —Los ojos del robot (ligeramente brillantes, observó Baley, a diferencia de los de Daneel) se volvieron un instante hacia R. Daneel, como si solicitara órdenes de un ser superior.

R. Daneel dijo con calma:

—Será conveniente, amigo Giskard, que permanezcas fuera, junto a la puerta.

—Así lo haré, amigo Daneel —repuso R. Giskard. Salió y Baley preguntó con cierto descontento:

—¿Por qué tiene que quedarse junto a la puerta? ¿Es que soy un prisionero?

—En el sentido —contestó R. Daneel— de que no te sería permitido mezclarte con la tripulación de la nave en el curso de este viaje, lamento verme obligado a decir que efectivamente eres un prisionero. Sin embargo, ésta no es la razón de la presencia de Giskard. Y en este punto debería decirte que sería aconsejable, compañero Elijah, que no te dirigieras a Giskard, ni a ningún otro robot, como «muchacho».

Baley frunció el ceño.

—¿Se siente ofendido por la expresión?

—Giskard no se siente ofendido por ninguna acción de un ser humano. Es simplemente que «muchacho» no es un término habitual para interpelar a los robots en Aurora, y sería desaconsejable crear fricciones con los auroranos recalcando inintencionadamente tu lugar de origen a través de costumbres dialécticas que no son esenciales.

—Entonces, ¿cómo debo llamarlo?

—Como me llamas a mí; usando su nombre de identificación aceptado. Es decir, al fin y al cabo, un simple sonido que indica a la persona determinada a la que te diriges. Y ¿por qué va a ser un sonido preferible a otro? Es una mera cuestión convencional. Y también es costumbre en Aurora integrar a un robot en el género masculino, o a veces en el femenino, más que en el neutro. Además, tampoco es costumbre en Aurora utilizar la inicial «R.», excepto en circunstancias especiales en las que es apropiado el nombre completo del robot… e, incluso entonces, hoy en día suele suprimirse la inicial.

—En ese caso… Daneel —Baley reprimió el súbito impulso de decir «R. Daneel»—, ¿cómo distinguís entre robots y seres humanos?

—La distinción suele ser evidente por sí misma, compañero Elijah. No hay necesidad de recalcarla innecesariamente. Al menos éste es el punto de vista aurorano y, ya que has pedido películas de Aurora a Giskard, deduzco que deseas familiarizarte con las cosas auroranas como ayuda para la labor que has emprendido.

—La labor que me han endosado, sí. ¿Y si la distinción entre robot y ser humano no es evidente por sí misma, Daneel, como en tu caso?

—Entonces, ¿por qué hacer esa distinción, a menos que la situación sea tal que resulte esencial hacerla?

Baley respiró profundamente. Iba a ser difícil adaptarse a aquella pretensión aurorana de que los robots no existían. Dijo:

—Pero entonces, si Giskard no está aquí para mantenerme prisionero, ¿qué hace junto a la puerta?

—Éstas fueron las instrucciones del doctor Fastolfe, compañero Elijah. Giskard debe protegerte.

—¿Protegerme? ¿De qué? ¿O de quién?

—El doctor Fastolfe no fue preciso sobre ese punto, compañero Elijah. Sin embargo, ya que las pasiones humanas están tan exaltadas respecto al asunto de Jander Panell…

—¿Jander Panell?

—El robot a cuya utilidad se puso término.

—En otras palabras, ¿el robot al que mataron?

—Matar, compañero Elijah, es un término que suele aplicarse a los seres humanos.

—Pero en Aurora no hacéis distinciones entre robots y seres humanos, ¿verdad?

—¡En efecto! No obstante, la posibilidad de distinción o falta de distinción en el caso concreto del cese de funcionamiento nunca se ha suscitado… que yo sepa. Ignoro cuáles son las normas.

Baley ponderó el asunto. Era un punto de escasa importancia, una mera cuestión de semántica. Sin embargo, quería sondear la forma de pensar de los auroranos. De lo contrario, no llegaría a ninguna parte.

Dijo con lentitud:

—Un ser humano que funciona está vivo. Si esa vida termina violentamente debido a la acción intencionada de otro ser humano, lo llamamos «asesinato» u «homicidio», «Asesinato» es, por alguna razón, la palabra más fuerte. De presenciar, súbitamente, cómo alguien pone un fin violento a la vida de un ser humano, uno gritaría «¡Asesinato!». No es nada probable que gritara «¡Homicidio!». Ésta es la palabra más formal, la palabra menos emocional.

R. Daneel dijo:

—No comprendo la distinción que estás haciendo, compañero Elijah. Ya que tanto «asesinato» como «homicidio» se utilizan para representar el fin violento de la vida de un ser humano, las dos palabras deben ser intercambiables. Así pues, ¿dónde está la distinción?

—De las dos palabras, una de ellas helará la sangre de un ser humano más efectivamente que la otra, Daneel.

—¿A qué es debido?

—Connotaciones y asociaciones; el efecto sutil, no de la acepción del diccionario, sino de años de uso; la naturaleza de las frases, circunstancias y acontecimientos en los que uno ha experimentado el uso de una palabra en comparación con el de la otra.

—No hay nada de esto en mi programación —observó Daneel, con un curioso tono de impotencia sobre la aparente falta de emoción con que lo dijo (la misma falta de emoción con que lo decía todo). Baley preguntó:

—¿Querrás fiarte de mi palabra?

Rápidamente, como si acabaran de darle la solución del enigma, Daneel contestó:

—Sin duda alguna.

—Pues bien, entonces, podríamos decir que un robot que funciona está vivo —continuó Baley—. Muchos podrían negarse a ampliar la palabra hasta este punto, pero nosotros tenemos libertad para inventar todas las definiciones que nos convengan. Calificar de vivo a un robot que funciona es fácil; tratar de inventar una palabra nueva para ese estado o evitar el empleo de la conocida sería innecesariamente complicado. Por ejemplo, tú estás vivo, Daneel, ¿verdad?

Daneel contestó, lentamente y con énfasis:

—¡Yo funciono!

—Oh, vamos. Si una ardilla está viva, o un insecto, o un árbol, o una brizna de hierba, ¿por qué no tú? Jamás me acordaría de decir, o de pensar, que yo estoy vivo pero que tú únicamente funcionas, en especial si voy a vivir una temporada en Aurora, donde tendré que esforzarme para no hacer distinciones innecesarias entre un robot y yo mismo. Por lo tanto, te digo que ambos estamos vivos y te pido que te fíes de mi palabra.

—Así lo haré, compañero Elijah.

—Y sin embargo, ¿podemos afirmar que poner fin a la vida de un robot por medio de la acción violenta deliberada de un ser humano es también un «asesinato»? No estoy tan seguro. Si el delito es el mismo, el castigo debería ser el mismo, pero ¿estaría eso bien? Si el castigo por asesinar a un ser humano es la muerte, ¿habría que ejecutar a un ser humano que pusiera fin a un robot?

—El castigo de un asesino es el sondeo psíquico, compañero Elijah, seguido por la construcción de una nueva personalidad. Lo que ha cometido el delito es la estructura personal de la mente, no la vida del cuerpo.

—¿Y cuál es el castigo en Aurora por poner un fin violento al funcionamiento de un robot?

—No lo sé, compañero Elijah. Que yo sepa, dicho incidente no ha sucedido jamás en Aurora.

—Sospecho que el castigo no sería un sondeo psíquico —dijo Baley—. ¿Qué te parece «roboticidio»?

—¿Roboticidio?

—Como término usado para describir el asesinato de un robot.

Daneel objetó:

—Pero ¿qué hay del verbo derivado del nombre, compañero Elijah? Nunca se dice «homicidar» y, por lo tanto, no sería correcto decir «roboticidar».

—Tienes razón. Habría que decir «asesinar» en ambos casos.

—Pero asesinar se aplica específicamente a los seres humanos. No se asesina a un animal, por ejemplo.

Baley dijo:

—Cierto. Y ni siquiera se asesina a un ser humano por accidente, sino sólo por un propósito deliberado. El término más general es «matar». Se aplica tanto a la muerte accidental como al asesinato deliberado, y se aplica tanto a los animales como a los seres humanos. Lo que es más, una enfermedad puede matar un árbol. Así pues, ¿por qué no se puede matar a un robot, eh, Daneel?

—Los seres humanos y los animales y las plantas, compañero Elijah, son cosas vivas —arguyó Daneel—. Un robot es un artefacto humano, al igual que esta pantalla. Un artefacto se «destruye», «estropea», «rompe», y así sucesivamente. Nunca se «mata».

—De todos modos, Daneel, yo emplearé ese término. A Jander Panell le mataron.

Daneel preguntó:

—¿Por qué una diferencia en las palabras va a suponer una diferencia en la cosa descrita?

—Aunque a la rosa le diéramos otro nombre, olería igualmente bien. ¿Es eso, Daneel?

Daneel hizo una pausa, y luego respondió:

—No estoy seguro de lo que significa el olor de una rosa, pero si la rosa de la Tierra es la flor común que se llama rosa en Aurora, y si por olor te refieres a una propiedad que puede ser detectada, percibida o calibrada por los seres humanos, es indudable que el hecho de designar a una rosa por otra combinación de sonidos, conservando todo lo demás igual, no afectaría al olor ni a ninguna otra de sus propiedades intrínsecas.

—Cierto. Y sin embargo, un cambio de nombre da lugar a un cambio de percepción en lo que a los seres humanos se refiere.

—No entiendo por qué, compañero Elijah.

—Porque los seres humanos somos ilógicos con frecuencia. No es una característica admirable.

Baley se arrellanó en la butaca y jugueteó con la pantalla, sumiéndose por unos minutos en sus propios pensamientos. La discusión con Daneel era útil en sí misma, pues mientras Baley jugaba con las palabras, conseguía olvidar que estaba en el espacio, que la nave seguía avanzando hacia un punto lo bastante alejado de los centros de masa del Sistema Solar para

realizar el salto a través del hiperespacio, y que pronto estaría a varios millones de kilómetros de la Tierra y, no mucho después, a varios años luz.

Aún más importante, había conclusiones positivas que extraer. Estaba claro que las afirmaciones de Daneel acerca de que los auroranos no hacían distinción entre robots y seres humanos era engañosa. Los auroranos podían eliminar la inicial «R.», el empleo de la palabra «muchacho» como forma de interpelación, y el uso del género neutro en relación a los robots, pero por la resistencia de Daneel a utilizar la misma palabra para el fin violento de un robot y un ser humano (una resistencia inherente a su programación que, a su vez, era la consecuencia natural de las teorías auroranas sobre cómo debía comportarse Daneel) había que deducir que eran cambios meramente superficiales. En esencia, los auroranos se mostraban tan firmes como los terrícolas en su creencia de que los robots eran máquinas infinitamente inferiores a los seres humanos.

Eso significaba que su formidable tarea de encontrar una solución satisfactoria a la crisis (en el caso de que fuera posible) no se vería entorpecida por aquella particularidad determinada de la sociedad aurorana.

Baley se preguntó si debería interrogar a Giskard, a fin de confirmar las conclusiones que había sacado de su conversación con Daneel y, sin apenas vacilar, decidió no hacerlo. La mente simple y poco sutil de Giskard no le resultaría de ninguna utilidad. Contestaría «Sí, señor» y «No, señor» a todas sus preguntas. Sería como interrogar a una cinta magnetofónica.

Así pues, decidió continuar con Daneel, que al menos era capaz de responder con algo semejante a la sutileza. Dijo:

—Daneel, consideremos el caso de Jander Panell que, por lo que me has dicho hasta ahora, parece ser el primer caso de roboticidio en la historia de Aurora. Deduzco que se desconoce la identidad del ser humano responsable, el asesino.

—Si suponemos que el responsable fue un ser humano —dijo Daneel—, su identidad es desconocida. En eso tienes razón, compañero Elijah.

—¿Qué hay del motivo? ¿Por qué mataron a Jander Panell?

—Eso también se desconoce.

—Pero Jander Panell era un robot humaniforme, un robot como tú, no como R. Gis… como Giskard, por ejemplo.

—Así es. Jander era un robot humaniforme como yo.

—Entonces, ¿no podría ser que no se tratara de un caso de roboticidio?

—No te comprendo, compañero Elijah.

Baley dijo, con algo de impaciencia:

—¿No es posible que el asesino pensara que ese tal Jander era un ser humano, que la intención fuese homicidio, no roboticidio?

Lentamente, Daneel meneó la cabeza.

—Los robots humaniformes tienen el mismo aspecto que los seres humanos, compañero Elijah, hasta el vello y los poros de la piel. Nuestras voces son muy naturales, podemos realizar la función de comer y cosas así. Sin embargo, existen notables diferencias en nuestro comportamiento. Es posible que dichas diferencias vayan reduciéndose con el tiempo y el avance de la técnica, pero por el momento hay muchas. Tú, y otros terrícolas no habituados a los robots humaniformes, podéis no advertir fácilmente esas diferencias, pero los auroranos las advierten. Ningún aurorano tomaría a Jander, o a mí, por un ser humano, ni por un momento.

—¿Podría algún espacial, uno que no fuese aurorano, cometer esa equivocación?

Daneel titubeó.

—No lo creo. No hablo por observación personal o por conocimiento programado directo, pero sí tengo la programación para saber que todos los mundos espaciales están tan familiarizados con los robots como Aurora, algunos, como Solaria, incluso más, y, por lo tanto, deduzco que ningún espacial dejaría de ver la distinción entre un humano y un robot.

—¿Hay robots humaniformes en los demás mundos espaciales?

—No, compañero Elijah, hasta ahora sólo existen en Aurora.

—Entonces, los otros espaciales no están demasiado familiarizados con los robots humaniformes y pueden muy bien pasar por alto las distinciones y tomarlos por seres humanos.

—No soy de esa opinión. Incluso los robots humaniformes se comportan de un modo robótico en ciertos aspectos determinados que cualquier espacial reconocería.

—Pero sin duda hay espaciales que no son tan inteligentes como la mayoría, ni tan experimentados, ni tan maduros. Hay niños espaciales, en el

peor de los casos, a los que la distinción les pasaría por alto.

—Es seguro, compañero Elijah, que el… roboticidio… no fue cometido por alguien sin inteligencia, sin experiencia o joven. Completamente seguro.

—Estamos haciendo eliminaciones. Magnífico. Si ningún espacial dejaría de advertir la distinción, ¿qué hay de un terrícola? ¿Es posible que…?

—Compañero Elijah, cuando tú llegues a Aurora, serás el primer terrícola que ponga los pies en el planeta desde el fin del período de colonización original. Todos los auroranos que están vivos en la actualidad nacieron en Aurora o, en muy pocos casos, en otros mundos espaciales.

—El primer terrícola —musitó Baley—. Me siento muy honrado. ¿Podría un terrícola encontrarse en Aurora sin que los auroranos lo supiesen?

—¡No! —dijo Daneel con sencilla seguridad.

—Tus conocimientos, Daneel, pueden no ser absolutos.

—¡No! —repitió Daneel, en un tono idéntico al primero.

—Así pues, llegamos a la conclusión —dijo Baley encogiéndose de hombros— de que el roboticidio pretendió ser un roboticidio y nada más.

—Ésa fue la conclusión desde el principio.

Baley dijo:

—Los auroranos que llegaron a esa conclusión en un principio disponían de toda la información necesaria. Yo la estoy recibiendo ahora por primera vez.

—Mi observación, compañero Elijah, no encerraba ninguna intención peyorativa. Jamás se me ocurriría menospreciar tus habilidades.

—Gracias, Daneel. Sé qué no había ningún desprecio intencionado en tu observación. Hace un momento has dicho que el roboticidio no fue cometido por nadie sin inteligencia, sin experiencia o joven, y que eso es completamente seguro. Consideremos tu observación…

Baley sabía que estaba tomando el camino más largo. Tenía que hacerlo. Considerando su ignorancia sobre las costumbres auroranas y su línea de pensamiento, no podía permitirse el lujo de hacer suposiciones y saltarse pasos. Si estuviera tratando con un ser humano inteligente, esa persona

podría impacientarse y proporcionar información… y considerar a Baley como un idiota. Sin embargo Daneel, como robot, seguiría a Baley por el sinuoso camino con absoluta paciencia.

Ése era un tipo de conducta que delataba a Daneel como robot, por muy humaniforme que pudiera ser. Un aurorano sería capaz de identificarlo como un robot por una sola respuesta a una sola pregunta. Daneel estaba en lo cierto respecto a las sutiles distinciones.

Baley dijo:

—Podríamos eliminar a los niños, así como a la mayoría de las mujeres y a muchos hombres, suponiendo que el método del roboticidio implicara una gran fuerza; por ejemplo, si la cabeza de Jander hubiera sido aplastada con un golpe violento o que su pecho hubiera sido hundido. Me imagino que eso no resultaría fácil para un ser humano que no fuese particularmente grande y fuerte. —Por lo que Demachek le había dicho en la Tierra, Baley sabía que la forma de roboticidio no había sido ésta, pero ¿cómo podía estar seguro de que la misma Demachek no había sido mal informada?

Daneel dijo:

—Nada de esto sería posible para ningún ser humano.

—¿Por qué no?

—Indudablemente, compañero Elijah, sabrás que el esqueleto robótico es de naturaleza metálica y mucho más fuerte que los huesos humanos. Nuestros movimientos son más eficaces, más rápidos y más controlados. La Tercera Ley de la robótica dice: «Un robot debe proteger su propia existencia». La agresión de un ser humano sería repelida fácilmente. Incluso el más fuerte de los seres humanos sería inmovilizado. Por otra parte, no es probable que un robot esté desprevenido hasta ese punto. Siempre estamos pendientes de los seres humanos. De lo contrario no podríamos cumplir nuestras funciones.

Baley replicó:

—Vamos, Daneel. La Tercera Ley dice: «Un robot debe proteger su propia existencia, mientras dicha protección no contravenga la Primera o Segunda Ley». La Segunda Ley declara: «Un robot debe obedecer las órdenes de los seres humanos, excepto cuando esas órdenes contravengan la Primera Ley». Y la Primera Ley dice: «Un robot no debe dañar a un ser

humano o, por medio de la inacción, permitir que un ser humano sea dañado». Un ser humano podría ordenar a un robot que se destruyera a sí mismo… y entonces el robot usaría su propia fuerza para aplastarse el cráneo. Y si un ser humano atacara a un robot, el robot no podría repeler el ataque sin dañar al ser humano, con lo cual violaría la Primera Ley. Daneel dijo:

—Supongo que estás pensando en los robots de la Tierra. En Aurora, o en cualquiera de los mundos espaciales, los robots están mejor considerados que en la Tierra y, en general, son más complejos, versátiles y valiosos. En los mundos espaciales la Tercera Ley tiene mucha más fuerza que la Segunda Ley, a diferencia de lo que ocurre en la Tierra. Cualquier orden de autodestrucción sería cuestionada y tendría que haber un motivo realmente válido para que fuese obedecida; un peligro claro e inmediato. Y el hecho de repeler un ataque no violaría la Primera Ley, pues los robots auroranos son lo bastante hábiles para inmovilizar a un ser humano sin dañarle.

—No obstante, supongamos que un ser humano mantuviera que, salvo si un robot se destruyera a sí mismo, él, el ser humano, sería destruido. ¿No se destruiría el robot en ese caso?

—Un robot aurorano cuestionaría una simple aseveración como ésa. Tendría que haber clara evidencia de la posible destrucción del ser humano.

—¿No podría un ser humano enfocar la cuestión de un modo lo bastante sutil como para convencer a un robot de que ese ser humano estaba verdaderamente en peligro? ¿Es el ingenio que se requeriría lo que te hace eliminar a los que carecen de inteligencia, de experiencia y a los jóvenes?

Y Daneel contestó:

—No, compañero Elijah, no es eso.

—¿Hay algún error en mi razonamiento?

—Ninguno.

—Entonces el error debe de estar en mi deducción de que fue dañado físicamente. Por lo tanto, no fue dañado físicamente. ¿Es así?

—Sí, compañero Elijah.

(Eso significaba que la información de Demachek era correcta, pensó Baley).

—En ese caso, Daneel, Jander fue dañado mentalmente. ¡Un robloqueo! ¡Total e irreversible!

—¿Un robloqueo?

—Es la abreviatura de bloqueo robótico, la interrupción definitiva de los mecanismos positrónicos.

—En Aurora no utilizamos la palabra «robloqueo», compañero Elijah.

—¿Qué decís?

—Decimos «bloqueo mental».

—Bueno, ambos términos describen el mismo fenómeno.

—Sería conveniente, compañero Elijah, que utilizaras nuestra expresión o los auroranos con los que hables no te entenderán; eso podría dificultar la conversación. Hace un rato has manifestado que el empleo de distintas palabras supone una diferencia.

—Muy bien. Diré «bloqueo mental». ¿Podría eso ocurrir espontáneamente?

—Sí, pero, según los roboticistas, las posibilidades son infinitesimalmente pequeñas. Como robot humaniforme, puedo afirmar que yo mismo nunca he experimentado ningún efecto que se aproxime siquiera al bloqueo mental.

—Entonces, la deducción lógica es que un ser humano provocó deliberadamente una situación en la que se produciría un bloqueo mental.

—Esto es precisamente lo que sostienen los oponentes del doctor Fastolfe, compañero Elijah.

—Y ya que esto requeriría conocimientos de robótica, experiencia y habilidad, los que carecen de inteligencia y de experiencia, y los jóvenes no pueden ser responsables.

—Es el razonamiento natural, compañero Elijah.

—Quizás incluso fuera posible hacer una lista de todos los seres humanos de Aurora que poseen la habilidad suficiente y, de ese modo, formar un grupo de sospechosos que podría no ser muy grande.

—Eso, compañero Elijah, ya se ha hecho.

—¿Y es una lista muy larga?

—La lista más larga que se ha propuesto sólo incluye un nombre.

Ahora fue Baley quien hizo una pausa. Sus cejas se unieron en un ceño airado y preguntó coléricamente:

—¿Sólo un nombre?

Daneel contestó con calma:

—Sólo un hombre, compañero Elijah. Ésta es la opinión del doctor Han Fastolfe, que es el teórico de la robótica más eminente de Aurora.

—Pero entonces, ¿dónde está el misterio? ¿Cuál es ese nombre?

R. Daneel dijo:

—Pues el del doctor Han Fastolfe, naturalmente. Acabo de manifestar que es el teórico de la robótica más eminente de Aurora y, de acuerdo con la opinión profesional del doctor Fastolfe, él mismo es el único que habría podido causar un bloqueo mental completo a Jander Panell sin dejar ninguna señal del proceso. Sin embargo, el doctor Fastolfe también declara que él no lo hizo.

—¿Pero que tampoco pudo hacerlo ningún otro?

—En efecto, compañero Elijah. En eso consiste el misterio.

—¿Y si el doctor Fastolfe…? —Baley se interrumpió. Sería absurdo preguntar a Daneel si el doctor Fastolfe mentía o estaba equivocado en su propia opinión de que sólo él podía haberlo hecho o bien en la declaración de que él no lo había hecho. Daneel había sido programado por Fastolfe y no cabía ninguna posibilidad de que la programación incluyera la facultad de dudar del programador.

Por lo tanto, con toda la serenidad de que fue capaz, Baley dijo:

—Pensaré en ello, Daneel, y volveremos a hablar.

—Está bien, compañero Elijah. De todos modos, es hora de dormir. Ya que es posible que, en Aurora, la presión de los acontecimientos te imponga un horario irregular, sería conveniente aprovechar la oportunidad de dormir ahora. Te enseñaré cómo se obtiene una cama y cómo se consiguen las sábanas.

—Gracias, Daneel —murmuró Baley.

No se hacía ilusiones respecto a poder conciliar el sueño fácilmente. Le enviaban a Aurora con el propósito específico de demostrar que Fastolfe era inocente de roboticidio —y había que hacerlo para seguridad de la Tierra y (mucho menos importante pero igualmente necesario) para prosperidad de

la propia carrera de Baley— y sin embargo, incluso antes de llegar a Aurora, había descubierto que Fastolfe había confesado virtualmente el delito.

8

Baley durmió… al fin, después de que Daneel le demostrara cómo se reducía la intensidad de campo que servía como una forma de seudogravedad. No era una antigravedad propiamente dicha, y consumía tanta energía que el método sólo podía utilizarse en ocasiones restringidas y circunstancias no usuales.

Daneel no había sido programado para explicar algo tan complicado como aquello y, si lo hubiera hecho, Baley estaba completamente seguro de que no lo habría entendido. Por fortuna, se podía accionar los mandos sin entender la justificación científica.

Daneel dijo:

—La intensidad de campo no puede reducirse hasta cero; al menos, con estos mandos. En todo caso, dormir bajo gravedad cero no es demasiado cómodo, especialmente para quienes no están acostumbrados a los viajes espaciales. Lo que necesitas es una intensidad lo bastante baja para tener la sensación de estar liberado de la presión de tu propio peso, pero lo bastante alta para mantener la orientación de arriba y abajo. El nivel varía según el individuo. La mayoría de las personas alcanzaría la máxima comodidad con la intensidad mínima permitida por los mandos, pero quizá tú descubras que, siendo la primera vez, deseas una intensidad mayor, para conservar en mayor grado la familiaridad de la sensación de peso. Sólo tienes que experimentar con distintos niveles y encontrarás el que te conviene.

Absorto en la novedad de la situación, Baley descubrió que su mente se alejaba del problema de la afirmación/negación de Fastolfe, incluso mientras su cuerpo se alejaba del insomnio. Quizás ambas cosas formaran parte de un solo proceso.

Soñó que volvía a estar en la Tierra (naturalmente), viajando en un expreso pero no en uno de los asientos. Más bien, se deslizaba por los aires

junto a la pista de gran velocidad, por encima de la cabeza de la gente que iba por ella, ganándoles terreno poco a poco. Ninguna de las personas que estaban en el suelo parecía sorprendida; ninguna levantó la mirada hacia él. Era una sensación bastante agradable y la encontró a faltar al despertarse.

Tras el desayuno de la mañana siguiente…

¿Era realmente la mañana? ¿Podía haber mañanas, o cualquier otro momento del día, en el espacio?

No, indudablemente no. Baley reflexionó un rato y decidió definir la mañana como el tiempo después de despertarse, y definir el desayuno como la comida ingerida después de despertarse, y abandonar la cronología específica por ser objetivamente insignificante. Para él, cuando menos, si no para la nave.

Así pues, tras el desayuno de la mañana siguiente, pasó revista a los periódicos el tiempo justo para ver que no decían nada sobre el roboticidio de Aurora, y luego se concentró en las películas-libro que Giskard le había traído el día anterior (¿«período de vigilia»?).

Escogió aquellas cuyos títulos parecían históricos y, tras visionar apresuradamente unas cuantas, llegó a la conclusión de que Giskard le había traído libros para adolescentes. Tenían gran cantidad de ilustraciones y muy poco texto. Se preguntó si ése sería el juicio de Giskard sobre su inteligencia… o, tal vez, sobre sus necesidades. Después de pensarlo mejor, decidió que Giskard, en su inocencia robótica, había escogido bien y que no tenía motivos para sentirse insultado. Siguió adelante con mayor concentración y observó inmediatamente que Daneel visionaba la película-libro con él. ¿Verdadera curiosidad? ¿O sólo era para mantener los ojos ocupados?

Daneel no le pidió ni una vez que repitiera una página. Tampoco le interrumpió para hacerle una sola pregunta. Probablemente, se limitaba a aceptar lo que leía con confianza robótica y no se permitía el lujo de la duda o la curiosidad.

Baley no hizo a Daneel ninguna pregunta relativa a lo que estaba leyendo, aunque sí pidió instrucciones sobre el funcionamiento del mecanismo impresor de la pantalla aurorana, con la que no estaba familiarizado.

De vez en cuando, Baley hacía una pausa para utilizar la pequeña habitación que comunicaba con la suya y podía ser utilizada para las diversas funciones fisiológicas privadas, tan privadas que la habitación se designaba como «el Personal», con la mayúscula sobreentendida en todos los casos, tanto en la Tierra como en Aurora (según descubrió Baley cuando Daneel se refirió a ella). En ella sólo cabía una persona, lo cual resultaba asombroso para un ciudadano acostumbrado a largas hileras de urinarios, asientos excretores, lavabos y duchas.

Mientras visionaba las películas-libro, Baley no intentaba memorizar los detalles. No tenía la intención de convertirse en experto sobre la sociedad aurorana, ni siquiera de pasar un examen sobre el tema. Más bien, deseaba adquirir unas nociones.

No le pasó inadvertido, por ejemplo, a pesar de la actitud hagiográfica de los historiadores que escribían para la gente joven, que los pioneros auroranos —los padres fundadores, los terrícolas que habían colonizado Aurora en los primeros tiempos de los viajes interestelares— habían sido típicamente terrícolas. Su política, sus disputas, todas las facetas de su conducta habían sido como las de los terrícolas; lo que sucedió en Aurora fue similar, en ciertos aspectos, a los acontecimientos que tuvieron lugar cuando se colonizaron las zonas relativamente vacías de la Tierra un par de miles de años antes.

Naturalmente, los auroranos no tenían vida inteligente para combatir, ni organismos pensantes para desconcertar a los invasores procedentes de la Tierra con cuestiones de trato, humano o cruel. De hecho, apenas había vida de ninguna clase. Así que el planeta fue colonizado rápidamente por los seres humanos, por sus plantas y animales domesticados, así como por los parásitos y demás organismos que sin querer llevaron consigo. Y por supuesto, los colonizadores también llevaron robots.

Los primeros auroranos no tardaron en sentirse dueños del planeta, ya que les llegó a las manos sin la menor oposición, y lo llamaron Nueva Tierra. Nada más natural, pues fue el primer planeta extrasolar —el primer mundo espacial— en ser colonizado. Constituyó el primer fruto de los viajes interestelares, el primer amanecer de una nueva era. Sin embargo,

pronto cortaron el cordón umbilical y rebautizaron el planeta como Aurora, la diosa romana del amanecer.

Era el Mundo del Amanecer. Y así fue cómo los colonizadores se proclamaron a sí mismos progenitores de una nueva época. Toda la historia anterior de la humanidad era una noche oscura y sólo para los auroranos de aquel nuevo mundo se acercaba finalmente el día.

Ese gran hecho, ese gran autobombo, era lo que prevalecía por encima de todos los detalles: nombres, fechas, vencedores, perdedores. Era lo esencial.

Se colonizaron otros mundos, algunos desde la Tierra y otros desde Aurora, pero Baley no prestó atención a ese u otros detalles. Estaba más interesado en las grandes pinceladas y tomó nota de los dos cambios importantes que tuvieron lugar y siguieron alejando a los auroranos de sus orígenes terrícolas. El primero fue la creciente integración de los robots en todas las facetas de la vida y el segundo, la prolongación de la vida.

A medida que los robots fueron perfeccionándose, los auroranos se hicieron más dependientes de ellos. Pero no de un modo incontrolado. No como en el mundo de Solaria, recordó Baley, donde un puñado de seres humanos estaban en el seno colectivo de muchos robots. Ése no era el caso de Aurora.

Y sin embargo, se volvieron más dependientes.

Visionando, como hacía, para formarse una idea global —tendencias y generalidades—, cada paso en el curso de la interacción humanorrobótica parecía depender de la dependencia. Incluso el modo en que se había alcanzado un consenso de derechos robóticos —el abandono de lo que Daneel llamaría «distinciones innecesarias»— era una muestra de dependencia. Para Baley, la actitud más humana de los auroranos no se debía a una inclinación hacia lo humano, sino al deseo de negar la naturaleza robótica de los objetos para no tener que admitir el hecho de que los seres humanos dependían de objetos de inteligencia artificial.

En cuanto a la prolongación de la vida, iba acompañada de una reducción del ritmo de la historia. Los altibajos no existían. Había una continuidad creciente y un consenso también creciente.

Sin lugar a dudas, la historia que visionaba iba perdiendo interés a medida que avanzaba; se volvió casi soporífica. Para los que la vivían, eso tenía que ser bueno. La historia resultaba interesante en la medida que era catastrófica y, aunque eso podía resultar una lectura apasionante, constituía una vida horrible. Indudablemente, las vidas personales seguían siendo interesantes para la inmensa mayoría de los auroranos y, si la interacción colectiva de las vidas se sosegaba, ¿a quién le importaría?

Si el Mundo del Amanecer gozaba de un día tranquilo y soleado, ¿quién de ese mundo clamaría tormenta?

En un momento dado de la lectura, Baley experimentó una sensación indescriptible. Si le hubieran obligado a intentar describirla, habría dicho que fue como una inversión momentánea. Fue como si le hubieran vuelto del revés, y luego otra vez del derecho, en el curso de una pequeña fracción de segundo.

Tan fugaz había sido que casi le pasó por alto, no concediéndole más atención que a un hipo en su interior.

Hasta un minuto después, cuando súbitamente adquirió conciencia de lo sucedido, no recordó la sensación como algo que ya había experimentado otras dos veces: una cuando viajó a Solaria y otra cuando regresó a la Tierra desde ese planeta.

Era el «Salto», el paso por el hiperespacio que, en un intervalo de tiempo cero y espacio cero, impulsaba la nave a través de los parsecs y vencía el límite de la velocidad de la luz del Universo. (Ningún misterio en las palabras, ya que la nave sólo abandonaba el Universo y atravesaba algo que no implicaba límite de velocidad. Misterio total, sin embargo, en el concepto, pues no había modo de describir en qué consistía el hiperespacio, a menos que se utilizaran símbolos matemáticos que, de todos modos, no podían traducirse a nada comprensible).

Si se aceptaba el hecho de que los seres humanos habían aprendido a manipular el hiperespacio sin comprender lo que manipulaban, el efecto era claro. En un momento determinado, la nave había estado a microparsecs de la Tierra, y al momento siguiente, estaba a microparsecs de Aurora.

En teoría, el Salto requería un tiempo cero —literalmente cero— y, si se llevaba a cabo con una suavidad absoluta, no había, no podía haber, ninguna

sensación biológica. Sin embargo, los físicos sostenían que la suavidad absoluta exigía una energía infinita, de modo que siempre había un «tiempo efectivo» que no era realmente cero, aunque podía hacerse tan corto como se deseara. Eso era lo que producía aquella sensación de inversión tan extraña y esencialmente inocua.

El hecho de saber que estaba muy lejos de la Tierra y muy cerca de Aurora dio a Baley el deseo de ver el mundo espacial.

Por una parte era el deseo de ver un lugar habitado, y por otra era la curiosidad natural de ver algo que había llenado su mente como resultado de las películas-libro que había estado visionando.

Giskard entró en aquel preciso momento con la comida intermedia entre la hora de despertarse y la hora de dormir (habría que llamarla «almuerzo») y dijo:

—Nos estamos acercando a Aurora, señor, pero usted no podrá observarla desde el puente. En todo caso, no habría nada que ver. El sol de Aurora no es más que una estrella brillante y pasarán varios días antes de que estemos lo bastante cerca de la misma Aurora para ver algún detalle. —Luego, como si se le acabara de ocurrir, añadió—: Tampoco podrá usted observarla desde el puente cuando llegue ese momento.

Baley se sintió extrañamente desconcertado. Al parecer, se suponía que querría observar y, no obstante, tenían la intención de impedírselo. Su presencia como observador no era deseada.

Dijo:

—Muy bien, Giskard —y el robot salió.

Baley frunció el ceño. ¿A qué otras limitaciones se vería sometido? Improbable como era el cumplimiento satisfactorio de su misión, se preguntó de cuántas formas distintas conspirarían los auroranos para hacerla imposible.

3. GISKARD

9

Baley se volvió y dijo a Daneel:

—Me molesta, Daneel, tener que permanecer recluido aquí sólo porque los auroranos de esta nave temen que yo sea una fuente de infección. Eso es pura superstición. Me han sometido a tratamiento.

Daneel contestó:

—No es a causa de los temores de los auroranos por lo que se te pide que permanezcas en tu habitación, compañero Elijah.

—¿No? ¿Por qué otra razón?

—Quizá recuerdes que, durante nuestro primer encuentro en esta nave, me preguntaste las razones por las que me habían enviado a escoltarte. Yo te dije que lo habían hecho para ponerte al corriente de lo sucedido y para complacerme. Estaba a punto de comunicarte la tercera razón cuando Giskard nos interrumpió con la pantalla y las películas, y después nos embarcamos en una discusión sobre el roboticidio.

—Y no llegaste a decirme la tercera razón. ¿Cuál es?

—Pues bien, compañero Elijah, es, simplemente, que yo podría ayudar a protegerte.

—¿De qué?

—El incidente que hemos acordado llamar roboticidio ha despertado pasiones insólitas. Tú has sido llamado a Aurora para ayudar a demostrar la inocencia del doctor Fastolfe. Y el drama de hiperondas…

—Jehoshaphat, Daneel —dijo Baley con indignación—. ¿Es que también han visto eso en Aurora?

—Lo han visto en todos los mundos espaciales, compañero Elijah. Fue un programa muy popular y ha dejado muy claro que eres un investigador extraordinario.

—De modo que quien esté detrás del roboticidio puede tener un miedo exagerado de mis habilidades y, por lo tanto, puede hacer lo que sea para impedir mi llegada… o para matarme.

—El doctor Fastolfe —repuso Daneel con calma— está convencido de que no hay nadie detrás del roboticidio, ya que ningún ser humano aparte de él mismo podría haberlo llevado a cabo. En opinión del doctor Fastolfe, fue un suceso puramente fortuito. Sin embargo, hay quienes intentan sacar provecho de tal suceso y podrían estar interesados en impedir que tú lo demostraras. Por esa razón, debes ser protegido.

Baley dio unos pasos rápidos hasta una pared de la habitación y luego hasta la otra, como para acelerar sus procesos mentales por medio del ejemplo físico. Inexplicablemente, no tenía ninguna sensación de peligro personal.

Preguntó:

—Daneel, ¿cuántos robots humaniformes hay ahora en Aurora?

—¿Quieres decir ahora que Jander ya no funciona?

—Sí, ahora que Jander está muerto.

—Uno, compañero Elijah.

Baley miró a Daneel con estupefacción. Mudamente, articuló la palabra: ¿Uno? Al fin, dijo:

—A ver si lo he entendido, Daneel. ¿Tú eres el único robot humaniforme de Aurora?

—Y de cualquier mundo, compañero Elijah. Pensaba que ya lo sabías. Yo era el prototipo y luego se construyó a Jander. Desde entonces, el doctor Fastolfe se ha negado a construir otros y nadie más tiene la habilidad necesaria para hacerlo.

—Pero en ese caso, ya que de dos robots humaniformes, uno ha sido asesinado, ¿no se le ocurre al doctor Fastolfe que el humaniforme restante, tú, Daneel, puede estar en peligro?

—Admite esa posibilidad. Pero es muy improbable que un suceso tan insólito como el bloqueo mental se produzca una segunda vez. No la toma en serio. Sin embargo, teme que pueda suceder algún otro percance. Creo que ése fue uno de los motivos por los que me envió a la Tierra a buscarte. Me ha mantenido alejado de Aurora durante más de una semana.

—Y ahora eres tan prisionero como yo, ¿verdad, Daneel?

—Soy prisionero —dijo Daneel gravemente— en el sentido de que no puedo abandonar esta habitación, compañero Elijah.

—¿En qué sentido se es prisionero?

—En el sentido de que la persona tan limitada en sus movimientos se rebele contra esa limitación. Un verdadero encarcelamiento tiene la implicación de ser involuntario. Yo comprendo plenamente el motivo para estar aquí y convengo en la necesidad.

—Tú, sí —gruñó Baley—. Yo, no. Yo soy prisionero en todos los sentidos. Además, ¿por qué se supone que estamos seguros aquí?

—En primer lugar, compañero Elijah, Giskard se encuentra de guardia junto a la puerta.

—¿Es lo bastante inteligente para el trabajo?

—Entiende las órdenes perfectamente. Es robusto y fuerte y se hace cargo de la importancia de su tarea.

—¿Quieres decir que está dispuesto a ser destruido para protegernos a nosotros dos?

—Sí, naturalmente, igual que yo estoy dispuesto a ser destruido para protegerte a ti.

Baley se sintió apabullado, y dijo:

—¿No te rebelas contra una situación en la que puedes verte obligado a dar tu existencia por mí?

—Es mi programación, compañero Elijah —contestó Daneel en una voz que pareció suavizarse—. De todos modos, aunque no fuese por mi programación, creo que salvarte haría que la pérdida de mi propia existencia resultara muy trivial en comparación.

Baley no pudo resistirlo. Alargó la mano y apretó con fuerza la de Daneel.

—Gracias, compañero Daneel, pero no permitas que eso ocurra. No deseo la pérdida de tu existencia. Yo creo que la preservación de la mía sería una compensación insuficiente.

Y le sorprendió descubrir que era cierto. No pudo dejar de sentirse horrorizado al comprender que estaría dispuesto a arriesgar su vida por un robot… No, no por un robot. Por Daneel.

10

Giskard entró sin anunciarse. Baley había terminado por aceptarlo. El robot, como guardián, tenía que ser libre de ir y venir a su antojo. Y, a juicio de Baley, Giskard sólo era un robot, por mucho que perteneciese al genero masculino y por mucho que uno no mencionara la «R.». Aunque Baley estuviera rascándose, hurgándose la nariz u ocupado en alguna función biológica, Giskard se mostraría indiferente, imperturbable, incapaz de reaccionar en modo alguno, y se limitaría a registrar fríamente la observación en algún banco de datos interno.

Eso convertía a Giskard en un simple mueble móvil y Baley no experimentaba la menor turbación en su presencia. No era que Giskard le hubiese sorprendido nunca en un momento inoportuno, pensó con equidad.

Giskard llevaba un pequeño cubículo consigo.

—Señor, sospecho que aún desea observar Aurora desde el espacio.

Baley se sobresaltó. Sin duda, Daneel había advertido su irritación, había deducido su causa y quería remediarla de ese modo. Encargar a Giskard que lo hiciera y lo expusiera como una idea propia era una muestra de delicadeza por su parte. Le evitaría la necesidad de expresar su gratitud. O eso debía de pensar Daneel.

En realidad, Baley se había sentido más irritado por la prohibición —innecesaria, a su juicio— de observar Aurora que por su forzada reclusión. La imposibilidad de ver el panorama le había obsesionado durante los dos días transcurridos desde el Salto. Así pues, se volvió y dijo a Daneel:

—Gracias, amigo mio.

—Ha sido idea de Giskard —declaró Daneel.

—Sí, claro —concedió Baley con una leve sonrisa—. También le doy las gracias a él. ¿Qué es esto, Giskard?

—Un astrosimulador, señor. Funciona como un receptor tridimensional y está conectado con la sala panorámica. Querría añadir…

—¿Sí?

—No encontrará la vista demasiado interesante, señor. No desearía que se sintiera innecesariamente decepcionado.

—Intentaré no esperar demasiado, Giskard. De todos modos, no te haré responsable de la decepción que pueda sentir.

—Gracias, señor. Debo regresar a mi puesto, pero Daneel podrá ayudarle con el aparato si surge algún problema.

Salió y Baley se volvió hacia Daneel con aprobación.

—No cabe duda de que Giskard ha sabido manejar el asunto. Puede ser un modelo sencillo, pero está bien diseñado.

—Él también es un robot de Fastolfe, compañero Elijah… Este astrosimulador es autónomo y autoajustable. Puesto que ya está enfocado sobre Aurora, sólo es necesario tocar el borde del mando. Eso lo pondrá en funcionamiento y no tendrás que hacer nada más. ¿Quieres ponerlo en marcha tú mismo?

Baley se encogió de hombros.

—No es necesario. Hazlo tú.

—Muy bien.

Daneel había colocado el cubículo encima de la mesa sobre la que Baley había visionado las películas-libro.

—Esto —dijo, señalando un pequeño rectángulo que tenía en la mano— es el mando, compañero Elijah. Sólo tienes que sujetarlo por los bordes de este modo y luego ejercer una ligera presión hacia dentro para accionar el mecanismo… y luego otra para desconectarlo.

Daneel oprimió el borde del mando y Baley lanzó una exclamación ahogada.

Había esperado que el cubículo se iluminara y mostrara una representación holográfica de un campo estelar en su interior. No fue eso lo que ocurrió. En cambio, Baley se encontró en el espacio —en el espacio— con relucientes estrellas en todas direcciones.

Sólo duró un momento y luego todo volvió a ser como antes: la habitación y, en su interior, Baley, Daneel y el cubículo.

—Lo lamento, compañero Elijah —dijo Daneel—. Lo he desconectado en cuanto he advertido tu malestar: No me había dado cuenta de que no estabas preparado para esto.

—Entonces, prepárame. ¿Qué ha sucedido?

—El astrosimulador opera directamente sobre el centro visual del cerebro humano. No hay modo de diferenciar la impresión que deja y la realidad tridimensional. Es un invento relativamente nuevo y hasta ahora sólo se ha utilizado para escenas astronómicas que, al fin y al cabo, son pobres en detalle.

—¿Lo has visto tú también, Daneel?

—Sí, pero muy defectuosamente y sin el realismo que experimenta un ser humano. Veo el tenue contorno de un paisaje superpuesto sobre el contenido, aún claro, de la habitación, pero me han explicado que los seres humanos sólo ven el paisaje. Indudablemente, cuando el cerebro de los que son como yo esté mejor afinado y ajustado…

Baley había recobrado el equilibrio.

—La cuestión es, Daneel, que yo no era consciente de nada más. No era consciente de mí mismo. No me veía las manos ni notaba dónde estaban. Me sentía como si fuera un espíritu incorpóreo o… bueno… como supongo que me sentiría si estuviera muerto pero existiese conscientemente en otra vida inmaterial.

—Ahora comprendo por qué lo has encontrado un poco inquietante.

—De hecho, lo he encontrado muy inquietante.

—Lo lamento, compañero Elijah. Haré que Giskard se lo lleve.

—No. Ahora ya estoy preparado. Déjame ese cubo… ¿Podré desconectarlo, aunque no sea consciente de la existencia de mis manos?

—Se te adherirá a la mano, con objeto de que no se te caiga, compañero Elijah. El doctor Fastolfe, que ha experimentado este fenómeno, me contó que la presión se ejerce automáticamente cuando el ser humano que lo sujeta desea ponerle término. Es un fenómeno automático basado en la manipulación nerviosa, al igual que la visión. Al menos, así es como funciona con los auroranos y me imagino…

—Que los terrícolas son lo bastante similares a los auroranos, fisiológicamente, para que funcione de igual modo con nosotros. Muy bien; dame el mando y lo intentaré.

Con un ligero respingo interno, Baley oprimió el borde del mando y volvió a encontrarse en el espacio. Esta vez lo esperaba y, en cuanto descubrió que podía respirar sin dificultad y no se sentía en modo alguno como si estuviera inmerso en un vacío, procuró aceptarlo como una ilusión visual. Respirando de un modo bastante estertoroso (quizá para convencerse a sí mismo de que verdaderamente respiraba), miró con curiosidad en todas direcciones.

Súbitamente consciente de que oía el áspero sonido de su respiración en la nariz, dijo:

—¿Me oyes, Daneel?

Oyó su propia voz —un poco distante, un poco artificial—, pero la oyó.

Y luego oyó la de Daneel, lo bastante diferente como para poder distinguirla.

—Sí, te oigo —dijo Daneel—. Y tú también deberías oírme, compañero Elijah. Los sentidos visual y cinestético están interferidos con objeto de alcanzar una mayor ilusión de realidad, pero el sentido auditivo permanece intacto. En gran medida, cuando menos.

—Bueno, sólo veo estrellas… estrellas corrientes, quiero decir. Aurora tiene un sol. Estamos lo bastante cerca de Aurora, supongo, para que la estrella que es su sol brille más que las otras.

—Brilla tanto, compañero Elijah, que ha sido ofuscada para evitarte una lesión en la retina.

—Entonces, ¿dónde está el planeta Aurora?

—¿Ves la constelación de Orion?

—Sí, en efecto. ¿Quieres decir que aún vemos las constelaciones igual que en el firmamento de la Tierra, como en el planetario de la Ciudad?

—Más o menos. En lo que a distancias estelares se refiere, no estamos lejos de la Tierra y el Sistema Solar del que forma parte, de modo que tienen un paisaje estelar común. El sol de Aurora se conoce en la Tierra con el nombre de Tau Ceti, y sólo está a 3.67 parsecs de allí. Si trazas una línea imaginaria desde Betelgeuse hasta la estrella intermedia del cinturón de

Orion y la continúas durante una longitud igual y un poco más, la estrella de brillo mediano que verás es el planeta Aurora. Irá haciéndose inconfundible a lo largo de los próximos días, a medida que nos acerquemos rápidamente a ella.

Baley la contempló gravemente. No era más que un objeto estelar brillante. No había ninguna flecha luminosa, que se encendiera y apagara, señalando hacia ella. No había ninguna inscripción que la identificara como Aurora.

Preguntó:

—¿Dónde está el sol? La estrella de la Tierra, quiero decir.

—En la constelación Virgo, vista desde Aurora. Es una estrella de segunda magnitud. Desgraciadamente, el astrosimulador que tenemos no está bien computarizado y no sería fácil indicártelo. De todos modos, lo verías como una simple estrella, normal y corriente.

—Bien, no importa —dijo Baley—. Ahora voy a desconectar este chisme. Si tengo problemas… ayúdame.

No tuvo problemas. El astrosimulador se desconectó cuando él pensó en hacerlo y se encontró parpadeando a la luz súbitamente intensa de la habitación.

Sólo entonces, cuando hubo recobrado sus cinco sentidos, se le ocurrió que durante unos minutos le había parecido estar en el espacio, sin pared protectora de ninguna clase, y a pesar de ello no había experimentado la agorafobia que sentía en la Tierra. Se había sentido muy cómodo, una vez aceptada su propia inexistencia.

Eso le desconcertó y le apartó de las películas-libro durante un rato.

Periódicamente, regresó al astrosimulador y echó otra ojeada al espacio que se veía desde un lugar privilegiado fuera de la nave, sin que él estuviera presente en ningún sitio (aparentemente). En algunas ocasiones no fue más que un momento, para asegurarse de que seguía sin sentirse atemorizado por el vacío infinito. En otras, se encontró perdido en el esquema de las estrellas y empezó a contarlas o a formar figuras geométricas, deleitándose en la facultad de hacer algo que, en la Tierra, habría sido incapaz de hacer porque el creciente desasosiego agorafóbico habría arrollado instantáneamente todo lo demás.

Al final comprobó que la luminosidad de Aurora aumentaba. No tardó en hacerse fácil de detectar entre los otros puntos de luz, luego fue inconfundible, y finalmente inevitable. Empezó como un minúsculo destello de luz y, a partir de entonces, se agrandó rápidamente y comenzó a mostrar fases.

Era un semicírculo luminoso casi perfecto cuando Baley se percató de la existencia de fases.

Baley preguntó y Daneel contestó:

—Nos estamos acercando desde fuera del plano orbital, compañero Elijah. El polo sur de Aurora se encuentra aproximadamente en el centro de su disco, algo adentrado en la mitad iluminada. Es primavera en el hemisferio austral.

Baley dijo:

—Según el material que he estado leyendo, el eje de Aurora tiene una inclinación de dieciséis grados. —Había leído la descripción física del planeta con escasa atención, debido a la ansiedad que sentía por llegar a los auroranos, pero recordaba ese dato.

—Sí, compañero Elijah. Más adelante entraremos en la órbita de Aurora y entonces las fases cambiarán rápidamente. Aurora gira con más rapidez que la Tierra…

—Tiene un día de 22 horas. Sí.

—22.3 horas tradicionales. El día aurorano se divide en 10 horas auroranas, y cada hora se divide en 100 minutos auroranos que, a su vez, se dividen en 100 segundos auroranos. Así pues, el segundo aurorano equivale a unos 0.8 segundos terrestres.

—¿Es eso lo que quieren decir los libros cuando se refieren a horas métricas, minutos métricos, y así sucesivamente?

—Sí. Al principio no fue fácil persuadir a los auroranos de que abandonaran las unidades horarias a las que estaban acostumbrados y se utilizaban ambos sistemas, el convencional y el métrico. Naturalmente, a la larga se impuso el métrico. En la actualidad sólo hablamos de horas, minutos y segundos, pero nos referimos invariablemente a las versiones decimalizadas. Se ha adoptado el mismo sistema en todos los mundos espaciales, a pesar de que, en los demás mundos, no se corresponde con la

rotación natural del planeta. Como es lógico, cada planeta utiliza también un sistema local.

—Como la Tierra.

—Sí, compañero Elijah, pero la Tierra sólo utiliza las unidades horarias originales. Eso supone un inconveniente para los mundos espaciales en lo que al comercio se refiere, pero permiten que la Tierra siga su camino en esto.

—No por amistad, me imagino. Sospecho que desean poner de relieve la diferencia de la Tierra. ¿Cómo concuerda la decimalización con el año? Al fin y al cabo, Aurora debe de tener un período natural de revolución en torno a su sol que controle el ciclo de sus estaciones. ¿Cómo se mide todo esto?

Daneel dijo:

—Aurora gira en torno a su sol en 373.5 días auroranos o en unos 0.95 años terrestres. No se considera que eso sea una cuestión de vital importancia en la cronología. Aurora acepta 30 de sus días como equivalentes a un mes, y 10 meses como equivalentes a un año métrico. El año métrico equivale a unos 0.8 años estacionales o a unos tres cuartos de año terrestre. Por supuesto, la relación es diferente en cada mundo. Diez días constituyen un decimés. Todos los mundos espaciales utilizan este sistema.

—¿Supongo que habrá un modo fácil de seguir el ciclo de las estaciones?

—Cada mundo tiene, asimismo, su año estacional, pero eso carece de importancia. Con ayuda de una computadora se puede averiguar la posición de cualquier día —pasado o presente— en el año estacional si, por algún motivo, se desea esa información. Y esto sirve para cualquier mundo, donde la conversión de los días locales es fácilmente posible. Y, por supuesto, compañero Elijah, cualquier robot puede hacer lo mismo y guiar la actividad humana en lo que al año estacional o la hora local se refiere. La ventaja del sistema métrico es que proporciona a la humanidad una cronometría unificada con insignificantes diferencias de decimales.

A Baley le preocupó que nada de esto constara en los libros que había visionado. Sin embargo, por su propio conocimiento de la historia de la

Tierra, sabía que, en otros tiempos, el mes lunar había sido la clave del calendario y que más tarde, para simplificar la cronometría, el mes lunar fue descartado y no volvió a utilizarse. No obstante, si él hubiera dado libros sobre la Tierra a algún extranjero, éste no habría encontrado ninguna mención del mes lunar ni ningún cambio histórico en los calendarios. Se habrían dado fechas sin explicación.

¿Qué más se daría sin explicación?

¿Hasta qué punto podía depender de los conocimientos que estaba adquiriendo? Tendría que preguntar constantemente, no dar nada por sentado.

Habría tantas oportunidades para no advertir lo evidente, tantas oportunidades para cometer errores, tantas maneras de tomar el camino equivocado…

11

Aurora ya llenaba su visión cuando utilizaba el astrosimulador y se parecía a la Tierra. (Baley nunca había visto la Tierra del mismo modo, pero sí había visto las fotografías que aparecían en los manuales de astronomía).

Pues bien, lo que Baley vio en Aurora fueron las mismas capas nubosas, las mismas manchas de zonas desérticas, las mismas extensiones de día y noche, la misma configuración de luces centelleantes en el área del hemisferio nocturno que mostraban las fotografías del globo terráqueo.

Baley contempló con admiración el panorama y pensó:

¿Y si le habían llevado al espacio, diciéndole que le conducían a Aurora, y en realidad le devolvían a la Tierra por alguna razón, alguna sutil e insensata razón? ¿Cómo iba a advertir la diferencia antes de aterrizar?

¿Había motivos para sospechar? Daneel le había explicado que las constelaciones eran las mismas en el cielo de ambos planetas, pero ¿no sería eso lo natural en planetas que giraban alrededor de estrellas vecinas? El aspecto de ambos planetas desde el espacio era idéntico, pero ¿no sería eso de esperar si ambos eran habitables y estaban cómodamente adaptados a la vida humana?

¿Había algún motivo para que le hicieran víctima de un engaño tan forzado? ¿Con qué propósito? Y, sin embargo, ¿por qué no hacerlo aparecer como forzado e inútil? Si hubiese un motivo evidente para ello, él lo habría vislumbrado en seguida.

¿Estaría metido Daneel en tal conspiración? Ciertamente no, si fuese un ser humano. Pero sólo era un robot; ¿no podía haber un modo de ordenarle que se comportara adecuadamente?

No había forma de llegar a una decisión. Baley se encontró buscando algún contorno continental que pudiera reconocer como terrestre o no terrestre. Ésa sería la prueba concluyente, pero no dio resultado.

Las confusas imágenes que aparecían y desaparecían rápidamente entre las nubes no le sirvieron de nada. No conocía lo bastante bien la geografía de la Tierra. Lo que realmente conocía de la Tierra eran sus ciudades subterráneas, sus cuevas de acero.

Los fragmentos de litoral que vio le resultaron desconocidos; tanto podían pertenecer a Aurora como a la Tierra. ¿Por qué aquella desconfianza, en todo caso? Cuando fue a Solaria, no dudó ni un solo momento de cuál era su destino; no sospechó ni un solo momento que podían estar devolviéndole a la Tierra. Ah, pero entonces tenía una misión bien definida con razonables posibilidades de éxito. Ahora intuía que no había absolutamente ninguna.

Tal vez fuera que quería ser devuelto a la Tierra y estaba fabricando una falsa conspiración en su mente para poder creer que era posible.

Su incertidumbre había llegado a cobrar vida propia. No podía sobreponerse a ella. Se encontró observando Aurora con una intensidad casi demencial, incapaz de volver a la realidad de la habitación.

Aurora se movía, giraba lentamente… Llevaba observando el tiempo suficiente para darse cuenta de ello. Mientras había estado contemplando el espacio, todo parecía inmóvil, como un decorado, un esquema de puntos luminosos silencioso y estático en el que, más tarde, apareció un pequeño semicírculo. ¿Fue la inmovilidad lo que le libró de la agorafobia?

Pero ahora veía que Aurora se movía, y se percató de que la nave descendía en espiral en la última etapa antes de aterrizar. Las nubes ascendían…

No, las nubes no ascendían; la nave descendía. La nave se movía. Él se movía. De pronto fue consciente de su propia existencia. Estaba abalanzándose sobre el planeta a través de las nubes. Estaba cayendo, desprotegido, a través del aire hacia terreno sólido.

Se le contrajo la garganta; le costaba mucho respirar. Se dijo a sí mismo con desesperación: «Estás enclaustrado. Las paredes de la nave te rodean». Pero no percibía ninguna pared. Pensó: «Incluso sin tener en cuenta las paredes, sigues estando enclaustrado. Estás envuelto en piel». Pero no percibía ninguna piel.

La sensación era peor que una simple desnudez; era una personalidad no acompañada, la esencia de la identidad totalmente descubierta, un punto viviente, una singularidad rodeada por un mundo abierto e infinito, y estaba cayendo. Quiso poner fin a la visión, oprimir el borde del mando, pero no sucedió nada. Sus terminaciones nerviosas habían alcanzado tal estado de anormalidad que la desconexión automática por la simple voluntad no funcionó. No tenía voluntad. Sus ojos no se cerraban, sus dedos no se doblaban. Estaba atrapado e hipnotizado por el terror, inmovilizado por el miedo.

Lo único que percibía ante sí eran nubes, blancas… no del todo blancas… blancuzcas… con una ligera tonalidad dorado-anaranjado.

Y todo se volvió gris… y se estaba ahogando. No podía respirar. Luchó desesperadamente por desatascar su garganta obstruida, por llamar a Daneel pidiéndole ayuda…

No pudo emitir ningún sonido.

12

Baley respiraba como si acabase de alcanzar la meta al término de una larga carrera. La habitación estaba torcida y había una superficie dura debajo de su codo izquierdo.

Comprendió que estaba en el suelo.

Giskard se encontraba de rodillas junto a él, con su mano de robot (firme pero algo fría) cerrada sobre el puño derecho de Baley. La puerta de

la habitación, visible para Baley por encima del hombro de Giskard, estaba entornada.

Baley supo, sin preguntar, lo que había sucedido. Giskard había agarrado aquella inútil mano humana y la había oprimido sobre el borde del mando para poner fin a la astrosimulación. De otro modo…

Daneel también estaba allí, con la cara cerca de la de Baley y una expresión que muy bien podría haber sido de dolor.

Dijo:

—No has dicho nada, compañero Elijah. Si hubiera advertido antes tu malestar…

Baley intentó indicarle con un gesto que lo comprendía, que no importaba. Aún no podía hablar.

Los dos robots esperaron hasta que Baley hizo un débil movimiento para levantarse. Cuatro brazos se extendieron inmediatamente hacia él y le ayudaron. Lo sentaron en una silla y Giskard le quitó el mando de las manos.

Giskard dijo:

—Aterrizaremos dentro de poco. Creo que ya no volverá a necesitar el astrosimulador.

Daneel añadió gravemente:

—De todos modos, sería mejor llevárselo.

Baley dijo:

—¡Espera! —Su voz fue un ronco susurro y no estuvo seguro de que la palabra hubiera sido inteligible. Aspiró una profunda bocanada de aire, carraspeó débilmente, y repitió—: ¡Espera! —y luego—: Giskard.

Giskard se volvió.

—¿Señor?

Baley no habló en seguida. Ahora que Giskard sabía que le necesitaban, esperaría largo rato, quizás indefinidamente. Baley intentó recobrar sus cinco sentidos. Agorafobia o no, las dudas acerca de su destino no le habían abandonado. Eso había existido primero y muy bien podía haber intensificado la agorafobia.

Tenía que averiguarlo. Giskard no mentiría. Un robot no podía mentir… a menos que le dieran cuidadosas instrucciones. Y ¿por qué hacerlo con

Giskard? Su compañero era Daneel, y sólo él debía estar siempre en su compañía. Si había alguna mentira que decir, ésta sería tarea de Daneel. Giskard era un simple ayudante, un centinela. Nadie se molestaría en adoctrinarle cuidadosamente para que mintiera.

—¡Giskard! —dijo Baley, con voz casi normal.

—¿Señor?

—Estamos a punto de aterrizar, ¿verdad?

—Dentro de dos horas escasas, señor.

Debía de referirse a dos horas métricas, pensó Baley. ¿Más de dos horas reales? ¿Menos? No importaba. Eso sólo le desorientaría. Sería mejor olvidarlo.

Baley dijo, tan severamente como pudo:

—Dime ahora mismo el nombre del planeta donde vamos a aterrizar.

Un ser humano, en el caso de que hubiera contestado, sólo lo habría hecho después de una pausa; y entonces, con un aire de considerable sorpresa.

Giskard contestó al momento, con una afirmación terminante y sin inflexiones.

—Es Aurora, señor.

—¿Cómo lo sabes?

—Es nuestro destino. Además, no podría ser la Tierra, por ejemplo, ya que el sol de Aurora, Tau Ceti, sólo tiene una masa equivalente al noventa por ciento de la del sol de la Tierra. Por lo tanto, Tau Ceti es un poco más frío, y su luz posee un marcado tinte anaranjado a los ojos inhabituados de los que vienen de la Tierra. Es posible que ya haya visto el característico color del sol de Aurora en el reflejo de la capa superior del banco de nubes. Sin duda la verá en el aspecto del paisaje… hasta que sus ojos se acostumbren a ella.

Baley apartó la mirada del impasible rostro de Giskard. Había advertido la diferencia de color, pensó, y no le había dado importancia. Un gran error.

—Puedes irte, Giskard.

—Sí, señor.

Baley se volvió amargamente hacia Daneel.

—Me he puesto en ridículo, Daneel.

—Deduzco que te preguntabas si estábamos engañándote y te llevábamos a algún lugar que no fuera Aurora. ¿Tenías alguna razón para sospechar tal cosa, compañero Elijah?

—Ninguna. Puede haber sido el resultado de la inquietud generada por una agorafobia subliminal. Mientras estaba contemplando un espacio aparentemente inmóvil, no sentía ningún malestar perceptible, pero quizás estaba bajo la superficie, creando una inquietud creciente.

—La culpa ha sido nuestra, compañero Elijah. Conociendo tu aversión a los espacios abiertos, ha sido un error someterte a la astrosimulación o, habiéndolo hecho, no tenerte bajo estrecha vigilancia.

Baley meneó la cabeza con fastidio.

—No digas eso, Daneel. Ya tengo suficiente vigilancia. Me pregunto cuan estrechamente me supervisarán en Aurora.

Daneel repuso:

—Compañero Elijah, me parece que será difícil concederte libre acceso a Aurora y los auroranos.

—Sin embargo, eso es precisamente lo que deben concederme. Si debo resolver este caso de roboticidio, he de tener libertad para buscar información en el lugar de los hechos e interrogar a las personas implicadas.

Baley ya se encontraba bien, aunque un poco cansado. Inexplicablemente, la intensa experiencia por la que acababa de pasar le había producido un gran deseo de fumar en pipa, algo que creía haber superado más de un año antes. Notaba el sabor y el olor de humo de tabaco abriéndose paso por su garganta y su nariz.

Sabía que debería conformarse con el recuerdo. En Aurora no le permitirían fumar. No había tabaco de ninguna clase en ninguno de los mundos espaciales, y si él lo hubiera llevado consigo, se lo habrían quitado y destruido.

Daneel dijo:

—Compañero Elijah, eso tendremos que discutirlo con el doctor Fastolfe una vez aterricemos. Yo no tengo poder para tomar una decisión al respecto.

—Lo sé, Daneel, pero ¿cómo voy a hablar con Fastolfe? ¿Por medio del equivalente de un astrosimulador? ¿Con un mando en la mano?

—Nada de eso, compañero Elijah. Hablaréis cara a cara. Tiene la intención de ir a recibirte al espaciopuerto.

4. FASTOLFE

13

Baley prestó atención para oír los ruidos del aterrizaje. Naturalmente, ignoraba cuáles podían ser. No conocía el mecanismo de la nave, ni cuántos hombres y mujeres llevaba a bordo, ni qué tendrían que hacer durante el aterrizaje, ni qué tipo de ruido se produciría.

¿Gritos? ¿Zumbidos? ¿Una leve vibración?

No oyó nada.

Daneel dijo:

—Pareces estar en tensión, compañero Elijah. Preferiría que me informaras en seguida de cualquier molestia que sientas. Debo ayudarte en el mismo momento en que, por alguna razón, seas desdichado.

Hubo un ligero énfasis en la palabra «debo».

Baley pensó abstraídamente: «Eso es consecuencia de la Primera Ley. Sin duda ha sufrido tanto a su manera como yo he sufrido a la mía cuando he desfallecido sin que él lo previera a tiempo. Un desequilibrio de potenciales positrónicos puede no significar nada para mí, pero puede producir en él el mismo malestar y la misma reacción que un dolor agudo en mí».

Siguió pensando: «No puedo saber lo que hay dentro de la seudopiel y la seudoconciencia de un robot, igual que Daneel no puede saber lo que hay dentro de mí».

Y luego, sintiendo remordimientos por haber pensado en Daneel como un robot, Baley hundió la mirada en los dulces ojos del otro (¿desde cuándo

le parecía dulce su expresión?) y dijo:

—Te informaría en seguida de cualquier molestia. No siento ninguna. Sólo intento oír algún ruido que me indique el comienzo del proceso de aterrizaje, compañero Daneel.

—Gracias, compañero Elijah —dijo Daneel con gravedad. Inclinó ligeramente la cabeza y prosiguió—: No sentirás ninguna molestia al aterrizar. Notarás la aceleración, pero ésta será mínima, pues la habitación cederá, hasta cierto punto, en la dirección de la aceleración. Es posible que aumente la temperatura, pero no más de dos grados centígrados. En cuanto a los efectos sónicos, quizás haya un tenue silbido cuando atravesemos la atmósfera. ¿Te molestará algo de esto?

—No lo creo. Lo que sí me molesta es no poder participar en el aterrizaje. Me gustaría saber algo de esas cosas. No quiero estar encerrado y ser privado de la experiencia.

—Ya has comprobado, compañero Elijah, que la naturaleza de la experiencia no se adapta a tu temperamento.

—¿Y cómo voy a superarlo, Daneel? —dijo Baley con tenacidad—. Ésa no es razón suficiente para retenerme aquí.

—Compañero Elijah, ya te he explicado que se te retiene aquí para tu propia seguridad.

Baley meneó la cabeza con manifiesto disgusto.

—He pensado en eso y es una tontería. Tengo tan pocas posibilidades de resolver este misterio, con todas las limitaciones a las que me veo sometido y mi dificultad para comprender cuanto se refiere a Aurora, que nadie en su sano juicio se molestaría en intentar detenerme. Y si lo hicieran, ¿por qué molestarse en atacarme personalmente? ¿Por qué no sabotear la nave? Si nuestros adversarios son tan temibles como suponemos, considerarán que una nave, y las personas que se hallan a bordo, y tú y Giskard… y yo, naturalmente, no es un precio demasiado alto.

—Verás, compañero Elijah, esta eventualidad ya ha sido prevista. La nave fue examinada minuciosamente. Cualquier indicio de sabotaje habría sido detectado.

—¿Estás seguro? ¿Totalmente seguro?

—La seguridad, en estos casos, nunca puede ser absoluta. Sin embargo, Giskard y yo llegamos a la conclusión de que el grado de certeza era muy alto y que podíamos proceder con un mínimo riesgo de desastre.

—¿Y si os hubierais equivocado?

Algo parecido a un ligero espasmo contrajo el rostro de Daneel, como si le pidieran que considerase algo que obstruía los mecanismos positrónicos de su cerebro. Contestó:

—Pero no nos hemos equivocado.

—Eso no puedes saberlo. Estamos acercándonos al momento del aterrizaje y será entonces cuando habrá mayor peligro. De hecho, ni siquiera hay necesidad de sabotear la nave. Mi peligro personal es mayor ahora… ahora mismo. No puedo esconderme en esta habitación si debo desembarcar en Aurora. Tendré que atravesar la nave y estaré al alcance de los demás. ¿Has tomado precauciones para que el aterrizaje sea seguro? —(Se estaba mostrando mezquino; atacando innecesariamente a Daneel porque se sentía irritado por su larga reclusión… y por la indignidad de su momentáneo derrumbamiento).

Pero Daneel respondió con calma:

—Las hemos tomado, compañero Elijah. Y por cierto, ya hemos aterrizado. Nos encontramos sobre la superficie de Aurora.

Por un momento, Baley se quedó estupefacto. Miró a su alrededor, pero naturalmente no vio nada más que una habitación cerrada. No había notado u oído nada de lo que Daneel había descrito. Ni la aceleración, ni el calor, ni el silbido del viento. Sin duda, Daneel había planteado deliberadamente el tema de su seguridad personal para que no pensara en otros temas inquietantes… pero secundarios.

Baley dijo:

—De todos modos, aún queda la cuestión de abandonar la nave. ¿Cómo lo hago sin ponerme a merced de posibles enemigos?

Daneel se acercó a una pared y tocó un punto en ella. La pared se dividió en dos, y ambas mitades se separaron rápidamente. Baley se encontró ante un largo cilindro, un túnel.

Giskard había entrado en la habitación en ese momento y dijo:

—Señor, nosotros tres saldremos por el tubo. Otros lo tienen bajo observación desde fuera. El doctor Fastolfe espera en el otro extremo del tubo.

—Hemos tomado todas las precauciones —dijo Daneel.

Baley musitó:

—Mis disculpas, Daneel… Giskard. —Entró en el tubo de salida con expresión sombría. Todos sus esfuerzos para asegurarse de que se habían tomado precauciones también le aseguraban que dichas precauciones se consideraban necesarias.

A Baley le gustaba pensar que no era un cobarde, pero estaba en un planeta desconocido, donde no había modo de distinguir a un amigo de un enemigo, donde no había modo de buscar consuelo en algo familiar (excepto Daneel, naturalmente). En momentos cruciales, pensó con un estremecimiento, no dispondría de una capa protectora que le brindara seguridad y alivio.

14

Efectivamente, el doctor Han Fastolfe estaba esperando… y sonriendo. Era alto y delgado, con el cabello castaño claro y no muy abundante y, por supuesto, estaban las orejas. Eran unas orejas que Baley recordaba muy bien, a pesar de los tres años transcurridos. Orejas grandes, separadas de la cabeza, que le daban un aire vagamente gracioso, una fealdad agradable. Fueron las orejas lo que hizo sonreír a Baley, más que la bienvenida de Fastolfe.

Baley se preguntó de paso si la tecnología médica aurorana no se extendía hasta la cirugía plástica requerida para corregir la imperfección de aquellas orejas. Sin embargo, era posible que a Fastolfe le gustara su aspecto, igual que le ocurría (para su propia sorpresa) a Baley. Hay mucho que decir acerca de una cara que hace sonreír.

Quizá Fastolfe valoraba el hecho de gustar a primera vista. ¿O tal vez consideraba útil que le subestimaran? ¿O que le encontraran diferente?

Fastolfe dijo:

—Detective Elijah Baley. Le recuerdo bien, a pesar de que sigo imaginándomelo con la cara del actor que le personificó.

El rostro de Baley se ensombreció.

—Ese drama de hiperondas me persigue, doctor Fastolfe. Si supiera adonde ir para escapar de él…

—A ningún sitio —dijo Fastolfe con jovialidad—. Al menos, yo no conozco ninguno. Pero si no le gusta, lo excluiremos de nuestras conversaciones desde ahora mismo. No volveré a mencionarlo. ¿De acuerdo?

—Gracias. —Con calculada rapidez, le tendió la mano a Fastolfe.

Fastolfe titubeó perceptiblemente. Luego aceptó la mano de Baley, asiéndola con cautela —y por pocos segundos— y dijo:

—Confío en que no sea usted un saco de infecciones, señor Baley.

Luego añadió con pesar, mirándose las manos:

—Sin embargo, debo admitir que mis manos han sido recubiertas con una película inerte que no resulta del todo cómoda. Soy una víctima de los temores irracionales de mi sociedad.

Baley se encogió de hombros.

—Como todos. A mí no me gusta estar en el Exterior; al aire libre, quiero decir. Y por cierto, tampoco me gusta haber tenido que venir a Aurora en las circunstancias en que me encuentro.

—Lo comprendo muy bien, señor Baley. Tengo un coche cerrado para usted y, cuando lleguemos a mi establecimiento, haremos todo lo posible para que siga estando resguardado.

—Gracias, pero durante mi estancia en Aurora creo que tendré que salir de vez en cuando al Exterior. Estoy preparado para ello; lo mejor que puedo.

—Comprendo, pero no le impondremos el Exterior más que cuando sea necesario. Ahora no lo es, de modo que consienta en estar resguardado.

El coche estaba esperando en las sombras del túnel y no fue necesario salir al Exterior para pasar de uno a otro. Baley advirtió la presencia de Daneel y Giskard a su espalda, completamente distintos en apariencia pero ambos idénticos en su actitud grave y expectante, ambos infinitamente pacientes.

Fastolfe abrió la puerta posterior y dijo:

—Entre, por favor.

Baley entró. Rápida y suavemente, Daneel entró detrás de él, mientras Giskard, casi al mismo tiempo, como si fuera un movimiento de danza bien coreografiado, entraba por el otro lado. Baley se encontró encajado, aunque no de un modo opresivo, entre los dos. De hecho, le tranquilizó pensar que entre él y el Exterior, por ambos lados, se hallaba el grosor de un cuerpo de robot.

Pero no hubo Exterior. Fastolfe subió al asiento delantero y, cuando la puerta se cerró tras él, las ventanillas se oscurecieron y una tenue luz artificial bañó el interior. Fastolfe dijo:

—No suelo conducir de este modo, señor Baley, pero no me importa hacerlo y quizás usted lo encuentre más cómodo. El coche está totalmente computerizado, sabe adonde va, y puede hacer frente a cualquier obstáculo o emergencia. No es necesario que nosotros intervengamos en nada.

Hubo una ligerísima sensación de aceleración y luego otra de movimiento, muy vaga y apenas perceptible.

Fastolfe dijo:

—Será un trayecto muy seguro, señor Baley. Me he tomado muchas molestias para cerciorarme de que el menor número de personas posible supiera que usted viajaría en este coche, e indudablemente nadie le verá dentro de él. El recorrido en coche, que, por cierto, está propulsado por aire, de modo que, en realidad, es un vehículo aerodinámico, no será largo, pero si lo desea, puede aprovechar la oportunidad para descansar. Ahora está totalmente seguro.

—Habla —dijo Baley— como si creyera que estoy en peligro. En la nave me han protegido hasta el punto de hacerme sentir encarcelado… y ahora, también. —Paseó la mirada por el reducido interior del coche, donde estaba rodeado por la estructura de metal y cristal opaco, por no mencionar la estructura metálica de los robots.

Fastolfe se rió alegremente.

—Estoy pecando de exagerado, lo sé, pero los ánimos están un poco exaltados en Aurora. Llega usted aquí en un momento de crisis y prefiero

ser tachado de exagerado antes que correr el tremendo riesgo de quedarme corto.

Baley dijo:

—Creo que comprende, doctor Fastolfe, que mi fracaso aquí sería un duro golpe para la Tierra.

—Lo comprendo muy bien. Estoy tan decidido como usted a evitar su fracaso. Créame.

—Le creo. Además, mi fracaso aquí, por la razón que sea, también será mi ruina personal y profesional en la Tierra.

Fastolfe se volvió en el asiento para mirar a Baley con una expresión sobresaltada.

—¿De veras? Eso no sería justo.

Baley se encogió de hombros.

—En efecto, pero es lo que ocurrirá. Seré el blanco perfecto para el desesperado gobierno de la Tierra.

—No pensé en eso cuando le mandé llamar, señor Baley. Puede estar seguro de que haré lo que pueda. Sin embargo, con toda sinceridad —desvió los ojos—, será muy poco, si perdemos.

—Lo sé —dijo Baley con amargura. Se recostó en el mullido asiento y cerró los ojos. El suave movimiento del coche invitaba a conciliar el sueño, pero Baley no se durmió. En cambio, pensó intensamente… con todas sus fuerzas.

15

Baley tampoco estuvo en contacto con el Exterior al finalizar el trayecto. Cuando se apeó del vehículo, se hallaba en un garaje subterráneo y un pequeño ascensor le llevó al nivel del suelo (como no tardaría en descubrir).

Fue introducido en una soleada habitación y, cuando pasó a través de los rayos de sol (sí, ligeramente anaranjados), se encogió un poco.

Fastolfe lo advirtió. Dijo:

—Las ventanas no son opacas, pero pueden oscurecerse. Lo haré, si lo desea. De hecho, debería haber pensado en ello…

—No es necesario —contestó Baley con aspereza—. Me sentaré de espaldas a ellas. Tengo que aclimatarme.

—Como quiera, pero hágamelo saber si, en cualquier momento, se siente demasiado incómodo… Señor Baley, en esta parte de Aurora es casi mediodía. No sé por qué horario se regía usted en la nave. Si ha estado muchas horas despierto y le gustaría dormir, podemos arreglarlo. Si está desvelado pero no tiene apetito, no es necesario que coma. Sin embargo, si se ve con ánimos para ello, le invito a almorzar conmigo dentro de un rato.

—Casualmente, eso concordaría con mi horario personal.

—Excelente. Me permito recordarle que nuestro día es alrededor de un siete por ciento más corto que el de la Tierra. No creo que eso le ocasione demasiadas dificultades biorrítmicas, pero si es así, intentaremos adaptarnos a sus necesidades.

—Gracias.

—Por último… ignoro cuáles pueden ser sus preferencias en materia de comida.

—Comeré cualquier cosa que me den.

—De todos modos, no me ofenderé si algo no le parece… apetecible.

—Gracias.

—¿No le importará que Daneel y Giskard nos acompañen?

Baley esbozó una sonrisa.

—¿Es que también comerán?

Fastolfe no le devolvió la sonrisa. Contestó con seriedad:

—No, pero quiero que estén con usted en todo momento.

—¿Acaso sigue existiendo peligro? ¿Incluso aquí?

—No confío en nada. Ni siquiera aquí.

Un robot entró en la habitación.

—El almuerzo está servido, señor.

Fastolfe asintió.

—Muy bien, Faber. Iremos en seguida.

Baley preguntó:

—¿Cuántos robots tiene?

—Bastantes. No estamos al nivel solariano de diez mil robots por ser humano, pero yo tengo más que el término medio: cincuenta y siete. La

casa es grande y también me sirve de oficina y taller. Además, mi esposa, cuando la tengo, debe disponer de espacio suficiente para estar aislada de mi trabajo en un ala independiente, y debe poseer su propio servicio.

—Bueno, con cincuenta y siete robots, me imagino que puede prescindir de dos. Me siento menos culpable de que haya enviado a Giskard y Daneel para escoltarme hasta Aurora.

—No fue una elección impensada, se lo aseguro, señor Baley. Giskard es mi mayordomo y mi mano derecha. Ha estado conmigo durante toda mi vida adulta.

—Y sin embargo, lo envió a recogerme. Me siento muy honrado —dijo Baley.

—Eso demuestra su importancia, señor Baley. Giskard es el mejor de mis robots, fuerte y robusto.

Baley desvió los ojos hacia Daneel y Fastolfe añadió:

—No incluyo a mi amigo Daneel en estos cálculos. Él no es mi sirviente, sino una obra de la que tengo la debilidad de sentirme sumamente orgulloso. Es el primero de su clase y, aunque el doctor Roj Nemennuh Sarton fue su diseñador y modelo, el hombre que…

Hizo una discreta pausa, pero Baley asintió bruscamente y dijo:

—Comprendo.

No deseaba que la frase terminara con una referencia al asesinato de Sarton en la Tierra.

—Aunque Sarton supervisó la construcción en sí —prosiguió Fastolfe —, mis cálculos teóricos hicieron posible la existencia de Daneel.

Fastolfe sonrió a Daneel, que inclinó la cabeza.

Baley dijo:

—También estaba Jander.

—Sí. —Fastolfe meneó la cabeza y pareció afligido—. Quizá debería haberle conservado conmigo, como a Daneel. Pero él era mi segundo humaniforme y eso supone una gran diferencia. Daneel es mi primogénito, como si dijéramos… un caso especial.

—¿Y ya no construye más robots humaniformes?

—Ya no. Pero vamos —dijo Fastolfe, frotándose las manos—. Debemos ir a almorzar. No creo, señor Baley, que la población de la Tierra esté

acostumbrada a lo que podríamos llamar la comida natural. Tomaremos ensalada de gambas, junto con pan y queso, leche, si lo desea, o algún jugo de fruta. Todo es muy sencillo. Helado para postre.

—Todo ello platos tradicionales de la Tierra —comentó Baley—, que ya no existen en su forma original más que en la literatura antigua.

—Ninguno de ellos es demasiado corriente en Aurora, pero he considerado preferible no imponerle nuestra propia versión de la gastronomía, que incluye productos alimenticios y especias de variedades auroranas. Hay que estar acostumbrado al sabor.

Se levantó.

—Haga el favor de venir conmigo, señor Baley. Sólo seremos nosotros dos, de modo que prescindiremos de las ceremonias y rituales innecesarios.

—Gracias —dijo Baley—. Lo acepto como una atención. He mitigado el tedio del viaje hasta aquí informándome exhaustivamente sobre Aurora, y sé que existen muchas reglas de cortesía para una comida formal que me resultarían muy molestas.

—No debe preocuparse por eso.

Baley dijo:

—¿Podemos infringir las normas hasta el punto de hablar de trabajo durante la comida, doctor Fastolfe? No debo perder tiempo innecesariamente.

—Estoy de acuerdo con usted. Hablaremos de trabajo y me imagino que puedo confiar en su discreción respecto a este desliz. No me gustaría perder mi puesto entre la gente educada. —Se rió entre dientes, y luego añadió—: Aunque no debería reírme. No es cosa de risa. Perder tiempo puede ser más que una simple inconveniencia. Podría ser fácilmente fatal.

16

La habitación que Baley abandonó era sobria: varias sillas, una cómoda, algo que se asemejaba a un piano pero tenía válvulas de latón en lugar de teclas, y algunos dibujos abstractos en las paredes que parecían brillar tenuemente. El suelo era un tablero en varios tonos de marrón, diseñado con

la probable intención de que recordara la madera, y aunque relucía bajo los rayos del sol como si estuviera encerado, no se notaba resbaladizo bajo los pies.

El comedor, aunque tenía el mismo suelo, no se parecía en ninguna otra cosa. Era una larga estancia rectangular, sobrecargada de ornamentación. Contenía seis grandes mesas cuadradas, compuestas por módulos que podían ensamblarse de distintas maneras. A lo largo de una pared corta se veía un bar, con brillantes botellas de diversos colores ante un espejo curvado que confería una extensión casi infinita a la habitación que reflejaba. A lo largo de la otra pared corta había cuatro nichos, en cada uno de los cuales esperaba un robot.

Ambas paredes largas eran mosaicos, cuyos colores cambiaban lentamente. Uno representaba un paisaje planetario, aunque Baley no habría podido decir si era Aurora u otro planeta, o algo completamente imaginario. En un extremo había un campo de trigo (o algo por el estilo) lleno de complicada maquinaria agrícola, toda ella controlada por robots. A medida que los ojos recorrían la pared, eso daba paso a viviendas humanas diseminadas que, en el otro extremo, se convertían en lo que Baley interpretó como la versión aurorana de una Ciudad.

La otra pared larga era astronómica. Un planeta, iluminado por un distante sol, reflejaba la luz de tal manera que ni el examen más detenido impedía tener la impresión de que estaba girando lentamente. Las estrellas que lo rodeaban —algunas mortecinas, otras brillantes— también parecían cambiar de configuración, aunque cuando uno concentraba la mirada en un pequeño grupo y la mantenía fija allí, las estrellas parecían inmóviles.

Baley lo encontró todo muy desconcertante y repulsivo.

Fastolfe dijo:

—Una verdadera obra de arte, señor Baley. Costó una fortuna, pero Fanya se empeñó en comprarla. Fanya es mi actual compañera.

—¿Se reunirá con nosotros, doctor Fastolfe?

—No, señor Baley. Como le he dicho, sólo seremos nosotros dos. Mientras tanto, le he pedido que se quede en sus habitaciones. No quiero implicarla en este problema que tenemos. Lo comprende, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.

—Vamos. Haga el favor de tomar asiento.

Una de las mesas estaba dispuesta con platos, tazas y complicados cubiertos, algunos de ellos desconocidos para Baley. En el centro había un cilindro alto y un poco ahusado que parecía un gigantesco peón de ajedrez hecho con un grisáceo material rocoso.

Mientras se sentaba, Baley no pudo resistir la tentación de alargar la mano hacia él y tocarlo con un dedo.

Fastolfe sonrió.

—Es un especiero. Posee unos sencillos mandos que permiten usarlo para echar una cantidad determinada de cualquiera de doce condimentos distintos sobre cualquier porción de un plato. Para hacerlo debidamente, hay que cogerlo y realizar unas evoluciones bastante complicadas que son inútiles en si mismas, pero para los auroranos elegantes tienen mucho valor como símbolos de la gracia y delicadeza con que deben servirse las comidas. Cuando yo era más joven podía hacer lo que llamamos la triple genuflexión, con el pulgar y dos dedos, y echar sal cuando el especiero me daba en la palma de la mano. Si ahora lo intentara, correría el riesgo de romper la crisma a mi invitado. Espero que no le importará que no lo intente.

—Le ruego que no lo intente, doctor Fastolfe.

Un robot colocó la ensalada encima de la mesa, otro les trajo una bandeja de zumos de fruta, un tercero llevó el pan y el queso, y un cuarto desdobló las servilletas. Los cuatro trabajaban con perfecta coordinación, yendo y viniendo sin chocar ni tener dificultades aparentes. Baley los contempló con asombro.

Terminaron, sin que pareciera estar previsto, uno a cada lado de la mesa. Retrocedieron al unísono, se inclinaron al unísono, se volvieron al unísono, y regresaron a los nichos abiertos en la pared del otro extremo de la habitación. Baley reparó súbitamente en la presencia de Daneel y Giskard. No los había visto entrar. Esperaban en dos nichos que habían aparecido de algún modo en la pared con el campo de trigo. Daneel era el que estaba más cerca.

Fastolfe dijo:

—Ahora que se han ido… —Hizo una pausa y meneó lentamente la cabeza—. Sólo que no se han ido. Normalmente, es costumbre que los robots se marchen antes de que empiece el almuerzo. Los robots no comen, mientras que los seres humanos si lo hacen. Por lo tanto, es lógico que quienes comen lo hagan y quienes no comen se marchen. Y eso ha terminado convirtiéndose en otro ritual. Sería impensable comer antes de que los robots se hubieran marchado. Sin embargo, en este caso…

—No se han marchado —dijo Baley.

—No. He pensado que la seguridad era más importante que la etiqueta y he supuesto que, no siendo usted aurorano, no le molestaría.

Baley esperó a que Fastolfe hiciera el primer movimiento. Fastolfe levantó un tenedor, y Baley hizo lo mismo. Fastolfe lo usó, moviéndolo lentamente y dejando que Baley viera todo lo que hacía.

Baley mordió con cautela una gamba y la encontró deliciosa. Reconoció el sabor, parecido a la pasta de gambas producida en la Tierra pero mucho más sutil y suculento. Masticó con lentitud y, durante unos minutos, a pesar de su ansiedad por llevar adelante la investigación mientras comían, le resultó impenetrable hacer nada más que concentrar toda su atención en el almuerzo.

De hecho, fue Fastolfe quien dio el primer paso.

—¿No deberíamos empezar a hablar del problema, señor Baley?

Baley se sintió enrojecer ligeramente.

—Sí. Por supuesto. Le pido disculpas. Su comida aurorana me ha pillado por sorpresa, impidiéndome pensar en nada más… El problema, doctor Fastolfe, es una consecuencia de sus propios actos, ¿verdad?

—¿Por qué dice eso?

—Según lo que me han contado, alguien ha cometido un roboticidio que requiere una gran experiencia.

—¿Un roboticidio? Es un término divertido. —Fastolfe sonrió—. Naturalmente, entiendo a lo que se refiere… Le han informado bien; es algo que requiere una enorme experiencia.

—Y también según lo que me han contado, sólo usted tiene la experiencia necesaria para llevarlo a cabo.

—También en eso le han informado bien.

—E incluso usted mismo admite, de hecho, asegura, que sólo usted habría podido causar un bloqueo mental en Jander.

—Sostengo lo que, al fin y al cabo, es la verdad, señor Baley. No me serviría de nada mentir, aunque fuese capaz de hacerlo. Nadie ignora que soy el roboticista teórico más sobresaliente de los Cincuenta Mundos.

—Sin embargo, doctor Fastolfe, ¿no sería posible que el segundo mejor roboticista teórico de todos los mundos, o el tercero, o incluso el decimoquinto, tuviera la habilidad necesaria para cometer ese acto? ¿Se requiere realmente toda la habilidad del mejor?

Fastolfe contestó con calma:

—En mi opinión, verdaderamente se requiere toda la habilidad del mejor. Lo que es más, también en mi opinión, yo mismo sólo podría realizar esa labor en uno de mis días buenos. Recuerde que los mejores cerebros en robótica, incluido yo, han trabajado específicamente para diseñar cerebros positrónicos en los que no pudiera producirse bloqueo mental.

—¿Está seguro de todo esto? ¿Completamente seguro?

—Completamente.

—¿Y lo declaró públicamente así?

—Por supuesto. Se realizó una investigación pública, mi querido terrícola. Me hicieron las preguntas que usted me está haciendo ahora y las contesté con toda sinceridad. Es otra de las costumbres auroranas.

Baley dijo:

—Por el momento, no pongo en duda que usted estuviera convencido de que contestaba con toda sinceridad. Pero ¿no es posible que se dejara llevar por un orgullo innato en usted? Eso también sería típicamente aurorano, ¿verdad?

—¿Quiere decir que mi ansiedad por ser considerado el mejor me haría colocarme voluntariamente en una posición que obligara a todo el mundo a creer que yo había bloqueado mentalmente a Jander?

—Por alguna razón, me inclino a pensar que no le importaría perder su posición social y política, siempre que su fama como científico permaneciera intacta.

—Comprendo. Es un punto de vista interesante, señor Baley. A mí no se me habría ocurrido esa idea. Si tuviera que elegir entre admitir que soy el

segundo en importancia y admitir que soy culpable de lo que usted ha definido como roboticidio, opina que aceptaría intencionalmente esto último.

—No, doctor Fastolfe, no deseo plantear la cuestión de un modo tan simplista. Quizá se engañe a sí mismo pensando que es el mejor de todos los roboticistas y que nadie puede igualarle, aferrándose a ello con todas sus fuerzas, porque inconscientemente, doctor Fastolfe, se da cuenta de que, en realidad, está siendo alcanzado, o ya ha sido alcanzado, por otros.

Fastolfe se echó a reír, pero su risa tuvo un leve matiz de fastidio.

—No es así, señor Baley. Está totalmente equivocado.

—¡Piense, doctor Fastolfe! ¿Está seguro de que ninguno de sus colegas roboticistas puede ser tan brillante como usted?

—Sólo hay unos pocos que sean capaces de tratar siquiera con robots humaniformes. La construcción de Daneel creó virtualmente una profesión nueva para la que ni tan sólo hay un nombre, humaniformistas, quizá. De los teóricos de la robótica de Aurora, ninguno, excepto yo mismo, entiende el funcionamiento del cerebro positrónico de Daneel. El doctor Sarton también, pero está muerto… y no lo entendía tan bien como yo. La teoría básica es mía.

—Tal vez fuera suya en un principio, pero indudablemente no puede aspirar a mantener su propiedad exclusiva. ¿No ha aprendido nadie la teoría?

Fastolfe meneó la cabeza con firmeza.

—Nadie. No se la he enseñado a nadie y ningún otro roboticista vivo puede haber desarrollado la teoría por sí solo.

Baley sugirió, con un poco de irritación:

—¿No podría haber un joven brillante, recién salido de la universidad, que fuese más listo de lo que nadie supone, que…?

—No, señor Baley, no. Yo le habría conocido. Habría pasado por mis laboratorios. Habría trabajado conmigo. Por el momento, dicho joven no existe. A la larga, existirá alguno; quizá muchos. Por el momento, no hay ninguno.

—Así pues, si usted falleciera, ¿la nueva ciencia moriría con usted?

—Sólo tengo ciento sesenta y cinco años. Me refiero a años métricos, naturalmente, que deben equivaler a ciento veinticuatro de sus años terrestres, más o menos. Según las expectativas de vida auroranas, aún soy muy joven y no hay ninguna razón médica para considerar que mi vida ha llegado siquiera a la mitad. No es tan insólito alcanzar la edad de cuatrocientos años… métricos. Aún me queda mucho tiempo para enseñar.

Habían terminado de comer, pero ninguno de los dos hizo ademán de dejar la mesa. Tampoco se acercó ningún robot para despejarla. Era como si la intensidad del flujo y reflujo de la charla les hubiese reducido a la inmovilidad.

Baley entornó los ojos y dijo:

—Doctor Fastolfe, hace dos años estuve en Solaria. Allí pude comprobar que, en general, los solarianos eran los roboticistas más hábiles de todos los mundos.

—En general, probablemente sea cierto.

—¿Y ni uno solo de ellos habría podido hacerlo?

—Ni uno solo, señor Baley. Su habilidad se reduce a robots que, en el mejor de los casos, no están más desarrollados que mi pobre Giskard. Los solarianos no saben nada de la construcción de robots humaniformes.

—¿Cómo puede estar seguro de eso?

—Ya que estuvo en Solaria, señor Baley, sabrá muy bien que los solarianos no pueden acercarse unos a otros más que con grandes dificultades, que se relacionan por medio de la visión tridimensional… excepto cuando es absolutamente necesario un contacto sexual. ¿Cree que a alguno de ellos se le ocurriría diseñar un robot tan humano en apariencia que activara sus neurosis? Evitarían de tal modo la posibilidad de acercarse a él, debido a su aspecto humano, que no les resultaría de ninguna utilidad.

—¿No podría algún solariano, aquí o allá, revelar una asombrosa tolerancia por el cuerpo humano? ¿Cómo puede estar seguro?

—Aunque algún solariano pudiera hacerlo, lo que no niego, este año no hay ningún nativo de Solaria en Aurora.

—¿Ninguno?

—¡Ninguno! No les gusta estar en contacto ni con los auroranos y, a no ser por asuntos de la mayor importancia, no vienen aquí… ni van a ningún

otro mundo. Incluso en el caso de un asunto urgente, permanecen en órbita y tratan con nosotros por medio de comunicación electrónica.

Baley dijo:

—En ese caso, si usted es, literal y efectivamente, la única persona en todos los mundos que pudo hacerlo, ¿mató a Jander?

Fastolfe contestó:

—No puedo creer que Daneel no le dijera que he negado la acusación.

—Me lo dijo, pero quiero que me lo diga usted mismo.

Fastolfe cruzó los brazos y frunció el ceño. Respondió, con los dientes apretados:

—Entonces, se lo digo. Yo no lo hice.

Baley meneó la cabeza.

—Creo que cree esa afirmación.

—Así es. Y sin la menor duda. Estoy diciendo la verdad. Yo no maté a Jander.

—Pero si usted no lo hizo, y nadie más puede haberlo hecho, entonces… Pero espere. Quizá me haya precipitado en mis suposiciones. ¿Está Jander realmente muerto o he sido traído aquí con falsos pretextos?

—El robot está realmente destruido. Puedo enseñárselo, si la Asamblea Legislativa no me prohibe el acceso a él antes de que termine el día, lo que no creo que hagan.

—En ese caso, si usted no lo hizo, y si nadie más pudo hacerlo, y si el robot está realmente muerto, ¿quién cometió el crimen?

Fastolfe suspiró.

—Estoy seguro de que Daneel le contó lo que he sostenido en la investigación, pero usted quiere oírlo de mis propios labios.

—En efecto, doctor Fastolfe.

—Pues bien, nadie cometió el crimen. Fue algo que sucedió espontáneamente en el flujo positrónico de los mecanismos cerebrales lo que produjo el bloqueo mental de Jander.

—¿Es eso probable?

—No, no lo es. Es sumamente improbable, pero si yo no lo hice, es lo único que puede haber ocurrido.

—¿No podría aducirse que hay más posibilidades de que usted esté mintiendo que de que haya habido un bloqueo espontáneo?

—Es lo que aducen muchos. Pero yo sé que no lo hice y eso sólo deja la paralización espontánea como posibilidad.

—¿Y usted me ha hecho venir aquí para demostrar, para probar, que eso es lo que realmente sucedió?

—Sí.

—Pero ¿cómo se puede probar que sucedió espontáneamente? Al parecer, sólo así podré salvarle a usted, a la Tierra y a mí mismo.

—¿Por orden de importancia creciente, señor Baley?

Baley pareció molesto.

—Bueno, si lo prefiere, a usted, a mí y a la Tierra.

—Me temo —dijo Fastolfe— que, después de profundas reflexiones, he llegado a la conclusión de que no hay modo de obtener tal prueba.

17

Baley miró a Fastolfe con horror.

—¿No lo hay?

—No. Ninguno. —Y luego, en un súbito arranque de aparente abstracción, cogió el especiero y dijo—: Verá, tengo curiosidad por saber si aún puedo hacer la triple genuflexión.

Lanzó el especiero al aire dándole un calculado golpe con la muñeca. El especiero dio una vuelta en el aire y, cuando descendía, Fastolfe lo golpeó en el extremo estrecho con el lado de la palma derecha (con el pulgar doblado). El objeto se elevó ligeramente, se ladeó y recibió un golpe con el lado de la palma izquierda. Volvió a elevarse en sentido contrario y recibió un nuevo golpe con el lado de la palma derecha, al que siguió otro con la palma izquierda. Después de esta tercera genuflexión, fue impulsado con fuerza suficiente para dar una vuelta completa. Fastolfe lo atrapó en el puño derecho, con la mano izquierda muy cerca y la palma hacia arriba. Una vez hubo cogido el especiero, Fastolfe mostró la mano izquierda, donde había un pequeño montón de sal.

Fastolfe dijo:

—Es una exhibición infantil para la mente científica, y el esfuerzo resulta totalmente desproporcionado para el fin, que, por supuesto, es una pizca de sal, pero el buen anfitrión aurorano se enorgullece de poder hacerlo. Hay algunos expertos que son capaces de mantener el especiero en el aire durante un minuto y medio, moviendo las manos tan rápidamente que la vista no puede seguirlas.

»Claro que —continuó pensativamente— Daneel puede realizar esas acciones con mayor destreza y velocidad que ningún ser humano. Lo he sometido a esa clase de pruebas para verificar el funcionamiento de sus mecanismos cerebrales, pero sería un tremendo error hacerle mostrar tales habilidades en público. Eso humillaría innecesariamente a los esperistas… como popularmente se les denomina, aunque, como comprenderá, este término no figura en los diccionarios.

Baley gruñó.

Fastolfe suspiró.

—Pero debemos volver al trabajo.

—Me ha hecho atravesar varios parsecs de espacio para ese propósito.

—Sí, así es… ¡Prosigamos!

Baley preguntó:

—¿Había algún motivo para realizar esa exhibición, doctor Fastolfe?

Fastolfe respondió:

—Bueno, da la impresión de que estamos en un callejón sin salida. Le he traído aquí para hacer algo que no puede hacerse. Su cara ha sido muy elocuente y, si quiere que le diga la verdad, yo no me sentía más optimista. Por lo tanto, he considerado que debíamos tomarnos un descanso. Y ahora… prosigamos.

—¿Sabiendo que es una labor imposible?

—¿Por qué va a ser imposible para usted, señor Baley? Tiene fama de conseguir lo imposible.

—¿El drama de hiperondas? ¿Se cree usted esa necia distorsión de lo que sucedió en Solaria?

Fastolfe desplegó los brazos.

—Es la última esperanza que me queda.

Baley dijo:

—Y yo no tengo alternativa. He de intentarlo, no puedo regresar a la Tierra con un fracaso. Me lo expusieron con toda claridad. Dígame, doctor Fastolfe, ¿cómo habrían podido matar a Jander? ¿Qué clase de manipulación mental habría sido necesaria?

—Señor Baley, no sé cómo podría explicar eso, ni siquiera a otro roboticista, lo que sin duda usted no es, ni aunque estuviese dispuesto a publicar mis teorías, lo que sin duda no pienso hacer. Sin embargo, veamos si puedo explicarle algo. Sabrá, naturalmente, que los robots se inventaron en la Tierra.

—Apenas se habla de los robots en la Tierra…

—La fuerte tendencia antirrobots de la Tierra es bien conocida en los mundos espaciales.

—Pero el origen terrestre de los robots es obvio para cualquier persona de la Tierra que piense en ello. Es bien sabido que los viajes hiperespaciales se desarrollaron con la ayuda de robots y, puesto que los mundos espaciales no habrían podido colonizarse sin viajes hiperespaciales, se desprende que había robots antes de que la colonización tuviera lugar y mientras la Tierra aún era el único planeta habitado. Así pues, los robots fueron inventados en la Tierra por terrícolas.

—Sin embargo, la Tierra no se enorgullece de ello, ¿verdad?

—No hablamos de ello —dijo Baley lacónicamente.

—¿Y los terrícolas no saben nada de Susan Calvin?

—He leído su nombre en algunos libros antiguos. Fue una de las primeras pioneras de la robótica.

—¿Es eso todo lo que sabe de ella?

Baley hizo un gesto de displicencia.

—Supongo que podría averiguar algo más si buscara en los archivos, pero no he tenido la ocasión de hacerlo.

—¡Qué extraño! —comentó Fastolfe—. Es una semidiosa para todos los espaciales, hasta el punto de que muy pocos espaciales que no sean roboticistas piensan en ella como una terrícola. Les parecería una profanación. Se negarían a creerlo si les dijeran que murió tras haber vivido

poco más de cien años métricos. Y no obstante, usted sólo la conoce como una de las primeras pioneras.

—¿Tiene ella algo que ver con todo esto, doctor Fastolfe?

—No directamente, pero sí en cierto modo. Debe comprender que hay numerosas leyendas en torno a su nombre. Es indudable que la mayor parte de ellas son falsas, pero eso no es óbice para que todo el mundo las conozca. Una de las más famosas, y una de las que tiene menos visos de veracidad, se refiere a un robot fabricado en aquella época primitiva que, debido a un accidente en la cadena de producción, resultó poseer facultades telepáticas…

—¡Vaya!

—¡Es una leyenda! ¡Le he dicho que se trata de una leyenda, e indudablemente falsa! Sin embargo, hay algunas razones teóricas para suponer que podría ser factible, aunque nadie haya presentado nunca un diseño admisible que permitiera empezar a incorporar dicha facultad. El hecho de que apareciese en cerebros positrónicos tan toscos y simples como los de la era prehiperespacial es totalmente impensable. Por eso estamos tan seguros de que esta leyenda en particular es una invención. De todos modos, déjeme continuar; pues tiene una moraleja.

—Por supuesto, continúe.

—Según la leyenda, el robot leía el pensamiento. Y cuando le hacían alguna pregunta, leía el pensamiento de la persona en cuestión y le contestaba lo que ella quería oír. Ahora bien, la Primera Ley de la Robótica establece claramente que un robot no debe dañar a un ser humano o, por medio de la inacción, permitir que un ser humano sea dañado, pero para los robots eso suele significar un daño físico. Sin embargo, un robot capaz de leer el pensamiento seguramente deduciría que la decepción o la cólera o cualquier emoción violenta harían desgraciado al ser humano que las sintiera, e interpretaría la inspiración de esas emociones como un daño. Así pues, como el robot telepático sabía que la verdad podía decepcionar o encolerizar a una persona o causarle envidia o infelicidad, prefería decir una mentira piadosa. ¿Lo comprende?

—Sí, naturalmente.

—En consecuencia, el robot mentía incluso a la misma Susan Calvin. Las mentiras no podían continuar indefinidamente, pues distintas personas recibían informaciones diferentes que no sólo eran contradictorias entre sí sino que se veían rebatidas por la creciente evidencia de la realidad. Susan Calvin descubrió que el robot le había mentido y se dio cuenta de que esas mentiras la habían colocado en una posición muy delicada. Lo que, en un principio, la habría decepcionado un poco, ahora, gracias a falsas esperanzas, la decepcionaba muchísimo. ¿Nunca había oído la historia?

—Le doy mi palabra.

—¡Asombroso! Sin embargo, es seguro que no fue inventada en Aurora, pues es igualmente conocida en todos los mundos. En todo caso, Calvin tuvo su venganza. Hizo notar al robot que, tanto si decía la verdad como si decía una mentira, dañaría igualmente a la persona con la que trataba. Hiciera lo que hiciese, no podría obedecer la Primera Ley. El robot, comprendiéndolo así, se vio obligado a buscar refugio en la inacción total. En otras palabras, sus componentes positrónicos se quemaron. Su cerebro quedó destruido irreparablemente. La leyenda asegura que la última palabra de Calvin al robot destruido fue «¡Mentiroso!».

Baley dijo:

—Y deduzco que algo así fue lo que le ocurrió a Jander Panell. ¿Se encontró frente a una contradicción de términos y su cerebro se quemó?

—Es lo que parece haber ocurrido, aunque no sería algo tan fácil de lograr como en tiempos de Susan Calvin. Quizás a causa de la leyenda, los roboticistas siempre han procurado evitar que pudieran surgir contradicciones. A medida que la teoría de los cerebros positrónicos se ha hecho más sutil y la práctica del diseño de los cerebros positrónicos se ha hecho más complicada, han ido desarrollándose sistemas cada vez más efectivos para impedir la igualdad de todas las situaciones que pudieran surgir, de modo que siempre pueda emprenderse alguna acción que sea interpretada como obediencia a la Primera Ley.

—Eso significa que no se puede bloquear el cerebro de un robot. ¿Es eso lo que me está diciendo? Porque si lo es, ¿qué le ocurrió a Jander?

—No es lo que estoy diciendo. Los sistemas cada vez más efectivos de los que le hablo nunca son completamente efectivos. No pueden serlo. Por

muy sutil e intrincado que sea un cerebro, siempre hay algún modo de establecer una contradicción. Ésa es una de las verdades fundamentales de las matemáticas. Siempre será imposible fabricar un cerebro tan sutil e intrincado que reduzca las posibilidades de contradicción a cero. Nunca llegarán a cero. Sin embargo, los sistemas desarrollados se acercan de tal modo a cero que para provocar un bloqueo mental estableciendo una contradicción adecuada se requeriría un profundo conocimiento del cerebro positrónico determinado que se quisiera destruir… y para eso se necesitaría un teórico muy competente.

—¿Como usted, doctor Fastolfe?

—Como yo. En el caso de robots humaniformes, sólo yo.

—O nadie en absoluto —dijo Baley con ironía.

—O nadie en absoluto. Exactamente —convino Fastolfe, pasando por alto la ironía—. Los robots humaniformes tienen un cerebro, y también un cuerpo, construido a imagen y semejanza del ser humano. Los cerebros positrónicos son sumamente delicados y asumen parte de la fragilidad del cerebro humano. Tal como un ser humano puede sufrir un ataque fulminante, causado por algún incidente fortuito dentro del cerebro y sin la intervención de ningún efecto externo, un cerebro humaniforme podría sufrir bloqueo mental, debido igualmente a un factor fortuito, como sería el desplazamiento ocasional de los positrones.

—¿Puede probarlo, doctor Fastolfe?

—Puedo demostrarlo matemáticamente, pero de los que comprenderían las operaciones matemáticas, no todos estarían de acuerdo con la validez del razonamiento. Implica ciertas suposiciones mías que no se ajustan a las corrientes de pensamiento aceptadas en robótica.

—Y ¿cuáles son las probabilidades de un bloqueo mental espontáneo?

—Dado un gran número de robots humaniformes, digamos que cien mil, hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que uno de ellos sufriera un bloqueo mental espontáneo durante una vida aurorana media. Aunque también podría suceder mucho antes, como ha sido el caso de Jander, a pesar de que entonces las posibilidades estarían fuertemente en contra de ello.

—Vamos a ver, doctor Fastolfe. Aunque lograra probar de modo concluyente que los robots en general pueden sufrir un bloqueo mental espontáneo, eso no equivaldría a probar que fue lo que le sucedió a Jander en particular.

—No —admitió Fastolfe—, tiene razón.

—Usted, el mayor experto en robótica, no puede probarlo en el caso específico de Jander.

—Vuelve a tener razón.

—Entonces, ¿qué espera que pueda hacer yo, si no sé nada de robótica?

—No hay necesidad de probar nada. Seguramente bastaría con formular una sugerencia ingeniosa que pudiera convencer al público en general de que el bloqueo mental espontáneo es posible.

—Como por ejemplo…

—No lo sé.

Baley preguntó ásperamente:

—¿Está seguro de que no lo sabe, doctor Fastolfe?

—¿Qué insinúa? Acabo de decirle que no lo sé.

—Permítame exponerle algo. Supongo que los auroranos, en general, saben que he venido al planeta para tratar de solventar este problema. Sería difícil traerme aquí en secreto, considerando que soy terrícola y esto es Aurora.

—Sí, desde luego, y no he intentado hacer tal cosa. Consulté al presidente del Cuerpo Legislativo y le convencí para que me autorizara a hacerle venir. Así es como he logrado el aplazamiento del juicio. Se le concederá una oportunidad para resolver el misterio antes de que yo sea procesado. Dudo que el aplazamiento sea muy largo.

—Así pues, repito… Los auroranos, en general, saben que estoy aquí y me imagino que también saben exactamente por qué: porque debo resolver el enigma de la muerte de Jander.

—Naturalmente. ¿Qué otra razón podría haber?

—Y desde el momento en que subí a la nave que me ha traído aquí, usted me ha mantenido bajo una estrecha y constante vigilancia por miedo a que sus enemigos intentaran eliminarme, juzgándome como una especie de

mago que podría resolver el enigma de tal modo que usted resultara ganador, a pesar de que todas las posibilidades estén en contra mía.

—Me temo que así es, en efecto.

—Suponga que alguien que no quiere ver el enigma resuelto y a usted, doctor Fastolfe, exculpado consiguiera matarme. ¿No decantaría eso las simpatías en su favor? ¿No pensaría la gente que sus enemigos le consideraban, en realidad, inocente o no temerían la investigación hasta el punto de querer matarme?

—Un razonamiento bastante complicado, señor Baley. Supongo que, debidamente explotada, su muerte podría utilizarse para dicho propósito, pero eso es algo que no ocurrirá. Está usted protegido y no le matarán.

—Pero ¿por qué protegerme, doctor Fastolfe? ¿Por qué no dejar que me maten y usar mi muerte como un medio para ganar?

—Porque yo preferiría que continuara vivo y lograra demostrar mi inocencia.

Baley objetó:

—Pero usted sabe que no puedo demostrar su inocencia.

—Quizá pueda. Tiene todos los incentivos. El bienestar de la Tierra depende de su actuación y, como me ha dicho, también su propia carrera.

—¿De qué sirven los incentivos? Si usted me ordenara volar agitando los brazos y me dijera que si fracasaba, me torturarían hasta matarme y la Tierra sería destruida y toda su población aniquilada, tendría un incentivo enorme para agitar mis alas y volar, pero seguiría siendo incapaz de hacerlo.

Fastolfe reconoció con desasosiego:

—Sé que hay pocas posibilidades.

—Sabe que no hay ninguna —replicó Baley con violencia—, y que sólo mi muerte puede salvarle.

—Entonces no me salvaré, porque estoy haciendo todo lo posible para que mis enemigos no puedan llegar hasta usted.

—Pero usted sí puede.

—¿Qué?

—Mi idea, doctor Fastolfe, es que podría matarme usted mismo y hacer que pareciese obra de sus enemigos. Luego utilizaría mi muerte en contra de ellos… y que ésta es la razón por la que me ha traído a Aurora.

Por un momento, Fastolfe miró a Baley con una especie de suave sorpresa y luego, en un acceso de pasión tan repentina como extrema, su cara enrojeció y se contrajo en una horrible mueca. Agarrando el especiero, lo levantó por encima de su cabeza y bajó el brazo para lanzárselo a Baley.

Y Baley, cogido totalmente por sorpresa, apenas logró encogerse en la silla.

5. DANEEL Y GISKARD

18

Si Fastolfe actuó con rapidez, Daneel reaccionó aún más rápidamente.

Para Baley, que casi se había olvidado de la existencia de Daneel, todo se redujo a un veloz movimiento, un sonido confuso, y Daneel ya estaba a un lado de Fastolfe, con el especiero en la mano, diciendo:

—Confío, doctor Fastolfe, en que no le habré causado ningún daño.

Baley advirtió, aún aturdido, que Giskard no estaba lejos al otro lado de Fastolfe y que los cuatro robots apostados en la pared del fondo habían avanzado hasta casi la mesa del comedor.

Jadeando ligeramente y con el cabello despeinado, Fastolfe dijo:

—No, Daneel. Lo has hecho muy bien. —Levantó la voz—. Todos lo habéis hecho muy bien, pero recordad, no debéis permitir que nada os frene, ni siquiera mi propia intervención.

Se rió quedamente y volvió a tomar asiento, arreglándose el cabello con la mano.

—Lamento haberle asustado así, señor Baley —declaró—, pero he pensado que la demostración sería más convincente que cualquiera de mis explicaciones.

Baley, cuyo movimiento de retroceso había sido una mera cuestión de reflejos, se aflojó el cuello y dijo con voz áspera:

—Me temo que yo esperaba palabras, pero estoy de acuerdo en que la demostración ha sido convincente. Me alegro de que Daneel estuviese lo bastante cerca para desarmarle.

—Cualquiera de ellos estaba lo bastante cerca para desarmarme, pero Daneel era el que lo estaba más y ha llegado el primero. Ha sido lo bastante rápido para actuar con suavidad. De haber estado más lejos, quizás habría tenido que retorcerme el brazo o incluso golpearme.

—¿Habría llegado hasta ese extremo?

—Señor Baley —dijo Fastolfe—. He dado instrucciones para protegerle a usted y sé cómo dar instrucciones. No habrían vacilado en salvarle, aunque la alternativa fuese dañarme a mí. Naturalmente, habrían procurado hacerme el menor daño posible, como ha hecho Daneel. Lo único que ha dañado ha sido mi dignidad y la pulcritud de mi cabello. Y los dedos me hormiguean un poco. —Fastolfe los flexionó con aire lastimoso.

Baley respiró hondo intentando recobrarse de aquel corto período de confusión, y preguntó:

—¿No me habría protegido Daneel, incluso sin sus instrucciones explícitas?

—Indudablemente. Habría tenido que hacerlo. Sin embargo, no debe creer que la respuesta robótica es un simple sí o no, arriba o abajo, dentro o fuera. Es una equivocación que los profanos suelen cometer. Está la cuestión de la velocidad de respuesta. Mis instrucciones con respecto a usted se formularon de tal modo que el potencial formado en el interior de los robots a mi servicio, incluido Daneel, es anormalmente alto, tan alto como es posible dentro de los límites de la razón. Así pues, la respuesta ante un peligro claro e inmediato para usted es extraordinariamente rápida. Yo lo sabía y por eso le he atacado tan de repente; para hacerle, una demostración de lo más convincente sobre mi incapacidad para causarle ningún daño.

—Sí, pero no se lo agradezco demasiado.

—Oh, estaba totalmente seguro de mis robots, en especial de Daneel. Sin embargo, sí se me ha ocurrido, un poco tarde, que si no hubiera soltado instantáneamente el especiero, él en contra de su voluntad, o el equivalente robótico de la voluntad, me habría roto la muñeca.

Baley comentó:

—Considero que ha corrido un riesgo demasiado grande.

—Sí, también yo… después de haberlo hecho. Ahora bien, si usted se hubiera preparado para lanzarme el especiero a mí, Daneel habría impedido inmediatamente su movimiento, pero no con la misma velocidad, pues no ha recibido instrucciones especiales respecto a mi seguridad. Espero que habría sido lo bastante rápido para salvarme, pero no estoy seguro… y preferiría no comprobar esa cuestión. —Fastolfe sonrió jovialmente.

Baley preguntó:

—¿Y si lanzaran algún explosivo contra la casa desde un vehículo aéreo?

—O si un rayo gamma fuera disparado contra nosotros desde una colina cercana… Mis robots no representan una protección infinita, pero esos atentados terroristas tan radicales son muy improbables en Aurora. Sugiero que no nos preocupemos por ellos.

—Yo estoy dispuesto a no preocuparme por ellos. En realidad, no creía seriamente que usted fuera un peligro para mí, doctor Fastolfe, pero tenía que eliminar por completo esa posibilidad si quería seguir adelante. Ahora ya podemos continuar.

Fastolfe accedió:

—Sí, continuemos. A pesar de esta distracción adicional y muy dramática, aún nos enfrentamos al problema de probar que el bloqueo mental de Jander fue un suceso espontáneo.

Pero Baley era consciente de la presencia de Daneel y se volvió hacia él, preguntándole con inquietud:

—Daneel, ¿te duele que tratemos este asunto?

Daneel, que había dejado el especiero sobre una de las mesas vacías que estaban más alejadas, contestó:

—Compañero Elijah, yo preferiría que mi antiguo amigo Jander aún funcionara, pero como no es así y como no puede ser reparado para que pueda volver a funcionar debidamente, lo mejor que se puede hacer es tomar alguna medida para prevenir incidentes similares en el futuro. Ya que la actual conversación tiene ese objetivo, me complace más que dolerme.

—Bien, pues, para zanjar otra cuestión, Daneel, ¿crees tú que el doctor Fastolfe es culpable del fin de tu amigo Jander? ¿Me perdonará que lo pregunte, doctor Fastolfe?

Fastolfe hizo un gesto de aprobación y Daneel dijo:

—El doctor Fastolfe ha declarado que no era culpable, de modo que, naturalmente, no lo es.

—¿No tienes ninguna duda al respecto, Daneel?

—Ninguna, compañero Elijah.

Fastolfe parecía ligeramente divertido.

—Está interrogando a un robot, señor Baley.

—Lo sé, pero me cuesta pensar en Daneel como un robot y por eso se lo he preguntado.

—Sus respuestas no tendrían ningún valor ante un Consejo de Investigación. Sus potenciales positrónicos le obligan a creerme.

—Yo no soy un Consejo de Investigación, doctor Fastolfe, y mis métodos son diferentes. Volvamos adonde estábamos. O usted inutilizó el cerebro de Jander o sucedió por una circunstancia fortuita y eso sólo me deja la alternativa de probar que usted es inocente. En otras palabras, si puedo demostrar que es imposible que usted matara a Jander, la circunstancia fortuita es la única opción que nos queda.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

—Es una cuestión de medios, oportunidad y motivo. Usted tenía los medios para matar a Jander, la capacidad teórica para manipularlo de tal modo que se produjera un bloqueo mental. Pero ¿tuvo la oportunidad? Era su robot, en el sentido de que usted diseñó sus mecanismos cerebrales y supervisó su construcción, pero ¿era propiedad suya en el momento del bloqueo mental?

—No, no lo era. Pertenecía a otra persona.

—¿Desde cuándo?

—Desde hacía unos ocho meses, o algo más de medio año terrestre.

—Ah. Es un punto interesante. ¿Estaba con él, o cerca de él, en el momento de su destrucción? ¿Habría podido llegar hasta él? Resumiendo, ¿podemos demostrar que estaba tan lejos de él, o tan fuera de su alcance, que no sería razonable suponer que habría podido realizar el hecho en el momento que supuestamente se realizó?

Fastolfe contestó:

—Me temo que eso es imposible. Hay un intervalo de tiempo bastante amplio durante el que pudo producirse el hecho. Después de la destrucción no se producen cambios robóticos equivalentes a la rigidez *post mortem* o la descomposición en el ser humano. Sólo podemos decir que, en un momento dado, Jander funcionaba y, en otro momento dado, no funcionaba. Entre ambos hubo un período de unas ocho horas. No tengo coartada para ese espacio de tiempo.

—¿Ninguna? ¿Qué hizo durante esas horas?

—Estuve aquí, en mi establecimiento.

—Sus robots sin duda sabían que estaba usted aquí y podrían atestiguarlo.

—Claro que lo sabían, pero no pueden atestiguar en un sentido legal, y aquel día Fanya había salido.

—Por cierto, ¿comparte Fanya sus conocimientos de robótica?

Fastolfe esbozó una sonrisa irónica.

—Sabe menos que usted. Además, nada de esto importa.

—¿Por qué no?

Era evidente que Fastolfe empezaba a perder la paciencia.

—Mi querido señor Baley, no estamos hablando de una agresión física a corta distancia, como mi reciente farsa de ataque contra usted. Lo que le sucedió a Jander no requería mi presencia física. Da la casualidad que, aunque no en mi propio establecimiento, Jander no estaba lejos geográficamente, pero no habría importado que estuviera en el otro extremo de Aurora. Yo podía comunicarme electrónicamente con él y, por las órdenes que le diera y las respuestas que extrajera, podía provocarle un bloqueo mental. El paso crucial ni siquiera habría requerido mucho tiempo…

Baley preguntó en seguida:

—Así pues, ¿es un proceso corto, un proceso que alguna otra persona podría desencadenar de un modo casual, mientras intentaba hacer algo totalmente rutinario?

—¡No! —exclamó Fastolfe—. Por Aurora, terrícola, déjeme hablar. Ya le he dicho que el caso no es éste. Inducir el bloqueo mental de Jander sería un proceso largo, complicado y tortuoso, que requeriría una gran

inteligencia e ingenio, y nadie podría hacerlo accidentalmente, a menos que se diera una larga cadena de increíbles coincidencias. Según mis cálculos matemáticos, habría muchas menos posibilidades de una inducción accidental que de un bloqueo mental espontáneo. Sin embargo, si yo deseara provocar un bloqueo mental, podría producir cambios y reacciones, poco a poco, a lo largo de semanas, meses, e incluso años, hasta llevar a Jander a la destrucción. Y en ningún momento de ese proceso daría señales de estar al borde de la catástrofe, igual que usted podría ir acercándose a un precipicio en la oscuridad y seguir notando el suelo firme bajo sus pies, hasta llegar al mismo borde. No obstante, una vez le hubiese llevado hasta ese borde, el margen del precipicio, un simple comentario mío le despeñaría. Es ese paso final lo que sólo requeriría un momento de tiempo. ¿Lo entiende?

Baley apretó los labios. Ni siquiera intentó disimular su decepción.

—En resumen, usted tuvo la oportunidad.

—Cualquiera habría tenido la oportunidad. Cualquiera en Aurora, siempre que tuviese la habilidad necesaria.

—Y sólo usted tiene la habilidad necesaria.

—Me temo que sí.

—Lo cual nos lleva al motivo, doctor Fastolfe.

—Ah.

—Y eso es lo que podríamos alegar en su descargo. Esos robots humaniformes son suyos. Están basados en su teoría y usted participó en cada fase de su construcción, aunque el doctor Sarton la supervisara. Ellos existen gracias a usted y sólo gracias a usted. Ha hablado de Daneel como su «primogénito». Son sus creaciones, sus hijos, su regalo a la humanidad, su paso a la inmortalidad. —(Baley se dejó llevar por la elocuencia y, durante unos momentos, se imaginó que estaba dirigiéndose al Consejo de Investigación)—. ¿Por qué iba a deshacer su obra? ¿Por qué iba a destruir una vida que ha creado gracias a un milagro de labor mental?

Fastolfe se mostró levemente divertido.

—Pero, señor Baley, usted no sabe nada acerca de esto. ¿Cómo puede saber que mi teoría fue el resultado de un milagro de labor mental? Podría

haber sido el tedioso desarrollo de una ecuación que cualquiera habría podido realizar pero que nadie se había molestado en hacer antes que yo.

—No lo creo —dijo Baley, tratando de calmarse—. Si nadie más que usted puede entender el cerebro humaniforme lo bastante bien para destruirlo, lo más probable es que nadie más que usted pueda entenderlo lo bastante bien para crearlo. ¿Acaso puede negarlo?

Fastolfe meneó la cabeza.

—No, no lo niego. Y sin embargo, señor Baley —su rostro se ensombreció—, su meticuloso análisis sólo está logrando empeorar las cosas para nosotros. Ya hemos llegado a la conclusión de que yo soy el único que tuvo los medios y la oportunidad. Resulta que también tengo un motivo, el mejor motivo del mundo, y mis enemigos lo saben. Así pues, ¿cómo vamos a probar que no lo hice?

19

El rostro de Baley se contrajo frunciendo el ceño con furia. Se alejó apresuradamente, en dirección a la esquina del comedor, como si buscara refugio. Luego se volvió de pronto y manifestó con aspereza:

—Doctor Fastolfe, tengo la impresión de que se complace en frustrarme.

Fastolfe se encogió de hombros.

—De ningún modo. Me limito a exponerle el problema tal como es. El pobre Jander murió a causa de un desplazamiento positrónico. Como sé que yo no tuve nada que ver con ello, sé que eso es lo que ocurrió. Sin embargo, nadie más puede estar seguro de que soy inocente y todas las pruebas circunstanciales me acusan, y eso debe tenerse muy en cuenta al decidir qué, si es que algo, se puede hacer.

Baley dijo:

—Está bien, investiguemos su motivo. Lo que a usted le parece un motivo aplastante puede no serlo tanto.

—Lo dudo. No soy ningún tonto, señor Baley.

—Quizá tampoco sea un buen juez de sí mismo y de sus motivos. Pocas personas lo son. Quizás está dramatizando las cosas por alguna razón.

—No lo creo.

—Entonces dígame su motivo. ¿Cuál es? ¡Dígamelo!

—No tan de prisa, señor Baley. No es fácil de explicar… ¿Podría acompañarme al exterior?

Baley miró rápidamente hacia la ventana. ¿Al Exterior?

El sol se encontraba más bajo en el cielo y la habitación estaba más soleada. Vaciló, y luego contestó, en voz más alta de lo que era necesario:

—¡Sí, le acompañaré!

—Excelente —dijo Fastolfe. Y luego, con una nota de cordialidad, añadió—: Pero quizá quiera ir primero al Personal.

Baley reflexionó unos momentos. No tenía una necesidad inmediata, pero ignoraba lo que le esperaba en el Exterior, cuánto rato debería quedarse, qué servicios públicos habría o no habría allí. Sobre todo ignoraba las costumbres auroranas al respecto y no recordaba haber leído nada ilustrativo sobre el tema en las películas-libro de la nave. Quizá sería más seguro acceder a todo lo que su anfitrión le sugiriese.

—Gracias —dijo—, si es oportuno que lo haga así.

Fastolfe asintió.

—Daneel —llamó—, acompaña al señor Baley al Personal de Visitantes.

Daneel dijo:

—Compañero Elijah, ¿quieres venir conmigo?

Cuando ambos estuvieron en la habitación contigua, Baley dijo:

—Lamento, Daneel, que no hayas tomado parte en la conversación entre el doctor Fastolfe y yo.

—No habría sido correcto, compañero Elijah. Cuando me has hecho una pregunta directa, he contestado, pero no se me ha invitado a tomar parte activa.

—Yo te habría invitado, Daneel, si no me hubiera sentido coartado por mi posición como huésped. He considerado que no estaría bien tomar la iniciativa en este aspecto.

—Lo comprendo… Éste es el Personal de Visitantes, compañero Elijah. La puerta se abrirá al contacto de tu mano sobre cualquier lugar de su superficie si la habitación está desocupada.

Baley no entró. Se quedó pensativo unos momentos, y luego preguntó:

—Si se te hubiera invitado a hablar, Daneel, ¿qué habrías dicho? ¿Hay algún comentario que te habría gustado hacer? Apreciaría tu opinión, amigo mio.

Daneel contestó con su habitual gravedad:

—El único comentario que me gustaría hacer es que la declaración del doctor Fastolfe respecto a que tiene un excelente motivo para inutilizar a Jander me ha sorprendido mucho. Sin embargo, sea éste cual sea, cabría preguntarse por qué no tendría el mismo motivo para inutilizarme a mí. Si ellos creen que tenía un motivo para causar el bloqueo mental de Jander, ¿por qué no se me aplicaría el mismo motivo a mí? Siento curiosidad por saberlo.

Baley le lanzó una mirada penetrante, buscando automáticamente una expresión en un rostro poco dado a la falta de control. Preguntó:

—¿Te sientes inseguro, Daneel? ¿Crees que Fastolfe constituye un peligro para ti?

Daneel respondió:

—Según la Tercera Ley, debo proteger mi propia existencia, pero no me enfrentaría con el doctor Fastolfe ni con ningún ser humano si su autorizada opinión fuese que era necesario poner fin a mi existencia. Ésta es la Segunda Ley. No obstante, sé que soy de gran valor, tanto en términos de inversión de material, trabajo y tiempo, como en términos de importancia científica. Por lo tanto, sería necesario explicarme detalladamente las razones que aconsejarían poner fin a mi existencia. El doctor Fastolfe nunca me ha dicho nada, nunca, compañero Elijah, que diera a entender que tenga esa intención. No creo que tenga la más remota intención de poner fin a mi existencia o que jamás tuviera la intención de poner fin a la existencia de Jander. El desplazamiento de los positrones es lo que debió de destruir a Jander y quizás, algún día, me destruya a mí. Siempre hay un elemento de casualidad en el Universo.

Baley respondió:

—Tú lo dices, Fastolfe lo dice, y yo lo creo… pero la dificultad estriba en convencer al público en general de que acepte esta visión del asunto. —Se volvió con expresión sombría hacia la puerta del Personal y añadió—: ¿Entras conmigo, Daneel?

El rostro de Daneel denotó algo muy parecido a la diversión.

—Es halagador, compañero Elijah, ser tomado por humano hasta este punto. Por supuesto, no tengo necesidad de entrar.

—No, claro. Pero de todos modos puedes entrar.

—No sería apropiado que lo hiciera. No es costumbre que los robots entren en el Personal. El interior de dicha habitación es puramente humano… Además, éste es un Personal para una sola persona.

—¡Una persona! —Por un momento, Baley se sintió desconcertado. Sin embargo, se recobró. ¡Otros mundos, otras costumbres! Y no recordaba que ésta se hallara descrita en las películas-libro. Comentó—: A eso te referías, entonces, al decir que la puerta se abriría sólo si estaba desocupado. ¿Y si está ocupado, como ocurrirá dentro de un momento?

—Entonces no se abrirá con el contacto desde fuera, naturalmente, y tu intimidad quedará protegida. Como es lógico, se abrirá con el contacto desde dentro.

—¿Y si un visitante se desmayara, sufriese un ataque de apoplejía o al corazón estando ahí dentro y no pudiera tocar la puerta desde el interior? ¿No significaría eso que nadie podría entrar a ayudarle?

—Hay sistemas de emergencia para abrir la puerta, compañero Elijah, si eso pareciera aconsejable. —Luego, claramente inquieto—: ¿Eres de la opinión de que sucederá algo así?

—No, claro que no… Era simple curiosidad.

—Estaré junto a la puerta —anunció Daneel con intranquilidad—. Si oigo que me llamas, compañero Elijah, actuaré.

—Dudo que sea necesario. —Baley tocó la puerta, descuidada y levemente, con el dorso de la mano y se abrió en seguida. Esperó uno o dos segundos para ver si se cerraba. No lo hizo. Entró y entonces la puerta se cerró de inmediato.

Mientras la puerta estuvo abierta, el Personal le pareció una habitación que servía claramente para su propósito. Un lavabo, una casilla (equipada,

sin duda, con una ducha), una bañera, una media puerta translúcida que debía de ocultar un retrete. Había también varios accesorios que no reconoció. Supuso que servían para el aseo personal.

Apenas tuvo la oportunidad de inspeccionarlos, pues al cabo de un momento todo desapareció y se quedó con la duda de si lo que había visto realmente había estado allí o si los objetos le habían parecido existir porque eran lo que él había esperado ver.

A medida que la puerta se cerraba, la habitación fue oscureciéndose, pues no había ventanas. Cuando la puerta estuvo completamente cerrada, la habitación volvió a iluminarse, pero nada de lo que había visto regresó. Era la luz del día y se encontraba en el Exterior, o eso parecía.

Sobre su cabeza se extendía el cielo abierto, con nubes que lo surcaban de un modo tan regular que parecían claramente irreales. Por todas partes había una frondosa vegetación que se movía de un modo igualmente repetitivo.

Notó el familiar nudo en el estómago que surgía siempre que se encontraba en el Exterior, pero no estaba en el Exterior. Había entrado en una habitación sin ventanas. Tenía que ser un truco de la iluminación.

Miró hacia el frente y deslizó lentamente los pies hacia delante. Extendió las manos. Lentamente. Mirando con intensidad.

Sus manos tocaron la tersura de una pared. Siguió palpando la superficie hasta el otro lado. Tocó lo que antes había identificado como un lavabo en aquel momento de visión y, guiándose por las manos, consiguió ver… vagamente, muy vagamente, en aquella abrumadora sensación de luz.

Encontró el grifo, pero de él no salió ni una gota de agua.

Siguió palpando su curva hacia atrás y no encontró nada equivalente a los conocidos mandos que controlarían el caudal de agua. Sí encontró, en cambio, una tira alargada cuya ligera aspereza la hacía sobresalir de la pared circundante. Mientras deslizaba los dedos sobre ella, la oprimió débil y experimentalmente y la vegetación, que se prolongaba mucho más allá del plano a lo largo del cual sus dedos le indicaban que existía la pared, quedó dividida inmediatamente por un riachuelo de agua que caía con rapidez desde lo alto hacia sus pies, con un fuerte ruido de salpicadura.

Saltó hacia atrás en un movimiento instintivo, de alarma, pero el agua se terminó antes de llegar a sus pies. No dejó de manar, pero no llegó al suelo. Alargó la mano. No era agua, sino una ilusión lumínica de agua. No le mojó la mano; no notó nada. Pero sus ojos se resistían obstinadamente a la evidencia. Veían agua.

Siguió el riachuelo hacia arriba y al fin llegó a algo que si era agua, un chorro más delgado que salía del grifo. Estaba fría.

Sus dedos volvieron a encontrar la tira alargada y experimentó, oprimiendo aquí y allí. La temperatura cambió rápidamente y encontró el punto que producía agua de una tibieza satisfactoria.

No encontró jabón. Algo reacio, empezó a frotarse las manos una contra otra bajo aquel aparente manantial natural que debería empaparle de la cabeza a los pies pero no lo hacía. Y como si el mecanismo pudiera leerle el pensamiento o, más probablemente, como impulsado por la acción de restregarse las manos, notó que el agua se tornaba jabonosa, mientras el manantial que veía producía burbujas y se transformaba en espuma.

Aún reacio, se inclinó sobre el lavabo y se frotó la cara con la misma agua jabonosa. Se notó la barba incipiente, pero comprendió que no tenía ninguna posibilidad de encontrar una máquina de afeitar entre los aparatos de aquella habitación sin instrucciones.

Terminó y mantuvo las manos inmóviles debajo del agua. ¿Cómo detener el jabón? No tuvo que preguntarlo. Seguramente sus manos, que ya no se restregaban ellas mismas ni la cara, controlarían aquello. El agua perdió su tacto jabonoso y el jabón desapareció de sus manos. Se mojó la cara —sin frotársela— y también quedó enjuagada. Sin ayuda de la visión y con la torpeza de alguien no acostumbrado al sistema, consiguió empaparse toda la camisa.

¿Toallas? ¿Papel?

Retrocedió, con los ojos cerrados, manteniendo la cabeza hacia delante para no mojarse aún más la ropa. Retroceder era, al parecer, la acción clave, pues notó una corriente de aire templado. Volvió la cara hacia ella y luego, las manos.

Abrió los ojos y descubrió que el manantial ya no fluía. Utilizó las manos y descubrió que ya no podía notar el agua real.

El nudo de su estómago hacía rato que se había convertido en irritación. Reconocía que los Personales variaban mucho de un mundo a otro, pero aquella necedad de un Exterior simulado era demasiado.

En la Tierra, un Personal era una enorme estancia comunitaria restringida a un solo género, con cubículos privados de los que uno tenía la llave. En Solaria, uno entraba en un Personal a través de un estrecho corredor adosado a la casa, como si los solarianos confiaran en que así no sería considerado una parte de su hogar, en ambos mundos, aunque tan distintos en todos los aspectos posibles, los Personales estaban claramente definidos y la función de todo lo que contenían era inequívoca. ¿Por qué debía haber en Aurora aquella rebuscada pretensión de rusticidad que camuflaba todas las partes de un Personal?

¿Por qué?

De todos modos, su enojo le dejó poco espacio emocional para sentirse inquieto por la simulación del Exterior. Se movió en la dirección en la que recordaba haber visto la media puerta translúcida.

No era la dirección correcta. Sólo logró encontrarla siguiendo lentamente la pared y tras golpearse diversas partes del cuerpo contra distintas protuberancias.

Al final, se encontró orinando en la ilusión de un pequeño estanque que no parecía estar recibiendo el chorro como era debido. Sus rodillas le indicaban que apuntaba correctamente entre los lados de lo que él tomó como un urinario, y se dijo a sí mismo que si estaba utilizando un receptáculo equivocado o errando la puntería la culpa no era suya.

Por un momento, cuando hubo terminado, pensó en volver a buscar el lavabo para enjuagarse nuevamente las manos, pero decidió no hacerlo. No se sentía con ánimos para afrontar la búsqueda y aquella falsa cascada.

En lugar de eso, siempre a tientas, encontró la puerta por la que había entrado, pero no supo que la había encontrado hasta que el contacto de su mano hizo que se abriera. La luz se extinguió inmediatamente y el resplandor normal y no ilusorio del día le rodeó.

Daneel le estaba esperando, junto con Fastolfe y Giskard.

Fastolfe dijo:

—Ha tardado casi veinte minutos. Empezábamos a inquietarnos por usted.

Baley se encolerizó.

—He tenido problemas con sus necias ilusiones —replicó, dominándose a duras penas.

Fastolfe frunció la boca y alzó las cejas en un silencioso: ¡Oh-h!

Dijo:

—Hay un contacto junto a la puerta que controla la ilusión. Puede atenuarla y permitirle ver la realidad a través de ella… o borrarla por completo, si lo desea.

—Nadie me lo había dicho. ¿Son así todos sus Personales?

Fastolfe contestó:

—No. Los Personales de Aurora suelen poseer características ilusorias, pero la naturaleza de la ilusión varía según el individuo. A mí me gusta la ilusión de la vegetación natural, y cambio los detalles de vez en cuando. Uno llega a cansarse de todo, con el tiempo, ¿sabe? Hay personas que prefieren ilusiones eróticas, pero yo no soy de ésos.

»Naturalmente, cuando se está familiarizado con los Personales las ilusiones no presentan ningún problema. Las habitaciones son casi siempre iguales y uno sabe dónde está cada una. No es peor que moverse por un lugar bien conocido en la oscuridad… Pero, dígame, señor Baley, ¿por qué no ha salido a pedir instrucciones?

Baley repuso:

—Porque no deseaba hacerlo. Admito que las ilusiones me han irritado mucho, pero las he aceptado. Al fin y al cabo, ha sido Daneel quien me ha traído al Personal y no me ha dado consejos ni instrucciones de ninguna clase. De haber sido por él, estoy seguro de que lo habría hecho, a fin de evitarme cualquier daño. Por lo tanto, he deducido que usted le había ordenado no advertirme y, como no le creo capaz de gastarme una broma tan pesada, he deducido que tenía una razón para hacerlo.

—¿Ah, sí?

—Al fin y al cabo, usted me había pedido que le acompañara al Exterior y, cuando he accedido, me ha preguntado inmediatamente si quería ir al Personal. He supuesto que el motivo para someterme a una ilusión del

Exterior era ver si podía soportarlo, o si me dejaba ganar por el pánico. Si podía soportarlo, usted se aventuraría a enfrentarse con la realidad. Pues bien, lo he soportado. Estoy un poco mojado, gracias, pero no tardaré en secarme.

Fastolfe dijo:

—Es usted muy sagaz, señor Baley. Le pido disculpas por la naturaleza de la prueba y por las molestias que le he ocasionado. Sólo intentaba evitar la posibilidad de molestias aún mayores. ¿Todavía desea salir conmigo?

—No sólo lo deseo, doctor Fastolfe. Insisto en hacerlo.

20

Echaron a andar por un pasillo, Daneel y Giskard pisándoles los talones. Fastolfe comentó:

—Espero que no le importe que los robots nos acompañen. Los auroranos nunca vamos a ningún sitio sin un robot como mínimo, y en su caso concreto, debo insistir en que Daneel y Giskard estén siempre con usted.

Abrió una puerta y Baley trató de mantenerse firme ante el azote del sol y el viento, así como ante el extraño olor de la tierra aurorana.

Fastolfe se hizo a un lado y Giskard salió primero. El robot miró atentamente a su alrededor durante unos momentos. Dio la impresión de estar ejercitando todos sus sentidos al máximo. Miró hacia atrás y Daneel se reunió con él e hizo lo mismo.

—Déjelos un momento, señor Baley —dijo Fastolfe—, y nos comunicarán cuándo creen que podemos salir sin peligro. Permítame aprovechar la oportunidad para disculparme una vez más por la mala jugada que le hecho respecto al Personal. Le aseguro que habríamos sabido si tenía problemas pues todos sus signos vitales estaban siendo registrados. Me complace, aunque no me sorprende demasiado, que haya adivinado mi propósito. —Sonrió y, con un titubeo casi imperceptible, puso la mano sobre el hombro izquierdo de Baley y le dio un amistoso apretón. Baley se mantuvo rígido.

—Parece haber olvidado su mala jugada anterior; su aparente ataque contra mí con el especiero. Si me asegura que ahora nos trataremos con franqueza y honradez, consideraré que ambas cuestiones encerraban una intención razonable.

—¡Hecho!

—¿Podemos salir ahora? —Baley miró hacia Giskard y Daneel, que se habían alejado un poco, uno hacia la derecha y otro hacia la izquierda, y seguían observando y percibiendo.

—Aún no. Darán toda la vuelta al establecimiento… Daneel dice que le ha invitado a entrar en el Personal con usted. ¿Hablaba en serio?

—Sí. Sabía que él no tenía ninguna necesidad, pero he pensado que quizá sería descortés excluirle. No estaba seguro de la costumbre aurorana al respecto, a pesar de todo lo que he leído sobre asuntos auroranos.

—Supongo que no es una de las cosas que los auroranos consideran necesario mencionar y, naturalmente, los libros no pretenden asesorar a los visitantes terrícolas sobre esas cuestiones…

—¿Porque vienen tan pocos terrícolas?

—En efecto. La cuestión es que los robots nunca entran en los Personales. Es el único sitio donde los seres humanos pueden estar libres de ellos. Supongo que existe la creencia de que uno debe sentirse libre de ellos en ciertos períodos y ciertos lugares.

Baley objetó:

—Y, sin embargo, cuando Daneel estuvo en la Tierra con ocasión de la muerte de Sarton hace tres años, yo intenté mantenerle fuera del Personal Comunitario alegando que no tenía ninguna necesidad. No obstante, él se empeñó en entrar.

—E hizo muy bien. En aquella ocasión se le ordenó no dar ninguna muestra de no ser humano, por razones que usted recuerda muy bien. Sin embargo, aquí en Aurora… Ah, ya han terminado.

Los robots se acercaban a la puerta y Daneel les indicó que salieran.

Fastolfe alargó un brazo para cerrar el paso a Baley.

—Si no le importa, señor Baley, yo saldré primero. Cuente con paciencia hasta cien y luego reúnase con nosotros.

Baley, tras contar hasta cien, salió con aire decidido y echó a andar hacia Fastolfe. Tal vez tenía el rostro demasiado tenso, las mandíbulas demasiado apretadas, la espalda demasiado erguida.

Miró a su alrededor. El paisaje no era muy distinto del que había visto en el Personal. Tal vez Fastolfe había usado su propio jardín como modelo. La vegetación lo cubría todo y en un determinado lugar había un riachuelo que descendía por un declive. Quizá fuese artificial, pero no era una ilusión. El agua era real. Notó las salpicaduras cuando pasó cerca de él.

El conjunto producía una inexplicable sensación de serenidad. El Exterior de la Tierra, por lo poco que Baley había visto de él, parecía más salvaje e impresionante.

Fastolfe dijo, tocando levemente el brazo de Baley y haciendo un movimiento con la mano:

—Venga en esta dirección. ¡Mire allí!

Un espacio entre dos árboles revelaba una extensión de hierba.

Por primera vez había una sensación de distancia, y en el horizonte aparecían unas casas amplias, de techo bajo, y de un color tan verde que casi se confundían con el campo.

—Ésta es una zona residencial —explicó Fastolfe—. Quizás a usted no se lo parezca, ya que está acostumbrado a las tremendas colmenas de la Tierra, pero estamos en la ciudad aurorana de Eos, que es el centro administrativo del planeta. Aquí viven veinte mil seres humanos, lo que la convierte en la ciudad más grande, no sólo de Aurora sino de todos los mundos espaciales. Hay tantas personas en Eos como en toda Solaria —añadió con orgullo.

—¿Cuántos robots hay, doctor Fastolfe?

—¿En esta zona? Unos cien mil. En el conjunto del planeta hay una media de cincuenta robots por cada ser humano, no diez mil por humano como en Solaria. La mayor parte de nuestros robots están en nuestras granjas, en nuestras minas, en nuestras fábricas, en el espacio. Más bien tenemos escasez de robots, en particular de robots domésticos. La mayoría de auroranos deben conformarse con dos o tres de dichos robots, y algunos

sólo con uno. Sin embargo, no queremos movernos en la dirección de Solaria.

—¿Cuántos seres humanos no tienen ningún robot doméstico?

—Absolutamente ninguno. Eso iría en contra del interés público. Si un ser humano, por la razón que fuese, no pudiera permitirse un robot, le sería concedido uno que, en caso necesario, sería mantenido con los fondos públicos.

—¿Qué sucede cuando la población aumenta? ¿Añaden más robots?

Fastolfe meneó la cabeza.

—La población no aumenta. La población de Aurora es de doscientos millones y se ha mantenido estable durante tres siglos. Es el número deseado. Sin duda lo habrá leído en los libros que ha consultado.

—Sí, lo he leído —admitió Baley—, pero me resistía a creerlo.

—Permítame asegurarle que es verdad. Eso nos proporciona a cada uno amplios terrenos, amplio espacio, amplia intimidad y una amplia parte de los recursos mundiales. No hay tantas personas como en la Tierra, ni tan pocas como en Solaria. —Alargó un brazo para que Baley lo cogiera, a fin de que pudieran seguir andando.

—Lo que ve —dijo Fastolfe— es un mundo domesticado. Esto es lo que quería enseñarle, señor Baley.

—¿No encierra ningún peligro?

—Siempre hay algún peligro. Tenemos tormentas, desprendimientos de rocas, terremotos, ventiscas, avalanchas, uno o dos volcanes… La muerte accidental nunca puede eliminarse por completo. E incluso existen las pasiones de personas airadas o envidiosas, las locuras de los inmaduros y las insensateces de los necios. Sin embargo, estas cosas son poco importantes y no afectan demasiado a la civilizada tranquilidad que reina en nuestro mundo.

Fastolfe pareció rumiar sus palabras un momento, y luego suspiró y añadió:

—No querría que fuese de otro modo, pero tengo ciertas reservas intelectuales. Sólo hemos traído a Aurora las plantas y animales que consideramos útiles, ornamentales o ambas cosas. Hicimos todo lo posible para eliminar lo que consideramos maleza, sabandijas, o incluso lo que no

fuera ejemplar. Seleccionamos seres humanos fuertes, sanos y atractivos, rigiéndonos por nuestros propios cánones, naturalmente. Hemos intentado… Pero veo que sonríe, señor Baley.

Baley no sonreía. Su boca únicamente se había crispado.

—No, no —dijo—. No hay ningún motivo para sonreír.

—Lo hay, porque yo sé tan bien como usted que no soy precisamente atractivo según los cánones auroranos. La cuestión es que no podemos controlar del todo las combinaciones genéticas y las influencias intrauterinas. Hoy en día, por supuesto, con la creciente práctica de la ectogénesis, aunque espero que nunca llegue a extenderse tanto como en Solaria, a mí se me eliminaría en la última fase fetal.

—En cuyo caso, doctor Fastolfe, los mundos habrían perdido a un gran teórico de la robótica.

—Exactamente —convino Fastolfe, sin visible turbación—, pero los mundos nunca habrían llegado a saberlo, ¿verdad? En todo caso, hemos procurado establecer un equilibrio ecológico muy sencillo pero totalmente viable, un clima adecuado, una tierra fértil, y una distribución equitativa de los recursos. El resultado es un mundo que produce todo lo que necesitamos y que, si me permite generalizar, tiene en cuenta lo que queremos. ¿Quiere que le diga cuál es el ideal por el que hemos luchado?

—Hágalo, por favor —pidió Baley.

—Hemos trabajado para producir un planeta que, en conjunto, obedeciera las Tres Leyes de la Robótica. No hace nada que pueda dañar a los seres humanos, sea por comisión u omisión. Hace lo que nosotros queremos que haga, siempre que no le pidamos dañar a los seres humanos. Y se protege a sí mismo, excepto en las ocasiones y los lugares en que debe servirnos o salvarnos a nosotros incluso a costa de dañarse a sí mismo. En ningún otro sitio, ni en la Tierra ni en los otros mundos espaciales, es esto tan cierto como en Aurora.

Baley comentó tristemente:

—Los terrícolas también perseguíamos este fin, pero ya somos demasiado numerosos y deterioramos demasiado nuestro planeta en los días de nuestra ignorancia para que ahora podamos hacer algo al respecto…

Pero ¿qué hay de las formas de vida indígenas de Aurora? Sin duda no se encontraron con un planeta muerto.

Fastolfe contestó:

—Ya sabe que no, si ha leído libros sobre nuestra historia. Aurora tenía vegetación y vida animal cuando llegamos, así como una atmósfera de nitrógeno y oxígeno. Eso era así en los cincuenta mundos espaciales. Cosa extraña, en todos los casos, las formas de vida eran escasas y no muy variadas, Tampoco se aferraban con demasiada tenacidad a su propio planeta. Nos impusimos, por así decirlo, sin lucha de ninguna clase… y lo que queda de la vida indígena está en nuestros acuarios, nuestros zoológicos, y en unas pocas zonas primitivas que mantenemos con gran cuidado.

»No acabamos de entender por qué los planetas con vida que los seres humanos han encontrado han sido tan débiles en lo que respecta a conservar esa vida, por qué sólo la Tierra ha desarrollado tantísimas y tan tenaces formas de vida, y por qué sólo la Tierra ha dado muestras de inteligencia.

Baley repuso:

—Quizá sea una coincidencia, el accidente de una exploración incompleta. Aún conocemos muy pocos planetas.

—Admito —dijo Fastolfe— que es la explicación más probable. En algún lugar tiene que haber un equilibrio ecológico tan complejo como el de la Tierra. En algún lugar tiene que haber vida inteligente y una civilización tecnológica. Sin embargo, la vida y la inteligencia de la Tierra se han extendido muchos parsecs en todas direcciones. Si hay vida e inteligencia en otro lugar, ¿por qué no se han extendido también… y por qué no nos hemos encontrado unos con otros?

—Por lo que sabemos, eso podría ocurrir mañana mismo.

—En efecto. Y si tal encuentro es inminente, con más razón no deberíamos esperar pasivamente. Porque nos estamos volviendo pasivos, señor Baley. Hace dos siglos y medio que no se ha colonizado un nuevo mundo espacial. Nuestros mundos son tan cómodos, tan agradables, que no deseamos dejarlos. Este mundo fue colonizado porque la Tierra se había tornado tan desagradable que los riesgos y peligros de mundos nuevos y vacíos parecían preferibles comparados con ella. Cuando finalizó el

desarrollo de nuestros cincuenta mundos espaciales, Solaria fue el último, ya no había ningún estímulo, ninguna necesidad de ir a otro lugar. Y la misma Tierra se ha retirado a sus cuevas subterráneas de acero. Es el fin.

—Usted no puede creer eso.

—¿Si continuamos tal como estamos? ¿Si continuamos plácidos y cómodos e inmóviles? Sí, lo creo. La humanidad debe ampliar su campo de acción si quiere seguir floreciendo. Un método de expansión es a través del espacio, a través de la colonización constante de otros mundos. Si no lo hacemos, alguna otra civilización que esté llevando a cabo dicha expansión nos dará alcance y nosotros no podremos contener su dinamismo.

—¿Acaso espera una guerra espacial… como una destrucción por hiperondas?

—No, dudo que eso fuera necesario. Una civilización que se esté extendiendo por el espacio no necesitará nuestros pocos mundos y probablemente estará demasiado avanzada en el aspecto intelectual para imponer su hegemonía por medios tan drásticos. Sin embargo, si estamos rodeados por una civilización más activa, más llena de vitalidad, nos marchitaremos por la mera fuerza de la comparación; moriremos al darnos cuenta de lo que ha sido de nosotros y del potencial que hemos desperdiciado. Naturalmente, podríamos recurrir a otras expansiones; una expansión de conocimientos científicos o de vigor cultural, por ejemplo. No obstante, me temo que esas expansiones no son separables. Debilitarse en una es debilitarse en todas. Indudablemente, nos estamos debilitando en todas. Vivimos demasiado. Estamos demasiado cómodos.

Baley comentó:

—En la Tierra nos imaginamos a los espaciales como todopoderosos, como totalmente seguros de sí mismos. No puedo creer que uno de ustedes me esté diciendo esto.

—No se lo dirá ningún otro espacial. Mis teorías no están de moda. Los demás las encontrarían intolerables y no hablo a menudo de esas cosas con los auroranos. En cambio, hablo de dar un nuevo impulso al descubrimiento de otros mundos, sin expresar mis temores de las catástrofes que ocurrirán si abandonamos la colonización. En eso, al menos, he triunfado. Aurora ha

considerado seriamente, incluso entusiastamente, una nueva era de exploración y colonización.

—Lo dice —señaló Baley— sin que se le vea muy entusiasmado. ¿Por qué?

—Es que nos estamos acercando a mi motivo para destruir a Jander Panell.

Fastolfe hizo una pausa, meneó la cabeza y continuó:

—Ojalá, señor Baley, pudiera entender mejor a los seres humanos. He pasado seis décadas estudiando las particularidades del cerebro positrónico y espero seguir dedicando mis esfuerzos a este problema durante quince o veinte más. En este tiempo, apenas he rozado el problema del cerebro humano, que es mucho más complicado. ¿Hay Leyes de Humánica igual que hay Leyes de Robótica? ¿Cuántas Leyes de Humánica podría haber y cómo pueden expresarse matemáticamente? No lo sé.

»Sin embargo, quizá llegue el día en que alguien enuncie las Leyes de la Humánica y entonces podré predecir los rasgos generales del futuro y sabré qué le espera a la humanidad, en vez de limitarme a hacer conjeturas como hasta ahora, y sabré qué hacer para mejorar las cosas, en vez de limitarme a especular. A veces sueño con fundar una ciencia matemática a la que llamaría “psicohistoria”, pero sé que no puedo y me temo que nadie lo hará jamás.

Guardó silencio.

Baley esperó, y luego preguntó suavemente:

—¿Y su motivo para destruir a Jander Panell, doctor Fastolfe?

Fastolfe no pareció oír la pregunta. Al menos, no respondió. En cambio, dijo:

—Daneel y Giskard vuelven a hacernos señas de que el camino está despejado. Dígame, señor Baley, ¿se aventuraría a ir un poco más lejos?

—¿Adónde? —preguntó Baley con cautela.

—Hacia un establecimiento cercano. En esa dirección, al otro lado del prado. ¿Le molestará internarse tanto en el exterior?

Baley apretó los labios y miró en aquella dirección, como intentando calibrar su efecto.

—Creo que lo soportaré. No preveo ningún problema.

Giskard, que estaba lo bastante cerca para oírle, se acercó aún más; sus ojos no brillaban a la luz del sol. Aunque su voz estuvo desprovista de emoción humana, sus palabras denunciaron su preocupación.

—Señor, ¿puedo recordarle que en el viaje hacia aquí sufrió graves molestias al descender al planeta?

Baley se volvió hacia él. A pesar de sus sentimientos hacia Daneel y su actitud tolerante hacia los robots, no pudo reprimir una intensa sensación de desagrado. El más primitivo Giskard le resultaba sumamente repulsivo. Luchó por sofocar la ira que sentía y dijo:

—En la nave fui imprudente, muchacho, por culpa de una curiosidad excesiva. Me encontré ante una visión que no había experimentado nunca y no tuve tiempo para adaptarme. Esto es distinto.

—Señor, ¿siente ahora alguna molestia? ¿Me lo puede asegurar?

—Esto —dijo Baley con firmeza (recordándose a sí mismo que el robot estaba sujeto a la Primera Ley e intentando mostrarse cortés con un montón de metal que, al fin y al cabo, tenían el bienestar de Baley como único objetivo)— no importa. He de cumplir con mi deber y no podré hacerlo si me escondo en lugares resguardados.

—¿Su deber? —preguntó Giskard como si no hubiera sido programado para comprender esa palabra.

Baley miró rápidamente en dirección a Fastolfe, pero éste se mantenía impasible y no parecía dispuesto a intervenir. Daba la impresión de estar escuchando con abstraído interés, como si sopesara la reacción de un robot de un tipo concreto ante una situación nueva y la comparase con correspondencias, variables, constantes y ecuaciones diferenciales que sólo él comprendía.

O eso pensó Baley. Le molestó formar parte de una observación de ese tipo y dijo, quizá demasiado bruscamente:

—¿Sabes lo que significa «deber»?

—Lo que ha de hacerse, señor —respondió Giskard.

—Tu deber es obedecer las Leyes de la Robótica. Y los seres humanos también tienen leyes, como tu amo, el doctor Fastolfe, estaba diciendo ahora mismo, que han de obedecerse. Yo he de hacer lo que me han encomendado. Es importante.

—Pero salir al descubierto cuando no…

—De todos modos, hay que hacerlo. Quizás algún día mi hijo vaya a otro planeta, uno mucho menos cómodo que éste, y se exponga al Exterior durante el resto de su vida. Y si yo pudiera, iría con él.

—Pero ¿por qué haría tal cosa?

—Ya te lo he dicho. Lo considero mi deber.

—Señor, yo no puedo desobedecer las Leyes. ¿Puede usted desobedecer las suyas? Porque debo pedirle que…

—Puedo optar por no cumplir con mi deber, pero no lo haré… y a veces ésta es la compulsión más fuerte, Giskard.

Hubo un momento de silencio y luego Giskard preguntó:

—¿Le ocasionaría algún daño que yo lograra persuadirle de no seguir adelante?

—En cuanto a que entonces creería no estar cumpliendo con mi deber, me lo ocasionaría.

—¿Más daño que cualquier molestia que pueda sentir al aire libre?

—Mucho más.

—Gracias por explicármelo, señor —dijo Giskard, y a Baley le pareció ver una expresión satisfecha en el rostro casi impasible del robot. (La tendencia humana a personificar era irreprimible).

Giskard retrocedió y el doctor Fastolfe se decidió a intervenir.

—Ha sido muy interesante, señor Baley. Giskard necesitaba instrucciones antes de comprender plenamente cómo adaptar la respuesta de potencial positrónico a las Tres Leyes o, más bien, cómo iban a adaptarse esos potenciales en vista de la situación. Ahora sabe cómo comportarse.

Baley comentó:

—He observado que Daneel no ha hecho ninguna pregunta.

Fastolfe repuso:

—Daneel le conoce. Ha estado con usted en la Tierra y en Solaria… Pero ¿qué le parece si seguimos andando? Iremos muy despacio. Mire atentamente a su alrededor y, si en cualquier momento desea descansar, esperar, o incluso volver atrás, confío en que me lo hará saber.

—De acuerdo, pero ¿cuál es el propósito de este paseo? Ya que usted teme un posible malestar por mi parte, no creo que lo sugiriera sin tener una

buena razón.

—Así es —respondió Fastolfe—. Supongo que querrá ver el cuerpo inerte de Jander.

—Como un formulismo, sí, pero me inclino a pensar que no me revelará nada.

—Estoy seguro de ello, pero quizá también tenga la oportunidad de interrogar a la persona que era casi dueña de Jander en el momento de la tragedia. Sin duda le gustará hablar de la cuestión con algún ser humano aparte de mí mismo.

22

Fastolfe echó a andar lentamente, arrancando una hoja de un arbusto, doblándola por la mitad y mordisqueándola. Baley le miró con curiosidad, extrañado de que un espacial se llevara a la boca algo que estaba sin tratar, sin calentar e incluso sin lavar, cuando temían tantísimo las infecciones. Recordó que Aurora estaba libre (¿enteramente libre?) de microorganismos patógenos, pero de todos modos encontró la acción repugnante. La repugnancia no tenía por qué tener una base racional, pensó a la defensiva… y de pronto se sorprendió a punto de disculpar la actitud de los espaciales hacia los terrícolas.

¡Retrocedió! ¡Aquello era diferente! ¡Allí estaban implicados los seres humanos!

Giskard se adelantó, dirigiéndose hacia la derecha. Daneel se quedó atrás y hacia la izquierda. El sol anaranjado de Aurora (Baley apenas notaba ya el tinte anaranjado) le calentaba ligeramente la espalda, desprovisto del calor que tenía el sol de la Tierra en verano (pero ¿acaso sabía cuál era el clima y la estación en aquel sector de Aurora y aquel momento determinado?).

La hierba o lo que fuese (parecía hierba) era un poco más gruesa y esponjosa que la de la Tierra, y el suelo era duro, como si no hubiese llovido en bastante tiempo.

Se dirigían hacia una casa que se levantaba algo más lejos, seguramente la casa del casi propietario de Jander. Baley oyó el crujido de un animal en la hierba hacia la derecha, el repentino gorjeo de un pájaro oculto en un árbol detrás de él, los tenues zumbidos cuyos antepasados habían vivido en la Tierra. No tenían modo de saber que el pedazo de tierra donde habitaban no era lo único que existía o había existido jamás. Los mismos árboles y la misma hierba procedían de unos árboles y una hierba que en otro tiempo habían crecido en la Tierra.

Sólo los seres humanos podían vivir en aquel mundo y saber que no eran autóctonos sino que descendían de los terrícolas y, sin embargo, ¿lo sabían los espaciales realmente o preferían relegarlo al olvido? ¿Llegaría, tal vez, un tiempo en que no lo sabrían? ¿En que no recordarían de qué mundo provenían o si había siquiera un mundo de origen?

—Doctor Fastolfe —exclamó súbitamente, en parte para librarse de unas reflexiones que empezaban a hacérsele opresivas—, aún no me ha dicho su motivo para destruir a Jander.

—¡Cierto! ¡No lo he hecho! Vamos a ver, señor Baley, ¿por qué supone que he trabajado tanto para elaborar la base teórica de los cerebros positrónicos de los robots humaniformes?

—Lo ignoro.

—Pues bien, piense. La cuestión es diseñar un cerebro robótico lo más parecido posible al cerebro humano y, en mi opinión, eso requiere un cierto talento poético. —Hizo una pausa y su leve sonrisa se hizo más amplia—. Algunos de mis colegas siempre se molestan cuando les digo que, si una conclusión no está poéticamente equilibrada, no puede ser científicamente cierta. Me dicen que no saben lo que eso significa.

Baley declaró:

—Me temo que yo tampoco lo sé.

—Pero yo sí. No puedo explicárselo, pero siento la explicación sin ser capaz de traducirla a palabras, y quizá por eso he alcanzado resultados que mis colegas no han podido alcanzar. Sin embargo, me vuelvo ampuloso, lo cual es un signo inequívoco de que debería volverme prosaico. Para imitar un cerebro humano, cuando no sé casi nada sobre el funcionamiento del cerebro humano, se requiere un salto intuitivo… algo que a mí me parece

poesía. Y el mismo salto intuitivo que me daría el cerebro positrónico humaniforme sin duda debería darme nuevos conocimientos sobre el propio cerebro humano. Ésa era mi creencia: que a través de la humaniformidad podría dar al menos un pequeño paso hacia la psicohistoria de la que le he hablado.

—Comprendo.

—Y si consiguiera elaborar una estructura teórica que desemboca en un cerebro positrónico humaniforme, necesitaría un cuerpo humaniforme donde implantarlo. Como comprenderá, el cerebro no existe por sí mismo. Actúa recíprocamente con el cuerpo, de modo que un cerebro humaniforme en un cuerpo no humaniforme se convertiría, hasta cierto punto, en no humano.

—¿Está seguro de eso?

—Absolutamente. Sólo tiene que comparar a Daneel con Giskard.

—¿Así que Daneel fue construido como objeto experimental para favorecer la comprensión del cerebro humano?

—Ha dado en el clavo. Trabajé dos décadas en esa labor con ayuda de Sarton. Tuvimos numerosos fracasos que hubieron de ser descartados. Daneel fue el primer éxito verdadero y, naturalmente, lo conservé como objeto de estudio y también por… —esbozó una sonrisa, como si admitiera una tontería— afecto. Al fin y al cabo, Daneel capta el concepto de deber humano, mientras que Giskard, con todas sus virtudes, tiene dificultades en hacerlo. Ya lo ha visto.

—¿Y la temporada que Daneel pasó conmigo en la Tierra, hace tres años, fue su primera misión?

—La primera de cierta importancia, sí. Cuando Sarton fue asesinado, necesitábamos algo que fuera un robot y resistiera las enfermedades infecciosas de la Tierra y, sin embargo, se pareciera lo bastante a un hombre para evitar los prejuicios antirrobóticos de los terrícolas.

—Es una asombrosa coincidencia que dispusieran de Daneel precisamente entonces.

—¿Oh? ¿Cree usted en las coincidencias? Yo opino que cuando quiera que se desarrollara un invento tan revolucionario como el robot humaniforme, surgiría alguna misión que requeriría su empleo.

Probablemente habían surgido de modo regular misiones similares durante los años en que Daneel no existía, y como Daneel no existía, tuvieron que emplearse otras soluciones y dispositivos.

—¿Y han tenido éxito sus esfuerzos, doctor Fastolfe? ¿Comprende ahora el cerebro humano mejor que antes?

Fastolfe había ido avanzando cada vez más lentamente y Baley había ido adaptando su paso al de su compañero. Ahora estaban parados, a medio camino entre el establecimiento de Fastolfe y el del otro. Era el punto más difícil para Baley, ya que estaba a la misma distancia de la protección en ambas direcciones, pero reprimió su creciente inquietud, decidido a no provocar a Giskard. No deseaba que un movimiento o un grito —o incluso una expresión— por su parte activara el molesto anhelo que Giskard tenía de salvarle. No quería que lo cogieran en brazos y lo llevaran al refugio más cercano.

Fastolfe no dio muestras de comprender la dificultad de Baley. Dijo:

—No cabe la menor duda de que se han hecho progresos en mentología. Quedan enormes problemas que resolver, y quizá nunca se resuelvan, pero se ha avanzado. Sin embargo…

—¿Sin embargo?

—Sin embargo, Aurora no se da por satisfecha con un estudio puramente teórico del cerebro humano. Se han sugerido empleos para los robots humaniformes que no apruebo.

—Como el empleo en la Tierra.

—No, ése fue un breve experimento que yo aprobé por completo e incluso me fascinó. ¿Podría Daneel engañar a los terrícolas? Resultó que sí, aunque, naturalmente, los terrícolas no tienen muy buena vista en lo que concierne a los robots. Daneel jamás engañaría a un aurorano, aunque me atrevo a asegurar que los futuros robots humaniformes estarán tan perfeccionados que podrán hacerlo. No obstante, se han propuesto otras misiones.

—¿Como cuáles?

Fastolfe miró pensativamente hacia la lejanía.

—Ya le he dicho que este mundo estaba domesticado. Cuando inicié mi movimiento para alentar un nuevo período de exploración y colonización,

no pensé en los supercómodos auroranos, o los espaciales en general, como posibles líderes. Más bien pensé en alentar a los terrícolas a ejercer el liderazgo. Con un mundo tan horrible, discúlpeme, y una vida tan corta, tienen tan poco que perder que sin duda acogerían con entusiasmo esa posibilidad, en especial si nosotros les ayudáramos tecnológicamente. Ya le hablé de esto cuando le vi en la Tierra hace tres años. ¿Lo recuerda? —Miró de soslayo a Baley.

Imperturbable, Baley contestó:

—Lo recuerdo muy bien. De hecho, la idea me gustó tanto que he promovido un pequeño movimiento en esa dirección.

—¿De veras? Me imagino que no sería fácil. Hay que tener en cuenta la claustrofilia de todos ustedes, y su resistencia a abandonar los muros que les rodean.

—Lo estamos combatiendo, doctor Fastolfe. Nuestra organización se propone salir al espacio. Mi hijo es un líder del movimiento y espero que llegará un día en que abandonará la Tierra a la cabeza de una expedición para colonizar un nuevo mundo. Si verdaderamente recibimos la ayuda tecnológica de la que usted habla… —Baley dejó la frase en suspenso.

—¿Si suministramos las naves, quiere decir?

—Y el resto del equipo. Sí, doctor Fastolfe.

—Hay dificultades. Muchos auroranos no quieren que los terrícolas salgan al espacio y colonicen nuevos mundos. Temen la rápida difusión de la cultura terrícola, sus ciudades-colmena, su caos. —Se movió con desasosiego y añadió—: ¿Por qué estamos aquí parados? Sigamos adelante.

Echó a andar despacio y dijo:

—Yo he sostenido que no ocurriría nada de eso. He señalado que los colonos de la Tierra no serían terrícolas al estilo clásico. No estarían encerrados en Ciudades. Al llegar a un nuevo mundo, serían como los Padres auroranos al llegar aquí. Desarrollarían un equilibrio ecológico controlable y su actitud sería más aurorana que terrícola.

—¿No desarrollarían, entonces, todas las debilidades que usted encuentra en la cultura espacial, doctor Fastolfe?

—Quizá no. Aprenderían de nuestros errores. Pero eso es en teoría, pues ha surgido algo que hace discutible el argumento.

—¿Y qué es?

—El robot humaniforme. Verá, hay quienes ven al robot humaniforme como el colonizador perfecto. Son ellos quienes pueden construir los nuevos mundos.

Baley objetó:

—Ustedes siempre han tenido robots. ¿Quiere decir que esta idea no se había propuesto con anterioridad?

—Oh, sí, pero siempre fue claramente inviable. Los robots no humaniformes ordinarios, sin una supervisión humana directa, construirían un mundo acorde con su propia naturaleza no humaniforme, y no podrían domesticar y construir un mundo adecuado para las mentes y los cuerpos más delicados y flexibles de los seres humanos.

—El mundo que construirían seguramente serviría como una primera aproximación razonable.

—Seguramente, señor Baley. Sin embargo, y como una muestra de la decadencia aurorana, nuestro pueblo considera que una primera aproximación razonable es irrazonablemente insuficiente. Por el contrario, un grupo de robots humaniformes, lo más parecidos posible a los seres humanos de cuerpo y de mente, lograrían construir un mundo que, al convenirles a ellos, también convendría inevitablemente a los auroranos. ¿Comprende el razonamiento?

—Perfectamente.

—Así pues, construirían un mundo tan perfecto, que cuando hubieran acabado y los auroranos estuvieran finalmente dispuestos a marcharse, nuestros seres humanos saldrían de Aurora para ir a otra Aurora. No habrían abandonado su hogar; sólo tendrían uno nuevo, exactamente igual que el anterior, donde continuar su decadencia. ¿Comprende también este razonamiento?

—Comprendo su enfoque de la cuestión, pero deduzco que los auroranos no lo hacen.

—Quizá no lo hagan. Creo que puedo defender eficazmente mis convicciones, si la oposición no arruina mi carrera política con este asunto de la destrucción de Jander. ¿Ve el motivo que se me atribuye? Me acusan de haberme embarcado en un programa de destrucción de robots

humaniformes para impedir que sean utilizados en la colonización de otros planetas. O eso afirman mis enemigos.

Ahora fue Baley quien dejó de andar. Miró pensativamente a Fastolfe y dijo:

—Comprenderá, doctor Fastolfe, que a la Tierra le interesa el triunfo de su punto de vista.

—Y a usted también, señor Baley.

—Y a mí. Pero aun sin pensar en mí por un momento, sigue siendo vital para mi mundo que nuestro pueblo sea autorizado, alentado y ayudado a explorar la Galaxia; que conservemos nuestras propias costumbres; que no seamos condenados a una reclusión eterna en la Tierra, ya que allí sólo podemos perecer.

Fastolfe observó:

—Algunos de ustedes, creo yo, insistirán en permanecer recluidos.

—Naturalmente. Quizá lo hagan casi todos. Sin embargo, al menos algunos de nosotros, tantos como sea posible, huiremos de allí en cuanto nos den permiso.

»Por lo tanto es mi deber, no sólo como representante de la ley de una gran fracción de la humanidad, sino como terrícola normal y corriente, ayudarle a limpiar su nombre, sea culpable o inocente. De todos modos, sólo puedo lanzarme con entusiasmo a esta labor si sé que, realmente, las acusaciones contra usted son injustificadas.

—¡Naturalmente! Lo comprendo.

—Entonces, en vista de lo que me ha contado sobre el motivo que se le atribuye, asegúreme una vez más que usted no lo hizo.

Fastolfe respondió:

—Señor Baley, me doy perfecta cuenta de que no tiene alternativa en este asunto. Sé muy bien que puedo decirle, con toda impunidad, que soy culpable y que usted seguiría estando obligado por la naturaleza de sus necesidades y las de su mundo a trabajar conmigo para encubrir el hecho. En realidad, si yo fuera verdaderamente culpable, me sentiría obligado a decírselo, para que tomara ese hecho en consideración y, sabiendo la verdad, trabajara más eficazmente para rescatarme… y rescatarse a sí mismo. Pero no puedo hacerlo, porque la verdad es que soy inocente. Por

mucho que las apariencias estén contra mí, yo no destruí a Jander. Jamás se me había ocurrido tal cosa.

—¿Jamás?

Fastolfe sonrió tristemente.

—Oh, quizá haya pensado una o dos veces que Aurora habría estado mejor si yo nunca hubiese elaborado los ingeniosos conceptos que condujeron al desarrollo del cerebro positrónico humaniforme, o que sería mejor que esos cerebros demostraran ser inestables o estar fácilmente sujetos a paralizaciones mentales. Pero sólo fueron pensamientos fugaces. Ni por una milésima de segundo pensé en llevar a cabo la destrucción de Jander por esta razón.

—Entonces, debemos destruir este motivo que le atribuyen.

—Bien. Pero ¿cómo?

—Podríamos demostrar que no tiene ningún objeto. ¿De qué sirve destruir a Jander? Pueden construirse más robots humaniformes. Miles. Millones.

—Me temo que no es así, señor Baley. No puede construirse ninguno. Sólo yo sé cómo diseñarlos, y, mientras la colonización robótica sea un posible destino, me niego a construir más. Jander se ha ido y sólo queda Daneel.

—Otros descubrirán el secreto.

Fastolfe alzó la barbilla.

—Me gustaría ver al robótico capaz de eso. Mis enemigos han fundado un Instituto de Robótica sin más propósito que desarrollar los métodos que existen tras la construcción de un robot humaniforme, pero no lo lograrán. No lo han logrado hasta ahora y sé que no lo lograrán.

Baley frunció el ceño.

—Si usted es el único hombre que conoce el secreto de los robots humaniformes, y sus enemigos están desesperados por saberlo, ¿no intentarán arrancárselo?

—Por supuesto. Amenazando mi existencia política, tal vez provocando algún castigo que me impida trabajar en ese campo, con lo cual también pondrían fin a mi existencia profesional, esperan inducirme a compartir el secreto con ellos. Incluso pueden hacer que la Asamblea Legislativa me

ordene compartir el secreto bajo pena de confiscación de bienes, reclusión… ¿quién sabe qué? Sin embargo, estoy decidido a sufrirlo todo —todo— antes que ceder. Pero no quiero tener que hacerlo, como es lógico.

—¿Conocen ellos su determinación de resistir?

—Eso espero. Se los he dicho con toda claridad. Seguramente piensan que es una baladronada, que no hablo en serio. Pero se equivocan.

—Pero si le creen, pueden tomar medidas más graves.

—¿A qué se refiere?

—Pueden robarle sus documentos. Secuestrarle. Torturarle.

Fastolfe lanzó una estrepitosa carcajada y Baley enrojeció. Dijo:

—Detesto hablar como en un melodrama, pero ¿ha tomado en cuenta esa posibilidad?

Fastolfe contestó:

—Señor Baley… En primer lugar, mis robots pueden protegerme. Sería necesaria una guerra a gran escala para capturarme o adueñarse de mi trabajo. Segundo, aunque se las arreglaran de algún modo para conseguirlo, ninguno de los robóticos contrarios a mí se atrevería a confesar que sólo podrá obtener el secreto del cerebro positrónico humaniforme robándomelo o arrancándomelo por la fuerza. Su reputación profesional quedaría arruinada. Tercero, esas cosas son impensables en Aurora. El más leve indicio de atentado poco ético contra mí haría que la Asamblea Legislativa, y la opinión pública, se inclinara en mi favor.

—¿Es eso cierto? —murmuró Baley, maldiciendo el hecho de tener que trabajar en una sociedad cuyos detalles no entendía.

—Sí. Fíese de mi palabra. Ojalá intentaran algo tan melodramático. Ojalá fueran tan increíblemente estúpidos para hacerlo. De hecho, señor Baley, me gustaría poder persuadirle de que se mezclara con ellos, ganara su confianza, y les incitara a atacar mi establecimiento o asaltarme en un camino solitario… o cualquiera de esas cosas que, al parecer, son frecuentes en la Tierra.

Baley repuso con dignidad:

—No creo que ése sea mi estilo.

—Yo tampoco lo creo de modo que ni siquiera intentaré llevar a cabo mis deseos. Y le aseguro que es una lástima, porque si no podemos

persuadirles de que recurran al suicida método de la fuerza, harán algo mucho mejor, desde su punto de vista. Me destruirán por medio de falsedades.

—¿Qué falsedades?

—La destrucción de un robot no es lo único que me imputan. Eso ya es bastante grave y sería suficiente. Murmuran, por ahora sólo es un murmullo, que la muerte únicamente es un experimento mio y muy peligroso, por cierto. Murmuran que estoy elaborando un sistema para destruir cerebros humaniformes con rapidez y eficacia, a fin de que cuando mis enemigos creen sus propios robots humaniformes, yo, junto con los miembros de mi equipo, pueda destruirlos todos, impidiendo así que Aurora colonice nuevos mundos y dejando la Galaxia a mis aliados terrícolas.

—Sin duda no puede haber nada de verdad en esto.

—Claro que no. Ya le he dicho que son mentiras. Y mentiras ridículas, además. Ese método de destrucción no es siquiera teóricamente posible, y los del Instituto de Robótica no están a punto de crear sus propios robots humaniformes. Yo no puedo entregarme a una orgía de destrucción en masa aunque quisiera. No puedo.

—¿Significa eso que todo caerá por su propio peso?

—Desgraciadamente, no es probable que lo haga a tiempo. Quizá sea una patraña absurda, pero seguramente durará lo bastante para inclinar la opinión pública en contra mía hasta el punto de generar votos suficientes en la Asamblea Legislativa para derrotarme. A la larga, se reconocerá que es una patraña, pero entonces será demasiado tarde. Y dese cuenta de que la Tierra está siendo utilizada como cabeza de turco en todo este asunto. La acusación de que trabajo a favor de la Tierra es muy grave y muchos optarán por creerlo, a pesar de su buen juicio, debido a su aversión por la Tierra y los terrícolas.

Baley concretó:

—Lo que me está diciendo es que se está creando un resentimiento activo contra la Tierra.

Fastolfe contestó:

—Exactamente, señor Baley. La situación se agrava día a día para mí, y para la Tierra, y tenemos muy poco tiempo.

—Pero ¿no hay algún modo de echar por tierra esas acusaciones? —(Baley, abatido, decidió que ya era hora de recurrir al argumento de Daneel)—. Si usted estuviera tan ansioso por probar un método para la destrucción de un robot humaniforme, ¿por qué escoger uno de otro establecimiento, uno con el que quizá sería incómodo experimentar? Tenía a Daneel en su propio establecimiento. Estaba a mano y no presentaba ningún inconveniente. ¿No habría realizado el experimento con él si hubiera algo de verdad en el rumor?

—No, no —dijo Fastolfe—. Jamás lograría convencer a nadie de esto. Daneel fue mi primer éxito, mi triunfo. No le destruiría bajo ninguna circunstancia. Sin duda alguna, me volvería hacia Jander. Cualquiera se daría cuenta de eso y sería un tonto si intentara convencerles de que habría sido más lógico sacrificar a Daneel.

Habían echado a andar nuevamente, y estaban aproximándose a su punto de destino. Baley guardaba silencio, con los labios apretados.

Fastolfe preguntó:

—¿Cómo se siente, señor Baley?

Baley contestó en voz baja:

—En lo que se refiere al Exterior, ni siquiera soy consciente de él. En lo que se refiere a nuestro dilema, creo que estoy tan cerca de darme por vencido como es posible estar sin entrar voluntariamente en una cámara ultrasónica de desintegración cerebral. —Luego añadió con apasionamiento—: ¿Por qué me envió a buscar, doctor Fastolfe? ¿Por qué me ha encomendado este trabajo? ¿Qué le he hecho yo para que me trate así?

—En realidad —dijo Fastolfe—, no fue idea mía y sólo puedo alegar mi desesperación.

—Entonces, ¿de quién fue la idea?

—La persona que vive en este establecimiento al que acabamos de llegar fue quien lo sugirió… y a mí no se me ocurrió nada mejor.

—¿La persona que vive en este establecimiento? ¿Por qué iba él a…?

—Ella.

—Bueno, pues, ¿por qué iba ella a sugerir tal cosa?

—¡Oh! No le he dicho que ella le conoce, ¿verdad, señor Baley? Ahí está, esperándonos.

Baley levantó los ojos, perplejo.
—Jehoshaphat —murmuró.

6. GLADIA

23

La mujer que estaba ante ellos dijo con una leve sonrisa:

—Sabía que cuando volviera a verte, Elijah, ésta sería la primera palabra que oiría.

Baley la miró fijamente. Había cambiado. Llevaba el cabello más corto y su cara reflejaba incluso más inquietud que dos años antes y, por alguna razón, parecía más de dos años mayor. Sin embargo, seguía siendo inequívocamente Gladia. Aún tenía la cara triangular, con los pómulos pronunciados y la barbilla pequeña. Aún era baja, aún era delgada, aún tenía un aspecto vagamente infantil.

Había soñado a menudo con ella —aunque no de un modo abiertamente erótico— tras regresar a la Tierra. Sus sueños siempre giraban en torno a su incapacidad de alcanzarla del todo. Siempre estaba allí, un poco demasiado lejos para hablarle fácilmente. Nunca le oía cuando la llamaba. Nunca estaba más cerca aunque él se aproximara.

No era difícil comprender por qué los sueños habían sido así. Ella era una persona nacida en Solaria y, como tal, raramente estaba en la presencia física de otros seres humanos.

Elijah le había sido prohibido porque era humano —y aparte de eso (naturalmente) porque procedía de la Tierra—. Aunque las exigencias del caso de asesinato que estaba investigando les forzaron a encontrarse, ella se mantuvo cubierta a lo largo de sus relaciones, cuando estaban físicamente juntos, para evitar el contacto efectivo. Sin embargo, en su último encuentro

y desafiando a todo buen sentido, le tocó fugazmente la mejilla con la mano desnuda. Sin duda sabía que eso podía contaminarla. Baley apreció más la caricia, pues todos los aspectos de su educación solariana contribuían a hacerla impensable.

Los sueños se habían desvanecido con el tiempo.

Baley dijo, bastante estúpidamente:

—Eras tú quien poseías el…

Hizo una pausa y Gladia terminó la frase en su lugar.

—El robot. Y hace dos años, era yo quien poseía el marido. Destruyo todo lo que toco.

Sin saber realmente lo que hacía, Baley alzó una mano para llevársela a la mejilla. Gladia pareció no advertirlo.

Dijo:

—Aquella primera vez acudiste en mi ayuda. Perdóname, pero tenía que recurrir nuevamente a ti… Entra, Elijah. Entre, doctor Fastolfe.

Fastolfe retrocedió para ceder el paso a Baley. Le siguió. Luego entraron Daneel y Giskard, y ellos, con la discreción característica de los robots, se dirigieron a unos huecos vacíos que había en la pared en lados opuestos y permanecieron silenciosamente en pie, de espaldas a la pared.

Por un momento, pareció que Gladia iba a tratarlos con la indiferencia que los seres humanos solían mostrar hacia los robots. Sin embargo, tras echar una ojeada a Daneel, se volvió y dijo a Fastolfe con voz ahogada:

—Ése. Por favor. Pídale que se marche.

Con un ligero movimiento de sorpresa, Fastolfe preguntó:

—¿Daneel?

—¡Es demasiado… demasiado parecido a Jander!

Fastolfe se volvió a mirar a Daneel y una expresión de evidente dolor le contrajo momentáneamente el rostro.

—Por supuesto, querida. Debes perdonarme. No se me había ocurrido… Daneel, ve a otra habitación y quédate allí mientras estemos aquí.

Sin una palabra, Daneel salió.

Gladia miró un momento a Giskard, como para ver si también él se parecía demasiado a Jander, y luego se volvió con un ligero encogimiento de hombros.

Dijo:

—¿Les apetece algún refresco? Tengo una excelente bebida de coco, natural y fría.

—No, Gladia —contestó Fastolfe—. Yo me he limitado a traer al señor Baley como te prometí que haría. No me quedaré mucho rato.

—Si puedo tomar un vaso de agua —pidió Baley—, no te molestaré con nada más.

Gladia levantó una mano. Indudablemente estaba siendo observada, pues al cabo de un momento apareció un robot con un vaso de agua en una bandeja y un plato de algo semejante a unas galletas con un bulto rosado sobre cada una.

Baley no pudo evitar tomar una, aunque no estaba seguro de lo que podía ser. Tenía que ser algo originario de la Tierra, pues no creía que en Aurora, él —o cualquier otro— comiera una porción de la escasa biota natural del planeta, o bien algo sintético. No obstante, los derivados de las especies alimenticias terrícolas podían cambiar con el tiempo, fuese a través de un cultivo deliberado o por la acción de un medio ambiente extraño, y el mismo Fastolfe lo había confirmado, a la hora del almuerzo, al declarar que la comida aurorana tenía un sabor al que había que estar acostumbrado.

Quedó agradablemente sorprendido. El sabor era fuerte y picante, pero lo encontró delicioso y casi en seguida cogió otra galleta. Dio las gracias al robot (que de lo contrario habría permanecido allí indefinidamente) y cogió todo el plato, así como el vaso de agua.

El robot salió.

La tarde tocaba a su fin y los rojizos rayos del sol entraban por las ventanas orientadas hacia el oeste. Baley tuvo la impresión de que aquella casa era más pequeña que la de Fastolfe, pero habría sido más alegre si la triste figura de Gladia no hubiese provocado un efecto desalentador.

Naturalmente, eso podía ser imaginación de Baley. La alegría, en todo caso, le parecía imposible en una estructura que pretendía ser una casa y proteger a los seres humanos y, sin embargo, permanecía expuesta al Exterior tras cada pared. Ni una sola pared, pensó, tenía el calor de la vida humana al otro lado. No podía mirarse en ninguna dirección en busca de

compañía y comunidad. Tras cada una de las paredes exteriores, todos los lados, el suelo y el techo, estaba el mundo inanimado. ¡Frío! ¡Frío!

Y la frialdad envolvió al propio Baley cuando volvió a pensar en el dilema en que se encontraba. (Por un momento, la sorpresa de ver nuevamente a Gladia lo había alejado de su mente).

Gladia dijo:

—Vamos. Siéntate, Elijah. Debes disculparme por no ser enteramente yo misma, por segunda vez, soy el centro de una sensación planetaria… y la primera fue más que suficiente.

—Lo comprendo, Gladia. Te ruego que no te disculpes —contestó Baley.

—Y en cuanto a usted, querido doctor, le ruego que no se sienta obligado a marcharse.

—Bueno… —Fastolfe lanzó una mirada a la banda horaria de la pared —. Me quedaré un rato, pero luego, querida, tendré que volver al trabajo sin más dilaciones. Debo hacerlo, en especial si se me prohíbe ejercer toda actividad profesional en un futuro próximo.

Gladia parpadeó con rapidez, como para contener las lágrimas.

—Lo sé, doctor Fastolfe. Se encuentra en una posición muy delicada por lo… lo que sucedió aquí y yo no parezco tener tiempo para pensar en nada más que mi propia… inquietud.

Fastolfe declaró:

—Haré todo lo posible para solucionar mi propio problema, Gladia, y no hay necesidad de que tú te sientas culpable por lo ocurrido… Quizás el señor Baley pueda ayudarnos a los dos.

Baley apretó los labios al oír estas palabras, y luego dijo con abatimiento:

—No sabía, Gladia, que estuvieras implicada de algún modo en este asunto.

—¿Cómo no iba a estarlo? —respondió ella con un suspiro.

—¿Es, era, Jander Panell de tu propiedad?

—No exactamente. El doctor Fastolfe me lo había prestado.

—¿Estabas con él cuando…? —Baley dudó respecto a la mejor manera de expresarlo.

—¿Cuándo murió? ¿No podríamos decir que murió? No, no estaba con él. Y antes de que lo preguntes, no había nadie más en la casa en aquel momento. Estaba sola. Estoy sola con frecuencia. Casi siempre. Es mi educación solariana, ¿recuerdas? Claro que no es obligatorio. Vosotros dos estáis aquí y a mí no me importa… mucho.

—¿Y no hay ninguna duda de que estabas sola en el momento que Jander murió? ¿Es absolutamente seguro?

—Ya te lo he dicho —replicó Gladia, un poco irritada—. No, no importa, Elijah. Sé que debes cerciorarte de todos los detalles. Estaba sola. De veras.

—Sin embargo, había robots presentes.

—Sí, por supuesto. Cuando digo «sola», me refiero a que no había otros seres humanos presentes.

—¿Cuántos robots tienes, Gladia? Sin contar a Jander.

Gladia hizo una pausa como si contara mentalmente. Al fin dijo:

—Veinte. Cinco en la casa y quince en el jardín. Los robots van y vienen libremente de mi casa a la del doctor Fastolfe, al igual que los suyos, de modo que no siempre es posible juzgar, cuando se ve rápidamente a un robot en cualquiera de los dos establecimientos, si es uno mío o uno de él.

—Ah —dijo Baley—, y ya que el doctor Fastolfe tiene cincuenta y siete robots en su establecimiento, eso significa que, entre los dos, hay un total de setenta y siete robots disponibles. ¿Hay otros establecimientos cuyos robots puedan mezclarse inadvertidamente con los vuestros?

Fastolfe contestó:

—No hay ningún otro establecimiento lo bastante cerca para eso. Y la práctica de mezclar robots no es muy corriente. Gladia y, yo somos un caso especial porque ella no es aurorana y porque yo me siento… responsable de ella.

—Aun así. Setenta y siete robots —dijo Baley.

—Sí —admitió Fastolfe—, pero ¿por qué se empeña en destacar este hecho?

Baley repuso:

—Porque significa que tienen hasta setenta y siete objetos móviles, todos ellos con forma vagamente humana, a los que están acostumbrados a

ver de refilón y a los que no prestarían particular atención. ¿No es posible, Gladia, que si un verdadero ser humano se introdujera en la casa, con el propósito que fuera, tú no lo advertirías? Sería otro objeto móvil, de forma vagamente humana, y no le prestarías atención.

Fastolfe se rió entre dientes y Gladia, sin sonreír siquiera, meneó la cabeza.

—Elijah —dijo—, cualquiera puede ver que tú eres un terrícola. ¿Te imaginas que algún ser humano, incluso el doctor Fastolfe aquí presente, podría acercarse a mi casa sin que mis robots me informaran de ello? Yo podría pasar por alto una forma móvil, tomándola por un robot, pero un robot jamás lo haría. Ahora mismo estaba esperándoos cuando habéis llegado, pero sólo porque mis robots me habían informado de que os acercabais. No, no, cuando Jander murió, no había ningún otro ser humano en la casa.

—¿Excepto tú?

—Excepto yo. Igual que no había nadie en la casa excepto yo cuando mataron a mi marido.

Fastolfe intervino dulcemente:

—Hay una diferencia, Gladia. Tu marido fue asesinado con un objeto contundente. La presencia física del asesino era necesaria, y si tú eras la única persona que estaba presente, eso era muy grave. En este caso, Jander fue inutilizado por medio de un sutil programa hablado. La presencia física no era necesaria. El hecho de que estuvieras sola en la casa no significa nada, en especial porque no sabes bloquear la mente de un robot humaniforme.

Ambos se volvieron a mirar a Baley. Fastolfe con una expresión irónica, y Gladia con aire triste. (A Baley le irritó que Fastolfe, cuyo futuro era tan sombrío como el suyo propio, pareciese afrontarlo con humor). «¿Qué tiene la situación de gracioso para hacer reír a alguien como un idiota?», pensó Baley con acritud.

—La ignorancia —declaró lentamente— puede no significar nada. Una persona puede no saber cómo ir a un cierto lugar y, sin embargo, puede darse la casualidad de que llegue a él andando a ciegas. Uno podría hablar con Jander y, sin saberlo, pulsar el botón del bloqueo mental.

Fastolfe preguntó:

—¿Y cuáles son las posibilidades de que eso ocurra?

—Usted es el experto, doctor Fastolfe, y supongo que me dirá que son muy pocas.

—Casi nulas. Una persona puede no saber cómo ir a un cierto lugar, pero si el único camino es una serie de cuerdas flojas tendidas en direcciones que cambian bruscamente, ¿qué posibilidades tiene de encontrarlo si anda a ciegas?

Las manos de Gladia temblaron con gran agitación. Apretó los puños, como si quisiera inmovilizarlas, y las bajó hasta apoyarlas en las rodillas.

—Yo no lo hice, accidentalmente o no. No estaba con él cuando sucedió. No estaba. Hablé con él por la mañana. Estaba bien, totalmente normal. Horas más tarde, cuando le llamé, no acudió. Fui a buscarle y estaba en su lugar habitual, con aspecto normal. Lo malo fue que no me respondió. No me respondió en absoluto. No ha vuelto a responder desde entonces.

Baley preguntó:

—¿No es posible que algo de lo que le habías dicho, totalmente de pasada, produjera el bloqueo mental después de que le dejaras… una hora después, por ejemplo?

Fastolfe intervino con viveza:

—Es completamente imposible, señor Baley. Si ha de producirse un bloqueo mental, se produce en seguida. Haga el favor de no importunar a Gladia de este modo. Ella es incapaz de originar deliberadamente un bloqueo mental, y es impensable que lo originara de modo accidental.

—¿No es impensable que fuera ocasionado por un desplazamiento positrónico, como usted dice que tuvo que ocurrir?

—No tanto.

—Ambas alternativas son sumamente improbables. ¿Cuál es la diferencia en improbabilidades?

—Muy grande. Me imagino que un bloqueo mental por desplazamiento positrónico tiene una probabilidad de 1 entre 1012; por inducción accidental, de 1 entre 10100. No es más que un cálculo, pero muy

razonable. La diferencia es mayor que la existente entre un solo electrón y todo el Universo, y está a favor del desplazamiento positrónico.

Hubo un silencio.

Baley señaló:

—Doctor Fastolfe, antes ha dicho que no podría quedarse mucho rato.

—Ya me he quedado demasiado.

—Bien. Entonces, ¿por qué no se marcha?

Fastolfe empezó a levantarse, y luego preguntó:

—¿Por qué?

—Porque quiero hablar con Gladia a solas.

—¿Para importunarla?

—Debo interrogarla sin que usted intervenga continuamente. Nuestra situación es demasiado grave para preocuparnos por la cortesía.

Gladia declaró:

—No tengo miedo del señor Baley, querido doctor —añadió con melancolía—: Mis robots me protegerán si su descortesía resulta excesiva.

Fastolfe sonrió y contestó:

—Muy bien, Gladia. —Se levantó y le alargó la mano. Ella se la estrechó brevemente. Él dijo:

—Me gustaría que Giskard permaneciera aquí por razones de protección general… y Daneel continuará en la otra habitación, si no te importa. ¿Podrías prestarme uno de tus robots para que me escolte hasta mi establecimiento?

—Por supuesto —accedió Gladia, alzando los brazos—. Creo que ya conoces a Pandion.

—¡Naturalmente! Una escolta muy de fiar. —Salió, seguido de cerca por el robot.

Baley esperó, observando a Gladia, examinándola. Permanecía inmóvil, con los ojos fijos en las manos, que tenía unidas en el regazo.

Baley estaba seguro de que no se lo había dicho todo. Ignoraba cómo podría persuadirla a hablar, pero también estaba seguro de otra cosa. Mientras Fastolfe estuviera allí, no diría toda la verdad.

Finalmente Gladia levantó los ojos; y su rostro parecía el de una niña. Preguntó en voz baja:

—¿Cómo estás, Elijah? ¿Cómo te encuentras?

—Bastante bien, Gladia.

Ella añadió:

—El doctor Fastolfe me dijo que te traería aquí por el exterior y que procuraría hacerte esperar un rato en el peor lugar.

—¿Oh? ¿Con qué fin? ¿Por simple diversión?

—No, Elijah. Yo le había contado cómo reaccionabas al aire libre. ¿Recuerdas aquella vez que te desmayaste y te caíste al estanque?

Elijah meneó la cabeza rápidamente. No podía negar el suceso ni su recuerdo de él, pero tampoco aprobó la referencia. Dijo con aspereza:

—Ahora ya no soy así. He mejorado.

—Pero el doctor Fastolfe dijo que te sometería a una prueba. ¿Ha ido todo bien?

—Bastante bien. No me he desmayado. —Recordó el episodio a bordo de la astronave durante la aproximación a Aurora y los dientes le rechinaron levemente. Aquello fue distinto y no había necesidad de explicarlo.

Cambiando deliberadamente de tema, preguntó:

—¿Cómo te llamo aquí? ¿Cómo me dirijo a ti?

—Has estado llamándome Gladia.

—Quizá sea inadecuado. Podría llamarte señora Delmarre, pero tal vez hayas…

Ella se sobresaltó y le interrumpió vivamente:

—No he usado ese nombre desde que llegué aquí. No lo uses tú tampoco, por favor.

—Entonces, ¿cómo te llaman los auroranos?

—Gladia Solaria, pero eso es sólo para indicar que soy extranjera y tampoco me gusta. Soy simplemente Gladia. Un nombre. No es un nombre aurorano y dudo que haya otro en este planeta, de modo que es suficiente. Yo seguiré llamándote Elijah, si no te importa.

—No me importa.

Gladia dijo:

—Me gustaría servir el té. —Fue una aseveración y Baley asintió. Comentó:

—No sabía que los espaciales bebieran té.

—No es el té de la Tierra. Se trata de un extracto vegetal que es agradable pero no se considera perjudicial en ningún sentido. Lo llamamos té.

Levantó el brazo y Baley observó que la manga se mantenía ajustada a su muñeca y que unos finos guantes de color carne le recubrían las manos. Seguía exponiendo el mínimo de superficie corporal en su presencia. Seguía reduciendo al mínimo la posibilidad de infección.

Su brazo permaneció un momento en el aire y, al cabo de unos momentos, apareció un robot con una bandeja. Ése era incluso más primitivo que Giskard, pero distribuyó con eficiencia las tazas de té, los pequeños emparedados y las porciones individuales de pastel. Sirvió el té con gran desenvoltura.

Baley preguntó con curiosidad:

—¿Cómo lo haces, Gladia?

—¿Cómo hago qué, Elijah?

—Levantas un brazo siempre que quieres algo y el robot siempre sabe qué es. ¿Cómo ha sabido éste que querías el té?

—No es difícil. Cada vez que levanto el brazo, éste distorsiona un pequeño campo electromagnético que hay en la habitación. Las distintas posiciones de mi mano y mis dedos producen distintas distorsiones que mis robots pueden interpretar como órdenes. Sólo lo utilizo para órdenes sencillas: ¡Ven aquí! ¡Trae té!, y cosas por el estilo.

—No he observado que el doctor Fastolfe usara este sistema en su establecimiento.

—No es un sistema realmente aurorano. Es el que utilizamos en Solaria y yo estoy acostumbrada a él. Además, siempre tomo el té a esta hora. Borgraf lo espera.

—¿Éste es Borgraf? —Baley miró al robot con cierto interés, consciente de que antes sólo le había echado una ojeada. La familiaridad daba paso rápidamente a la indiferencia. Otro día y ni siquiera se fijaría en los robots.

Éstos evolucionarían a su alrededor sin ser vistos y las tareas parecerían hacerse solas.

Sin embargo, no quería dejar de fijarse en ellos. Quería que ellos dejaran de estar allí. Dijo:

—Gladia, quiero estar solo contigo. Sin robots… Giskard, ve a reunirte con Daneel. Puedes montar guardia desde allí.

—Sí, señor —contestó Giskard, súbitamente alertado por el sonido de su nombre. Gladia parecía divertida.

—Los terrícolas sois muy extraños. Sé que tenéis robots en la Tierra, pero no pareces saber tratarlos. Les gritas las órdenes, como si fueran sordos.

Se volvió hacia Borgraf y dijo en voz baja:

—Borgraf, ninguno de vosotros tiene que entrar en la habitación hasta que os llamemos. No nos interrumpáis si no es en caso de una emergencia clara e inmediata.

Borgraf contestó:

—Sí, señora. —Retrocedió, echó una ojeada a la mesa como para asegurarse de que no había omitido nada, se volvió y salió de la habitación.

Ahora fue Baley quien se sintió divertido. Gladia había hablado en voz baja, pero su tono había sido tan tajante como el de un sargento mayor dirigiéndose a un recluta. Por otra parte, ¿de qué se sorprendía? Sabía muy bien que era más fácil ver las faltas de los demás que las propias.

Gladia dijo:

—Ya estamos solos, Elijah. Incluso los robots se han marchado.

Baley preguntó:

—¿No tienes miedo de estar sola conmigo?

Lentamente, ella meneó la cabeza, en señal negativa.

—¿Por qué iba a tenerlo? Un brazo levantado, un gesto, un grito de alarma, y varios robots se presentarían al momento. No hay ninguna razón para que nadie tema a otro ser humano en un mundo espacial. Esto no es la Tierra. De todos modos, ¿por qué lo preguntas?

—Porque hay otros temores aparte de los físicos. Yo no te sometería a ninguna clase de violencia ni te maltrataría físicamente de ninguna manera. Pero ¿no temes mi intervención y lo que pueda descubrir acerca de ti?

Recuerda que esto tampoco es Solaria. En Solaria me compadecí de ti y luché con todas mis fuerzas para demostrar tu inocencia.

Ella preguntó en voz baja:

—¿Y ahora no te compadeces de mí?

—Esta vez no se trata de un marido muerto. Tú no eres sospechosa de asesinato. Sólo se trata de un robot que ha sido destruido y, que yo sepa, no eres sospechosa de nada. Mi problema es el doctor Fastolfe. Es de la mayor importancia para mí, por razones que no vienen al caso, que pueda demostrar su inocencia. Si el proceso resulta ser perjudicial para ti, yo no podré evitarlo. No pienso desviarme de mi camino para ahorrarte sufrimientos. Es justo que te lo diga.

Ella irguió la cabeza y le miró a los ojos con arrogancia.

—¿Por qué iba a haber algo perjudicial para mí?

—Quizá logremos averiguarlo —respondió Baley fríamente—. Ahora que el doctor Fastolfe no está aquí para interferir. —Pinchó uno de los pequeños emparedados con un tenedor (no tenía objeto cogerlo con los dedos y privar quizás a Gladia de todos los demás), lo trasladó a su plato, se lo metió en la boca y luego tomó un sorbo de té.

Ella le imitó emparedado por emparedado, sorbo por sorbo. Si él iba a mostrarse frío, ella también, al parecer.

—Gladia —dijo Baley—, es importante que sepa, exactamente, la relación que existe entre tú y el doctor Fastolfe. Vives cerca de él y los dos formáis virtualmente una sola comunidad robótica. Él está preocupado por ti. No ha hecho ningún esfuerzo para defender su propia inocencia, aparte de declarar que es inocente, pero te defiende a ti con todas sus fuerzas en cuanto yo endurezco mi interrogatorio.

Gladia esbozó una sonrisa.

—¿Qué sospechas, Elijah?

Baley contestó:

—No me respondas con evasivas. No quiero sospechar. Quiero saber.

—¿Te ha mencionado el doctor Fastolfe a Fanya?

—Sí, en efecto.

—¿Le has preguntado si Fanya es su esposa o simplemente su compañera? ¿Si tiene hijos?

Baley se movió con desasosiego. Naturalmente, podría haber formulado dichas preguntas. Sin embargo, en las estrecheces de la superpoblada Tierra, la intimidad era muy apreciada, precisamente porque casi había perecido. En la Tierra era virtualmente imposible no conocer todos los hechos sobre los asuntos familiares de los demás, de modo que uno nunca preguntaba y simulaba ignorancia. Era un engaño mantenido universalmente.

En Aurora, por supuesto, no regían las costumbres de la Tierra y, sin embargo, Baley se había guiado automáticamente por ellas. ¡Estúpido!

Baley confesó:

—Aún no lo he preguntado. Dímelo.

Gladia explicó:

—Fanya es su esposa. Ha estado casado varias veces, consecutivas, claro, aunque el matrimonio simultáneo para alguno o ambos sexos no es algo inaudito en Aurora. —El leve desagrado con que lo dijo dio paso a una defensa igualmente leve—. En Solaria lo es.

»Sin embargo, el actual matrimonio del doctor Fastolfe probablemente se disolverá pronto. Entonces ambos serán libres de contraer nuevas uniones, aunque es frecuente que alguna o ambas partes no espere a la disolución para hacerlo… No digo que comprenda esta manera indiferente de tratar la cuestión, Elijah, pero así es cómo los auroranos establecen sus relaciones. Por lo que yo sé, el doctor Fastolfe es bastante escrupuloso. Siempre mantiene un matrimonio u otro y no busca nada fuera de él. En Aurora esto se considera anticuado y bastante tonto.

Baley asintió.

—Había deducido algo así por mis lecturas. Tengo entendido que el matrimonio tiene lugar cuando hay la intención de tener hijos.

—En teoría es así, pero hoy en día apenas nadie se toma eso en serio. El doctor Fastolfe ya tiene dos hijos y no puede tener más, pero se vuelve a casar y solicita un tercero. Naturalmente se lo deniegan, y él lo sabe. Algunas personas ni siquiera se molestan en solicitarlo.

—Entonces, ¿por qué molestarse en casarse?

—El matrimonio implica ciertas ventajas sociales. Es bastante complicado y, como no soy aurorana, no estoy segura de comprenderlo.

—Bueno, no importa. Háblame de los hijos del doctor Fastolfe.

—Tiene dos hijas de dos madres distintas. Ninguna de las madres fue Fanya, por supuesto. No tiene hijos varones. Cada una de las hijas fue incubada en el seno materno, como es costumbre en Aurora. Ahora ya son adultas y tienen sus propios establecimientos.

—¿Está unido a sus hijas?

—No lo sé. Nunca habla de ellas. Una es roboticista y supongo que él tiene que estar en contacto con su trabajo. Creo que la otra ha presentado su candidatura para un puesto en el consejo de una de las ciudades o que ya lo ha conseguido. No lo sé exactamente.

—¿Sabes si existen tensiones familiares?

—Me parece que no, pero eso no quiere decir nada, Elijah. Que yo sepa, está en buenas relaciones con todas sus esposas anteriores. Ninguna de las disoluciones se llevó a cabo con malos modos. En primer lugar, el doctor Fastolfe no es esa clase de persona. No me lo imagino acogiendo algo con nada más extremo que un bondadoso suspiro de resignación. Bromeará en su lecho de muerte.

Eso, al menos, tenía visos de ser cierto, pensó Baley. Dijo:

—Y las relaciones del doctor Fastolfe contigo. La verdad, por favor. No estamos en situación de esquivar la verdad para evitarnos turbaciones.

Ella levantó los ojos y le miró serenamente. Declaró:

—No hay ninguna turbación que evitar. El doctor Fastolfe es amigo mío, un buen amigo.

—¿Muy bueno, Gladia?

—Como he dicho… muy bueno.

—¿Estás esperando la disolución de su matrimonio para convertirte en su próxima esposa?

—No —respondió ella con calma.

—Entonces, ¿sois amantes?

—No.

—¿Lo habéis sido?

—No… ¿Te sorprende?

—Sólo necesito información —alegó Baley.

—Entonces, déjame contestar a tus preguntas de un modo coherente, Elijah, y no me las hagas a quemarropa como si esperaras sorprenderme

para confesarte algo que, de otro modo, mantendría en secreto. —Lo dijo sin ira aparente. Casi fue como si aquello la divirtiera.

Baley, enrojeciendo ligeramente, estuvo a punto de decir que ésta no era en absoluto su intención, pero, naturalmente, lo era y no ganaría nada negándolo. Dijo en un sordo gruñido:

—Bueno, sigamos adelante.

Los restos del té permanecían sobre la mesa situada entre ellos. Baley se preguntó si, en circunstancias normales, ella no habría levantado el brazo y lo habría doblado un poco, y si el robot, Borgraf, no habría entrado silenciosamente y despejado la mesa.

¿Molestaba aquel desorden a Gladia, impulsándola a contestar con menos dominio de sí misma? En ese caso, tanto mejor… pero Baley tenía sus dudas, pues no veía que Gladia diera muestras del más leve desasosiego.

Gladia había vuelto a bajar los ojos y su cara pareció ensombrecerse y adquirir una cierta dureza, como si estuviera recordando un pasado que habría preferido borrar.

Dijo:

—Tú sabes la vida que llevaba en Solaria. No era una vida feliz, pero yo no conocía otra. Hasta que experimenté un poco de felicidad no me di cuenta de hasta qué punto, y cuan intensamente, mi vida anterior no había sido feliz. Obtuve el primer indicio a través de ti, Elijah.

—¿A través de mí? —exclamó Baley, sorprendido.

—Sí, Elijah. Nuestro último encuentro en Solaria, espero que lo recuerdes, Elijah, me enseñó algo. ¡Te toqué! Me quité el guante, uno parecido al que llevo ahora, y te toqué la mejilla. El contacto no duró mucho. No sé lo que significó para ti… no, no me lo digas, no es importante… pero para mí significó mucho.

Levantó los ojos, sosteniendo la mirada de Baley con expresión desafiante.

—Para mí lo significó todo. Cambió mi vida. Recuerda, Elijah, que hasta entonces, tras mis pocos años de infancia, nunca había tocado a un nombre, a ningún ser humano, en realidad, a excepción de mi marido. Y a mi marido le tocaba muy raramente. Como es lógico, había contemplado a

hombres en triménsico, y así me había familiarizado con todos los aspectos físicos de los varones, absolutamente todos. En cuanto a eso, no tenía nada que aprender.

»Pero no tenía motivos para pensar que el tacto de un hombre podía ser muy diferente al de otro. Conocía el tacto de la piel de mi marido, conocía el tacto de sus manos cuando se decidía a tocarme, conocía el… todo. No tenía motivos para pensar que los demás hombres podían ser diferentes en algo. No había ningún placer en el contacto con mi marido, pero ¿por qué iba a haberlo? ¿Produce algún placer particular en el contacto de mis dedos con esta mesa, excepto en el sentido de que puedo apreciar su suavidad física?

»El contacto con mi marido formaba parte de un ritual esporádico que él ejercía porque se consideraba obligado y, como buen solariano, lo llevaba a cabo según el calendario y el reloj, y la duración y el modo prescrito por la buena educación. Sólo que, en otro sentido, no fue buena educación, pues aunque el estricto propósito de ese contacto periódico eran las relaciones sexuales, mi marido no había solicitado tener un hijo y creo que no le interesaba concebir uno. Y yo le temía demasiado para solicitarlo por mi propia iniciativa, a lo cual tenía derecho.

»Cuando lo recuerdo, veo que la experiencia sexual era rutinaria y mecánica. Nunca tuve un orgasmo. Ni una sola vez. Deduje que existía tal cosa por algunas de mis lecturas, pero las descripciones únicamente me desconcertaron y, como sólo podían encontrarse en libros importados, ya que los libros solarianos jamás abordaban el tema del sexo, no podía fiarme de ellas. Pensé que sólo eran metáforas exóticas.

»Tampoco pude experimentar, satisfactoriamente, al menos, el autoerotismo. Creo que masturbación es el término vulgar. Al menos, he oído usar esa palabra en Aurora. Como es natural, en Solaria jamás se habla de ningún aspecto del sexo, ni se usa ninguna palabra relacionada con el sexo entre la gente educada… Y claro, en Solaria no hay otra clase de gente.

»Por cosas que leí de vez en cuando, tenía una idea aproximada de lo que había que hacer para masturbarse y en varias ocasiones intenté hacer lo que se describía. No pude llevarlo a término. El tabú de tocar carne humana

hacía que incluso la mía me pareciese prohibida y desagradable. Podía pasarme la mano por el costado, cruzar una pierna sobre la otra, sentir la presión de un muslo contra el otro, pero eran contactos accidentales, no deliberados. Convertir el contacto en un instrumento de placer deliberado era distinto. Todas las fibras de mi ser sabían que no debía hacerse y, como yo lo sabía, no conseguía sentir placer.

»Y nunca se me ocurrió, ni una sola vez, que el contacto podía producir placer en otras circunstancias. ¿Por qué iba a ocurrírseme? ¿Cómo podía ocurrírseme?

»Hasta que te toqué aquella primera vez. Por qué lo hice, no lo sé. Sentí una oleada de afecto hacia ti porque me habías salvado de ser una asesina. Y además, no estabas totalmente prohibido. No eras un solariano. No eras, perdóname, enteramente un hombre. Eras una criatura de la Tierra. Eras humano en apariencia, pero tu corta vida y tu propensión a las infecciones te convertían en algo semihumano, como mucho.

»Por lo tanto, ya que me habías salvado y no eras realmente un hombre, podía tocarte. Y por encima de todo esto, tú no me mirabas con la hostilidad y repugnancia de mi marido, o la indiferencia cuidadosamente disciplinada de alguien que me contemplara por triménsico. Te encontrabas allí mismo, eras palpable, y tus ojos reflejaban cordialidad e interés. Incluso temblaste cuando acerqué la mano a tu mejilla. Lo vi.

»Por qué ocurrió, no lo sé. Fue un contacto muy fugaz y no había razón para que la sensación física fuera distinta de lo que habría sido si hubiera tocado a mi marido o a cualquier otro hombre, o quizás incluso a una mujer. Pero hubo algo más que la sensación física. Estaba allí, lo acogiste con agrado, me diste muestras de lo que yo interpreté como… afecto. Y cuando nuestras pieles, mi mano y tu mejilla, entraron en contacto, fue como si hubiera tocado un fuego que subió instantáneamente por mi mano y mi brazo y me inflamó por completo.

»No sé cuánto duró, no pudo ser más de un momento, pero el tiempo se detuvo para mí. Me sucedió algo que jamás me había sucedido antes y, al recordarlo mucho después, cuando había aprendido algo acerca de ello, comprendí que casi había experimentado un orgasmo.

»Intenté no demostrarlo…

(Baley, sin atreverse a mirarla, meneó la cabeza).

—Bueno, entonces no lo demostré. Dije, «Gracias, Elijah». Lo dije por lo que habías hecho por mí en relación con la muerte de mi marido. Pero lo dije mucho más por iluminar mi vida y enseñarme, sin siquiera saberlo, qué había en la vida; por abrir una puerta; por revelar un camino; por señalar un horizonte. El acto físico no fue nada en sí mismo. Sólo un contacto. Pero supuso el principio de todo.

Su voz fue desvaneciéndose y, por un momento, no dijo nada, sumida en sus recuerdos. Luego levantó un dedo.

—No. No digas nada. Aún no he terminado.

»Había tenido fantasías antes, cosas muy vagas e inciertas. Un hombre y yo haciendo lo que hacía con mi marido, pero distinto de algún modo, ni siquiera sabía de qué modo, y sintiendo algo distinto, algo que ni siquiera podía imaginar cuando fantaseaba con todas mis fuerzas. Podría haber pasado toda mi vida tratando de imaginar lo inimaginable y podría haber muerto como deben de morir la mayoría de las mujeres de Solaria, y también los hombres, sin saber, incluso después de tres o cuatro siglos. Sin saber. Teniendo hijos, pero sin saber.

»Pero con sólo rozar tu mejilla, Elijah, lo supe. ¿No es sorprendente? Tú me enseñaste lo que podía imaginar. No la mecánica, no la remisa aproximación de cuerpos, sino algo que yo nunca habría relacionado con ello. La expresión de una cara, el brillo de unos ojos, la sensación de… dulzura… bondad… algo que ni siquiera puedo describir… aceptación…, el derrumbamiento de la terrible barrera entre los individuos. Amor, supongo; una palabra adecuada para abarcar todo eso y más.

»Sentí amor por ti, Elijah, porque pensé que tú podrías sentir amor por mí. No digo que me amaras, sino que me pareció que podrías hacerlo. Era algo que yo nunca había experimentado y, aunque en la literatura antigua se hablaba de ello, sabía tan poco a qué se referían como cuando los hombres de esos mismos libros hablaban de “honor” y se mataban unos a otros por su causa. Acepté la palabra, pero nunca descifré su significado, y aún no lo he hecho. Y eso mismo me ocurrió con la palabra “amor”, hasta que te toqué.

»Después de eso pude imaginar… y vine a Aurora recordándote, y pensando en ti, y hablándote mentalmente, y pensando que en Aurora encontraría un millón de Elijahs».

Se detuvo, sumida en sus propios pensamientos por unos instantes, y luego prosiguió de repente:

—No fue así. Aurora, a su modo, resultó tan mala como Solaria. En Solaria, el sexo estaba mal. Era odiado y todos nos apartábamos de él. No podíamos amar por el odio que el sexo despertaba.

»En Aurora el sexo era aburrido. Se aceptaba con indiferencia, con naturalidad… con tanta naturalidad como respirar. Si uno sentía ese impulso, se acercaba a cualquiera que pareciese adecuado y, si esa persona adecuada no estaba entonces ocupada en algo que no podía dejar, se producía el contacto sexual en la forma más conveniente. Como respirar… Pero ¿qué éxtasis hay en respirar? Si uno estuviera ahogándose, es posible que el primer aliento tras la privación de aire constituyera un inmenso deleite y alivio. Pero ¿y si uno no se ahogaba nunca?

»¿Y si uno pasaba de buena gana sin el sexo? ¿Y si se enseñaba a los niños igual que la lectura y la programación? ¿Si los niños debían experimentarlo como algo rutinario, y se esperaba que los niños mayores les ayudaran?

»El sexo, permitido y libre, no tiene nada que ver con el amor en Aurora, como el sexo, prohibido y objeto de vergüenza, no tiene nada que ver con el amor en Solaria. En ambos casos, los niños son pocos y sólo pueden tenerse después de presentar una solicitud formal. Y entonces, si se concede el permiso, ha de haber un interludio sexual destinado únicamente a la concepción, tedioso y desagradable. Si, después de un tiempo razonable, no hay fecundación, el espíritu se rebela y se recurre a la inseminación artificial.

»Con el tiempo, igual que en Solaria, no habrá más que ectogénesis, de modo que la fertilización y el desarrollo fetal tendrán lugar en genotaria, y el sexo quedará reducido a una forma de interacción social y a un juego que no tendrá más que ver con el amor que el polo espacial.

»No pude adaptarme a la actitud aurorana, Elijah. Mi educación me lo impidió. Con terror, había buscado contactos sexuales y nadie rehusó… y

nadie le dio importancia. Los ojos de los hombres eran inexpresivos cuando yo me ofrecía y continuaban inexpresivos cuando ellos aceptaban. Una más, decían, ¿qué importa? Estaban dispuestos, pero no mucho más que dispuestos.

»Y tocarles no significaba nada. Podría haber estado tocando a mi marido. Aprendí a llegar hasta el final, a seguir su pauta, a aceptar su guía… y siguió sin significar nada. Ni siquiera logré sentir la necesidad de hacerlo para mí misma y por mí misma. La sensación que tú me habías proporcionado no volvió a producirse y, con el tiempo, renuncié.

»En todo esto, el doctor Fastolfe fue mi amigo. Sólo él, en toda Aurora, sabía todo lo que sucedió en Solaria. Al menos, eso creo. Ya sabes que no se hizo pública toda la historia y ciertamente no apareció en ese horrible programa de hiperondas sobre el que he oído hablar… Yo me negué a verlo.

»El doctor Fastolfe me protegió de la falta de comprensión por parte de los auroranos y de su desprecio general por los solarianos. También me protegió de la desesperación que se adueñó de mí al cabo de un tiempo.

»No, no fuimos amantes. Yo me habría ofrecido, pero cuando se me ocurrió que podría hacerlo, ya no creía que la sensación que tú habías despertado, Elijah, pudiera volver a producirse. Pensé que tal vez fuese una jugarreta de la memoria y me di por vencida. No me ofrecí. Él tampoco lo hizo. No sé por qué. Quizá vio que mi desesperación era producto de mi fracaso en encontrar algo útil en el sexo y no quiso acentuar la desesperación repitiendo el fracaso. Sería una muestra de bondad típica de él velar por mí de este modo… así que no fuimos amantes. Únicamente fue mi amigo en un momento en que yo necesitaba eso mucho más.

»Eso es todo, Elijah. Tienes la respuesta completa a las preguntas que me has hecho. Querías saber cuáles eran mis relaciones con el doctor Fastolfe y has dicho que necesitabas información. Ya la tienes. ¿Estás satisfecho?».

Baley intentó ocultar su aflicción.

—Siento mucho, Gladia, que la vida haya sido tan dura para ti. Me has dado la información que necesitaba. Me has dado más información de la que, tal vez, tú misma crees.

Gladia frunció el ceño.

—¿En qué sentido?

Baley no contestó directamente. Dijo:

—Gladia, me alegro de que tu recuerdo de mí haya significado tanto para ti. No pensé ni por un momento cuando estaba en Solaria que estuviera impresionándote tanto y, aunque lo hubiera pensado, no habría intentado… Tú lo sabes.

—Lo sé, Elijah —admitió ella, ablandándose—. Y tampoco te habría servido de nada intentarlo. Yo no habría podido hacerlo.

—Lo sé muy bien… Y tampoco ahora tomo lo que me has dicho como una invitación. Un contacto, un momento de penetración sexual, no necesitan ser más que eso. Es muy probable que nunca pueda repetirse y no debemos malograr esa experiencia única intentando resucitarla. Ésta es una de las razones por las que ahora no… me ofrezco. El hecho de que no lo haga no debe interpretarse como un nuevo fracaso para ti. Además…

—Sí.

—Como he dicho antes, quizá me hayas revelado más de lo que crees. Me has revelado que la historia no termina con tu desesperación.

—¿Por qué dices eso?

—Al hablarme de la sensación que te produjo el contacto con mi mejilla, has dicho algo así como «al recordarlo mucho después, cuando había aprendido algo acerca de ello comprendí que casi había experimentado un orgasmo». Pero luego has explicado que tus relaciones sexuales con los auroranos nunca fueron satisfactorias, y supongo que tampoco entonces experimentaste el orgasmo. Sin embargo, tienes que haberlo hecho, Gladia, si reconociste la sensación que experimentaste aquella vez en Solaria. No podrías recordarla e identificarla si no hubieras aprendido a amar satisfactoriamente. En otras palabras, has tenido un amante y has experimentado el amor. Si debo creer que el doctor Fastolfe no es ni ha sido tu amante, he de deducir que algún otro lo es… o lo ha sido.

—¿Y si fuera así? ¿En qué te concierne eso, Elijah?

—No sé si me concierne o no, Gladia. Dime quién es y, si resulta que no me concierne, no volveremos a hablar de ello.

Gladia guardó silencio. Baley declaró:

—Si no me lo dices, Gladia, tendré que decírtelo yo. Antes te he advertido que no estoy en situación de ahorrarte ningún sufrimiento.

Gladia siguió callada, y las comisuras de sus labios emblanquecieron a causa de la presión.

—Tuvo que haber alguien, Gladia, y tu dolor por la pérdida de Jander es extremo. Has hecho salir a Daneel porque su cara te recordaba tanto a Jander que no soportabas mirarle. Si me equivoco al suponer que fue Jander Panell… —Hizo una pausa, y luego añadió con aspereza—: Si el robot, Jander Panell, no era tu amante, dilo.

Y Gladia murmuró:

—Jander Panell, el robot, no era mi amante. —Luego, en voz alta y firme, dijo—: ¡Era mi marido!

25

Los labios de Baley se movieron silenciosamente, pero fue como si articularan la exclamación tetrasílaba.

—Sí —dijo Gladia—. ¡Jehoshaphat! Estás sorprendido. ¿Por qué? ¿Lo desapruebas?

Baley contestó con voz apagada:

—No soy quién para aprobarlo o desaprobarlo.

—Lo cual significa que lo desapruebas.

—Lo cual significa que sólo busco información. ¿Cómo se distingue un amante de un marido en Aurora?

—Si dos personas viven juntas en el mismo establecimiento durante un período de tiempo, pueden referirse uno al otro como «esposa» o «marido», más que como «amante».

—¿Durante qué período de tiempo?

—Eso varía de una región a otra, según la opción local. En la ciudad de Eos, el período de tiempo es de tres meses.

—¿Se requiere también que durante ese período de tiempo uno se abstenga de tener relaciones sexuales con otros?

Gladia enarcó las cejas con asombro.

—¿Por qué?
—Es una simple pregunta.
—La exclusividad es algo impensable en Aurora. Marido o amante, no hay diferencia. Uno tiene relaciones sexuales cuando quiere.
—¿Quisiste tú mientras estuviste con Jander?
—No, no quise, pero eso no significa nada.
—¿Se ofrecieron otros?
—De vez en cuando.
—¿Y tú rehusaste?
—Siempre puedo rehusar si quiero. Es parte de la no exclusividad.
—¿Pero rehusaste o no?
—Sí, lo hice.
—¿Sabían aquellos a quienes rechazaste por qué rehusabas?
—¿A qué te refieres?
—¿Sabían que tenías un marido-robot?
—Tenía un marido. No le llames marido-robot. Esa expresión no existe.
—¿Lo sabían?
Ella hizo una pausa.
—No sé si lo sabían.
—¿Se lo dijiste tú?
—¿Por qué razón iba a decírselo?
—No contestes mis preguntas con preguntas. ¿Se lo dijiste tú?
—No.
—¿Cómo pudiste evitarlo? ¿No crees que habría sido natural dar una explicación a tu negativa?
—Nunca es necesario dar una explicación. Una negativa es simplemente una negativa y se acepta siempre. No te comprendo.
Baley hizo un alto para ordenar sus pensamientos. Gladia y él no estaban en pugna, seguían caminos paralelos.
Empezó de nuevo.
—¿Habría parecido natural tener un robot por marido en Solaria?
—En Solaria habría sido impensable y yo jamás habría pensado en dicha posibilidad. En Solaria todo era impensable… Y en la Tierra también, Elijah. ¿Habría tomado tu esposa un robot por marido?

—Eso no viene al caso, Gladia.

—Tal vez, pero tu expresión ha sido respuesta suficiente. Quizá no seamos auroranos, tú y yo, pero estamos en Aurora. Yo llevo dos años viviendo aquí y acepto sus costumbres.

—¿Quieres decir que las relaciones sexuales entre humanos y robots son corrientes en Aurora?

—No lo sé. Sólo sé que se aceptan porque se acepta todo lo relacionado con el sexo, todo lo que sea voluntario, dé satisfacción mutua y no cause un daño físico a nadie. ¿Qué le importa a nadie cómo encuentra satisfacción un individuo o una combinación de individuos? ¿Se preocuparía alguien de los libros que visiono, de la comida que tomo, de la hora en que me voy a dormir o me despierto, de si me gustan los gatos o me desagradan las rosas? El sexo también es objeto de indiferencia… en Aurora.

—En Aurora —repitió Baley—. Pero tú no naciste en Aurora y no fuiste educada según sus normas. Hace un rato me has dicho que no pudiste adaptarte a esta misma indiferencia hacia el sexo que ahora ensalzas. Antes has expresado tu aversión por los matrimonios múltiples y la promiscuidad fácil. Si no explicaste a quienes rechazaste por qué los rechazabas, debió de ser porque, en el fondo de ti misma, te avergonzabas de tener a Jander por marido. Tenías que saber, o sospechar, o quizá sólo suponer, que era algo insólito, insólito incluso en Aurora, y te avergonzabas.

—No, Elijah, no lograrás hacerme confesar que me avergonzaba de ello. Si tener un robot por marido es insólito incluso en Aurora, se debe a que los robots como Jander son insólitos. Los robots que hay en Solaria, o en la Tierra, o en Aurora, a excepción de Jander y Daneel, no están diseñados para dar más que una satisfacción sexual muy primitiva. Quizá puedan usarse como instrumentos masturbatorios, como un vibrador mecánico, pero no mucho más. Cuando se propaguen los nuevos robots humaniformes, también se propagarán las relaciones sexuales entre humanos y robots.

Baley preguntó:

—¿Cómo llegó Jander a tu poder, Gladia? Sólo existían dos, ambos en el establecimiento del doctor Fastolfe. ¿Te dio él uno de ellos, la mitad del total, sin más?

—Sí.
—¿Por qué?
—Por simple bondad, me imagino. Yo estaba sola, desilusionada, triste; era una extraña en tierra extraña. Me dio a Jander para que me hiciera compañía y nunca podré agradecérselo bastante. Sólo duró medio año, pero ese medio año ha sido el mejor de mi vida.
—¿Sabía el doctor Fastolfe que Jander era tu marido?
—Nunca aludió a ello, de modo que no lo sé.
—¿Aludiste tú a ello?
—No.
—¿Por qué no?
—No vi la necesidad… Y no, no fue porque estuviese avergonzada.
—¿Cómo ocurrió?
—¿Que no viera la necesidad?
—No. Que Jander se convirtiera en tu marido.
Gladia se envaró. Contestó con voz hostil:
—¿Por qué tengo que explicarte eso?
Baley arguyó:
—Gladia, se está haciendo tarde. No me pongas las cosas más difíciles de lo que son. ¿Te apena que Jander se haya… se haya ido?
—¿Necesitas preguntarlo?
—¿Quieres descubrir lo que sucedió?
—Otra vez, ¿necesitas preguntarlo?
—Pues ayúdame. Necesito toda la información que pueda conseguir si quiero empezar, sólo empezar, a hacer progresos en la resolución de un problema aparentemente insoluble. ¿Cómo se convirtió Jander en tu marido?
Gladia se arrellanó en la butaca y los ojos se le llenaron súbitamente de lágrimas. Empujó el plato de migas que antes fueran pasteles y dijo con voz ahogada:
—Los robots ordinarios no llevan ropa, pero están diseñados para dar la impresión de que sí la llevan. Habiendo vivido en Solaria, conozco muy bien a los robots y tengo un cierto talento artístico…
—Recuerdo tus obras —dijo Baley suavemente. Gladia asintió.

—Hice unos cuantos diseños para nuevos modelos que, en mi opinión, tendrían más estilo y más interés que algunos de los que se utilizaban en Aurora. Algunas de mis pinturas, basadas en estos diseños, están colgadas en las paredes de esta habitación. Hay otras en otros lugares del establecimiento.

Baley desvió los ojos hacia las pinturas. Las había visto. Representaban robots, sin duda alguna. No eran naturalistas, sino que parecían alargadas y anormalmente curvadas. Observó que las deformaciones estaban destinadas a poner de relieve, de un modo muy efectivo, aquellas porciones que, ahora que las miraba desde una nueva perspectiva, sugerían ropa. Por alguna razón, le recordaron unos trajes de criados que había visionario una vez en un libro dedicado a la Inglaterra victoriana de la época medieval. ¿Estaba Gladia al corriente de esas cosas, o sólo se trataba de una similitud casual? Probablemente era una cuestión insignificante, pero no algo (quizá) que debiera olvidarse.

Al fijarse en ellas por primera vez, había pensado que Gladia deseaba rodearse de robots a imitación de la vida en Solaria. Ella decía que odiaba aquella vida, pero eso sólo era un producto de su mente racional. Solaria había sido el único hogar que realmente había conocido y eso es algo difícil de olvidar… quizás imposible. Y quizá seguía siendo un factor en su pintura, aunque su nueva ocupación le diera un motivo más plausible.

Ella estaba hablando.

—Tuve éxito. Varias empresas de fabricación de robots me pagaron bien los diseños y hubo numerosos casos de robots existentes que fueron remodelados según mis directrices.

»Eso me produjo una cierta satisfacción que, en alguna medida, compensó el vacío emocional de mi vida.

»Cuando el doctor Fastolfe me dio a Jander, yo tenía un robot que, naturalmente, llevaba ropa corriente. El querido doctor extremó su amabilidad hasta el punto de darme varias mudas de ropa de Jander.

»Toda ella era muy poco imaginativa y a mí me divirtió comprar lo que consideré más apropiado. Eso significó tomar sus medidas exactas, ya que mi intención era mandar hacer mis diseños… y para eso tuve que hacerle quitarse la ropa por etapas.

»Así lo hizo… y sólo cuando estuvo completamente desvestido me di cuenta de lo humano que era. No faltaba nada y las partes eréctiles eran, efectivamente, eréctiles. Realmente, estaba bajo lo que, en un humano se llamaría control consciente. Jander podía alcanzar la tumefacción y destumefacción a voluntad. Eso me lo dijo cuando le pregunté si su pene era funcional en este aspecto. Sentí curiosidad y me lo demostró.

»Debes comprender que, por mucho que pareciera un hombre, yo sabía que era un robot. Como sabes, tengo ciertos escrúpulos en tocar a los hombres, y es indudable que eso ha contribuido a mi incapacidad para tener relaciones sexuales satisfactorias con los auroranos. Pero aquél no era un hombre y yo había estado con robots toda mi vida. Podía tocar libremente a Jander.

»No tardé en darme cuenta de que me gustaba tocarle, y Jander no tardó en darse cuenta de ello. Era un robot muy perfeccionado que obedecía escrupulosamente las Tres Leyes. No dar placer cuando podía hacerlo habría sido desilusionar. La desilusión podía ser considerada como un daño y él no podía dañar a un ser humano. Por lo tanto, tuvo un cuidado infinito en darme placer y, como yo vi en él el deseo de dar placer, algo que nunca había visto en los hombres auroranos, realmente experimenté placer y, al fin, descubrí, plenamente, creo yo, lo que es un orgasmo.

Baley preguntó:

—Así pues, ¿fuiste completamente feliz?

—¿Con Jander? Por supuesto. Completamente.

—¿Nunca os peleasteis?

—¿Con Jander? ¿Acaso habría sido posible? Su única meta, la única razón de su existencia, era complacerme.

—¿No te sentías molesta por ello? Sólo te complacía porque tenía que hacerlo.

—¿Qué motivo tenemos para hacer algo más que, por una u otra razón, tener que hacerlo?

—¿Y nunca experimentaste la necesidad de intentarlo de veras… de intentarlo con los auroranos después de haber aprendido a tener un orgasmo?

—Habría sido un sustituto insatisfactorio. Yo sólo quería a Jander… ¿Entiendes ahora lo que he perdido?

La expresión normalmente grave de Baley se intensificó hasta la solemnidad. Repuso:

—Lo entiendo, Gladia. Si antes te he hecho sufrir, perdóname, porque entonces no lo entendía del todo.

Pero Gladia estaba llorando y él esperó, incapaz de decir nada más, incapaz de encontrar el modo de consolarla.

Finalmente ella meneó la cabeza y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. Murmuró:

—¿Hay algo más?

Baley contestó en tono de disculpa:

—Unas cuantas preguntas sobre otro tema y luego dejaré de molestarte. —Añadió cautelosamente—: Por ahora.

—¿De qué se trata? —Parecía muy cansada.

—¿Sabes que algunas personas parecen creer que el doctor Fastolfe fue responsable de la muerte de Jander?

—Sí.

—¿Sabes que el mismo doctor Fastolfe admite que sólo él tiene la experiencia necesaria para matar a Jander en la forma que le mataron?

—Sí. El querido doctor me lo dijo él mismo.

—Pues bien, Gladia, ¿crees tú que el doctor Fastolfe mató a Jander?

Ella alzó los ojos hacia él, repentina y vivamente, y luego dijo con ira:

—Claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo? En primer lugar, Jander era su robot y significaba mucho para él. Tú no conoces al querido doctor como yo, Elijah. Es una buena persona que no haría daño a nadie y jamás haría daño a un robot. Suponer que mataría a uno es como suponer que una roca puede caer hacia arriba.

—No tengo nada más que preguntarte, Gladia, y lo único que me queda por hacer aquí, de momento, es ver a Jander, lo que queda de Jander, si tú me lo permites.

Ella volvió a mostrarse recelosa, hostil.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—¡Gladia! ¡Por favor! No espero que sirva de nada, pero debo ver a Jander aun sabiendo que verle no servirá de nada. Haré todo lo posible para no herir tu sensibilidad.

Gladia se levantó. Su vestido, sencillo hasta el punto de no ser más que una ajustada funda, no era negro (como habría sido en la Tierra) sino de un color opaco que carecía totalmente de brillo. Baley, sin ser un experto en vestimenta, se dio cuenta de que representaba muy bien el luto.

—Ven conmigo —murmuró ella.

26

Baley siguió a Gladia a través de varias habitaciones, cuyas paredes despedían un ligero resplandor. En una o dos ocasiones advirtió un leve movimiento y dedujo que era un robot alejándose rápidamente, ya que tenían órdenes de no estorbar.

Luego atravesaron un pasillo y subieron un corto tramo de escaleras hasta llegar a una pequeña habitación en la que una parte de una pared brillaba como un foco.

La habitación contenía un catre y una silla; ningún otro mueble.

—Ésta era su habitación —dijo Gladia. Luego, como en respuesta a los pensamientos de Baley, añadió—: Era todo lo que necesitaba. Yo le dejaba solo tanto como podía; a veces, todo el día. No quería cansarme nunca de él. —Meneó la cabeza—. Ahora lamento no haber pasado cada segundo en su compañía. No sabía que dispondríamos de tan poco tiempo… Ahí está.

Jander estaba tendido en el catre y Baley le miró gravemente. El robot había sido cubierto con un material suave y reluciente. La pared luminosa alumbraba la cabeza de Jander, que era suave y casi inhumana de tan serena. Los ojos estaban abiertos, pero eran opacos y mates. Se parecía lo bastante a Daneel para justificar el malestar de Gladia ante la presencia de aquél. Su cuello y sus hombros desnudos estaban al descubierto.

Baley preguntó:

—¿Le ha examinado el doctor Fastolfe?

—Sí, concienzudamente. Acudí a él desesperada y, si hubieras visto con qué rapidez vino, la inquietud que sentía, el dolor, el… el pánico, no pensarías que pudo haber sido responsable. No le fue posible hacer nada.

—¿Está desvestido?

—Sí. El doctor Fastolfe tuvo que quitarle la ropa para examinarle. No tenía objeto volver a ponérsela.

—¿Me permitirías que levantara la cubierta, Gladia?

—¿Es necesario?

—No quiero que me acusen de haber pasado algo por alto.

—¿Qué puedes encontrar que el doctor Fastolfe no haya visto?

—Nada, Gladia, pero debo saber que no hay nada que encontrar. Te ruego que cooperes.

—De acuerdo, adelante, pero haz el favor de poner la cubierta tal como está ahora cuando hayas terminado.

Se volvió de espaldas a él y Jander, puso el brazo izquierdo contra la pared y apoyó la cabeza en él. No emitió ningún sonido, no hizo ningún movimiento, pero Baley comprendió que estaba llorando de nuevo.

El cuerpo no era, quizás, totalmente humano. Los contornos musculares habían sido simplificados y resultaban un poco esquemáticos, pero todo estaba allí: pezones, ombligo, pene, testículos, vello púbico y todo lo demás. Incluso algo de vello en el pecho.

¿Cuántos días habían transcurrido desde la muerte de Jander? Baley cayó en la cuenta de que no lo sabía, pero había sucedido antes de que él emprendiera su viaje a Aurora. Había transcurrido más de una semana y no había señales de descomposición, ni visual ni olfativamente. Una clara diferencia robótica.

Baley titubeó y luego pasó un brazo por debajo de los hombros de Jander y el otro por debajo de sus caderas, extendiéndolos hasta el otro lado. No pensó en pedir ayuda a Gladia, eso sería imposible. Tomó aliento y, con cierta dificultad, dio la vuelta a Jander sin tirarlo fuera del catre.

El catre crujió. Gladia debía de saber lo que estaba haciendo, pero no se volvió. Aunque no se ofreció a ayudarle, tampoco protestó.

Baley retiró los brazos. Jander estaba tibio. Probablemente la unidad motriz seguía haciendo algo tan simple como mantener la temperatura,

incluso con el cerebro inoperante. El cuerpo también se notaba firme y elástico. Probablemente no pasaba por una etapa análoga al *rigor mortis*.

Uno de los brazos le colgaba ahora fuera del catre de un modo muy humano. Baley lo movió un poco y lo soltó. El brazo se balanceó ligeramente de delante a atrás hasta detenerse. Le dobló una pierna por la rodilla e inspeccionó el pie; luego hizo lo mismo con la otra. Las nalgas estaban perfectamente formadas e incluso tenía ano.

Baley no pudo dejar de sentir cierto desasosiego. La idea de que estaba violando la intimidad de un ser humano le obsesionaba. Si hubiera sido un cadáver humano, su frialdad y rigidez le habrían despojado de humanidad.

Pensó con inquietud: «El cadáver de un robot es mucho más humano que un cadáver humano».

Pasó nuevamente los brazos por debajo de Jander, lo levantó y le dio la vuelta.

Alisó la sábana lo mejor que pudo, luego volvió a colocar la cubierta tal como la había encontrado y la alisó igualmente. Retrocedió y juzgó que estaba igual que al principio… o casi.

—He terminado, Gladia —anunció.

Ella se volvió, miró a Jander con ojos húmedos y dijo:

—¿Podemos irnos, entonces?

—Sí, naturalmente, pero Gladia…

—Dime.

—¿Vas a conservarle de este modo? Me imagino que no se descompondrá.

—¿Importa que lo haga?

—En ciertos aspectos, sí. Tienes que darte una oportunidad para recobrarte. No puedes pasar tres siglos de luto. Lo pasado, pasado está. —(Sus propias palabras le sonaron huecas y sentenciosas. ¿Cómo debían de sonarle a ella?).

Gladia dijo:

—Sé que tus intenciones son buenas, Elijah. Me han pedido que conserve a Jander hasta que la investigación haya terminado. Entonces solicitaré que sea desintegrado.

—¿Desintegrado?

—Sometido a la acción de una antorcha plasmática y reducido a sus elementos, como los cadáveres humanos. Yo tendré hologramas de él… y recuerdos. ¿Estás satisfecho?

—Naturalmente. Ahora debo regresar a casa del doctor Fastolfe.

—Sí. ¿Has averiguado algo por el cuerpo de Jander?

—No esperaba averiguar nada, Gladia.

Ella le miró de frente.

—Y Elijah, quiero que descubras quién hizo esto y por qué. Debo saberlo.

—Pero Gladia…

Ella sacudió violentamente la cabeza, como para apartar de sí algo que no estaba dispuesta a oír.

—Sé que puedes hacerlo.

7. OTRA VEZ FASTOLFE

27

Baley salió de casa de Gladia a la puesta del sol. Se volvió hacia lo que supuso que sería el horizonte occidental y encontró el sol de Aurora, de un intenso color escarlata y coronado por delgadas franjas de nubes rojizas asentadas en un cielo verde manzana.

—Jehoshaphat —murmuró. Evidentemente, el sol de Aurora, más frío y anaranjado que el sol de la Tierra, acentuaba la diferencia en el ocaso, cuando su luz atravesaba un grosor mayor de Aurora.

Daneel iba detrás de él; Giskard, como antes, muy por delante.

Oyó la voz de Daneel junto a su oído:

—¿Estás bien, compañero Elijah?

—Muy bien —contestó Baley, satisfecho de sí mismo—. Cada vez resisto mejor el Exterior. Incluso puedo admirar la puesta de sol. ¿Es siempre así?

Daneel contempló desapasionadamente el sol poniente y dijo:

—Sí. Pero apresurémonos en regresar al establecimiento del doctor Fastolfe. En esta época del año, el crepúsculo no dura mucho, compañero Elijah, y es preferible llegar allí mientras aún hay luz suficiente para ver.

—Estoy listo. Vamos. —Baley se preguntó si no sería mejor esperar a que oscureciera. No sería agradable no ver, pero, por otra parte, tendría la impresión de hallarse a cubierto… y, en el fondo, no estaba seguro de cuánto duraría aquella euforia que le producía la admiración de una puesta

de sol (una puesta de sol en el Exterior, por supuesto). Pero eso sería una cobardía y él no era ningún cobarde.

Giskard retrocedió silenciosamente hacia él y le preguntó:

—¿Preferiría esperar, señor? ¿Se sentiría mejor en la oscuridad? A nosotros no nos incomodaría.

Baley se percató de que había otros robots, más lejos, por todos lados. ¿Había desplegado Gladia a sus robots para que montaran guardia, o había Fastolfe enviado los suyos?

Aquello demostraba lo mucho que todos se preocupaban por él y, perversamente, se negó a admitir su debilidad. Dijo:

—No, iremos ahora. —Luego echó a andar a paso vivo hacia el establecimiento de Fastolfe, que se veía entre los distantes árboles.

«Que los robots me sigan o no, como deseen», pensó con audacia. Sabía que, si se permitía pensar en ello, habría algo en su interior que se acobardaría ante la idea de hallarse sobre la corteza de un planeta sin más protección que el aire existente entre él y el gran vacío, pero no pensaría en ello.

Fue el regocijo de no sentir miedo lo que le hizo temblar las mandíbulas y castañetear los dientes. O quizá fue el fresco viento del atardecer, que también le produjo carne de gallina en los brazos.

No fue el Exterior.

No lo fue.

Preguntó entre dientes:

—¿Hasta qué punto conocías a Jander, Daneel?

Daneel contestó:

—Pasamos algún tiempo juntos. Desde la construcción del amigo Jander hasta que se fue al establecimiento de la señorita Gladia, estuvimos siempre juntos.

—¿Te molestaba, Daneel, que Jander se te pareciera tanto?

—No, en absoluto. Ambos sabíamos que éramos distintos, compañero Elijah, y el doctor Fastolfe tampoco nos confundía. Por lo tanto, éramos dos individuos.

—¿Les diferenciabas tú también, Giskard? —Ahora estaban más cerca de él, quizá porque los demás robots se ocupaban de vigilar la parte más

distante.

Giskard declaró:

—Que yo recuerde, nunca hubo ninguna ocasión en la que fuera importante hacerlo.

—¿Y si la hubiese habido, Giskard?

—Entonces podría haberlo hecho.

—¿Cuál era tu opinión de Jander, Daneel?

Daneel preguntó a su vez:

—¿Mi opinión, compañero Elijah? ¿Sobre qué aspecto de Jander deseas mi opinión?

—¿Hacía bien su trabajo, por ejemplo?

—Indudablemente.

—¿Era satisfactorio en todos los sentidos?

—Que yo sepa, sí.

—¿Qué dices tú, Giskard? ¿Cuál es tu opinión?

Giskard dijo:

—Yo nunca fui tan amigo de Jander como el amigo Daneel, y no sería correcto que diera una opinión. Puedo decir que, por los datos que tengo, el doctor Fastolfe estaba satisfecho del amigo Jander. Parecía igualmente satisfecho del amigo Jander que del amigo Daneel. Sin embargo, no creo que mi programación me permita ofrecer una seguridad absoluta en estas cuestiones.

Baley preguntó:

—¿Qué me dices del período durante el cual Jander estuvo al servicio de la señorita Gladia? ¿Seguiste viéndole, Daneel?

—No, compañero Elijah. La señorita Gladia lo conservaba en su establecimiento. Cuando ella visitaba al doctor Fastolfe, él no la acompañaba. Cuando yo iba con el doctor Fastolfe al establecimiento de la señorita Gladia, nunca veía al amigo Jander.

Baley no pudo ocultar su sorpresa. Se volvió hacia Giskard para formularle la misma pregunta, hizo una pausa, y luego se encogió de hombros. Aquello no le llevaría a ninguna parte, y tal como el doctor Fastolfe le había indicado antes, no servía de mucho interrogar a un robot. No dirían voluntariamente nada que dañara a un ser humano, y era

imposible acorralarles, sobornarles o engatusarles para que lo hicieran. No mentirían abiertamente, sino que se limitarían a dar contestaciones inútiles.

Y quizá ya no importara.

Habían llegado a la puerta del establecimiento de Fastolfe y Baley notó que se le aceleraba la respiración. Estaba seguro de que el temblor de sus brazos y su labio inferior se debía, realmente, al frío viento.

El sol ya había desaparecido, se veían unas cuantas estrellas, el cielo iba adquiriendo un extraño color púrpura-verdoso que lo hacía parecer magullado, y Baley franqueó la puerta para refugiarse entre las cálidas y brillantes paredes. Estaba a salvo. Fastolfe salió a recibirle.

—Regresa a buena hora, señor Baley. ¿Ha sido fructífera su conversación con Gladia?

Baley contestó:

—Muy fructífera, doctor Fastolfe. Incluso es posible que ya tenga la clave del enigma.

28

Fastolfe se limitó a sonreír cortésmente, de un modo que no reveló sorpresa, alegría ni incredulidad. Le precedió hasta lo que obviamente era un comedor, más pequeño y acogedor que aquél donde habían almorzado.

—Usted y yo, mi querido señor Baley —dijo Fastolfe con cordialidad —, tomaremos una cena informal. Los dos solos. Incluso despediremos a los robots si eso le complace. Y no hablaremos de trabajo a menos que usted se empeñe.

Baley no dijo nada, sino que se detuvo a mirar las paredes con asombro. Eran de un verde fluctuante y luminoso, con diferentes brillos y tintes que se acentuaban lentamente de abajo arriba. Aquí y allí se veían algunas hojas de un verde más oscuro y oscilantes destellos de luz. Las paredes hacían que la habitación pareciese una gruta bien iluminada al final de un brazo de mar. El efecto era vertiginoso; al menos, Baley lo encontró así.

Fastolfe no tuvo dificultades en interpretar la expresión de Baley. Dijo:

—Hay que estar acostumbrado, señor Baley, lo admito… Giskard, atenúa la iluminación de la pared… Gracias.

Baley exhaló un suspiro de alivio.

—Y gracias a usted, doctor Fastolfe. ¿Puedo ir al Personal, señor?

—Por supuesto.

Baley titubeó.

—¿Podría…?

Fastolfe se rió entre dientes.

—Lo encontrará totalmente normal, señor Baley. No tendrá ninguna queja.

Baley inclinó la cabeza.

—Muchas gracias.

Sin aquel intolerable artificio, el Personal (le pareció que era el mismo que había usado con anterioridad) era simplemente lo que era, aunque mucho más lujoso y acogedor que ninguno de los que había visto hasta entonces. Era increíblemente distinto de los de la Tierra, donde hileras de unidades idénticas se sucedían indefinidamente, cada una de ellas marcada para uso de un individuo —y sólo uno— a la vez. Parecía brillar con higiénica limpieza. Su capa molecular exterior debía de cambiarse por una nueva cada vez que se utilizaba. Baley tuvo la impresión de que, si permanecía bastante tiempo en Aurora, le resultaría difícil readaptarse a las multitudes de la Tierra, que relegaban la higiene y la limpieza a un segundo plano —algo a lo que prestar una obediencia distante—, convirtiéndolas en un ideal casi inalcanzable. Baley, rodeado de artículos de marfil y oro (no auténtico marfil, sin duda, ni auténtico oro), brillantes y suaves, se sobrecogió repentinamente al pensar en el despreocupado intercambio de bacterias de la Tierra y todas las infecciones que llevaban consigo. ¿No era eso lo que sentían los espaciales? ¿Podía culparlos?

Se lavó pensativamente las manos, tocando de vez en cuando la tira de mando para cambiar la temperatura. Y sin embargo, los auroranos eran tan innecesariamente extravagantes en sus decoraciones interiores, insistían tanto en pretender que vivían en un estado de naturaleza cuando habían domesticado y destruido la naturaleza… ¿O sólo Fastolfe lo era? Al fin y al

cabo, el establecimiento de Gladia parecía mucho más austero. ¿O sólo era porque ella había sido educada en Solaria?

La cena que siguió fue una verdadera delicia. También ahora, como en el almuerzo, Baley tuvo la clara sensación de estar más cerca de la naturaleza. Los platos fueron numerosos —todos distintos, todos en pequeñas porciones— y, en muchos casos, vio que en otro tiempo habían sido parte de plantas y animales. Empezaba a considerar los inconvenientes —un huesecillo ocasional, un cartílago, una hebra de fibra, que antes le habrían repelido— como una especie de aventura.

El primer plato fue un pescado pequeño —un pescado pequeño que se comía entero, con todos los órganos internos que pudiera tener— y eso le pareció, en el primer momento, otro modo estúpido de integrarse en la Naturaleza con una «N» mayúscula. Pero se tragó el pescado, tal como hizo Fastolfe, y el sabor le hizo cambiar de opinión. Nunca había experimentado nada por el estilo. Fue como si de repente se hubieran inventado las papilas gustativas y se las hubieran insertado en la lengua.

Los sabores cambiaban de un plato a otro y algunos eran muy extraños y no del todo agradables, pero a Baley no le importó. La emoción de un sabor concreto, de distintos sabores concretos (a instancias de Fastolfe, tomó un sorbo de agua ligeramente condimentada entre uno y otro plato) era lo que contaba, no los pequeños detalles.

Intentó no dar muestras de avidez, no concentrar toda su atención en los alimentos, no lamer el plato. Continuó observando e imitando a Fastolfe y haciendo caso omiso de la expresión amable pero claramente divertida del otro.

—Confío —dijo Fastolfe— en que esto sea de su gusto.

—Muy bueno —consiguió articular Baley.

—Le ruego que no lleve la cortesía hasta el extremo de forzarse. No coma nada que le parezca extraño o desabrido. Haré que se lo cambien por cualquier cosa que le guste.

—No es necesario, doctor Fastolfe. Lo encuentro todo muy satisfactorio.

—Bien.

Pese a la proposición de Fastolfe de comer sin robots, fue un robot el que sirvió. (Fastolfe, acostumbrado a ello, probablemente ni siquiera advirtió ese hecho, pensó Baley; y él no mencionó el asunto).

Como era de esperar, el robot se movía en silencio y con movimientos impecables. Su bonita librea parecía sacada de algún drama histórico como los que Baley había visto por hiperondas. Sólo desde muy cerca se veía hasta qué punto el traje era una ilusión causada por la iluminación y hasta qué punto el exterior del robot era semejante a un suave acabado metálico… y nada más.

Baley preguntó:

—¿Ha diseñado Gladia la superficie del camarero?

—Sí —contestó Fastolfe, visiblemente complacido—. Se sentiría muy halagada de saber que ha reconocido su estilo. Es muy buena, ¿verdad? Su trabajo está alcanzando una gran popularidad y resulta muy útil para la sociedad aurorana.

La conversación durante la cena había sido agradable pero trivial. Baley no había sentido la necesidad de «hablar de trabajo» y, de hecho, había preferido guardar largos silencios mientras saboreaba la comida y dejaba que su subconsciente —o la facultad que sustituyera a la reflexión— decidiese cómo enfocar el asunto que ahora le parecía ser el punto central del problema de Jander.

Sin embargo, Fastolfe se le adelantó diciendo:

—Y ahora que ha mencionado a Gladia, señor Baley, ¿puedo preguntarle a qué se debe que haya partido hacia su establecimiento casi desesperado y haya vuelto tan animado y hablando de tener quizá la clave del enigma? ¿Ha averiguado algo nuevo, e inesperado, tal vez, en casa de Gladia?

—Así es —contestó Baley distraídamente, pues estaba absorto en el postre, que no logró reconocer, y del cual (después de que sus anhelantes miradas sirvieran de inspiración al camarero) le fue ofrecida una segunda ración. Se sentía repleto. Nunca en su vida había gozado tanto del acto de comer y por primera vez lamentaba que los límites fisiológicos le impidieran seguir comiendo indefinidamente. No pudo dejar de sentirse avergonzado por ello.

—¿Y qué es eso nuevo e inesperado que ha descubierto? —preguntó Fastolfe con paciencia—. ¿Algo que yo mismo ignoro, tal vez?

—Tal vez. Gladia me ha dicho que usted le dio a Jander hace aproximadamente medio año.

Fastolfe asintió.

—Eso ya lo sabía. Así fue.

Baley preguntó vivamente:

—¿Por qué?

La afable expresión del rostro de Fastolfe se desvaneció lentamente. Luego preguntó:

—¿Por qué no?

Baley replicó:

—No sé por qué no, doctor Fastolfe. No me importa. Mi pregunta es: ¿Por qué?

Fastolfe meneó levemente la cabeza y no dijo nada.

Baley declaró:

—Doctor Fastolfe, estoy aquí para desenmarañar lo que parece ser un verdadero lío. Nada de lo que usted ha hecho, nada, me ha facilitado las cosas. Más bien, tengo la impresión de que se ha complacido en demostrarme lo enrevesado que es el lío y en destruir cualquier especulación que yo exponga como una posible solución. No espero que los demás respondan a mis preguntas. Carezco de categoría oficial en este mundo y no tengo derecho a hacer preguntas, y aún menos a exigir respuestas.

»Sin embargo, usted es distinto. Yo estoy aquí a petición suya y estoy intentando salvar su carrera al mismo tiempo que la mía y, según su propia versión de los hechos, tratando de salvar a Aurora al mismo tiempo que a la Tierra. Por lo tanto, espero que conteste mis preguntas extensa y sinceramente. Le ruego que no adopte tácticas dilatorias, tales como preguntarme por qué no cuando yo le pregunto por qué. Y ahora, de nuevo… y por última vez: ¿Por qué?

Fastolfe echó los labios hacia fuera y adoptó una expresión sombría.

—Discúlpeme, señor Baley. Si he vacilado en responder es porque, pensándolo bien, no parece haber ninguna razón demasiado dramática.

Gladia Delmarre… no, ella no quiere que se use su apellido… Gladia es una extranjera en este planeta; ha sufrido experiencias traumáticas en su mundo natal, como usted ya sabe, y experiencias traumáticas en éste, como quizá no sepa…

—Sí que lo sé. Haga el favor de ser más directo.

—Pues bien, me compadecí de ella. Estaba sola y pensé que Jander la ayudaría a sentirse menos sola.

—¿Se compadeció de ella? Nada más. ¿Son amantes? ¿Lo han sido?

—No, de ningún modo. Yo no me ofrecí. Ella, tampoco… ¿Por qué? ¿Le ha dicho ella que fuimos amantes?

—No, no lo ha hecho, pero necesito una confirmación independiente, en todos los casos. Le avisaré cuando surja una contradicción; no debe preocuparse por eso. ¿Cómo es que, con su compasión por ella y el agradecimiento que Gladia siente por usted, no se ofreció ninguno de los dos? Tengo entendido que ofrecer sexo en Aurora es algo así como hablar del tiempo.

Fastolfe frunció el ceño.

—Usted no sabe nada de eso, señor Baley. No nos juzgue según las normas de su propio mundo. El sexo no es una cuestión de gran importancia para nosotros, pero cuidamos cómo lo utilizamos. Quizá a usted no se lo parezca, pero ninguno de nosotros nos ofrecemos con ligereza. Gladia, desconocedora de nuestras costumbres y sexualidades frustradas en Solaria, quizá se ofreció con ligereza, o desesperación, más bien, y, por lo tanto, no es sorprendente que no disfrutara con los resultados.

—¿No intentó usted mejorar la situación?

—¿Ofreciéndome? No soy lo que necesita y tampoco ella es lo que yo necesito. Me compadecí de ella. Me gusta. Admiro su talento artístico. Y quiero que sea feliz… Al fin y al cabo, señor Baley, convendrá conmigo en que las simpatías de un ser humano por otro no necesitan descansar sobre un deseo sexual o algo más que un honesto sentimiento humano. ¿Nunca se ha compadecido de nadie? ¿Nunca ha querido ayudar a alguien por la simple satisfacción de poner fin a sus desdichas? ¿Qué clase de planeta es el suyo?

Baley repuso:

—Lo que dice está justificado, doctor Fastolfe. No cuestiono el hecho de que sea usted un ser humano decente. Sin embargo, póngase en mi lugar. Cuando le he preguntado por qué había cedido Jander a Gladia, no me ha dicho lo que acaba de contarme ahora… y con considerable emoción, si me permite decirlo. Su primer impulso ha sido eludir la cuestión, titubear, ganar tiempo preguntando por qué no.

»Suponiendo que lo que finalmente me ha contado sea verdad, ¿por qué ha querido eludir la respuesta? ¿Qué razón, que usted no quería admitir, se le ha ocurrido antes de dar con la razón que sí quería admitir? Perdóneme por insistir, pero debo saberlo… y no por curiosidad personal, se lo aseguro. Si lo que me dice no afecta en ningún sentido a este lamentable asunto, puede considerarlo arrojado a un agujero negro.

Fastolfe contestó en voz baja:

—Con toda sinceridad, no estoy seguro de por qué he evadido la respuesta. Es posible que su pregunta me haya recordado algo que no quiero afrontar. Déjeme pensar, señor Baley.

Ambos guardaron silencio durante unos momentos. El camarero despejó la mesa y abandonó la habitación. Daneel y Giskard estaban en algún otro lugar (seguramente vigilando la casa). Baley y Fastolfe se encontraban al fin solos en una habitación sin robots.

Al cabo de unos minutos, Fastolfe declaró:

—No sé qué debo decirle, pero permítame retroceder algunas décadas. Tengo dos hijas. Quizá ya lo sepa. Son de dos madres distintas…

—¿Preferiría haber tenido hijos varones, doctor Fastolfe?

Fastolfe pareció sinceramente sorprendido.

—No. En absoluto. Creo que la madre de mi segunda hija quería un varón, pero yo no di mi consentimiento para la inseminación artificial con esperma seleccionado, aunque fuese mío, e insistí en seguir la arbitrariedad natural de la genética. Antes de que me pregunte por qué, le diré que prefiero una cierta intervención del azar en la vida y porque creo que, en el fondo, quería la posibilidad de tener una hija. Habría aceptado un varón, naturalmente, pero no quería abandonar la posibilidad de una hija. No sé por qué, me gustan las hijas. Pues bien, tuve una segunda hija y quizás ésta fue una de las razones por las que su madre disolvió el matrimonio poco

después de dar a luz. Por otra parte, un alto porcentaje de matrimonios se disuelven después de tener un hijo, de modo que quizá no deba buscar razones especiales.

—Deduzco que la madre se llevó a la criatura consigo.

Fastolfe lanzó una mirada perpleja a Baley.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? Pero olvido que viene usted de la Tierra. No, claro que no. La niña habría sido llevada a una guardería, donde la habrían cuidado debidamente. Sin embargo —arrugó la nariz como si sus recuerdos le produjeran cierta turbación—, no fue criada allí. Decidí encargarme yo mismo de ella. Es legal hacerlo así, aunque muy poco frecuente. Yo era muy joven, claro, pero aunque todavía no había alcanzado el primer siglo de edad, ya destacaba en robótica.

—¿Lo logró?

—¿Criarla? Oh, sí. Me encariñé mucho con ella. La llamé Vasilia. Era el nombre de mi madre, ¿sabe? —Se rió entre dientes—. Tengo una extraña vena de sentimentalismo… como mi afecto por mis robots. Por supuesto, no conocí a mi madre, pero su nombre constaba en mis gráficas. Creo que aún vive, de modo que podría verla, pero resulta muy embarazoso conocer a alguien que te ha llevado en sus entrañas. ¿Por dónde iba?

—Llamó Vasilia a su hija.

—Sí… y la crié y me encariñé con ella. Mucho. Yo veía los atractivos de hacer algo así, pero, naturalmente, eso incomodaba a mis amigos y tenía que mantenerla fuera de su vista cuando estaba con ellos, por razones sociales o profesionales. Recuerdo una vez… —Se interrumpió.

—¿Sí?

—Hacía décadas que no pensaba en ello. Entró corriendo, llorando por algún motivo, y se echó a mis brazos cuando el doctor Sarton estaba conmigo, discutiendo uno de los primeros programas de diseño para robots humaniformes. Creo que sólo tenía siete años y, naturalmente, la abracé, la besé y abandoné lo que estaba haciendo, lo cual fue imperdonable por mi parte. Sarton se marchó, tosiendo y atragantándose… y muy indignado. Pasó una semana entera antes de que volviéramos a reunirnos para proseguir las deliberaciones. Supongo que los niños no deberían producir

ese efecto sobre las personas, pero es que hay muy pocos niños y casi nunca se les ve.

—¿Y su hija, Vasilia, le quería?

—Oh, sí… al menos, hasta que… Me quería mucho. Yo supervisaba su instrucción para que su mente se desarrollara al máximo.

—Ha dicho que ella le quiso hasta que… algo. No ha terminado la frase. Así pues, llegó un día en que dejó de quererle. ¿Cuándo fue eso?

—Se empeñó en tener su propio establecimiento cuando fue lo bastante mayor. Algo muy natural.

—¿Y usted se opuso?

—¿Cómo iba a oponerme? No, claro que no me opuse. Sigue usted suponiendo que soy un monstruo, señor Baley.

—¿Debo suponer, en cambio, que cuando ella alcanzó la edad en que debía tener su propio establecimiento, ya no sentía el mismo afecto por usted que cuando era efectivamente su hija y vivía en su establecimiento dependiendo de usted?

—No es tan sencillo. De hecho, fue bastante complicado. Verá… —Fastolfe pareció turbado—. La rechacé cuando se me ofreció.

—¿Se ofreció a usted? —repitió Baley, horrorizado.

—Nada más natural —dijo Fastolfe con indiferencia—. No conocía a nadie mejor que a mí. Yo la había instruido en todo lo referente al sexo, había alentado sus experimentos, la había llevado a los Juegos de Eros, había hecho todo lo posible por ella. Era algo de esperar y fui un tonto por no esperarlo y dejarme sorprender.

—¿Pero el incesto…?

Fastolfe dijo:

—¿Incesto? Ah, sí, un término utilizado en la Tierra. En Aurora no existe tal cosa, señor Baley. Muy pocos auroranos conocen a su familia inmediata. Naturalmente, si se trata de contraer matrimonio y se solicitan hijos, se realiza una investigación genealógica, pero ¿qué tiene eso que ver con el sexo social? No, no, lo anormal es que yo rechazara a mi propia hija. —Enrojeció, especialmente sus grandes orejas.

—¡Qué desatino! —murmuró Baley.

—Además, no tenía ningún motivo para hacerlo; al menos, ninguno que pudiera explicar a Vasilia. Fue un gran error por mi parte no prever la cuestión y preparar los argumentos de un rechazo racional de alguien tan joven e inexperto, si fuera necesario, que no la hiriese ni humillara. Me avergüenza profundamente haber asumido la insólita responsabilidad de criar a una hija, sólo para someterla a una experiencia tan desagradable. Pensé que podríamos continuar nuestras relaciones como padre e hija, como amigos, pero ella no se dio por vencida. Cada vez que yo la rechazaba, por muy afectuosamente que intentara hacerlo, las cosas empeoraban entre nosotros.

—Hasta que finalmente…

—Finalmente ella quiso tener su propio establecimiento. Al principio yo me resistí, no porque no quisiera que lo tuviese, sino porque quería restablecer nuestros lazos de afecto antes de que se marchara. Nada de lo que hice dio resultado. Creo que fue la época más penosa de mi vida. Un día ella insistió, de un modo bastante violento, en marcharse y yo no pude seguir reteniéndola. Por entonces ella ya era una profesional de la robótica, me alegro de que no abandonara la profesión por resentimiento hacia mí, y podía encontrar un establecimiento sin mi ayuda. De hecho, así ocurrió, y desde entonces hemos mantenido poco contacto.

Baley sugirió:

—Es posible, doctor Fastolfe, que, ya que no abandonó la robótica, no se sienta resentida con usted.

—Es lo que hace mejor y le interesa más. No tiene nada que ver conmigo. Lo sé porque, en un principio, pensé lo mismo que usted e intenté un acercamiento amistoso, pero no fue bien acogido.

—¿La encuentra a faltar, doctor Fastolfe?

—Claro que la encuentro a faltar, señor Baley. Esto demuestra que criar a un hijo es una gran equivocación. Cedes a un impulso irracional, un deseo atávico, que te lleva a inspirarle el amor más profundo y luego te somete a la posibilidad de tener que causarle un daño emocional permanente rechazándolo la primera vez que se te ofrece. Y por si esto fuera poco, te sometes a ti mismo a este irracional sentimiento de pesar causado por la ausencia. Es algo que no había sentido nunca y no he vuelto a sentir desde

entonces. Tanto ella como yo hemos sufrido innecesariamente y la culpa es sólo mía.

Fastolfe se sumió en una especie de ensimismamiento y Baley preguntó con suavidad:

—¿Y qué tiene todo eso que ver con Gladia?

Fastolfe se sobresaltó.

—¡Oh! Lo había olvidado. Bueno, es muy sencillo. Todo lo que he dicho acerca de Gladia es verdad. Me gustaba. La compadecía. Admiraba su talento. Pero, además, se parece a Vasilia. Advertí el parecido cuando vi el primer reportaje de hiperondas sobre su llegada de Solaria. Era muy notorio y me impulsó a interesarme por ella. —Suspiró—. Cuando comprendí que ella, como Vasilia, se sentía frustrada sexualmente, no pude resistirlo. Dispuse que la establecieran cerca de mí, como ve. He sido su amigo y he hecho todo lo posible para evitarle las dificultades que supone la adaptación a un mundo extraño.

—Así pues, es como la sustituta de su hija.

—En cierto modo, sí. Supongo que podríamos llamarlo así, señor Baley… Y no puede usted imaginar cuánto me alegro de que nunca se le pasara por la cabeza ofrecerse a mí. Rechazarla habría sido revivir mi rechazo de Vasilia. Aceptarla por incapacidad para repetir el rechazo me habría amargado la vida, pues entonces habría pensado que hacía por esta extraña, este pálido reflejo de mi hija, lo que no había hecho por mi propia hija. En ambos casos… Pero no importa; ahora ya sabe por qué he titubeado en contestar. Pensar en ello me ha hecho recordar esta tragedia de mi vida.

—¿Y su otra hija?

—¿Lumen? —preguntó Fastolfe con indiferencia—. Nunca he tenido ningún contacto con ella, aunque recibo noticias suyas de vez en cuando.

—Tengo entendido que aspira a un cargo político.

—Sí, a uno local. Es la candidata globalista.

—¿Qué es eso?

—¿El partido globalista? Apoyan únicamente a Aurora; sólo a nuestro propio globo, ¿comprende? Los auroranos deben ejercer el liderazgo en la colonización de la Galaxia. Los demás deben ser excluidos, hasta donde sea

posible, en particular los terrícolas. Es lo que denominan «egoísmo ilustrado».

—Naturalmente, usted no comparte esa opinión.

—Claro que no. Yo encabezo el partido humanista, donde creemos que todos los seres humanos tienen derecho a compartir la Galaxia. Cuando me refiero a «mis enemigos», estoy hablando de los globalistas.

—Así pues, Lumen es una de sus enemigas.

—Y Vasilia también. Forma parte del Instituto de Robótica de Aurora, el IRA, que se fundó hace unos cuantos años y está dirigido por robóticos que me consideran un demonio al que se debe derrotar a toda costa. Sin embargo, que yo sepa, mis diversas ex esposas son apolíticas, quizás incluso humanistas. —Sonrió irónicamente y añadió—: Bien, señor Baley, ¿ha preguntado todo lo que quería preguntar?

Las manos de Baley buscaron inútilmente unos bolsillos en sus suaves y holgados pantalones auroranos —algo que había hecho periódicamente desde que empezara a llevarlos en la nave— y no los encontraron. Se conformó, como hacía algunas veces, cruzando los brazos sobre el pecho.

Dijo:

—En realidad, doctor Fastolfe, no estoy nada seguro de que haya contestado a mi primera pregunta. Tengo la impresión de que sigue eludiendo la respuesta. ¿Por qué dio Jander a Gladia? Pongámoslo todo al descubierto, a fin de que veamos la luz en lo que ahora parece oscuridad.

29

Fastolfe volvió a enrojecer. Quizás esta vez fuese de ira, pero siguió hablando en tono mesurado.

—No me presione, señor Baley. Ya le he contestado. Sentí lástima por Gladia y pensé que Jander le haría compañía. He sido más sincero con usted que con nadie, en parte por la situación en que me encuentro y en parte porque usted no es aurorano. A cambio, exijo un respeto razonable.

Baley se mordió el labio inferior. No estaba en la Tierra. No tenía autoridad oficial que le respaldara y estaba arriesgando algo más que su

orgullo profesional.

Dijo:

—Le pido disculpas, doctor Fastolfe, si he herido sus sentimientos. No estaba acusándole de falta de sinceridad o cooperación. Sin embargo, no puedo trabajar sin toda la verdad. Permítame sugerir la posible respuesta que estoy buscando y entonces usted me dirá si he acertado, o casi he acertado, o me he equivocado totalmente. ¿Puede ser que usted diese Jander a Gladia para que canalizara sus impulsos sexuales y, de ese modo, no tuviera la ocasión de ofrecerse a usted? Quizá no fuera su motivo consciente, pero piénselo ahora. ¿Es posible que ese sentimiento contribuyera al regalo?

La mano de Fastolfe cogió un adorno transparente y de poco peso que reposaba sobre la mesa del comedor. Empezó a darle vueltas, una y otra vez. A excepción de ese movimiento, Fastolfe parecía paralizado. Al fin dijo:

—Quizá sea así, señor Baley. La verdad es que desde que le presté a Jander, porque nunca fue un regalo, me sentí menos inquieto por la posibilidad de que se ofreciera a mí.

—¿Sabe si Gladia utilizó a Jander para fines sexuales?

—¿Ha preguntado a Gladia si lo hizo, señor Baley?

—Esto no tiene nada que ver con mi pregunta. ¿Lo sabe usted? ¿Presenció alguna manifestación sexual entre ellos? ¿Le informó alguno de sus robots en ese sentido? ¿Se lo contó ella misma?

—La respuesta a todas estas preguntas, señor Baley, es no. Si me paro a pensar en ello, no hay nada insólito en que un hombre o una mujer utilice a un robot para fines sexuales. Los robots normales no están particularmente adaptados a eso, pero los seres humanos son bastante ingeniosos en este aspecto. En cuanto a Jander, él está adaptado a eso porque es tan humaniforme como pudimos hacerlo…

—Para que pudiera tener relaciones sexuales.

—No, ésa no fue nunca nuestra intención. Fue el problema abstracto de construir un robot totalmente humaniforme lo que monopolizó el interés del difunto doctor Sarton y de mí mismo.

—Pero esos robots humaniformes están diseñados para tener relaciones sexuales, ¿verdad?

—Supongo que sí y, ahora que lo pienso, y admito que quizá lo haya pensado inconscientemente desde el principio, es muy posible que Gladia utilizara a Jander para ese fin. Si lo hizo, espero que hallara placer en ello. En ese caso, consideraría mi préstamo como una buena obra.

—¿Podría haber sido una obra mejor de lo que usted cree?

—¿En qué sentido?

—¿Qué opinaría si le dijera que Jander y Gladia eran marido y mujer?

La mano de Fastolfe, que aún sujetaba el adorno, se cerró convulsivamente a su alrededor, lo apretó con fuerza por espacio de un momento, y luego lo soltó.

—¿Qué? Eso es ridículo. Es legalmente imposible. Los hijos quedan descartados, de modo que no pueden solicitarse. Sin la intención de solicitarlos, no puede haber matrimonio.

—No es una cuestión de legalidad, doctor Fastolfe. Recuerde que Gladia es solariana y no ve las cosas desde el punto de vista aurorano. Es una cuestión emocional. La misma Gladia me ha dicho que consideraba a Jander como su marido. Creo que ahora se considera su viuda y tiene otro trauma sexual… y muy grave. Si, de algún modo, usted contribuyó conscientemente a ello…

—Por todas las estrellas —exclamó Fastolfe con desusada emoción—, claro que no. Cualquiera que fuesen mis intenciones, jamás imaginé que Gladia pensaría en el matrimonio con un robot, por muy humaniforme que éste pudiera ser. Ningún aurorano se lo habría imaginado.

Baley asintió y levantó una mano.

—Le creo. No le considero tan buen actor como para engañarme con una sinceridad fingida. Pero tenía que asegurarme. Al fin y al cabo, era posible que…

—No, no lo era. ¿Posible que yo previese esta situación? ¿Que creara deliberadamente esta abominable viudez, por alguna razón? Jamás. No era concebible, de modo que no lo concebí. Señor Baley, cualquiera que fuesen mis intenciones al colocar a Jander en el establecimiento de Gladia, eran

buenas. Yo no perseguía esto. Sé que alegar buena intención es una defensa muy pobre, pero no tengo otra.

—No hablemos más de ello, doctor Fastolfe —dijo Baley—. Ahora me gustaría sugerirle una posible solución del misterio.

Fastolfe respiró profundamente y se recostó en el asiento.

—Ya ha aludido a eso al regresar de casa de Gladia. —Miró a Baley con una chispa de ira en los ojos—. ¿No podría haberme hablado de esa «clave» que tiene nada más llegar? ¿Era necesario pasar por todo… esto?

—Lo lamento, doctor Fastolfe. La clave no tiene sentido sin todo… esto.

—Está bien. Adelante.

—De acuerdo. Jander estaba en una posición que usted, el teórico de la robótica más importante del mundo, no previó. Complacía de tal modo a Gladia que ella estaba enamorada de él y le consideraba su marido. ¿Y si resulta que, al complacerla, también la desagradaba?

—No sé a qué se refiere.

—Se lo explicaré. Ella era bastante reservada en lo que se refiere a este asunto. Tengo entendido que en Aurora las cuestiones sexuales no se ocultan a toda costa.

—No lo difundimos por hiperondas —contestó Fastolfe secamente—, pero tampoco constituye un secreto mayor que cualquier otra cuestión estrictamente personal. Por lo general sabemos quién ha sido el último compañero de quién y, si estamos entre amigos, solemos tener una idea del agrado o entusiasmo, o todo lo contrario, que siente uno u otro, o ambos. Es un tema de conversación como cualquier otro.

—Sí, pero usted no sabía nada sobre las relaciones de Gladia con Jander.

—Sospechaba…

—No es lo mismo. Ella no le dijo nada. Usted no vio nada. Ninguno de los robots le informó de nada. Ella se lo ocultó incluso a usted, su mejor amigo en Aurora. Es evidente que sus robots fueron cuidadosamente aleccionados para no hablar nunca de Jander y el mismo Jander debió de ser aleccionado para no revelar nada.

—Supongo que es una conclusión lógica.

—¿Por qué lo haría, doctor Fastolfe?

—¿Por un exagerado pudor solariano respecto al sexo?

—¿No equivale eso a decir que se avergonzaba de ello?

—No tenía motivo para ello, aunque el hecho de considerar a Jander como un marido la habría convertido en el hazmerreír de todos.

—Podría haber ocultado muy fácilmente esa parte sin ocultarlo todo. Supongamos que, debido a su educación solariana, estaba avergonzada.

—Bien, ¿y qué?

—A nadie le gusta sentirse avergonzado, y es posible que Gladia culpara a Jander por ello, obedeciendo a la ilógica tendencia de las personas a descargar sus propias culpas sobre los demás.

—¿Sí?

—Gladia es una mujer muy sencilla y puede que hubiera veces en que se echara a llorar, recriminando a Jander por ser la causa de su vergüenza y su desdicha. Es posible que eso no durara mucho y luego pasara rápidamente a las disculpas y las caricias, pero ¿no podría Jander sacar la clara impresión de que en realidad era él la fuente de la vergüenza y la desdicha de ella?

—Quizá.

—¿Y no llevaría eso a convencer a Jander de que, si seguía la relación, haría desgraciada a Gladia, y de que si la cortaba, también la haría desgraciada? Tomara la decisión que tomase, Jander estaría violando la Primera Ley e, incapaz de actuar sin infringirla, sólo podía refugiarse en la inacción total. Lo hizo así, y se produjo un bloqueo mental. ¿Recuerda lo que me ha contado hace unas horas acerca de ese presunto robot telépata que fue puesto en éxtasis por esa pionera de la robótica?

—Por Susan Calvin, sí. ¡Ya entiendo! Usted está preparando su plan de acción en base a esa vieja leyenda. Muy ingenioso, señor Baley, pero no funcionará.

—¿Por qué no? Cuando usted decía que era el único que podía provocar el bloqueo mental en Jander, no tenía la más remota idea de que estuviera tan involucrado en una situación tan inesperada. Todo eso guarda muchos paralelismos con la situación de Susan Calvin.

—Supongamos que ese relato sobre Susan Calvin y el robot que leía la mente no sea tan sólo una leyenda absolutamente ficticia. Tomémosla en serio. Aun así, no existiría paralelismo entre esa historia y la situación de Jander. En el caso de Susan Calvin, nos estaríamos refiriendo a un robot increíblemente primitivo, que en la actualidad no alcanzaría el grado de juguete. Alguien así sólo podría afrontar estos dilemas cualitativamente: A crea desdicha; no-A crea desdicha; por lo tanto, bloqueo mental.

—¿Y Jander? —dijo Baley.

—Cualquier robot moderno, cualquiera del último siglo, sopesaría cuantitativamente tales asuntos. ¿Cuál de las dos situaciones, A o no-A, crea más desdicha? El robot tomaría una decisión rápida y optaría por la desdicha menor. Las probabilidades de que el robot juzgue que las dos alternativas mutuamente excluyentes producen cantidades exactamente iguales de desdicha son escasas y, aun si llegara este caso, los robots modernos van dotados de un factor de azar. Si A y no-A producen una desdicha precisamente igual según su juicio, el robot escoge una u otra de un modo totalmente aleatorio y luego se atiene a ella sin más titubeos. Desde luego, no se produce en él un bloqueo mental.

—¿Significa eso que es imposible que Jander sufriera un bloqueo mental? Me ha dicho y repetido que usted podría provocarlo…

—En el caso del cerebro positrónico humaniforme, existe una manera de obviar el factor aleatorio que depende por entero del modo en que ese cerebro haya sido construido. Aun conociendo la teoría básica, resulta un proceso difícil y prolongado llevar el robot al huerto, por decirlo de algún modo, mediante una hábil sucesión de órdenes y cuestiones que en último término provoquen el bloqueo mental. Es impensable que éste tenga lugar por accidente, y la mera existencia de una aparente contradicción como la producida por las sensaciones simultáneas de amor y de vergüenza no podría provocarlo sin los ajustes cuantitativos más meticulosos bajo las condiciones más inusuales. Lo cual nos deja, como vengo diciendo, con la paralización espontánea como única explicación posible de lo sucedido.

—Pero sus enemigos insisten en que lo más probable es que sea usted culpable. ¿No podríamos nosotros, como réplica, insistir en que Jander fue inducido al bloqueo mental por el conflicto surgido en Gladia entre el amor

y la vergüenza? ¿No parecería eso creíble? ¿Y no pondría a la opinión pública a su favor, doctor?

Fastolfe frunció el ceño.

—Señor Baley, es usted demasiado impulsivo. Piense seriamente en ello. Si intentáramos librarnos de nuestro dilema de este modo tan poco honrado, ¿cuáles podrían ser las consecuencias? No hablo ya de la vergüenza y la desdicha que acarrearía a Gladia, quien no sólo sufriría la pérdida de Jander, sino también la sensación de haber sido ella quien la había provocado, si efectivamente se había sentido avergonzada y lo había manifestado ante el robot. No me gustaría hacer algo así, pero vamos a pasar eso por alto, si es posible. Pensemos, en cambio, en que mis enemigos dirían que le había prestado a Jander precisamente para provocar lo que sucedió. Lo habría hecho, dirían, para desarrollar un método de bloqueo mental en robots humaniformes al tiempo que escapaba de toda presunta culpabilidad. Todavía estaríamos peor de lo que estamos, pues no sólo me acusarían de ser un intrigante, como sucede ahora, sino que dirían además que me había comportado como un monstruo con una mujer inocente y confiada, de la que simulaba ser amigo. Ésta es una acusación que hasta ahora no me ha hecho nadie.

Baley titubeó. Notó que abría las mandíbulas y que su voz se convertía en un tartamudeo.

—Pero ellos no harían…

—Lo harían. Usted mismo estaba casi a punto de pensarlo no hace mucho rato…

—Sólo como una remota…

—Mis enemigos no lo considerarían así y no le darían publicidad como tal posibilidad remota.

Baley se dio cuenta de que acababa de enrojecer. Notó la oleada de calor y descubrió que no podía mirar a la cara a Fastolfe. Se aclaró la garganta y contestó:

—Tiene usted razón. He dicho lo primero que se me ha ocurrido sin pararme a pensar, y no puedo sino pedirle excusas. Me siento terriblemente avergonzado. Supongo que no hay manera de resolver el caso más que con la verdad, si conseguimos averiguarla.

—No desespere —contestó Fastolfe—. Ya ha descubierto usted datos relativos a Jander que yo nunca había pensado que conseguiría. Puede seguir descubriendo más y, al final, lo que ahora nos parece un misterio quedará develado y aclarado. ¿Qué piensa hacer a continuación?

Pero Baley no podía pensar en nada ante la vergüenza que le producía su fracaso.

—No lo sé, realmente —murmuró.

—Bueno, ha sido injusto por mi parte preguntárselo. Ha tenido usted un día muy largo y nada sencillo. No me sorprende que tenga el cerebro un poco cansado. ¿Por qué no descansa, ve una película o se va a dormir? Mañana por la mañana se sentirá mucho mejor.

Baley asintió y murmuró:

—Quizá tenga razón.

Sin embargo, de momento, no creía que a la mañana siguiente fuera a sentirse mejor en absoluto.

30

El dormitorio era frío, tanto de temperatura como de ambiente. Baley tiritó ligeramente. Una temperatura tan baja en una habitación le daba la desagradable sensación de estar en el Exterior. Las paredes eran de un blanco levemente tirando a gris y no estaban decoradas, lo que era inusual en el establecimiento de Fastolfe. El suelo, a simple vista, parecía de marfil pulido, pero bajo los pies desnudos se notaba mullido, como alfombrado. El lecho era blanco y las finas mantas resultaban frías al tacto.

Se sentó en el borde del colchón y descubrió que cedía muy poco a la presión de su cuerpo.

Se volvió hacia Daneel, que había entrado con él, y le preguntó:

—Daneel, ¿te perturba que un ser humano mienta?

—Soy consciente de que los seres humanos mienten en ocasiones, compañero Elijah. A veces, una mentira puede resultar útil o incluso obligada. Mis sentimientos acerca de las mentiras dependen del mentiroso, la ocasión y la razón.

—¿Puedes saber siempre cuándo un ser humano miente?

—No, compañero Elijah.

—¿Te da la impresión de que el doctor Fastolfe miente a menudo?

—Nunca me ha parecido que el doctor Fastolfe mintiera.

—¿Ni siquiera en relación con la muerte de Jander?

—Hasta donde puedo discernir, dice la verdad en todo.

—Quizás te instruyó para que contestaras eso si yo te preguntaba…

—No es así, compañero Elijah.

—Pero quizás te ha instruido para decir eso también…

Baley se interrumpió. Se preguntó nuevamente de qué serviría interrogar a un robot. Y más en aquel caso, en que estaba entrando en un círculo vicioso.

De pronto, se dio cuenta de que el colchón había ido cediendo lentamente bajo su peso y que ahora casi le envolvía las caderas. Se incorporó, de pronto y dijo:

—¿Hay algún modo de calentar la habitación, Daneel?

—Te sentirás más caliente cuando estés bajo las mantas y con la luz apagada, compañero Elijah.

—Ah —dijo Baley, al tiempo que miraba a su alrededor con aire suspicaz—. ¿Querrías apagar la luz y quedarte en la habitación cuando lo hayas hecho, Daneel?

La luz se apagó casi al instante y Baley advirtió que su suposición de que aquella alcoba, al menos, estaba sin decorar era una absoluta equivocación. En cuanto quedó a oscuras, se sintió como si estuviera en el Exterior. Se oía el suave rumor del viento en los árboles y los murmullos lejanos y adormecidos de distantes formas de vida. También había sobre su cabeza la ilusión de un cielo estrellado con alguna nube ocasional que lo cruzaba, apenas visible.

—¡Vuelve a encender la luz, Daneel!

La habitación se inundó de luz.

—Daneel —dijo Baley—, no deseo nada de todo eso. No quiero estrellas, ni nubes, ni ruidos, ni árboles, ni viento, ni aromas. Quiero oscuridad, una oscuridad que no deje adivinar las formas de las cosas. ¿Puedes conseguirlo?

—Desde luego, compañero Elijah.

—Entonces, hazlo. Y enséñame cómo puedo apagar la luz yo mismo cuando quiera dormir.

—Estoy aquí para protegerte, compañero Elijah.

—Estoy seguro de que así es —replicó Baley con un gruñido—. Pero puedes hacerlo desde el otro lado de la puerta. Imagino que Giskard estará fuera, junto a las ventanas, si realmente existen ventanas tras esas cortinas.

—Las hay. Y si traspasas ese umbral, compañero Elijah, encontrarás un Personal reservado para ti. Esa parte de la pared no es sólida y puedes atravesarla fácilmente. La luz se conectará cuando entres y volverá a apagarse cuando salgas… Y no hay decoración. Puedes ducharte o hacer cualquier otra cosa que desees antes de retirarte o al despertar.

Baley se volvió en la dirección que Daneel indicaba. No vio ningún hueco en la pared, pero la moldura del suelo en ese punto parecía más compacto, como si realmente hubiera un umbral.

—¿Cómo podré encontrarla en la oscuridad, Daneel? —preguntó.

—Esa parte de la pared, que no es tal, resplandecerá ligeramente. En cuanto a la luz de la habitación, tienes un hueco en el cabezal de la cama. Si pones allí el dedo, la habitación se oscurecerá si estaba iluminada, y se iluminará si estaba a oscuras.

—Gracias. Ahora puedes irte.

Media hora después, Baley había terminado con el Personal y se encontraba acurrucado bajo la manta, con la luz apagada y envuelto por una cálida y reconfortante oscuridad.

Como Fastolfe había dicho, la jornada había sido muy larga. Era casi increíble que hubiera llegado a Aurora aquella misma mañana. Había aprendido muchas cosas, y sin embargo ninguna de ellas le había servido de nada.

Siguió despierto en la oscuridad y repasó los acontecimientos del día uno tras otro, con la esperanza de advertir algo que antes le hubiera pasado por alto, pero no fue así.

¡Al diablo con el callado y juicioso, perspicaz y sutil Elijah Baley del programa de hiperondas!

El colchón le envolvía de nuevo y era como una cálida funda. Se movió ligeramente y el colchón se tensó bajo él hasta amoldarse después, lentamente, a su nueva posición.

No tenía objeto repasar otra vez el día con la cabeza cansada y soñolienta como tenía, pero no pudo evitar intentarlo por segunda vez, siguiendo sus propios pasos en aquél su primer día en Aurora, desde el espaciopuerto al establecimiento de Fastolfe, luego al de Gladia y nuevamente al primero.

Se movió un poco y notó con la mente abstraída que el colchón volvía a amoldarse a él.

Gladia… más hermosa de lo que él recordaba, pero dura… cierta dureza en ella… o quizá se había construido una coraza protectora… pobre mujer. Pensó cálidamente en la reacción de ella al tocarle la mejilla con la mano… si hubiese podido quedarse con ella, le habría enseñado… estúpidos auroranos… actitud desagradablemente despreocupada hacia el sexo… todo vale… lo que significa que nada vale en realidad… no merece la pena… estúpido… Fastolfe, a Gladia, vuelta a Fastolfe… otra vez a Fastolfe.

De vuelta a Fastolfe. ¿Qué sucedió de vuelta a Fastolfe? ¿Algo dicho? ¿Algo no dicho? Y en la nave antes incluso de llegar a Aurora… algo que cuadraba con…

Baley se hallaba en el mundo de nunca jamás de la duermevela, cuando la mente se libera y sigue sus propias leyes. Es como el cuerpo que vuela, surcando el aire y sin gravedad.

Espontáneamente iba saliendo lo sucedido… pequeños aspectos que él no había notado… reuniéndose… añadiéndose una cosa a otra… poniéndose en su lugar… formando una red… tejido…

Y entonces le pareció oír un sonido y pasó a un nivel consciente. Aguzó el oído sin captar nada y se hundió de nuevo en la duermevela para retomar el hilo de los pensamientos, pero éste se había roto.

Fue como si una obra de arte se hundiera en un cenagal. Aún reconocía sus perfiles, sus masas de color iban amortiguándose, pero él sabía que la obra estaba allí. Y cuando trató desesperadamente de rescatarla, terminó de desaparecer y ya no recordó nada de ella. Nada en absoluto.

¿Había pensado realmente algo? ¿O era el propio recuerdo de haberlo hecho una ilusión nacida de algún fugaz desatino de una mente dormida? Y así estaba Baley en realidad: dormido.

Cuando durante la noche se despertó un instante, pensó para sí: «He tenido una idea, una idea importante».

Pero no se acordó de nada, salvo de que había dado con algo.

Permaneció despierto un rato, contemplando la oscuridad. Si realmente había habido algo, volvería a recordarlo.

¡O quizás no! (¡Jehoshaphat!).

Y volvió a dormirse.

8. FASTOLFE Y VASILIA

31

Baley se despertó sobresaltado y contuvo la respiración con suspicacia. En el aire había un leve olor irreconocible que se desvaneció a la segunda inspiración.

Daneel estaba de pie junto a la cama con aire grave.

—Confío que habrás dormido bien, compañero Elijah.

Baley echó un vistazo alrededor. Las cortinas seguían corridas pero se apreciaba claramente la luz diurna en el Exterior. Giskard ponía en orden unas ropas totalmente distintas, de los zapatos a la chaqueta, de todo cuanto había llevado el día anterior.

—Muy bien, Daneel —dijo Baley—. ¿Me ha despertado algo?

—Una dosis de antisomnina en la ventilación del dormitorio, compañero Elijah. Activa el organismo para despertar. Hemos utilizado una dosis inferior al 1% normal porque desconocíamos cuál sería tu reacción. Quizás hubiéramos tenido que usar una cantidad menor aún.

—Más me ha parecido un palmetazo en las nalgas —replicó Baley—. ¿Qué hora es?

—Son las siete y cinco, tiempo de Aurora. Fisiológicamente, el desayuno estará preparado dentro de media hora.

Daneel dijo la frase sin asomo de humor, aunque un ser humano habría encontrado muy apropiado una sonrisa. Giskard, con voz más tensa y un poco menos entonada que la de Daneel, dijo:

—Señor, el amigo Daneel y yo no entraremos en el Personal. Si quiere hacerlo usted y decirnos si precisa algo, se lo suministraremos en seguida.

—Sí, claro. —Baley se incorporó, sacó las piernas de la cama y se puso en pie. Giskard empezó a deshacer la cama inmediatamente.

—¿Me da su pijama, señor?

Baley titubeó sólo un instante. Era un robot quien se lo pedía, nada más. Se desnudó y tendió las prendas a Giskard, quien las cogió con un leve movimiento afirmativo de la cabeza.

Baley se miró con disgusto. De pronto fue consciente de su cuerpo de hombre ya maduro, que muy probablemente estaba en peor estado que el de Fastolfe, quien casi le triplicaba la edad.

Buscó de forma automática las zapatillas y vio que no había. Seguramente no las necesitaba. El suelo parecía cálido y suave a sus pies.

Entró en el Personal y pidió instrucciones. Desde el otro lado de la falsa sección de la pared, Giskard le explicó con solemnidad el funcionamiento de la máquina de afeitar y del depósito de crema dentífrica, el modo de poner en automático el aparato de vaciado del retrete y cómo controlar la temperatura de la ducha.

Todo estaba hecho a una escala mayor y más refinada de lo que la Tierra podía ofrecer, y no había separaciones tras las cuales pudieran oírse los movimientos y ruidos involuntarios de otra persona, cosas que él tenía que pasar por alto para mantener la ilusión de intimidad.

Resultaba decadente, pensó sombríamente Baley mientras se sometía al lujoso ritual, pero era una decadencia a la que (podía advertirlo ya) le sería fácil acostumbrarse. Si permanecía un tiempo en Aurora, encontraría el choque cultural del regreso a la Tierra dolorosamente intenso, en especial en lo relativo al Personal. Deseó que el reajuste no le llevara mucho tiempo, pero deseó también que los terrícolas que colonizaran nuevos mundos no se vieran obligados a mantener el concepto de Personales Comunitarios.

Baley pensó que quizás era así como cabía definir la decadencia: Aquello a lo que uno podía acostumbrarse fácilmente.

Baley salió del Personal tras terminar diversas actividades, con la barbilla bien rasurada, los dientes relucientes y el cuerpo refrescado por la ducha y seco.

—Giskard, ¿dónde puedo encontrar desodorante?

—No le comprendo, señor —respondió Giskard. Daneel intervino rápidamente.

—Al activar el control de espuma, compañero Elijah, se introduce un efecto desodorante. Pido excusas por la falta de comprensión del amigo Giskard. Carece de mi experiencia en la Tierra.

Baley enarcó las cejas en actitud dubitativa y empezó a vestirse con la ayuda de Giskard.

—Veo que tú y Giskard seguís todavía cada paso que doy. ¿Se ha producido algo que indique que alguien intenta sacarme de en medio?

—Hasta ahora, no, compañero Elijah —dijo Daneel—. Sin embargo, sería aconsejable que el amigo Giskard y yo nos quedáramos contigo en todo momento, si ello es posible.

—¿A qué se debe eso, Daneel?

—A dos razones, compañero Elijah. En primer lugar, podemos ayudarte en cualquier aspecto de la cultura aurorana y de sus costumbres con los que no estés familiarizado. En segundo lugar, el amigo Giskard, en particular, puede grabar y reproducir palabra por palabra todas las conversaciones que sostengas. Eso puede ser de valor para ti. Recordarás que ha habido ocasiones, durante tus conversaciones con el doctor Fastolfe y con la señorita Gladia, en que el amigo Giskard y yo estábamos a cierta distancia, en otra sala…

—¿Así que esas conversaciones no fueron grabadas por Giskard?

—En realidad, sí, compañero Elijah, pero en baja fidelidad. Incluso hay partes que no estarán tan nítidas como quisiéramos. Sería mejor si permaneciéramos lo más cerca posible.

—Daneel, ¿tú crees que me encontraré más cómodo si os considero guías y aparatos de grabación que si os veo como guardaespaldas? ¿Por qué no llegáis a la conclusión de que como guardaespaldas me sois absolutamente innecesarios? Dado que hasta ahora no se ha producido ningún atentado contra mí, ¿por qué no puede deducirse que tampoco los habrá en el futuro?

—No, compañero Elijah. Eso sería una falta de cautela. El doctor Fastolfe opina que sus enemigos te observan con gran aprensión. Intentaron

convencer al presidente de que no concediera permiso al doctor Fastolfe para tu visita, y es más que seguro que continuarán intentando convencerle de que ordene tu regreso a la Tierra lo más pronto posible.

—Ese tipo de suposición pacífica no requiere guardaespaldas.

—No, señor. Pero si la oposición tiene razones para temer que puedas probar la inocencia del doctor Fastolfe, es posible que intente alguna otra acción extrema. Después de todo, tú no eres aurorano y las inhibiciones contra la violencia de nuestro mundo pueden, por tanto, debilitarse un poco en tu caso.

—El hecho de que lleve aquí un día entero y no haya sucedido nada —replicó Baley con terquedad— tiene que tranquilizarles mucho y reducir considerablemente la amenaza de violencia.

—Sí, así parece ser —dijo Daneel sin mostrar el menor indicio de reconocer el tono de ironía en las palabras de Baley.

—Por otro lado —dijo Baley— si parece que estoy realizando progresos, el peligro aumenta inmediatamente.

Daneel se detuvo a pensar y luego dijo:

—Parece una consecuencia lógica.

—Y por tanto, tú y Giskard tenéis que venir conmigo a todas partes, por si consiguiera hacer mi trabajo un poco demasiado bien.

Daneel hizo una nueva pausa antes de responder.

—Tu manera de exponerlo, compañero Elijah, me deja perplejo, pero pareces tener razón.

—En tal caso —dijo Baley—, estoy listo para el desayuno. Aunque no contribuye mucho a mi apetito que me digan que la alternativa al fracaso es un intento de asesinato.

32

Fastolfe sonrió a Baley desde el otro lado de la mesa de desayunar.

—¿Ha dormido bien, señor Baley?

Éste estudió fascinado la loncha de jamón. Tenía que cortarse con cuchillo, era fibrosa y tenía una discreta tira de grasa en uno de los lados.

En pocas palabras, no había sido procesado. El resultado era que sabía más a jamón, por decirlo de algún modo.

También había huevos fritos, con la yema como una semiesfera aplastada en el centro, rodeada de la clara coagulada; se parecían a las margaritas que Ben le había enseñado en el campo, allá en la Tierra. Intelectualmente, sabía muy bien cuál era el aspecto de un huevo antes de ser procesado, y sabía que contenía clara y yema, pero jamás las había visto separadas en el momento de comer. Hasta en la nave que le había traído, e incluso en Solaria, los huevos se servían siempre revueltos.

Baley alzó la mirada hacia Fastolfe.

—¿Cómo dice?

—¿Ha dormido bien? —repitió Fastolfe con paciencia.

—Sí. Muy bien. Probablemente todavía estaría durmiendo de no ser por la antisomnina.

—¡Ah, sí! No es precisamente la hospitalidad que un invitado tiene derecho a esperar, pero he pensado que le gustaría empezar temprano.

—Tiene usted toda la razón. Además, tampoco soy exactamente un huésped.

Fastolfe siguió comiendo en silencio durante un par de minutos. Tomó un sorbo de su bebida caliente y luego preguntó:

—¿Ha tenido alguna intuición esta noche? ¿Se ha despertado, quizás, con una nueva perspectiva o con un nuevo enfoque?

Baley observó a Fastolfe con aire suspicaz, pero el rostro de su interlocutor no reflejaba sarcasmo. Se llevó la taza a los labios mientras respondía:

—Me temo que no. Sigo tan despistado como estaba anoche.

Bebió un sorbo de bebida e hizo una mueca.

—Lo lamento —murmuró Fastolfe—. ¿Encuentra desagradable la bebida?

Baley emitió un gruñido y saboreó el liquido de nuevo, con cautela.

—No es más que café —le informó Fastolfe—. Descafeinado, ¿sabe?

Baley frunció el ceño.

—No sabe a café y además… Disculpe, doctor Fastolfe, no quiero empezar a parecer paranoico, pero Daneel y yo acabamos de sostener una

discusión medio en broma, medio en serio, sobre la posibilidad de que se produzca algún acto violento contra mí. Medio en broma por mi parte, claro, no por la de Daneel. Pues bien, me ronda por la cabeza que una de las maneras como alguien podría acabar conmigo es…

Su voz se apagó al llegar a este punto.

Fastolfe enarcó las cejas. Extendió la mano, cogió el café de Baley mientras murmuraba una excusa y olió la taza. A continuación tomó una cucharadita del liquido y lo probó.

—Perfectamente normal, señor Baley —dijo después—. No es ningún intento de envenenamiento.

—Lamento comportarme de un modo tan estúpido; ya que sé que lo han preparado sus propios robots, pero… ¿está seguro?

Fastolfe sonrió.

—Es cierto que en ocasiones los robots han sido manipulados, pero esta vez no. Sólo sucede que el café, aunque conocido popularmente en todos los mundos, tiene gran cantidad de variedades. Es un hecho conocido que todo ser humano prefiere el café de su propio mundo. Lo lamento, señor Baley, pero no tengo la variedad terrestre para ofrecerle. ¿Prefiere leche? Ésta es relativamente igual en todos los mundos. ¿Zumo de frutas? El mosto de Aurora está considerado el mejor de todos los mundos, en términos generales. Hay quien dice, con mala intención, que aquí lo dejamos fermentar ligeramente; sin embargo, eso no es cierto, por supuesto. ¿Agua?

—Probaré el mosto —murmuró Baley mientras observaba de nuevo el café en actitud dubitativa—. Supongo que debería intentar acostumbrarme a esto.

—En absoluto —contestó Fastolfe—. ¿Por qué someterse a lo desagradable si no es necesario? Y bien… —su sonrisa pareció algo tensa cuando insistió en su anterior observación—, ¿así que la noche y el reposo no le han proporcionado reflexiones útiles?

—Así es, lo lamento —contestó Baley. A continuación, frunciendo el ceño ante un leve recuerdo en el fondo de su mente, añadió—: Aunque…

—¿Sí?

—Tengo la impresión de que, justo antes de dormirme, cuando me encontraba en el limbo de asociaciones mentales libres que se produce entre

el sueño y la vigilia, me ha parecido haber descubierto algo.

—¿De verdad? ¿Qué era?

—No lo sé. La idea me ha hecho despertar, pero he sido incapaz de recordarla. O quizás ha sido un ruido el que me ha distraído, no recuerdo. He tratado de retomar el pensamiento, pero no lo he conseguido. Se ha esfumado. Creo que este tipo de cosas sucede con frecuencia.

Fastolfe se quedó pensativo.

—¿Está seguro de lo que dice?

—En realidad, no. La idea se ha desvanecido tan rápidamente que he llegado a no estar seguro siquiera de haberla tenido. Y si realmente se me ha ocurrido algo, es posible que tuviera sentido para mí sólo porque estaba medio dormido. Quizá si la idea volviera a mí ahora, a plena luz del día, no le encontraría sentido alguno.

—Pero fuera lo que fuese, y por fugazmente que pasara por su cabeza, habrá dejado algún rastro, con toda seguridad.

—Imagino que sí, doctor Fastolfe. En cuyo caso, volverá a surgir. Confío en ello.

—¿Así, tendremos que esperar?

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Existe algo llamado «sondeo psíquico».

Baley se recostó en el asiento y miró fijamente a Fastolfe durante un instante. Luego respondió:

—He oído hablar de eso, pero la policía no lo utiliza en la Tierra.

—No estamos en la Tierra, señor Baley —dijo Fastolfe en tono tranquilo.

—Puede causar daños en el cerebro, ¿no es así?

—No es lo probable, si lo efectúa la persona adecuada.

—Pero no es imposible, ni siquiera si lo efectúa la persona adecuada —replicó Baley—. Según tengo entendido, no puede ser utilizado en Aurora salvo en ciertas circunstancias severamente determinadas. Quienes son sometidos al sondeo deben ser culpables de un delito importante o…

—Sí, señor Baley, pero eso se refiere a los auroranos. Y usted no lo es.

—¿Significa eso que, como soy terrícola, voy a ser tratado como si no fuera humano?

Fastolfe sonrió y le tendió las manos a Baley.

—Vamos, vamos. Sólo era una sugerencia. Anoche estaba usted tan desesperado que insinuó que intentáramos resolver nuestro problema colocando a Gladia en una posición trágica y horrible. Me estaba preguntando si estaría usted tan desesperado como para arriesgarse.

Baley se frotó los ojos y, durante un par de minutos, permaneció en silencio. Luego, con voz algo alterada, murmuró:

—Anoche estaba equivocado, lo reconozco. En cuanto al tema que ahora estamos tratando, no existe ninguna seguridad de que mis pensamientos de anoche, cuando estaba medio dormido, tuvieran ninguna importancia para lo que intentamos resolver. Pudo tratarse perfectamente de una mera fantasía, de un sinsentido carente de lógica. Quizá ni siquiera he pensado nada. Nada. ¿Consideraría usted conveniente que me arriesgue a sufrir daños en el cerebro ante la posibilidad tan pequeña de sacar algo en limpio, cuando usted mismo ha dicho que depende de mí para encontrar una solución al problema?

Fastolfe asintió:

—Defiende usted su caso con elocuencia, y además, yo no hablaba en serio.

—Gracias, doctor Fastolfe.

—¿Dónde vamos a ir cuando salgamos?

—En primer lugar, desearía hablar con Gladia otra vez. Hay ciertos puntos referentes a ella que preciso clarificar.

—Tendría que haberlo hecho ayer por la noche.

—En efecto, pero anoche tuve más de lo que podía asimilar adecuadamente, y hubo algunos puntos que se me escaparon. Soy un detective, no un ordenador infalible.

—No pretendía culparle. Es simplemente que no me gusta ver a Gladia preocupada innecesariamente. En vista de lo que me dijo usted anoche, no deja de darme vueltas en la cabeza la idea de que quizás se encuentra en un estado de profunda agitación.

—Indudablemente. Pero también está desesperadamente ansiosa por descubrir qué sucedió, quién, si es que fue alguien, mató al que consideraba su marido. También eso es comprensible. Estoy seguro de que Gladia se

mostrará deseosa de ayudarme. Además, quiero hablar también con otra persona.

—¿Con quién?

—Con su hija Vasilia.

—¿Con Vasilia? ¿Por qué? ¿Con qué propósito?

—Es una roboticista. Me gustaría hablar con algún otro roboticista aparte de usted.

—Yo no lo deseo, señor Baley.

Ya habían terminado de desayunar. Baley se puso en pie.

—Doctor Fastolfe, de nuevo debo recordarle que estoy aquí a petición suya. No tengo autoridad formal para llevar a cabo una labor policial. No tengo relación con ninguna de las autoridades auroranas. La única oportunidad de llegar hasta el fondo de este triste asunto consiste en aguardar a que diversas personas deseen cooperar voluntariamente conmigo respondiendo a mis preguntas.

»Si me impide que lo intente, está claro que no llegaré más lejos en mis investigaciones de lo que estoy ahora. Es decir, no llegaré a ninguna parte. Eso complicaría muchísimo las cosas para usted, y por lo tanto para la Tierra, por lo que le pido que se aparte de mi camino. Si usted me posibilita entrevistarme con quien yo desee, o simplemente intenta hacerlo intercediendo por mí, la gente de Aurora tomará dicha actitud como señal de inocencia por parte de usted. Por el contrario, si obstaculiza mi investigación, ¿a qué conclusión podrá llegar la gente sino a la de que es usted culpable y teme ser descubierto?

Con disgusto apenas reprimido, Fastolfe respondió:

—Le comprendo, Baley, pero ¿por qué Vasilia? Hay otros roboticistas en Aurora.

—Vasilia es hija suya. Le conoce. Puede tener una opinión muy formada sobre las probabilidades de que usted destruyera al robot. Dado que Vasilia es miembro del Instituto de Robótica y que apoya a sus enemigos políticos, cualquier evidencia favorable que pueda proporcionamos resultará muy convincente.

—¿Y si testifica en contra mía?

—Nos enfrentaremos con ello cuando se produzca. ¿Podría ponerse en contacto con ella y pedirle que me reciba?

Fastolfe suspiró con resignación.

—Lo haré por usted, pero se equivoca si cree que voy a poder convencerla fácilmente para que le reciba. Puede que esté demasiado ocupada, o pensar que lo está. Quizá no se encuentre en Aurora. O incluso puede que no desee verse mezclada en el asunto. Anoche intenté explicarle a usted que mi hija tiene razones, o al menos cree tenerlas, para mostrarse hostil conmigo. Que sea yo quien le pida que le reciba a usted puede impulsarla a negarse, como mero signo de desagrado hacia mí.

—¿Querrá intentarlo, doctor Fastolfe?

—Lo intentaré mientras usted esté en el establecimiento de Gladia —suspiró Fastolfe—. Supongo que querrá ver a Vasilia cara a cara, ¿no? Le puedo asegurar que la televisión tridimensional sirve igual. La imagen tiene la calidad suficiente para que no pueda distinguirse de la presencia personal verdadera.

—Lo sé, Fastolfe, pero Gladia es de Solaria y la televisión tridimensional le trae recuerdos desagradables. En cualquier caso, opino que se produce una mayor efectividad intangible al estar cara a cara físicamente. La actual situación es demasiado delicada y las dificultades son demasiado grandes para dejar de lado esa mayor efectividad.

—Bien, avisaré a Gladia —asintió Fastolfe. Dio media vuelta, titubeó y se volvió otra vez hacia Baley—. Sin embargo, señor Baley…

—¿Sí, doctor Fastolfe?

—Anoche me dijo usted que la situación era lo bastante seria para no tener en cuenta los inconvenientes que pueda causar a Gladia. Según sus palabras, había cosas mayores y mucho más interesantes.

—Es cierto, pero puede confiar en que no la molestaré si puedo evitarlo.

—No me refiero sólo a Gladia. Simplemente, quiero advertirle que esa opinión suya, en el fondo correcta, debe extenderse también a mi persona. No espero que se preocupe usted gran cosa de mi orgullo o de no causarme molestias si tiene ocasión de hablar con Vasilia. No me hago grandes esperanzas en cuanto a resultados pero, si llega a hablar con ella, yo tendré

que soportar la turbación consiguiente y no quiero que usted haga nada por evitarlo. ¿Comprendido?

—Para ser sincero del todo, doctor Fastolfe, no he tenido nunca la intención de evitarle turbación. Si tengo que poner en un platillo de la balanza su turbación y su vergüenza, y en el otro la continuidad de su línea política y el bienestar de mi mundo, no dudaré un instante en avergonzarle.

—¡Magnifico! Por cierto, señor Baley, esa actitud deberá extenderse también a usted mismo. No debe permitir que se interpongan en su camino sus intereses o conveniencias personales.

—No se me permitió hacerlo cuando usted decidió traerme aquí sin consultarme.

—Estoy hablando de otro asunto. Si después de un tiempo razonable (no muy largo, pero razonable), no ha hecho ningún progreso hacia una resolución del caso, tendremos que considerar la posibilidad de un sondeo psíquico, después de todo. Nuestra última esperanza puede consistir en descubrir qué es lo que su mente conoce y usted no sabe que conoce.

—Puede que no conozca nada, doctor Fastolfe.

Fastolfe miró a Baley con aire triste.

—Es cierto. Pero, como ha dicho usted respecto a la posibilidad de que Vasilia atestigüe contra mí, ya afrontaremos eso cuando sea el momento.

El doctor Fastolfe se volvió y salió de la sala.

Baley le siguió con la mirada, pensativo. Ahora parecía que si hacía progresos tendría que hacer frente a represalias físicas de naturaleza desconocida, aunque posiblemente peligrosas. Y si no progresaba, tendría que afrontar el sondeo psíquico, que difícilmente podía ser mejor.

—¡Jehoshaphat! —murmuró en voz baja.

33

El paseo hasta el establecimiento de Gladia le pareció más corto que el día anterior. El día era también soleado y agradable, pero la vista no tenía el mismo aspecto. La luz del sol venía oblicuamente de la dirección opuesta, naturalmente, y su color parecía algo distinto.

Podía ser que la vida vegetal tuviera un aspecto ligeramente distinto por la mañana o por la tarde, o quizás era una diferencia de olores. En cierta ocasión, Baley ya había pensado algo parecido respecto a la vida vegetal de la Tierra, recordó ahora.

Daneel y Giskard le acompañaban de nuevo, pero iban más cerca de él y parecían menos intensamente alertas que el día anterior.

—¿El sol brilla siempre aquí? —preguntó Baley.

—No, compañero Elijah —dijo Daneel—. Eso sería desastroso para la vida vegetal y, por tanto, para el hombre. En realidad, las predicciones indican que el cielo se nublará en el transcurso del día.

—¿Qué era eso? —preguntó sobresaltado Baley. En la hierba se veía agazapado un animal de tamaño pequeño y color gris marrón. Al verles, el animal desapareció dando rápidos y ágiles saltos.

—Un conejo, señor —dijo Giskard.

Baley se tranquilizó. Había visto animales de ésos en los campos de la Tierra.

Gladia no les aguardaba esta vez junto a la puerta, pero era evidente que les estaba esperando. Cuando un robot les hizo pasar al interior, Gladia no se levantó sino que murmuró, con un tono de voz entre irritado y preocupado:

—El doctor Fastolfe me ha dicho que deseabas verme otra vez. ¿De qué se trata ahora?

Gladia llevaba una bata perfectamente ajustada a su cuerpo, y era evidente que no llevaba nada debajo. Tenía el cabello peinado hacia atrás sin moldear y en su rostro había una acusada palidez. Tenía las ojeras más marcadas que el día anterior y era evidente que había dormido poco.

Daneel, recordando lo que había sucedido el día anterior, no entró en el salón. Giskard, en cambio, acompañó a Baley, echó un rápido vistazo a su alrededor y se retiró a un nicho de la pared. En otro de ellos había uno de los robots de Gladia.

—Lamento terriblemente, Gladia —dijo Baley—, tener que molestarte otra vez.

—Anoche olvidé decirte —murmuró Gladia— que cuando Jander sea desintegrado, será reciclado, naturalmente, para su uso en las fábricas de

robots. Supongo que resultará gracioso saber que, cada vez que me cruce con un robot de reciente construcción, me podré detener a preguntarme cuántos átomos de Jander forman parte de ellos.

—También nosotros, cuando morimos, somos reciclados —intervino Baley—, y quién sabe cuántos átomos de otras personas tenemos en cada uno de nosotros ahora mismo, o en quién estarán los nuestros algún día.

—Tienes mucha razón, Elijah. Y además me recuerdas lo fácil que resulta filosofar acerca de las penalidades de los demás.

—Eso también es cierto, Gladia, pero no he venido a filosofar.

—Entonces, haz lo que has venido a hacer.

—Tengo que formularte unas preguntas.

—¿No tuviste bastante con las de ayer? ¿Quizás has pasado la noche pensando otras nuevas?

—Así es en parte, Gladia. Ayer me dijiste que incluso después de vivir con Jander como marido y mujer, hubo otros hombres que se ofrecieron a ti y que no aceptaste. Es acerca de este punto sobre el que quiero preguntarte.

—¿Por qué?

Baley hizo caso omiso de la pregunta.

—Dime cuántos hombres se ofrecieron a ti durante el tiempo en que estuviste casada con Jander.

—No llevo la cuenta de esas cosas, Elijah. Tres o cuatro.

—¿Hubo alguno más insistente que los demás? ¿Alguno se ofreció más de una vez?

Gladia, que hasta entonces había evitado la mirada de Baley, alzó ahora la vista directamente hacia él y preguntó a su vez:

—¿Has hablado de eso con alguien más?

Baley hizo un movimiento de negativa con la cabeza.

—No he hablado de este tema con otra persona, aparte de ti. Sin embargo, deduzco de tu pregunta que al menos uno de tus pretendientes fue más insistente que los demás.

—Sí, uno de ellos. Santirix Gremionis —suspiró Gladia—. Los auroranos tienen unos nombres muy peculiares, y Santirix era un tipo realmente peculiar para ser aurorano. Nunca he conocido a nadie más insistente en este aspecto. Siempre educado, aceptaba cada una de mis

negativas con una sonrisilla y una inclinación de cabeza, y luego insistía de nuevo a la semana siguiente, o incluso al día siguiente. Esa mera insistencia era una pequeña cortesía. Un aurorano decente aceptaría como permanente una negativa, a menos que la presunta pareja dejara razonablemente claro que había cambiado de idea.

—Repíteme algo… Quienes se ofrecían a ti ¿conocían tu relación con Jander?

—No era un asunto que mencionase en conversaciones intrascendentes.

—Bien, entonces refirámonos específicamente a ese Gremionis. ¿Sabía él que Jander era tu esposo?

—Nunca se lo dije.

—No lo descartes tan de prisa, Gladia. No se trata de que se lo dijeras o no. Al contrario que los demás, éste se te ofreció repetidamente. Por cierto, ¿cuántas veces dirías tú? ¿Tres, cuatro? ¿Cuántas?

—No las conté —respondió Gladia fatigosamente—. Puede que una docena de veces o más. De todos modos, si no hubiera sido una persona de confianza, habría dado órdenes a mis robots de que le impidieran la entrada al establecimiento.

—Ya, pero no lo hiciste. Y hacer tantos ofrecimientos lleva tiempo. Él venía a verte. Se reunía contigo. Tenía tiempo de notar la presencia de Jander y tu comportamiento con él. ¿No podría ser que adivinara vuestra relación?

Gladia movió la cabeza en señal de negativa.

—No lo creo. Jander no entraba nunca cuando yo estaba con un ser humano.

—¿Eran ésas tus instrucciones? Supongo que lo eran, ¿no?

—En efecto. Y antes de que sugieras que me sentía avergonzada de mi relación con él, te aclararé que era sólo para evitar enojosas complicaciones. Conservo cierto instinto de intimidad respecto al sexo del que carecen los auroranos.

—Vuelve a pensar. ¿Podría haberlo adivinado Gremionis? Ahí le tienes, un hombre enamorado…

—¡Enamorado! —exclamó al tiempo que soltaba una especie de bufido—. ¿Qué saben los auroranos del amor?

—Bien, digamos entonces un hombre que se considera enamorado. Tú no respondes a sus estímulos. ¿No podría haberlo adivinado, con la especial sensibilidad y suspicacia del amante rechazado? ¡Piénsalo! ¿No hizo nunca alguna referencia indirecta a Jander? Alguna cosa que te despierte la menor sospecha…

—¡No, no! Sería algo insólito que un aurorano comentara adversamente las preferencias o costumbres sexuales de otro.

—No necesariamente en forma adversa. Un comentario humorístico, quizás. Alguna indicación de que sospechaba vuestras relaciones.

—¡No! Si el joven Gremionis hubiera pronunciado siquiera una palabra en ese sentido, jamás habría vuelto a entrar en mi establecimiento, y me habría ocupado de que nunca volviera a acercarse. Sin embargo, él no haría algo así. Era la buena educación personificada para mí.

—Le acabas de llamar «joven». ¿Qué edad tiene Gremionis?

—Aproximadamente la mía. Treinta y cinco años. Quizás uno o dos menos que yo.

—Un crío —dijo tristemente Baley—. Más joven incluso que yo. Pero a esa edad… Supón que adivinó la relación que había entre Jander y tú, y que no dijo nada, ni una sola palabra. ¿No podría, pese a ello, haber estado celoso?

—¿Celoso?

Baley pensó que aquella palabra podía tener muy poco sentido en Aurora o en Solaria, y la definió.

—Ponerse furioso porque prefirieras a otro en su lugar.

—Ya sé qué significa la palabra «celoso» —replicó Gladia en tono brusco—. Sólo la he repetido porque me sorprende que pienses que un aurorano pueda sentir celos. En este planeta no existen los celos por cuestiones de sexo. Por otras cosas, sí, pero no por el sexo. —En el rostro de Gladia había un manifiesto aire de disgusto—. Y aunque estuviera celoso, ¿qué importa eso? ¿Qué podía hacer?

—¿No sería posible que le hubiera dicho a Jander que la relación con un robot podía poner en peligro tu posición en Aurora…?

—¡Eso no habría sido cierto!

—En caso de que se lo hubieran dicho, Jander lo habría creído. Se convencería de que estaba poniéndote en peligro, haciéndote daño. ¿No puede haber sido ésta la causa del bloqueo mental?

—Jander no habría creído nunca esa afirmación. Me hizo feliz cada uno de los días en que fue mi esposo, y así se lo dije.

Baley permaneció tranquilo. Gladia estaba desviándose de la cuestión, pero bastaría con que él se lo pusiera más claro.

—Estoy seguro de que te creyó, pero también pudo sentirse impelido a creer a otra persona que le decía lo contrario. Y si de algún modo se vio atrapado entonces en un dilema irresoluble respecto a la Primera Ley…

El rostro de Gladia formó una mueca y su voz chilló:

—¡Eso es una locura! Estás contándome otra vez el viejo cuento de hadas de Susan Calvin y el robot que leía la mente. Nadie que tenga más de diez años de edad puede tragarse eso.

—¿No es posible que…?

—No, no lo es. Yo procedo de Solaria y sé lo suficiente acerca de los robots para estar segura de que no es posible. Se precisaría un experto increíble para colocar a un robot ante un problema irresoluble que afecte a la Primera Ley. El doctor Fastolfe quizás podría hacerlo, pero Santirix Gremionis no, desde luego. Gremionis es un estilista. Trabaja con seres humanos. Corta el cabello, diseña vestidos. Yo hago lo mismo, pero al menos trabajo con robots. Gremionis no ha tocado un robot en su vida. No sabe nada de ellos, excepto cómo ordenarles que cierren una ventana o cosas así. ¿Estás intentando decirme que fue la relación entre Jander y yo, ¡yo! —se dio unos nerviosos golpecitos en el esternón con un dedo extendido rígidamente, sin que apenas se le apreciaran sus pequeños pechos bajo la bata—, lo que le causó la muerte?

—No se trata de nada que hicieras conscientemente —dijo Baley, deseando detenerse pero incapaz de dejar de investigar—. ¿Y si Gremionis hubiera aprendido del doctor Fastolfe la manera de…?

—Gremionis no conocía al doctor Fastolfe y, de todos modos, no hubiera entendido nada de lo que éste le hubiese dicho.

—Gladia, no puedes tener la seguridad de que Gremionis podría entender o no de una cosa. Por otro lado, en cuanto a lo de no conocer al

doctor Fastolfe… Gremionis debe de haber estado con frecuencia en tu establecimiento, si tanto te perseguía…

—Pero el doctor Fastolfe casi nunca viene por aquí. Anoche, cuando vino contigo, era sólo la segunda vez que cruzaba el umbral del establecimiento. Tiene miedo de que, si se acerca demasiado a mí, yo salga corriendo. Una vez lo reconoció. Creía que había perdido a su hija, de ese modo, o una tontería así. Mira, Elijah, cuando se vive varios siglos, hay mucho tiempo para perder miles de cosas. Agradece tener una vida tan corta, Elijah —añadió casi tartamudeando; estaba llorando de manera incontrolada.

Baley la observó y se sintió impotente.

—Lo lamento, Gladia. No tengo más preguntas. ¿Llamo a un robot? ¿Necesitas ayuda?

Gladia hizo un gesto de negativa y agitó la mano.

—No. Vete… vete —dijo con voz ahogada—. Vete.

Baley titubeó y por fin abandonó la sala, echando una última e inquieta mirada atrás al cruzar la puerta. Giskard siguió sus pasos y Daneel se unió a ellos cuando salieron de la casa. Baley apenas lo advirtió. Con la mente abstraída, pasó por su cabeza la idea de que estaba empezando a aceptar la presencia de los robots como la de su sombra o como la de su ropa, y que estaba alcanzando un punto en el que se sentiría desnudo sin ellos.

Regresó rápidamente hacia el establecimiento de Fastolfe con multitud de ideas dándole vueltas en la cabeza. Su deseo de ver a Vasilia había sido en un principio cuestión de desesperación, de falta de cualquier otro objeto de curiosidad. Sin embargo, ahora las cosas habían cambiado. Cabía la posibilidad de que hubiera tropezado con algo vital.

34

El feo rostro de Fastolfe estaba surcado de ceñudas arrugas cuando Baley regresó.

—¿Algún progreso? —preguntó al recién llegado.

—He eliminado parte de una posibilidad… quizás.

—¿Parte de una posibilidad? ¿Y cómo elimina la otra parte? Mejor aún, ¿cómo establece una posibilidad?

—Cuando uno encuentra imposible eliminar una posibilidad, pone los cimientos para establecerla.

—¿Y si le resulta imposible eliminar la otra parte de la posibilidad que tan misteriosamente ha mencionado?

Baley se encogió de hombros y contestó:

—Antes de que perdamos el tiempo con eso, tengo que ver a su hija.

—Bien, señor Baley —dijo Fastolfe con aire abatido—. He hecho lo que me ha pedido y he intentado ponerme en contacto con ella. He tenido que despertarla.

—¿Quiere decir que está en la parte del planeta donde ahora es de noche? —Baley se sintió disgustado—. Me temo que soy tan estúpido que he imaginado que todavía estaba en la Tierra. En las ciudades subterráneas, el día y la noche pierden su significado y el tiempo tiende a ser uniforme.

—No se preocupe. Eos es el centro de robótica de Aurora y pocos roboticistas viven fuera del complejo. Sencillamente, Vasilia estaba durmiendo y ser despertada no ha contribuido a mejorar su habitual mal genio, según parece. No ha querido hablar conmigo.

—Vuelva a llamar —insistió Baley en tono urgente.

—He hablado con su robot secretario y ha habido un incómodo intercambio de mensajes. Vasilia ha dejado bien claro que no desea hablar conmigo bajo ningún concepto. Con usted se ha mostrado más flexible. El robot ha anunciado que Vasilia le concederá cinco minutos a través de su canal privado de videoteléfono, si la llama… —Fastolfe consultó el panel cronómetro de la pared— dentro de media hora. No le verá en persona bajo ningún concepto.

—Esas condiciones son insuficientes, al igual que el tiempo que me concede. Debo verla en persona durante todo el tiempo que sea preciso. ¿Le ha explicado la importancia del asunto, señor Fastolfe?

—Lo he intentado, pero a ella no le preocupa.

—Usted es su padre. Seguramente…

—Vasilia es más reacia a ceder en sus decisiones por lo que yo le diga que por el consejo de cualquier extraño. Como lo sabía, he utilizado a

Giskard.

—¿Giskard?

—Sí. Giskard es uno de los favoritos de Vasilia. Cuando estudiaba robótica en la universidad, se tomó la libertad de ajustar algunos aspectos secundarios de su programa, y no hay nada que haga más íntima la relación con un robot que eso… excepto el método de Gladia, por supuesto. Era casi como si Giskard fuera Andrew Martin…

—¿Quién es Andrew Martin?

—Quién era, no es —respondió Fastolfe—. ¿No ha oído hablar de él?

—¡Jamás!

—¡Qué extraño! Nuestras viejas leyendas tienen todas a la Tierra por escenario, pero en la Tierra no se conocen. Andrew Martin era un robot que gradualmente, paso a paso, se supone que se fue haciendo humaniforme. Naturalmente, hubo otros robots humaniformes antes de Daneel, pero eran simples juguetes, apenas algo más que autómatas. Sin embargo, se cuentan historias sorprendentes de las habilidades de Andrew Martin, señal inequívoca de la naturaleza mítica del relato. Había una mujer que formaba parte de las leyendas y que es conocida popularmente por la Señorita. La relación es demasiado compleja para describirla ahora, pero supongo que todas las muchachitas de Aurora habrán soñado con ser la Señorita y tener por robot a Andrew Martin. Así le sucedió a Vasilia… y Giskard fue su Andrew Martin.

—¿Y bien?

—Le he pedido al robot que le dijera que usted iba a ir acompañado por Giskard. Hace años que no lo ve, y creí que así podría inducirla a verle.

—Pero no ha dado resultado, supongo.

—No ha dado resultado.

—Entonces, tenemos que pensar en otra cosa. Debe de haber algún modo de conseguir que me reciba.

—Quizás a usted se le ocurra alguna. Dentro de unos minutos la verá por el triménsico y tendrá cinco minutos para convencerla de que debe recibirle en persona.

—¡Cinco minutos! ¿Qué puedo hacer en cinco minutos?

—No lo sé. Pero aun así, menos es nada.

35

Quince minutos después, Baley estaba frente a la pantalla de visión tridimensional, dispuesto para conocer a Vasilia Fastolfe.

El doctor había salido de la sala con una amarga sonrisa, diciendo que su presencia no contribuiría precisamente a hacer más accesible a su hija. Tampoco Daneel estaba presente. Sólo Giskard permanecía detrás de Baley, acompañándole.

—El canal tridimensional de la doctora Vasilia está abierto para recepción. ¿Está preparado, señor?

—Todo lo que puedo estarlo —asintió Baley en tono serio. No había querido sentarse, pues tenía la idea de que resultaba más imponente si permanecía de pie. (¿Cuán imponente podía resultar un terrícola?).

La pantalla se iluminó, mientras el resto de la sala quedaba a oscuras, y en ella apareció una mujer, ligeramente desenfocada al principio. También ella estaba de pie, frente a él, con la mano derecha apoyada en una mesa de laboratorio inundada de planos y diagramas. (Sin duda, ella también quería impresionarle).

Cuando la imagen quedó enfocada, los ángulos de la pantalla parecieron fundirse y la figura de Vasilia (si realmente se trataba de ella) se hizo más profunda hasta convertirse en tridimensional. Ahora, la mujer estaba en la sala con todo el aspecto de realidad tangible, salvo que la decoración de la sala en la que se encontraba no coincidía con la de Baley, y la diferencia resultaba chocante.

La mujer llevaba una falda marrón oscuro que se dividía en dos perneras amplias semitransparentes, de modo que sus piernas quedaban medio visibles a partir de la mitad del muslo. Vestía una blusa ceñida y sin mangas, con los brazos desnudos hasta los hombros y el escote pronunciado. Tenía el cabello muy rubio y muy rizado.

No guardaba ningún parecido con los feos rasgos de su padre, y desde luego no había heredado sus grandes orejas. Baley sólo pudo pensar que su madre debía de haber sido una mujer muy hermosa, y que la hija debía de haber sido afortunada en el reparto de los genes.

Era de baja estatura, y Baley apreció un notable parecido con Gladia en los rasgos de su rostro, aunque su expresión era mucho más fría y denotaba una personalidad dominante.

—¿Es usted el terrícola que ha venido a resolver los problemas de mi padre? —preguntó en tono cortante.

—Sí, doctora Fastolfe —respondió Baley con voz igualmente seca.

—Puede llamarme doctora Vasilia. No quiero que se me confunda con mi padre.

—Doctora Vasilia, debe usted concederme la posibilidad de hablar con usted, en persona, durante un período de tiempo razonablemente extenso.

—No lo dudo, siendo como es un terrícola y una fuente segura de infecciones.

—He sido tratado médicamente y se puede estar conmigo con toda garantía. Su padre ha estado constantemente en mi compañía durante más de un día.

—Mi padre se hace pasar por idealista y tiene que hacer tonterías de vez en cuando para apoyar su pantomima. Yo no voy a imitarle.

—Creo entender que no desea usted ningún mal para su padre. Pues bien, se lo causará si se niega usted a verme.

—Está perdiendo el tiempo. No deseo verle más que por este sistema, y ya ha consumido la mitad de su tiempo. Si lo prefiere, podemos dejarlo aquí, si no le resulta satisfactorio.

—Doctora Vasilia, aquí está Giskard e insiste en solicitarle una entrevista personal conmigo.

Giskard entró en el campo de visión.

—Buenos días, Señorita —dijo en voz baja. Por un instante, Vasilia pareció desconcertada y, cuando habló otra vez, lo hizo en un tono ligeramente más suave.

—Me alegro de verte, Giskard, y te recibiré siempre que lo desees, pero no pienso ver a ese terrícola aunque tú me lo pidas.

—En ese caso —dijo Baley, jugándose todas sus bazas desesperadamente—, tendré que hacer público el caso de Santirix Gremionis sin haber consultado con usted.

Vasilia abrió los ojos como platos y alzó la mano que tenía sobre la mesa, cerrando el puño.

—¿Qué es eso del caso de Gremionis?

—Gremionis es un joven muy atractivo y que la conoce a usted muy bien. ¿De verdad quiere que trate estos temas sin escuchar antes lo que tengo que decirle?

—Va usted a decirme ahora mismo…

—¡No! —la interrumpió en voz alta Baley—. No voy a decirle nada a menos que me permita verla personalmente.

Vasilia frunció los labios.

—Está bien, le recibiré, pero no me quedaré con usted un momento más de lo que yo desee, se lo advierto. Y traiga a Giskard.

La conexión tridimensional se interrumpió bruscamente y Baley se sintió mareado ante el repentino cambio de decoración que siguió. Se encaminó hacia una silla y tomó asiento.

Giskard le acompañó cogiéndole por el codo, para asegurarse de que llegaba indemne a la silla.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —preguntó después.

—Estoy bien —contestó Baley—. Sólo necesito recuperar el aliento.

El doctor Fastolfe estaba sentado frente a él.

—Vuelvo a excusarme por no cumplir mis deberes de anfitrión. He estado escuchando por una extensión que puede recibir pero no transmitir. Deseaba ver a mi hija, aunque ella no me viera a mí.

—Comprendo —dijo Baley, jadeando ligeramente—. Si la costumbre señala que su acción requiere una disculpa, ya está aceptada.

—Pero ¿qué era eso de Santirix Gremionis? Ese nombre me es desconocido.

Baley miró fijamente a Fastolfe y contestó:

—Doctor Fastolfe, he conocido ese nombre de labios de Gladia esta mañana. Sé muy poco de él, pero he corrido el riesgo de decirle a su hija lo que usted ha oído. No tenía muchas probabilidades a favor, pero los resultados han sido exactamente los que buscaba. Como ha podido ver, puedo hacer unas deducciones muy atinadas aún cuando posea muy poca información, así que será mejor que me deje en paz para seguir haciéndolo.

En el futuro, haga el favor de colaborar plenamente y no volver a mencionar el sondeo psíquico.

Fastolfe enmudeció y Baley sintió una extraña satisfacción por haber impuesto su voluntad primero a la hija, y luego al padre.

Lo que ignoraba era cuánto tiempo podría seguir haciéndolo.

9. VASILIA

36

Baley se detuvo ante la puerta del planeador y dijo en tono firme:

—Giskard, no quiero las ventanillas oscurecidas, ni quiero sentarme en la parte trasera. Deseo sentarme en el asiento delantero y observar el Exterior. Dado que estaré sentado entre tú y Daneel, creo que estaré suficientemente protegido, a menos que el vehículo entero sea destruido. Y en tal caso, resultaríamos destruidos todos y poco importaría si estaba sentado delante o detrás.

Giskard respondió a la fuerza de aquellas palabras retirándose hacia atrás con grandes muestras de respeto.

—Señor, si se sintiera usted mal…

—En tal caso, detendrías el vehículo, me colocarías en la parte trasera y dejaría que volvieras opacas las ventanillas. O quizá no será preciso siquiera detenerse. Podría pasar del asiento delantero al trasero saltando por encima del respaldo mientras seguimos avanzando. Escucha, Giskard, para mí es muy importante ambientarme lo más posible con Aurora y, en todo caso, es importantísimo que me acostumbre al Exterior. Y lo que acabo de decirte es una orden, Giskard.

—El compañero Elijah tiene razón en lo que pide, amigo Giskard —intervino Daneel en voz baja—. Creo que estará razonablemente protegido.

Giskard, quizás a regañadientes (Baley no podía interpretar la expresión de su rostro no del todo humano), cedió y ocupó su puesto ante los controles. Baley le siguió y echó un vistazo por el claro cristal del

parabrisas sin la rotunda seguridad que acababa de demostrar en la voz. Con todo, tener un robot a cada costado resultaba reconfortante.

El vehículo se levantó sobre sus chorros de aire comprimido y se balanceó ligeramente como si estuviera buscando dónde posar las patas. Baley notó una sensación de mareo en la boca del estómago e intentó no arrepentirse de su valiente actuación de momentos antes. No servía de nada intentar decirse a sí mismo que Daneel y Giskard no mostraban el menor signo de temor y que debería imitarles. Ambos eran robots y no podían sentir miedo.

Y entonces el coche avanzó de pronto y Baley se sintió aplastado contra el asiento. Al cabo de un minuto, se desplazaba a una velocidad mayor de la que jamás había experimentado en las autopistas de la Ciudad. Delante de ellos se extendía una carretera ancha y llena de hierba.

La velocidad parecía mayor por cuanto a los lados no se veía ninguna de las amistosas luces y estructuras de la Ciudad, sino grandes extensiones de vegetación y formaciones irregulares.

Baley pugnó por mantener serena su respiración y por hablar con la mayor naturalidad posible de cosas sin importancia.

—No parece que haya ninguna granja por aquí, Daneel. Debe de ser una tierra sin utilizar.

—Son terrenos de la ciudad, compañero Elijah —respondió Daneel—. Es una zona de propiedades y parques privados.

—¿De qué ciudad? —Baley no podía aceptar a ciegas la explicación. Él conocía perfectamente qué era una Ciudad.

—Eos es la ciudad más importante de Aurora, y la que tiene más habitantes. Fue la primera ciudad que se fundó, y en ella tiene su sede la Asamblea Legislativa Mundial de Aurora. El Presidente de la Asamblea tiene su finca por aquí y pronto pasaremos por delante.

Ahora resultaba que no sólo era una ciudad, sino además la más importante. Baley miró a ambos lados.

—Tenía la impresión de que los establecimientos de Fastolfe y de Gladia estaban en las afueras de Eos. Hubiera asegurado que ya estábamos fuera de los límites de la Ciudad.

—En absoluto, compañero Elijah. Estamos atravesando el centro. Los límites están a siete kilómetros y nuestro destino está casi cuarenta kilómetros más allá.

—¿El centro de la ciudad? No veo grandes estructuras…

—No están hechas para ser vistas desde las carretera, pero ahí entre los árboles puedes ver una. Es el establecimiento de Fuad Labord, un famoso escritor.

—¿Conoces todos los establecimientos con sólo verlos?

—Están catalogados en mis bancos de memoria —dijo Daneel en tono solemne.

—No se ve tráfico en la carretera. ¿A qué se debe?

—Las distancias largas son cubiertas por aeromóviles o por submóviles magnéticos. Las conexiones tridimensionales…

—En Solaria las denominan «visionados» —dijo Baley.

—Y aquí también, en las conversaciones informales. Su nombre más formal es TVC. Estas comunicaciones constituyen el medio más usado de relacionarse. Por otra parte, a los auroranos les encanta pasear y no es extraño que recorran varios kilómetros para hacer una visita social o incluso para acudir a una reunión de negocios, cuando disponen del tiempo necesario.

»Y nosotros tenemos que acudir a un sitio que queda demasiado lejos para ir andando, demasiado cerca para tomar un aeromóvil, y no se desea la visión tridimensional; por eso utilizamos un vehículo terrestre. Un planeador, para ser más exactos, compañero Elijah, aunque cabe calificarlo de vehículo terrestre, supongo.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar al establecimiento de Vasilia?

—No mucho, compañero Elijah. Está en el Instituto de Robótica, como quizá sepas.

Hubo unos instantes de silencio y por fin Baley dijo:

—Allí en el horizonte parece haberse nublado el cielo.

Giskard tomó una curva a toda velocidad y el planeador se inclinó en un ángulo de unos treinta grados. Baley reprimió un gemido y se asió a Daneel, quien pasó su brazo izquierdo sobre los hombros de Baley y le sostuvo con

fuerza, con una mano en cada hombro. Baley respiró lenta y profundamente cuando el planeador recuperó su posición.

—Sí —dijo entonces Daneel—, esas nubes darán lugar a precipitaciones conforme avance el día, tal como predijo el servicio meteorológico.

Baley frunció el ceño. Durante sus trabajos experimentales en el Exterior, en la Tierra, la lluvia le había pillado una vez, una sola vez. Había sido como permanecer bajo una ducha fría con las ropas puestas. Había sufrido un momento de auténtico pánico al comprender que no había modo alguno de manipular ningún control que detuviera la lluvia. ¡El agua caería sin parar! Después, todo el mundo se echó a correr y él hizo lo mismo, encaminándose a la Ciudad, siempre seca y fácil de controlar.

Pero ahora estaba en Aurora y no tenía idea de lo que debía hacer uno cuando empezaba a llover y no había por ninguna parte una Ciudad adonde escapar. ¿Debía correr al establecimiento más próximo? ¿Los refugiados eran automáticamente bien recibidos?

Después de otra pequeña curva, Giskard dijo:

—Estamos en el aparcamiento del Instituto de Robótica, señor. Podemos entrar y visitar el establecimiento que la doctora Vasilia tiene en terrenos del Instituto.

Baley asintió. El viaje había durado entre quince y veinte minutos (ésa fue la máxima precisión de que fue capaz, contando en tiempo terrestre) y Baley se alegraba de que hubiese terminado. Casi sin aliento, murmuró:

—Antes de reunirme con la hija del doctor Fastolfe, me gustaría saber algo de ella. Tú no la conoces, ¿verdad, Daneel?

—Cuando empecé a existir —contestó Daneel—, el doctor Fastolfe y su hija llevaban separados bastante tiempo. No la he visto nunca.

—En cuanto a ti, Giskard, tú y ella os conocéis muy bien, ¿no es cierto?

—Lo es, señor —asintió Giskard, impasible.

—¿Y os gustabais?

—Creo, señor —contestó el robot—, que a la hija del doctor Fastolfe le complacía estar conmigo.

—¿Y a ti te complacía estar con ella?

Giskard pareció escoger sus palabras antes de contestar.

—Me producía una sensación que, creo, corresponde a lo que los seres humanos entienden por complacerse en la compañía de otro ser humano.

—Pero con Vasilia, esa sensación tuya era más acusada, ¿estoy en lo cierto?

—Su complacencia ante mi compañía —confesó Giskard— parecía estimular, en efecto, los potenciales positrónicos que producen en mí acciones equivalentes a las que el placer produce en los seres humanos. O al menos así me lo explicó una vez el doctor Fastolfe.

—¿Por qué abandonó Vasilia a su padre? —preguntó de repente Baley.

Giskard no respondió.

—Te he hecho una pregunta, muchacho —insistió Baley con la súbita brusquedad que solían utilizar los terrícolas con los robots.

Giskard volvió la cabeza y miró fijamente a Baley quien, por un instante, creyó que el fulgor de los ojos del robot reflejaba un destello de resentimiento hacia aquella mezquina palabra.

No obstante, cuando Giskard habló lo hizo en un tono suave y sin mostrar ninguna expresión identificable en sus facciones.

—Me gustaría responderle, señor, pero la señorita Vasilia me ordenó que guardara silencio en todo lo referente a dicha separación, cuando ésta se produjo.

—Pero yo te ordeno que respondas, y puedo ordenarlo de una manera muy firme y convincente, si lo deseo.

—Lo lamento —insistió Giskard—. La señorita Vasilia, ya por aquel entonces, tenía grandes conocimientos de robótica y las órdenes que me dio eran suficientemente poderosas como para permanecer, pese a todo lo que pueda usted decirme, señor.

—Es cierto que debía de ser muy hábil en robótica —asintió Baley—, pues el doctor Fastolfe me ha contado que Vasilia te reprogramó en varias ocasiones.

—No resultó peligroso hacerlo, señor. El doctor Fastolfe en persona podía corregir en todo momento cualquier error que ella pudiese cometer.

—¿Y tuvo que hacerlo?

—Nunca, señor.

—¿Cuál era la naturaleza de la reprogramación?

—Cosas de poca importancia, señor.

—Quizá, pero insisto en que sacies mi curiosidad. ¿Qué es lo que hizo Vasilia?

Giskard titubeó y Baley supo inmediatamente qué significaba aquello. El robot contestó:

—Me temo que cualquier pregunta referente a la reprogramación no puede ser respondida por mí.

—¿Lo tienes prohibido?

—No, señor, pero la reprogramación borra automáticamente lo que había anteriormente. Si sufro una modificación en algún aspecto, a mí me parecerá que siempre he sido así y no guardaré recuerdo alguno de lo que era antes de sufrir la modificación.

—Entonces, cómo sabes que las reprogramaciones fueron sobre asuntos de poca importancia.

—Dado que el doctor Fastolfe no ha visto nunca la necesidad de corregir nada de cuanto hizo la señorita Vasilia (o al menos eso me dijo él cierta vez), no puedo sino suponer que los cambios fueron de poca importancia. Puede usted preguntárselo a la señorita Vasilia, señor.

—Así lo haré —asintió Baley.

—No obstante, me temo que ella no le responderá, señor.

A Baley le dio un vuelco el corazón. Hasta aquel momento, sólo había interrogado al doctor Fastolfe, a Gladia y a los dos robots, y todos ellos tenían razones muy manifiestas para colaborar. Ahora, por primera vez, se enfrentaría con una persona hostil.

37

Baley descendió del planeador, que descansaba sobre un túmulo cubierto de hierba, y sintió un cierto placer al notar el suelo firme bajo sus pies.

Miró a su alrededor, sorprendido de que los edificios estuvieran tan próximos unos a otros. A su derecha había uno particularmente grande, construido sin grandes ornamentaciones, como un inmenso bloque de metal y cristal de aristas perfectamente dispuestas en ángulos rectos.

—¿Eso es el Instituto de Robótica? —preguntó.

—El Instituto abarca todo el complejo, compañero Elijah —contestó Daneel—. Ese edificio sólo es una parte, y está construido con más solidez de lo habitual en Aurora porque forma una entidad política autónoma. Contiene establecimientos vivienda, laboratorios, bibliotecas, gimnasios comunales, etcétera. El edificio grande es el centro administrativo.

—Parece tan poco aurorano, con tantos edificios a la vista (al menos a juzgar por lo que he visto de Eos), que supongo que habría una considerable oposición a su construcción.

—Creo que la hubo, compañero Elijah, pero el jefe del Instituto era amigo del Presidente, que tenía mucha influencia y consiguió un permiso especial, creo, en base a necesidades de investigación. En realidad, es más sólido de lo que pensaba —añadió Daneel con aire pensativo.

—¿De lo que pensabas? ¿Nunca habías estado aquí antes, Daneel?

—No, compañero Elijah.

—¿Y tú, Giskard?

—No, señor —dijo el aludido.

—Pues habéis encontrado el camino sin ningún problema, y parecéis conocer el lugar.

—Hemos sido informados convenientemente, compañero Elijah —dijo Daneel—, ya que era necesario que viniéramos contigo.

Baley asintió, pensativo, y preguntó por qué no les había acompañado el doctor Fastolfe. Una vez más, decidió que no tenía sentido intentar pillar por sorpresa a un robot. Si se les hacía una pregunta rápida o inesperada, los robots simplemente aguardaban a que la pregunta fuera asimilada y entonces contestaban. No había manera de cogerles desprevenidos.

—Como dijo el doctor Fastolfe, no es miembro del Instituto y considera inadecuado acudir a visitarlo sin haber sido invitado —contestó Daneel.

—¿Por qué no es miembro?

—Nunca se me ha informado de las razones, compañero Elijah.

Los ojos de Baley se volvieron hacia Giskard, que rápidamente respondió:

—Ni a mí, señor.

¿No lo sabían? ¿O tenían instrucciones de afirmarlo así? Baley se encogió de hombros. No importaba. Los seres humanos podían mentir y los robots podían ser programados.

Naturalmente, los seres humanos podían ser intimidados o manipulados para hacerles reconocer sus mentiras —si quien lo intentaba era lo bastante hábil o lo bastante cruel— y los robots podían ser manipulados para saltarse las instrucciones —si el manipulador era suficientemente hábil y carente de escrúpulos—, pero la habilidad necesaria en cada caso era muy distinta y Baley carecía por completo de ellas en lo referente a robots.

—¿Dónde podríamos encontrar a la doctora Vasilia Fastolfe? —preguntó Baley.

—Delante mismo de nosotros está su establecimiento.

—Entonces, habéis sido programados para dirigiros a su casa, ¿verdad?

—Eso está impreso en nuestros programas de memoria, compañero Elijah.

—Entonces, conducidme hasta ella.

El sol anaranjado estaba ahora bastante alto en el cielo y se aproximaba claramente al mediodía. Cuando se acercaron al establecimiento de Vasilia, penetraron en la sombra de la factoría y Baley se puso algo nervioso al apreciar el brusco cambio de temperaturas.

Apretó los labios ante la perspectiva de ocupar y poblar mundos sin Ciudades, donde las temperaturas no pudieran controlarse y estuvieran sometidas a cambios impredecibles e idiotas. Además, apreció Baley con cierto nerviosismo, las nubes del horizonte habían avanzado un poco. Podía llover en cualquier momento y de forma torrencial.

¡La Tierra! ¡Cuánto echaba de menos las Ciudades!

Giskard fue el primero en entrar en el establecimiento y Daneel cogió por el brazo a Baley para evitar que éste siguiera adelante.

¡Naturalmente! Giskard estaba de reconocimiento.

Igual que Daneel, por supuesto. Sus ojos escrutaron el paisaje con una intensidad que ningún ojo humano hubiera podido igualar. Baley tuvo la certidumbre de que aquellos ojos robóticos no se perdían nada. (Se preguntó por qué los robots no irían equipados con cuatro ojos distribuidos por un igual alrededor del perímetro de la cabeza, o una banda óptica que lo

rodeara por completo. Naturalmente, no cabía esperar aquello en Daneel, dada su apariencia humaniforme, pero ¿por qué no Giskard? ¿No suponía ello unas complicaciones de visión que los pasos positrónicos no podían controlar? Por un instante, Baley tuvo una leve visión de las complejidades que ofrecía la vida de un roboticista).

Giskard reapareció en el umbral e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. La mano de Daneel ejerció una considerable presión sobre el brazo de Baley y éste avanzó. La puerta siguió entornada.

En el establecimiento de Vasilia no había cerraduras en las puertas, y Baley recordó de repente que tampoco las había visto en los establecimientos de Gladia y del doctor Fastolfe. La escasa población y la separación entre los habitantes contribuía a asegurar la intimidad. También ayudaba a ello la costumbre de no interferir unos con otros. Y, pensándolo bien, la permanente guardia de los robots resultaba más eficaz que cualquier cerradura.

La presión de la mano de Daneel sobre el brazo de Baley indicó a éste que se detuviera. Giskard, delante de ellos, hablaba en voz baja con dos robots, muy parecidos al propio Giskard.

Una repentina sensación de frío encogió el estómago de Baley. ¿Qué sucedería si en una rápida maniobra alguien cambiaba a Giskard por otro robot similar? ¿Sería capaz de reconocer la sustitución, de discernir cuál era cada robot? ¿Corría el peligro de ser dejado en manos de un robot sin instrucciones especiales de protegerle, de un robot que, sin quererlo, podía ponerle en peligro y luego reaccionar con insuficiente rapidez en el momento en que fuese necesaria la protección?

Controlando su propia voz, le dijo en tono tranquilo a Daneel:

—Es notable el parecido de esos robots, Daneel. ¿Tú puedes decir cuál es cada uno?

—Desde luego, compañero Elijah. Los diseños del vestuario son distintos y sus números de código también lo son.

—A mí no me parecen distintos.

—No estás acostumbrado a advertir ese tipo de detalles.

—¿Qué números de código? —insistió Baley.

—Compañero Elijah, son muy fáciles de ver cuando uno sabe dónde tiene que mirar, y cuando se tienen ojos más sensibles al infrarrojo que los ojos humanos.

—En tal caso, puedo verme en dificultades si tengo que efectuar la identificación de alguno de ellos, ¿no?

—En absoluto, compañero Elijah. No tienes más que preguntarle al robot su nombre completo y número de serie, y él te lo dirá.

—¿Incluso si el robot ha sido programado para que me dé unos datos falsos?

—¿Por qué se iba a programar así a un robot?

Baley decidió no explicárselo. En cualquier caso, Giskard estaba ya de vuelta y le dijo a Baley:

—Será usted recibido, señor. Venga por aquí, por favor.

Los dos robots del establecimiento abrieron la marcha. Detrás iban Baley y Daneel; éste todavía asía el brazo de Baley con aire protector.

Cerrando la marcha iba Giskard.

Los dos robots se detuvieron ante una puerta doble que se abrió en ambas direcciones, al parecer automáticamente. La sala en la que entraron estaba bañada de una luz mortecina y grisácea, y la luz diurna del Exterior apenas conseguía atravesar las gruesas cortinas.

Baley distinguió, no muy claramente, una pequeña figura humana en la sala, medio sentada en un taburete alto, con un codo apoyado en una mesa que era tan larga como la pared.

Baley y Daneel entraron, y Giskard lo hizo tras ellos. La puerta se cerró haciendo que la sala pareciera menos iluminada todavía.

—¡No se acerquen más! ¡Quédense donde están! —dijo una voz de mujer en tono cortante.

Y la sala se iluminó de repente con toda la luz del día.

38

Baley parpadeó y alzó la mirada. El techo era acristalado y a su través podía verse el sol. Éste parecía, sin embargo, extrañamente mortecino y podía ser

contemplado directamente sin peligro, aunque ello no parecía afectar a la calidad de la iluminación en el interior de la sala. Presumiblemente, el cristal (o lo que fuera aquella sustancia transparente) difuminaba la luz sin absorberla.

Baley observó a la mujer, que todavía mantenía su postura en el taburete, y preguntó:

—¿La doctora Vasilia Fastolfe?

—Doctora Vasilia Aliena, si prefiere llamarme por mi nombre completo. No llevo prestados los apellidos de otros. Puede llamarme doctora Vasilia. Es el nombre por el que se me conoce habitualmente en el Instituto. —Su voz, que había sonado bastante ruda, se suavizó ligeramente —. ¿Cómo estás, mi viejo amigo Giskard?

Giskard, en un tono de voz extrañamente diferente del que utilizaba habitualmente, respondió:

—Me alegro de verla… —hizo una pausa y repitió—: Me alegro de verla. Señorita.

Vasilia sonrió.

—Y éste, supongo que es el robot humaniforme de quien tanto he oído hablar… ¿Daneel Olivaw?

—Sí, doctora Vasilia —dijo Daneel al instante.

—Y por último, aquí tenemos al… terrícola.

—Elijah Baley, doctora —se presentó Baley con aire severo.

—Sí, sé que los terrícolas tienen nombres y que el suyo es Elijah Baley —replicó ella fríamente—. No se parece usted en nada al actor que interpretó su papel en el programa de hiperondas.

—Soy consciente de ello, doctora.

—En cambio, el que interpretaba a Daneel se parecía bastante más al original, pero supongo que no estamos aquí para comentar ese programa.

—En efecto.

—Creo que estamos aquí, terrícola, para hablar de Santirix Gremionis. Está bien, diga lo que tenga que decir y terminemos de una vez. ¿Le parece bien?

—No del todo —replicó Baley—. Ésa no es la razón principal de mi visita, aunque imagino que también hablaremos de eso.

—¿De veras? ¿Tiene usted la impresión de que estamos aquí para enfrascarnos en una conversación larga y complicada sobre cualquier tema que a usted se le ocurra escoger?

—Doctora Vasilia, creo que sería preferible dejar que yo llevara la entrevista a mi modo.

—¿Es eso una amenaza?

—No.

—Bien, nunca he conocido a un terrícola y puede resultar interesante observar hasta qué punto se parece usted al actor que hizo su papel. Me refiero a su parecido con él en otros aspectos aparte del físico. ¿Es usted de verdad la persona dominante que parecía ser en el programa?

—Ese programa —replicó Baley con evidente disgusto— era excesivamente dramático y exageraba mi personalidad en todos sus rasgos. Preferiría que me aceptara como soy y que me juzgara sólo por cómo aparezco ahora mismo delante de usted.

Vasilia se echó a reír.

—Por lo menos, no parece abrumado por mi presencia. Eso es un punto a su favor. ¿O quizás considera que ese asunto de Gremionis que tiene en la cabeza le coloca en posición de darme órdenes?

—No estoy aquí para otra cosa más que para descubrir la verdad en el asunto de la muerte del robot humaniforme Jander Panell.

—¿Su muerte? ¿Llegó a estar vivo alguna vez, pues?

—Utilizo una palabra en lugar de una frase del estilo de «en estado de inoperatividad permanente». ¿La confunde a usted el término «muerte»?

—Se defiende usted bien —dijo Vasilia—. Debrett, trae una silla para el terrícola. Se va a fatigar estando de pie, si la conversación va a ser larga. Después, métete en tu nicho. Y tú también puedes buscar uno, Daneel. Giskard, ven y quédate cerca de mí.

Baley tomó asiento.

—Gracias, Debrett. Doctora Vasilia, carezco de autoridad para interrogarla, y no dispongo de medios legales para obligarla a responder a mis preguntas. No obstante, la muerte de Jander Panell ha colocado a su padre en una posición de…

—¿Qué ha colocado a quién?

—A su padre.

—Terrícola, yo a veces me refiero a cierto individuo como «mi padre», pero nadie más lo hace. Haga el favor de utilizar el nombre propio.

—El doctor Han Fastolfe. Él es su padre, ¿no? Aunque sólo sea en los registros.

—Esta usted utilizando un término biológico. Comparto con él unos genes en la forma característica que en la Tierra se consideraría una relación padre-hija. Este dato resulta absolutamente indiferente en Aurora, salvo en temas médicos y genéticos. Entiendo que algunas de mis dolencias se deben a ciertos estados metabólicos en los cuales puede resultar conveniente estudiar la fisiología y la bioquímica de aquellos con quienes comparto los genes: padres, hermanos, hijos, etcétera. Fuera de estos casos concretos, la relación existente entre las personas no suele mencionarse entre la sociedad aurorana bien educada. Se lo explico porque es usted un terrícola.

—Si he ofendido sus costumbres —respondió Baley—, ha sido por ignorancia y le pido disculpas. ¿Puedo referirme al caballero de quien estamos hablando por su nombre?

—Desde luego.

—En tal caso, la muerte de Jander Panell ha puesto al doctor Han Fastolfe en una situación de cierta dificultad, y yo creía que ello le preocuparía a usted lo suficiente para desear ayudarle.

—Eso creía usted, ¿verdad? ¿Por qué?

—Porque es su… Porque él la crió. Él cuidó de usted. Ustedes sentían un profundo afecto el uno por el otro. Y él todavía siente un profundo afecto por usted.

—¿Se lo ha dicho él?

—Resulta evidente por detalles de nuestras conversaciones, e incluso por el hecho de que se haya interesado por la mujer de Solaria, Gladia Delmarre, debido a su parecido con usted.

—¿Eso se lo ha dicho él?

—En efecto. Pero aunque no lo hubiera hecho, el parecido es evidente.

—No obstante, no le debo nada al doctor Fastolfe, terrícola. Puede abandonar sus suposiciones.

Baley se aclaró la garganta.

—Aparte de los sentimientos personales que pueda usted tener o dejar de tener, está el tema del futuro de la galaxia. El doctor Fastolfe desea que el ser humano explore y colonice nuevos mundos. Si las repercusiones de la muerte de Jander llevan a la exploración y colonización de nuevos mundos mediante robots, el doctor Fastolfe cree que ello resultaría catastrófico para Aurora y para la humanidad. Estoy seguro de que no querrá usted ser parte responsable de una catástrofe de esas dimensiones.

Vasilia respondió con indiferencia, observándole meticulosamente.

—Desde luego que no, si estuviera de acuerdo con el doctor Fastolfe. Pero no es así. No veo nada malo en que esa labor la realicen robots humaniformes. De hecho, estoy aquí en el Instituto para hacer eso posible. Soy una globalista y, dado que el doctor Fastolfe es un humanista, le considero un enemigo político.

Las respuestas de Vasilia eran concisas y directas, expresadas sin una palabra más de las necesarias. A cada respuesta seguía un claro silencio, como si aguardara con interés la siguiente pregunta. Baley tuvo la impresión de que Vasilia sentía curiosidad hacia él, que le divertía; se dijo que quizá Vasilia estaba haciendo apuestas respecto a cuál sería su siguiente pregunta, decidida a ofrecerle la información mínima necesaria para forzar otra pregunta.

—¿Hace mucho que es usted miembro del Instituto?

—Desde su formación.

—¿Hay muchos miembros?

—Yo calculo que alrededor de un tercio de los roboticistas de Aurora son miembros, aunque sólo la mitad de ellos vive y trabaja realmente en terrenos del Instituto.

—¿Los demás miembros del Instituto comparten sus opiniones respecto a la exploración de otros mundos mediante robots? ¿Se oponen radical y definitivamente a la opinión del doctor Fastolfe?

—Supongo que la mayor parte de los roboticistas son globalistas, pero no sé que hayamos adoptado ninguna decisión sobre el tema o siquiera que se haya discutido oficialmente. Será mejor que pregunte uno por uno, personalmente.

—¿El doctor Fastolfe es miembro del Instituto?

—No.

Baley aguardó un poco, pero Vasilia no añadió nada a la negativa. Por último, Baley añadió:

—¿No es eso sorprendente? Creía que precisamente él, de todos los que conozco en este planeta, sería miembro del Instituto.

—En realidad, no le queremos aquí. Y él tampoco desea estar aquí, aunque eso es quizá menos importante.

—¿No resulta eso todavía más sorprendente?

—No lo creo —respondió ella. Luego, como si cediera a la tentación de añadir algo por causa de la irritación que llevaba dentro de sí, prosiguió—: Él vive en la ciudad de Eos. Supongo que sabrá usted el significado de ese nombre, ¿verdad, terrícola?

Baley asintió y contestó:

—Eos es la antigua diosa griega del amanecer; en Roma, a esa misma diosa se la conocía con el nombre de Aurora.

—Exacto. El doctor Han Fastolfe vive en la Ciudad del amanecer, en el mundo del amanecer, y no comprende el método necesario para la expansión a través de la galaxia, para convertir el amanecer espacial en el día galáctico. La exploración robótica de la galaxia es el único método práctico de desarrollar dicha tarea, y el doctor no podría aceptarlo, igual que tampoco nos puede aceptar a nosotros.

—¿Por qué es el único método práctico? —preguntó en voz baja Baley —. Aurora y los otros mundos espaciales no fueron explorados y colonizados por robots, sino por seres humanos.

—Una corrección: por terrícolas. Se trataba de un procedimiento costoso y poco eficaz. Además, ahora no permitiríamos que ningún terrícola volviera a servir de colono. Nosotros nos hemos convertido en espaciales, sanos y de larga vida, y tenemos robots infinitamente más versátiles y flexibles que aquellos de que disponían los seres humanos que poblaron originariamente nuestros mundos. Los tiempos y las circunstancias son totalmente distintos, y hoy día sólo es concebible la exploración mediante robots.

—Supongamos que tiene usted razón y que el doctor Fastolfe está equivocado. Aun así, su opinión sigue siendo lógica. ¿Por qué no se aceptan

mutuamente el Instituto y él? ¿Sólo porque no están de acuerdo en este punto?

—No. Este desacuerdo en concreto es sólo un tema de menor importancia, comparativamente. Existe un conflicto más fundamental.

Baley hizo una nueva pausa y, otra vez, la mujer no añadió una palabra más a su observación. Baley no se sentía lo bastante seguro de su posición para demostrar irritación y se limitó a preguntar tímidamente, sin gran confianza:

—¿Cuál es ese conflicto más fundamental?

En la voz de Vasilia casi afloró un tono de divertida sorpresa. Los rasgos de su rostro se dulcificaron ligeramente y, por un instante, su parecido con Gladia se hizo aún mayor.

—Supongo que no podría usted adivinarlo si no se lo cuento.

—Precisamente por eso lo pregunto, doctora Vasilia.

—Está bien, terrícola. Me han dicho que los terrestres tienen una vida corta. Supongo que no me habrán informado mal, ¿verdad?

Baley se encogió de hombros.

—Algunos hombres alcanzan los cien años de edad, en años terrestres —permaneció pensativo unos instantes y añadió—: Quizás unos ciento treinta años métricos.

—¿Y usted qué edad tiene?

—Cuarenta y cinco años terrestres, sesenta años métricos.

—Yo tengo sesenta y seis años métricos. Y espero vivir tres siglos métricos más, por lo menos. Si llevo cuidado.

Baley abrió ambas manos en dirección a ella.

—La felicito —exclamó.

—Eso tiene sus desventajas.

—Esta mañana me han comentado que, en tres o cuatro siglos, una persona puede sufrir muchísimas pérdidas.

—Me temo que así es —asintió Vasilia—. Y también se pueden acumular muchas cosas beneficiosas. En conjunto, unas y otras se equilibran.

—¿Cuáles son entonces las desventajas?

—Usted no es un científico, naturalmente.

—No, soy detective. Policía, si lo prefiere.

—Pero quizá conozca a algún científico en su mundo.

—Sí, conozco a algunos —admitió Baley con cautela.

—¿Sabe cómo trabajan? Nos han dicho que en la Tierra necesitan colaborar unos con otros. Tienen, como mucho, medio siglo de trabajo activo en el transcurso de sus cortas vidas. Menos de siete décadas métricas. No puede hacerse mucho en ese lapso de tiempo.

—Algunos de nuestros científicos han conseguido notables progresos en un período de tiempo considerablemente menor.

—Porque han aprovechado los descubrimientos realizados por otros con anterioridad, y por las ventajas que les reporta el uso de los hallazgos que otros llevan a cabo simultáneamente. ¿No es así?

—Por supuesto. Tenemos una comunidad científica a la que contribuye todo el género humano a través del tiempo y del espacio.

—Exactamente. De otro modo, no funcionaría. Cada científico, consciente de lo improbable que sería la consecución de grandes resultados por su propia cuenta, se ve obligado a entrar en la comunidad científica. No puede evitar el formar parte de la cámara de intercambio de informaciones. De este modo, el progreso resulta enormemente mayor de lo que sería si ese intercambio no existiera.

—¿No sucede así también en Aurora y los demás mundos espaciales? —preguntó Baley.

—En teoría, así es. Pero en la práctica, no. Las presiones en una sociedad longeva son menores. Aquí, los científicos disponen de tres siglos o más para dedicarse a un problema, por lo que se piensa que un trabajador en solitario puede conseguir en ese período de tiempo progresos significativos en su campo concreto. Así se hace posible sentir una especie de avaricia intelectual, de ansia por conseguir algo por uno mismo o de asumir el derecho de propiedad sobre una faceta concreta del progreso. El científico puede desear entonces que el progreso general adquiera un ritmo más pausado, antes que ofrecer a la comunidad lo que concibe como asunto propio y de su exclusiva propiedad. Como resultado de esa manera de pensar, el progreso general presenta una considerable ralentización en los mundos espaciales, hasta el punto de resultar difícil seguir el ritmo del

trabajo efectuado en la Tierra, pese a nuestras enormes ventajas sobre su planeta.

—Supongo que no me diría usted todo esto si no quisiera darme a entender con ello que el doctor Han Fastolfe se comporta de esta manera.

—Desde luego. Su análisis teórico del cerebro positrónico ha hecho posible el robot humaniforme. Así, lo ha utilizado para construir, con la ayuda del fallecido doctor Sarton, a su amigo el robot Daneel. En cambio, no ha publicado los detalles más importantes de su teoría ni los ha facilitado a nadie. Con su actitud, él y únicamente él está bloqueando la producción de robots humaniformes.

Baley frunció el ceño y preguntó:

—¿Y el Instituto de Robótica se dedica a la colaboración entre los científicos?

—Exactamente. El Instituto está compuesto por más de cien roboticistas de primera línea y de diferentes edades, especializaciones y facultades, y esperamos establecer delegaciones en otros mundos hasta convertir al Instituto en una sociedad interestelar. Todos nosotros nos dedicamos a comunicar nuestros descubrimientos o especulaciones individuales al fondo común. Hacemos voluntariamente, y por el bien común, lo que ustedes los terrícolas se ven obligados a hacer debido a lo cortas que son sus vidas.

»En cambio, el doctor Han Fastolfe se niega a colaborar en ello. Estoy segura de que considera usted al doctor como un patriota aurorano, noble e idealista. Sin embargo, Fastolfe no desea poner su propiedad intelectual (así la considera él) en el fondo común, y por tanto no quiere tener contactos con nosotros. Y nosotros no queremos tenerlos con él, porque se atribuye unos derechos de propiedad personal sobre los descubrimientos científicos. Supongo que ahora ya no le parecerá tan ilógico nuestro desagrado mutuo.

Baley asintió con la cabeza y preguntó.

—¿Cree usted que eso funcionará… esa renuncia voluntaria a la gloria personal?

—Tiene que funcionar —respondió Vasilia inexorablemente.

—¿Y no ha conseguido el Instituto, a través del trabajo comunitario, llevar a cabo la labor individual del doctor Fastolfe y redescubrir la teoría del cerebro positrónico humaniforme?

—Todavía no, pero con el tiempo lo lograremos. Es inevitable.

—¿Y no han intentado ustedes reducir ese tiempo convenciendo al doctor de que les revele su secreto?

—Creo que estamos camino de conseguirlo.

—¿Por medio del escándalo Jander?

—No creo que realmente sea necesaria esa pregunta. Bien, terrícola, ¿le he dicho ya todo lo que deseaba saber?

—Me ha dicho algunas cosas que no sabía —contestó Baley.

—Entonces, es hora de que me hable de Gremionis. ¿Por qué ha mencionado el nombre de ese peluquero relacionándolo conmigo?

—¿Peluquero?

—Él se considera un esteta, entre otras cosas, pero no es más que un peluquero, simple y llanamente. Hábleme de él, o daremos por terminada la entrevista.

Baley se sintió abatido. Parecía evidente que Vasilia había disfrutado con el intercambio de estocadas. La mujer le había dado suficientes datos para estimular su apetito y ahora iba a verse obligado a comprar el resto del material dando a cambio información que había afirmado poseer. Pero no era así. Carecía de datos concretos y sólo podía exponer suposiciones. Y si alguna de ellas resultaba errónea, vitalmente errónea, estaba perdido.

Así pues, también él se decidió a lanzar una estocada.

—Comprenderá, doctora Vasilia, que no tiene sentido seguir fingiendo que es ridículo suponer la existencia de una relación entre usted y Gremionis.

—¿Por qué no, si es realmente ridículo?

—¡Ah, no! Si lo fuera, se habría reído usted de mí y habría apagado inmediatamente el contacto tridimensional. El mero hecho de que haya accedido a abandonar su postura anterior y a recibirme, y el hecho de que haya conversado largo rato conmigo sobre tantas cosas, es un claro reconocimiento de que cree que yo podría tener mi cuchillo sobre su yugular.

Los músculos de la mandíbula de Vasilia se tensaron mientras respondía, en un tono de voz grave e irritado:

—Verá, pequeño terrícola. Mi posición es vulnerable y probablemente usted lo sabe. Al fin y al cabo, soy hija del doctor Fastolfe y aquí en el Instituto hay algunas personas lo bastante estúpidas, o lo bastante viles, para desconfiar de mí por esa razón. No sé qué historia le habrán contado, pero estoy segura de que será más o menos ridícula. Pese a ello, por ridícula que sea, puede ser utilizada eficazmente en contra mía. Por eso estoy dispuesta a pagar por ella. Ya le he contado algunas cosas y quizá le diga algunas más, pero sólo si me explica ahora mismo lo que tiene usted entre manos y si me convence de que está diciéndome la verdad, así que ya puede empezar.

»Si está usted jugando conmigo, no estaré en peor situación que ahora si le echo de una patada, y al menos eso me dará una cierta satisfacción. Además, utilizaré toda la influencia que pueda tener con el Presidente para que cancele su decisión de dejarle entrar en Aurora y será usted enviado de vuelta a la Tierra inmediatamente. Ya existen considerables presiones al respecto, y no querrá usted que se añada la mía, ¿verdad? Ahora, ¡hable!

39

El primer impulso de Baley fue ir directamente al grano y buscar el medio de comprobar si tenía razón. Aquello no resultaría, se dijo. Vasilia comprendería lo que estaba haciendo, pues no era tan estúpida, y le detendría. Baley sabía que estaba sobre la pista de algo y no quería echarlo a perder. Lo que Vasilia acababa de decir acerca de la vulnerabilidad de su situación como resultado de su relación con su padre podía ser cierto, pero aun así no habría mostrado tanto temor de verse con él de no haber sospechado que alguna de las cartas que Baley parecía guardar en la manga no era totalmente ridícula.

Así pues, Baley tenía que decir algo, algo importante que estableciera instantáneamente algún tipo de dominio sobre Vasilia. ¡A jugar!, se dijo.

—Santirix Gremionis se ha ofrecido a usted. —Y antes de que Vasilia pudiera reaccionar, subió la apuesta añadiendo, en tono de mayor crudeza —: Y no una, sino muchas veces.

Vasilia cerró las manos sobre una de sus rodillas, recuperó el control de sí misma y tomó asiento en el taburete, como si quisiera ponerse más cómoda. Miró a Giskard, que permanecía inmóvil e inexpresivo a su lado.

Después volvió a mirar a Baley y contestó:

—Bueno, ese idiota se ofrece al primero que pasa, sin que le importe el sexo o la edad. Sería muy raro que no me hubiera prestado atención también a mí.

Baley hizo un gesto como indicando que dejara de lado todo aquello. (Vasilia no se había reído. No había dado por terminada la entrevista. Ni siquiera había realizado una demostración de furia. Estaba aguardando para ver lo que Baley sacaría de aquella frase, así que tenía algo cogido por los pelos).

—Eso es una exageración, doctora Vasilia —prosiguió Baley—. Nadie se ofrece a otra persona sin haberla elegido antes, por pocas discriminaciones que haga. En el caso de Gremionis, él la eligió a usted y, pese a su negativa siguió ofreciéndose, cosa poco frecuente según las costumbres auroranas.

—Me alegro de que se haya dado cuenta de que le he rechazado. Hay quienes creen que todos los ofrecimientos, o casi todos, deben ser aceptados aunque sólo sea por cortesía. Sin embargo, ésa no es mi opinión. No veo por qué razón tengo que someterme a un contacto que no me interesa y que sólo constituye una pérdida de tiempo. ¿Encuentra algo criticable en eso, terrícola?

—No tengo nada que opinar en relación a las costumbres auroranas, ni a favor ni en contra.

(Vasilia seguía aguardando, atenta a sus palabras. ¿Qué estaba esperando? ¿Sería lo que Baley deseaba decir, pero todavía no estaba seguro de atreverse a hacerlo?).

Esforzándose por dar un aire de ligereza a sus palabras, la mujer añadió:

—¿Tiene realmente algo que ofrecer, terrícola… o hemos terminado ya la conversación?

—Todavía no —dijo Baley, obligado ahora a hacer una nueva jugada—. Usted advirtió esta constancia tan poco aurorana en Gremionis, y se le ocurrió que podría aprovecharla.

—¿De verdad? ¡Qué locura! ¿Y qué uso podría hacer yo de ella?

—Dado que Gremionis se sentía atraído por usted con una evidente intensidad, no le resultaría muy difícil disponer las cosas de manera que el muchacho se sintiera atraído por otra mujer que se parecía mucho a usted. Le instó a hacerlo quizá con la promesa de aceptarle si la otra no lo hacía.

—¿Y quién es la pobre mujer que tanto se parece a mí?

—¿No lo sabe? Vamos, no sea ingenua, doctora Vasilia. Le estoy hablando de la mujer de Solaria, Gladia, quien, como ya le he dicho, se encuentra bajo la protección del doctor Fastolfe precisamente porque se parece mucho a usted. No ha mostrado sorpresa alguna cuando me he referido a ello al principio de nuestra charla. Ahora ya es demasiado tarde para simular ignorancia.

Vasilia le lanzó una mirada cortante.

—Y por el interés que Gremionis siente por ella, usted ha deducido que Gremionis se interesó antes por mí, ¿no es eso? ¿Y ha sido esa pobre pista lo que ha utilizado para llegar hasta aquí?

—No es sólo una pista. Existen otros factores que la sostienen. ¿Niega usted todo esto?

La mujer pasó la vista en actitud pensativa por el gran escritorio situado a su lado, y Baley se preguntó qué detalles ofrecerían las grandes hojas de papel que se encontraban sobre el mismo. Desde la distancia en que se hallaba, Baley pudo reconocer una complejidad de dibujos que estaba seguro de no poder entender en absoluto, por muy meticulosa y concienzudamente que los estudiara.

—Ya estoy harta —dijo Vasilia—. Acaba de decirme que Gremionis se interesaba primero por mí, y luego por alguien que se me parece. Y ahora pretende que lo niegue. ¿Por qué iba a molestarme en hacerlo? ¿Qué importancia tiene eso? Aunque fuera verdad, ¿cómo podría perjudicarme? Está usted diciendo que yo estaba harta de tantas atenciones que no deseaba, y que encontré un sistema ingenioso para librarme de ellas. ¿Qué más?

—No es tanto lo que hizo usted, sino el porqué —replicó Baley—. Usted sabía que Gremionis era del tipo de persona que puede hacerse muy

insistente. Él se había ofrecido a usted varias veces, y lo seguiría haciendo una y otra vez con Gladia.

—Si ella le rechazaba.

—Gladia era de Solaria y, por ello, tenía problemas sexuales y rechazaba a todo el mundo. Me atrevería a decir que eso es algo que usted sabía, pues imagino que, pese al distanciamiento existente entre usted y su pa… y el doctor Fastolfe, sus sentimientos hacia él eran lo bastante fuertes como para tener en observación a su sustituta.

—Bueno, mucho mejor para ella. Si rechazaba a Gremionis, demostraba tener buen gusto.

—Usted estaba segura de que no existía ese «si…». Gladia le rechazaría, con toda certeza.

—Volvemos a lo mismo: ¿y qué?

—La repetición de su ofrecimiento significaría que Gremionis acudiría con frecuencia al establecimiento de Gladia, que la acosaría.

—Por última vez. ¿Y qué?

—Y en el establecimiento de Gladia había un objeto muy poco usual: uno de los dos robots humaniformes que existían, Jander Panell.

Vasilia titubeó. Después preguntó:

—¿Dónde pretende usted llegar?

—Supongo que se le ocurrió la idea de que, si conseguía de algún modo que el robot humaniforme resultara muerto en ciertas circunstancias que complicaran al doctor Fastolfe, podría utilizar eso como arma para sonsacar a éste el secreto del cerebro positrónico humaniforme. Gremionis, molesto por la persistente negativa de Gladia a aceptarle y dada su presencia constante en el establecimiento de ella, podía ser inducido a llevar a cabo una temible venganza asesinando al robot.

Vasilia parpadeó con rapidez.

—El pobre peluquero podría tener veinte motivos como éste y veinte oportunidades perfectas para hacer algo así, y seguiríamos igual. Gremionis no sabe ni cómo ordenar a un robot que estreche una mano. ¿Cómo podría soñar siquiera con imponer un bloqueo mental a un robot como Jander?

—Lo cual nos lleva por fin al meollo del asunto —añadió Baley en tono suave—. Algo que me parece que usted ya preveía. He notado cómo se

contenía para no echarme de la casa, pues antes tenía que asegurarse de si yo realmente tenía esta idea en la cabeza. Lo que afirmo es que Gremionis hizo el trabajo, con la ayuda del Instituto de Robótica, por intermedio de usted.

10. OTRA VEZ VASILIA

40

Fue como si un programa de hiperondas se hubiera detenido en una foto fija holográfica.

Ninguno de los robots se movió, naturalmente, pero tampoco lo hicieron Baley o la doctora Vasilia Aliena. Transcurrieron unos largos segundos —anormalmente largos— hasta que Vasilia dejó escapar el aliento y lenta, muy lentamente, se puso en pie.

Su rostro se había vuelto tenso, con una sonrisa carente de humor y murmuró en voz baja:

—¿Está usted diciendo que he sido cómplice en la destrucción del robot humaniforme, terrícola?

—Sí, algo así se me ha ocurrido, doctora —respondió Baley.

—Le agradezco la idea. La entrevista ha terminado y puede usted irse —sentenció ella al tiempo que señalaba la puerta.

—Me temo que yo no deseo irme todavía —protestó Baley.

—No me importan sus deseos, terrícola.

—Pues deberían importarle porque, ¿cómo piensa obligarme a salir en contra de mis deseos?

—Tengo robots que, a petición mía, le pondrán en la calle con educación pero con firmeza, sin causarle ningún daño más que a su autoestima, si es que tiene.

—Aquí no dispone más que de un robot, y yo tengo dos que no dejarán que sus amenazas se cumplan.

—Tengo otros veinte que acudirán inmediatamente si les llamo.

—¡Doctora Vasilia, compréndame, por favor! —exclamó Baley—. He visto lo sorprendida que se ha quedado al conocer a Daneel. Sospecho que, aunque usted trabaja en el Instituto de Robótica, donde los robots humaniformes son el punto primordial del negocio, nunca ha visto en realidad a uno de ellos completo y en funcionamiento. Por lo tanto, sus robots tampoco habrán visto ninguno. Ahora observe a Daneel. Tiene aspecto humano. Parece más humano que ninguno de los robots existentes, excepto el difunto Jander. A sus robots, doctora, Daneel les parecería seguramente un ser humano. Además, él sabrá cómo dar una orden de un modo tal que sus robots le obedezcan a él, incluso antes que a usted misma.

—Si es preciso —insistió Vasilia—, puedo reunir a veinte seres humanos del Instituto que le expulsarán del recinto, quizá produciéndole algún daño. Y sus robots, incluso Daneel, no podrán evitarlo.

—¿Y cómo piensa llamarles si mis robots no le van a permitir moverse de aquí? Tienen unos reflejos extraordinarios.

Vasilia mostró los dientes en un gesto que no podía calificarse como sonrisa.

—No sé qué decir de Daneel, pero conozco a Giskard desde que era una niña. No creo que haga nada para impedirme pedir auxilio, e imagino que también puede evitar que Daneel intervenga.

Baley intentó reprimir el temblor que notaba en su voz; estaba patinando sobre un hielo cada vez más delgado, y lo sabía.

—Antes de hacer nada —dijo—, quizá será mejor que le pregunte a Giskard cómo se comportaría si recibiera órdenes contradictorias de usted y de mí.

—¿Giskard? —dijo Vasilia con absoluta confianza. Los ojos de Giskard se volvieron de lleno hacia Vasilia y, con un extraño timbre en la voz, dijo:

—Señorita, estoy obligado a proteger al señor Baley. Tiene preferencia.

—¿De verdad? ¿Por orden de quién? ¿De este terrícola, de este extraño?

—Por orden del doctor Han Fastolfe —respondió Giskard.

Los ojos de Vasilia lanzaron un destello de furia y volvió a sentarse lentamente en el taburete. Sus manos, apoyadas en el regazo, temblaban

visiblemente. La mujer masculló unas palabras a través de unos labios que apenas se movieron:

—Hasta de ti me ha separado, Giskard.

—Por si esto no le basta, doctora Vasilia —dijo Daneel de pronto, hablando sin que nadie se lo hubiera indicado—, yo también pondría el bienestar del compañero Elijah por encima del suyo.

Vasilia observó a Daneel con amarga curiosidad.

—¿Compañero Elijah? ¿Es así como le llamas?

—Sí, doctora Vasilia. Mi elección en este punto, el terrícola antes que usted, no sólo se debe a las instrucciones del doctor Fastolfe, sino también a que el terrícola y yo somos compañeros en la investigación y a que… —Daneel hizo una pausa, como si estuviera un poco perplejo por lo que iba a decir, pero finalmente lo dijo de todos modos—: y a que somos amigos.

—¿Amigos? —repitió Vasilia—. ¿Un terrícola y un robot humaniforme? Bueno, así forman un equipo igualado: ninguno de los dos es completamente humano.

—Y sin embargo estamos unidos por la amistad —añadió Baley en tono cortante—. Por su propio bien, doctora, no intente comprobar la fuerza de nuestro… —ahora fue Baley quien hizo una pausa y quien, pese a su propia sorpresa, terminó aquella frase imposible—: De nuestro amor.

—¿Qué quiere usted? —exclamó Vasilia, volviéndose hacia el hombre.

—Información. He sido llamado a Aurora, el mundo del amanecer, para resolver un asunto que no parece tener una explicación fácil. En él, el doctor Fastolfe tiene que afrontar una falsa acusación, lo cual abre la posibilidad de que se produzcan consecuencias terribles tanto para su mundo como para el mío. Daneel y Giskard comprenden la situación y saben que sólo la Primera Ley, en su sentido más pleno e inmediato, puede tener prioridad sobre mis esfuerzos por resolver el misterio. Como los robots han oído lo que he dicho y saben que existe la posibilidad de que usted hubiese intervenido en los hechos, comprenden que no deben permitir que la entrevista finalice todavía. Por tanto, vuelvo a decirle que no corra el riesgo de provocar las acciones que pueden verse obligados a realizar si se niega usted a responder a mis preguntas. Acabo de acusarla de complicidad

en el asesinato de Jander Panell. ¿Niega usted la acusación o no? Tiene que darme una respuesta.

—Voy a responderle —musitó Vasilia con acritud—. ¡No hay cuidado! ¿Asesinato? ¿Un robot queda inutilizado y a eso se le llama asesinato? Bien, entonces lo niego, llámese asesinato u otra cosa. Lo niego con todas mis fuerzas. No le he dado a Gremionis información sobre robótica con el propósito de permitirle acabar con Jander. No sé lo suficiente para hacerlo y sospecho que nadie en el Instituto sabría hacerlo tampoco.

—Yo no sé si usted conoce lo suficiente para haber contribuido a cometer el delito o si otras personas del Instituto podrían tener conocimientos suficientes para hacerlo —contestó Baley—. No obstante, podemos discutir los motivos. En primer lugar, usted podría haber sentido una cierta ternura por Gremionis. Por mucho que rechazara sus ofrecimientos, y por desagradable que pudiera usted encontrarle como posible amante, ¿tan extraño sería que se sintiera abrumada por su insistencia hasta el punto de concederle su ayuda si él acudía a usted con fervor y sin peticiones sexuales que la molestaran?

—Quiere usted decir que Gremionis vino a mí y me dijo: «Vasilia, querida, quiero inutilizar a un robot. Por favor, dime cómo se hace y te estaré terriblemente agradecido». Y, según usted, yo le respondí: «Claro, querido, desde luego. Me encantaría ayudarte a cometer un crimen». ¡Vaya una estupidez! Nadie, salvo un terrícola que no tiene la menor idea de las costumbres auroranas, podría creer que algo así llegara a suceder. Ni siquiera lo creería un terrícola normal. Tendría que ser alguno muy estúpido.

—Quizá, pero deben tenerse presente todas las posibilidades. Por ejemplo, y como segunda posibilidad, ¿no podría ser que usted misma se sintiera celosa por el hecho de que Gremionis hubiera cambiado su afecto por el de Gladia? En tal caso, usted no le ayudaría por una ternura abstracta, sino guiada por un deseo muy concreto de recuperarle.

—¿Celos? Ése es un sentimiento terrestre. Si no deseaba a Gremionis para mí, ¿cómo podía preocuparme que éste se ofreciera a otra mujer y ella le aceptara o que otra mujer se le ofreciera y él aceptara?

—Ya me han dicho anteriormente que los celos por asuntos sexuales se desconocen en Aurora, y estoy dispuesto a admitir que eso es cierto en teoría, pero esas teorías rara vez se sostienen en la práctica. Seguramente hay algunas excepciones. Más aún, los celos son con demasiada frecuencia un sentimiento irracional y no pueden ser rechazados por la mera lógica. Con todo, vamos a dejar eso por el momento. Como tercera posibilidad, usted podría sentir celos de Gladia y desear hacerle daño, aunque no le importara un comino ese Gremionis.

—¿Celos de Gladia? Nunca la he visto, salvo una vez por hiperondas cuando llegó a Aurora. El hecho de que la gente haya comentado su parecido conmigo, muy de vez en cuando, nunca me ha preocupado lo más mínimo.

—¿No le molesta quizá que sea la protegida del doctor Fastolfe, su favorita, casi la hija que usted fue en otra época? Gladia la ha reemplazado…

—Por mí, encantada. No me importa en absoluto.

—¿Aunque fueran amantes?

Vasilia contempló a Baley con creciente irritación y junto a sus cabellos aparecieron unas perlas de sudor.

—No hay necesidad de hablar de eso. Me ha pedido usted que negara la acusación de que era cómplice en lo que usted denomina asesinato, y lo he negado. Ya le he dicho que no tenía ni medios ni motivo. Tiene mi permiso para presentar el caso a toda Aurora. Presente sus estúpidos intentos de encontrar un motivo. Mantenga, si quiere, que tengo los medios para haberlo hecho. No llegará a ninguna parte. Absolutamente a ninguna parte.

Y aunque en su voz había un ligero temblor debido a la furia, a Baley le pareció que sus palabras reflejaban convicción.

Vasilia no temía que la acusara.

Había accedido a verle, pensó nuevamente Baley. Eso significaba que estaba tras la pista de algo que la doctora temía. De algo que quizá temía desesperadamente.

Pero no se trataba de lo que acababan de discutir.

¿Dónde se había equivocado, entonces?, pensó Baley.

Inquieto, como buscando alguna escapatoria, Baley dijo:

—Supongamos que acepto su declaración, doctora Vasilia. Supongamos que reconozco que mis sospechas acerca de su complicidad en este… roboticidio, eran erróneas. Aun así, eso no significaría que no pueda ayudarme.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Por decencia humana. El doctor Han Fastolfe nos asegura que él no lo hizo, que no es un roboticida, que no puso fuera de servicio a ese robot concreto, Jander. Usted ha conocido al doctor Fastolfe mejor que nadie, se supone. Ha pasado años en íntima relación con él de niña y de muchacha ya crecida. Le ha visto en ocasiones y en condiciones en que no lo ha hecho nadie más. Sean cuales sean sus sentimientos actuales hacia él, éstos no pueden cambiar el pasado. Conociéndole así, tiene usted que poder atestiguar que el doctor no es capaz, por su carácter, de hacer daño a un robot, y menos a uno que representa uno de sus logros supremos. ¿Estaría usted dispuesta a expresarse así abiertamente? ¿Ante todos los mundos? Eso sería de gran ayuda.

El rostro de Vasilia pareció adquirir una expresión más dura.

—Escuche bien —dijo pronunciando cada palabra con toda intención —: no voy a meterme en esto.

—¿Por qué? ¿No le debe nada a su padre? Porque él sigue siendo su padre. Aunque la palabra no signifique nada para usted, existe una relación biológica. Además, sea o no su padre, él la cuidó, la alimentó y la educó durante años. Y usted le debe algo por todo ello.

Vasilia se echó a temblar. Se estremeció visiblemente y empezaron a castañetearle los dientes. Intentó decir algo, no lo consiguió, inspiró profundamente por dos veces y lo volvió a intentar.

—Giskard, ¿oyes todo lo que se está diciendo?

—Sí, Señorita —contestó el robot, inclinando la cabeza.

—¿Y tú, humaniforme?

—Sí, doctora Vasilia —respondió Daneel.

—¿Oyes eso tú también?

—Sí, doctora Vasilia.

—¿Los dos comprendéis que el terrícola insiste en hacerme testificar sobre el carácter del doctor Fastolfe?

Ambos robots asintieron.

—Entonces hablaré… en contra de mi voluntad y muy furiosa. Precisamente he intentado mantenerme al margen y no testificar contra él porque sentía que le debía a ese padre mío un mínimo de consideración por haberme aportado sus genes y por haberme educado en los años siguientes a mi nacimiento. Pero ahora voy a hablar. Escuche atentamente, terrícola: El doctor Fastolfe, parte de cuyos genes he heredado, nunca se cuidó de mí como ser humano diferenciado e individual. Para él no fui más que un experimento, un fenómeno a observar.

—Esto no es lo que le he pedido —intervino Baley moviendo la cabeza en señal de negativa. Ella se volvió encolerizada hacia él.

—Usted ha insistido en que hablara, y eso estoy haciendo. Voy a responderle. Al doctor Han Fastolfe sólo le interesa una cosa, una única cosa: el funcionamiento del cerebro humano. El doctor desea reducirlo a ecuaciones, a un diagrama de alambrado, a un rompecabezas encajado, y fundar así una ciencia matemática del comportamiento humano que le permita predecir el futuro de la humanidad. El llama a esa ciencia «psicohistoria». No puedo creer que haya hablado con usted más de una hora sin mencionar el tema, porque es la monomanía que le impulsa.

Vasilia buscó la mirada de Baley y exclamó con furiosa alegría:

—¡Puedo leer en su rostro que el doctor le ha hablado de ello! Entonces, ya debe de haberte contado que sólo le interesan los robots por lo que puedan aportarle al conocimiento del cerebro humano. Sólo le interesan los robots humaniformes porque le aproximan más aún a lo que es el cerebro humano. Sí, veo que también le ha contado eso.

»La teoría básica que hizo posible a los robots humaniformes surgió, estoy totalmente segura, de sus intentos de entender el cerebro humano. Ahora, guarda esa teoría para él solo y no permitirá que nadie más la vea porque quiere resolver el problema del cerebro humano absolutamente por su cuenta en el par de siglos que todavía le quedan de vida. Todo lo demás queda subordinado a esto. Y, sin duda alguna, eso también me incluye a mí.

Baley intentó abrirse camino entre aquel torrente de furia y dijo en voz baja:

—¿De qué modo le incluye a usted?

—Cuando nací, debería haber sido atendida con los demás niños por profesionales que conocían bien el cuidado de los recién nacidos. No debería haberme quedado sola y a cargo de un aficionado, fuera o no mi padre, por muy científico que fuese. No deberían haber consentido al doctor Fastolfe que sometiera a un niño a tal ambiente. Desde luego, no lo habrían tolerado a otra persona que no fuera Han Fastolfe. Utilizó todo su prestigio para conseguirlo, pasó a cobrar todos los favores que le debían y convenció a todas las personas clave hasta que, por fin, consiguió el control sobre mí.

—Él la amaba —murmuró Baley.

—¿Me amaba? Le hubiera servido igual cualquier otro niño, pero no disponía de otro. Lo que deseaba era tener un niño que creciera en su presencia, un cerebro en desarrollo. Quería hacer un estudio detallado de cómo se desarrollaba, del modo en que iba creciendo. Buscaba un cerebro humano en forma sencilla que fuera haciéndose complejo, para así poder estudiarlo con detalle. Con tal propósito, me sometió a un ambiente anormal y a sutiles experimentos, sin tener ninguna consideración en absoluto hacia mí como persona humana.

—No puedo creerlo. Aunque se interesara por usted como sujeto experimental, podía seguir cuidándola como ser humano.

—No. Habla usted como un terrícola. Quizás en la Tierra existe algún tipo de consideración y respeto por las relaciones biológicas, pero aquí no la hay. Yo sólo fui para él un sujeto de experimentación. Punto.

—Aunque eso fuera así al principio, el doctor Fastolfe no pudo evitar tomarle cariño, pues era un objeto indefenso confiado a su cuidado. Aunque no hubiese existido ninguna conexión biológica, aunque hubiera sido usted un animalillo, el doctor habría aprendido a amarla.

—¿Sí? ¿Aprendería ahora? —replicó ella con amargura—. No conoce usted la fuerza de la indiferencia en un hombre como el doctor Fastolfe. Si hubiera tenido que sacrificar mi vida para aumentar sus conocimientos, lo habría hecho sin la menor vacilación.

—Eso es ridículo, doctora Vasilia. El trato que le dio a usted fue tan agradable y considerado que hizo surgir en usted el amor. Estoy enterado. Usted… usted se ofreció a él.

—Se lo ha dicho él, ¿verdad? Sí, ha sido él. Todavía hoy, ni por un instante se habrá parado a preguntarse si me avergüenza esa revelación. Sí, es cierto, me ofrecí a él. ¿Por qué no iba a hacerlo? Él era el único ser humano al que realmente conocí. Era superficialmente amable conmigo y yo no comprendía sus auténticos propósitos. Para mí, era un objetivo lógico. También entonces él se cuidó de introducirme en la estimulación sexual bajo condiciones controladas. Controladas por él. Era inevitable que tarde o temprano yo me acercara a él. Tenía que ser así, ya que no había nadie más. Y él me rechazó.

—¿Y usted le odió por ello?

—No. Al principio, no. Durante años no lo hice. Aunque mi desarrollo sexual quedó traumatizado y deformado con unos efectos que siento todavía en la actualidad, no le eché la culpa a él. No sabía lo suficiente y encontraba excusas para su comportamiento. Estaba ocupado, tenía a otras, necesitaba mujeres maduras. Se asombraría usted de la ingenuidad con que encontraba excusas para su negativa. Hasta años más tarde no me di cuenta de que algo iba mal y entonces me las arreglé para plantear el tema abiertamente ante él. «¿Por qué me rechazaste?», le pregunté. «Si me hubieras complacido, me habrías puesto en el buen camino, y lo hubieras resuelto todo».

Vasilia hizo una pausa, tragó saliva y se tapó los ojos un instante. Los robots seguían con sus rostros inexpresivos (incapaces por lo que Baley sabía, de experimentar equilibrios o desequilibrios en las conexiones positrónicas que pudieran producir sensaciones de algún modo análogas a la turbación humana). Baley aguardó, helado de desconcierto. La doctora prosiguió, más tranquila:

—El doctor Fastolfe hizo caso omiso a mi pregunta todo el tiempo que pudo, pero yo le insistí una y otra vez. «¿Por qué no me aceptaste?». «¿Por qué no me aceptaste?». Él no dudaba nunca en acostarse con mujeres. Recuerdo que en cierta época me llegué a preguntar si no sería, simplemente, que prefería a los hombres. Cuando no hay hijos por medio, las preferencias personales en cuanto a la sexualidad no tienen importancia,

y hay hombres que encuentran desagradables a las mujeres, y viceversa. Pero no era éste el caso de ese hombre a quien usted llama mi padre. Le gustaban las mujeres, y a veces se ofrecía a mujeres jóvenes, tan jóvenes como era yo cuando me ofrecí a él. «¿Por qué no me aceptaste?». Finalmente, se dignó responderme y… Le desafío a que intente adivinar su contestación.

Vasilia hizo una pausa y aguardó con aire sardónico. Baley se agitó en su asiento, incómodo, y musitó en voz muy baja:

—¿No quería hacer el amor con su hija?

—¡Oh, no sea estúpido! ¿Qué importaría eso? Considerando que casi ningún hombre de Aurora sabe quién es hijo o hija suyos, eso podría suceder cada vez que un hombre maduro se acuesta con una mujer que tenga unas décadas menos. Es algo tan evidente que no merece la pena profundizar en ello. Lo que el doctor respondió, recuerdo perfectamente sus palabras, fue: «¡No seas estúpida! Si me comprometo así contigo, ¿cómo podría mantener mi objetividad… y de qué serviría mi estudio continuado de ti?».

»Para entonces, sabe usted, yo ya conocía su interés por el cerebro humano. Estaba siguiendo sus pasos y ya me estaba convirtiendo en una roboticista por méritos propios. Trabajaba con Giskard en esa dirección y experimentaba con su programación. Y lo hice muy bien ¿verdad, Giskard?

—Es cierto, Señorita —asintió Giskard.

—Pero entonces comprendí que ese hombre a quien usted llama mi padre no me consideraba un ser humano. Prefería verme traumatizada para toda la vida antes que arriesgar su objetividad. Sus observaciones científicas significaban más para él que mi normalidad como persona. A partir de entonces, supe dónde estábamos cada uno de los dos… y le dejé.

El silencio se hizo pesado en la sala.

A Baley le dolía ligeramente la cabeza. Deseó preguntarle a la mujer por qué no había tenido en cuenta el egocentrismo de un gran científico, o la importancia que éste podía otorgar a un gran problema. ¿No podía hacerse cargo de que quizá había contestado en un momento de irritación por verse obligado a hablar de algo que no deseaba? ¿No era lo mismo que la furia que ahora manifestaba ella? ¿Acaso la preocupación de Vasilia por

su propia «normalidad» (cualquiera que fuese el significado exacto de esa palabra) no representaba un mismo grado de egocentrismo, y mucho más difícil de excusar ya que no tenía en cuenta los dos problemas más importantes con que se enfrentaba la humanidad: la naturaleza del cerebro humano y la colonización de la galaxia?

Pero Baley no pudo formular ninguna de aquellas preguntas. No sabía cómo exponerlas de modo que tuvieran auténtico sentido para Vasilia, y tampoco estaba seguro de poder entender las respuestas de ésta.

¿Qué estaba haciendo él en aquel mundo? No alcanzaba a comprender sus costumbres, por mucho que se las explicaran. Y los auroranos tampoco podían comprender las de él. Por fin dijo, cabizbajo:

—Lo lamento, doctora Vasilia. Entiendo que esté enfadada, pero olvídese por un instante de su cólera y considere el asunto del doctor Fastolfe y el robot asesinado. ¿No comprende que se trata de dos cosas distintas? El doctor Fastolfe puede haber querido observarla de una manera científica y objetiva, sin sentimientos, incluso a costa de su infelicidad, doctora, pero aun así, eso queda a años luz del deseo de destruir un robot humaniforme avanzado.

Vasilia enrojeció y se puso a gritar:

—¿No entiende lo que le estoy diciendo, terrícola? ¿Cree usted que le he contado todo eso sólo porque pienso que le puede interesar a alguien la triste historia de mi vida? ¿De verdad cree que me gusta sincerarme de esta manera?

»Sólo le he contado todo eso para demostrarle que el doctor Han Fastolfe, mi padre biológico, como no se cansa usted de repetir, fue el autor de la destrucción de Jander. Naturalmente que lo hizo él. He evitado decirlo porque nadie, hasta que ha llegado usted, ha sido lo bastante estúpido como para preguntarme, y por algún tonto residuo de consideración que siento todavía hacia ese hombre. Pero ahora que usted me ha preguntado lo afirmo y, ¡por Aurora!, lo seguiré diciendo y proclamando a los cuatro vientos. Sí, lo proclamaré en público, si es preciso.

»El doctor Fastolfe fue quien destruyó a Jander Panell. Estoy segura de ello. ¿Se siente satisfecho, terrícola?

Baley contempló horrorizado a la turbada mujer. Tartamudeó un instante y volvió a empezar.

—No lo entiendo, doctora Vasilia. Por favor, tranquilícese y piénselo bien. ¿Por qué iba a destruir el robot el doctor Fastolfe? ¿Qué tiene que ver eso con la forma en que la trató a usted? ¿Considera que se trata de una especie de represalia contra usted?

Vasilia respiraba rápidamente (Baley observó con aire ausente y sin ninguna intención consciente que, aunque Vasilia tenía una estructura ósea pequeña como la de Gladia, sus pechos eran más prominentes) y pareció aclararse la voz para mantenerla controlada. Por último, dijo:

—Acabo de decirle que Han Fastolfe estaba interesado en la observación del cerebro humano, ¿verdad, terrícola? El doctor nunca ha dudado en ponerlo bajo tensión para observar los resultados. Y siempre ha preferido cerebros que se salieran de lo normal, el de un bebé por ejemplo, para poder observar a fondo su desarrollo. Cualquier cerebro excepto uno normal.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con…?

—Pregúntese entonces por qué siente el doctor ese interés por la mujer de Solaria.

—¿Gladia? Se lo he preguntado y me lo ha explicado. La mujer de Solaria le recuerda mucho a usted, y le aseguro que el parecido es notable.

—Y cuando antes me ha hablado de ello, me ha hecho gracia y le he preguntado si usted lo creía. Repito la pregunta: ¿le cree usted?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque no es cierto. El parecido quizá le llamó la atención, pero la clave del interés que siente por la extranjera… es que es extranjera. Gladia se ha educado en Solaria, con unos conceptos y axiomas sociales diferentes de los de Aurora. Así pues, el doctor Fastolfe podía estudiar en ella un cerebro moldeado de manera distinta a la nuestra y conseguir una perspectiva interesante. ¿No comprende eso? Por cierto, ¿por qué está el doctor interesado en usted, terrícola? ¿Es tan estúpido como para imaginar

que usted podrá resolver un problema de Aurora si no conoce prácticamente nada del planeta?

Daneel volvió a intervenir de repente, y Baley dio un respingo al oír su voz.

—Doctora Vasilia —dijo Daneel, el compañero Elijah resolvió un problema en Solaria, aunque no conocía nada del planeta.

—Sí —asintió Vasilia en tono agrio—. Todos los mundos vieron ese famoso programa de hiperondas. Una casualidad siempre puede producirse, pero no creo que Han Fastolfe confíe en que usted acierte dos veces seguidas. No, terrícola. Fundamentalmente, se siente atraído hacia usted por su condición de habitante de la Tierra. Usted posee otro cerebro extraño que él puede estudiar y manipular.

—Estoy seguro de que no puede usted creer, doctora, que Fastolfe pondría en peligro asuntos de importancia vital para Aurora y llamaría a alguien que considerara inútil, sólo para poder estudiar un cerebro inusual.

—Naturalmente que lo haría. ¿No es ése el punto central de todo lo que le estoy diciendo? El doctor Fastolfe nunca consideraría más importante cualquier tipo de crisis que pudiera sufrir Aurora, que la resolución del problema del cerebro. Podría decirle exactamente las palabras que él pronunciaría si le preguntara al respecto. Aurora puede progresar o decaer, florecer o derrumbarse, y eso tendría poca importancia en comparación con el problema del cerebro, todo lo que se hubiera perdido en el transcurso de un milenio de negligencias y de decisiones erróneas podría recuperarse en una década de desarrollo humano guiado inteligentemente y dirigido por su soñada «psicohistoria». Y con ese mismo argumento justificaría cualquier otra cosa, mentiras, crueldades, cualquier cosa, aludiendo simplemente a que todo tiene por objeto aumentar los conocimientos sobre el cerebro.

—No puedo imaginarme que el doctor Fastolfe sea cruel. Es un hombre amabilísimo.

—¿De veras? ¿Cuánto tiempo ha pasado con él?

—Unas cuantas horas en la Tierra hace tres años. Y un día en Aurora, desde que he llegado —respondió Baley.

—Un día. Todo un día. Yo estuve con él casi constantemente durante quince años y he seguido sus trabajos a distancia con cierta atención desde

entonces. ¿Y usted ha pasado todo un día a su lado, terrícola? Y en ese día completo, ¿no ha hecho nada que le haya atemorizado o humillado?

Baley guardó silencio. Pensó en el repentino ataque con el especiero del que le había rescatado Daneel, en el Personal que tantas dificultades le había reportado gracias a su decoración simulada, y en el prolongado paseo por el Exterior programado para probar su capacidad de adaptación a los espacios abiertos.

—Veo que sí —prosiguió Vasilia—. Su rostro, terrícola, no es la máscara impenetrable que usted cree. ¿Le ha amenazado quizá con un sondeo psíquico?

—Lo ha mencionado, en efecto —dijo Baley.

—Un solo día, y ya lo ha mencionado. Supongo que eso le haría sentirse inquieto, ¿verdad?

—En efecto.

—¿Y había alguna razón para que lo mencionara?

—Oh, sí la había —respondió rápidamente Baley—. Yo había dicho que, durante un instante, había tenido una idea que luego se me había borrado de la mente. En estas circunstancias, era perfectamente legítima la sugerencia de que un sondeo psíquico podía ayudarme a localizar de nuevo esa idea.

—No, no era nada legítimo. El sondeo psíquico no puede utilizarse con tanta precisión y sutileza. Además, en caso de intentarlo, habría muchas probabilidades de que le produjera daños permanentes en el cerebro.

—No creo que fuera así si lo realizase un experto. El doctor Fastolfe, por ejemplo.

—¿Él? Fastolfe no sabe distinguir un extremo de la sonda del otro. Es un teórico, no un técnico.

—En tal caso, otro experto. En realidad, el doctor no especificó que pensara hacer el sondeo él mismo.

—No, terrícola. Ni él ni nadie. ¡Piense en ello! Si el sondeo psíquico pudiera ser utilizado de forma segura en los seres humanos, y si tan preocupado estaba Han Fastolfe por el problema de la desactivación del robot, ¿por qué no sugirió que se le hiciera a él el sondeo psíquico?

—¿A él mismo?

—No me diga que no se le había pasado por la cabeza. Cualquier persona con dos dedos de frente llegaría a la conclusión de que Fastolfe es culpable. El único punto en favor de su inocencia es que él mismo se proclama inocente. En tal caso, ¿por qué no se ofrece a demostrar lo que afirma sometiéndose a un sondeo psíquico y probando así que no puede encontrarse rastro alguno de culpabilidad en lo más recóndito de su cerebro? ¿Ha sugerido alguna vez algo parecido, terrícola?

—No, nunca. Al menos, delante de mí.

—Porque sabe muy bien que es mortalmente peligroso. En cambio, no duda en sugerirlo en el caso de usted, simplemente para observar cómo actúa su cerebro bajo presión y cómo reacciona ante el miedo. O quizá se le ha ocurrido que, por peligroso que sea el sondeo para usted, puede proporcionarle a él datos interesantes, como pueden ser los detalles de su cerebro moldeado en la Tierra. Dígame, pues, ¿no es eso crueldad?

Baley apartó el tema haciendo un tenso gesto con la mano derecha.

—¿Qué aplicación tiene todo eso al caso que nos ocupa, al roboticidio?

—Gladia, la mujer de Solaria, cautivó a mi en otro tiempo padre. La extranjera tenía un cerebro interesante para los propósitos de éste. Por lo tanto, Fastolfe le dejó su robot, Jander, para ver qué sucedía si una mujer no educada en Aurora se enfrentaba con un robot que parecía humano en todos sus detalles. El doctor sabía que una aurorana, con bastante probabilidad, utilizaría al robot con fines sexuales, inmediatamente y sin problemas. Yo tendría algunos problemas, debo reconocerlo, porque no fui educada de modo normal. En cambio, las auroranas corrientes no tendrían ninguno. La mujer de Solaria, por el contrario, tendría muchas dificultades por haber sido educada en un mundo extremadamente robotizado, donde las actitudes mentales hacia los robots son desusadamente rígidas. La diferencia, como puede comprender, resultaba muy instructiva para mi padre, que intentaba consolidar su teoría del funcionamiento cerebral por medio de esas variaciones. Han Fastolfe esperó medio año a que la mujer de Solaria llegara al punto en que quizás iniciase las primeras aproximaciones experimentales… Baley interrumpió a Vasilia para decir:

—Su padre no sabía nada en absoluto acerca de las relaciones entre Gladia y Jander.

—¿Quién le ha dicho eso, terrícola? ¿Mi padre? ¿Gladia? Si ha sido el primero, le ha mentido, naturalmente; si ha sido la segunda, es muy probable que no se hubiera enterado de que él lo sabía. Puede usted estar seguro de que Fastolfe conocía perfectamente lo que estaba sucediendo; tenía que ser así, pues debía de constituir una parte de su estudio acerca de las particularidades del cerebro humano en las condiciones de Solaria.

»Y luego debió de pensar (estoy tan segura de ello como si pudiera leer sus pensamientos) qué sucedería si, justo cuando empezaba a confiar en Jander, la mujer perdía al robot de repente y para siempre. El doctor sabía cuál sería la reacción de una aurorana: demostraría cierto disgusto y buscaría a continuación un sustituto. Sin embargo, ¿qué haría una mujer de Solaria? Así pues, dispuso que Jander quedara inutilizado de modo irreversible y…

—¿Destruir un robot de un valor inmenso sólo para satisfacer una simple curiosidad?

—Es monstruoso, ¿no es cierto? Sin embargo, eso es lo que haría Han Fastolfe. Así pues, terrícola, regrese junto a él y dígale que su jueguecito ha terminado. Si el planeta, en general, no cree todavía en su culpabilidad, seguro que lo hará cuando yo haya contado públicamente lo que le acabo de decirle.

43

Baley permaneció sentado un instante más, anonadado, mientras Vasilia le observaba con una especie de desagradable placer, con un rostro duro y absolutamente distinto al de Gladia.

No parecía haber nada que hacer…

Baley se puso en pie y se sintió viejo, mucho más de lo que significaban sus cuarenta y cinco años terrestres (apenas la adolescencia para aquellos auroranos). Hasta aquel momento, nada de lo que había investigado le había conducido a ninguna parte. Peor aún: a cada paso que daba la soga parecía cerrarse más alrededor del cuello de Fastolfe.

Alzó la mirada al techo transparente. El sol estaba muy alto, pero quizá había pasado ya el cénit porque parecía menos intenso que un rato antes. Unas líneas de finas nubes lo ocultaban intermitentemente.

Vasilia pareció darse cuenta de ello al observar su mirada levantada hacia el techo. Movió la mano sobre la parte del gran tablero junto al cual estaba sentada y la transparencia del techo se desvaneció. Al mismo tiempo, una luz brillante inundó la sala con el mismo tono anaranjado desvaído que presentaba el propio sol.

—Creo que la entrevista ha concluido —dijo Vasilia—. No voy a tener ninguna razón para volver a verle, terrícola, ni usted a mí. Quizá sea mejor que abandone Aurora. Ya le ha hecho usted —sonrió sin asomo de humor y pronunció las siguientes palabras casi con furia— suficiente daño a mi padre, aunque no todo el que se merece.

Baley dio un paso hacia la puerta y los dos robots se le acercaron. Giskard dijo en voz baja:

—¿Todo va bien, señor?

Baley se encogió de hombros. ¿Qué se podía responder a aquello?

—¡Giskard! —dijo Vasilia—. Cuando el doctor Fastolfe considere que ya no eres de utilidad para él, ¿querrás formar parte de mi equipo?

Giskard se quedó mirándola con calma.

—Si el doctor Fastolfe lo permite, así lo haré, Señorita.

La sonrisa de Vasilia se hizo más cálida.

—Hazlo, por favor, Giskard. Siempre te he echado de menos.

—Yo pienso a menudo en usted, Señorita.

Al llegar a la puerta, Baley se detuvo.

—Doctora Vasilia, ¿me permite que utilice un Personal?

Vasilia abrió unos ojos como platos y contestó:

—¡Por supuesto que no, terrícola! En el Instituto hay varios Personales comunitarios. Los robots pueden acompañarle.

Baley se quedó mirándola y meneó la cabeza. No le sorprendía que la doctora no quisiera ver sus habitaciones infectadas por un terrícola; pese a ello, se irritó igualmente. Furioso, dejándose llevar por la cólera en lugar de razonar con lógica, se volvió y masculló:

—Doctora Vasilia, si yo fuera usted no hablaría de la culpabilidad del doctor Fastolfe.

—¿Y qué va a impedírmelo?

—El riesgo de que se descubran sus relaciones con Gremionis. Un riesgo para usted.

—No sea ridículo. Usted mismo ha reconocido que entre Gremionis y yo no hubo ninguna conspiración.

—En realidad, no ha sido así. He reconocido que parecían existir razones para llegar a la conclusión de que no hubo una conspiración directa entre Gremionis y usted para destruir a Jander. Todavía sigue en pie la posibilidad de una conspiración indirecta.

—Está usted loco. ¿Qué es una conspiración indirecta?

—No estoy dispuesto a hablar de ello en presencia de dos robots del doctor Fastolfe, a menos que usted insista. ¿Y por qué iba a insistir? Sabe usted perfectamente a qué me refiero.

No había razón alguna por la que Baley pudiera pensar que Vasilia aceptaría aquel farol. Con aquello no iba sino a empeorar aún más la situación.

¡Pero no fue así! Vasilia pareció estremecerse interiormente y frunció el ceño.

Entonces, la conspiración indirecta existía, pensó Baley. Fuera lo que fuese, aquello mantendría inquieta a Vasilia hasta que comprendiera que sólo había sido un farol por su parte. Un poco más animado, Baley añadió:

—Repito, no diga nada del doctor Fastolfe.

Pero, naturalmente, Baley no sabía cuánto tiempo había comprado. Muy poco, quizás.

11. GREMIONIS

44

Volvían a estar sentados en el planeador, los tres en la parte delantera. Baley estaba nuevamente en medio, notando la presión de los robots a ambos lados. Se sentía agradecido por la atención que ambos le prestaban en todo instante, pese a que eran simples máquinas programadas e incapaces de desobedecer las instrucciones.

Entonces pensó: «¿Por qué discriminarlas con una mera palabra, máquinas?». Giskard y Daneel eran buenas máquinas en un universo de personas a veces malas. No tenía derecho a dar más importancia a la división, hombres/máquinas que a la diferenciación entre el bien y el mal. Además, Baley no podía considerar a Daneel como una máquina.

—Debo preguntárselo otra vez, señor —intervino Giskard—. ¿Se siente bien?

—Perfectamente, Giskard —aseguró Baley—. Me alegro de encontrarme aquí con vosotros dos.

El cielo aparecía en su mayor parte de un color blanco. Blanquecino, para ser más exacto. Soplaba una suave brisa y en el trayecto hasta el vehículo había sentido frío.

—Compañero Elijah —dijo Daneel—, he estado escuchando con atención tu conversación con la doctora Vasilia. No deseo hacer comentarios desagradables sobre lo que ha dicho la doctora, pero debo advertirte que, según mis observaciones, el doctor Fastolfe es un ser humano amable y cortés. Por lo que yo sé, nunca ha sido deliberadamente

cruel y jamás, en lo que puedo valorar, ha supeditado el bienestar fundamental de un ser humano a las necesidades de su curiosidad.

Baley observó el rostro de Daneel, que de alguna manera daba la impresión de ser sincero.

—¿Podrías decir algo contra el doctor Fastolfe, aunque realmente fuera una persona cruel y despiadada? —preguntó al robot.

—Podría permanecer callado.

—¿Pero lo harías?

—Si diciendo una mentira pudiese perjudicar la credibilidad de la doctora Vasilia, provocando dudas injustificadas sobre su veracidad, o si permaneciendo callado pudiera perjudicar al doctor Fastolfe al añadir más detalles a unas acusaciones ciertas en su contra, y si el perjuicio ocasionado a ambos fuera, a mi entender, de parecida intensidad, entonces sería necesario que permaneciera en silencio. El perjuicio producido por una actitud activa supera, en general, al ocasionado por una actitud de pasividad; eso, siempre que las cosas sean razonablemente iguales.

—Entonces —dijo Baley—, aunque la Primera Ley establece que «ningún robot causará daño a un ser humano o permitirá, con su inacción, que un ser humano sufra daño», ¿las dos partes de la ley no son iguales? Una falta por comisión, según dices, es mayor que una por omisión, ¿no?

—El enunciado de la ley es una mera descripción aproximativa de las constantes variaciones en la fuerza positronomotriz a lo largo de las vías cerebrales robóticas, compañero Elijah. No sé lo suficiente para describirlo matemáticamente, pero conozco muy bien cuáles son mis tendencias.

—Y éstas son siempre preferir la no acción a la acción, si el perjuicio es aproximadamente el mismo en ambos casos, ¿no es así?

—En general. Y siempre elegir la verdad sobre la no verdad, si el daño es similar en ambas direcciones. En general, es así.

—En el presente caso, ya que hablas de refutar las palabras de la doctora Vasilia y con ello perjudicarla, eso sólo puede significar que la Primera Ley está suficientemente mitigada por el hecho de que estás diciendo la verdad.

—En efecto, compañero Elijah.

—Lo cierto es que tú dirías lo que acabas de decir, aunque fuera una mentira, si el doctor Fastolfe te hubiese programado con la suficiente intensidad para decir esa mentira cuando fuese necesario y para negarte a reconocer que habías sido programado para ello.

Hubo una pausa y a continuación Daneel dijo:

—Así es, compañero Elijah.

—Es un poco complicado, Daneel, pero ¿sigues creyendo que el doctor Fastolfe no asesinó a Jander Panell?

—Mi experiencia con él me dice que el doctor es sincero, compañero Elijah, y que no le causaría daño al amigo Jander.

—Y en cambio el propio Fastolfe ha descrito un fuerte motivo por el que él mismo podría haberlo hecho, mientras que la doctora Vasilia acaba de expresar un motivo totalmente distinto, tan poderoso como el anterior y más escandaloso todavía. —Hizo una corta pausa y añadió—: Si el público conociera cualquiera de ambos, el convencimiento de la culpabilidad del doctor Fastolfe se haría universal.

De pronto, Baley se volvió hacia Giskard.

—¿Qué opinas tú, Giskard? Tú conoces al doctor Fastolfe desde bastante antes que Daneel. ¿Estás de acuerdo con él en que el doctor Fastolfe no pudo haber cometido ese acto ni haber destruido a Jander, en base a lo que tú conoces del carácter del doctor?

—Sí, señor.

Baley observó al robot en actitud dubitativa. Giskard era menos avanzado que Daneel. ¿Hasta qué punto podía confiar en él como testigo? ¿No podía haber sido programado para mostrarse de acuerdo con Daneel en todo lo que éste decidiera?

—Y también conoces a fondo a la doctora Vasilia, ¿no es cierto?

—Antes la conocía muy bien —asintió Giskard.

—Y te gustaba, por lo que intuyo.

—La doctora estuvo a mi cargo durante muchos años y la tarea no me disgustó ni me causó problemas de ningún tipo.

—¿Pese a que jugueteó con tu programación?

—Lo hizo con mucha pericia.

—¿Mentiría la doctora acerca de su padre… del doctor Fastolfe, quiero decir?

Giskard titubeó.

—No, señor. No lo haría —dijo por último.

—Entonces, ¿aseguras que lo que me ha contado en nuestra entrevista es verdad?

—No exactamente, señor. Lo que digo es que ella cree que sus afirmaciones son la verdad.

—Pero ¿por qué iba ella a creer que todas esas barbaridades acerca de su padre eran ciertas si, en realidad, él es una buena persona, tal como asegura Daneel?

—La doctora Vasilia se siente amargada por diversos hechos acaecidos en su juventud —dijo Giskard lentamente—. Unos hechos de los que considera responsable al doctor Fastolfe y de los que quizás éste fuera responsable involuntario… hasta cierto punto. Me parece que no era su intención que los hechos en cuestión tuvieran las consecuencias que luego tuvieron. Sin embargo, lo seres humanos no se rigen por las estrictas leyes de la robótica. Por lo tanto, es difícil juzgar la complejidad de las motivaciones humanas en la mayor parte de sus actuaciones.

—Eso es muy cierto —murmuró Baley.

—¿Considera imposible la tarea de demostrar la inocencia del doctor Fastolfe? —preguntó Giskard.

Baley juntó sus cejas en una expresión ceñuda.

—Puede ser. Tal como están las cosas, no veo salida. Además, si la doctora Vasilia habla, como ha amenazado hacer…

—Pero usted le ha ordenado permanecer callada, le ha explicado que sería peligroso para ella misma si lo hacía.

Baley movió la cabeza en señal de negativa y reconoció:

—No era verdad. Ya no sabía qué decir y…

—Entonces, ¿tiene intención de abandonar?

—¡No! —exclamó vigorosamente Baley—. Si sólo se tratara de Fastolfe, quizá lo hiciera. Después de todo, ¿qué daño físico le produciría? El roboticidio no es siquiera un delito, sino una falta. Como mucho, el doctor perdería influencia política y, quizá, se vería incapacitado para

continuar su labor científica durante una temporada. Yo lamentaría mucho que tal cosa sucediera, pero si no puedo hacer nada más, no puedo hacer nada más.

»Y si sólo se tratara de mí, quizá también me rindiera. Quizás eso dañara mi reputación, pero ¿quién puede edificar una casa de ladrillos sin ladrillos? Regresaría a la Tierra deshonrado y me esperaría una vida triste e incalificable, pero ése es el riesgo que corren todos los terrícolas. Hombres mejores que yo han tenido que afrontar situaciones parecidas e igualmente injustas.

»Pero este asunto incumbe también a la Tierra. Si no tengo éxito, además de las lamentables consecuencias para el doctor Fastolfe y para mí mismo, quedará descartada toda esperanza de que los terrícolas puedan salir de su planeta y esparcirse por la galaxia. Por esa razón, no debo fallar y debo seguir adelante sea como sea, hasta que no me expulsen físicamente de este mundo.

Tras finalizar la explicación casi en un susurro, Baley levantó de pronto la mirada y dijo en tono malhumorado:

—¿Por qué estamos parados aquí, Giskard? ¿Tienes el motor en marcha sólo para divertirte?

—Con todo el respeto, señor —replicó Giskard—, no me ha dicho usted adonde desea ir.

—¡Es cierto! Te pido excusas, Giskard. Primero, llévame al Personal comunitario más próximo, de los que ha mencionado la doctora Vasilia. Vosotros dos podéis ser inmunes a tales cosas, pero yo tengo que vaciar mi vejiga. Después, búscame un lugar cercano donde pueda comer algo. También tengo un estómago que necesito llenar. Y después…

—¿Sí, compañero Elijah? —preguntó Daneel.

—A decir verdad, Daneel, no lo sé. Ya pensaré en algo cuando haya satisfecho esas necesidades puramente fisiológicas.

Baley deseó fervientemente poder creerse sus palabras.

El planeador no sobrevoló el terreno mucho rato. Cuando se detuvo, balanceándose ligeramente, Baley sintió el habitual nudo en el estómago. El leve movimiento le indicó que estaba en un vehículo e hizo desaparecer la sensación temporal de seguridad que le proporcionaba el estar entre paredes y entre robots. A través del cristal delantero y de los laterales (y a través del trasero, si volvía la cabeza) se divisaba la blancura del cielo y el verdor de la vegetación. Todo aquello formaba el Exterior, esto es, la nada. Tragó saliva, incómodo.

Se detuvieron frente a un pequeño edificio.

—¿Eso es el Personal comunitario? —preguntó Baley.

—Es el más próximo de los varios que están repartidos por los terrenos del Instituto, compañero Elijah.

—Lo habéis encontrado muy pronto. ¿Constan también estos edificios en el mapa que ha sido introducido en tu memoria?

—Efectivamente, compañero Elijah.

—¿Está ocupado en este momento?

—Quizá, compañero Elijah, pero puede ser utilizado por tres o cuatro personas simultáneamente.

—¿Hay sitio para mí?

—Es muy probable, compañero Elijah.

—Bien, entonces dejadme salir. Iré a ver…

Los robots no se movieron.

—Señor —dijo Giskard—, nosotros no podemos entrar con usted.

—Sí, lo sé, Giskard.

—No podremos protegerle adecuadamente, señor.

Baley frunció el ceño. El robot inferior, naturalmente, debía de tener un cerebro más rígido y Baley advirtió de repente el peligro de que ambos robots no le permitieran, simplemente, quedar fuera de su vista y, por tanto, acudir al Personal. Se volvió hacia Daneel, de quien podía esperar una mayor comprensión de las necesidades humanas, y en tono de urgencia, dijo:

—Giskard, no puedo evitarlo, tengo que ir… Daneel, no puedo aguantar más. Dejadme bajar del vehículo.

Giskard miró a Daneel sin moverse y, durante un terrible instante, Baley pensó que el robot le sugeriría aliviarse en el campo próximo, al aire libre, como un animal.

El momento pasó. Daneel sentenció:

—Creo que debemos permitir que el compañero Elijah haga lo que necesita.

Ante esta intervención, Giskard cedió y dijo:

—Si puede resistir un momento, señor, investigaré primero el edificio.

Baley hizo una mueca. Giskard se apeó del vehículo y se encaminó despacio hacia el edificio. Después, metódicamente, dio una vuelta alrededor del mismo. Baley casi podía haber supuesto que, en cuanto Giskard desapareciera, la urgencia de hacer sus necesidades iba a aumentar.

Intentó distraer sus propias terminaciones nerviosas contemplando el panorama. Tras fijarse un poco, advirtió una serie de delgados cables aquí y allá, en el aire, como finos cabellos oscuros sobre el cielo blanquecino. Al principio, no se percató de ellos. Lo primero que divisó fue un objeto oval que se deslizaba bajo las nubes. Después reconoció que se trataba de un vehículo y advirtió que no flotaba, sino que estaba suspendido de un largo cable horizontal. Siguió con la mirada el cable, adelante y atrás, y se percató de que había otros similares. Entonces observó otro vehículo más lejos, y otro más aún. El más distante de los tres era una pequeña mancha sin rasgos apreciables que sólo reconoció porque antes había visto los otros, más próximos.

Indudablemente, se trataba de un teleférico para el transporte interno de una parte a otra del Instituto de Robótica.

Baley pensó en lo extensas que eran las instalaciones. Cuánto espacio inútil consumía el Instituto.

Y en cambio, aun así, no ocupaba toda la superficie. Los edificios estaban separados lo suficiente para que la vegetación pareciera no haber sido tocada y para que la vida animal y vegetal continuara (se imaginó Baley) como si de una zona silvestre se tratara.

Baley recordó Solaria. El planeta le había parecido vacío. Indudablemente, todos los mundos de los espaciales parecían vacíos. El mismo planeta Aurora lo parecía, pese a ser el más poblado y pese a que

Baley se hallaba en la región más colonizada del globo. Por lo demás, también la Tierra parecía vacía, exceptuando las Ciudades.

Pero las Ciudades existían, y Baley sintió una intensa añoranza que se vio obligado a apartar de sí.

—¡Ah! —exclamó Daneel—. El amigo Giskard ha terminado su reconocimiento.

Giskard regresó al vehículo y Baley preguntó en tono áspero:

—¿Y bien? ¿Tienes la amabilidad de darme permiso…?

Se detuvo. ¿Por qué malgastar sarcasmo con aquel impenetrable pellejo de robot?

—Parece absolutamente seguro que el Personal no está ocupado.

—¡Bien! Entonces, apártate de mi camino.

Baley abrió impetuosamente la puerta del planeador y saltó a la grava de un estrecho sendero. Avanzó rápidamente, con Daneel pegado a los talones.

Cuando llegaron a la puerta del edificio, Daneel indicó sin palabras el contacto que la abriría. Daneel no se aventuró a tocar él mismo el pulsador. Probablemente, pensó Baley, haberlo hecho sin instrucciones específicas habría indicado intención de entrar, y ni siquiera la intención le estaba permitida.

Baley pulsó el contacto y entró, dejando atrás a los dos robots.

Hasta que no hubo entrado, no se le ocurrió que Giskard no había podido entrar en el Personal para comprobar si efectivamente el Personal estaba desocupado. El robot debía de haberlo juzgado así por lo que se apreciaba desde fuera, lo cual resultaba un procedimiento bastante dudoso, como mínimo.

Y Baley advirtió, con cierta intranquilidad, que por primera vez estaba aislado y separado de todos sus protectores, y que éstos, estando al otro lado de la puerta, no podrían entrar fácilmente si de pronto se encontraba en dificultades. ¿Y si en aquel momento no estaba solo en el Personal? ¿Y si Vasilia había alertado a algún enemigo de que Baley buscaría un Personal cuando saliera de la entrevista? ¿Y si ese enemigo estaba oculto en el edificio en aquel mismo instante?

De pronto, Baley advirtió, inquieto, que estaba totalmente desarmado (lo cual no hubiera sucedido en la Tierra).

46

Ciertamente, el edificio no era muy grande. Había unos pequeños urinarios, uno junto a otro, en un total de media docena. También había otra media docena de lavabos, también uno al lado de otro. No había duchas, ni refrescadores de ropas, ni utensilios de afeitar.

Vio media docena de excusados, separados por unos tabiques y con una portezuela en cada uno. ¿No podía haber alguien en el interior de uno de ellos…?

Las portezuelas no llegaban al suelo. Avanzando lentamente, Baley se inclinó y miró por debajo de cada una, buscando la presencia de alguien. Después se acercó a cada puerta, probó si estaban cerradas y fue abriéndolas de golpe, dispuesto a cerrarlas inmediatamente al menor signo de movimiento en el interior y a salir corriendo por la puerta que daba al exterior.

Todos los excusados estaban vacíos.

Baley miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera otros rincones para esconderse.

No vio ninguno.

Volvió hasta la puerta que daba al Exterior y no encontró sistema alguno para cerrarla por dentro. Encontró lógico que no hubiera cerradura por dentro. El Personal era, evidentemente, para que varios hombres lo utilizaran simultáneamente. Las instalaciones podían permitir la entrada de otras personas mientras alguien se encontraba en el interior.

Sin embargo, no podía salir y buscar otro Personal, pues el peligro seguiría existiendo igual y, además, ya no podía aguantar más tiempo.

Por un instante, Baley se sintió incapaz de decidir cuál de la serie de urinarios utilizar. Podía acercarse y usar cualquiera. Igual que cualquier persona que entrara.

Se obligó a decidirse por uno y, consciente de la falta de intimidad que la serie de urinarios representaba, se vio incapaz de vaciar la vejiga. Seguía sintiendo la necesidad urgente de hacerlo, pero tuvo que aguardar impacientemente a que se le pasara la aprensión que sentía ante la posibilidad de que entrara alguien.

Ya no temía que entrara un enemigo, sino la mera presencia de otra persona.

Entonces pensó que los robots retrasarían, por lo menos, la entrada de cualquiera que se aproximara.

Intentó relajarse con ese pensamiento…

Ya había terminado, muy aliviado, y se disponía a lavarse las manos cuando oyó una voz bastante tensa moderadamente aguda.

—¿Es usted Elijah Baley?

Baley se quedó helado. Después de tanta aprensión y de tantas precauciones, no se había dado cuenta de que alguien entraba. Al fin y al cabo, había estado concentrado por completo en el simple acto de vaciar la vejiga, algo que no debía haber ocupado ni una mínima fracción de su mente consciente. (¿Se estaría haciendo viejo?).

A decir verdad, la voz que acababa de oír no parecía en absoluto amenazadora. No había en ella el menor rastro de peligrosidad. Quizá se debía a que Baley seguía dando por seguro —y por tanto, sentía una plena confianza en ello— que, si no Giskard, al menos Daneel habría impedido que cualquiera que representara una amenaza pudiera entrar.

Lo que sobresaltó a Baley fue simplemente el hecho de que otra persona entrara. En toda su vida, ningún hombre se había acercado siquiera a él —y mucho menos le había hablado— en un Personal. En la Tierra era el tabú que más rígidamente se seguía y en Solaria (y hasta aquel momento, en Aurora) siempre había utilizado Personales para una sola persona.

La voz insistió, impaciente.

—¡Vamos! ¡Usted tiene que ser Elijah Baley!

Baley se volvió, lentamente. Vio a un hombre de estatura media, elegantemente vestido con ropas en diversos tonos de azul. El hombre tenía la piel clara, el cabello rubio y un pequeño bigote ligeramente más oscuro que el cabello de la cabeza. Baley se descubrió a sí mismo contemplando

fascinado la franja de pelo sobre el labio. Era la primera vez que veía a un espacial con bigote.

—Sí, soy Elijah Baley —respondió (lleno de vergüenza por el hecho de hablar en un Personal). Su voz le sonó, incluso a sí mismo, como un susurro áspero y nada convincente.

El espacial, desde luego, pareció encontrar poco convincente la información. Entrecerró los ojos y, mirándole fijamente, continuó:

—Los robots de ahí fuera me han dicho que Elijah Baley estaba aquí dentro, pero usted no se parece en nada al Baley que salió en el programa de hiperondas. No se parece en absoluto.

¡Aquel estúpido programa!, pensó Baley, furioso. Hasta el fin de sus días no podría conocer a nadie que antes no hubiera sido intoxicado con aquel maldito programa. Nadie le tomaría de entrada por un ser humano normal, falible y, cuando su falibilidad quedara al descubierto, todo el mundo le consideraría un estúpido y le rechazaría.

Se volvió otra vez hacia el lavabo, con aire resentido. Se enjuagó las manos y luego las agitó en el aire con un gesto vago, preguntándose dónde estaría el aparato de aire caliente para secarlas. El espacial tocó un pulsador y pareció surgir de la nada una toallita de pelusilla absorbente.

—Gracias —dijo Baley, recogiéndola—. El que aparecía en el programa de hiperondas no era yo. Era un actor.

—Ya lo sé, pero podían haber escogido a alguien que se pareciera un poco más a usted, ¿no cree? —La frase parecía contener una cierta protesta —. Quiero hablar con usted.

—¿Cómo ha podido librarse de mis robots?

Aparentemente, la frase tenía también un cierto tono de protesta.

—Por poco no lo consigo —dijo el espacial—. Han intentado detenerme y yo sólo traía conmigo un robot. Me he visto obligado a simular que era muy urgente que entrara, y ellos me han registrado. Literalmente, me han puesto las manos encima para ver si llevaba algo que pudiera resultar peligroso. Podría ponerle a usted un pleito si no fuera terrícola. No deben darse a los robots órdenes que puedan molestar a un ser humano.

—Lo lamento —dijo Baley con voz tensa—, pero no soy yo quien les ha dado las órdenes. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Quiero hablar con usted.

—Ya está haciéndolo… ¿quién es usted?

Su interlocutor pareció titubear y, por último, dijo:

—Gremionis.

—¿Santirix Gremionis?

—Exacto.

—¿Por qué quiere hablar conmigo?

Gremionis se quedó mirando a Baley un instante, aparentemente desconcertado. Después murmuró:

—Bueno, ya que estoy aquí… si no le importa…, yo también querría… —y avanzó hacia la línea de urinarios.

Baley comprendió lo que el espacial pretendía hacer y sintió fuertes náuseas. Se volvió de espaldas a él inmediatamente y murmuró:

—Le esperaré fuera.

—No, no se vaya —exclamó Gremionis en tono desesperado, casi en un graznido—. Esto no me llevará más que un segundo. ¡Por favor!

Baley también deseaba con igual desesperación hablar con Gremionis, y no quería hacer nada que pudiera ofender a éste, haciéndole volverse atrás. De no haber sido así, no habría accedido a tal solicitud.

Se mantuvo de espaldas a Gremionis, con los ojos casi cerrados en una especie de reflejo horrorizado. Sólo cuando Gremionis volvió a acercarse a él con las manos envueltas en otra toallita de pelusilla, pudo Baley relajarse otra vez.

—¿Por qué quiere hablar conmigo? —volvió a preguntar.

—Gladia, la mujer de Solaria… —Gremionis pareció titubear y se detuvo.

—Conozco a Gladia —dijo Baley en tono frío.

—Gladia ha hablado conmigo, por triménsico, sabe, y me ha dicho que usted le había hecho preguntas acerca de mí. También me ha preguntado si yo había manipulado para algo un robot que ella poseía, un robot de aspecto humano como uno de los que están ahí fuera…

—¿Y lo ha hecho usted, señor Gremionis?

—¡No! Ni siquiera sabía que Gladia tuviera un robot así hasta que… ¿Le dijo usted que había sido yo?

—Sólo le hice unas preguntas, señor Gremionis.

Gremionis había cerrado el puño derecho y lo apretaba ahora contra la palma de la mano izquierda. Con voz nerviosa, prosiguió:

—No quiero ser acusado falsamente de algo, y en especial si tal acusación falsa puede afectar a mi relación con Gladia.

—¿Cómo me ha localizado usted? —dijo Baley.

—Gladia me ha preguntado por ese robot y me ha dicho que usted había preguntado por mí. Yo ya sabía que usted había sido llamado a Aurora por el doctor Fastolfe para solucionar este… este problema del robot. Salió en el noticiario de hiperondas. Y…

Las palabras iban surgiendo una tras otra, como si cada una de ellas le costara un esfuerzo terrible.

—Prosiga —dijo Baley.

—He creído que tenía que hablar con usted para explicarle que no tuve nada que ver con ese robot. ¡Nada! Gladia no sabía dónde podía estar usted, pero he pensado que el doctor Fastolfe conocería su paradero.

—¿Así que le ha llamado?

—Oh, no. Yo… yo no creo que tenga valor para… El doctor es un científico muy importante. Sin embargo, Gladia le ha llamado por mí. Gladia es de este tipo de persona. El doctor le ha dicho que usted había salido a ver a su hija, la doctora Vasilia Aliena. Ha sido una suerte, porque yo conozco a la doctora.

—Sí, ya sé que la conoce —asintió Baley. Gremionis pareció algo inquieto.

—¿Cómo es que…? ¿También a ella le ha preguntado por mí? —Su inquietud pareció degenerar hasta convertirse en aflicción—. Por último, he llamado a la doctora Vasilia y me ha dicho que acababa usted de marcharse y que probablemente le encontraría en algún Personal comunitario. Éste es el más próximo al establecimiento de la doctora, y he pensado que no debía de haber ninguna razón para que acudiera a otro más lejano. ¿Por qué iba a hacerlo?, me he dicho.

—Ha razonado usted muy acertadamente, pero ¿cómo ha conseguido llegar tan pronto?

—Trabajo en el Instituto de Robótica y mi establecimiento está situado en terrenos del Instituto. Mi motosilla me ha traído aquí en unos minutos.

—¿Ha venido solo?

—Sí. Sólo con un robot. La motosilla es biplaza, ¿sabe?

—¿Y el robot le está esperando fuera?

—Sí.

—Dígame otra vez por qué quiere hablar conmigo.

—Tengo que asegurarme de que usted no piense que tuve algo que ver con ese robot. Yo no había oído hablar siquiera de él hasta que el asunto apareció en los noticiarios. Y bien, ¿puedo hablarle ahora?

—Sí, pero no aquí —dijo Baley con firmeza—. Salgamos.

Baley pensó en lo extraño que resultaba sentirse tan agradecido de dejar atrás los muros del edificio y salir al Exterior.

En aquel Personal había algo que le resultaba mucho más extraño que cualquier otro objeto o lugar de Solaria o de Aurora. Más desconcertante aún que el hecho de su uso indiscriminado en todo el planeta, había sido el horror de que alguien le hablara allí dentro, abierta y despreocupadamente. Aquélla era una conducta que impedía diferenciar el Personal, y el uso del mismo, de cualquier otro lugar y propósito.

Las películas-libro que había visionado no decían nada de aquello. Evidentemente, como había señalado Fastolfe, no se habían escrito para terrícolas sino para auroranos y, en menor medida, para posibles turistas de los otros cuarenta y nueve mundos espaciales. Al fin y al cabo, los terrícolas casi nunca viajaban a los mundos espaciales, y menos aún a Aurora. Allí no eran bien recibidos. ¿Por qué, entonces, habían de mencionarse las diferencias en el uso del Personal?

Y sin embargo, ¿aquel comportamiento no se contradecía con el nombre que recibía el edificio? Pese a todo, Baley no pudo evitar pensar en los Personales para mujeres de la Tierra donde, como frecuentemente le había contado Jessie, las mujeres charlaban sin parar, sin sentir el menor malestar por ello. ¿Por qué las mujeres, y no los hombres? Baley nunca había pensado seriamente en ello, sino que lo había aceptado como una mera costumbre, una costumbre inmutable. Y sin embargo, si las mujeres lo hacían, ¿por qué los hombres no?

No importaba. El pensamiento sólo afectó a su intelecto, y no a la parte de su mente que le hacía sentir un abrumador e inextirpable desagrado ante la mera idea.

—Salgamos —repitió.

—Pero ahí fuera están sus robots —protestó Gremionis.

—En efecto. ¿Y qué?

—Considero que éste es un asunto que deberíamos tratar en privado, de hombre a… hombre —tartamudeó al terminar la frase.

—Supongo que quiere usted decir de espacial a terrícola.

—Si lo prefiere así…

—Mis robots son necesarios —afirmó Baley—. Son mis colegas en la investigación.

—Pero esto no tiene que ver con la investigación. Es precisamente lo que estoy intentando decirle.

—Eso ya lo decidiré yo —insistió Baley con firmeza, saliendo del Personal.

Gremionis titubeó y, a continuación, salió tras él.

47

Daneel y Giskard aguardaban fuera, impasibles, inexpresivos y pacientes. Baley creyó adivinar en el rostro de Daneel lo que podía ser un asomo de preocupación, pero recordó que sólo su imaginación podía descubrir emociones en aquellos rasgos inhumanamente humanos. Giskard, con su apariencia menos humana, no mostraba ninguna expresión en sus rasgos, ni siquiera para el más voluntarioso e imaginativo de los hombres propensos a personificar a los robots.

Un tercer robot aguardaba junto a ellos. Sin duda, se trataba del que acompañaba a Gremionis. Era más sencillo incluso que Giskard y todo él tenía un aire desharrapado. Resultaba evidente que Gremionis no era muy rico.

Daneel, con una voz que Baley tomó automáticamente por cálida y aliviada, le saludó:

—Me alegro de ver que estás bien, compañero Elijah.

—Estoy perfectamente. Sin embargo, siento curiosidad por una cosa. Si me hubierais oído pedir auxilio desde ahí dentro, ¿habríais entrado?

—Al instante, señor —dijo Giskard.

—¿Aunque estéis programados para no entrar en el Personal?

—La necesidad de proteger a un ser humano, especialmente a usted, señor, habría prevalecido.

—Así es, compañero Elijah —dijo Daneel.

—Me alegro de saberlo —dijo Baley—. Éste es Santirix Gremionis. Señor Gremionis, éste es Daneel y éste, Giskard.

Los dos robots inclinaron la cabeza solemnemente. Gremionis se limitó a mirarles y a levantar una mano en señal de indiferente saludo. No se molestó siquiera en presentar a su robot.

Baley miró a su alrededor. La luz era claramente más mortecina, el aire era más frío y el sol estaba totalmente oculto por las nubes. En los alrededores se apreciaba un resplandor que no pareció afectar a Baley, quien seguía encantado de haber salido del Personal. Le producía una gran euforia la sorpresa de experimentar una sensación de agrado en el Exterior. Reconocía que se trataba de una situación muy especial, pero era un principio y no pudo evitar considerarlo un triunfo.

Baley estaba a punto de volverse hacia Gremionis para reanudar la conversación cuando sus ojos, captaron algo que se movía. Una mujer, acompañada de un robot, se acercaba hacia ellos cruzando el césped. Era evidente que se dirigía hacia el Personal.

Baley extendió una mano en dirección a la mujer, como para detenerla, aunque ella todavía se encontraba a más de treinta metros, y murmuró:

—¿Y esa mujer? ¿No sabe que esto es un Personal para hombres?

—¿Cómo? —exclamó Gremionis.

La mujer siguió acercándose mientras Baley la observaba, absolutamente perplejo. Por último, el robot de la mujer se hizo a un lado y aguardó mientras la mujer entraba en el edificio.

—¡Pero ella no puede entrar ahí! —exclamó Baley, incrédulo.

—¿Por qué no? Es un Personal comunitario —dijo Gremionis.

—¡Pero es para hombres!

—Es para personas —le corrigió Gremionis, con aire de total incomprensión.

—¿Para ambos sexos? Estoy seguro de que se refería a eso, ¿verdad?

—Sí. Es para todos los seres humanos, naturalmente. ¡Por supuesto que me refería a eso! ¿Cómo pretende usted que fuera, si no? No le comprendo.

Baley se volvió de espaldas. Hasta hacía apenas unos minutos, había creído que mantener una conversación en un Personal era el colmo del mal gusto, de las «cosas que no deben hacerse».

Si hubiera querido pensar en algo aún peor, no se le habría ocurrido ni por casualidad la posibilidad de encontrar a una mujer en un Personal. Los convencionalismos de la Tierra exigían hacer caso omiso de la presencia de otros hombres en los grandes Personales comunitarios de ese planeta, pero ni siquiera todos los convencionalismos inventados jamás le habrían impedido reconocer si la persona que pasaba frente a él era un hombre o una mujer.

¿Y si mientras él estaba en el Personal hubiera entrado una mujer como la que acababa de hacerlo, con aquel aire tan despreocupado e indiferente? Peor aún, ¿y si él hubiera entrado en el Personal y hubiese encontrado allí a una mujer?

No pudo estimar cuál habría sido su reacción. Nunca había sopesado tal posibilidad, ni mucho menos se había encontrado en tal situación, pero la idea le resultó absolutamente intolerable.

Y las películas-libro tampoco le habían dicho nada al respecto.

Había estudiado todas aquellas películas para no iniciar la investigación ignorando totalmente el sistema de vida de Aurora, y ahora resultaba que ignoraba por completo las costumbres más importantes.

¿Cómo podía, entonces, resolver aquel enrevesadísimo rompecabezas de la muerte de Jander, si a cada paso que daba se descubría sumido en la ignorancia?

Un instante antes, había considerado un triunfo una pequeña conquista sobre el terror que sentía por el Exterior, pero ahora tenía que afrontar la sensación de ser un absoluto ignorante, un ignorante incluso de la naturaleza de su ignorancia.

Fue entonces, mientras luchaba por no imaginarse a la mujer recorriendo el mismo espacio físico que él había ocupado minutos antes, cuando alcanzó un grado de desesperación casi absoluto.

48

Giskard intervino nuevamente (y de un modo que permitía reconocer su preocupación, si no en el tono de voz, al menos en sus palabras).

—¿No se encuentra bien, señor? ¿Necesita ayuda?

—No, no. Me encuentro bien —murmuró Baley—. Pero apartémonos un poco. Estamos en medio del camino de las personas que desean utilizar esa instalación.

Se encaminó rápidamente hacia el planeador, que descansaba en el terreno abierto al otro lado del camino de grava. Más allá había un pequeño vehículo de dos ruedas con dos asientos, uno detrás del otro. Baley reconoció la motosilla de Gremionis.

Se sentía deprimido y amargado, y advirtió que su malestar se veía aumentado por el hecho de tener hambre. Ya hacía mucho que había pasado la hora del almuerzo y todavía no había probado bocado. Se volvió hacia Gremionis y le dijo:

—Está bien, hablemos. Pero, si no le importa, hagámoslo mientras comemos. Esto es, si no ha almorzado usted todavía… y si no le importa comer conmigo.

—¿Dónde va a comer?

—No lo sé. ¿Dónde se puede comer, aquí en el Instituto?

—En el comedor comunitario, no, desde luego —dijo Gremionis—. Allí no podríamos hablar.

—¿Hay alguna alternativa?

—Venga a mi establecimiento —se ofreció Gremionis de inmediato—. No es de los más bonitos de por aquí, pues no soy uno de los altos ejecutivos. Aun así, tengo algunos robots a mi servicio y creo que podremos preparar una comida decente. Vamos a ver: yo iré en la motosilla con Brundij, el robot, y usted puede seguirme con los suyos en el planeador.

Tendrá que ir despacio, pero no estoy a más de un kilómetro de aquí. Apenas tardaremos un par o tres de minutos.

Gremionis se alejó al trote. Baley le observó y pensó que parecía haber en él una especie de desmañada juventud. No resultaba sencillo juzgar su edad a primera vista, naturalmente; los espaciales no reflejaban en su físico el paso de los años y Gremionis podía fácilmente tener más de cincuenta, pero actuaba como un joven, casi como lo que un terrícola tomaría por adolescente. Baley no estaba seguro de qué tenía Gremionis para que le diera aquella impresión. Se volvió de pronto hacia Daneel y le preguntó:

—¿Conocías a Gremionis, Daneel?

—No le había visto nunca, compañero Elijah.

—¿Y tú, Giskard?

—Le había visto una vez, pero sólo al pasar.

—¿Sabes algo de él, Giskard?

—Nada que no se aprecie a simple vista, señor.

—¿Sabes su edad? ¿Conoces su personalidad?

—No, señor.

—¿Preparados? —gritó Gremionis. Su motosilla rugía bastante ruidosamente. Era evidente que el vehículo no iba asistido por chorros de aire, y que sus ruedas no se levantarían del suelo. Brundij tomó asiento detrás de Gremionis.

Giskard, Daneel y Baley subieron de nuevo al planeador, rápidamente.

Gremionis empezó a avanzar en la motosilla, describiendo un amplio círculo. El viento le agitaba el cabello, y Baley tuvo una repentina sensación de cómo debía de notarse el viento cuando uno viajaba en un vehículo abierto como la motosilla. Agradeció estar totalmente encerrado en el planeador, que de pronto le pareció un medio de transporte mucho más civilizado.

La motosilla enderezó el rumbo y avanzó rauda con un sordo rugido mientras Gremionis les hacía un gesto con la mano indicando que le siguieran. El robot que iba sentado detrás mantenía el equilibrio con una facilidad casi negligente y sin asirse a la cintura de Gremionis, como Baley estaba seguro de que hubiera tenido que hacer cualquier ser humano.

El planeador siguió al otro vehículo. Aunque el suave avance de la motosilla parecía ser una gran velocidad, aparentemente ello se debía a la ilusión que creaba su pequeño tamaño. El planeador tuvo ligeras dificultades en mantener una velocidad lo bastante baja para no echarse encima del otro vehículo.

—Hay algo —dijo Baley en actitud pensativa— que sigue preocupándome.

—¿De qué se trata, compañero Elijah? —preguntó Daneel.

—Vasilia se ha referido a ese Gremionis despreciativamente, llamándole «peluquero». Al parecer, ese hombre se ocupa del cuidado del cabello, del vestuario y de otros asuntos de embellecimiento personal. ¿Cómo es, entonces, que tiene un establecimiento en los terrenos del Instituto de Robótica?

12. OTRA VEZ GREMIONIS

49

Transcurrieron apenas unos minutos antes de que Baley se encontrara en el cuarto establecimiento de Aurora que visitaba desde su llegada al planeta, un día y medio atrás: ya había estado en los de Fastolfe, Gladia y Vasilia, y ahora le tocaba el de Gremionis.

El establecimiento de Gremionis parecía más pequeño y gris que los demás, aunque presentaba signos de haber sido construido recientemente que Baley apreció pese a su poca práctica en asuntos auroranos. Pese a todo, en el edificio estaba presente el rasgo distintivo de los establecimientos de Aurora: los nichos para robots. Al entrar, Giskard y Daneel se situaron en dos de ellos, que estaban vacíos, y permanecieron situados de cara a la sala, inmóviles y silenciosos. El robot de Gremionis, Brundij, se colocó en un tercer nicho casi inmediatamente.

Los robots no mostraban la menor dificultad a la hora de elegir un nicho u otro, y en ningún instante se veía que dos de ellos se dirigieran al mismo nicho. Baley se preguntó cómo evitarían el conflicto, y llegó a la conclusión de que entre los robots debía de haber algún tipo de comunicación que resultaba subliminal para los seres humanos. Era un asunto respecto al cual tendría que consultar a Daneel (si se acordaba).

Baley advirtió que Gremionis también estaba estudiando los nichos.

El aurorano se había llevado la mano al labio superior y, durante un segundo, se mesó el fino bigote con el índice. Con voz algo vacilante, dijo por fin:

—Tú, robot, el de aspecto humano, no parece adecuado que estés en ese nicho —se volvió hacia Baley y añadió—: Ése es Daneel Olivaw, el robot del doctor Fastolfe, ¿verdad?

—Sí —contestó Baley—. Él también salía en el programa de hiperondas. Mejor dicho, salía un actor en su lugar. Un actor que hacía muy bien el papel.

—Sí, lo recuerdo.

Baley advirtió que Gremionis, igual que Vasilia e incluso que Gladia y el doctor Fastolfe, se mantenía a cierta distancia. Parecía existir alrededor de Baley un campo de repulsión —invisible, inapreciable en cierto modo— que impedía a los espaciales aproximarse demasiado a él. Un campo que les impulsaba a trazar una suave curva para mantener la distancia cuando pasaban junto al terrícola.

Baley se preguntó si Gremionis sería consciente de ello o si era un reflejo puramente automático. ¿Qué harían los auroranos con las sillas donde él se sentaba mientras estaba en un establecimiento, con los platos donde comía, con las toallas que utilizaba? ¿Bastaría con la limpieza normal, o habrían medidas especiales de esterilización? ¿Acaso se desharían de todo cuanto él tocara, reponiéndolo por objetos totalmente nuevos? ¿Serían fumigados los establecimientos en cuanto abandonase el planeta, o incluso cada noche? ¿Y el Personal comunitario que había utilizado, lo derribarían para edificar uno nuevo? ¿Y la mujer que había entrado en el Personal después de él, sin percatarse de su presencia? ¿O quizás era ella la encargada de la fumigación?

Se dio cuenta de que estaba pensando tonterías.

¡Al Espacio con ello! Lo que los auroranos hicieran y el modo en que resolvieran sus problemas era asunto suyo, y Baley no iba a seguir rompiéndose la cabeza con ellos. ¡Jehoshaphat! Él ya tenía sus propios problemas y, de momento, el más inmediato era Gremionis. Se ocuparía de resolverlo después de comer.

El almuerzo fue muy sencillo y a base, sobre todo, de verduras. Sin embargo, Baley tuvo ciertos problemas con la comida por primera vez desde que estaba en el planeta. Cada una de las verduras tenía su sabor

perfectamente definido. Las zanahorias sabían mucho a zanahoria y los guisantes a guisante, por decirlo así.

Un poco demasiado, quizás.

Comió un tanto de mala gana e intentó no demostrar su desagrado ante el anfitrión.

Después de algunos bocados, se dio cuenta de que iba acostumbrándose al sabor, como si sus papilas gustativas se hubieran saturado y pudieran soportar el exceso con más facilidad. A Baley se le pasó por la cabeza, con cierta tristeza que, si continuaba tomando durante un tiempo más la comida aurorana, cuando volviera a la Tierra echaría de menos la diferenciación de sabores y despreciaría la mezcla de gustos de la comida terrestre.

Hasta el hecho de que algunos alimentos fueran crujientes —lo cual le había sorprendido al principio, pues estaba convencido de que cada vez que cerraba las mandíbulas producía un ruido que debía de interferir en la conversación— se había convertido en una excitante prueba de que realmente estaba comiendo. Las comidas terrestres, en cambio, resultaban tan silenciosas que, pensó Baley, cuando las reanudara añoraría sus días en Aurora.

Empezó a comer con precaución, estudiando los sabores. Quizá cuando los terrícolas se establecieran en otros mundos, aquella comida al estilo espacial sería el rasgo distintivo de la nueva dieta, sobre todo si carecían de robots para preparar y servir las comidas.

Entonces pensó, inquieto, que no se trataba de cuando los terrestres se establecieran en otros mundos, sino de si alcanzaban tal posibilidad. Y aquel condicional, aquel si…, dependía de él, del detective Elijah Baley. El peso de aquella carga le abrumó.

Terminaron de comer. Un par de robots trajeron unas servilletas calientes y húmedas con las que los comensales se limpiaron las manos. Pero no se trataba de servilletas normales, pues cuando Baley dejó la suya en la bandeja, pareció moverse ligeramente, desmenuzarse y tomar el aspecto de una telaraña. A continuación, de pronto, pareció evaporarse y sus restos ascendieron hasta desaparecer por un agujero del techo. Baley dio un brinco y levantó los ojos hacia el techo, siguiendo la desaparición del objeto, boquiabierto.

—Es un producto nuevo que estoy probando —dijo Gremionis—. Usar y tirar, ¿ve usted? Sin embargo, todavía no sé si me gusta. Hay quien dice que los restos terminan por atascar el sistema de evacuación de desperdicios, y a otros les preocupa la contaminación, porque dicen que una parte del producto termina seguramente en los pulmones. El fabricante dice que no, pero…

Baley advirtió de repente que no había dicho una palabra en toda la comida, y que aquélla era la primera frase que uno de ellos pronunciaba desde el breve comentario acerca de Daneel, antes de que sirvieran los platos. Además, hablar de servilletas no llevaba a ninguna parte.

Con cierta brusquedad, Baley preguntó:

—¿Es usted peluquero, señor Gremionis?

El aurorano se ruborizó, y su suave piel enrojeció hasta el límite del cabello. Con voz ahogada, preguntó a su vez:

—¿Quién se lo ha dicho?

—Si es una manera impropia de referirse a su profesión, le pido disculpas. Es una palabra que utilizamos habitualmente en la Tierra y allí no se considera insultante.

—Soy estilista del cabello y diseñador de ropa —contestó Gremionis—. Es una rama del arte reconocida y valorada. De hecho, soy un artista de la personalidad.

Se llevó de nuevo el índice al bigote. Baley dijo en tono serio:

—He visto que lleva usted bigote. ¿Es corriente dejárselo, en Aurora?

—No, no lo es. Aunque espero que lo sea. Fíjese en un rostro masculino. Muchos de ellos pueden ser reforzados y mejorados con un diseño artístico del vello facial. Todo radica en el diseño, y eso forma parte de mi profesión. Naturalmente, puede llegarse a excesos. En el mundo de Pallas, por ejemplo, el vello facial es corriente, pero existe la práctica de aplicarle tintes multicolores. Los cabellos se tiñen uno por uno, de colores distintos, para producir una especie de mezcla. Bueno, eso es una tontería. No dura mucho, los colores cambian con el tiempo y eso da un aspecto horrible. Pero, aun así, es preferible en cierto modo a la ausencia de vello en el rostro. No hay nada menos atractivo que una cara calva como el desierto. La frase es mía. La utilizo en mis charlas personales con posibles clientes, y

resulta muy eficaz. Las mujeres pueden prescindir del vello facial porque lo sustituyen por otro tipo de maquillajes. En el mundo de Smitheus…

Había algo de hipnótico en sus tranquilas y veloces palabras, en su actitud fervorosa, en el modo en que sus ojos se agrandaban y permanecían fijos en los de Baley, llenos de intensa sinceridad. Baley tuvo que utilizar casi la fuerza física para apartar su mirada del aurorano.

—¿Es usted roboticista, señor Gremionis? —preguntó. Gremionis pareció perplejo y un tanto confuso al verse interrumpido en mitad del discurso.

—¿Roboticista?

—Sí. Roboticista —insistió Baley.

—No, en absoluto. Utilizo robots como todo el mundo, pero no sé nada sobre lo que llevan dentro. En realidad, no me interesa.

—Pero vive usted en terrenos del Instituto de Robótica. ¿Cómo es eso?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —La voz de Gremionis era manifiestamente más hostil.

—Si no es usted roboticista…

—¡Qué tontería! —exclamó Gremionis haciendo una mueca—. Cuando se diseñó el Instituto hace algunos años, fue concebido como una comunidad autosuficiente. Tenemos nuestros propios talleres para la reparación de los vehículos de transporte, nuestros talleres de mantenimiento de los robots personales, nuestros médicos y nuestros diseñadores de edificios y estructuras. El personal del Instituto vive aquí y, por si necesitan a un artista de la personalidad, tienen a Santirix Gremionis, que también vive aquí. ¿Tiene algo de malo mi profesión para que no deba ser así?

—Yo no he dicho eso.

Gremionis se volvió hacia un lado con un aire malhumorado que la rápida negativa de Baley no consiguió mitigar. Pulsó un botón y, tras estudiar una franja rectangular multicolor, hizo algo muy parecido a un rápido y breve tamborileo con los dedos.

Una esfera descendió lentamente del techo y permaneció suspendida aproximadamente a un metro de sus cabezas. Se abrió como si fuera una naranja y en su interior se inició un juego de colores, acompañado de unos

suaves sonidos. Colores y sonidos se entremezclaban con tal armonía que Baley, asombrado, descubrió que al cabo de un rato resultaba difícil distinguir unos de otros.

Las ventanas se oscurecieron y los segmentos de la esfera resaltaron todavía más.

—¿Demasiado brillante? —preguntó Gremionis.

—No —respondió Baley, tras un breve titubeo.

—Sirve de fondo ambiental y he escogido una combinación relajante que nos hará más fácil hablar de un modo civilizado, ¿sabe? ¿Nos centramos en el tema? —añadió rápidamente.

Baley apartó su atención del… de como diablos se llamara aquello (Gremionis no había mencionado el nombre) con cierta dificultad y contestó:

—Si es tan amable, me encantaría.

—¿Ha estado usted acusándome de haber tenido algo que ver con la inmovilización de ese robot Jander?

—He estado investigando las circunstancias del fin de ese robot.

—Pero usted ha mencionado mi nombre en relación con ese fin. De hecho, hace apenas unos minutos me ha preguntado si yo era roboticista. Adivino lo que tiene en la cabeza. Pretende usted llevarme a reconocer que sé algo sobre robótica, para así incriminarme como… como el que puso fin a la actividad del robot.

—Podría utilizarse la palabra «roboticida».

—¿Roboticida? ¿Como «homicida»? No, no se puede matar a un robot. En cualquier caso, yo no he acabado con él, ni le he matado, ni como quiera usted denominarlo. No soy roboticista, ya se lo he dicho. No sé nada de robótica. ¿Cómo puede usted siquiera pensar que…?

—Tengo que investigar todas las conexiones, señor Gremionis. Jander pertenecía a Gladia, la mujer de Solaria, y usted era amigo de ella. Eso es una conexión.

—Gladia puede tener amistad con mucha gente. No veo la relación concreta conmigo.

—¿Está usted dispuesto a declarar que jamás vio a Jander en las ocasiones en que ha visitado el establecimiento de Gladia?

—¡Jamás le vi! ¡Ni una sola vez!

—¿No supo nunca que Gladia tenía un robot humaniforme?

—¡No!

—¿Nunca lo mencionó Gladia?

—Ella tenía robots por todas partes. Todos eran robots normales. Nunca me dijo una sola palabra de que tuviera alguno de otro tipo.

Baley se encogió de hombros.

—Muy bien —murmuró—. De momento, no tengo razones para suponer que no esté diciéndome la verdad.

—Entonces, dígaselo a Gladia. Ésta es la razón de que haya ido a buscarle. Deseo pedirle que se lo haga saber a ella, que lo deje bien claro.

—¿Quizá Gladia tiene razones para pensar de otro modo?

—Naturalmente. Usted le ha envenenado el cerebro. Le ha hecho preguntas sobre mí en relación con el caso y ella ha pensado que… Le ha hecho usted dudar de… Lo cierto es que esta mañana me ha llamado y me ha preguntado si yo tenía algo que ver con el asunto.

—¿Y usted lo ha negado?

—Por supuesto, y con toda rotundidad, además, porque realmente no he tenido nada que ver. Sin embargo, no suena convincente mi sola negativa. Quiero que usted la confirme. Quiero que le diga a Gladia que, en su opinión, no tengo nada que ver en todo este asunto. Usted mismo lo ha dicho y no puede destruir mi reputación sin tener pruebas en mi contra. Puedo actuar contra usted.

—¿Ante quién?

—Ante el Comité para la Defensa de la Persona. Ante la Asamblea Legislativa. El director del Instituto es amigo íntimo del propio Presidente y ya le he remitido un informe completo sobre el tema. No estoy a la espera, ¿comprende usted? Estoy realizando las acciones oportunas.

Gremionis movió la cabeza en un gesto que quizá quería expresar furia, pero que no convencía demasiado, considerando la suavidad de sus facciones.

—Escuche —prosiguió—, esto no es la Tierra. Aquí gozamos de protección. Su planeta, con la superpoblación, obliga a la gente a vivir en colmenas, en hormigueros. Se aplastan ustedes unos contra otros, se ahogan

mutuamente, y no importa. Una vida o un millón de vidas, no importan nada.

Baley luchó por evitar que su voz expresara desprecio cuando respondió:

—Ha leído usted demasiadas novelas históricas.

—Por supuesto que sí. Y los libros describen su planeta tal como es. No se puede tener a miles de millones de personas en un único mundo sin que sea así. En Aurora, cada uno de nosotros es una vida valiosa. Cada uno de nosotros está protegido físicamente por los robots, de modo que nunca se produce en Aurora un atraco, y mucho menos un asesinato.

—Excepto el de Jander.

—Eso no es un asesinato; Jander era sólo un robot. Y nuestra Legislación nos protege de otros tipos de daño más sutiles que el atraco. El Comité para la Defensa de la Persona estudia minuciosamente, muy minuciosamente, cualquier acción que perjudique injustamente la reputación o el estatus social de cualquier ciudadano individual. Si un aurorano actuara como lo hace usted, se vería metido en un buen problema. Siendo usted terrícola…

—Estoy llevando a cabo una investigación invitado, supongo, por la Asamblea —replicó Baley—. Estoy seguro de que el doctor Fastolfe no podría haberme traído aquí sin su permiso.

—Quizás, pero eso no le da derecho a sobrepasar las limitaciones de una investigación justa.

—Entonces, ¿va usted a llevar el asunto ante la Asamblea Legislativa? —preguntó Baley.

—Voy a hacer que el director del Instituto…

—Por cierto, ¿cómo se llama el director?

—Kelden Amadiro. Voy a pedirle que trate el tema con la Asamblea Legislativa, y Amadiro forma parte de ella, ¿sabe usted? Es uno de los líderes del partido Globalista. Así pues, creo que será mejor para usted que le diga claramente a Gladia que soy absolutamente inocente.

—Me gustaría, señor Gremionis, porque sospecho que lo es usted, pero ¿cómo puedo cambiar mis sospechas por certidumbre si antes no me permite hacerle unas preguntas?

Gremionis titubeó. Luego, con aire desafiante, se recostó de nuevo en su asiento y se llevó las manos a la nuca. Era la viva imagen de un hombre que fracasaba totalmente en su intento de aparentar tranquilidad.

—Pregunte —dijo—. No tengo nada que ocultar. Y cuando haya terminado, insisto en que llame a Gladia, desde aquí mismo, por ese transmisor tridimensional de ahí detrás, y reconozca ante ella mi inocencia. De lo contrario, se verá metido en más problemas de lo que puede imaginar.

—Comprendo, pero antes… ¿Cuánto hace que conoce a Vasilia Fastolfe, señor Gremionis? O mejor dicho, a la doctora Vasilia Aliena, si la conoce usted por ese nombre…

Gremionis titubeo de nuevo y contestó con voz tensa:

—¿Por qué lo pregunta? ¿Qué tiene eso que ver con la investigación?

Baley suspiró y su rostro adusto pareció adoptar una expresión todavía más seria.

—Le recuerdo, señor Gremionis, que no tiene usted nada que ocultar y que desea convencerme de su inocencia para que yo la corrobore ante Gladia. Dígame, pues, cuánto tiempo hace que la conoce. Si no la conoce, dígalo, pero antes es de justicia advertirle que la doctora Vasilia ha declarado que ustedes se conocen bien, lo suficiente por lo menos para que usted se haya ofrecido a ella.

Gremionis pareció inquietarse. Con voz temblorosa, contestó:

—No sé por qué la gente ha de hacer una montaña de eso. Ofrecerse es una acción social perfectamente natural que no concierne a nadie más. Claro que usted es terrícola, y usted sí haría una montaña de ello.

—Creo que la doctora no le aceptó.

Gremionis se llevó las manos al regazo, con los puños apretados.

—Aceptar o rechazar es una decisión que sólo le concierne a ella. Ha habido personas que se han ofrecido a mí y que yo he rechazado. No es asunto importante.

—Está bien. ¿Cuánto hace que la conoce?

—Algunos años. Unos quince.

—¿La conocía ya cuando aún vivía con el doctor Fastolfe?

—Entonces yo era un chiquillo —dijo Gremionis, ruborizándose.

—¿Cómo la conoció?

—Yo estaba terminando los estudios de artista de la personalidad y fui llamado para diseñar un vestuario para ella. Le gustó mi trabajo y después de eso utilizó mis servicios (en este aspecto) en exclusiva.

—Así pues, ¿fue por recomendación de ella como usted adquirió su actual posición como, digamos, artista de la personalidad oficial entre los miembros del Instituto de Robótica?

—Ella supo reconocer mis cualidades. Realicé un examen, junto con otros candidatos, y obtuve la plaza por méritos propios.

—¿Pero ella le recomendó?

—Sí —reconoció Gremionis parcamente, con aire molesto.

—Y usted creyó que la única manera de agradecérselo era ofreciéndose a ella, ¿verdad?

Gremionis hizo otra mueca y se pasó la lengua por los labios, como si tuviera en ellos un sabor amargo.

—¡Esto resulta muy… desagradable! Supongo que un terrícola pensaría como usted dice, pero me ofrecí sólo porque me complacía hacerlo.

—¿Porque la doctora Vasilia es atractiva y tiene una personalidad afectuosa?

—Bueno… —titubeó Gremionis—, yo no diría que su carácter sea muy afectuoso —dijo precavidamente—, pero desde luego es atractiva.

—Me han dicho que usted se ofrece a cualquiera… sin distinción.

—Eso es falso.

—¿Qué es falso? ¿Que se ofrece a todo el mundo o que me lo hayan dicho?

—Que me ofrezca a todo el mundo. ¿Quién se lo ha contado?

—No sé si serviría de algo que contestara a esa pregunta. ¿Le gustaría a usted que le citara como fuente de alguna información embarazosa? ¿Hablaría libremente conmigo si pensara que iba a hacerlo?

—Bueno, quienquiera que se lo haya dicho, es un mentiroso.

—Quizá no era más que una exageración. ¿Se había ofrecido usted a otras personas antes de hacerlo a la doctora Vasilia?

Gremionis apartó la mirada.

—Un par de veces. Nada serio.

—¿Pero con la doctora Vasilia iba en serio?

—Bien…

—Según tengo entendido, usted se ofreció a ella en repetidas ocasiones, lo cual va totalmente en contra de las costumbres auroranas.

—¡Oh, las costumbres auroranas…! —exclamó Gremionis, furioso. Luego apretó los labios con fuerza y frunció el ceño—. Veamos, señor Baley, ¿puedo hablarle en confianza?

—Sí. Todas mis preguntas van dirigidas a satisfacer mis dudas respecto a que no tuvo usted nada que ver con la muerte de Jander. Una vez aclaradas esas dudas, puede tener la seguridad de que mantendré en secreto todas sus observaciones.

—Perfectamente, entonces. No es nada malo, nada de lo que me avergüence, entiéndame. Es sólo que tengo un profundo sentido de la intimidad y tengo derecho a ella si así lo deseo, ¿no?

—Desde luego —asintió Baley en tono consolador.

—¿Sabe?, yo opino que la vida sexual en pareja es mejor cuando existe un amor y un afecto profundos entre los dos.

—Imagino que eso es muy cierto.

—Y no hay necesidad de otros, ¿no cree usted?

—Parece bastante… plausible.

—Yo siempre he soñado con encontrar la pareja perfecta y no volver a buscar a nadie más. A eso se llama monogamia. No existe en Aurora, pero sí en otros mundos. En la Tierra es muy frecuente, ¿verdad, señor Baley?

—En teoría, señor Gremionis.

—Pues eso es lo que yo quiero. Lo he buscado durante años. Cuando en ocasiones mantenía encuentros sexuales, siempre me parecía que faltaba algo. Entonces conocí a la doctora Vasilia y ella me dijo… Bueno, la gente le cuenta sus confidencias al artista de la personalidad porque es un trabajo muy personal y… bien, ahora viene la parte realmente confidencial…

—Vamos, adelante —le ayudó Baley. Gremionis se humedeció los labios.

—Si lo que voy a decirle llega a saberse, estoy arruinado. Vasilia hará todo cuanto pueda para que no me encarguen más trabajos. ¿Está usted seguro de que esto tiene que ver con el caso?

—Se lo aseguro con todas mis fuerzas, señor Gremionis. Esto puede ser de la mayor importancia.

—Bien, entonces… —Gremionis no parecía convencido del todo—. El hecho es que, por lo que la doctora Vasilia ha ido contándome aquí y allá, con medias palabras, he llegado a la conclusión de que… —su voz se convirtió apenas en un susurro— de que es virgen.

—Entiendo —dijo Baley tranquilamente. Recordó lo convencida que se había mostrado Vasilia respecto a que el rechazo de su padre le había distorsionado la vida, y comprendió mucho mejor el odio que la doctora había demostrado hacia el doctor Fastolfe.

—Eso me excitó. Me pareció que podría tenerla toda para mí, y que yo podría ser el único hombre para ella. No puedo expresar cuánto significó para mí saber aquello. Hacía que la viera divinamente hermosa a mis ojos, y que la deseara como a nada.

—¿Y por eso se ofreció a ella?

—Sí.

—Varias veces. ¿No se sintió desanimado por sus negativas?

—Eso reforzaba aún más su virginidad, por decirlo así, y yo todavía me sentía más excitado. El hecho de que resultara difícil lo hacía aún más emocionante. No sé explicarlo mejor y no creo que pueda usted entenderlo.

—Señor Gremionis, le entiendo perfectamente. Pero debió de llegar un momento en que usted dejó de ofrecerse a la doctora, ¿no?

—Sí, en efecto.

—Y entonces empezó a ofrecerse a Gladia, ¿no?

—Sí, en efecto.

—¿Varias veces?

—Sí, en efecto.

—¿Por qué? ¿Por qué ese cambio?

—La doctora Vasilia dejó muy claro, finalmente, que no me daría ninguna oportunidad. Entonces llegó Gladia y como se parecía tanto a Vasilia, yo…

—Pero Gladia no era virgen —le interrumpió Baley—. En Solaria estaba casada y en Aurora había tenido bastantes experiencias, según me han dicho.

—Yo lo sabía, pero ella… dejó de tenerlas. Gladia, ¿comprende usted?, nació en Solaria, no en Aurora, y por ello no entendía del todo las costumbres de nuestro planeta. Sin embargo, en un momento determinado dejó de tener relaciones sexuales, porque no le gustaba lo que denominaba «promiscuidad».

—¿Eso se lo dijo ella?

—Sí. En Solaria es costumbre la monogamia. Gladia no tenía un matrimonio feliz, pero seguía acostumbrada al modo de vida de Solaria y por eso no le gustaron los hábitos de Aurora cuando los probó. Yo, por mi parte, busco también la monogamia y por eso… ¿va usted entendiendo?

—Sí, pero antes de nada, ¿cómo se conocieron usted y Gladia? —preguntó Baley.

—La conocí, simplemente. Cuando llegó a Aurora salió en los noticiarios de hiperondas como una romántica refugiada de Solaria. Además, tuvo un papel en ese famoso programa de hiperondas…

—Sí, sí, pero hubo algo más, ¿verdad?

—No sé a qué se refiere.

—Bueno, déjeme adivinar. ¿No llegó un momento en que la doctora Vasilia le dijo que lo rechazaba para siempre? ¿Y no le sugirió ella misma una alternativa, por casualidad?

Gremionis, en un súbito acceso de furia, gritó:

—¿Le ha dicho eso la doctora Vasilia?

—No con tantas palabras, pero aun así creo que sé lo que sucedió. ¿No le dijo ella que le convendría más probar con una recién llegada al planeta, una joven de Solaria que era la protegida o la pupila del doctor Fastolfe, del cual usted sabía que era el padre de Vasilia? ¿Y no le dijo ésta que la joven, Gladia, se parecía bastante a ella pero que era más joven y que tenía un carácter más afectuoso? En pocas palabras, ¿no le animó la doctora Vasilia a trasladar a Gladia las atenciones que le estaba dispensando a ella?

Gremionis estaba visiblemente agitado. Sus ojos se cruzaron con los de Baley y se apartaron inmediatamente. Era la primera vez que Baley observaba en un espacial una mirada de temor… ¿o era de pavor y respeto? (Baley meneó ligeramente la cabeza en señal de negativa. No debía dejarse

llevar por la satisfacción de haber impuesto respeto a un espacial. Podía hacer peligrar su objetividad).

—¿Y bien? ¿Tengo razón o no? —preguntó. Gremionis respondió en voz baja.

—Así que el programa de hiperondas no era una exageración… ¿De verdad lee usted la mente?

50

—Sólo hago preguntas —contestó tranquilamente Baley—. Y usted no ha contestado a la mía. ¿Tengo razón o no?

—No sucedió exactamente así —respondió Gremionis—. Es cierto que Vasilia habló de Gladia, pero… —Se mordió el labio inferior y continuó—: Bien, en resumen sucedió lo que usted acaba de decir. Fue aproximadamente como acaba de describirlo.

—¿Y usted no se sintió disgustado? ¿Le dio la impresión de que Gladia se parecía realmente a la doctora Vasilia?

—En cierto modo, sí. —A Gremionis le brillaron los ojos—. Pero en realidad no era así. Si las coloca una junto a otra apreciará la diferencia. Gladia tiene mucha más gracia y delicadeza. Y un ánimo mucho más… alegre.

—¿Se ha ofrecido usted a Vasilia desde que conoce a Gladia?

—¿Está usted loco? Claro que no.

—Pero ¿se ha ofrecido a Gladia?

—Sí.

—¿Y ella le ha rechazado?

—Sí, pero tiene usted que entender que ella ha de estar segura, igual que habría de estarlo yo. Piense en el error que habría cometido yo si hubiese convencido a la doctora Vasilia de que me aceptara. Gladia no desea cometer ese error, y yo no se lo reprocho.

—Pero usted no cree que Gladia cometa un error aceptándole, y por eso se le ha ofrecido una y otra vez, ¿verdad?

Gremionis miró a Baley con aire ausente durante unos segundos y luego pareció sentir un escalofrío. Hizo una mueca con los labios, como si fuera un niño rebelde, y respondió:

—Dice usted las cosas de un modo que resulta ofensivo…

—Lo siento, no lo pretendía. Por favor, responda a la pregunta.

—Mi respuesta ha de ser afirmativa.

—¿Cuántas veces se ha ofrecido?

—No las he contado. Cuatro veces. Bueno, cinco. O quizá más.

—Y ella siempre le ha rechazado.

—Sí. De lo contrario, no habría tenido que ofrecerme otra vez, ¿no le parece?

—¿Gladia se mostró irritada al rechazarle?

—No, no. Gladia no es así. Me trata siempre con mucha amabilidad.

—¿Le ha llevado la actitud de ella a ofrecerse a alguien más?

—¿Cómo?

—Bueno, Gladia le ha rechazado, y una manera de responderle sería ofreciéndose a otra persona. ¿Por qué no? Si Gladia no le quiere…

—No. No deseo a ninguna otra persona.

—¿A qué cree usted que se debe eso?

Gremionis, enérgicamente, replicó:

—¿Cómo quiere que sepa a qué se debe? Yo amo a Gladia. Es… es una especie de locura, salvo que yo creo que es la mejor clase de locura. Estaría loco si no tuviera esa clase de locura… No espero que sea usted capaz de comprenderme.

—¿Ha intentado explicarle eso a Gladia? Quizá lo entendería.

—Jamás. Con mis palabras sólo la inquietaría, la desconcertaría. De esas cosas no se habla. Tendría que acudir a la consulta de un mentólogo.

—¿Lo ha hecho usted?

—No.

—¿Por qué?

—Tiene usted la costumbre de hacer las preguntas de la manera más brusca, terrícola.

—Quizá porque soy terrícola. No sé hacerlo de otro modo. Además, también soy investigador y debo conocer esas cosas. ¿Por qué no ha

acudido a un mentólogo?

Sorprendentemente, Gremionis se echó a reír.

—Ya se lo he dicho. La curación resultaría una locura mayor que la enfermedad. Prefiero estar con Gladia y ser rechazado que estar con otra persona y ser aceptado. Imagine que a su cabeza le falta un tornillo y que usted desea que le siga faltando. Cualquier mentólogo le sometería a un tratamiento intensivo.

Baley permaneció un instante meditabundo y luego preguntó a Gremionis:

—¿Sabe si la doctora Vasilia es, de algún modo, una mentóloga?

—Vasilia es roboticista, y se dice que eso es lo que más se parece a la mentología. Si uno sabe cómo funciona un robot, se hace una idea de cómo actúa el cerebro humano. Al menos, eso dicen.

—¿Le parece que Vasilia conoce esos extraños sentimientos que experimenta usted por Gladia?

—Nunca se lo he dicho —respondió Gremionis, poniéndose tenso—. Me refiero a que nunca se lo he dicho con esas palabras.

—¿Es posible que ella comprenda sus sentimientos sin tener que preguntarle? ¿Está enterada Vasilia de que usted se ha ofrecido repetidamente a Gladia?

—Bueno… Vasilia suele preguntarme qué tal me va, como suele hacerse entre viejos conocidos. Yo le contesto vaguedades. Nada íntimo.

—¿Está seguro de que nunca le ha dicho nada íntimo? Seguramente, ella le habrá animado a que siga ofreciéndosele…

—¿Sabe?, ahora que lo menciona me parece ver un aspecto nuevo en todo este asunto. No sé cómo ha conseguido meterme esa idea en la cabeza. Supongo que ha sido por las preguntas que me ha hecho, pero ahora me da la impresión de que Vasilia ha seguido animando mi amistad con Gladia. Sí, decididamente ella ha estado incitándome —añadió con inquietud—. Nunca se me había ocurrido pensarlo.

—¿Por qué cree que le ha incitado a que se ofreciera una y otra vez a Gladia?

Gremionis frunció el ceño con aire triste y se llevó el índice al bigote.

—Supongo que podría decirse que intentaba librarse de mí. Que intentaba asegurarse de que no seguiría molestándola. —Emitió una risilla y prosiguió—: Eso no es muy lisonjero para mí, ¿verdad?

—¿Ha dejado de comportarse amistosamente con usted la doctora Vasilia?

—En absoluto. En todo caso, se muestra más amistosa que nunca.

—¿Ha intentado alguna vez Vasilia explicarle cómo podría tener más éxito con Gladia? ¿Mostrando un mayor interés por el trabajo de ésta, por ejemplo?

—Eso no hace falta que me lo diga. El trabajo de Gladia y el mío son muy similares. Yo trabajo con seres humanos y ella con robots, pero ambos somos diseñadores, artistas. Eso ayuda a intimar, ¿sabe? Salvo cuando me ofrezco y ella me rechaza, el resto del tiempo somos buenos amigos. Y eso es mucho, si se para usted a pensar.

—¿Le sugirió la doctora Vasilia que mostrara un mayor interés por el trabajo del doctor Fastolfe?

—¿Por qué iba a hacerlo? No sé nada de su trabajo.

—¿Quizás a Gladia le interesase la labor de su benefactor, y ése podía ser un modo de que usted se congraciara con ella?

Gremionis entrecerró los ojos. Se levantó con una fuerza casi explosiva, dio unos pasos hasta el otro extremo de la sala, regresó, se quedó de pie frente a Baley y exclamó:

—¡Escúcheme bien! No soy el mejor cerebro del planeta, ni siquiera el segundo mejor, pero tampoco soy un imbécil. Ya sé por dónde va usted, ¿me oye?

—¡Ah!

—Todas sus preguntas han servido para llevarme a decir que la doctora Vasilia me ha hecho enamorarme y… y eso es… —Se detuvo, sorprendido—. ¡Estoy enamorado, como en las novelas históricas! —declaró por fin. Pensó en lo que acababa de decir, con una expresión de duda en los ojos. A continuación, dio paso nuevamente a la cólera—. Usted está insinuando que Vasilia hizo que me enamorara de Gladia y, después, que siguiera enamorado de ella, para así poder averiguar datos sobre el trabajo del doctor Fastolfe y descubrir el modo de paralizar a ese robot, Jander.

—¿Y no cree que fuera así?

—¡No, de ningún modo! —gritó Gremionis—. Yo no sé nada de robótica. Nada en absoluto. Aunque me explicaran algo de la manera más sencilla, seguiría sin entenderlo. Y no creo que Gladia comprendiera mucho más que yo. Además, nunca le he preguntado a nadie cuestiones relacionadas con la robótica. Ni el doctor Fastolfe ni nadie más me ha explicado nada sobre el tema. La doctora Vasilia no lo ha sugerido en ningún momento. —Bajó enérgicamente las manos a los costados y sentenció—: Esa maldita teoría suya no es correcta. No lo es, olvídela.

Volvió a sentarse, cruzó los brazos sobre el pecho rígidamente y apretó los labios hasta formar con ellos una fina línea, que hizo destacar más su pequeño bigote.

Baley alzó la mirada hacia la bola del techo, que todavía emitía su tonada de fondo, agradablemente variada, y sus suaves cambios de color, mientras se balanceaba de forma hipnotizadora formando un lento y corto arco.

Si la explosión de cólera de Gremionis trastornó en algo el sistema de ataque de Baley, éste no lo demostró en absoluto.

—Comprendo lo que me dice, pero ¿no es verdad que sigue viendo mucho a Gladia?

—Sí, es cierto.

—Sus repetidos ofrecimientos no la ofenden, pero… ¿no le ofenden a usted sus repetidos rechazos?

Gremionis se encogió de hombros y respondió:

—Mis ofrecimientos son educados, y sus negativas son amables. ¿Por qué íbamos a sentirnos ofendidos cualquiera de los dos?

—Pero ¿cómo pasan el tiempo juntos? Evidentemente, no mantienen relaciones sexuales, y tampoco hablan de robótica. ¿A qué se dedican entonces?

—¿Es eso lo único que puede hacerse en compañía? ¿Sexo o robótica? Hacemos muchas cosas juntos. Charlar, por ejemplo. Gladia siente una gran curiosidad por Aurora y paso horas describiéndole el planeta. Ella ha visto muy pocas cosas de Aurora, ¿sabe? Y pasa horas enteras hablándome de Solaria y de lo infernal que resulta ese mundo. Por lo que ella dice, me

parece que preferiría vivir en la Tierra… No se lo tome como una ofensa. Y también habla de su difunto esposo. Vaya tipo tan miserable. Gladia ha tenido una vida muy dura, la pobre.

»También vamos a algún concierto, y la he llevado a veces al Instituto de Artes. Además, trabajamos juntos, como ya le he dicho. Repasamos conjuntamente sus diseños y los míos. Para ser totalmente sincero, le diré que no considero muy provechoso trabajar con robots, pero todos tenemos nuestras propias ideas, ¿verdad? Por eso pareció sorprenderse cuando le expliqué que es muy importante cortarse el cabello correctamente. Porque Gladia no lleva un peinado perfecto, ¿sabe? Sin embargo, lo que más hacemos Gladia y yo es pasear.

—¿Pasear? ¿Por dónde?

—Por ningún sitio en particular. Sencillamente, paseamos. Es una costumbre de Gladia, porque así se educó en Solaria. ¿Ha estado alguna vez en Solaria? Sí, sí, por supuesto. Lo siento. En Solaria existen esas inmensas fincas con sólo uno o dos seres humanos, rodeados de robots. Uno puede caminar kilómetros y kilómetros en completa soledad, y Gladia dice que eso le hace sentirse a uno como si fuera dueño de todo el planeta. Los robots siempre están allí, naturalmente, para vigilarle y cuidarle a uno, pero se mantienen fuera de la vista. Gladia echa de menos esa sensación de poseer un mundo, aquí en Aurora.

—¿Significa eso que desea poseer el planeta?

—¿Se refiere a que si tiene ansias de poder? ¿Gladia? ¡Vaya tontería! Lo único que quiere decir con eso es que echa de menos la sensación de estar a solas con la naturaleza. Yo no comparto ese sentimiento, ¿sabe usted?, pero me gusta complacerla. Naturalmente, en Aurora no puede ser igual que en Solaria. Aquí uno está condenado a cruzarse con otras personas, especialmente en el área metropolitana de Eos, y los robots no están programados para mantenerse fuera de la vista. De hecho, los auroranos suelen ir acompañados por robots. Sin embargo, pese a ello, conozco algunas rutas agradables y no muy frecuentadas, y Gladia se lo pasa bien recorriéndolas.

—¿Y usted? ¿También se lo pasa bien?

—Bueno, sólo porque estoy con Gladia. A los auroranos también les gusta caminar, pero debo reconocer que a mí no me entusiasma. Al principio, mis músculos protestaban por el esfuerzo y Vasilia se reía de mí.

—Vasilia ha estado al corriente de sus paseos, ¿verdad?

—Bueno, un día fui a verla cojeando y con agujetas, y tuve que explicarle la causa. Ella se echó a reír y me dijo que era una buena idea, y que el mejor modo de conseguir que un caminante aceptara un ofrecimiento era caminar a su lado: «Sigue así», me dijo, «y ella dejará de rechazarte antes de que tengas otra oportunidad para ofrecerte. Ella misma se ofrecerá a ti». Después, Gladia no reaccionó como yo esperaba, pero con el tiempo han acabado por gustarme a mí también esos paseos.

Gremionis parecía haber superado su ataque de furia y estaba ahora mucho más relajado. Baley pensó que el aurorano debía de estar recordando los paseos, pues en sus labios había aparecido una media sonrisa. Parecía una persona simpática —y vulnerable—, mientras su mente retrocedía a Dios sabía qué párrafo de alguna conversación sostenida durante un paseo Dios sabía por dónde. Baley casi correspondió a su aire ensimismado con otra sonrisa.

—Así pues, Vasilia estaba al corriente de que usted y Gladia seguían con los paseos.

—Supongo que sí. Comencé a tomarme libres los miércoles y los sábados porque así coincidía con Gladia, y Vasilia se burlaba de mis «paseítos sabatinos» cuando los mencionaba de pasada.

—¿Les ha acompañado la doctora Vasilia en alguno de esos paseos?

—Desde luego que no.

Baley cambió de posición en su asiento y fijó la mirada en las puntas de sus dedos al tiempo que comentaba:

—Supongo que, al menos, llevaban con ustedes algún robot…

—Por supuesto. Uno mío y uno de ella. Sin embargo, siempre procuraban permanecer apartados, sin seguir nuestros pasos «al estilo de Aurora», como dice Gladia. Ella deseaba tener la soledad de Solaria, y yo cedí a su voluntad, aunque al principio hasta me dolía el cuello de tanto mirar alrededor para ver si Brundij se mantenía cerca.

—¿Y qué robot acompañaba a Gladia?

—No era siempre el mismo, pero todos procuraban permanecer fuera de nuestra vista. Nunca llegué a hablar con ninguno.

—¿Qué me dice de Jander?

Al instante, desapareció del rostro de Gremionis parte de su expresión risueña.

—¿Qué sucede con él?

—¿Les acompañó alguna vez? Si lo hubiera hecho, usted lo sabría, ¿no?

—¿Un robot humaniforme? Naturalmente que lo sabría. Y no nos acompañó nunca, ni una sola vez.

—¿Está seguro?

—Completamente —murmuró Gremionis—. Supongo que Gladia lo consideraba demasiado valioso para que perdiera el tiempo en una tarea que podía realizar cualquier robot normal.

—Parece usted molesto. ¿No compartía acaso la opinión de Gladia?

—El robot era suyo. A mí no me preocupaba eso.

—¿Y nunca llegó a verle en sus visitas al establecimiento de Gladia?

—Jamás.

—¿Y ella no le dijo nunca nada acerca de él? ¿No le habló de él?

—No, que yo recuerde.

—¿No le pareció extraño?

—No. ¿Por qué íbamos a hablar de robots? —respondió Gremionis haciendo un gesto de negativa con la cabeza.

Baley fijó su sombría mirada en el rostro de su interlocutor.

—¿Tenía usted idea de la relación existente entre Gladia y Jander?

—No irá a decirme que Gladia mantenía relaciones sexuales con el robot, ¿verdad?

—¿Le sorprendería que así fuera? —replicó Baley.

—Suele suceder —contestó Gremionis, impasible—. No es infrecuente. En ocasiones pueden utilizarse los robots, si a uno le complace. Y un robot humaniforme, completamente humaniforme, según creo…

—Completamente —asintió Baley, haciendo un explícito gesto.

—Bien, en ese caso —prosiguió Gremionis, curvando los labios hacia abajo—, a una mujer le costaría resistirse.

—Pero Gladia se resistió a usted. ¿No le molesta que Gladia pudiera preferir a un robot, antes que a usted?

—Bueno, hablando en serio, no estoy seguro de que esté diciendo la verdad, pero si es así, no tengo por qué preocuparme. Un robot no es más que un robot. Una mujer con un robot, o un hombre con un robot, no es más que una masturbación.

—Sea sincero: ¿de verdad no sabía nada de esa relación, señor Gremionis? ¿Nunca había sospechado nada?

—Ni siquiera había pensado en ello —insistió Gremionis.

—¿No lo sabía? ¿O lo sabía pero no le importaba?

—Ya está presionándome otra vez —protestó Gremionis—. ¿Qué quiere hacerme decir? Ahora que me ha metido esa idea en la cabeza con tanta insistencia, si echo una mirada atrás me parece que quizás había llegado a preguntarme alguna vez algo así. Pero da igual, porque nunca había notado que sucediera algo semejante hasta que usted ha empezado a hacer preguntas.

—¿Está seguro?

—Sí, lo estoy. No me acose.

—No estoy acosándole. Sólo estaba preguntándome si sería posible que usted supiera en realidad que Gladia mantenía relaciones sexuales de forma regular con Jander, y que se diera cuenta de que ella nunca le aceptaría como amante mientras la situación siguiera así, y que la amara tanto que estuviese dispuesto a no detenerse ante nada con tal de eliminar a Jander y que, en resumen, estuviera tan celoso que…

En aquel instante, y como si de repente se hubiera soltado un resorte contenido con dificultad durante unos minutos, Gremionis saltó sobre Baley soltando un grito estruendoso e incoherente. Baley, tomado absolutamente por sorpresa, se echó hacia atrás instintivamente y su silla se volcó.

51

Inmediatamente, sintió sobre él unos fuertes brazos. Notó que le levantaban, que ponían la silla en su posición vertical, y se dio cuenta de que estaba en

brazos de un robot. Qué fácil resultaba olvidarse de que estaban en la misma habitación cuando permanecían inmóviles y silenciosos en sus nichos.

No obstante, no había sido Daneel ni Giskard quien había acudido en su ayuda. Era Brundij, el robot de Gremionis.

—Espero que no se haya hecho daño, señor —dijo Brundij, con una voz poco natural.

¿Dónde estaban Daneel y Giskard?

La pregunta encontró contestación de inmediato. Los robots se habían repartido el trabajo limpia y rápidamente. Daneel y Giskard, valorando en un instante que una silla caída ofrecía menos posibilidades de causar daño a Baley que un Gremionis enloquecido, se habían lanzado sobre el anfitrión. Brundij, al comprender al instante que no era necesario en aquella dirección, se ocupó del estado del invitado.

Gremionis, que seguía en pie y respiraba pesadamente, estaba totalmente inmovilizado por el cuidadoso abrazo doble de los robots de Baley. Con una voz que apenas era más que un susurro, el aurorano musitó:

—Dejadme. Vuelvo a tener control de mí mismo.

—Sí, señor —dijo Giskard.

—Desde luego, señor Gremionis —añadió Daneel en un tono de voz que era casi dulce.

Pero aunque ambos robots apartaron sus brazos de Gremionis, ninguno de los dos se retiró a su nicho durante un rato. Gremionis miró a derecha y a izquierda, se colocó bien la ropa y luego, pausadamente, se sentó. Su respiración era todavía jadeante y tenía el cabello ligeramente despeinado.

Baley permaneció en pie, con una mano en el respaldo de la silla en la que había estado sentado.

—Lo siento mucho, señor Baley. He perdido los nervios. No me había sucedido nada semejante desde que soy adulto. Me ha acusado usted de… de estar celoso. Ningún aurorano respetable utiliza nunca esa palabra para dirigirse a otro, pero tendría que haber recordado que es usted terrícola. En nuestro planeta, esa palabra sólo aparece en las novelas históricas, y aun en ellas suele escribirse solamente una ce, seguida de puntos suspensivos.

Naturalmente, en su mundo no debe de ser así, y debería haberlo comprendido.

—Yo también lo lamento, señor Gremionis —dijo Baley con aire ceremonioso—. He olvidado las costumbres auroranas y eso me ha llevado a cometer esta torpeza. Le aseguro que no volverá a repetirse un lapsus semejante. —Tomó asiento y añadió—: No sé si queda algo más por hablar…

Gremionis no parecía estar escuchando.

—Cuando era un niño —dijo—, a veces empujaba a alguien, o alguien me empujaba, y transcurría cierto tiempo hasta que los robots se tomaban la molestia de acudir a separarnos, así que…

—Permíteme explicar eso, compañero Elijah —intervino Daneel—. Ha quedado perfectamente demostrado que la represión total de cualquier acto agresivo entre los niños tiene consecuencias indeseables. Siempre que no se produzcan daños reales, está permitido e incluso se fomenta un cierto grado de actividad y de juego que conlleve la competencia física. Los robots encargados de los niños están cuidadosamente programados para saber distinguir los riesgos y el grado de daño que puede producirse. Yo, por ejemplo, no estoy adecuadamente programado en este aspecto y no serviría para cuidar a los niños, salvo en caso de alguna emergencia y durante breves períodos de tiempo. Lo mismo sucede con Giskard.

—Esa conducta agresiva es reprimida durante la adolescencia, supongo —comentó Baley.

—Se hace gradualmente —dijo Daneel—, conforme va aumentando el nivel de daño que se pueda causar, y conforme se hace más pronunciada la conveniencia del autocontrol.

—Cuando alcancé la edad y el nivel adecuado para pasar a la educación superior —intervino Gremionis—, yo, como todos los auroranos, sabía perfectamente que toda competencia se basa en la comparación de las capacidades mentales y de los talentos naturales.

—¿Sin competencia física? —preguntó Baley.

—La hay, pero sólo de manera que no se base en contactos físicos deliberados con intención de producir daño.

—Pero desde que era usted un muchacho… —añadió Baley.

—No he atacado a nadie, por supuesto que no. Naturalmente, en alguna ocasión he sentido ese impulso. Supongo que no sería del todo normal si no lo sintiera, pero hasta este momento siempre había podido controlarlo. Nunca nadie me había llamado… eso.

—En cualquier caso, no serviría de nada atacar si los robots iban a detenerle, ¿verdad? Supongo que siempre hay un robot cerca, tanto del agresor como del agredido.

—Es cierto. Una razón más para que me avergüence de haber perdido el control. Espero que no lo incluya en su informe.

—Le aseguro que no hablaré con nadie de ello. No tiene nada que ver con el caso.

—Gracias. ¿Ha dicho usted que la entrevista ha terminado?

—Creo que sí.

—En tal caso, ¿hará lo que le he pedido?

—¿A qué se refiere?

—¿Le dirá a Gladia que no tuve nada que ver con la desactivación de Jander?

Baley titubeó y, finalmente, respondió:

—Le diré que ésa es mi opinión.

—Póngale un poco más de énfasis —insistió Gremionis—. Quiero que Gladia tenga la absoluta certeza de que no tuve nada que ver con ello; sobre todo si le gustaba el robot en el aspecto sexual. No podría soportar que ella me creyera c… Siendo solariana, podría entenderlo así.

—Sí, quizá tenga razón —asintió Baley, pensativo.

—Escuche —dijo Gremionis, hablando rápidamente y con aire de gran seriedad—, yo no sé nada sobre robots y nadie, ni la doctora Vasilia ni ninguna otra persona, me ha explicado nada acerca de su funcionamiento. De verdad, no pude destruir a Jander de ninguna manera.

Baley pareció sumido en sus pensamientos durante un instante. Después respondió, claramente de mala gana:

—No tengo otra opción más que creerle. Lo cierto es que no sé nada seguro. No se ofenda, pero es posible que alguien me esté mintiendo: usted, la doctora Vasilia o ambos. Conozco muy poco la naturaleza íntima de la sociedad aurorana, y quizá se me pueda engañar fácilmente. Con los datos

que poseo, no tengo otro remedio que creerle, pero no puedo decirle a Gladia más que es usted totalmente inocente en mi opinión. Tengo que incluir esa frase, «en mi opinión», pero estoy seguro de que ella lo encontrará suficiente.

—En tal caso, tendré que conformarme con ello —dijo Gremionis con aire sombrío—. Por si le sirve de algo, sin embargo, le doy mi palabra de ciudadano de Aurora de que soy inocente.

Baley sonrió ligeramente.

—Jamás me atrevería a dudar de su palabra, pero mi preparación me obliga a confiar únicamente en las pruebas objetivas.

Se puso en pie, miró solemnemente a Gremionis durante un instante, y añadió:

—Lo que voy a decirle no debe tomarlo como una ofensa, señor Gremionis. Supongo que su interés en que yo proclame su inocencia delante de Gladia se debe a que quiere conservar su amistad.

—Lo deseo fervientemente, señor Baley.

—Y tiene intención de ofrecerse a ella en la próxima ocasión propicia, ¿verdad?

Gremionis se ruborizó, tragó saliva visiblemente y respondió:

—Sí, así es.

—¿Puedo darle entonces un pequeño consejo, señor? No lo haga.

—Si era eso lo que quería decirme, podría habérselo ahorrado. No pienso rendirme jamás.

—Me refería a que no lo siga intentando como ha hecho hasta ahora. Sería mejor que probara simplemente —prosiguió Baley al tiempo que apartaba la mirada, inexplicablemente azorado— a estrecharla entre sus brazos y besarla.

—¡No! —contestó Gremionis con vehemencia—. ¡Haga el favor! Una mujer de Aurora jamás lo toleraría. Ni un hombre tampoco.

—Señor Gremionis, ¿no se da usted cuenta de que Gladia no es aurorana? Gladia es de Solaria y tiene otras costumbres, otras tradiciones. Si yo estuviera en su lugar, intentaría lo que le digo.

La mirada baja de Baley ocultó una repentina irritación interna. ¿Quién era Gremionis para que él le diera un consejo como aquél? ¿Por qué decirle

a otro que hiciera lo que él mismo ansiaba hacer?

13. AMADIRO

52

Baley volvió al tema en un tono de voz un poco más grave del habitual.

—Señor Gremionis, hace un rato ha mencionado el nombre del jefe del Instituto de Robótica. ¿Podría repetirlo, por favor?

—Kelden Amadiro.

—¿Habría algún modo de localizarlo desde aquí?

—Bueno, sí y no —respondió Gremionis—. Puede ponerse en contacto con su telefonista o con su ayudante, pero dudo que pueda hablar con él personalmente. Es un hombre bastante reservado y con aires de superioridad, según me han dicho. Yo le he visto alguna que otra vez, pero nunca he hablado con él.

—Deduzco, entonces, que no tiene tratos con usted como diseñador de ropa o para cuidar su estética personal.

—No sé que los tenga con nadie y, por las pocas ocasiones en que le he visto, puedo decirle sinceramente que se nota a la legua. Aunque espero que no repita usted mi observación…

—Estoy seguro de que tiene usted razón, pero guardaré la confidencia —asintió Baley con toda seriedad—. Me gustaría intentar ponerme en contacto con él, pese a su fama de reservado. Si dispone usted de un triménsico, ¿le importaría que lo utilizara con este fin?

—Brundij puede llamarle por usted.

—No. Prefiero que lo haga mi compañero, Daneel. Esto es, si no le importa…

—No me importa en absoluto —dijo Gremionis—. El aparato está ahí dentro, así que, sígueme, Daneel. El código que has de marcar es 75-30-arriba-20.

—Gracias, señor —contestó Daneel con una inclinación de cabeza.

La sala donde estaba el triménsico estaba absolutamente vacía, salvo por un pequeño pilar situado a uno de los lados. El pilar llegaba hasta la altura de la cintura y terminaba en una superficie plana sobre la que descansaba una consola bastante complicada. El pilar estaba en el centro de un círculo marcado con un color gris neutro sobre el fondo verde claro del suelo. Cerca de él había otro círculo de idéntico tamaño y color, pero en este segundo no había pilar.

Daneel avanzó hasta el pilar y, al hacerlo, el círculo en el que se encontraba se iluminó con un leve resplandor blanquecino. El robot pasó la mano por la consola y sus dedos se movieron a tal velocidad que Baley no pudo apreciar claramente lo que hacían. Transcurrió apenas un segundo y el otro círculo se iluminó exactamente igual que el primero. En él apareció un robot, con aspecto tridimensional pero con una levísima fluctuación que ponía de manifiesto que se trataba de una imagen holográfica. Junto al robot se veía una consola igual a la que acababa de manipular Daneel, pero también ésta fluctuaba levemente, indicando que se trataba sólo de una imagen.

—Soy R. Daneel Olivaw —se presentó Daneel, haciendo un ligero énfasis en la «R.» para que el otro robot no le confundiera con un ser humano—, y represento a mi compañero Elijah Baley, detective del planeta Tierra. Mi compañero querría hablar con el maestro roboticista Kelden Amadiro.

—El maestro roboticista Amadiro está reunido. ¿Desea que le pase con el roboticista Cicis?

Daneel se volvió rápidamente hacia Baley. Éste asintió y Daneel contestó:

—Sí, está bien.

—Si el detective Baley es tan amable de ocupar su lugar, intentaré localizar el roboticista Cicis.

—Quizá sería mejor que primero… —empezó a decir Daneel. Sin embargo, Baley le interrumpió:

—Está bien, Daneel. No me importa esperar.

—Compañero Elijah —contestó Daneel—, como representante personal del maestro roboticista Han Fastolfe has asimilado su estatus social, al menos temporalmente. Y no corresponde a su posición tener que esperar a…

—Está bien, Daneel —insistió Baley, con suficiente énfasis para dar por terminada la conversación—. No deseo causar un retraso por una pequeña discusión sobre protocolo.

Daneel salió del círculo iluminado y Baley se adelantó hasta él. Al hacerlo, notó un hormigueo, quizá puramente imaginario, que desapareció en seguida.

La imagen del robot del otro círculo se difuminó hasta desaparecer. Baley aguardó pacientemente y, por fin, otra imagen fue formándose con su apariencia tridimensional.

—Aquí el roboticista Maloon Cicis —dijo la imagen con voz clara y un poco aguda. Lucía un cabello de color bronce muy corto que bastaba por sí solo para darle un aspecto que Baley consideró típico de un espacial, aunque el perfil de su nariz tenía una asimetría poco habitual en los espaciales.

—Soy el detective Elijah Baley, de la Tierra. Me gustaría hablar con el maestro roboticista Kelden Amadiro.

—¿Está citado con él, detective?

—No, señor.

—Si desea usted verle, tendrá que concertar una cita con anterioridad, y me temo que no queda ni un momento libre esta semana ni la que viene.

—Repito que soy el detective Elijah Baley, de la Tierra…

—Creo haberle entendido perfectamente, pero eso no cambia las cosas.

—A petición del doctor Han Fastolfe, y con el permiso de la Asamblea Legislativa Mundial de Aurora, estoy aquí para investigar el asesinato del robot Jander Panell…

—¿El asesinato del robot Jander Panell? —repitió Cicis con gran educación, como para demostrar su desdén.

—Bien, si lo prefiere, llámelo roboticidio. En la Tierra, la destrucción de un robot no sería un asunto de gran importancia, pero aquí en Aurora, donde los robots son tratados más o menos como seres humanos, me pareció que podría utilizarse la palabra «asesinato».

—Bueno, sea asesinato, roboticidio o nada en absoluto, sigue siendo imposible que vea al maestro roboticista Amadiro —insistió Cicis.

—¿Puedo dejarle un mensaje?

—Adelante.

—¿Le será entregado inmediatamente? ¿Ahora mismo?

—Lo puedo intentar pero, como es lógico, no se lo garantizo.

—Es suficiente. Voy a enumerar una serie de puntos, y voy a dárselos por orden. Quizá será mejor que los anote.

—Creo que podré recordarlos —contestó Cicis con una leve sonrisa.

—Primero, donde hay un asesinato, hay un asesino, y querría darle al doctor Amadiro una posibilidad de hablar en su propia defensa…

—¡Cómo! —exclamó Cicis.

(Gremionis, que observaba desde el otro extremo de la sala, se quedó boquiabierto).

Baley intentó imitar la leve sonrisa que, de pronto, había desaparecido de los labios de su interlocutor.

—¿Voy demasiado de prisa para usted? ¿Preferiría tomar notas, después de todo?

—¿Está acusando usted al maestro roboticista Amadiro de tener algo que ver en el asunto de Jander Panell?

—Al contrario, roboticista Cicis. Precisamente porque no quiero acusarle es por lo que debo verle. Me disgustaría mucho tener que considerar la posible relación entre el maestro roboticista y el robot desactivado en base a una información incompleta, cuando una sola palabra suya puede aclararlo todo.

—¡Usted está loco!

—Muy bien. Entonces dígale al maestro roboticista que un loco quiere tener una charla con él para evitar acusarle de asesinato. Hasta aquí el punto primero. Ahora el segundo. ¿Podría decirle que ese mismo loco acaba de efectuar un detallado interrogatorio al artista de la personalidad Santirix

Gremionis, y que está llamando desde el establecimiento de éste? Y punto tercero…, ¿voy demasiado rápido para usted?

—¡No! ¡Termine!

—El punto tercero es el siguiente: puede que el maestro roboticista Amadiro, quien seguramente tiene en la cabeza muchos otros asuntos de mayor importancia, no recuerde quién es el artista de la personalidad Santirix Gremionis. En tal caso, haga el favor de indicarle que se trata de una persona que vive en terrenos del Instituto y que, durante el último año, ha realizado muchos y largos paseos con Gladia, una mujer de Solaria que actualmente vive en Aurora.

—No puedo hacerle llegar un mensaje tan ridículo y ofensivo, terrícola.

—En tal caso, ¿será tan amable de decirle que acudiré directamente a la Asamblea y que anunciaré que abandono la investigación porque un tal Maloon Cicis ha decidido por su cuenta y riesgo que el maestro roboticista Kelden Amadiro no colabore conmigo en la investigación sobre la destrucción del robot Jander Panell, ni se defienda de la acusación de ser responsable de dicha destrucción?

Cicis enrojeció.

—No se atreverá usted a hacer algo semejante.

—¿De veras? ¿Qué puedo perder con ello? Por otro lado, ¿cómo tomaría eso la opinión pública? Después de todo, los auroranos saben perfectamente que el doctor Amadiro es el segundo experto en robótica después del propio doctor Fastolfe y, si Fastolfe no es responsable del roboticidio… ¿es preciso que continúe?

—Ya sabrá, terrícola, que las leyes de Aurora contra la difamación son muy estrictas.

—Indudablemente, pero si el doctor Amadiro es realmente víctima de una difamación, su castigo será probablemente mayor que el mío. Escuche, ¿por qué no se limita a entregar ese mensaje ahora mismo? Después, si él puede explicar unos cuantos puntos de menor importancia, quizás evitemos todo eso de la difamación, la acusación y demás.

Cicis frunció el ceño y dijo con voz agitada:

—Transmitiré su mensaje al doctor Amadiro y le aconsejaré con todo vigor que se niegue a verle.

La imagen desapareció. De nuevo, Baley aguardó con paciencia mientras Gremionis gesticulaba exageradamente y decía:

—¡No puede hacer eso, Baley! ¡No puede hacerlo!

Baley le hizo un gesto para que se callara. Al cabo de unos cinco minutos (que a Baley le parecieron mucho más), Cicis reapareció con aspecto de estar enormemente irritado.

—El doctor Amadiro ocupará mi lugar dentro de unos minutos y hablará con usted. ¡Aguarde!

Baley respondió al instante:

—No tiene objeto que espere. Pasaré personalmente por el despacho del doctor Amadiro y me entrevistaré con él allí.

Se apartó del círculo gris e hizo un gesto enérgico a Daneel, quien rápidamente interrumpió la comunicación.

Con una especie de gemido ahogado, Gremionis protestó:

—¡No puede hablar de esta manera a los ayudantes del doctor Amadiro, terrícola!

—Pues acabo de hacerlo.

—Hará que le expulsen del planeta en menos de doce horas.

—Si no hago algún progreso en la resolución de este lío, seré expulsado de todos modos del planeta en ese plazo, así que…

—Compañero Elijah —intervino Daneel—, me temo que la alarma del señor Gremionis está justificada. La Asamblea Legislativa Mundial de Aurora no puede más que expulsarte del planeta, ya que no eres ciudadano de Aurora. Sin embargo, las autoridades de aquí pueden insistir en que seas castigado severamente en la Tierra, y allí sin duda accederían. En este caso, no podrían oponerse a la petición de Aurora. Y a mí no me gustaría que te sucediera nada semejante, compañero Elijah.

—Yo tampoco deseo que me castiguen, Daneel —respondió Baley con aire grave—. Sin embargo, debo correr ese riesgo. Señor Gremionis, lamento haber tenido que decirle a ese hombre que llamaba desde su establecimiento. Tenía que hacer algo para convencer a Amadiro de que me recibiera y he considerado que quizá le diera importancia a ese detalle. Después de todo, lo que le he dicho no es más que la verdad.

Gremionis meneó la cabeza antes de responder:

—Si hubiera sabido lo que se disponía a hacer, señor Baley, no le habría permitido llamar desde mi establecimiento. Estoy seguro de que voy a perder mi posición aquí, y —añadió con amargura— ¿cómo va a compensarme usted si eso sucede?

—Señor Gremionis, haré cuanto esté en mi mano para que no pierda su posición. Confío en que no tendrá usted ningún problema. No obstante, si no lo consigo, es usted libre de tacharme de loco, o de decir que le lancé tremendas acusaciones y que le atemoricé con amenazas de difamación hasta tal punto que se vio obligado a dejarme utilizar su aparato de triménsico. Estoy seguro de que el doctor Amadiro le creerá. Después de todo, ya le ha enviado usted un informe quejándose de que le he difamado, ¿no es cierto?

Tras decir estas palabras, Baley levantó la mano en señal de despedida.

—Adiós, señor Gremionis. Gracias de nuevo. No se preocupe y… recuerde lo que le he dicho acerca de Gladia.

Baley salió del establecimiento de Gremionis entre Giskard y Daneel, uno delante y el otro detrás. Apenas advirtió que, una vez más, estaba saliendo al Exterior.

53

De nuevo en el Exterior, las cosas cambiaron. Baley se detuvo y dirigió la mirada hacia lo alto.

—Qué extraño —dijo—. No creía que hubiese transcurrido tanto tiempo, incluso teniendo en cuenta que el día de Aurora es un poco más corto que el normal.

—¿A qué te refieres, compañero Elijah? —preguntó Daneel, solícito como siempre.

—El sol se ha puesto ya. Pensaba que era más temprano.

—No, señor. Todavía no se ha puesto —intervino Giskard—. Faltan casi dos horas para el crepúsculo.

—Es una tormenta que se está formando, compañero Elijah. Las nubes se están espesando, pero la tormenta no se desatará hasta dentro de un rato.

Baley se estremeció. La oscuridad por sí sola no le molestaba. De hecho, en el Exterior, la noche y su apariencia de recinto cerrado resultaba mucho más tranquilizadora que el día, que ensanchaba el horizonte y los espacios abiertos en todas direcciones.

El problema consistía en que ahora no era ni de día ni de noche.

Nuevamente, intentó recordar cómo había sido la otra ocasión en que había visto llover estando en el Exterior.

De pronto, se le pasó por la cabeza que nunca había estado al aire libre bajo una nevada, y que ni siquiera estaba seguro de cómo era una lluvia de agua sólida en forma de cristales. Las descripciones a base de palabras resultaban seguramente insuficientes. Los chiquillos salían a veces a patinar, o a jugar con trineos o cosas parecidas, y regresaban gritando de excitación. Sin embargo, siempre se alegraban de refugiarse nuevamente entre los muros de la ciudad. Ben había intentado cierta vez hacer un par de esquíes siguiendo las directrices de algún libro antiguo, y al final había terminado medio enterrado en el blanco manto. E incluso la descripción que Ben había hecho del aspecto y el tacto de la nieve resultaba inquietantemente vaga e insatisfactoria.

Tampoco en aquella ocasión había nadie en el Exterior mientras caía la nieve, cosa muy distinta a encontrar los copos ya en el suelo, formando una capa. Baley se dijo, al llegar a aquel punto, que el único dato en que todo el mundo estaba de acuerdo era que sólo nevaba cuando hacía mucho frío. Ahora no hacía mucho frío, sólo hacía fresco. La presencia de aquellas nubes no significaba que fuera a nevar. De todos modos, eso sólo le proporcionó un mínimo consuelo.

Aquello no era como los días nublados que Baley había visto algunas veces en la Tierra. En su planeta las nubes eran más ligeras, pensó. Y su color era blanco grisáceo, incluso cuando cubrían todo el firmamento. En Aurora, en cambio, la luz —o lo que quedaba de ella— tenía un tono bilioso, un terrible color amarillento pizarra.

Quizá se debía a que el sol de Aurora era más anaranjado que el de la Tierra.

—¿No es un poco… raro el color del cielo?

Daneel levantó la mirada hacia las nubes y respondió:

—No, compañero Elijah. Es la tormenta que se acerca.

—¿Son habituales estas tormentas?

—En esta época del año, sí. Se producen algunas tormentas eléctricas. El pronóstico meteorológico de ayer, y también el de esta mañana ya la anunciaban, así que no viene de sorpresa. Mañana por la mañana ya habrá pasado y los campos aprovecharán el agua caída. Últimamente el promedio de precipitaciones ha estado un poco por debajo de lo normal.

—¿Y el frío? ¿También es normal?

—Sí, claro… Pero entremos en el planeador, compañero Elijah. Ahí disponemos de calefacción.

Baley asintió y se encaminó hacia el planeador, que estaba posado sobre la hierba en el mismo lugar donde había tomado tierra antes del almuerzo. Antes de subir, Baley se detuvo.

—Un momento. Me he olvidado de preguntarle a Gremionis la dirección del establecimiento de Amadiro. O quizás es su despacho, lo ignoro.

—No es necesario, compañero Elijah —contestó al instante Daneel, poniendo su mano en el codo de Baley y empujándole suave pero inequívocamente hacia adelante—. El amigo Giskard tiene en su memoria un plano detallado del Instituto y nos llevará al edificio de Administración. Es muy probable que el doctor Amadiro tenga su despacho allí.

—Mis informaciones son, en efecto, que el despacho del doctor Amadiro está en el edificio de Administración —asintió Giskard—. Y si, por casualidad, el doctor no está allí sino en su establecimiento, no hay problema porque queda muy cerca.

Baley se encontró nuevamente apretado en el asiento delantero entre los dos robots. Agradeció especialmente la proximidad de Daneel, con su calor corporal semejante al de los seres humanos. Aunque la cubierta exterior de Giskard, confeccionada con un material parecido a la tela, era aislante y no resultaba tan fría al tacto como el metal desnudo, resultaba menos atractiva que la de Daneel, dado lo muy aterido que Baley se encontraba.

Estuvo a punto de pasar un brazo por los hombros del robot humaniforme, buscando un poco más de calor acurrucándose junto a él. Algo confuso, dejó caer el brazo al costado.

—No me gusta nada el aspecto de ahí fuera —comentó.

Daneel, esforzándose quizá por apartar la atención de Baley del Exterior que se veía al otro lado de los cristales, preguntó:

—Compañero Elijah, ¿cómo sabías que la doctora Vasilia había inducido a Gremionis a interesarse por la señorita Gladia? No he visto que tuvieras ninguna prueba al respecto…

—En efecto, no la tenía —contestó Baley—, pero estaba tan desesperado que he decidido echarme un farol o, mejor, apostar por una posibilidad poco probable. Gladia me había dicho que Gremionis era la única persona que estaba lo bastante interesada en ella como para ofrecérsele repetidamente, y he pensado que él podía haber matado a Jander por celos. No creía posible que Gremionis supiera lo suficiente de robótica para hacerlo, pero a continuación me he enterado de que Vasilia, la hija de Fastolfe, también era roboticista y que, además, se parecía físicamente a Gladia. Entonces me he preguntado si Gremionis, a quien sabía fascinado por Gladia, no se habría sentido igualmente fascinado por Vasilia con anterioridad… y si el asesinato no podría ser el resultado de una conspiración ideada por ambos. Ha sido precisamente una referencia indirecta a la existencia de tal conspiración lo que me ha permitido convencer a Vasilia de que me recibiera.

—Pero la conspiración de que hablas no existió, compañero Elijah —replicó Daneel—. Al menos, por lo que se refiere a la desactivación de Jander. Vasilia y Gremionis no hubieran podido llevarla a cabo, aun en el caso de haber trabajado juntos.

—Es cierto pero, a pesar de ello, Vasilia se ha mostrado muy nerviosa ante la sugerencia de que existiese una relación entre ella y Gremionis. ¿Por qué razón? Cuando Gremionis ha reconocido que primero se había sentido atraído por Vasilia, y luego por Gladia, me he preguntado si la relación entre Vasilia y Gremionis no sería más indirecta, si Vasilia no le habría incitado a trasladar sus sentimientos a Gladia por alguna razón relacionada más indirectamente, pero relacionada de todos modos, con la muerte de Jander. Después de todo, tenía que haber alguna relación entre Vasilia y Gremionis: la reacción de Vasilia ante mi primera sugerencia en ese sentido lo demostraba.

»Mis sospechas eran acertadas. Vasilia había hecho que Gremionis pasara de una mujer a la otra. Gremionis se ha quedado asombrado de que yo lo supiera y eso también me ha sido muy útil pues, si esa relación fuera completamente inocente, no habría razón alguna para mantenerla en secreto, y es evidente que en secreto la mantenían. Recordarás que Vasilia no ha hecho la menor mención a haber impulsado a Gremionis a volcar sus sentimientos en Gladia. Y cuando yo he afirmado que Gremionis se había ofrecido a Gladia, Vasilia ha reaccionado como si fuera la primera vez que oyera hablar de ello.

—Pero, compañero Elijah, ¿qué importancia tiene eso?

—Ya lo descubriremos. Me ha parecido que ni Gremionis ni Vasilia le han dado demasiada. Por lo tanto, si la tiene, puede que haya una tercera persona involucrada. Y si el asunto guarda relación con la muerte de Jander, entonces debe de tratarse de un roboticista más experto incluso que Vasilia. Y esa persona puede ser Amadiro. Por eso, cuando le he llamado, he dejado entrever que conocía la existencia de una conspiración señalando deliberadamente que acababa de interrogar a Gremionis y que estaba llamando desde su establecimiento. Y como habrás podido ver, mi treta ha dado resultado.

—Sin embargo, sigo sin comprender qué significa todo eso, compañero Elijah.

—Yo tampoco lo comprendo, pero he hecho algunas conjeturas. Quizá saquemos algo en claro de Amadiro. Nuestra situación es tan mala que no tenemos nada que perder aventurándonos y dejándonos llevar por intuiciones.

Durante este diálogo, el planeador se había elevado gracias a sus turbinas y había alcanzado una altura considerable. Tras salvar una barrera de arbustos, el aparato aceleró ahora sobre la zona cubierta de césped y de senderos empedrados. Baley advirtió que, en las zonas donde la hierba era más alta, el césped se inclinaba hacia un lado por efecto del viento, como si por encima de él estuviera pasando un planeador invisible y mucho mayor que el suyo.

—Giskard —preguntó Baley—, supongo que habrás grabado las conversaciones que han tenido lugar en tu presencia, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Y puedes reproducirlas a voluntad?

—Sí, señor.

—¿Puedes localizar y reproducir fácilmente una frase en concreto, pronunciada por una persona determinada?

—En efecto, señor. No es necesario que escuche toda la grabación.

—Y si te necesitara, ¿podrías actuar de testigo en un tribunal?

—¿Yo, señor? No, señor —Giskard mantenía la mirada fija en el suelo—. Dado que se puede hacer mentir a un robot, programándole una orden con la suficiente habilidad, y dado que ni todas las exhortaciones o amenazas de un juez pueden impedirlo, la ley considera muy acertadamente que un robot no es un testigo competente.

—Pero entonces, ¿para qué sirven esas grabaciones?

—Eso, señor, es otra cosa distinta. Una grabación, una vez efectuada, no puede ser alterada mediante una simple orden, aunque puede ser borrada. Por lo tanto, la grabación sí puede admitirse como prueba. No obstante, no existen antecedentes sólidos al respecto y su admisión o rechazo como prueba en un juicio depende de cada caso y de cada juez en particular.

Baley no fue capaz de distinguir si las palabras de Giskard le resultaban deprimentes por ellas mismas, o si ello se debía a la luminosidad mortecina y desagradable que bañaba el paisaje.

—¿Ves lo suficiente para pilotar sin problemas, Giskard?

—Desde luego, señor, pero no es necesario. El planeador va equipado con un radar computerizado que le permite salvar los obstáculos por sí solo, incluso en el caso de que, por algún extraño motivo, yo sufriera un fallo en el pilotaje. Éste fue el sistema que utilizamos ayer por la mañana, cuando volamos con toda tranquilidad pese a que todas las ventanas estaban cerradas.

—Compañero Elijah —intervino de nuevo Daneel, cambiando de conversación para apartar a Baley del inquietante recuerdo de la tormenta que se aproximaba—, ¿tienes alguna esperanza de que el doctor Amadiro resulte de alguna utilidad?

Giskard detuvo el planeador sobre un amplio césped frente a un edificio grande, aunque no muy alto, cuya fachada, esculpida de modo recargado,

era indudablemente muy reciente aunque pretendía imitar algún estilo muy antiguo.

Baley supo que se trataba del edificio de Administración antes de que nadie se lo dijera.

—No, Daneel —respondió a la anterior pregunta del robot—, sospecho que Amadiro será demasiado inteligente para darnos la menor posibilidad de pillarle.

—Y si es así, ¿qué piensas hacer a continuación?

—No lo sé —contestó Baley con la abrumadora sensación de haber pasado anteriormente por aquella misma situación—. No lo sé, pero ya pensaré en algo.

54

Cuando Baley entró en el edificio de Administración, su primera sensación fue de alivio al dejar atrás la inquietante luminosidad del Exterior. La segunda fue de irónica complacencia.

En Aurora, los establecimientos —es decir, las viviendas privadas— eran todos estrictamente auroranos. Sentado en la sala de estar de Gladia, o desayunando en el comedor de Fastolfe, o charlando en la sala de trabajo de Vasilia, o frente al aparato de triménsico de Gremionis, a Baley le había sido imposible sentirse, aunque sólo fuera por un instante, en la Tierra. Cada uno de los establecimientos que había visitado era distinto de los demás, pero todos ellos tenían ciertos rasgos comunes, totalmente diferentes a los de aquellos apartamentos subterráneos de la Tierra.

El edificio de Administración, en cambio, olía a burocracia y aquello, al parecer, trascendía la normal variedad de gustos de la humanidad. No pertenecía al mismo género arquitectónico que las viviendas auroranas, del mismo modo que los edificios de la ciudad donde vivía Baley no se parecían a los pisos de los barrios residenciales. Sin embargo, los edificios oficiales de ambos mundos, pese a las grandes diferencias que existían entre Aurora y la Tierra, eran extrañamente similares.

Aquél fue el primer lugar de Aurora donde Baley, por un instante, pudo imaginarse que se hallaba en la Tierra. Los mismos pasillos largos, desnudos y fríos, y el mismo mínimo común denominador en el diseño y la decoración, con todos los puntos de luz pensados especialmente para irritar a las menos personas posibles, y para complacer a no muchas más.

Había algunos detalles que no se habrían encontrado en la Tierra; por ejemplo, las plantas, en macetas suspendidas del techo, que crecían con la luz que les llegaba y que estaban provistas de aparatos para el riego automático y controlado, creyó adivinar Baley. Aquel detalle natural no existía en la Tierra, y su presencia no le gustó. Aquellas macetas podían caer sobre la cabeza de alguien, o podían rezumar agua. Y seguramente atraían a los insectos.

Baley también echaba de menos otros detalles. En la Tierra, cuando uno estaba en una ciudad, siempre estaba rodeado por el inmenso y cálido murmullo de la multitud y de las máquinas, incluso en el más frío de los edificios oficiales. Era el «animado zumbido de la fraternidad», según la frase popularizada entre los políticos y periodistas de la Tierra.

En Aurora, por el contrario, todo era silencioso. Baley no había apreciado especialmente el silencio de los establecimientos que había visitado aquel día y la víspera, pues todo cuanto le había rodeado le había parecido tan raro que una cosa extraña más le había pasado inadvertida. De hecho, había prestado más atención al sordo susurro de los insectos del Exterior o al murmullo del viento en la vegetación que a la ausencia del constante «zumbido de la humanidad» (otra frase popular).

En cambio, en aquel edificio que parecía un rincón del planeta Tierra, la ausencia del «zumbido» resultaba tan desconcertante como el matiz claramente anaranjado de la luz artificial, que resaltaba todavía más en el tono blanquecino de las desnudas paredes que entre la recargada decoración habitual de los establecimientos de Aurora.

Baley no pudo seguir soñando mucho tiempo. Se encontraban justo en el interior de la entrada principal y Daneel acababa de extender el brazo para detener a sus dos compañeros. Transcurrieron treinta segundos antes de que Baley, hablando automáticamente en un susurro ante el imponente silencio del lugar, se atreviera a preguntar:

—¿Por qué estamos esperando?

—Porque es aconsejable hacerlo así, compañero Elijah —respondió Daneel—. Tenemos delante un campo de hormigueo.

—¿Un qué?

—Un campo de hormigueo, compañero Elijah. En realidad, el nombre es un eufemismo. Es un campo que estimula las terminaciones nerviosas y produce un dolor bastante agudo. Los robots pueden pasar, pero los seres humanos, no. Naturalmente, sea robot o humano el que lo cruce, se dispara una alarma.

—¿Cómo puedes saber que hay un campo de hormigueo? —preguntó Baley.

—Porque puede verse si uno sabe lo que tiene que mirar, compañero Elijah. El aire parece oscilar ligeramente y la pared situada detrás del campo tiene un color levemente verdoso en comparación con las demás paredes.

—Sigo sin estar seguro de distinguirlo —insistió Baley, indignado—. ¿Qué impide que yo, o cualquier visitante inocente, lo cruce inadvertidamente y sea sometido a esa agonía?

—Los miembros del Instituto —explicó Daneel— llevan un aparato para neutralizar el campo. Los visitantes son atendidos casi siempre por uno o más robots que son perfectamente capaces de detectar el campo de hormigueo.

Al otro lado del campo, un robot se aproximaba hacia ellos por un pasillo. (El parpadeo del campo era más fácil de apreciar contra su bruñida superficie metálica). El robot pareció hacer caso omiso de Giskard pero, durante un instante, titubeó mirando a Daneel, se dirigió a Baley. (Éste pensó que quizá Daneel parecía demasiado humano para ser humano).

—¿Su nombre, señor? —preguntó el robot.

—Soy el detective Elijah Baley, de la Tierra. Me acompañan dos robots del establecimiento del doctor Han Fastolfe, Daneel Olivaw y Giskard Reventlov.

—¿Identificación, señor?

El número de serie de Giskard destacó con cifras levemente fosforescentes en el costado izquierdo de su pecho.

—Respondo por los otros dos, amigo —dijo Giskard.

El robot estudió el número un momento como si estuviera comparándolo con el archivo de sus bancos de memoria. Después asintió y dijo:

—Número de serie aceptado. Pueden pasar.

Daneel y Giskard avanzaron de inmediato, pero Baley lo hizo muy lentamente. Extendió un brazo hacia adelante, como para probar si sentía algún dolor.

—El campo está desconectado, compañero Elijah —le informó Daneel—. Volverá a conectarse cuando lo hayamos cruzado.

«Más vale prevenir que curar», pensó Baley. Continuó avanzando poco a poco hasta que se encontró bastante más allá de donde podía haber estado la barrera electrónica.

Los robots no mostraron el menor signo de impaciencia o de censura y aguardaron a que los temerosos pasos de Baley les alcanzaran.

Ya juntos, los tres se encaminaron a una rampa helicoidal que apenas permitía el paso de dos personas a la vez. El robot de recepción fue delante, solo; Baley y Daneel subieron tras él, uno al lado del otro (la mano de Daneel descansaba ligera, pero casi posesivamente, en el codo de Baley); por último, Giskard cerraba la marcha.

Baley advirtió que sus zapatos apuntaban hacia arriba de modo un tanto incómodo, y sintió vagamente que resultaría bastante fatigoso subir esa rampa tan empinada y tener que inclinarse hacia adelante para evitar un mal resbalón. Hubiera sido preferible que las suelas de sus zapatos, o bien el piso de la rampa (o ambos), tuvieran estrías para agarrarse bien al suelo. Sin embargo, ni unas ni otro las tenían.

—Señor Baley —dijo el robot que encabezaba el grupo, como si quisiera prevenirle de algo, y su mano apretó visiblemente el pasamanos del que estaba asida.

Al instante, la rampa se dividió en secciones que se doblaron unas sobre otras formando escalones. Inmediatamente después, la rampa entera empezó a subir de forma automática. Dio una vuelta completa pasando a través del techo, una parte del cual se había retirado para permitir el paso y, cuando la rampa dejó de ascender, se encontraron en lo que

(probablemente) era el segundo piso. Los escalones desaparecieron y los cuatro se apearon de la rampa.

Baley miró hacia atrás con expresión de curiosidad.

—Supongo que esa rampa también servirá para los que quieran bajar, pero ¿qué sucede si durante un rato son más los que quieren subir que quienes desean bajar? Al final, la rampa terminaría por quedarse medio kilómetro en el aire, o bajo el suelo, en el caso opuesto.

—Es una rampa doble. Ésta es la espiral de subida, y hay otra distinta de bajada —le informó Daneel en voz baja.

—Pero ¿cómo vuelve a descender la de subida? Porque ha de descender, ¿verdad?

—Se pliega en la parte superior, o en la inferior, según de cual se trate y, durante los períodos en que no se utiliza se desenrolla, por decirlo de alguna manera. Esta espiral de subida está descendiendo ahora.

Baley miró a su espalda. La pulida superficie de la rampa quizás estuviera bajando, pero no mostraba ninguna marca o irregularidad cuyo movimiento pudiera advertirse.

—¿Y si alguien quisiera utilizar la rampa cuando ésta ha subido hasta su tope máximo?

—Entonces hay que esperar a que se desenrolle, lo cual lleva menos de un minuto. También hay escaleras normales, compañero Elijah, y la mayoría de los auroranos no es reacia a utilizarlas. Los robots casi siempre usan las escaleras pero, dado que eres un visitante, han tenido la cortesía de ofrecerte la espiral.

Estaban recorriendo nuevamente un pasillo en dirección a una puerta más adornada que las demás.

—¿Así que están tratándome con cortesía? —dijo Baley—. Bien, es una señal esperanzadora.

Quizá fuera otra señal esperanzadora el que un aurorano apareciese en aquel instante por la puerta a la que se dirigía. Era un hombre alto, por lo menos ocho centímetros más que Daneel, quien ya sobrepasaba en unos cinco centímetros a Baley. El recién aparecido también era corpulento, un tanto pesado y tenía un rostro redondo, una nariz un poco bulbosa, cabello oscuro y rizado y la tez morena. Sus labios esbozaban una sonrisa.

Era una sonrisa realmente notable. Amplia y aparentemente nada forzada, mostraba unos dientes prominentes, blancos y bien formados.

—¡Ah, si es el señor Baley, el famoso detective de la Tierra que ha venido a nuestro pequeño planeta a demostrar que soy un terrible criminal! —exclamó el hombre—. Entre, entre. Bienvenido. Lamento que mi buen ayudante, el roboticista Maloon Cicis, le haya dado la impresión de que yo era inaccesible, pero es un hombre muy meticuloso y se preocupa más de mi tiempo que yo mismo.

Se hizo a un lado cuando Baley entró y le dio unos golpecitos en la espalda con la palma de la mano mientras pasaba ante él. A Baley le pareció un gesto amistoso como no los había experimentado todavía en Aurora.

Con precaución (pues no quería dar nada por supuesto), Baley murmuró:

—Supongo que es usted el maestro roboticista Kelden Amadiro.

—Exacto, exacto. El hombre que intenta destruir a Han Fastolfe como fuerza política en este planeta… aunque espero convencerle de que eso no me convierte realmente en un criminal. Después de todo, no intento demostrar que el criminal es el propio Fastolfe sólo por el estúpido acto de vandalismo que cometió en la estructura mental de su propia criatura, el pobre Jander. Digamos solamente que voy a demostrarle que el doctor Fastolfe está… equivocado.

Cuando la puerta se cerró, Amadiro hizo un gesto lleno de jovialidad señalando a Baley un sillón magníficamente tapizado, al tiempo que, con admirable economía, indicaba con la otra mano a Daneel y Giskard dos nichos en la pared.

Baley advirtió que Amadiro observaba con momentánea avidez a Daneel y que, en aquel preciso instante, su sonrisa desaparecía y en su rostro se formaba una expresión casi depredatoria. La transformación apenas duró unos instantes, y pronto volvió a sonreír como antes. Baley se preguntó si aquel momentáneo cambio de expresión no habría sido fruto de su propia imaginación.

—Dado que parece que vamos a tener un tiempo bastante desagradable, creo que será mejor prescindir de la poca luz natural con que estamos dudosamente bendecidos en el día de hoy.

Baley no pudo seguir exactamente los movimientos que Amadiro hizo en el panel de control que tenía en el escritorio, pero a consecuencia de ellos las ventanas se volvieron opacas y las paredes se iluminaron hasta bañar el despacho con una luminosidad semejante a la de un día soleado.

La sonrisa de Amadiro pareció ensancharse todavía más.

—En realidad, usted y yo no tenemos mucho de qué hablar, señor Baley. He tomado la precaución de ponerme en contacto con el señor Gremionis mientras usted venía hacia aquí. Y a la vista de lo que él me ha dicho, he decidido llamar también a la doctora Vasilia. Al parecer, señor Baley, les ha acusado a ambos, más o menos, de complicidad en la destrucción de Jander. Por otro lado, si le he comprendido bien, también me acusa a mí de ese hecho.

—Yo sólo les he hecho unas preguntas, doctor Amadiro. Igual que pienso hacer ahora.

—Sin duda, pero es usted terrícola y, por tanto, no tiene plena conciencia de la enormidad de sus actos. Por eso lamento de veras que, pese a ello, tenga que sufrir las consecuencias. Quizás esté enterado de que Gremionis me ha remitido un memorándum informándome de que ha intentado usted calumniarle.

—Me ha dicho que lo había hecho, pero creo que malinterpretó mi actitud. Yo no pretendía calumniarle.

Amadiro apretó los labios como si estuviera valorando las palabras de Baley.

—Me atrevería a decir que tiene usted razón desde su punto de vista, señor Baley, pero creo que no ha comprendido la definición aurorana de esa palabra. Me he visto obligado a enviar el memorándum de Gremionis al Presidente de la Asamblea Legislativa y, en consecuencia, es muy probable que se le ordene abandonar el planeta mañana por la mañana. Lo lamento mucho, por supuesto, pero me temo que su investigación está a punto de terminar.

14. OTRA VEZ AMADIRO

55

Baley quedó desconcertado. No sabía cómo tratar a Amadiro y no había esperado sentirse tan confundido. Gremionis había descrito a Amadiro como «un hombre reservado y con aires de superioridad» y, por lo que había dicho Cicis, Baley esperaba encontrarse frente a una persona autocrática. Sin embargo, en persona, Amadiro parecía jovial, extrovertido e incluso amistoso. Pero si había de hacer caso de sus palabras, Amadiro estaba moviendo tranquilamente sus hilos para poner fin a la investigación. Y lo estaba haciendo sin ningún remordimiento, pese a la sonrisa de conmiseración que aparecía en sus labios.

¿Qué era aquel hombre?

Baley dirigió automáticamente una mirada a los nichos donde estaban situados Giskard y Daneel. El primero, más primitivo, estaba inmóvil, sin expresión alguna en el rostro. Daneel, más avanzado, permanecía quieto y en silencio. Por lo que acababa de ver, era improbable que Daneel hubiese visto nunca a Amadiro en su corta existencia. Giskard, en cambio, con sus décadas de vida —¿cuántas debía de tener?— era muy posible que le conociera.

Baley apretó los labios como si pensara que debía haberle preguntado antes a Giskard qué tipo de persona era Amadiro. De haberlo hecho, ahora estaría en mejor situación para juzgar hasta qué punto la actitud presente del maestro roboticista era auténtica, y hasta qué punto era simulación hábilmente calculada.

Se preguntó por qué diablos no sabría utilizar de manera más inteligente los recursos de aquellos robots suyos. Se dijo incluso que Giskard bien hubiera podido informarle por iniciativa propia… pero no, aquello no era justo para el pobre robot. Giskard carecía claramente de capacidad para una actividad independiente de aquel tipo. Podía dar la información que se le pidiera, pensó Baley, pero era incapaz de facilitarla si no se le pedía.

Amadiro se percató del breve parpadeo de los ojos de Baley y dijo:

—Aquí estamos uno contra tres. Como puede ver, no tengo a ninguno de mis robots en el despacho, aunque si los llamo acudirán inmediatamente, lo reconozco. En cambio, usted tiene a dos de los robots de Fastolfe: el viejo Giskard, de toda confianza, y esa maravilla de diseño llamado Daneel.

—Veo que los conoce usted a ambos —comentó Baley.

—Sólo de oídas. En realidad, es la primera vez que los veo… iba a decir (¡imagínese: yo, un roboticista!) en carne y hueso. Es la primera vez que los veo físicamente, aunque a Daneel ya lo había visto interpretado por un actor en ese programa de hiperondas.

—Parece que todo el mundo, en todos los planetas, ha visto ese programa —murmuró Baley con aire sombrío—. Eso me hace difícil la vida como persona real y limitada.

—Conmigo, no —contestó Amadiro, ensanchando aún más su sonrisa —. Le aseguro que no tomé en serio esa teatralización. En todo momento le consideré a usted una persona limitada en la vida real. Y así es, o de lo contrario no se habría lanzado tan alegremente a acusar a alguien en nuestro planeta sin tener pruebas.

—Doctor Amadiro —replicó Baley—, le aseguro que no he hecho ninguna acusación formal. Me he limitado a seguir una investigación y a considerar las diversas posibilidades.

—No me interprete mal —le cortó Amadiro con súbita impaciencia—. No le culpo. Estoy seguro de que su comportamiento es perfecto según las normas de la Tierra. Lo que sucede es que aquí tiene que regirse por las normas de Aurora, y aquí valoramos la buena fama de las personas con una intensidad increíble.

—De ser así, doctor Amadiro, ¿no cabe decir que usted y otros globalistas han estado calumniando al doctor Fastolfe con meras sospechas,

y en un grado mucho mayor que cualquier pequeño error que yo haya podido cometer?

—Es muy cierto —reconoció Amadiro—, pero yo soy un aurorano prominente y tengo cierta influencia, mientras que usted es un terrícola y carece de toda influencia. Admito que es injusto y lo lamento, pero así es como son los mundos; ¿qué podemos hacerle? Además, la acusación contra Fastolfe podía ser mantenida en pie (y, de hecho, lo será), y una calumnia no es tal si se trata de la verdad. Su error, señor Baley, ha sido hacer acusaciones que, sencillamente, no pueden demostrarse. Estoy seguro de que reconocerá que ni el señor Gremionis ni la doctora Vasilia Aliena, ni ambos en colaboración, podrían haber desactivado al pobre Jander.

—Yo no he acusado formalmente a ninguno de los dos.

—Quizá no, pero en Aurora uno no puede escudarse tras la palabra «formalmente». Es una pena que el doctor Fastolfe no se lo advirtiera cuando le hizo venir para encargarse de esta investigación, que ya puede darse por malograda.

Baley notó que las comisuras de sus labios se apretaban al pensar que, realmente, el doctor Fastolfe hubiera tenido que advertírselo.

—¿Se me permitirá alegar algo, o ya está todo decidido? —preguntó.

—Naturalmente, se le concederá una audiencia antes de ser condenado. Aquí en Aurora no somos unos bárbaros. El Presidente estudiará el informe que le he enviado, junto con mis sugerencias al respecto. Probablemente, consultará a continuación con el doctor Fastolfe como parte afectada, y luego decidirá que los tres nos reunamos con él, quizá mañana mismo. Entonces, o posteriormente, se adoptará una resolución que deberá ser ratificada por la Asamblea Legislativa en pleno. Se seguirán todos los procedimientos legales, se lo aseguro.

—Los procedimiento legales sí, no lo dudo, pero ¿y si el Presidente ya ha tomado una decisión? ¿Y si nada de cuanto yo pueda decir sirve para nada porque la Asamblea Legislativa se limita a ratificar una decisión ya tomada con anterioridad? ¿Es eso posible?

Amadiro no sonrió precisamente al oír las palabras de Baley, pero pareció ligeramente divertido.

—Es usted un hombre realista, señor Baley, y eso me alegra. Las personas que creen en la justicia suelen llevarse muchas decepciones, y casi siempre son personas tan encantadoras que a uno le disgusta ver que eso sucede.

Amadiro fijó otra vez su mirada en Daneel.

—Un trabajo admirable, ese robot humaniforme. Resulta asombroso lo bien que ha guardado sus secretos el viejo Fastolfe. Y es una vergüenza la perdida de Jander. En este punto, lo de Fastolfe es imperdonable.

—El doctor Fastolfe niega haber tenido nada que ver en ese asunto.

—Sí, señor Baley, es lógico. ¿Acaso le ha dicho él que yo estaba implicado? ¿O esa presunción es una idea exclusivamente de usted?

—Yo no he dicho en ningún momento algo semejante. Lo único que deseo es hacerle algunas preguntas al respecto. En cuanto al doctor Fastolfe, no piense que podrá acusarle de calumnias. El doctor está absolutamente convencido de que usted no ha tenido nada que ver con lo sucedido a Jander, pues tiene la certeza de que carece usted de los conocimientos y de la capacidad necesarios para desactivar un robot humaniforme.

Si Baley esperaba que se produjera alguna reacción ante sus palabras, se equivocó de medio a medio. Amadiro las aceptó sin perder el humor y contestó:

—En eso tiene razón, señor Baley. No encontrará tal capacidad en ningún otro roboticista, vivo o muerto, salvo el propio Fastolfe. ¿No es eso lo que dice nuestro modesto maestro de maestros?

—En efecto.

—Entonces, ¿cuál es su explicación a lo sucedido a Jander?

—Él afirma que fue un fallo accidental. Una pura coincidencia.

—¿Y ha calculado las probabilidades de un fallo accidental semejante? —preguntó Amadiro con una carcajada.

—Sí, maestro roboticista. Incluso la probabilidad más remota podría producirse, sobre todo si ocurriesen ciertos incidentes que hacen aumentar las probabilidades.

—¿Qué incidentes?

—Eso es precisamente lo que intento averiguar. Dado que ya ha dispuesto usted que me expulsen del planeta, ¿pretende ahora evitar que le

interrogue, o me permite continuar la investigación hasta el momento en que mi actividad se dé legalmente por terminada? Antes de responder, señor Amadiro, le ruego que tenga en cuenta que la investigación todavía no ha finalizado legalmente y que en la audiencia que tenga lugar en el futuro, sea mañana o más tarde, le acusaré de haberse negado a responder a mis preguntas si insiste en dar por finalizada ahora esta entrevista. Quizás esto pueda influir en la decisión del Presidente.

—No lo crea, mi querido señor Baley. No piense que puede perjudicarme o molestarme en lo más mínimo. Sin embargo, accedo a que me interrogue cuanto quiera. Cooperaré plenamente con usted, aunque sólo sea para disfrutar del espectáculo de ver al bueno de Fastolfe intentando inútilmente desligarse de su desafortunada hazaña. No me considere especialmente vengativo, señor Baley, pero el hecho de que Jander fuera una creación del propio Fastolfe no le daba derecho a destruirlo.

—Todavía no ha quedado demostrado legalmente que fuera él quien lo hizo, así que la frase que acaba usted de pronunciar es, al menos presuntamente, una difamación. Por tanto, dejemos esto a un lado y pasemos a las preguntas. Necesito información. Voy a hacerle preguntas concretas y directas y, si me contesta del mismo modo, terminaremos en seguida.

—No, señor Baley. No será usted quien establezca las condiciones para este interrogatorio —replicó Amadiro—. Supongo que uno o ambos robots estará equipado para grabar completamente nuestra conversación, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Estoy seguro de que así es. Yo también tengo mi aparato grabador en funcionamiento. No piense usted, señor Baley, que podrá conseguir de mí una sola palabra en favor de Fastolfe sometiéndome a una serie de preguntas y respuestas breves. Responderé como me parezca y me aseguraré de que no quepan malas interpretaciones, y para eso me servirá de ayuda el aparato grabador.

Por primera vez, Baley intuyó bajo la actitud campechana de Amadiro su verdadera naturaleza de lobo.

—Muy bien, pues. Pero si sus respuestas son deliberadamente largas y evasivas, también eso quedará expuesto en la grabación.

—Evidentemente.

—Una vez puesto eso en claro, y para empezar, ¿podría darme un vaso de agua?

—Desde luego. Giskard, ¿quieres servir al señor Baley?

Giskard saltó al instante de su nicho. Se oyó el inevitable tintineo del hielo en el mueble bar situado en un rincón del despacho, y a los pocos instantes Baley tenía delante un gran vaso de agua.

—Gracias, Giskard —dijo Baley. Aguardó a que el robot se colocase de nuevo en su nicho y prosiguió:

—Doctor Amadiro, ¿acierto si le considero a usted director del Instituto de Robótica?

—Efectivamente, lo soy.

—¿Y fundador del centro?

—Así es. Ya ve, respondo breve y directamente.

—¿Cuánto tiempo lleva existiendo el Instituto?

—Como idea, varias décadas. Llevo al menos quince años reuniendo personal especializado. El permiso de la Asamblea Legislativa para formar el Instituto me fue concedido hace doce años. La construcción del edificio se inició hace nueve, y el trabajo científico hace seis. En su forma actual, al ciento por ciento de utilización, llevamos dos años y existen planes para una futura expansión, todavía sin fechas decididas. Verá que esta respuesta ha sido más larga, pero razonablemente concisa.

—¿Por qué creyó necesaria la fundación del Instituto?

—Vaya, señor Baley. Supongo que no esperará que conteste a eso con cuatro palabras.

—Conteste como prefiera, señor.

En aquel instante, un robot entró con una bandeja de pequeños emparedados y de pastas todavía más pequeñas; Baley no reconoció nada de ello. Probó un emparedado y lo encontró crujiente y no exactamente desagradable, pero lo bastante extraño para que le costase cierto esfuerzo terminarlo. Lo hizo bajar con el agua que le quedaba en el vaso.

Amadiro le observó con una especie de ligera diversión y dijo:

—Debe comprender usted, señor Baley, que los auroranos somos gente poco común. Lo son todos los espaciales en general, pero ahora me refiero

en particular a los auroranos. Aunque descendemos de terrícolas, algo que la mayoría de nosotros prefiere no recordar, somos autoseleccionados.

—¿Qué significa eso, señor?

—Los terrícolas han vivido durante mucho tiempo en un planeta cada vez más poblado, y se han agrupado en ciudades todavía más pobladas, que finalmente se han convertido en las colmenas y hormigueros que ustedes llaman Ciudades con mayúscula. ¿Qué clase de terrícola, entonces, dejaría la Tierra para ir a otros mundos vacíos y hostiles y construir allí nuevas sociedades partiendo de la nada, sociedades de las que no podrían disfrutar por completo mientras vivieran, pues, por poner un ejemplo, los árboles qué plantaran todavía serían pimpollos cuando ellos murieran?

—Sería gente bastante poco común, supongo.

—Absolutamente poco común. En concreto, gente que no dependiera de la presencia de multitudes de congéneres hasta el punto de verse incapaz de afrontar la soledad. Gente que incluso prefiriera ésta, que le gustara trabajar sola y afrontar los problemas únicamente con sus fuerzas, en lugar de confundirse entre la multitud y repartir las cargas de tal modo que su aportación individual sea prácticamente nula. Serían individualistas, señor Baley. Individualistas.

—Le entiendo.

—Y nuestra sociedad se basa en eso. Todos los ámbitos en que se han desarrollado los mundos espaciales hacen hincapié en la capacidad individual. En Aurora somos orgullosamente humanos, en lugar de ser meros borregos como los terrícolas… Entiéndame, señor Baley, no utilizo la metáfora para ridiculizar a la Tierra. Se trata simplemente de una sociedad distinta por la que no siento ninguna admiración, pero que ustedes, supongo, encuentran confortable e ideal.

—¿Qué tiene todo eso que ver con la fundación del Instituto, doctor Amadiro?

—Pues bien —continuó éste—, hasta el orgulloso y sano individualismo tiene sus limitaciones. Las mentes más preclaras, aunque pasen siglos trabajando por su cuenta, no pueden progresar rápidamente si se niegan a comunicar sus descubrimientos. Un punto concreto de una investigación puede detener los progresos de un científico durante un siglo, cuando quizás

un colega suyo ha dado ya con la solución sin darse cuenta siquiera del problema que podría resolverse con ella. El Instituto es un intento, en el limitado campo de la Robótica al menos, de introducir una cierta comunidad de pensamiento.

—¿Es posible que ese punto concreto de la investigación a que se refiere sea la construcción de un robot humaniforme?

Amadiro parpadeó antes de responder.

—Sí, es evidente, ¿verdad? Hace ya veintiséis años que el nuevo sistema matemático de Fastolfe, que él denomina «análisis interseccional», hizo posible el diseño de robots humaniformes. Sin embargo, Fastolfe guardó en secreto su sistema. Años después, cuando se hubieron resuelto todos los detalles y dificultades técnicas, él y el doctor Sarton aplicaron la teoría al diseño de Daneel. Después, Fastolfe completó él solo a Jander. Sin embargo, todos los detalles al respecto se mantuvieron también en secreto.

»La mayoría de roboticistas se encogió de hombros y lo consideró natural. Lo único que podían hacer era intentar, individualmente, descubrir los detalles por sí solos. Yo, por el contrario, pensé en la posibilidad de un Instituto en el que los esfuerzos individuales pudieran mancomunarse. No resultó fácil convencer a los roboticistas de la utilidad del plan, ni persuadir a la Asamblea Legislativa de que concediera fondos para el mismo ante la gran oposición de Fastolfe, ni perseverar a lo largo de años de esfuerzo, pero aquí estamos.

—¿Por qué se oponía el doctor Fastolfe? —preguntó Baley.

—Para empezar, por mero egoísmo. No es que considere eso un delito, compréndame. Todos tenemos un sentimiento egoísta muy natural, pues forma parte del individualismo. Lo malo es que Fastolfe se cree el mayor roboticista de la historia y considera al robot humaniforme como un logro propio, individual, que no desea ver reproducido por un grupo de roboticistas que, en comparación con él, no son brillantes individualmente. Imagino que consideraba el proyecto como una conspiración de mediocres para diluir y restar importancia a su gran logro personal.

—Cuando ha mencionado el egoísmo, ha dicho «para empezar». Eso significa que existen otros motivos. ¿Cuáles son?

—También se opone a la utilización que proyectamos dar a los robots humaniformes.

—¿Qué utilización es ésa, doctor Amadiro?

—Vamos, vamos, no sea tan ingenuo, señor Baley. Seguramente, el doctor Fastolfe le habrá hablado de los planes globalistas para la colonización de la galaxia, ¿verdad?

—En efecto, lo ha mencionado. Por cierto que también la doctora Vasilia me ha explicado las dificultades del avance científico entre los individualistas, pero eso no significa que no desee escuchar su opinión sobre el tema, doctor Amadiro. Es más, debería usted exponerla. Por ejemplo, ¿prefiere verme aceptar la interpretación del doctor Fastolfe acerca de los planes globalistas como imparcial y ponderada, y que así conste en la grabación, o considera más conveniente explicarme sus proyectos con sus propias palabras?

—Expresado de ese modo, señor Baley, no parece dejarme elección.

—Ésa es mi intención, doctor Amadiro.

—Muy bien. Yo, o debería decir nosotros, pues los miembros del Instituto compartimos la misma opinión en este punto, tenemos la mirada puesta en el futuro y deseamos ver a la humanidad colonizar más y más nuevos planetas. Sin embargo, no deseamos que el proceso de autoselección destruya los planetas antiguos o los reduzca a un estado moribundo, como es el caso, perdóneme, de la Tierra. No queremos que los nuevos planetas se lleven a los mejores hombres y nos dejen con los menos útiles. Lo entiende usted, ¿verdad?

—Siga, por favor.

—En toda sociedad robotizada, como es la nuestra, la solución más sencilla es enviar robots como colonizadores. Los robots construirán la sociedad y el nuevo mundo de modo que después podamos seguirles sin efectuar selecciones previas, pues ese nuevo mundo será tan cómodo y tan adaptado a nosotros como el antiguo. Será, por decirlo así, como cambiar de mundo sin salir de casa.

—¿Y no es posible que los robots creen mundos para robots, en lugar de mundos para humanos?

—Exacto, eso es lo que puede suceder si enviamos robots que no sean más que robots. Sin embargo, tenemos la posibilidad de enviar robots humaniformes como Daneel que, al crear mundos para ellos mismos, los estarán creando automáticamente para nosotros. El doctor Fastolfe, en cambio, se opone a ello. Considera positiva la idea de que los seres humanos tengan que transformar con sus manos un planeta extraño y hostil en un nuevo mundo, y no tiene en cuenta que el esfuerzo para conseguirlo no sólo representaría un enorme costo en vidas humanas, sino que también tendría por resultado un mundo moldeado por acontecimientos catastróficos, que no se parecería en nada a los mundos que conocemos.

—¿Igual que los mundos espaciales son hoy día diferentes de la Tierra y distintos entre sí?

Amadiro perdió por un instante su aire de jovialidad y pareció pensativo.

—Verdaderamente, señor Baley, acaba de tocar un punto muy importante. Sólo estoy hablando de Aurora. Los mundos espaciales difieren, es cierto, unos de otros, y yo no soy muy partidario de muchos de ellos. Para mí es evidente, aunque puede que no sea del todo imparcial, que Aurora, el más antiguo de los mundos espaciales, es también el mejor y el de más éxito. No deseo un montón de nuevos mundos entre los cuales sólo unos pocos sean realmente valiosos. Yo quiero muchas Auroras, millones de Auroras, y por eso deseo esculpir los nuevos mundos según el modelo de Aurora antes de que los seres humanos lleguen a ellos. Ésa es, precisamente, la razón de que nos denominemos «globalistas». Nosotros nos ocupamos de este «globo» nuestro, Aurora, y de ningún otro.

—¿No da usted valor a la variedad, doctor Amadiro?

—Si la variedad representara ventajas similares, quizá merecería la pena, pero si unos mundos, o la mayoría de ellos, quedaran en condiciones inferiores, ¿beneficiaría eso a la humanidad?

—¿Cuándo piensan emprender esta tarea de colonización?

—Cuando tengamos los robots humaniformes con que ponernos a trabajar. Hasta ahora, existían los dos del doctor Fastolfe, uno de los cuales ha sido destruido por él, dejando a Daneel como espécimen único —sus ojos miraron por un instante a Daneel mientras hablaba.

—¿Cuándo podrán tener robots humaniformes?

—Es difícil responder a eso. Todavía no hemos alcanzado el nivel del doctor Fastolfe.

—¿Pese a que él trabaja solo y ustedes son muchos, doctor Amadiro?

El maestro roboticista movió ligeramente los hombros.

—No malgaste su sarcasmo, señor Baley. Fastolfe nos llevaba mucha ventaja desde un principio y, aunque el embrión del Instituto existe desde hace mucho tiempo, sólo llevamos dos años trabajando a pleno rendimiento. Además, precisamos no sólo ponernos a la altura de Fastolfe, sino superarle. Daneel es un buen producto, pero no es más que un prototipo y debe ser perfeccionado.

—¿En qué aspectos deben mejorarse los robots humaniformes?

—Tienen que ser más humanos aún, evidentemente. Debe haberlos de ambos sexos y debe existir el equivalente a los niños. Hemos de tener diversas generaciones si queremos construir una sociedad suficientemente humana en esos planetas.

—Creo apreciar algunas dificultades, doctor Amadiro.

—No lo dudo, pues hay muchas. ¿Qué dificultades prevé usted, señor Baley?

—Si produce robots tan humaniformes que sean capaces de reproducir una sociedad humana, y si son producidos con un abanico generacional en ambos sexos, ¿cómo podrá distinguirlos de los seres humanos?

—¿Importará mucho eso?

—Quizá. Si tales robots son demasiado humanos, pueden mezclarse en la sociedad aurorana y convertirse en parte integrante de los grupos familiares humanos. Eso puede hacerles inadecuados para servir como pioneros.

—Es evidente que esa idea se le ha ocurrido a usted a la vista de la relación de Gladia Delmarre con Jander —dijo Amadiro con una carcajada —. Ya ve, estoy informado de algunas cosas de su entrevista con esa mujer gracias a mis conversaciones con Gremionis y con la doctora Vasilia. Le recuerdo que Gladia es de Solaria y que su idea de lo que es un marido no es necesariamente aurorana.

—No pensaba en ella en particular. Pensaba que en Aurora la cuestión sexual se interpreta de manera muy abierta, y que los robots son tolerados como compañeros sexuales incluso en la actualidad, cuando son sólo aproximadamente humaniformes. Si de verdad llega un día en que no puede diferenciarse un robot de un ser humano…

—Está la cuestión de la descendencia. Los robots no pueden ser padres ni madres.

—Eso nos lleva a otra cuestión. Los robots tendrán una vida muy prolongada, ya que la construcción adecuada de la sociedad puede llevar siglos.

—Tendrán que ser longevos en todo caso, si han de parecerse a los auroranos.

—¿Y los niños? ¿También serán longevos?

Amadiro no respondió. Baley prosiguió:

—Serán niños robots artificiales que no se harán nunca mayores, que nunca alcanzarán la madurez. Seguramente, eso creará un elemento suficientemente no humano para poner en duda la naturaleza de la sociedad.

—Es usted perspicaz —suspiró Amadiro—. De hecho, tenemos intención de diseñar algún sistema por el cual los robots puedan producir bebés que, de algún modo, crezcan y maduren… Al menos, lo suficiente para establecer la sociedad que deseamos.

—Y después, cuando lleguen los seres humanos, podrán retocarse los robots para introducir esquemas de conducta más robóticos.

—Puede ser… Parece aconsejable.

—¿Y esa producción de bebés? Evidentemente, lo mejor sería que el sistema utilizado fuera lo más parecido posible al humano, ¿no le parece?

—Es posible.

—¿Acto sexual, fecundación, parto?

—Es posible.

—Y si estos robots forman una sociedad tan humana que no pueden distinguirse de los humanos, ¿no podría suceder que, cuando llegaran los verdaderos seres humanos, los robots se mostraran disconformes con los inmigrantes e intentaran impedir su asentamiento? ¿No sería posible que los

robots reaccionaran ante los auroranos igual que ustedes lo hacen ante los terrícolas?

—Señor Baley, los robots todavía estarán sometidos a las Tres Leyes de la robótica.

—Las Tres Leyes hablan de no causar daño a los seres humanos y de obedecerles.

—Exactamente.

—¿Y si esos robots tan parecidos a los seres humanos se consideran a sí mismos como tales seres humanos a los que hay que proteger y obedecer? Podrían perfectamente considerarse por encima de los inmigrantes…

—Mi buen señor Baley, ¿por qué le preocupan tanto todas esas cosas? Estamos hablando de un futuro muy lejano. Conforme progresemos en el tiempo y comprendamos, mediante la observación, cuáles son realmente los problemas, iremos encontrándoles solución.

—Puede, doctor Amadiro, que los auroranos no aprueben sus proyectos una vez comprendan de qué se trata. Quizá se inclinen por las opiniones del doctor Fastolfe.

—¿De veras? Fastolfe opina que, si los auroranos no pueden colonizar nuevos planetas directamente y sin ayuda de robots, quizá pueda estimularse a la gente de la Tierra a que lo haga.

—Me parece que eso tiene bastante sentido —afirmó Baley.

—¡Porque es usted terrícola, mi buen Baley! Le aseguro que a los auroranos no les hará ninguna gracia que los terrícolas conviertan otros mundos en hormigueros, construyan nuevas colmenas humanas y formen alguna especie de imperio galáctico de billones y billones de personas… ¿reduciendo los mundos espaciales a qué? A la insignificancia, por lo menos, si no a la extinción total.

—Pero la alternativa a eso son los mundos de robots humaniformes que construirían sus sociedades casi humanas sin permitir que hubiera ningún ser humano de verdad entre ellos. Gradualmente, esos robots desarrollarían un imperio galáctico de robots, reduciendo los mundos espaciales a la insignificancia, por lo menos, si no a la extinción total. Seguramente, los auroranos preferirían un imperio galáctico humano a uno robótico.

—¿Qué le hace estar tan seguro de ello, señor Baley?

—La forma que adopta actualmente su sociedad. Cuando venía hacia Aurora, alguien me dijo que en este planeta no había diferencias entre robots y seres humanos, pero evidentemente eso no es cierto. Quizá sea un anhelo ideal que los auroranos creen haber alcanzado, pero se equivocan.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí, dos días quizá? ¿Y ya es usted capaz de afirmarlo?

—Sí, doctor Amadiro. Quizá precisamente por ser extranjero pueda apreciarlo con más claridad, pues no me ciegan las costumbres o los ideales. A los robots no se les permite el acceso a los Personales, y ésa es una clara distinción. Ello permite a los humanos encontrar un lugar donde sólo pueden estar los de su especie. Por otro lado, usted y yo estamos aquí sentados cómodamente, mientras que los robots permanecen de pie en sus nichos, como puede apreciar —Baley hizo un gesto con la mano en dirección a Daneel—, y eso constituye otra diferencia. Creo que los seres humanos, incluso los auroranos, siempre se inclinarán a establecer diferencias y a preservar su propia esencia humana.

—Asombroso, señor Baley.

—En absoluto, doctor Amadiro. Ha perdido usted. Incluso si logra imponer entre la mayoría de los auroranos su opinión de que el doctor Fastolfe destruyó a Jander, incluso si logra que la Asamblea Legislativa y el pueblo de Aurora aprueben su proyecto de colonización mediante robots, no habrá conseguido más que ganar tiempo. En cuanto los auroranos comprendan lo que el proyecto representa, se volverán contra usted. Así pues, sería mejor que pusiera término a esa campaña contra el doctor Fastolfe y se reuniera con él para elaborar algún acuerdo por el que la colonización de nuevos mundos por parte de los terrícolas se lleve a cabo de modo que no represente una amenaza para Aurora ni para los mundos espaciales en general.

—Asombroso, señor Baley —dijo Amadiro por segunda vez.

—No tiene otra opción —añadió Baley con voz neutra. Sin embargo, Amadiro replicó con aire divertido y pausado:

—Cuando digo que sus observaciones son asombrosas, no me refiero al contenido de las mismas, sino al mero hecho de que las formule, y de que realmente crea que tienen algún valor.

Amadiro alargó la mano, cogió la última pasta de la bandeja y se llevó la mitad a la boca, disfrutando visiblemente de ella bajo la mirada de Baley.

—Excelente —dijo Amadiro—, pero creo que me gusta demasiado comer. ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! Señor Baley, ¿cree que ha descubierto usted algún secreto? ¿Que me ha dicho algo que no se supiera ya en nuestro mundo? ¿De verdad cree que mis planes son un peligro, pero que los divulgo al primero que se presenta? Imagino que estará usted pensando que, si hablo el tiempo suficiente, acabaré cometiendo algún desliz y podrá usted sacar provecho de ello. Tenga la seguridad de que no es probable que eso ocurra. Mis proyectos de robots todavía más humanos, de familias de robots y de una cultura lo más humana posible para ellos ya están expuestos públicamente. La Asamblea Legislativa tiene acceso a ellos, y también están al alcance de todo el que se interese por ellos.

—¿El público en general los conoce?

—Probablemente no. El público en general tiene sus prioridades y le interesa más su siguiente comida, el próximo programa de hiperondas o el próximo campeonato de fútbol espacial que el siglo o el milenio que viene. Sin embargo, esta misma gente aceptará de buen grado mis planes, igual que los círculos intelectuales que ya los conocen. Los que se opongan a ellos no serán lo bastante numerosos para ser tenidos en cuenta.

—¿Está seguro?

—Absolutamente. Usted no comprende, me temo, la intensidad de los sentimientos que tienen los auroranos, y los espaciales en general, hacia los terrícolas. Yo no comparto tales sentimientos y, por ejemplo, me siento muy tranquilo junto a usted. No tengo ese primitivo temor a infectarme, ni me imagino que huele usted mal, ni le atribuyo todo tipo de rasgos de personalidad que pueda encontrar ofensivos, ni pienso que usted y los suyos estén tramando acabar con nuestras vidas o despojarnos de nuestras propiedades. Sin embargo, la gran mayoría de los auroranos mantienen dichas actitudes. Quizá no resulten muy visibles y, por otro lado, los auroranos pueden portarse con gran corrección con los terrícolas individuales que tengan aspecto inofensivo, pero sométalos a una prueba y

verá cómo aflora todo su odio y su suspicacia. Dígales que los terrícolas intentan reproducir su planeta en otros nuevos mundos, y verá cómo reclaman sus derechos sobre la galaxia y cómo claman por la destrucción de la Tierra antes de que algo así llegue a producirse.

—¿Incluso si la alternativa es una sociedad de robots?

—Desde luego. Usted no comprende tampoco lo que sentimos por los robots. Aquí estamos familiarizados con ellos, nos sentimos totalmente cómodos con su presencia.

—No. Los robots son sus criados. Ustedes se consideran superiores a ellos y sólo se sienten cómodos con ellos en tanto se mantenga esa superioridad. Si se sintieran amenazados por una inversión de los papeles, si ellos se convirtieran en superiores a los auroranos, se produciría una reacción de horror.

—Usted lo cree así sólo porque ésa sería la reacción de los terrícolas.

—No —replicó Baley—. Ustedes les impiden la entrada en los Personales. Es una muestra.

—Los robots no tienen por qué utilizar el Personal. Tienen sus propias instalaciones para asearse, y no excretan. Es lógico, pues no son realmente humaniformes. Si lo fueran, probablemente no existiría esa distinción.

—Entonces les temerían.

—¿De verdad? —exclamó Amadiro—. Eso es una tontería. ¿Teme usted a Daneel? Si hiciéramos caso de ese programa de hiperondas, y reconozco que no creo que yo pueda, usted llegó a sentir un considerable afecto por Daneel. Y sigue sintiéndolo, ¿no es cierto?

El silencio de Baley resultó muy elocuente y Amadiro se aprovechó de su ventaja.

—Ahora mismo —prosiguió—, no siente ninguna emoción ante el hecho de que Giskard esté ahí en pie, silencioso e insensible en su nicho; en cambio, puedo reconocer por pequeños ejemplos de lenguaje corporal que le incomoda que Daneel esté en igual situación. Usted considera que su aspecto es demasiado humano para tratarle como a un robot. Y no le teme usted más porque su aspecto sea humano.

—Yo soy terrícola —repuso Baley—. En la Tierra tenemos robots, pero no una cultura robótica. No puede usted juzgar por mi caso.

—Y Gladia, que prefería a Jander a los seres humanos…

—Gladia es de Solaria. Tampoco puede juzgar por su caso.

—Entonces, ¿por qué caso se puede juzgar? Lo que usted dice no son más que suposiciones. A mí me parece evidente que si un robot es suficientemente humano, será aceptado como humano. ¿Exige usted pruebas de que no soy un robot? No, el hecho de que mi aspecto sea humano le basta. Al final, no va a preocuparnos si un nuevo mundo es colonizado por auroranos que sean humanos de verdad o sólo de aspecto, si nadie puede notar la diferencia. Humanos o robots, lo importante será que los colonos sean auroranos, no terrícolas.

Baley titubeó, y respondió con aire no muy convencido:

—¿Y si no aprende nunca a construir robots humaniformes?

—¿Por qué habría que pensar que no lo lograremos? Observe que hablo en plural, pues en el Instituto somos muchos los que trabajamos en ello.

—Puede que la suma de muchas mediocridades no den como resultado un genio.

—No somos mediocridades —replicó Amadiro en tono cortante—. Hasta Fastolfe consideraría provechoso unirse a nosotros.

—No lo creo.

—Yo, sí. A Fastolfe no le gustará perder su poder en la Asamblea Legislativa y, cuando nuestros proyectos de colonización de la galaxia sean aprobados y comprenda que su oposición no nos detendrá, se unirá a nosotros. Será una postura muy humana por su parte.

—No creo que se salga usted con la suya —dijo Baley.

—Lo dice porque piensa que, de alguna manera, esta investigación conseguirá exonerar de sus acusaciones a Fastolfe e implicarme a mí, quizá, o a otros.

—Puede ser —contestó Baley, desesperadamente. Amadiro movió la cabeza en gesto de negativa.

—Amigo mío, si yo creyera que tiene alguna posibilidad de echar por tierra mis planes, ¿seguiría aquí sentado tranquilamente, esperando la destrucción?

—Usted no está tranquilo. Está haciendo todo lo posible para abortar esta investigación. ¿Por qué iba a hacerlo si tuviera plena confianza en que

nada de cuanto pueda averiguar le perjudicará?

—Bueno —contestó Amadiro—, hay algo en lo que si puede perjudicarme: desmoralizando a algunos de los miembros del Instituto. No es usted peligroso, pero puede ser molesto, y no deseo que llegue a serlo. Por eso, si puedo, pondré fin a esa posibilidad, aunque lo haré de un modo razonable, con suavidad. Si le considerara realmente peligroso…

—¿Qué haría en ese caso, doctor Amadiro?

—Le haría detener y encarcelar hasta que se le expulsara de Aurora. No creo que los auroranos en general se preocuparan excesivamente de lo que yo pudiera hacer a un terrícola.

—Está usted intentando intimidarme, pero no lo conseguirá —replicó Baley—. Sabe perfectamente que no puede ponerme la mano encima mientras mis robots estén aquí.

—¿No se le ha ocurrido pensar que puedo hacer acudir inmediatamente un centenar de robots? ¿Qué podrían hacer los suyos contra ellos?

—Ni esos cien podrían hacerme daño, pues no distinguen entre terrícolas y auroranos y, en lo que respecta a las Tres Leyes, soy perfectamente humano.

—Podrían inmovilizarle por completo, sin hacerle daño, mientras sus robots eran destruidos.

—De ningún modo —insistió Baley—. Giskard puede oírle y, si intenta llamar a los robots, será Giskard quien le inmovilice a usted. Puede moverse con gran rapidez y, si ocurre eso, todos sus robots serán inútiles aunque consiga llamarles, pues comprenderán que cualquier movimiento contra mi representará un daño para usted.

—¿Quiere decir que Giskard me haría daño?

—¿Para evitar que lo sufriera yo? Puede estar seguro. Podría hasta matarle, si fuera absolutamente necesario.

—Estoy seguro de que no lo dice en serio.

—Claro que sí —prosiguió Baley—. Daneel y Giskard tienen orden de protegerme. La Primera Ley ha sido reforzada con toda la habilidad que posee el doctor Fastolfe, y para protegerme a mí, específicamente. Nadie me lo ha dicho con tantas palabras, pero estoy seguro de que es así. Si mis robots tienen que optar entre hacerle daño a usted o hacérmelo a mí, pese a

ser terrícola, es fácil que decidan dañarle a usted. E imagino que será consciente de que el doctor Fastolfe no anhela precisamente asegurar el bienestar de usted.

Amadiro emitió una risilla y una sonrisa surcó su rostro.

—Estoy seguro de que tiene razón en lo que dice, señor Baley, pero me alegro de que lo haya dicho. Ya sabe, señor mío, que yo también estoy grabando esta conversación. Se lo he dicho al principio, y me alegro. Es posible que el doctor Fastolfe borre la última parte de nuestro diálogo, pero le aseguro que yo no lo haré. Por sus palabras resulta evidente que Fastolfe está absolutamente dispuesto a idear un modo de causarme daño o incluso de matarme por medios robóticos, mientras que nada en esta conversación, ni en ninguna otra, indica que yo proyecte hacerle el menor daño a él, o incluso a usted. ¿Quién de nosotros es el malo, señor Baley? Creo que eso ya ha quedado claro y, por tanto, considero que es un buen momento para terminar la entrevista.

Se puso en pie, todavía sonriente, y Baley le imitó casi automáticamente, al tiempo que tragaba saliva.

—Todavía tengo una cosa más que decirle —añadió Amadiro—. No tiene nada que ver con la pequeña discusión entre Fastolfe y yo, aquí en Aurora. Más bien está relacionado con su propio problema, señor Baley.

—¿Mi problema?

—Quizá debería decir el problema de la Tierra. Imagino que se siente usted muy inquieto por salvar al pobre Fastolfe de su propia estupidez, porque cree que ello le daría a su planeta una posibilidad de expandirse. No lo crea, señor Baley. Está usted muy equivocado.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Baley.

—Mire usted: cuando mis opiniones se impongan en la Asamblea Legislativa (y fíjese que digo «cuando» y no «si»), admito que se obligará a la Tierra a no salir de su propio sistema planetario, pero en realidad eso les beneficiará. Aurora tendrá la perspectiva de expandirse y establecer un imperio sin límites. Si entonces sabemos que la Tierra no es más que la Tierra y que nunca será nada más, ¿por qué habremos de preocuparnos de ella? Teniendo la galaxia a nuestra disposición, no envidiaremos su único mundo a los terrícolas. Incluso puede que estemos dispuestos a convertir la

Tierra en un mundo tan cómodo para sus habitantes como resulte conveniente.

»Por el contrario, señor Baley, si los auroranos hacen lo que propone Fastolfe y se permite a la Tierra enviar colonizadores, no pasará mucho tiempo antes de que muchos de nosotros advirtamos que la Tierra se adueñará de la galaxia y nos dejará rodeados y cercados, condenados a la decadencia y la extinción. Y si llega ese momento, no habrá nada que yo pueda hacer. Mis sentimientos personales hacia los terrícolas no podrán evitar que se extiendan por Aurora las suspicacias y los prejuicios, y eso sería realmente muy malo para la Tierra.

»Por eso, señor Baley, si de verdad está usted inquieto por su gente, debería preocuparse de que Fastolfe no consiga imponer en este planeta su equivocado proyecto. Debería ser usted un buen aliado mío. Piense en ello. Le digo esto, se lo aseguro, como muestra de sincera amistad y aprecio por usted y por su planeta.

Amadiro le miraba con la misma amplia sonrisa de antes, pero esta vez todo él era lobo.

57

Baley y sus robots siguieron a Amadiro. Éste salió de la estancia y los cuatro recorrieron un pasillo.

Amadiro se detuvo ante una puerta apenas visible y dijo:

—¿Desea utilizar las instalaciones antes de irse?

Por un instante, Baley frunció el ceño con aire de perplejidad, pues no comprendía a qué se refería. Por fin, pareció reconocer la fórmula utilizada por Amadiro, que ya había caído en desuso en la Tierra, y respondió:

—Hubo antiguamente un general, cuyo nombre he olvidado, que, consciente de las necesidades que surgían de modo repentino en los asuntos militares, dijo una vez: «Nunca desprecies la oportunidad de echar una meada».

Amadiro mostró de nuevo su amplia sonrisa y dijo:

—Un excelente consejo. Igual de valioso que mi recomendación de que piense seriamente en lo que acabamos de hablar. Pero… observo que todavía vacila usted. No irá a pensar que le estoy tendiendo una trampa, ¿verdad? Créame, no soy un bárbaro. Es usted mi invitado en este edificio y, aunque sólo sea por esa razón, está usted completamente a salvo.

Baley replicó cautelosamente:

—Si vacilo, es porque no estoy seguro de la conveniencia de utilizar su… sus instalaciones, teniendo en cuenta que no soy aurorano.

—Tonterías, mi querido Baley. ¿Qué alternativa tiene? Las necesidades obligan. Por favor, haga uso de ellas. Considérelo una muestra de que no estoy sometido a los prejuicios habituales de los auroranos y de que deseo lo mejor para usted y para la Tierra.

—¿Podría darme otra muestra? —dijo Baley.

—¿A qué se refiere, señor Baley?

—¿Podría demostrarme que también está por encima de los prejuicios auroranos contra los robots…?

—Aquí no tenemos prejuicios contra los robots —le cortó rápidamente Amadiro.

Baley asintió con un gesto solemne, aceptando visiblemente la corrección y completando la frase:

—… permitiendo a Giskard y Daneel entrar conmigo en el Personal. Ha llegado un momento en que me siento incómodo si no están conmigo.

Por un instante, Amadiro pareció sorprenderse, pero se recuperó casi en seguida y dijo, en un tono de voz que era casi una reprimenda:

—¡Naturalmente, señor Baley!

—Claro que… —añadió éste— quien esté dentro puede protestar enérgicamente. No querría provocar un escándalo.

—No se preocupe, está vacío. Es un Personal para un solo ocupante y, si alguien estuviera utilizándolo, la señal de «ocupado» nos lo haría saber.

—Gracias, doctor Amadiro —dijo Baley. Abrió la puerta y añadió—: Giskard, por favor, entra.

Giskard titubeó visiblemente, pero no protestó y entró en el Personal. Ante un gesto de Baley, Daneel siguió a su compañero pero, al pasar junto a

la puerta, asió por el codo a Baley, haciéndole entrar con él. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Baley se volvió hacia Amadiro y murmuró:

—Saldré en seguida. Gracias por permitir esto.

Entró en el lugar con toda la despreocupación de que fue capaz, pero aun así sintió un nudo en el estómago. ¿Le esperaba acaso alguna sorpresa desagradable?

58

Sin embargo, Baley encontró vacío el Personal. Ni siquiera había mucho que buscar, pues era más reducido que el del establecimiento de Fastolfe.

Advirtió que Daneel y Giskard permanecían silenciosos uno junto a otro, con la espalda pegada a la puerta, como si pretendieran adentrarse lo menos posible en aquella habitación. Baley intentó hablar con normalidad, pero le salió una especie de graznido. Se aclaró la garganta con innecesaria sonoridad y dijo por fin:

—Podéis entrar más. Y tú, Daneel, no hace falta que guardes silencio. (Daneel había estado en la Tierra y conocía el tabú terrestre respecto a hablar en el Personal).

Daneel demostró inmediatamente que seguía teniendo en cuenta lo que había aprendido y se llevó el índice a los labios.

—Ya sé, ya sé —replicó Baley—, pero olvídalo. Si Amadiro puede saltarse los tabúes de Aurora respecto a la presencia de robots en los Personales, yo puedo hacer lo mismo con los tabúes de la Tierra respecto a hablar en ellos.

—¿No te será incómodo eso, compañero Elijah? —preguntó Daneel en voz baja.

—Ni lo más mínimo —contestó Baley en tono normal. (En realidad, hablar con Daneel, un robot, era distinto. El sonido de voces en el Personal, cuando realmente no había en él otro ser humano, resultaba menos terrible de lo que Baley había pensado. De hecho, no era en absoluto terrible si sólo le acompañaban dos robots, por humaniformes que fuera uno de ellos. Pero Baley no podía decirlo abiertamente, por supuesto. Aunque Daneel carecía

de sentimientos que pudieran herirle como a un ser humano, Baley los tenía por él).

A continuación, Baley pensó en otro detalle y tuvo la profunda sensación de estar comportándose como un redomado estúpido.

—¿No será que…? —empezó a decirle a Daneel, en una voz que de repente se había convertido en un susurro—. ¿Estás pidiendo que me calle porque hay micrófonos ocultos en el Personal?

No llegó a pronunciar las últimas palabras, que se limitó a formar en sus labios sin emitir sonido alguno.

—Si te refieres, compañero Elijah, a que alguien fuera de esta habitación pueda detectar lo que se habla en su interior por medio de algún aparato de escucha oculto, eso es absolutamente imposible.

—¿Por qué imposible?

El depósito del retrete se vació por sí mismo con rápida y silenciosa eficacia, y Baley avanzó hacia el lavabo.

—En la Tierra —respondió Daneel—, la densidad de población de las Ciudades hace imposible la intimidad. Allí, escuchar las conversaciones sin querer es muy normal, y parece muy natural el uso de aparatos para hacer más eficaz la escucha. Si un terrícola no desea que nadie le oiga sin querer, sencillamente se calla, y por eso se hace tan obligatorio el silencio en los lugares donde se da un simulacro de intimidad, como sucede con estos sitios a los que denomináis Personales.

»En Aurora, por el contrarío, y en todos los mundos espaciales, la intimidad es una realidad y se tiene en gran aprecio. Recordarás Solaria y los extremos casi enfermizos que alcanzaba en ese planeta. Pero incluso en Aurora, que no es como Solaria, los seres humanos se aíslan unos de otros por una extensión de espacio inconcebible en la Tierra, además de por un muro de robots. Romper esa intimidad sería un acto inconcebible.

—¿Quieres decir que poner micrófonos ocultos aquí sería un delito? —preguntó Baley.

—Mucho peor, compañero Elijah. Sería un acto impropio de un caballero aurorano civilizado.

Baley buscó algo con la mirada. Daneel, interpretando mal su intención, sacó una toalla del contenedor, que los ojos no habituados de Baley habrían

sido incapaces de localizar inmediatamente, y se la ofreció.

Baley aceptó la toalla, pero no era ésa la intención de su inquisitiva mirada. Lo que buscaba era un micrófono oculto, pues le resultaba difícil creer que alguien pudiera desechar una ventaja tan a su alcance por la mera razón de que fuera una conducta impropia de gente civilizada. La búsqueda, sin embargo, resultó infructuosa y Baley, bastante abatido, se dio cuenta de que no sería capaz de detectar un micrófono oculto aurorano, aun en el caso de que lo hubiera. No sabría ni qué buscar en aquella cultura tan extraña a él.

Aquel pensamiento le llevó a otro que también le llenaba la mente de suspicacia.

—Dime, Daneel, ya que conoces mejor que yo a los auroranos: ¿Cuál crees tú que es la razón de que Amadiro se tome tantas molestias conmigo? Ese hombre me habla con toda tranquilidad, me acompaña hasta la puerta y hasta me ofrece utilizar el Personal, algo que Vasilia no hubiera permitido. Parece tener todo el tiempo del mundo para estar conmigo. ¿Es una cuestión de cortesía?

—Muchos auroranos se enorgullecen de su cortesía. Puede que Amadiro sea uno de ellos. En varias ocasiones ha hecho hincapié en que no es un bárbaro.

—Otra pregunta: ¿Por qué crees que ha accedido a que Giskard y tú entrarais aquí conmigo?

—Creo que lo ha hecho para eliminar tus suspicacias de que el ofrecimiento pudiera esconder una trampa.

—¿Y por qué iba a molestarse? ¿Porque le preocupa la posibilidad de que yo experimente una tensión innecesaria?

—Imagino que se trata de otro gesto propio de un caballero aurorano civilizado.

Baley movió la cabeza en señal de negativa.

—Bueno, si en esta habitación hay micrófonos ocultos y Amadiro puede oírme, dejemos que lo haga. Yo no le considero un aurorano civilizado. Ha dejado perfectamente claro que, si no abandono la investigación, hará todo lo posible para que la Tierra en su conjunto sufra las consecuencias. ¿Es eso

propio de un caballero civilizado? ¿O más bien de un chantajista increíblemente brutal?

—Un caballero aurorano puede considerar necesario formular amenazas pero en tal caso, las expresará con toda caballerosidad.

—Como ha hecho Amadiro —añadió Baley—. Así pues, lo que señala al caballero es el modo de expresarse, y no el contenido de sus palabras, ¿no es así? Sin embargo, puede ser también que, en tu calidad de robot, no puedas criticar a un ser humano. ¿Es así, Daneel?

—Desde luego, no me sería fácil hacerlo —respondió el robot—. No obstante, ¿puedo hacerte una pregunta, compañero Elijah? ¿Por qué le has pedido permiso para que el amigo Giskard y yo entráramos contigo? Hasta ahora, me había parecido que eras un poco reacio a creer que estuvieses en peligro. ¿Has decidido ahora que no estás seguro salvo en nuestra presencia?

—No, Daneel, en absoluto. Ahora mismo, estoy convencido de que no corro peligro y de que no lo he corrido antes.

—Sin embargo, tu actitud al entrar aquí ha sido de manifiesta suspicacia, compañero Elijah. Te has puesto a inspeccionar la habitación.

—¡Naturalmente! —contestó Baley—. He dicho que no corro peligro, no que éste no exista.

—Creo que no entiendo la diferencia, compañero Elijah —dijo Daneel.

—Ya te lo explicaré después, Daneel. Todavía no estoy del todo seguro de si aquí hay algún micrófono oculto o no.

Baley había terminado de asearse y exclamó:

—Bien, Daneel, creo que he pasado mucho tiempo aquí dentro. No me he dado ninguna prisa. Ahora ya estoy preparado para salir ahí fuera, y me pregunto si Amadiro estará todavía esperándonos después de tanto rato, o si habrá delegado en algún servidor para que se ocupe de acompañarnos a la puerta. Después de todo, Amadiro es un hombre muy ocupado y no puede dedicarme todo el día. ¿Qué opinas tú, Daneel?

—Lo más lógico sería que Amadiro hubiera delegado la tarea.

—¿Y tú, Giskard? ¿Qué opinas tú?

—Estoy de acuerdo con el amigo Daneel, aunque según mi experiencia los seres humanos no siempre actúan como sería lógico.

—Por mi parte —añadió Baley—, sospecho que Amadiro está esperándonos con mucha paciencia. Si algo le ha empujado a perder tanto tiempo con nosotros, creo que ese impulso, sea el que sea, todavía no se ha debilitado.

—No sé cuál podría ser ese impulso al que te refieres, compañero Elijah —dijo Daneel.

—Yo tampoco, Daneel —añadió Baley—, lo cual me molesta bastante. Pero abramos la puerta y comprobémoslo.

59

Amadiro les estaba esperando ante la puerta, exactamente donde Baley le había dejado. Esbozó una sonrisa sin demostrar el menor signo de impaciencia. Baley no pudo por menos que lanzarle una mirada de complicidad a Daneel, quien respondió con una total impasibilidad.

—Ha sido una lástima, señor Baley, que no haya dejado fuera a Giskard cuando ha entrado en el Personal. Yo podía haber conocido a ese robot en otros tiempos, cuando Fastolfe y yo estábamos en mejores relaciones, pero por alguna razón no fue así. Fastolfe fue mi maestro cierto tiempo, ¿sabe usted?

—¿De veras? —contestó Baley—. No estaba al corriente de eso.

—No tenía usted por qué estarlo, a menos que alguien se lo hubiera dicho, y supongo que en el corto tiempo que lleva en el planeta difícilmente habrá tenido tiempo de conocer trivialidades como ésta. He pensado que no podrá usted considerarme un buen anfitrión si no aprovecho su estancia en el Instituto para mostrárselo.

—No se moleste —intentó negarse Baley, algo tenso—. Además, tengo que…

—Insisto —dijo Amadiro, con cierta premura en la voz—. Llegó usted a Aurora ayer por la mañana y dudo que se quede en el planeta mucho tiempo más. Quizás ésta sea la única oportunidad que tendrá jamás de echar un vistazo a un laboratorio moderno dedicado a tareas de investigación sobre robótica.

Enlazó su brazo con el de Baley y continuó hablando a éste con gran familiaridad. («Parloteando», fue el término que le vino a la cabeza al asombrado Baley).

—Ya está usted aseado y ha satisfecho sus restantes necesidades —comentó Amadiro—. Quizá quiera interrogar a alguno de nuestros roboticistas, y me alegraría que lo hiciera, pues estoy dispuesto a demostrar que no he puesto ningún obstáculo en su camino durante el corto lapso de tiempo en que todavía se le permitirá llevar a cabo la investigación. De hecho, no hay razón para que no cene con nosotros, señor Baley.

—Si me permite la interrupción, señor… —intervino Giskard.

—¡No la permito! —exclamó Amadiro con inconfundible firmeza. El robot permaneció en silencio.

—Mi querido señor Baley, yo comprendo bien a esos robots. ¿Quién podría conocerlos mejor, aparte del desgraciado doctor Fastolfe, naturalmente? Giskard, estoy seguro, iba a recordarle alguna cita, alguna promesa, algún asunto, y nada de ello tiene la menor importancia. Dado que la investigación está a punto de darse por concluida, le aseguro que nada de cuanto Giskard quisiera recordarle tiene ningún interés. Olvidémonos de todas esas tonterías y, por un rato, seamos amigos.

»Debe usted comprender, mi buen señor Baley —prosiguió—, que estoy muy interesado en la Tierra y sus costumbres. No es precisamente el tema más popular en Aurora, pero yo lo encuentro fascinante. Me interesa especialmente la historia antigua de la Tierra, los días en que había cien idiomas y la lengua Estándar Interestelar todavía no se había desarrollado. Por cierto, ¿puedo felicitarle por su dominio del Interestelar?

»Venga por aquí —añadió, al tiempo que doblaba una esquina—. Iremos a la sala de simulación de caminos, que tiene una extraña belleza. Quizá podamos asistir a una prueba con un modelo a escala natural. Resulta de lo más espectacular. Pero estábamos hablando de su dominio del Interestelar… Ésa es una de tantas supersticiones de Aurora referidas a la Tierra. Aquí se dice que los terrícolas hablan una versión casi incomprensible del idioma Interestelar. Cuando dieron ese programa de hiperondas acerca de usted, hubo muchos que dijeron que los actores no

podían ser terrícolas de verdad porque se comprendía lo que decían. Sin embargo, yo también le entiendo a usted perfectamente.

Sonrió al decir eso. Después, continuó en tono confidencial:

—He intentado leer a Shakespeare, pero no sé leer el idioma original y la traducción me parece curiosamente sosa. No puedo sino considerar que la culpa está en la traducción, y no en Shakespeare. Con Dickens y Tolstoi me va bastante mejor, quizá porque es prosa, aunque los nombres de los personajes me resultan en ambos casos prácticamente impronunciables.

»Lo que intento explicarle, señor Baley, es que soy amigo de la Tierra. De verdad. Deseo lo mejor para ella, ¿me entiende?

Amadiro miró a Baley y en sus ojos volvió a reflejarse la ferocidad del lobo. Baley alzó la voz cortando la suave sucesión de frases de su interlocutor.

—Me temo que no puedo acceder a su proposición, doctor Amadiro. Debo atender a mis asuntos y ya no tengo más preguntas que hacerle a usted ni a nadie del Instituto. Si es usted…

Hizo una pausa. Percibió en el aire un leve y curioso rumor y alzó la mirada, desconcertado.

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué? —preguntó Amadiro—. Yo no oigo nada. —Se volvió hacia los robots, que habían seguido los pasos de los dos hombres en profundo silencio—. ¡Nada! —repitió enérgicamente—. ¡Nada!

Baley se dio cuenta de que las palabras de Amadiro equivalían a una orden. Ninguno de los robots estaba ahora en situación de afirmar que había oído el sonido, pues ello estaría en abierta contradicción con lo expresado por un ser humano, salvo que el propio Baley diera una orden contraria a la de Amadiro. Y Baley estaba seguro de que no podría hacerlo con la suficiente habilidad frente a la profesionalidad de Amadiro.

Sin embargo, eso no importaba. Él había oído algo, y no era un robot; a él no se le podía ordenar que no lo oyera, y replicó:

—Según sus propias palabras, doctor Amadiro, dispongo de poco tiempo. Razón de más para que deba…

Oyó de nuevo el rumor, esta vez más fuerte. Con un tono agudo y cortante en la voz, Baley exclamó:

—Eso es, supongo, precisamente lo que no ha oído usted hace un momento y lo que ahora aparenta de nuevo no oír. Déjeme ir, señor, o pediré ayuda a los robots.

Amadiro soltó de inmediato la mano con la que retenía a Baley por el brazo.

—Bien, amigo mío, no tenía usted más que pedirlo. Venga. Le llevaré a la salida más próxima y, si vuelve a Aurora alguna vez, lo cual me parece en extremo improbable, haga el favor de venir por aquí y daremos ese paseo por el Instituto que le he prometido.

Caminaban más de prisa. Descendieron por la rampa helicoidal, tomaron por un pasillo hacia el espacioso vestíbulo, ahora vacío, y llegaron hasta la puerta por la que habían entrado en el edificio.

Los ventanales del vestíbulo estaban totalmente oscuros. ¿Era posible que ya fuera de noche?

No era así. Oyó a Amadiro murmurar por lo bajo:

—¡Maldito tiempo! Han vuelto a oscurecer las ventanas. —Se volvió hacia Baley y añadió—: Imagino que está lloviendo. Lo han dicho en la previsión meteorológica y los pronósticos suelen acertar. Sobre todo, cuando indican mal tiempo.

La puerta se abrió y Baley dio un brinco hacia atrás con un jadeo. Sintió el viento frío que se coló en el vestíbulo y vio que las copas de los árboles se agitaban de un lado a otro, como látigos, contra el cielo, un cielo no de color negro, sino gris, un gris intenso.

De él caía agua de forma torrencial. Y mientras Baley contemplaba la lluvia, espantado, un destello de luz surcó el firmamento con una cegadora claridad y volvió a llegar hasta él aquel rumor, convertido esta vez en un estampido, como si el destello luminoso hubiera partido el cielo en dos y el rumor fuera el ruido resultante.

Baley dio media vuelta y echó a correr por donde había venido, gimoteando.

15. OTRA VEZ DANEEL Y GISKARD

60

Baley sintió el fuerte abrazo de Daneel justo por debajo de las axilas. Se detuvo y se obligó a dejar de emitir aquellos gemidos infantiles. Notó que estaba temblando.

—Compañero Elijah —dijo Daneel con gran respeto—, es una tormenta. Esperada, pronosticada, normal.

—Ya lo sé —susurró Baley.

En efecto, lo sabía perfectamente. Tormentas como aquélla aparecían descritas innumerables veces en los libros que había leído, tanto en obras de ficción como de otro tipo. Las había visto incluso en hologramas o en los programas de hiperondas. Con imágenes, sonido y todo lo demás.

Sin embargo, la tormenta real, la imagen y el sonido verdaderos, nunca habían penetrado en las profundidades de la Ciudad y Baley no había experimentado jamás en su vida algo semejante.

Pese a todo cuanto conocía —intelectualmente— acerca de las tormentas, no podía afrontarla —visceralmente— en la realidad. Pese a las descripciones, a los comentarios, a las imágenes de las pequeñas pantallas de los receptores; pese a todo ello, Baley nunca hubiera creído que los destellos fueran tan brillantes y que desgarraran de aquel modo el cielo, que el sonido tuviera un tono tan grave y lleno de vibraciones al extenderse por un mundo vacío, que tanto el destello como el ruido fueran tan repentinos y que la lluvia fuera como un cubo de agua que se derramara de modo interminable.

—¡No puedo salir con eso ahí fuera! —murmuró con voz desesperada.

—No será necesario —contestó Daneel con aire de urgencia—. Giskard traerá aquí el planeador. Lo pondremos justo en la puerta para ti. No te caerá encima una gota de lluvia, compañero Elijah.

—¿Por qué no esperamos hasta que termine?

—Seguramente no es muy aconsejable hacerlo. La lluvia seguirá por lo menos hasta bien entrada la madrugada y, si el Presidente llega mañana por la mañana, como ha dicho el doctor Amadiro, sería mejor pasar las próximas horas consultando con el doctor Fastolfe.

Baley se obligó a dar media vuelta, con el rostro en la dirección de la que deseaba escapar, y clavó sus ojos en Daneel. Éste parecía profundamente preocupado, pero Baley pensó con desmayo que la actitud que creía ver en ellos no era sino el resultado de su propia interpretación. El robot Daneel no tenía emociones, sino meros impulsos positrónicos que imitaban tales emociones. (Y quizá los seres humanos tampoco tenían sentimientos, sino meros impulsos neurológicos que eran interpretados como tales).

Por alguna razón, advirtió que Amadiro se había ido.

—Amadiro me ha retrasado deliberadamente, invitándome a utilizar el Personal, charlando conmigo de tonterías y evitando que Giskard o tú me interrumpierais para advertirme de la tormenta. Creo que ha dejado de insistir en que fuéramos a dar esa vuelta por el edificio o en que cenara con él sólo cuando ha oído la tormenta. Seguro que estaba esperando eso.

—Así parece. Y si ahora te quedas aquí, quizás estés haciendo lo que él deseaba.

—Tienes razón —asintió Baley, exhalando un profundo suspiro—. Tengo que salir de aquí como sea.

A duras penas consiguió dar un paso hacia la puerta, que todavía estaba abierta mostrando un panorama de lluvia torrencial sobre un fondo de un color gris plomizo. Dio otro paso. Y otro más, apoyado pesadamente en Daneel.

Giskard aguardaba silencioso e inmóvil junto a la puerta.

Baley se detuvo y cerró los ojos un momento. Luego dijo en voz muy queda, casi más para sí que para que le oyera Daneel:

—Tengo que hacerlo.

Y siguió avanzando.

61

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó Giskard.

Baley pensó que era una pregunta estúpida, dictada por la programación del robot; aunque, bien mirado, no era peor que muchas preguntas formuladas por los seres humanos, que a veces resultaban tremendamente inadecuadas debido a la programación de las normas de urbanidad.

—Sí —contestó con una voz que trató que fuera algo más que un ronco susurro, sin conseguirlo. Era inútil responder a su estúpida pregunta ya que Giskard, pese a ser un robot, seguramente se daba cuenta de que Baley no estaba bien y que su contestación era una clara mentira.

No obstante, la respuesta de Baley fue recibida, y aceptada, lo que permitió a Giskard dar el paso siguiente.

—Voy a buscar el planeador y lo traeré hasta la puerta —dijo el robot.

—¿Funcionará con todo este… con el agua que cae?

—Sí, señor. No se trata de una tormenta fuera de lo normal.

Giskard se alejó, avanzando imperturbable bajo la lluvia. Los relámpagos estallaban casi continuamente y los truenos formaban un sordo gruñido que se elevaba en un *crescendo* cada pocos minutos.

Por primera vez en su vida, Baley sintió envidia de los robots. Se imaginó lo que sería poder caminar bajo aquel diluvio, ser indiferente al agua, a las imágenes, a los sonidos, ser capaz de hacer caso omiso de lo que le rodeaba y llevar una pseudo vida absolutamente valiente, y no conocer el miedo al dolor o a la muerte, pues el dolor y la muerte no existían.

Y, no obstante, ser incapaz de poseer originalidad de pensamiento, ser incapaz de tener destellos imprescindibles de intuición…

¿Valían estos dones el precio que la humanidad pagaba por ellos?

En aquel momento, Baley no estaba seguro. Sabía que, cuando dejara de sentir aquel pánico, volvería a la convicción de que ningún precio era demasiado alto para ser un hombre. Sin embargo, ahora que no

experimentaba sino los fuertes latidos de su corazón y la paralización de su mente, no pudo evitar preguntarse de qué servía ser un hombre si no podía superar aquellos terrores tan profundamente arraigados, aquella intensa agorafobia.

Y en cambio, había pasado gran parte de aquellos dos días en el Exterior y se había sentido casi a gusto.

Pese a todo, no había podido vencer su temor. Ahora lo comprendía. Lo había reprimido pensando intensamente en otras cosas, pero la tormenta le había privado de toda capacidad de concentración.

No podía permitirlo. Si todo lo demás —pensamiento, orgullo, voluntad — resultaba inútil, tendría que conseguirlo ayudándose de la vergüenza. No podía seguir demostrando aquel hundimiento personal bajo la mirada impersonal y superior de los robots. La vergüenza tendría que ser más fuerte que el miedo.

Notó el potente brazo de Daneel rodeándole la cintura y la vergüenza le impidió hacer lo que más deseaba en aquel instante: volverse y ocultar el rostro en el pecho del robot. Quizá si Daneel hubiera sido humano no habría podido resistirse a hacerlo…

Casi había perdido el contacto con la realidad, pues oyó la voz de Daneel como si le llegara desde una gran distancia. Las palabras del robot le parecieron cargadas de algo parecido al pánico.

—Compañero Elijah, ¿me oyes?

La voz de Giskard, tan lejana como la anterior, añadió:

—Deberíamos llevarle.

—No —murmuró Baley—. Dejadme caminar.

Quizá los robots no le oyeron. O quizá no llegó a pronunciar la frase, sino que sólo creyó hacerlo. Sintió que le levantaban del suelo. Su brazo izquierdo quedó colgando inerte y luchó por levantarlo, por asirse con él al hombro de alguien, por incorporarse de cintura para arriba, por volver a tocar el suelo con los pies y sostenerse en pie.

Pero su brazo izquierdo siguió colgando inerte y su lucha resultó inútil.

De alguna manera, tuvo conciencia de que avanzaba sin tocar el suelo y notó un chorro de humedad en el rostro. No era realmente agua, sino una corriente de aire húmedo. Después sintió la presión de una superficie dura

contra su costado izquierdo, y la de otra más elástica en el costado derecho. Estaba en el planeador, de nuevo entre Giskard y Daneel. Lo que más podía apreciar era que Giskard estaba muy mojado.

Notó un nuevo chorro de aire caliente sobre él. Entre la semioscuridad del exterior y la película de agua que corría por el cristal, creyó que ya habían vuelto opacas las ventanillas del planeador hasta que, instantes después, Giskard procedió a oscurecerlas realmente y se hizo en el vehículo una total oscuridad. El suave ronroneo del propulsor del aparato al elevarse de la hierba apagó el rumor de los truenos y pareció devolverle a la realidad.

—Disculpe la molestia de estar mojado, señor —decía Giskard—. Me secaré rápidamente. Aguardaremos aquí un momento hasta que se recupere.

Baley respiraba ya con mayor facilidad. Se sentía maravillosa y cómodamente enclaustrado. «Que me devuelvan mi Ciudad —pensó—. Olvidad el universo y dejad que los espaciales lo colonicen. La Tierra es lo único que necesitamos».

Y mientras lo pensaba, supo que era su locura la que hablaba, no él.

Sintió la necesidad de mantener ocupada su mente.

—Daneel —dijo débilmente.

—¿Sí, compañero Elijah?

—Respecto al Presidente. ¿Tú crees que Amadiro juzgaba correctamente la situación al suponer que el Presidente pondrá término a la investigación, o quizás estaba dejándose llevar por sus deseos?

—Puede que el Presidente, efectivamente, se entreviste con los doctores Fastolfe y Amadiro para discutir el asunto, compañero Elijah. Sería el procedimiento normal para dilucidar una disputa de este tipo. Existen numerosos precedentes.

—¿Pero por qué? —preguntó Baley con un hilo de voz—. Si Amadiro es tan convincente, ¿por qué el Presidente no se limita a ordenar simplemente que la investigación se interrumpa?

—El Presidente —respondió Daneel—, está en una situación política difícil. En principio, estuvo de acuerdo en que fueras traído a Aurora a petición del doctor Fastolfe y no puede cambiar de idea de la noche a la mañana, so pena de parecer débil e indeciso… y sin irritar al doctor

Fastolfe, que todavía es una figura muy influyente en la Asamblea Legislativa.

—Entonces, ¿por qué no rechaza sin más la petición de Amadiro?

—El doctor Amadiro también tiene influencia, compañero Elijah, y es posible que llegue a tener todavía más. El Presidente debe mediar entre ambas partes, escuchándolas y dando al menos una apariencia de haberlas consultado antes de tomar una decisión.

—¿Basada en qué?

—En las circunstancias del caso, debe presumirse.

—Entonces, mañana por la mañana debo contar con algo que pueda convencer al Presidente para respaldar a Fastolfe, en lugar de desacreditarle. Si lo consigo, ¿significará eso una victoria?

—El Presidente no es todopoderoso —contestó Daneel—, pero su influencia es grande. Si respalda claramente al doctor Fastolfe, y dadas las circunstancias políticas actuales, el doctor Fastolfe recibirá probablemente el apoyo de la Asamblea Legislativa.

Baley notó que empezaba a razonar con claridad otra vez.

—Eso parece suficiente para explicar el interés de Amadiro en retrasar nuestra salida. Debe de haber pensado que yo todavía no tenía nada que ofrecer al Presidente y que únicamente precisaba retrasarme lo más posible para impedirme encontrar algo en el tiempo que queda.

—Así parece, compañero Elijah.

—Y sólo me ha dejado ir cuando ha creído que la tormenta me seguiría reteniendo allí.

—Puede ser, compañero Elijah.

—En ese caso, no podemos dejar que la tormenta nos detenga.

—¿Dónde quiere que le llevemos, señor? —preguntó Giskard con voz tranquila.

—Vamos otra vez al establecimiento del doctor Fastolfe.

—¿Podemos aguardar un momento más, compañero Elijah? ¿Piensas decirle al doctor Fastolfe que no puedes continuar la investigación?

—¿Por qué lo dices? —preguntó Baley en tono cortante. Su voz irritada y aguda era una muestra de su recuperación.

—Es sólo que temo —contestó Daneel— que has olvidado por un momento que el doctor Amadiro te ha urgido a hacerlo, por el bien de la Tierra.

—No lo olvido —replicó Baley con aire severo—, y me sorprende que pienses que sus palabras pueden influenciarme, Daneel. Fastolfe debe ser exonerado de esas acusaciones y la Tierra debe enviar sus colonizadores a la galaxia. Si este proyecto está en peligro por causa de los globalistas, debemos afrontar dicho peligro.

—Pero, en ese caso, ¿por qué volver al doctor Fastolfe, compañero Elijah? No creo que tengamos nada importante que informarle. ¿No hay alguna dirección en la que podamos continuar nuestras investigaciones antes de acudir al doctor Fastolfe?

Baley se incorporó en el asiento y puso una mano sobre Giskard, que ya estaba totalmente seco. Con voz absolutamente normal, comentó:

—Estoy contento con los progresos que ya he hecho, Daneel. Sigamos, Giskard. Al establecimiento de Fastolfe.

Y a continuación, apretando los puños y tensando el cuerpo, Baley añadió:

—Otra cosa, Giskard. Aclara los cristales. Quiero verle el rostro a esa tormenta.

62

Baley contuvo la respiración preparándose para la transparencia de los cristales. El pequeño recinto del planeador dejaría de estar totalmente cerrado, y Baley ya no estaría rodeado por impenetrables muros.

Cuando las ventanillas quedaron transparentes, hubo un destello de luz que apareció y se apagó tan rápidamente que no hizo más que oscurecer el mundo por contraste.

Baley no pudo evitar encogerse en el asiento mientras intentaba prepararse para el trueno que, un par de segundos después, retumbó a su alrededor.

—La tormenta no empeorará, y dentro de poco remitirá —dijo Daneel con voz reposada.

—No me importa si remite o no —masculló Baley con labios temblorosos—. Vámonos.

Baley trataba, por su propio bien, de mantener la apariencia de un ser humano encargado de dos robots.

El planeador se elevó ligeramente y de inmediato inició un movimiento lateral que inclinó el aparato de tal modo que Baley se encontró casi encima de Giskard.

—¡Endereza el vehículo, Giskard! —gritó Baley.

Daneel pasó un brazo alrededor del hombro de Baley y tiró de él hacia atrás con suavidad. Su otra mano estaba agarrada a un asa situada en la carrocería del planeador.

—No es posible, compañero Elijah —le informó Daneel—. Hay un viento bastante fuerte.

Baley notó que se le erizaba el cabello.

—¿Quieres decir… que vamos a estrellarnos?

—No, naturalmente que no —le tranquilizó Daneel—. Si el vehículo fuera antigravitatorio, forma de tecnología que no existe, por supuesto, y si su masa y su inercia estuvieran eliminadas, entonces sería arrastrado en el aire como una pluma. Por el contrario, nosotros retenemos toda nuestra masa incluso cuando los propulsores nos elevan en el aire o nos posan en tierra, así que nuestra inercia se opone al viento. Sin embargo, el viento nos hace desviarnos un poco, aunque Giskard mantiene el vehículo absolutamente bajo control.

—Pues no lo parece.

Baley percibió un leve silbido, que imaginó sería el viento arremolinándose alrededor del planeador mientras éste se abría camino entre la enfurecida atmósfera. Entonces, el vehículo dio una sacudida y Baley, sin poderlo evitar, se agarró al cuello de Daneel en un abrazo desesperado.

Daneel aguardó un momento. Cuando Baley recuperó la respiración y aflojó un poco el abrazo, Daneel se liberó fácilmente de éste al tiempo que intensificaba levemente la presión de su propio brazo alrededor de Baley.

—Para mantener el rumbo, compañero Elijah —dijo Daneel—, Giskard tiene que contrarrestar el viento dando órdenes asimétricas a los propulsores. Se da más intensidad a los chorros de un lado para que mantengan equilibrado el planeador contra el viento, y esos chorros tienen que ajustar la fuerza y dirección conforme el propio viento cambia de intensidad o dirección. No hay nadie mejor para hacerlo que Giskard pero, incluso así, de vez en cuando hay alguna descompensación y por eso notamos una sacudida. Tienes que perdonar, pues, a Giskard si no participa en nuestra conversación. Tiene toda su atención centrada en el planeador.

—¿Es… es seguro? —Baley sintió que su estómago se encogía ante la idea de jugar de aquel modo con el viento. Se sentía tremendamente contento de no haber comido desde hacía varias horas. No podía, ni se atrevía, a marearse en los limitados confines del planeador. Sólo pensar en ello le hizo sentirse peor e intentó concentrarse en otras cosas. Pensó que estaba en la Tierra, corriendo en las pistas de transporte. Se imaginó corriendo de una pista a la siguiente, más rápida, y luego a la tercera, todavía más rápida, y de nuevo a las más lentas, inclinándose expertamente contra el viento hacia un lado o hacia el otro en una dirección cuando uno rapideaba (extraña palabra que solamente utilizaban los corredores de pistas), y en la otra, cuando uno frenaba. En sus años mozos, Baley podía hacerlo sin detenerse y sin cometer errores.

Daneel se había adaptado a ello sin ningún problema y, en la única ocasión que Baley y él habían corrido las pistas juntos, Daneel lo había hecho perfectamente. ¡Pues bien, aquello era lo mismo!, pensó Baley. ¡El planeador estaba corriendo las pistas! ¡Era lo mismo, sí! ¡Afortunadamente!

No era exactamente lo mismo, por supuesto. En la Ciudad, la velocidad de las pistas era fija e inamovible. La dirección e intensidad del viento era perfectamente calculable ya que sólo era resultado del movimiento de las pistas. En cambio aquí, en medio de la tormenta, el viento actuaba a su voluntad o, más bien, dependía de tantas variables (Baley intentaba deliberadamente aplicar la mayor lógica posible) que parecía tener voluntad propia, y Giskard tenía que contar con ello. Eso era todo. No consistía más que en otra carrera por las pistas, con una complicación añadida: estas

pistas auroranas se movían a velocidades variables, con cambios muy acusados.

—¿Y si chocamos contra un árbol? —murmuró Baley.

—Es muy improbable, compañero Elijah. Giskard es demasiado buen piloto para que le suceda eso. Además, sólo volamos muy poco por encima del suelo, así que los propulsores son particularmente potentes.

—Entonces, podemos chocar contra una roca. Acabaremos aplastados debajo.

—No chocaremos contra ninguna roca, compañero Elijah.

—¿Por qué no? ¿Cómo diablos puede ver Giskard por dónde va? —preguntó Baley al tiempo que escrutaba la oscuridad delante suyo.

—Aún no ha anochecido y hay un poco de luz que atraviesa las nubes —dijo Daneel—. Es suficiente para que veamos con la ayuda de nuestros faros. Y cuando se haga más oscuro, Giskard dará más intensidad a los faros.

—¿Qué faros? —preguntó Baley en tono rebelde.

—Tú no los percibes demasiado porque tienen un fuerte componente de infrarrojos, a los cuales los ojos de Giskard son sensibles mientras que los tuyos no pueden verlos. Más aún, el infrarrojo es más penetrante que las ondas de luz más cortas y por ello, resulta más eficaz que la luz normal en condiciones de lluvia, niebla o humo.

Baley consiguió sentir cierta curiosidad, incluso a pesar de su inquietud.

—¿Y tus ojos, Daneel?

—Mis ojos, compañero Elijah, han sido diseñados para ser lo más similares posible a los humanos. En este momento, quizás es lamentable.

El planeador tembló y Baley se descubrió conteniendo la respiración otra vez. Con un susurro, dijo:

—Los ojos de los espaciales todavía siguen adaptados al sol de la Tierra, aunque no suceda lo mismo con los robots. Eso es bueno, si les ayuda a recordar que descienden de los terrícolas.

Su voz se apagó. Estaba oscureciendo. Ahora ya no veía nada, y los destellos intermitentes tampoco iluminaban nada. Simplemente, cegaban a quien mirase. Cerró los ojos, pero eso no le ayudó, pues aún sentía con más intensidad los truenos, furiosos y amenazadores.

¿No iban a terminar nunca? ¿No sería preferible que se detuvieran hasta que hubiese pasado lo peor de la tormenta?

—El vehículo no responde bien —dijo de pronto Giskard.

Baley notó que avanzaban de modo desigual, como si el planeador circulara sobre ruedas en un terreno sin apisonar.

—¿Puede deberse a la tormenta, amigo Giskard?

—Me parece que no, amigo Daneel. Y tampoco es probable que el vehículo pueda sufrir una avería de este tipo a causa de ésta o de cualquier otra tormenta.

Baley asimiló el diálogo con dificultad.

—¿Avería? —murmuró—. ¿Qué tipo de avería?

—Yo diría que el compresor pierde, señor, pero lentamente —contestó Giskard—. No es resultado de una rotura normal.

—Entonces, ¿cómo se ha producido? —preguntó Baley.

—Puede que sea una avería provocada, quizá mientras el vehículo estaba ante el Edificio de Administración. Por otra parte, hace un rato que he advertido algo extraño: un vehículo nos sigue, poniendo toda su atención en no adelantarnos.

—¿Por qué razón, Giskard?

—Una posibilidad, señor, es que estén aguardando a que nuestro planeador se averíe definitivamente.

El movimiento del planeador se hacía cada vez más desigual.

—¿Podemos llegar hasta el establecimiento del doctor Fastolfe?

—Me temo que no, señor.

Baley intentó poner en acción su desordenado cerebro.

—En ese caso —dijo—, me he equivocado completamente al juzgar las razones de Amadiro para retrasarnos. Estaba reteniéndonos mientras uno o más de sus robots averiaban el planeador de tal modo que nos quedáramos plantados en mitad de la tormenta y en terreno despoblado.

—¿Por qué iba a hacerlo? —dijo Daneel, mostrando su sorpresa—. ¿Para cogerte? En cierto modo, ya te tenía, compañero Elijah.

—Amadiro no me quiere a mí. Nadie me quiere a mí —murmuró Baley con una irritación un tanto débil—. El peligro lo corres tú, Daneel.

—¿Yo, compañero Elijah?

—¡Sí, Daneel, tú! Giskard, busca un lugar seguro para detenerte y, en cuanto lo hayas hecho, Daneel debe salir del vehículo y correr a refugiarse en lugar seguro.

—Eso es imposible, compañero Elijah —respondió Daneel—. No puedo dejarte mientras te sientas mal, y menos si alguien nos persigue y puede hacerte daño.

—Daneel —replicó Baley—, esa gente te busca a ti. Tienes que irte. En cuanto a mí, permaneceré en el planeador. No correré peligro.

—¿Cómo puedo estar seguro?

—¡Por favor! ¡Por favor! ¿Cómo puedo explicártelo si todo se mueve…? Daneel —insistió Baley mientras intentaba desesperadamente mantener un tono de voz tranquilo—, tú eres el individuo más importante de este planeador, mucho más importante que yo y Giskard juntos. No es únicamente que me preocupe por ti y procure que no te suceda ningún daño: toda la humanidad depende de ti. No te preocupes por mí, yo sólo soy un individuo. Preocúpate por miles de millones. Daneel, por favor…

63

Baley notó que se balanceaba hacia adelante y hacia atrás. ¿O era el planeador? ¿Estaba a punto de averiarse definitivamente? ¿O era Giskard que perdía el control? ¿O quizás estaba tratando de escapar?

Baley dejó de preocuparse. ¡Dejó de preocuparse! Que el planeador se estrellase, que se destrozara en pedazos. Prefería el olvido, cualquier cosa que le liberara de aquel terrible pánico, de aquella total imposibilidad de reconciliarse con el universo.

Y sin embargo, antes tenía que asegurarse de que Daneel escapaba sin sufrir daños. ¿Pero cómo?

Todo era irreal y no iba a ser capaz de explicarles nada a aquellos robots. La situación le parecía absolutamente clara, pero ¿cómo podía trasmitir aquella claridad de ideas a los robots, a aquellos no humanos que no entendían nada salvo sus Tres Leyes y que antes dejarían que la Tierra

entera, y, a largo plazo, toda la humanidad se fueran al infierno, que dejar de ocuparse del hombre que tenían ante sus narices?

¿Por qué se habrían inventado los robots?

Y entonces, sorprendentemente, Giskard —el inferior de los dos— vino en su ayuda.

—Amigo Daneel —dijo el robot en su voz monocorde—, no voy a poder mantener el planeador en funcionamiento mucho más tiempo. Quizá sería aconsejable actuar como dice el señor Baley. Te acaba de dar una orden muy terminante.

—¿Acaso puedo dejarle mientras se encuentra mal, amigo Giskard? —replicó Daneel, perplejo.

—No puedes llevarle contigo con esta tormenta, amigo Daneel. Además, parece tan ansioso de verte marchar que quizá le causes daño si te quedas aquí.

Baley se sintió renacer.

—Sí, sí —consiguió decir—. Haz lo que dice Giskard. Escucha, Giskard, ve con él, escóndele, asegúrate de que no vuelva… y entonces regresa por mí.

—Eso no puede ser, compañero Elijah —dijo Daneel en tono enérgico —. No podemos dejarte aquí solo, desprotegido y desatendido.

—No hay peligro. No corro ningún peligro. Haz lo que digo…

Giskard dijo:

—El vehículo que nos sigue probablemente va conducido por robots. Los seres humanos dudarían en salir bajo esta tormenta. Y los robots no harían daño al señor Baley.

—Podrían llevárselo —replicó Daneel.

—Con esta tormenta no, amigo Daneel, pues evidentemente le causarían daño haciéndolo. Voy a detener el planeador ahora, amigo Daneel. Tienes que estar preparado para hacer lo que ordena el señor Baley. Yo también lo haré.

—¡Bien! —murmuró Baley—. ¡Bien!

Se sentía agradecido a aquel cerebro simple al que podía convencer con más facilidad y al que le faltaba la capacidad de perderse y titubear por cuestiones de cortesía.

Pensó vagamente en Daneel, atrapado entre la percepción del malestar de Baley y la urgencia de la orden, y en su cerebro sumido en conflicto.

«No, no, Daneel. Limítate a hacer lo que digo y no le des más vueltas», pensó Baley. Sin embargo, le faltó la energía, y casi la voluntad, para formular la orden con palabras y dejó que siguiera en su cerebro como mero pensamiento.

El planeador tomó tierra con un golpe, y se oyó un breve y sordo ruido mientras el aparato se arrastraba unos metros sobre el terreno.

Las puertas se abrieron inmediatamente, una a cada lado, y al cabo de un instante se cerraron con un suave sonido. En un abrir y cerrar de ojos, los robots habían desaparecido. Una vez tomada su decisión, no demostraron ninguna duda y se alejaron a una velocidad que los seres humanos no podían imitar.

Baley inspiró profundamente y se estremeció. El planeador era ahora firme como una roca. Formaba parte del suelo.

De pronto se dio cuenta de que su malestar se había debido en gran parte al movimiento del vehículo, a la sensación de inestabilidad, de no estar conectado con el universo sino a merced de fuerzas inanimadas y ciegas.

Ahora, en cambio, todo estaba quieto y abrió los ojos.

No se había dado cuenta de que hasta entonces los había tenido cerrados.

Seguía relampagueando en el horizonte y los truenos formaban un murmullo apagado mientras el viento, al topar ahora con un objeto más resistente o menos aerodinámico que cuando el vehículo estaba en el aire, soplaba con un silbido más acusado.

Había oscurecido. Los ojos de Baley no eran más que humanos y no percibían luces de ninguna clase, salvo el destello ocasional de los relámpagos. Seguramente, el sol ya se había puesto y la capa de nubes debía de ser muy tupida.

Por primera vez desde que abandonara la Tierra, Baley estaba solo.

¡Solo!

Baley se había sentido demasiado enfermo, demasiado fuera de sí, para darse perfecta cuenta de ello. Incluso ahora se encontró luchando por razonar qué debería haber hecho y qué podría haber hecho, de haberle quedado en su vacilante cerebro capacidad para algo más que para conseguir que Daneel se fuera.

Por ejemplo, no había preguntado dónde se encontraba ahora, qué había en las cercanías o adonde pensaban dirigirse Daneel y Giskard. Desconocía el funcionamiento de cualquier detalle del planeador. Naturalmente, no podía ponerlo en marcha, pero quizás hubiera podido conectar la calefacción si le entraba frío, o desconectarla si sentía demasiado calor; sin embargo, no tenía la más remota idea de cómo ordenar a la máquina que lo hiciera.

Tampoco sabía cómo volver opacas las ventanas si quería encerrarse, o cómo abrir la puerta si deseaba salir.

Lo único que podía hacer era aguardar a que Giskard regresara. Seguramente eso era lo que Giskard esperaría que hiciese. Sus órdenes a Giskard habían sido simplemente ésas: vuelve por mí.

No le había indicado que cambiaría de lugar, y la mente limpia y nada complicada de Giskard interpretaría seguramente aquel «vuelve» suponiendo que tenía que regresar al planeador.

Baley intentó acostumbrarse a la situación. En cierto modo, era un alivio limitarse a esperar, no tener que tomar decisiones durante un tiempo por no haber decisión alguna que adoptar. Era un descanso sentirse sobre el suelo, tranquilo y recuperado, y haberse librado de aquellas descargas eléctricas centelleantes y de aquel perturbador retumbar de los truenos.

Quizás hasta podría permitirse dormir un poco.

Y entonces volvió a él la inquietud: ¿Se atrevería a dormir?

Les estaban persiguiendo, les tenían bajo observación. El planeador había sido saboteado mientras estaba aparcado ante el Edificio de Administración del Instituto de Robótica y, sin duda, los saboteadores pronto llegarían a él.

Así pues, también estaba aguardándoles a ellos, y no sólo a Giskard. ¿Se había dado perfecta cuenta de ello cuando se sentía mal? El vehículo había

sido saboteado frente al Edificio de Administración. Naturalmente, podía haberlo hecho cualquiera, pero lo más probable era que el responsable fuera alguien que sabía que estaba allí. ¿Y quién lo podía saber mejor que Amadiro?

Amadiro había intentado retrasar su marcha hasta que empezó la tormenta. Eso era evidente. Baley iba a viajar bajo la tormenta e iba a sufrir una crisis en mitad de la misma. Amadiro había estudiado la Tierra y sus habitantes, y se enorgullecía de ello. Por lo tanto, tenía que conocer perfectamente las dificultades que los terrícolas tenían ante el Exterior en general, y ante las tormentas eléctricas en particular.

Amadiro podía haber estado seguro de que Baley quedaría reducido a un estado de total indefensión.

Y sin embargo, ¿por qué iba a desear que eso sucediera?

¿Para llevar a Baley de vuelta al Instituto? Ya le había tenido allí, pero entonces era un Baley en plena posesión de sus facultades y, junto con él, habían estado dos robots perfectamente capaces de defenderle físicamente. ¡Ahora iba a ser distinto!

Y si el vehículo quedaba inutilizado en plena tormenta, Baley quedaría inutilizado emocionalmente. Incluso podía ser que quedara inconsciente y, desde luego, incapacitado para resistirse a ser llevado de vuelta al Instituto. Y los robots de Baley tampoco se resistirían. Ante un Baley visiblemente enfermo, su única reacción adecuada sería ayudar a los robots de Amadiro a rescatarle.

De hecho, los dos robots tendrían que acompañar a Baley y lo harían sin más remedio.

Y si alguien desconfiaba alguna vez de la acción de Amadiro, éste podía decir que había temido por el bienestar de Baley al encontrarse bajo una tormenta, que había intentado retenerle en el Instituto sin conseguirlo, que había enviado sus robots para seguirle y constatar que se hallaba a salvo y que, cuando el planeador se había averiado en plena tormenta, los robots habían devuelto a Baley a buen puerto. A no ser que la gente comprendiera que había sido el propio Amadiro quien había ordenado el sabotaje del planeador (¿y quién iba a creer tal cosa o, más aún, quién podía demostrarlo?), la única reacción pública posible sería enaltecer a Amadiro

por sus sentimientos humanitarios, que todavía serían más celebrados por tratarse de un terrícola, un subhumano.

¿Y qué haría entonces Amadiro con Baley?

Nada, salvo mantenerle callado e impotente durante un tiempo. No era Baley el auténtico objetivo. Ahí estaba la cuestión.

Amadiro tendría además a los dos robots de Baley, y éstos serían ahora impotentes para modificar la situación. Sus instrucciones les obligaban de la manera más perentoria a proteger a Baley y, si éste se encontraba mal y precisaba cuidados, no podrían sino acatar las órdenes de Amadiro, siempre que tales órdenes fueran clara y manifiestamente para beneficio de Baley. Ni tampoco bastaría el propio Baley (quizás) para proteger a sus robots con las debidas contraórdenes, mucho menos si se encontraba bajo los efectos de algún sedante.

¡Estaba claro! ¡Estaba claro! Amadiro había tenido en sus manos a Baley, Daneel y Giskard, pero en una situación que no podía utilizar para sus fines. Les había hecho viajar en plena tormenta para poderles traer de nuevo, en una situación que sí podría utilizar. ¡Sobre todo a Daneel! Sí, Daneel era la auténtica clave.

Seguro que Fastolfe saldría más tarde a buscarles y que, finalmente, daría con ellos y les rescataría, pero para entonces ya sería demasiado tarde, probablemente.

¿Y qué querría Amadiro de Daneel?

Baley creía saberlo, pero ¿cómo podría demostrarlo?

La cabeza le dolía terriblemente y no le permitía seguir pensando. Si lograba volver opacas las ventanillas, quizá podría hacerse de nuevo un pequeño mundo interior, cerrado e inmóvil, y quizás así conseguiría reanudar su línea de pensamiento.

Sin embargo, no sabía cómo volver opacos los cristales. No podía hacer otra cosa que permanecer allí sentado y contemplar la tormenta que empezaba a ceder tras los cristales, escuchar el tamborileo de la lluvia contra las ventanas, observar los lejanos relámpagos y escuchar el sordo rumor de los truenos.

Cerró los ojos con fuerza. Los párpados también constituían un muro a su alrededor, pero no se atrevió a dormir.

La puerta del lado derecho del vehículo se abrió. Oyó la especie de suspiro que emitió al hacerlo. Notó que entraba una corriente de aire fría y húmeda y que la temperatura descendía, y percibió un intenso aroma a plantas y humedad que ahogaba el leve y familiar olor a aceite y tapicería, que por alguna razón le recordaba la Ciudad que ya dudaba si volvería a ver.

Abrió los ojos y tuvo la extraña visión de un rostro de robot que le contemplaba y se balanceaba de un lado al otro, aunque sin moverse realmente. Baley se sintió mareado.

El robot, que sólo era una sombra más oscura en la oscuridad del vehículo, parecía de gran tamaño. De algún modo, daba la impresión de eficiencia y capacidad.

—Perdone, señor —le oyó decir—. ¿No estaba usted en compañía de dos robots?

—Se han ido —murmuró Baley, poniendo la mejor cara de enfermo que pudo y dándose cuenta de que no tenía que fingir para ello. Un destello más brillante en el firmamento penetró bajo sus párpados, que ahora tenía semicerrados.

—¡Se han ido! ¿Dónde han ido, señor? —Después, como si aguardara una respuesta, añadió—: ¿Se encuentra usted mal, señor?

Baley sintió una distante punzada de satisfacción en lo más hondo de su cerebro, que todavía era capaz de formular pensamientos. Si el robot no hubiese tenido instrucciones específicas, habría respondido a los claros síntomas de malestar de Baley antes de hacer nada más. El hecho de que hubiera preguntado primero por los robots significaba que había recibido unas directrices muy claras y estrictas acerca de la importancia de éstos.

Todo parecía encajar.

Intentó aparentar una energía y una normalidad que no tenía y dijo:

—Estoy bien. No te preocupes por mí.

Probablemente aquello no habría bastado para convencer a un robot normal, pero éste había sido motivado de tal manera para buscar a Daneel (evidentemente), que aceptó aquellas palabras.

—¿Dónde han ido los robots, señor? —insistió.

—Han vuelto al Instituto de Robótica.

—¿Al Instituto? ¿Por qué, señor?

—Les ha llamado el maestro roboticista Amadiro y les ha ordenado que regresen. Yo estoy esperándoles.

—¿Por qué no ha ido con ellos, señor?

—El maestro roboticista Amadiro no quería que me expusiera a la tormenta y me ha ordenado quedarme aquí. Sigo las órdenes del maestro roboticista Amadiro.

Baley esperaba que la repetición de aquel prestigioso nombre con la inclusión del título honorífico, junto con la repetición de la palabra «orden», produciría su efecto en el robot y le convencería para dejar a Baley donde se encontraba. Por otro lado, si los robots habían recibido instrucciones particularmente estrictas de llevar a Daneel de vuelta con ellos, y si quedaban convencidos de que éste ya estaba de camino hacia el Instituto, seguramente se reduciría un poco la intensidad de su interés por Daneel. En tal caso, dispondrían de tiempo para pensar de nuevo en Baley. Seguramente dirían…

—Pero parece que no se encuentra usted bien, señor —dijo el robot.

Baley sintió una nueva punzada de satisfacción.

—Me encuentro bien —contestó.

Detrás del robot que le hablaba, Baley apreció vagamente la presencia de varios robots más, cuyo número no pudo precisar y cuyos rostros refulgían bajo los ocasionales destellos de los relámpagos. Cuando los ojos de Baley se adaptaban de nuevo a la oscuridad alcanzaba a ver el tenue resplandor de los ojos de los robots.

Volvió la cabeza. Junto a la puerta izquierda también había varios robots, aunque la puerta permanecía cerrada.

¿Cuántos habría enviado Amadiro? ¿Tendrían acaso órdenes de devolverles al Instituto por la fuerza, si era necesario?

—Las órdenes del maestro roboticista Amadiro han sido que mis robots regresaran al Instituto y que yo aguardara aquí. Ya ves que ellos están de vuelta y que yo estoy esperando. Si os ha enviado aquí para ayudar, y si tenéis un vehículo, id, encontrad a los robots, que están camino del Instituto, y transportadles hasta allí. Este planeador no funciona.

Baley procuró hablar sin titubeos y con firmeza, como habría hecho un hombre en condiciones normales, pero no lo consiguió del todo.

—Entonces, ¿han regresado a pie, señor?

—Encontradles —replicó Baley—. Las órdenes son muy claras.

El robot titubeó manifiestamente.

Baley se acordó por fin de mover el pie derecho, y esperó que el movimiento le saliera correctamente. Debería haberlo hecho antes, pero su cuerpo no respondía de modo adecuado a los impulsos de su cerebro.

Los robots todavía titubeaban y Baley se lamentó de ello. Él no era un espacial y desconocía las palabras precisas, el tono de voz apropiado, la expresión adecuada para manejar a los robots con la debida eficacia. Un roboticista experto podía dirigir a un robot con un gesto, con un movimiento de las cejas, como si se tratara de una marioneta de cuyos hilos estuviera tirando. Sobre todo si él mismo había diseñado ese robot.

Pero Baley no era más que un terrícola.

Frunció el ceño —lo cual le resultaba fácil en su estado— y susurró un hastiado «marchaos», al tiempo que hacía un gesto con las manos.

Quizás aquello añadió la gota necesaria para que su orden se impusiera… o quizás simplemente se produjo en el mismo instante en que el cerebro positrónico de los robots conseguía determinar, por medio de voltajes y contravoltajes, cómo cumplir sus instrucciones según las Tres Leyes.

Fuera como fuese, los robots habían alcanzado una resolución y, por fin, desaparecieron sus titubeos. Se retiraron a su vehículo, donde quiera que lo tuvieran, con tal velocidad y decisión que pareció que, sencillamente, se habían esfumado.

La puerta que el robot había mantenido abierta se cerró ahora por sí sola. Baley había movido el pie para ponerlo en el recorrido de la puerta al cerrarse. Se preguntó fríamente si la puerta le cercenaría limpiamente el pie, o si le aplastaría los huesos, pero no lo retiró. Seguramente, los vehículos estarían diseñados para impedir que tal desgracia pudiera ocurrir.

Volvía a estar solo. Había obligado a los robots a dejar solo a un ser humano que estaba visiblemente enfermo, y lo había conseguido jugando con la imperiosidad de las órdenes dadas por un competente maestro

roboticista que había intentado reforzar la Segunda Ley para sus propios propósitos, y lo había hecho hasta el punto de que las mentiras del propio Baley, tan evidentes, habían subordinado a dicha Segunda Ley el cumplimiento de la Primera.

¡Qué bien lo había hecho!, pensó Baley con fría satisfacción.

Advirtió que la puerta seguía aún entornada, inmóvil por la presencia de su pie, y observó que éste no había sufrido el menor daño.

65

Baley notó el aire frío arremolinándose en torno a su pie, y unas gotas de agua. Era una sensación terriblemente anormal, pero no podía dejar que la puerta se cerrase ya que después no sabría cómo abrirla. (¿Cómo abrían los robots aquellas puertas? Indudablemente, la cuestión no representaba ningún problema para los miembros de aquella cultura planetaria pero, en sus lecturas sobre la vida en Aurora, Baley no había encontrado instrucciones tan precisas como el modo de abrir la puerta de un planeador de uso corriente. Todo lo importante se daba por sabido en aquellos manuales. Aunque en teoría eran para informarle a uno, se daba por supuesto que quien los consultara ya conocía aquellos detalles).

Mientras pensaba en ello se palpó la ropa buscando los bolsillos, y hasta éstos resultaban difíciles de localizar. No estaban en los lugares habituales e iban sellados, de modo que tuvo que abrirlos a tientas hasta que descubrió el movimiento preciso que hacía que el sello se abriera. Sacó un pañuelo, hizo con él una pelota y la colocó entre la puerta y la jamba para que aquélla no se cerrara del todo. Entonces quitó por fin el pie.

Ahora tenía que pensar, si podía. No tenía objeto mantener la puerta abierta si no era para salir. Sin embargo, ¿había algún motivo para irse?

Si aguardaba dentro del planeador, Giskard acabaría por regresar y, probablemente, le pondría a salvo.

¿Se atrevería a esperar?

Baley no sabía cuánto tardaría Giskard en dejar a Daneel en lugar seguro y regresar.

Sin embargo, tampoco sabía cuánto tiempo tardarían los robots que les perseguían en llegar a la conclusión de que no encontrarían a Daneel y Giskard en ninguna de las rutas de acceso al Instituto. (Baley consideró imposible que Daneel y Giskard hubieran retrocedido hacia el Instituto en busca de refugio. En realidad, Baley no había llegado a ordenarles que no lo hicieran, pero ¿y si era la única ruta practicable para los robots? ¡No, era imposible!).

Baley movió la cabeza negándose en silencio a aceptar tal posibilidad, y en respuesta notó que le dolía. Se llevó las manos a ella y le rechinaron los dientes.

¿Cuánto tiempo seguirían la búsqueda los robots que les perseguían antes de decidir que Baley les había engañado… o se había equivocado él mismo? ¿Regresarían para ofrecerle su custodia, con toda corrección y con gran cuidado de no hacerle daño? ¿Podría mantenerlos a raya diciéndoles que moriría si quedaba expuesto a la tormenta?

¿Creerían ellos tal cosa? ¿Llamarían al Instituto para informar? Seguro que lo harían. ¿Vendrían entonces seres humanos? Éstos, desde luego, no se preocuparían demasiado por su bienestar…

Si Baley salía del planeador y encontraba algún lugar donde ocultarse entre los árboles de los alrededores, a los robots que les perseguían les resultaría mucho más difícil localizarle, y eso le permitiría ganar tiempo.

También a Giskard le resultaría más difícil encontrarle, pero éste contaría con unas instrucciones mucho más estrictas respecto a proteger a Baley que las de los otros robots respecto a encontrarle. El objetivo principal de Giskard sería localizar a Baley, mientras que el de los otros robots sería encontrar a Daneel.

Además, Giskard estaba programado por el propio Fastolfe y Amadiro, aunque fuera un buen roboticista, no estaba a la altura del doctor Fastolfe.

Entonces, en igualdad de condiciones, seguro que Giskard regresaba antes de que los otros robots lo hicieran.

Sin embargo, ¿serían iguales las condiciones? Con un leve asomo de cinismo, Baley pensó: «Estoy rendido y ya no puedo ni razonar. Sencillamente, estoy asiéndome a cualquier cosa que me ofrezca un consuelo».

Con todo, ¿qué otra cosa podía hacer salvo jugarse sus posibilidades según él entendía éstas?

Se apoyó en la puerta y se encontró al aire libre. El pañuelo cayó a la hierba húmeda y rala, y se agachó automáticamente a recogerlo, sosteniéndolo entre las manos mientras se alejaba del vehículo tambaleándose. Se sentía abrumado por la cortina de agua que le empapaba el rostro y las manos. Al cabo de poco rato tenía la ropa mojada y pegada al cuerpo y estaba temblando de frío.

En el cielo estalló un relámpago sobrecogedor, demasiado rápido para que Baley tuviera tiempo de cerrar los ojos, seguido de un poderoso rugido que le hizo quedarse agarrotado de terror tapándose los oídos con las manos.

¿Acaso la tormenta volvía a intensificarse? ¿O sólo había sonado más intenso porque se encontraba al aire libre?

Tenía que moverse. Tenía que apartarse del vehículo para que los perseguidores no pudieran encontrarle demasiado fácilmente. No debía titubear y permanecer en sus proximidades, pues para eso igual podía haberse quedado dentro… y sin mojarse.

Intentó secarse el rostro con el pañuelo, pero éste estaba tan mojado como aquél y lo dejó correr. Era inútil.

Siguió avanzando con las manos extendidas al frente. ¿No había una luna que orbitaba Aurora? Le pareció recordar que alguien había mencionado algo así, y pensó cuánto agradecería su luz. Sin embargo, tampoco serviría de nada pues, aunque existiera y estuviese en el firmamento en aquel instante, las nubes la ocultarían.

Notó algo. No alcanzó a ver qué era, pero supo que se trataba de la rugosa corteza de un árbol. Indudablemente, era un árbol. Hasta un hombre de Ciudad podría reconocerlo.

Entonces recordó que los rayos podían caer sobre los árboles y matar a quien se encontrara debajo. No recordaba haber leído nunca una descripción de lo que se sentía al ser alcanzado por un rayo, o de si existían medidas para evitarlo. Tampoco conocía a nadie en la Tierra que hubiera sido alcanzado por alguno.

Tanteó el tronco del árbol y se sintió abrumado por el miedo. ¿Cuánto era la mitad de su circunferencia, para poder seguir en la dirección que llevaba? ¿No estaría volviendo sobre sus pasos?

¡Adelante!, se dijo.

Bajo sus pies, los matorrales se hicieron más espesos y le hicieron difícil avanzar. Era como si unos dedos huesudos le retuvieran. Dio un tirón, malhumorado, y oyó el sonido de la tela al desgarrarse.

¡Adelante!

Le castañeteaban los dientes y todo su cuerpo temblaba.

Otro relámpago. Y no de los pequeños. Por un instante, tuvo una visión de dónde se encontraba.

¡Arboles! Un buen grupo. Estaba en un pequeño bosque. ¿Era más peligroso un grupo de árboles que uno solo por lo que a los relámpagos se refería?

Lo ignoraba.

¿Sería preferible no tocar los árboles?

Tampoco lo sabía. La muerte por efectos de un rayo no existía en las estadísticas de las Ciudades y las novelas históricas que la mencionaban (e incluso los relatos auténticamente históricos) no entraban en detalles.

Alzó la mirada al negro firmamento y notó la lluvia que le caía de lleno. Se limpió los ojos mojados con las manos, igualmente mojadas.

Siguió avanzando a trompicones, procurando levantar los pies del suelo. En un momento dado, sus pies se hundieron en una pequeña corriente de agua y resbaló sobre los guijarros del fondo.

Era extraño, pero aquello no le hizo sentirse más mojado.

Siguió adelante. Los robots no le encontrarían. ¿Y Giskard?

No sabía dónde estaba, ni a dónde se dirigía, ni a qué distancia estaba de cualquier sitio.

Si quería regresar al planeador, no sabía por dónde hacerlo.

Si intentaba saber dónde se encontraba, tampoco podía hacerlo.

Y la tormenta seguiría eternamente hasta que finalmente Baley se disolviera y formara un arroyo y entonces ya nadie podría encontrarle jamás.

Y sus moléculas disueltas flotarían corriente abajo hasta el océano.

¿Había océanos en Aurora?

¡Naturalmente que los había! Y mayores que los de la Tierra, aunque en los polos de Aurora había más hielo.

Y él flotaría hasta el hielo, ay, y allí quedaría congelado, brillando bajo el frío sol anaranjado.

Sus manos volvieron a tocar un árbol… las manos mojadas… el árbol mojado… el rumor del trueno… qué curioso que no hubiera visto el fulgor del relámpago… ¿o el relámpago había llegado primero…? ¿Le había tocado?

No sintió nada… salvo el suelo.

Tenía el suelo debajo porque sus dedos estaban escarbando en el frío barro. Volvió la cabeza para respirar. Se sentía muy cómodo. No tenía que caminar más. Podía esperar allí. Giskard le encontraría.

De pronto se sintió totalmente seguro de ello. Giskard tenía que encontrarle porque…

No, había olvidado el porqué. Era la segunda vez que olvidaba algo. Antes de dormirse… ¿Era lo mismo lo que había olvidado en ambas ocasiones…? ¿Era lo mismo…?

No importaba.

Todo acabaría bien… todo…

Y quedó allí tendido, solo e inconsciente, bajo la lluvia y al pie de un árbol, mientras la tormenta seguía descargando.

16. OTRA VEZ GLADIA

66

Cuando todo hubo pasado, echando la vista atrás y calculando el tiempo, podía apreciarse que Baley había permanecido inconsciente no menos de diez minutos y no más de veinte.

Sin embargo, entonces, podía haber transcurrido cualquier lapso de tiempo entre el cero y el infinito. Tuvo conciencia de una voz cerca de él. No alcanzó a entender las palabras, sólo captó la voz. Le confundió el hecho de que le sonara extraña y resolvió el asunto a su satisfacción cuando reconoció la voz como perteneciente a una mujer.

Notó en torno a él unos brazos que le rodeaban. Un brazo —un brazo suyo— quedó colgando a un costado. También la cabeza le colgaba.

Intentó débilmente incorporarse, pero no lo consiguió. Volvió a oír la voz de la mujer.

Abrió fatigosamente los ojos. Se sintió frío y mojado, y de pronto advirtió que la lluvia había dejado de golpearle. Tampoco estaba a oscuras, o al menos no del todo. Había una suave luz difusa y, gracias a ella, reconoció el rostro de un robot.

—Giskard —susurró al advertir quién era, y con el nombre volvió a su recuerdo la tormenta y el vuelo. Giskard había llegado primero; Giskard le había encontrado antes de que lo hicieran los otros robots.

«Sabía que lo conseguiría», se dijo Baley con satisfacción.

Dejó que los ojos se le cerraran de nuevo y notó que avanzaba rápidamente, pero con una leve, aunque manifiesta irregularidad que le hizo

darse cuenta de que alguien le llevaba a cuestas. Después, notó que se detenían y aguantó algunas sacudidas hasta que se encontró descansando en algo mucho más cálido y cómodo. Supo que se trataba del asiento de un vehículo cubierto, quizá, con toallas, pero no se preguntó cómo podía saberlo.

Tuvo la sensación de avanzar suavemente por el aire, y sintió el tacto de un tejido suave y absorbente en el rostro y en las manos. Se dio cuenta de que le abrían la camisa, notó una corriente de aire frío en el pecho, y luego el mismo tejido suave y absorbente que le secaba.

Después, las sensaciones se agolparon sobre él.

Estaba en un establecimiento. Había destellos de paredes, de luces, de objetos (diversas formas y siluetas de muebles), que percibía de vez en cuando, al abrir los ojos.

Notó que le quitaban metódicamente la ropa e hizo unos débiles e inútiles intentos de colaborar. A continuación, percibió que le sumergían en agua caliente y le frotaban vigorosamente. El masaje se prolongó, y deseó que no cesara nunca.

En un momento dado, se le ocurrió algo y asió el brazo de quien estaba frotándole.

—¡Giskard! ¡Giskard! —susurró.

—Estoy aquí, señor —oyó responder al robot.

—Giskard, ¿y Daneel, está bien?

—Perfectamente, señor.

—Bien.

Baley volvió a cerrar los ojos y no hizo ningún esfuerzo para colaborar en el secado. Notó que le daban vueltas y vueltas bajo un chorro de aire caliente, y que le vestían otra vez con una especie de cálido batín.

¡Un lujo! No le había sucedido nada semejante desde que era un niño, y de pronto sintió lástima por los bebés, a quienes había que hacérselo todo y que no tenían suficiente conciencia de ello para disfrutarlo.

¿O sí la tenían? ¿Era acaso el recuerdo oculto de aquel lujo de la infancia un determinante de la conducta en la edad adulta? ¿Era quizá la sensación que ahora percibía una mera expresión del placer de ser otra vez un niño?

Además, había oído una voz de mujer. ¿Su madre?

No, eso era imposible.

—¿Mamá?

Ahora estaba sentado en una butaca. Sintió, comprendió de algún modo, que aquel breve y feliz instante de infancia reencontrada estaba a punto de terminar. Tenía que volver al triste mundo adulto en que cada uno se cuidaba de sí mismo.

Sin embargo, quedaba aquella voz de mujer… ¿Qué mujer?

Baley abrió los ojos.

—¿Gladia?

67

Fue una pregunta, una interrogación sorprendida, pero en el fondo de su ser no estaba verdaderamente extrañado. Pensándolo bien, advirtió, había reconocido su voz desde el primer momento.

Miró a su alrededor. Giskard estaba en la habitación, pero Baley no le hizo caso. Lo primero era lo primero.

—¿Dónde está Daneel? —preguntó.

—Acaba de limpiarse y secarse en las habitaciones de los robots y está poniéndose ropa seca —contestó Gladia—. Le acompañan mis robots domésticos, que tienen instrucciones muy precisas. Te aseguro que ningún extraño puede acercarse a menos de cincuenta metros de mi establecimiento sin que lo sepamos de inmediato. Giskard también está ya limpio y seco.

—Sí, ya lo veo —asintió Baley. No le preocupaba Giskard, sino Daneel. Se sintió aliviado al ver que Gladia parecía aceptar la necesidad de proteger al robot sin ponerle a él en el compromiso de tener que explicarle las razones para ello.

Sin embargo, le asaltó de pronto la idea de que había una brecha en aquella cortina de seguridad y en su voz apareció una nota quejumbrosa.

—¿Por qué le dejaste solo para venir a buscarme, Gladia? Ausente tú, no quedaba en el establecimiento ningún humano que pudiera detener a una banda de robots extraños. Daneel pudo ser raptado.

—Tonterías —respondió Gladia con brío—. No hemos estado fuera mucho rato, y el doctor Fastolfe estaba al corriente. Muchos de sus robots se han unido a los míos, y él podía presentarse aquí en cuestión de minutos si era necesario. ¡Y me gustaría ver qué grupo de robots extraños puede enfrentarse con él!

—¿Has visto a Daneel desde que hemos regresado, Gladia?

—¡Naturalmente! Está a salvo, te lo aseguro.

—Gracias. —Baley se relajó y cerró los ojos. Pensó que, aunque pareciera mentira, las cosas no estaban tan mal.

Por supuesto que no. Había sobrevivido, ¿no? Cuando pensó en ello, algo en su interior sonrió y se sintió feliz.

Había sobrevivido, ¿verdad? Abrió los ojos y murmuró:

—¿Cómo me habéis encontrado, Gladia?

—Ha sido Giskard. Han llegado aquí los dos, y Giskard me ha puesto rápidamente al corriente de la situación. Yo me he dispuesto en seguida a asegurarme que Daneel permaneciera a salvo, pero él no ha querido moverse hasta que le he prometido que enviaría a Giskard en tu busca. Su actitud ha sido muy elocuente, Elijah. Las respuestas de Daneel respecto a ti son muy intensas.

»Daneel se ha quedado aquí, naturalmente. La idea no le ha gustado en absoluto, pero Giskard ha insistido en que yo le ordenara quedarse con toda la autoridad de que fuera capaz. Debiste de darle a Giskard unas órdenes muy tajantes. Después, nos hemos puesto en contacto con el doctor Fastolfe y, a continuación, hemos salido en mi planeador personal.

Baley movió la cabeza con aire preocupado.

—No deberías haber venido, Gladia. Tu lugar estaba aquí, asegurándote de que Daneel estuviera a salvo.

El rostro de Gladia adoptó una expresión enfurruñada.

—¿Y dejarte agonizando en plena tormenta, según las noticias que teníamos? ¿O dejar que te cogieran los enemigos del doctor Fastolfe? Ya tengo una pequeña holografía de mí misma dejando que tal cosa suceda. No, Elijah. Mi presencia podía ser necesaria para ahuyentar a los otros robots si ellos te habían encontrado antes. Quizá no sirva para muchas cosas más, pero permíteme que te recuerde que cualquier nativo de Solaria sabe

manejar multitudes enteras de robots. Estamos muy acostumbrados a hacerlo.

—Pero ¿cómo me habéis encontrado?

—No ha sido tan terriblemente difícil. En realidad, tu planeador no estaba muy lejos, así que hubiéramos podido ir a buscarte a pie de no haber sido por la tormenta.

—¿Significa eso que casi habíamos conseguido llegar hasta el establecimiento de Fastolfe?

—En efecto —contestó Gladia—. O bien el sabotaje del planeador no había sido suficiente para obligaros a abandonarlo antes, o la habilidad de Giskard lo ha mantenido en marcha más tiempo del que esos vándalos habían previsto. Si el planeador se hubiera averiado más cerca del Instituto, quizás os habrían capturado a todos. Como te decía, hemos acudido con mi planeador al lugar donde habíais caído. Giskard sabía dónde se encontraba, naturalmente, y hemos salido…

—Y te has quedado empapada, ¿verdad, Gladia?

—No me he mojado lo más mínimo —replicó ella—. Llevaba una gran capa para la lluvia y una esfera de luz. Los zapatos han quedado un poco embarrados y me ha entrado un poco de humedad en los pies, porque no había tenido tiempo de rociarlos con látex, pero eso no tiene importancia. Como decía, hemos regresado a tu planeador menos de media hora después de que Giskard y Daneel lo abandonasen y, naturalmente, no estabas allí.

—He tratado de… —empezó a decir Baley.

—Sí, ya lo sabemos. Creí que los otros te habían capturado, pues Giskard me había explicado que os seguían. Sin embargo, Giskard ha encontrado tu pañuelo a unos cincuenta metros del vehículo y ha dicho que debías de haberte alejado en aquella dirección. Ha dicho también que era un acto ilógico, pero que a menudo los humanos hacían cosas ilógicas y que debíamos buscarte. Así pues, los dos hemos empezado a rastrear tu pista utilizando la esfera de luz, pero ha sido Giskard quien te ha encontrado. Ha dicho que veía el resplandor infrarrojo del calor de tu cuerpo en la base del árbol, y entre los dos te hemos recogido y te hemos traído de vuelta.

—¿Por qué era tan ilógico que me alejase del planeador? —preguntó Baley un poco enojado.

—Giskard no lo ha dicho. ¿Quieres preguntárselo, Elijah? —preguntó señalando al robot.

—¿Qué significa esa frase, Giskard?

La imperturbabilidad del robot desapareció al instante y sus ojos enfocaron a Baley.

—He considerado que se había expuesto innecesariamente a la tormenta, señor. Si hubiera esperado en el planeador, le habríamos traído aquí más pronto.

—Los otros robots podían haberme capturado antes.

—Lo han hecho, señor, pero usted los ha ahuyentado.

—¿Cómo lo sabes?

—Había muchas huellas de pies de robots junto a las puertas, en ambos lados, pero no había signos de humedad en el planeador, como hubiera sido lógico si hubieran entrado en el vehículo para sacarle a usted. También he considerado que usted no habría salido del planeador por su propia voluntad para acompañarles, señor. Y si ya los había ahuyentado, no había necesidad de temer que regresaran demasiado pronto ya que, según su propia valoración de la situación, de quien iban detrás en realidad era de Daneel, y no de usted. Además, podría usted haber estado seguro de que yo regresaría pronto.

—Precisamente eso he pensado —murmuró Baley—, pero he creído que confundir un poco la situación podía ser más conveniente. He hecho lo que me ha parecido mejor y, aun así, me has encontrado.

—En efecto, señor.

—Pero ¿por qué me has traído aquí? Si estábamos cerca del establecimiento de Gladia, lo estábamos también, o incluso más, del doctor Fastolfe.

—No del todo, señor. Esta residencia estaba un poco más próxima y he juzgado, por lo imperioso de sus órdenes, que cada momento contaba para asegurarse de que a Daneel no le sucediera nada. Daneel ha estado de acuerdo en ello, aunque se ha mostrado muy reacio a dejarle a usted. Estando él aquí, he considerado que usted también querría venir para, si así lo deseaba, asegurarse por sí mismo de que Daneel estaba a salvo.

Baley asintió y dijo con un gruñido (pues todavía estaba molesto por la observación referente a su falta de lógica):

—Has hecho bien, Giskard.

—¿Es muy importante que veas al doctor Fastolfe, Elijah? Puedo hacer que venga, si quieres. O puedo comunicarte con él por triménsico.

Baley se echó hacia atrás en su asiento otra vez. Había dispuesto de tiempo para advertir que sus procesos mentales estaban embotados y que se encontraba muy fatigado. No le haría ningún bien verse con Fastolfe en aquel momento.

—No —respondió—. Le veré mañana después del desayuno. Hay suficiente tiempo. Y después creo que iré a ver otra vez a ese tipo, Kelden Amadiro, el jefe del Instituto de Robótica. Y a ese alto dignatario… ¿cómo le llamáis? El Presidente. Supongo que él también estará allí.

—Pareces terriblemente cansado, Elijah —dijo Gladia—. Desde luego, aquí no existen esos microorganismos, esos gérmenes y virus que tenéis en la Tierra, y además has sido sometido a una limpieza completa, así que no padecerás ninguna de esas enfermedades que existen en tu planeta, pero aun así tienes un aspecto de evidente cansancio.

¿Después de todo aquello no iba a sufrir un resfriado, una gripe, una pulmonía?, pensó Baley. Vivir en un mundo espacial era una gran ventaja, en este aspecto.

—Reconozco que estoy cansado, pero eso puede curarse con un poco de descanso —murmuró.

—¿Tienes hambre? Es hora de cenar.

—No me apetece comer —respondió Baley haciendo una mueca.

—No estoy segura de que te convenga ayunar. Quizá no quieras una comida fuerte, pero ¿qué te parece un poco de sopa caliente? Te sentaría muy bien.

Baley sintió el impulso de sonreír. Quizá Gladia fuera solariana pero, en las circunstancias adecuadas, podía pasar perfectamente por una mujer de la Tierra. Baley sospechó que lo mismo podía decirse también de las auroranas. Había cosas que no cambiaban con las diferencias culturales.

—¿Tienes preparada esa sopa? No quiero causar ninguna molestia.

—No causas ninguna molestia. Tengo servicio en el establecimiento, quizá no tan numeroso como en Solaria pero suficiente para preparar cualquier plato razonable en muy poco tiempo. Ahora, quédate ahí sentado y dime qué sopa prefieres. El servicio se ocupará de todo.

Baley no pudo resistirse.

—¿Una sopa de pollo?

—Desde luego —contestó Gladia. Después, con aire inocente, añadió —: Precisamente es lo que habría sugerido yo. Y con unos pedazos de pollo, para que sea un poco más sustanciosa.

Baley tuvo delante el tazón de sopa con una rapidez sorprendente.

—¿Tú no vas a comer, Gladia? —preguntó.

—Ya lo he hecho mientras a ti te bañaban y te trataban.

—¿Me trataban?

—Un simple reajuste bioquímico rutinario, Elijah. Habías sido dañado psicológicamente y no queríamos repercusiones. ¡Come de una vez!

Baley se llevó a la boca una cucharada para probar la sopa. No era del todo mala, aunque mostraba la rara tendencia de todas las comidas de Aurora a utilizar más especias de lo que Baley estaba acostumbrado. O quizás era que se preparaban con especias distintas a las que habitualmente tomaba en la Tierra.

De repente, le vino a la memoria el recuerdo de su madre. Fue como una detallada imagen en la que aparecía muy joven, más incluso de lo que el propio Baley era ahora. Volvió a verla de pie, delante de él, como cuando de niño se rebelaba y no quería comer su «sopita buena». «Vamos, Lije —oyó decir de nuevo a su madre—. Eso es pollo de verdad, y muy caro. Ni siquiera los espaciales comen algo tan bueno».

Y tenía razón. Baley se lo dijo mentalmente en la distancia de los años transcurridos. «¡Tenías razón, mamá!».

Lo decía en serio. Si realmente podía confiar en sus recuerdos y en el poder de las papilas gustativas de su juventud, la sopa de pollo de su madre, cuando no se hacía aburrida de tanto repetirse, era superior a la de cualquiera.

Tomó otra cucharada, y otra, y cuando terminó el tazón, murmuró con aire avergonzado:

—¿No podría tomar un poco más?

—Toda la que quieras, Elijah.

—Sólo un poquito más.

Cuando ya estaba terminando, Gladia le dijo:

—Elijah, esa reunión de mañana por la mañana…

—¿Sí, Gladia?

—¿No significa que ya has terminado la investigación? ¿Sabes qué le sucedió a Jander?

—Tengo cierta idea de lo que pudo sucederle a Jander —contestó Baley midiendo sus palabras—. Pero no creo que pueda convencer a nadie de que tengo razón.

—Entonces, ¿por qué vas a tener esa reunión?

—No ha sido idea mía, Gladia. La propuesta es del maestro roboticista Amadiro. Está en contra de la investigación y tratará de hacerme volver a la Tierra inmediatamente.

—¿Ha sido él quien ha saboteado el planeador y quien ha intentado raptar a Daneel por medio de esos robots?

—Creo que sí.

—¿Y no hay manera de juzgarle, condenarle y castigarle por ello?

—Desde luego que la habría, si no fuera por el insignificante detalle de que carezco de pruebas —contestó Baley, con aire pesaroso.

—¿Así que Amadiro puede hacer todo eso y salirse con la suya? ¿Puede conseguir también que se ponga término a la investigación?

—Me temo que tiene algunas posibilidades de conseguirlo. Como él dice, la gente que no espera obtener justicia sufre menos decepciones.

—Pero no debería hacerlo. Tienes que impedírselo. Es necesario que completes la investigación y que descubras la verdad.

—¿Y si no puedo descubrirla? —suspiró Baley—. ¿O si lo logro pero no consigo que la gente me haga caso?

—¡Seguro que puedes descubrirla, y seguro que consigues que te escuchen!

—Tienes una fe en mí que resulta conmovedora, Gladia. Sin embargo, si la Asamblea Legislativa Mundial de Aurora decide enviarme de nuevo a

la Tierra y ordena que ponga término a la investigación, no habrá nada que yo pueda hacer.

—Estoy segura de que no querrás volver con las manos vacías.

—Naturalmente que no. Y no es sólo volver con las manos vacías, sino algo mucho peor, Gladia. Regresaré con mi carrera arruinada y con el futuro de la Tierra destruido.

—Entonces, no permitas que lo hagan, Elijah.

—¡Jehoshaphat, Gladia!, voy a intentarlo, pero no puedo mover un planeta con mis manos. No puedes exigirme milagros.

Gladia asintió y, bajando la vista al suelo, se llevó el puño a la boca y permaneció inmóvil en su asiento, sumida en profundos pensamientos. Baley tardó un buen rato en darse cuenta de que estaba llorando en silencio.

68

Baley se levantó rápidamente y dio la vuelta a la mesa hasta llegar junto a ella. Distraídamente, notó con cierto disgusto que le temblaban las piernas y que tenía un tic en los músculos del muslo derecho.

—Gladia —musitó en tono apremiante—, no llores.

—No te preocupes, Elijah —susurró ella—. Se me pasará.

Baley permaneció a su lado, indeciso, y extendió la mano hacia ella con gesto dubitativo.

—No voy a tocarte —dijo—. Creo que será mejor que no lo haga, pero…

—¡Oh, tócame, tócame! Ya no tengo tantos reparos y sé que no vas a contagiarme nada. No soy como… como era antes.

Baley acabó de extender la mano y tocó el codo de Gladia, y lo apretó ligera y tímidamente con las yemas de sus dedos.

—Haré lo que pueda mañana, Gladia —murmuró—. Pondré todo mi empeño.

Al oírlo, Gladia se levantó, se volvió hacia él, y exclamó:

—¡Oh, Elijah!

Automáticamente, sin advertir apenas lo que estaba haciendo, Baley tendió hacia ella los dos brazos. Y de modo igualmente automático, ella se adelantó hacia él y un instante después Baley la estaba abrazando mientras ella le apoyaba la cabeza en el pecho.

Baley la abrazó con toda la suavidad de que fue capaz, esperando que en cualquier instante Gladia se diera cuenta de que estaba entre los brazos de un terrícola. (Era indudable que la solariana había abrazado un robot humaniforme, pero no era lo mismo hacerlo con un nativo de la Tierra).

Gladia sorbió sus lágrimas sonoramente y murmuró algo con los labios medio ocultos en la camisa de Baley.

—No es justo —murmuró—. Es porque soy solariana. A nadie le importa en realidad lo que le sucedió a Jander, pero las cosas no serían iguales si yo fuera aurorana. Este asunto se reduce a los prejuicios y las maniobras políticas.

Baley pensó que los espaciales también eran humanos. Las palabras de Gladia eran exactamente las mismas que hubiera podido pronunciar Jessie en aquella situación. Y si fuera Gremionis quien tuviera entre sus brazos a Gladia, diría exactamente lo que él iba a decir, si se le ocurrían las palabras justas. Y por fin las encontró:

—Vamos, eso no es del todo cierto. Estoy seguro de que al doctor Fastolfe le importa lo que le sucedió a Jander.

—No, en realidad, no le importa. Lo único que pretende es imponerse en la Asamblea Legislativa, y eso mismo anda buscando Amadiro. Estoy segura de que cualquiera de ambos utilizará el asunto de Jander para conseguir sus fines.

—Te prometo que no voy a negociar con el tema de Jander.

—¿No? Si yo te dijera que podías regresar a la Tierra salvando tu honor profesional y sin consecuencias adversas para tu mundo, siempre que te olvidaras del asunto Jander, ¿qué harías?

—No sirve de nada imaginar situaciones hipotéticas que es imposible que se produzcan. No piensan darme nada a cambio de olvidar ese asunto. Lo único que intentarán es enviarme de vuelta sin otro equipaje que mi ruina personal y la de mi mundo. Pero estoy seguro de que, si me dejaran,

conseguiría encontrar al autor de la destrucción de Jander y me encargaría de que recibiera su justo castigo.

—¿Qué significa eso de si te dejaran? ¡Oblígales a que te lo permitan!

Baley respondió con una amarga sonrisa en los labios.

—Si acabas de decir que los auroranos no te prestan atención porque eres de Solaria, imagínate el poco respeto que te tendrían si vinieras de la Tierra, como yo.

La estrechó con más fuerza, olvidándose de que era un terrícola pese a que acababa de decirlo.

—Sin embargo, lo intentaré, Gladia. No quiero darte falsas esperanzas, pero no tengo las manos totalmente vacías. Lo intentaré…

Su voz se apagó. Gladia se apartó ligeramente de él para mirarle al rostro.

—Repites que lo intentarás, pero ¿cómo?

—Bien, puedo… —repuso Baley, aturdido.

—¿Encontrar al asesino?

—O lo que sea. Gladia, por favor, tengo que sentarme. Extendió el brazo tanteando la mesa y apoyándose en ella a continuación.

—¿Qué te ocurre, Elijah? —preguntó la mujer.

—He tenido un día difícil, es evidente, y creo que todavía no me he recuperado del todo.

—Entonces, será mejor que te acuestes.

—A decir verdad, Gladia, me gustaría hacerlo.

Ella le soltó, con el rostro visiblemente preocupado y sin espacio ya para más lágrimas. Levantó el brazo e hizo un rápido movimiento. De inmediato, Baley se vio rodeado (o eso pensó) por varios robots.

Y cuando por fin estuvo en la cama y el último de los robots se hubo marchado, Baley se descubrió con la mirada fija en la oscuridad.

No sabía si todavía estaba lloviendo en el Exterior o si los débiles destellos de algún relámpago lanzaban todavía sus últimos chispazos soñolientos, pero tenía la seguridad de que no se oía ningún trueno.

Exhaló un profundo suspiro y pensó: «Bien, ¿qué es lo que le he prometido a Gladia? ¿Qué sucederá mañana?».

Sería el último acto: ¿Fracasaría?

Y mientras se deslizaba hacia la frontera del mundo de los sueños, Baley pensó en aquel increíble destello de inspiración que le había iluminado antes de dormirse.

69

Aquello le había sucedido en dos ocasiones. La primera, la noche anterior cuando, como ahora, estaba a punto de dormirse; la segunda, aquella misma tarde, cuando estaba quedándose inconsciente al pie del árbol, bajo la tormenta.

En ambas ocasiones se le había ocurrido algo, una inspiración que desvelaba el enigma igual que los relámpagos habían iluminado la noche.

E igual que éstos, aquella inspiración sólo había brillado en su mente por un instante.

¿De qué se trataba?

¿Volvería a tenerla?

En esta ocasión, trató conscientemente de conseguirlo, de capturar la esquiva verdad. ¿O era una esquiva fantasía? ¿Se trataba quizá de un atractivo sinsentido que surgía de su mente cuando la razón y la conciencia desaparecían, y que no se podía analizar adecuadamente en ausencia de un cerebro consciente que pensara de modo apropiado?

Pese a todo, el rastro de la inspiración fue haciéndose difuso en su mente. Era evidente que no podía hacerlo surgir a voluntad, igual que no se podía hacer surgir un unicornio en un mundo donde no existían los unicornios.

Era más fácil pensar en Gladia y en cómo se había sentido. Había podido apreciar el suave tacto de su blusa de seda, pero debajo de ella había notado sus brazos delicados y su espalda suave y lisa.

¿Se habría atrevido a besarla si las piernas no hubieran empezado a doblársele? ¿O eso hubiera sido ir demasiado lejos?

Oyó su propia respiración que exhalaba un leve ronquido y, como siempre, se sintió algo avergonzado. Se sacudió un poco para despertarse otra vez, y volvió a pensar en Gladia. Antes de irse, desde luego… pero no,

si a cambio ella no obtenía nada… ¿Sería eso un pago por los servicios pres…? Oyó de nuevo el leve ronquido, y esta vez le preocupó menos.

Gladia… No había creído volver a verla nunca… y menos tocarla… y mucho menos abrazarla… abrazarla…

Y Baley no tenía modo de saber en qué momento pasaba de los pensamientos a los sueños.

La tenía de nuevo en sus brazos, como antes… Pero no llevaba blusa… y su piel era cálida y suave… y su mano se movía lentamente sobre su hombro acariciándole la clavícula y los surcos ocultos entre las costillas…

Había en su sueño un aura de absoluta realidad. Todos sus sentidos participaban de ella. Olía su cabello y sus labios saboreaban la piel de ella, leve, levísimamente salada… y de pronto, de algún modo, ya no estaban de pie. ¿Habían estado acostados desde el principio, o se habían tendido en la cama mientras la acariciaba? ¿Y qué había sucedido con las luces?

Notó el colchón debajo del cuerpo y la sábana encima… oscuridad… y ella seguía entre sus brazos, y tenía el cuerpo desnudo.

Se despertó de pronto, sobresaltado.

—¿Gladia?

La inflexión de su voz fue inquisitiva, incrédula…

—Calla, Elijah —murmuró Gladia al tiempo que le ponía suavemente los dedos sobre los labios—. No digas nada.

Era como si le hubieran pedido que detuviera el fluir de la sangre en sus venas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—¿No lo ves? —respondió ella—. Estoy en la cama contigo.

—Pero ¿por qué?

—Porque lo deseo —musitó Gladia al tiempo que apretaba su cuerpo contra el de él. Cogió entre los dedos el tirante de su camisón y la costura que lo sostenía se abrió.

—No te muevas, Elijah. Estás cansado y no quiero que te agotes.

Baley sintió dentro de sí una cálida agitación y decidió no proteger más a Gladia de sí mismo.

—No estoy cansado, Gladia —susurró.

—¡No! —contestó ella enérgicamente—. ¡Descansa! Quiero que descanses. No te muevas.

La boca de Gladia estaba sobre la de él como si intentara obligarle a guardar silencio. Baley se relajó y por un breve instante tuvo conciencia de estar siguiendo órdenes, de que realmente estaba cansado y de que prefería dejar hacer, en lugar de tomar la iniciativa. Y con una cierta sensación de vergüenza, pensó que la actitud de ella le permitía diluir su sentimiento de culpabilidad. (Baley se oyó decir a sí mismo: «No pude evitarlo, fue iniciativa de ella»). ¡Jehoshaphat, cuánta cobardía! ¡Qué actitud más intolerablemente rastrera!

Sin embargo, también aquellos pensamientos se diluyeron. Por alguna razón, había una suave música en el ambiente y la temperatura había subido un poco. La sábana había desaparecido, igual que su pijama. Sintió que su cabeza se posaba entre los brazos de ella y apretó el rostro contra la suavidad de su pecho.

Con aire algo distante y sorprendido, advirtió —por la posición de Gladia— que la suavidad que notaba bajo su mejilla era uno de los pechos de ella, y que el pezón quedaba justo a la altura de sus labios, apretado firmemente contra ellos.

Gladia seguía con un suave murmullo la música, una deliciosa y arrulladora tonada que Baley no reconoció.

Se sintió mecido suavemente mientras las yemas de los dedos de Gladia le acariciaban el cuello y la barbilla. Se relajó, contento de no tener que hacer nada, de dejarle a ella la iniciativa para desarrollar toda la actividad. Cuando ella le cogió los brazos, no se resistió y los dejó descansar donde ella los colocó.

No pudo evitarlo y, cuando empezó a responder con una excitación cada vez mayor, fue sólo porque le resultó imposible reaccionar de otro modo.

Gladia parecía incansable y Baley no deseaba detenerla. Además de la sensualidad de la respuesta sexual, Baley volvió a sentir lo mismo que un rato antes, el lujo absoluto de la pasividad infantil.

Y al final, no pudo seguir respondiendo y ella pareció no poder hacer más. Gladia recostó la cabeza en el hueco entre el hombro y el pecho de él y

le puso un brazo sobre las costillas mientras con la otra mano acariciaba con ternura el cabello de Baley, corto y rizado.

Le pareció oírla murmurar:

—Gracias… Gracias…

«¿Por qué?», se preguntó él.

Ahora apenas era consciente de la presencia de ella, pues aquel final extrañamente suave de una jornada tan agotadora resultaba un somnífero mejor que el opio. Notó que la conciencia se iba de él, como si sus dedos se soltaran del borde de un acantilado de ruda realidad y cayera, cayera…, atravesando una imperceptible barrera, al océano de los sueños y a su apacible oleaje.

Y mientras lo hacía, aquel pensamiento que antes no había podido evocar se manifestó de nuevo. Por tercera vez, se levantaba el telón y todos los acontecimientos desde que abandonara la Tierra encajaban una vez más. Nuevamente, todo estaba claro. Pugnó por hablar, por oír las palabras que precisaba oír, por concretarlas y convertirlas en parte de sus procesos mentales conscientes. Sin embargo, aunque se agarró a ellas con todas las fuerzas de su mente, sintió que se le escapaban hasta que desaparecieron sin dejar rastro.

Por lo que a aquello se refería, el segundo día de Baley en Aurora terminaba igual que el primero.

17. EL PRESIDENTE

70

Cuando Baley abrió los ojos, descubrió que el sol entraba por la ventana y se alegró de que así fuera. Todavía medio dormido, constató sorprendido que se alegraba de verlo.

El brillo del sol significaba que la tormenta había terminado, y era como si los truenos y relámpagos nunca hubieran existido. La luz del sol no podía considerarse más que desagradable y agobiante si se consideraba únicamente como alternativa a la luz uniforme, suave, cálida y controlada de las Ciudades. Sin embargo, en comparación con la tormenta, el fulgor del astro era una auténtica promesa de paz. Todo era relativo, y Baley se dio cuenta de que nunca más volvería a considerar al sol como algo completamente nocivo.

—¿Compañero Elijah?

Daneel estaba junto a su cama y un poco detrás de él asomaba el rostro de Giskard.

El fino rostro de Baley se iluminó con una rara sonrisa de placer. Tendió sus manos, una a cada robot.

—¡Jehoshaphat, muchachos! —exclamó sin advertir, de momento, lo inadecuado de aquella palabra—, la última vez que os vi juntos no estaba seguro de volver a veros a ninguno de los dos.

—Puedes tener la seguridad —contestó suavemente Daneel— de que ninguno de nosotros habría sufrido daños bajo ninguna circunstancia.

—Ahora que ha salido el sol me doy cuenta de ello —dijo Baley—, pero anoche pensé que esa tormenta iba a matarme, y creí que tú, Daneel, estabas en peligro de muerte. Incluso me pareció posible que Giskard sufriera también algún daño intentando defenderme frente a fuerzas abrumadoramente superiores. Suena muy melodramático, lo reconozco, pero no estaba del todo en mis cabales, ¿sabéis?

—Eramos conscientes de ello —asintió Giskard—. Y fue precisamente su estado de confusión lo que nos hizo difícil abandonarle, pese a sus imperiosas órdenes. Confiamos que ello no le cause disgusto en este momento.

—En absoluto, Giskard.

—Y también sabemos —añadió Daneel— que has recibido buenos cuidados desde que te dejamos.

Hasta aquel instante, Baley no se había acordado de lo sucedido la noche anterior.

¡Gladia!

Alzó la mirada y recorrió con ella la habitación, repentinamente asombrado. Gladia no estaba allí. ¿No habría sido todo fruto de su imaginación…?

No, claro que no. Era imposible.

Volvió a mirar a Daneel con expresión ceñuda, como si sospechara que la observación del robot contenía una cierta intención libidinosa.

Pero no, eso también sería imposible. Por muy humaniforme que fuera, los robots no estaban diseñados para complacerse en indirectas de aquel tipo.

—Unos cuidados perfectos —replicó—. Sin embargo, lo que necesito en este momento es que me acompañéis al Personal.

—Estamos aquí, señor —afirmó Giskard—, para ayudarle y guiarle durante la mañana. La señorita Gladia ha creído que se encontraría usted más cómodo con nosotros que con sus servidores, y ha hecho hincapié en que no descuidemos el menor detalle para que se sienta a gusto.

Baley observó a Giskard con aire dubitativo.

—¿Hasta qué punto llegan esas órdenes? Ahora mismo me siento perfectamente, así que no necesito que nadie me lave ni seque. Puedo

cuidar de mí mismo, y espero que ella lo entienda.

—No temas, compañero Elijah —respondió Daneel con la leve sonrisa que, pensó Baley, aparecía en los seres humanos en los momentos en que podría decirse que había surgido un sentimiento de afecto—. Sólo estamos aquí para ayudarte a que te sientas cómodo. Si en algún momento te sientes mejor solo, aguardaremos a cierta distancia.

—Si es así, nos entenderemos perfectamente. Ya estoy listo.

Baley saltó de la cama. Le alegró comprobar que se sentía perfectamente estable sin ayuda de nadie. Las horas de descanso y el tratamiento a que le habían sometido, fuera lo que fuese, habían hecho maravillas con su cuerpo. Y Gladia también.

71

Baley todavía desnudo y con la piel aún húmeda por la ducha que acababa de darse, se sintió totalmente despierto y en forma. Terminó de peinarse y estudió el resultado con actitud crítica. Parecía lógico tomar el desayuno con Gladia, pero no estaba muy seguro de cómo le recibiría ella. Quizá lo mejor sería actuar como si no hubiera pasado nada y dejarse guiar por la actitud de ella. Y para ello, pensó Baley, quizá fuera conveniente presentarse con un aspecto razonablemente cuidado y agradable, si ello entraba dentro de lo posible.

—¡Daneel!

—¿Sí, compañero Elijah?

Con la boca llena de pasta de dientes, Baley comentó al robot:

—Esa ropa que llevas es nueva, ¿verdad?

—Sí, compañero Elijah, aunque no fue confeccionada para mí, sino para el amigo Jander.

—¿Gladia te ha dejado la ropa de Jander? —exclamó Baley al tiempo que arqueaba las cejas.

—La señorita Gladia no deseaba verme desnudo mientras me lavaban y secaban la ropa. Ahora ya está lista, pero la señorita Gladia me ha dicho que podía seguir con lo que llevo.

—¿Cuándo te lo ha dicho?

—Esta mañana, compañero Elijah.

—Entonces, ya está despierta, ¿no?

—Desde luego. Se reunirá contigo para desayunar en cuanto estés listo.

Baley apretó los labios. Era extraño que, en aquel momento, le preocupara más tener que encontrarse frente a frente con Gladia que con el Presidente, ante cuya presencia debería acudir un rato después. Al fin y al cabo, el asunto del Presidente estaba en manos del destino. Baley había decidido ya cuál sería su estrategia, y ésta podía dar o no resultado. En cambio, ante Gladia carecía, simplemente, de cualquier estrategia.

Bien, tendría que presentarse ante ella.

—¿Y cómo está la señorita Gladia esta mañana? —preguntó con el tono de voz más indiferente de que fue capaz.

—Parece estar bien —contestó Daneel.

—¿Está alegre? ¿Deprimida?

Daneel titubeó antes de responder.

—Resulta difícil juzgar la actitud interior de un ser humano, pero en su comportamiento no hay nada que indique agitación interna.

Baley dirigió una mirada a Daneel y volvió a preguntarse si el robot se estaría refiriendo a lo sucedido la noche anterior. Sin embargo, descartó de nuevo tal posibilidad.

Tampoco servía de nada estudiar el rostro de Daneel. Uno no podía fijarse en la expresión de un robot para adivinar qué estaba pensando, pues éstos no tenían pensamientos en el sentido humano de la palabra.

Volvió a la alcoba y observó la ropa que habían dejado para él. Permaneció un instante en actitud pensativa y se preguntó si sería capaz de ponérsela toda sin equivocarse y sin precisar la ayuda de los robots. La tormenta y la noche habían pasado y deseaba recuperar el manto de independencia propio de su condición de adulto.

—¿Qué es esto? —preguntó al tiempo que levantaba con una mano un largo fajín cubierto de intrincados arabescos de colores.

—Es un fajín de pijama —contestó Daneel—. Es una prenda puramente ornamental. Se pasa por el hombro izquierdo y se ata a la cintura, en el

costado derecho. Es una prenda que se luce tradicionalmente en el desayuno en algunos mundos espaciales, pero en Aurora no es muy popular.

—Entonces, ¿por qué tengo que llevarlo?

—La señorita Gladia ha pensado que te favorecería, compañero Elijah. El sistema para atarlo es bastante complicado, y estaré encantado de ayudarte.

«¡Jehoshaphat!», pensó Baley con pesar. Gladia le quería ver guapo y elegante. ¿Qué idea le rondaría por la cabeza?

¡Mejor era no pensarlo!

—No hace falta —contestó al ofrecimiento de Daneel—. Me contentaré con una simple pajarita. Escucha, Daneel, después del desayuno voy a ir al establecimiento de Fastolfe a reunirme con él, Amadiro y el Presidente de la Asamblea Legislativa. No sé si habrá alguien más.

—Estoy al corriente de esa reunión y no creo que esté presente nadie más.

—Bien —asintió Baley, al tiempo que empezaba a ponerse la ropa interior con la suficiente lentitud como para no cometer ningún error y no verse en el trance de tener que solicitar ayuda a Daneel—, entonces cuéntame algo del Presidente. Por lo que he leído, sé que es lo más parecido a un funcionario ejecutivo que existe en Aurora, pero también he deducido de mi lectura que el cargo es puramente honorífico. Si lo he entendido bien, no tiene poder decisorio.

—Me temo, compañero Elijah… —empezó a decir Daneel.

—Señor —le interrumpió Giskard—, creo que yo conozco mejor la situación política de Aurora que el amigo Daneel, pues llevo mucho más tiempo que él en funcionamiento. ¿Prefiere usted que responda yo a su pregunta?

—Vaya, Giskard, desde luego. Adelante.

—Cuando se estableció el gobierno de Aurora —empezó a narrar Giskard con aire didáctico, como si en su interior estuviera girando metódicamente una cinta grabada con la información—, se elaboró un estatuto por el cual el funcionario ejecutivo solamente tendría responsabilidades honoríficas. Se encargaría de recibir a los altos dignatarios de otros mundos, abriría todas las sesiones de la Asamblea

Legislativa, presidiría sus deliberaciones y sólo votaría en caso de empate. Sin embargo, después de la Controversia del Río…

—Sí, he leído algo al respecto —dijo Baley. Se trataba de un episodio especialmente sombrío en la historia de Aurora, durante el cual la confrontación de opiniones irreconciliables acerca del reparto más adecuado de las reservas de energía hidroeléctrica había conducido al planeta a la situación más próxima a una guerra civil de toda su existencia —. No necesitas explicarme los detalles.

—Bien, señor —asintió Giskard—. Como decía, tras la Controversia del Río se llegó a la resolución general de no permitir que otra disputa como aquélla volviera a poner en peligro la sociedad aurorana. Desde entonces, pues, se ha convertido en costumbre que todas las disputas sean resueltas en privado y de manera pacífica fuera de la Asamblea Legislativa. Cuando los miembros de ésta votan, lo hacen según el acuerdo al que se ha llegado con anterioridad, de modo que siempre hay una gran mayoría a favor de una u otra postura.

»La figura clave para la solución de las disputas es el Presidente de la Asamblea Legislativa. Éste se mantiene por encima de las diferencias de opinión y sólo conserva su poder, que es nulo en teoría pero considerable en la práctica, mientras todos sigan considerándole neutral. Por ello, el Presidente defiende celosamente su objetividad y, dado que habitualmente lo logra con éxito, suele ser él quien adopta las decisiones y soluciona las controversias en un sentido o en otro.

—¿Significa eso que el Presidente me escuchará a mí, luego a Fastolfe y luego a Amadiro, y que después tomará una decisión?

—Posiblemente. También puede suceder que siga sin decidirse y solicite nuevos testimonios, se tome más tiempo para evaluar los datos de que disponemos, o ambas cosas.

—Y en el caso de que el Presidente llegue a una decisión, ¿la acatará Amadiro si es contraria a él? ¿Y Fastolfe, la acatará también?

—No es absolutamente imprescindible. Siempre hay quien no acepta la decisión del Presidente, y tanto el doctor Amadiro como el doctor Fastolfe son testarudos y obstinados, a juzgar por sus comportamientos. No obstante, la mayoría de los miembros de la Asamblea Legislativa acatan siempre la

decisión del Presidente, sea ésta cual sea. Siendo así, cuando llegue el momento de la votación, aquel de los dos en contra del cual se haya decidido el Presidente se encontrará en exigua minoría.

—¿Estás seguro de eso, Giskard?

—Casi por completo. El período de permanencia en el cargo de Presidente es habitualmente de treinta años, con posibilidad de ser reelegido por la Asamblea Legislativa para otro período de treinta años. Sin embargo, si se produjera una votación contraria a la recomendación del Presidente, éste se vería obligado a dimitir y se produciría una crisis gubernamental mientras la Asamblea Legislativa elegía a otra persona para el cargo, en un ambiente de agrias discusiones. Pocos miembros de la asamblea desean arriesgarse a ello y, cuando está en juego esta posibilidad, las probabilidades de que una mayoría vote en contra del Presidente son prácticamente nulas.

—Entonces —murmuró Baley apesadumbrado—, todo depende de la reunión de esta mañana.

—Es muy probable.

—Gracias, Giskard.

Baley repasó una y otra vez su argumentación, con aire pesimista. Aunque parecía tener posibilidades de salir bien parado, no tenía la menor idea de qué iba a argumentar Amadiro o de cómo sería el Presidente. Había sido Amadiro quien había elevado el tema al Presidente, y debía de sentirse confiado, seguro de sí mismo.

Entonces Baley recordó una vez más que, mientras se quedaba dormido con Gladia en sus brazos, había visto… o había creído ver… o había imaginado ver… el significado de todo lo acaecido en Aurora. Todo le había parecido claro, evidente, cierto. Y de nuevo, por tercera vez, la solución del problema se le había escapado como si nunca la hubiera tenido ante los ojos.

E igual que aquel esquivo pensamiento, también sus esperanzas parecieron escapársele.

Daneel llevó a Baley hasta la habitación donde iba a servirse el desayuno, que parecía más íntima que un comedor normal. Era pequeña y estaba despejada, sin más mobiliario que una mesa y dos sillas y, cuando Daneel se retiró, no lo hizo a un nicho como acostumbraba. De hecho, ni siquiera había nichos y, por un instante, Baley se encontró solo, absolutamente solo, en la sala.

Pese a todo, sabía que en realidad no estaba solo, pues sólo con llamar acudirían varios robots. Sin embargo, aquélla era una habitación para dos, para estar sin robots. Una estancia (Baley titubeó al pensarlo) para amantes.

Sobre la mesa había dos fuentes con una especie de tortitas u hojuelas que no olían a tales, pero cuyo aroma no resultaba nada desagradable. Junto a ellas había dos recipientes con lo que parecía mantequilla fundida (aunque podía no serlo). También había un cazo con una bebida caliente (que Baley había probado en otra ocasión sin que le gustara mucho) que hacía las veces de café.

Gladia entró en la habitación, vestida con gran elegancia y con el cabello resplandeciente, como si acabara de salir de la peluquería. Se detuvo un instante y apareció en sus labios una media sonrisa.

—¿Elijah? —dijo.

Baley, tomado un poco por sorpresa ante su repentina aparición, se puso en pie de un salto.

—¿Cómo estás, Gladia? —la saludó con un ligero tartamudeo.

Ella no hizo caso de sus palabras. Parecía alegre y relajada.

—Si te preocupa no tener a Daneel a la vista, quédate tranquilo. Está perfectamente, y así seguirá. En cuanto a nosotros…

Se acercó a él, quedándose muy cerca y llevó lentamente una mano a la mejilla de Baley igual que cierta vez, hacía mucho tiempo, había hecho en Solaria. De los labios de Gladia escapó una risilla.

—Esto fue todo lo que pude hacer entonces. ¿Te acuerdas, Elijah?

Baley asintió en silencio.

—¿Has dormido bien, Elijah? Siéntate, querido.

—Muy bien… Gracias, Gladia.

Baley dudó si devolverle la caricia, pero se abstuvo y volvió a sentarse.

—No me des las gracias —replicó ella—. Ha sido la noche que mejor he dormido desde hace semanas, y no habría sido así si no hubiera cambiado de cama una vez estuve segura de que dormías profundamente. Si me hubiese quedado contigo, siguiendo lo que el corazón me dictaba, te habría estado molestando toda la noche y no habrías podido descansar tranquilo.

Baley supo que era el momento de decir alguna galantería.

—Hay otras cosas más importantes que… que descansar, Gladia.

El tono de formalidad con que dijo la frase hizo que Gladia se echara a reír otra vez.

—Pobre Elijah —murmuró—. Estás turbado.

El hecho de que Gladia se diera cuenta de ello le turbó todavía más. Baley se había preparado para encontrarse con una Gladia contrita, disgustada, avergonzada, afectada, indiferente o llorosa. Cualquier cosa menos la actitud de franco erotismo que había adoptado.

—Bueno, no te preocupes —prosiguió Gladia—. Debes de estar hambriento. Anoche apenas comiste nada. Métete unas cuantas calorías en el cuerpo y te sentirás más sensual.

Baley observó con aire dubitativo las tortitas que no eran tales.

—¡Ah! —dijo Gladia—, probablemente no hayas visto nunca eso. Son delicias de Solaria. Pachinkas, las llamamos. Tuve que reprogramar al chef para que las hiciera como es debido. En primer lugar, debe utilizarse un cereal importado de Solaria, pues con las variedades de Aurora no salen buenas. Están rellenas. En realidad, se puede utilizar mil cosas como relleno, pero lo que contienen éstas es lo que más me gusta a mí, y sé que a ti también te gustará. No voy a decirte qué es, salvo que contiene puré de castañas y un poco de miel. Pruébalas y dime qué te parecen. Puedes cogerlas con los dedos, pero ten cuidado de cómo las muerdes.

Gladia tomó una delicadamente con el índice y el pulgar de ambas manos y le dio un pequeño mordisco, despacio, lamiendo a continuación el relleno dorado y semilíquido que rezumó de su interior.

Baley imitó sus gestos. La pachinka resultaba dura al tacto y no estaba demasiado caliente. Se llevó una punta a la boca y descubrió que se resistía

a la acción de sus dientes. Clavó éstos con un poco más de fuerza y la pachinka se quebró de tal modo que el relleno se le derramó en las manos.

—Has mordido con demasiada fuerza, y el bocado tiene que ser más pequeño —le aconsejó Gladia al tiempo que se apresuraba a darle una servilleta—. Ahora lámelo. Nadie consigue comer una pachinka sin ensuciarse. De hecho, se supone que uno debe revolcarse en ellas. Lo ideal, dicen, es comerlas desnudo y luego darse una ducha.

Baley lamió el relleno con aire titubeante y la expresión de su rostro fue suficientemente explícita.

—Te gusta, ¿verdad? —dijo Gladia.

—Es delicioso —asintió Baley. Cogió otra y la mordió lenta y suavemente. No resultaba empalagosa y parecía ablandarse y fundirse en la boca. Apenas había que hacer esfuerzos para tragarla.

Baley comió otras tres pachinkas y sólo su timidez le impidió pedir más. Se lamió los dedos sin que Gladia hubiera de insistir y desechó la utilización de servilletas, pues no quería que se perdiera en un objeto inanimado ni una gota de aquel delicioso manjar.

—Límpiate las manos aquí, Elijah —le indicó Gladia, señalando el recipiente que Baley había creído contenía mantequilla fundida. Baley se limpió y luego se secó las manos. Se las llevó a la nariz para ver qué aroma dejaba, pero no apreció ninguno.

—¿Estás turbado por lo que sucedió anoche, Elijah? ¿Es eso lo que sucede?

Baley se preguntó qué podía decir uno a eso. Por último, asintió.

—Me temo que sí, Gladia. No es lo único que siento, ni mucho menos, pero es cierto que estoy turbado. Párate a pensarlo: yo soy un terrícola y tú lo sabes, pero hasta ahora has reprimido ese pensamiento y la palabra «terrícola» no es para ti más que un vocablo sin sentido de tres sílabas. Anoche sentías lástima por mí, estabas preocupada por el problema que había representado para mí la tormenta, y sentiste por mí lo que habrías sentido por un bebé. Quizá te compadeciste por la vulnerabilidad que produjo en ti la pérdida de Jander, y por eso viniste a mí. Pero este sentimiento pasará (de hecho, me sorprende que no haya pasado ya), y entonces recordarás otra vez que soy un terrícola y te sentirás avergonzada,

degradada y sucia. Me odiarás por lo que he hecho contigo y no quiero que me odies. No, Gladia, no quiero que me odies.

Si el rostro de Baley expresaba tanta infelicidad como sentía, realmente parecía muy feliz. Gladia debió de pensarlo así, pues extendió su mano y apretó la de él.

—No voy a odiarte, Elijah. ¿Por qué iba a hacerlo? Tú no me has hecho nada que pueda reprocharte. He sido yo quien he venido a ti, y me alegraré el resto de mi vida de haberlo hecho. Hace dos años, tú me liberaste con un simple roce, y anoche volviste a liberarme, Elijah. Hace dos años, necesitaba saber si era capaz de sentir deseo, y anoche necesitaba saber si podía volver a sentirlo después de Jander. Quédate conmigo, Elijah. Podría resultar tan…

Baley se apresuró a interrumpirla.

—¿Cómo podría hacerlo, Gladia? Debo regresar a mi propio mundo. Tengo allí obligaciones y objetivos, y tú no podrías venir conmigo. No podrías llevar el tipo de vida terrestre. Morirías de alguna enfermedad, si antes no acababan contigo el enclaustramiento y las multitudes. Estoy seguro de que lo comprendes.

—Sí, comprendo lo que me dices de la Tierra —contestó Gladia con un suspiro—, pero no tienes que irte inmediatamente, ¿verdad?

—Puede que antes de que termine la mañana el Presidente ordene mi expulsión del planeta.

—¡No puede ser! —protestó enérgicamente Gladia—. ¡No debes permitirlo! Y si te obligan, podemos ir a cualquier otro mundo espacial. Tenemos decenas de ellos para elegir. ¿Significa tanto la Tierra para ti para que no puedas vivir en un mundo espacial?

—Escucha, Gladia, podría buscar una respuesta evasiva y señalar que ningún otro mundo espacial me permitiría instalarme en él para siempre, lo sabes muy bien. Sin embargo, te seré absolutamente sincero: incluso si algún mundo espacial me aceptara, la Tierra significa tanto para mí que tendría que volver allí. Aunque ello representara separarme de ti.

—¿Y no regresar nunca a Aurora? ¿No volver a verme nunca más?

—Si pudiera volver a verte, lo haría —declaró Baley con un suspiro—. Volvería una y otra vez, créeme, pero ¿qué sentido tiene decirlo? Sabes que

no es probable que me inviten a regresar. Y sabes que no puedo venir aquí si no me invitan.

—No quiero creerlo, Elijah —respondió Gladia en voz baja.

—Gladia, no te sientas desgraciada. Entre nosotros ha sucedido algo maravilloso, pero hay muchas otras cosas maravillosas esperándote, muchas y de todas clases, aunque no sean lo mismo. Piensa en esas otras cosas y lánzate a ellas.

Ella permaneció en silencio.

—Gladia —añadió Baley en tono urgente—, ¿es preciso que alguien sepa lo que ha sucedido entre nosotros?

La mujer alzó los ojos hacia él con expresión dolorida.

—¿Tanto te avergüenza?

—Lo que ha sucedido, desde luego que no. Pero aunque no estoy avergonzado, quizá las consecuencias de que se supiera podrían ser bastantes desagradables. Nuestro encuentro podría dar lugar a habladurías. Gracias a ese odioso programa de hiperondas, que incluía una visión deformada de nuestra relación, somos famosos y objeto de cotilleo. El terrícola y la solariana. Si damos el menor motivo para que se sospeche que entre nosotros existe… existe amor, la noticia llegará a la Tierra a la velocidad de un salto por el hiperespacio.

Gladia enarcó las cejas con un asomo de hastío.

—¿Y la Tierra te considerará degradado? ¿Habrás consentido quizás en una relación sexual con alguien inferior?

—No, claro que no —respondió Baley incómodo, pues sabía que ésa sería la opinión de miles de millones de terrícolas—. ¿Se te ha ocurrido pensar que mi esposa se enteraría? Estoy casado, ya lo sabes.

—¿Y qué si se entera? ¿Qué, dime?

Baley respiró profundamente antes de responder.

—No lo entiendes. Las costumbres de la Tierra no son como las de Solaria u otros mundos espaciales. Ha habido épocas en nuestra historia en que la moral sexual era bastante tolerante, al menos en ciertos lugares y entre ciertas clases sociales, pero ahora no estamos en una de esas épocas. Los terrícolas viven hacinados, y se necesita una ética muy puritana para mantener estable el sistema familiar en tales condiciones.

—La gente tiene un compañero, y sólo uno. ¿Es eso a lo que te refieres?

—No —replicó Baley—, para ser sincero, no se trata de eso. Pero se guardan las apariencias para que las posibles faltas e infidelidades no se hagan públicas. De este modo, todo el mundo puede… puede…

—¿… simular que no lo sabe?

—Bueno, sí pero en este caso…

—Todo se haría tan público que nadie podría aparentar no saberlo y tu esposa se pondría furiosa contigo y te pegaría, ¿no?

—No, no me pegaría, pero se avergonzaría de sí misma, lo cual es aún peor. Y yo también me avergonzaría. Y mi hijo. Mi posición social se resentiría de ello y… Gladia, si no lo entiendes, no lo entiendes, pero prométeme que no andarás por ahí contando nuestro encuentro abiertamente como hacen los auroranos.

Baley era consciente de que estaba dando una pobrísima impresión de sí mismo.

—No quiero ponerte en un apuro, Elijah —musitó Gladia, pensativa—. Has sido muy bueno conmigo, y yo no me portaré mal contigo. Sin embargo, esas costumbres terrestres me parecen absolutamente ilógicas —añadió levantando las manos hacia el techo.

—Indudablemente, pero tengo que vivir con ellas, igual que tú has vivido con las normas de Solaria.

—Sí —murmuró ella. La expresión de su rostro se ensombreció con el recuerdo. Después añadió—: Perdóname, Elijah. Lo lamento de verdad. Deseo algo que no puedo conseguir y te lo hago pagar a ti.

—Está bien.

—No, no está bien. Por favor, Elijah, tengo que explicarte algo. Creo que no has comprendido lo que sucedió anoche. ¿Te sentirías más turbado todavía si te lo explicara?

Baley se preguntó cómo se sentiría Jessie si hubiese podido escuchar aquella conversación, y cuál sería su reacción. Era perfectamente consciente de que debería preocuparle mucho más la confrontación que iba a mantener, quizá de inmediato, con el Presidente de la Asamblea Legislativa de Aurora que no sus pequeños problemas matrimoniales. En teoría, debería estar pensando en el peligro que amenazaba a la Tierra, y no en la buena fama de

su esposa; sin embargo, en la práctica, no podía apartar de su pensamiento a Jessie.

—Probablemente me sentiré más turbado —contestó—, pero da igual. Adelante con lo que tengas que decir.

Gladia movió su asiento, absteniéndose de hacer entrar a alguno de sus robots servidores para que lo hiciera. Baley aguardó nervioso, sin ofrecerse a ayudarla.

La mujer colocó la silla junto a la de él, vuelta en la dirección contraria, de modo que los rostros de ambos quedaron frente a frente cuando se sentó. Y al tiempo que lo hacía, extendió una de sus delicadas manos y la puso en las de él. Baley sintió que sus manos apretaban con fuerza aquella piel fina y suave.

—Ya ves —dijo ella—. Ya no temo el contacto físico. Ya he superado esa etapa en la que sólo era capaz de rozar tu rostro con las yemas de mis dedos durante unos segundos.

—Quizá sea así, pero ¿no te afecta interiormente tanto como el roce en la mejilla te afectó entonces, Gladia?

—No, no me afecta igual, y eso me gusta. En realidad, creo que es un progreso. Sentirme cambiada por un breve contacto demuestra lo anormal que había sido mi existencia durante tanto tiempo. Ahora me siento mucho mejor. Bien, Elijah, ¿quieres que te explique eso? Lo que te he dicho no es más que el prólogo.

—Adelante.

—Me gustaría que estuviéramos en la cama y a oscuras. Así podría hablar con más libertad.

—Bueno, Gladia, estamos aquí sentados y la sala está iluminada, pero te escucho igual.

—Sí… Bien, Elijah, en Solaria no se podía hablar de sexo, ¿recuerdas?

—Efectivamente.

—Ahí nunca llegué a experimentar una verdadera relación sexual. En esporádicas ocasiones, muy contadas, mi esposo se acercaba a mí por pura obligación. No te explicaré cómo era esa experiencia, pero puedes creerme si te digo que, pensando ahora en ello, era todavía peor que no tener ninguna.

—Te creo.

—Sin embargo, yo sabía algo del sexo. Leía cosas al respecto, y en ocasiones incluso hablaba del tema con otras mujeres, todas las cuales afirmaban que se trataba de un deber odioso al que habían de someterse hombres y mujeres en Solaria. Y las que ya habían tenido el cupo máximo de hijos permitidos siempre decían que estaban muy contentas de no tener que someterse a una relación sexual el resto de su vida.

—¿Y tú las creías?

—Por supuesto. Nunca había oído decir lo contrario, y los pocos relatos no solarianos que podía leer eran denunciados como falsas distorsiones; tampoco podía poner en duda esto, naturalmente. Mi esposo me encontró algunos de esos libros, los tachó de pornografía e hizo que los destruyeran. Ya sabes, también, que las personas llegan a creerse cualquier cosa. En mi opinión, las mujeres de Solaria llegaron a convencerse de sus propias afirmaciones, de que realmente el sexo era despreciable. Lo cierto es que parecían bastante sinceras y eso me hacía pensar que había en mí algo terriblemente malo, pues sentía por el tema una especie de curiosidad, una extraña sensación que no lograba explicarme.

—¿No utilizabas entonces a los robots como válvula de escape?

—No, ni siquiera se me pasaba por la cabeza. Ni los robots ni ningún otro objeto inanimado. A veces oía alguna palabra susurrada al respecto, pero acompañada de tal demostración de repugnancia, de fingida repugnancia, que no se me habría ocurrido hacer nada parecido ni en sueños. Naturalmente, en ocasiones era inevitable que soñara cosas de este tipo, y a veces me despertaba debido a lo que ahora, al recordarlo, creo que eran incipientes orgasmos. Por supuesto, entonces no comprendía lo que me sucedía, ni me atrevía a hablar de ello. En realidad, me sentía amargamente avergonzada. Peor aún, tenía miedo del placer que me proporcionaba. Después tuve que venir a Aurora y…

—Esa parte ya me la contaste. Las relaciones sexuales con los auroranos resultaban insatisfactorias.

—Sí. Eso me hizo pensar que, después de todo, las solarianas tenían razón. La relación sexual no se parecía en absoluto a lo que yo soñaba. No lo comprendí del todo hasta que tuve a Jander. Aquí en Aurora no tienen

relaciones sexuales. Lo que tienen es… es una coreografía. Cada instante queda dictado por la moda en boga, desde el método de aproximación hasta el momento de la despedida. No existe nada inesperado, nada espontáneo. En Solaria, los encuentros sexuales eran tan escasos que no se daba ni se tomaba nada. En Aurora, la relación sexual se lleva a tales extremos de sofisticación que, al final, tampoco se da o se entrega nada. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—No estoy seguro, Gladia. Nunca he tenido relaciones sexuales con una aurorana. Ni con un aurorano, si es preciso puntualizar sobre este extremo. No obstante, no es necesario que me lo expliques, pues tengo una vaga idea de a qué te refieres.

—Estás terriblemente turbado por esta conversación, ¿verdad?

—No hasta el punto de ser incapaz de soportarla.

—Entonces conocí a Jander y aprendí a utilizarlo. Jander no era un aurorano. Su único propósito, su único objetivo posible, era darme placer. Él me lo daba y yo lo aceptaba y, por primera vez, experimenté el acto sexual como debe experimentarse. ¿Entiendes eso? ¿Puedes imaginar qué representa comprender de repente que no estás loca, ni eres pervertida, o que ni siquiera estás simplemente equivocada, sino darse cuenta de que no eres más que una mujer, y que tienes por fin un compañero sexual satisfactorio?

—Creo que puedo imaginarlo.

—Y a continuación, apenas transcurrido un breve período, verse privada de él. Creí… creí que eso era el fin. Estaba condenada. Nunca en mi vida, por muchos siglos que viviera, volvería a tener una buena relación sexual. No haber iniciado ninguna ya era suficientemente malo, pero encontrarla de repente, contra todas mis expectativas, y perderla de pronto para volver a quedar sin nada… eso era insoportable. Espero que ahora entiendas lo importante que fue para mí lo de anoche.

—Pero ¿por qué yo, Gladia? ¿Por qué no cualquier otro?

—No, Elijah, tenía que ser contigo. Giskard y yo salimos a buscarte y te encontramos indefenso. Absolutamente indefenso. No estabas inconsciente, pero no controlabas tu cuerpo. Tuvimos que cargar contigo y llevarte hasta el planeador antes de traerte aquí. Yo estuve presente cuando te bañaban,

trataban, calentaban y secaban, y te vi absolutamente inútil para cualquier cosa. Los robots hicieron su trabajo maravillosamente, totalmente entregados a la tarea de cuidarte y evitar que sufrieras daños, pero sin verdaderos sentimientos. Yo, en cambio, te observaba y sentía algo.

Baley inclinó la cabeza, apretando los dientes al pensar que se había mostrado públicamente en tal estado de desamparo. La noche anterior, mientras se hallaba en aquel estado de confusión, el trato que había recibido le había parecido un auténtico lujo. Ahora, en cambio, sólo podía sentir vergüenza al pensar que alguien le había visto en aquellas condiciones.

Gladia prosiguió su explicación.

—Quería hacerlo todo yo sola. Sentí celos de los robots por reservarse ellos el derecho de ser amables contigo y de cuidarte. Y cuando pensé en ocuparme personalmente de ti, sentí una creciente excitación sexual, algo que no había sentido desde la muerte de Jander. Y entonces comprendí que, en mi única relación sexual satisfactoria, lo único que había hecho era recibir. Jander me daba lo que yo deseaba, pero él nunca recibía nada. Era incapaz de recibir, ya que su único placer consistía en complacerme, y a mí nunca se me había ocurrido darle nada, porque fui educada entre robots y sabía que Jander no podía recibir.

»Y así, mientras te observaba, me di cuenta de que sólo conocía la mitad de la relación sexual, y deseé desesperadamente experimentar la otra mitad. Sin embargo, más tarde, mientras estábamos cenando, te vi comer esa sopa caliente y me pareció que te habías recuperado, que estabas fuerte. Suficientemente fuerte para consolarme. Y como había tenido aquel sentimiento hacia ti mientras estabas siendo sometido a esos cuidados, desapareció de mí el temor a tu procedencia terrestre y deseé sentirme entre tus brazos. Sí, lo deseé intensamente. Pero cuando me abrazaste sentí que algo fallaba, pues de nuevo estaba recibiendo, y no dando.

»Entonces me dijiste: "Gladia, por favor, tengo que sentarme". ¡Oh, Elijah!, eso fue lo más maravilloso que podías haberme dicho.

Baley notó que se ruborizaba.

—En ese momento, mis palabras me avergonzaron terriblemente. Era reconocer mi debilidad.

—Eso era precisamente lo que quería. Me sentí ebria de deseo. Por eso te obligué a que te acostaras y luego vine a ti y, por primera vez en mi vida, me entregué. No recibí nada. Y el hechizo de Jander se desvaneció porque me di cuenta de que tampoco había sido suficiente. Ahora sé que es posible recibir y dar, ambas cosas. ¡Elijah, quédate conmigo!

Baley movió la cabeza en señal de negativa.

—Gladia, aunque dejarte me desgarrara el corazón, eso no cambiaría los hechos. Yo no puedo quedarme en Aurora. Tengo que volver a la Tierra, y tú no puedes venir allá.

—¿Y si pudiera, Elijah?

—¿Por qué preguntas esa tontería? Aunque pudieras, yo envejecería muy pronto y te resultaría inútil. Dentro de veinte años, treinta como mucho, yo seré un anciano, o probablemente habré muerto, mientras que tú seguirás tal como estás ahora durante siglos.

—A eso me refería, Elijah. En la Tierra cogería infecciones y también envejecería rápidamente.

—No puedes desear eso. Además, envejecer no tiene nada que ver con las infecciones. Simplemente, enfermarías y morirías muy pronto. Escucha, Gladia, estoy seguro de que puedes encontrar a otro hombre.

—¿Un aurorano? —respondió ella con desdén.

—Les puedes enseñar. Ahora que sabes recibir y también dar, puedes enseñarles a hacer ambas cosas.

—Y si lo hago, ¿aprenderán?

—Algunos, seguramente sí. Tienes mucho tiempo para encontrar al que será capaz de hacerlo. Está… (Baley se interrumpió, pensando que no era muy aconsejable mencionar a Gremionis en aquel momento. Quizá si volvía a ofrecerse a ella con un poco menos de cortesía y un poco más de determinación…).

Gladia se quedó pensativa.

—¿Es posible? —preguntó. Luego, mirando a Baley con lágrimas en sus ojos gris azulados, añadió—: ¡Oh, Elijah!, ¿recuerdas algo de lo que sucedió anoche?

—Tengo que reconocer —respondió Baley con aire algo triste— que una parte de lo sucedido está inquietantemente confuso y borroso en mi

mente.

—Si lo recordaras, no me dejarías.

—No es que quiera dejarte, Gladia. Es que debo hacerlo.

—Después parecías tan tranquilo y feliz, tan descansado… —continuó Gladia—. Yo me quedé acurrucada en tus brazos y sentía tu corazón latir con rapidez al principio, y luego más y más despacio, salvo cuando te incorporaste de repente. ¿Te acuerdas de eso?

Baley se sobresaltó y se apartó un poco de ella, mirándola a los ojos con espanto.

—No, no lo recuerdo: ¿A qué te refieres? ¿Qué hice?

—Ya te lo he dicho: te incorporaste de repente.

—Sí, pero ¿qué más?

El corazón de Baley latía ahora con fuerza, igual que debía de haberlo hecho la noche anterior tras hacer el amor con Gladia. Habían sido tres las veces en que parecía haber dado con la verdad y, de ellas, las dos primeras había estado absolutamente solo. En la tercera, por el contrario, Gladia había estado junto a él. Por lo tanto, tenía un testigo.

—En realidad, eso fue todo —respondió Gladia—. Yo te pregunté qué sucedía, pero no me prestaste atención. Dijiste: «Lo tengo, lo tengo». Hablabas de forma confusa y tenías los ojos perdidos en el vacío. Llegué a asustarme un poco.

—¿No dije nada más? ¡Jehoshaphat, Gladia! ¿No dije nada más?

Gladia frunció el ceño antes de responder.

—No recuerdo. Pero después te echaste hacia atrás otra vez y yo te dije: «No tengas miedo, Elijah, no temas. Ahora estás a salvo». Y te acaricié y te tranquilizaste otra vez y volviste a dormirte. Y roncaste. Nunca había oído roncar a nadie hasta anoche pero, por las descripciones que he leído, eso debió de ser lo que hiciste: roncar.

Resultaba evidente que esa idea le divertía.

—Escucha, Gladia —insistió Baley—. ¿Qué dije en ese momento? ¿Algo más, aparte del «lo tengo, lo tengo»? ¿Dije qué era lo que tenía?

Gladia volvió a fruncir el ceño.

—No, no recuerdo… ¡Espera! Sólo dijiste una cosa más, en voz muy baja. Dijiste: «Él llegó primero».

—«Él llegó primero». ¿Es eso lo que dije?

—Sí. Yo di por supuesto que te referías a Giskard, que había llegado a ti antes que los otros robots. Creí que estabas intentando vencer el temor a ser secuestrado, que estabas reviviendo lo acaecido en la tormenta. ¡Sí! Por eso te acaricié y te dije que no tuvieras miedo, hasta que por fin te relajaste.

—«Él llegó primero»; ahora ya no se me olvidará. Gracias por lo de anoche, Gladia. Gracias por contármelo.

—¿Es importante que dijeras que Giskard te encontró primero? —exclamó Gladia—. Es la verdad, tú lo sabes.

—No puede ser eso, Gladia. Tiene que tratarse de algo que no sé, pero que surge en mi cerebro cuando éste está totalmente relajado.

—Entonces, ¿qué significa esa frase?

—No estoy seguro, pero si es eso lo que dije, debe de tener algún significado. Y sólo tengo una hora para descifrarlo. —Baley se puso en pie y declaró—: Ahora debo irme.

Avanzó unos pasos hacia la puerta, pero Gladia corrió hasta él y le rodeó con los brazos.

—Espera, Elijah.

Baley titubeó y finalmente inclinó la cabeza para besarla. Durante un largo instante, permanecieron estrechamente abrazados.

—¿Volveré a verte, Elijah?

—No lo sé —respondió Baley con tristeza—. Espero que sí.

Y salió de la habitación en busca de Daneel y Giskard, para hacer los preparativos necesarios para la conferencia que estaba a punto de tener lugar.

73

La tristeza acompañó a Baley mientras cruzaba la amplia zona de césped que le separaba del establecimiento de Fastolfe.

Los robots le escoltaban, uno a cada lado. Daneel parecía relajado pero Giskard, fiel a su programación y al parecer incapaz de escapar de ella, seguía vigilando los alrededores.

—¿Cómo se llama el presidente de la Asamblea Legislativa, Daneel? —preguntó Baley.

—Lo ignoro, compañero Elijah. Por lo que he oído, todos se refieren a él como «el Presidente», y en las audiencias sólo se le presenta con el título de «el señor Presidente».

—Se llama Rutilan Morder, pero su nombre nunca es mencionado oficialmente —informo Giskard—. Sólo se utiliza el título. Ello sirve para dar al gobierno la impresión de continuidad. Los seres humanos que desempeñan el cargo tienen, como individuos, un período fijo en la presidencia; en cambio, «el Presidente» es algo que existe siempre.

—Y este Presidente en concreto, ¿qué edad tiene?

—Es bastante anciano, señor. Tiene trescientos treinta y un años —le informó Giskard, que siempre tenía a punto los datos estadísticos.

—¿Su salud es buena?

—No tengo informaciones que hagan suponer otra cosa, señor.

—¿Tiene alguna característica personal que me sería conveniente conocer?

La pregunta pareció tomar por sorpresa a Giskard. Éste hizo una pausa y contestó:

—Me resulta difícil contestar a eso. Está en su segundo mandato y es considerado un Presidente eficaz que trabaja a fondo y obtiene resultados.

—¿Tiene el genio vivo? ¿Es paciente, dominante, comprensivo?

—Eso tendrá que juzgarlo usted mismo —respondió Giskard.

—Compañero Elijah —añadió Daneel—, el Presidente está por encima del partidismo. Es un hombre justo y ecuánime por definición.

—Estoy seguro de ello —murmuró Baley—, pero las definiciones son abstractas, igual que la denominación de «el Presidente». En cambio, los presidentes individuales, con nombre, son concretos y tienen ideas propias, con las que debo enfrentarme.

Movió la cabeza. También él tenía un buen montón de ideas propias, eso podía jurarlo. Había tenido por tres veces una idea clara de los hechos que investigaba, y las tres veces se le había escapado. Ahora contaba con un testigo que había podido escuchar lo que decía cuando tuvo esa idea, pero aun así no podía saber de qué se trataba.

«Él llegó primero».

¿Quién había llegado primero? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Baley no tenía las respuestas.

74

Baley encontró a Fastolfe esperándole en la puerta de su establecimiento, con un robot detrás de él que parecía inquieto como rara vez se mostraban los robots; parecía incapaz de realizar adecuadamente su trabajo de dar la bienvenida a los visitantes y estar trastornado por ello.

(Sin embargo, una vez más, aquello no era sino una proyección de motivaciones humanas en un robot. Lo más probable era que el robot no tuviera en su interior la menor inquietud ni ningún otro tipo de sentimientos. Simplemente, su actuación era resultado de ligeras oscilaciones de los potenciales positrónicos debidas a que sus órdenes eran dar la bienvenida a todos los visitantes y someterlos a una inspección de seguridad y, en esta ocasión, no podía desempeñar su labor sin apartar de en medio a Fastolfe, acto, que tampoco podía llevar a cabo salvo por razones de extrema necesidad. Ante esta contradicción entre su deber y las circunstancias, el robot no hacia sino ponerse en acción y detenerse una y otra vez, lo que daba una impresión de inquietud).

Baley se descubrió mirando con aire ausente al robot, y le costó desviar de nuevo su mirada hacia Fastolfe. (Baley estaba pensando en robots, pero no sabía por qué).

—Me alegro de volver a verle, doctor Fastolfe —dijo al tiempo que le tendía la mano. Tras su encuentro con Gladia, le resultaba difícil recordar que los espaciales eran bastante reacios a tener contacto físico con los terrícolas.

Fastolfe titubeó un momento y luego, cuando la educación triunfó sobre la prudencia, aceptó la mano que Baley le tendía, la sostuvo levemente durante un segundo y la soltó.

—Mi placer al verle es aún mayor, señor Baley. Me he sentido muy alarmado por la experiencia que tuvo usted anoche. No fue una tormenta

especialmente fuerte, pero para un terrícola debía de parecer sobrecogedora.

—Está al corriente de lo sucedido, por lo que veo…

—Daneel y Giskard me han tenido informado puntualmente del asunto. Me habría sentido mejor si le hubiesen traído directamente aquí, pero su decisión se basó en el hecho de que el establecimiento de Gladia estaba más próximo al lugar del aterrizaje del planeador, y en que las órdenes que usted les dio eran terminantes en cuanto a dar prioridad a la seguridad de Daneel por encima de la suya propia. Por cierto, ¿no le interpretaron mal los robots?

—En absoluto. Yo les obligué a que me dejaran.

—¿Le parece eso aconsejable? —insistió Fastolfe al tiempo que les llevaba al interior del establecimiento y señalaba un sofá.

—Me pareció la decisión más adecuada —respondió Baley, tomando asiento—. Nos estaban persiguiendo.

—Eso me dijo Giskard. También me informó que…

—Doctor Fastolfe, por favor —intervino Baley—. Tengo poco tiempo y hay varias preguntas que quiero hacerle.

—Adelante, por favor —repuso Fastolfe de inmediato, con su aire habitual de intachable cortesía.

—Alguien me ha sugerido que usted sitúa sus trabajos sobre la función del cerebro por encima de cualquier otra cosa, que usted…

—Permítame que termine yo, señor Baley. Que no dejaré que nada se interponga en mi camino, que soy implacable, que no tengo en cuenta ninguna consideración de orden moral, que no me detengo por nada y que doy cualquier cosa por buena en nombre de la importancia de mi trabajo.

—Eso es.

—¿Quién le ha hablado así de mí, señor Baley? —preguntó Fastolfe.

—¿Importa mucho?

—Quizá no. Además, no es muy difícil de adivinar. Ha sido mi hija Vasilia, estoy convencido.

—Quizás —replicó Baley—. Lo que quiero saber es si esta exposición de su carácter corresponde a la verdad.

Fastolfe sonrió tristemente.

—¿De veras espera de mí una respuesta sincera acerca de mi propio carácter? En ciertos aspectos, las acusaciones contra mí son ciertas. Efectivamente, considero mi trabajo como lo más importante y siento el impulso de sacrificarlo todo por él. Para ello, soy perfectamente capaz de hacer caso omiso de las nociones convencionales acerca del mal y la moralidad si éstas se interponen en mi camino. Sin embargo, lo cierto es que no me comporto así, que no consigo comportarme así. En concreto, si se me acusa de haber matado a Jander porque con ello conseguía de algún modo avanzar en mis estudios sobre el cerebro humano, lo niego rotundamente. No, señor Baley. Yo no maté a Jander.

—Usted sugirió que me sometiera a un sondeo psíquico para obtener la información que mi cerebro conoce pero que no puede transmitir a mi mente consciente —comentó Baley—. ¿Se le ha pasado por la cabeza que si se sometiera usted, y no yo, a ese sondeo psíquico, podría demostrar su inocencia?

Fastolfe asintió con la cabeza, pensativo.

—Imagino que Vasilia le habrá sugerido que el hecho de no haberme ofrecido a someterme a esa prueba es una demostración de culpabilidad. No es así. El sondeo psíquico es peligroso y me inquieta tanto como a usted la idea de someterme a él. Con todo, habría aceptado tal propuesta, pese a mis temores, si no fuera por el hecho de que mis oponentes se sentirían encantados de que lo hiciera. Discutirían cualquier prueba de mi inocencia que pudiera aportar el sondeo psíquico, y éste no es un instrumento lo bastante efectivo para demostrar la inocencia de alguien de forma indiscutible. En cambio, lo que sí conseguirían mis enemigos con la utilización del sondeo psíquico sería información sobre la teoría y diseño de los robots humaniformes. Eso es lo que realmente les interesa conocer, y no estoy dispuesto a dárselo.

—Muy bien —contestó Baley—. Gracias, doctor Fastolfe.

—De nada —replicó Fastolfe—. Y ahora, si me permite volver a lo que estaba diciendo, Giskard me informó de que, después de quedarse solo en el planeador, un grupo de robots desconocidos le abordó. Por lo menos, se refirió usted con palabras inconexas a unos robots desconocidos, después de que Giskard le encontrara inconsciente bajo la tormenta.

—Es cierto que unos robots me abordaron, doctor Fastolfe. Conseguí desviarles de sus propósitos y que se retiraran, pero pensé que era más prudente abandonar el planeador y no esperar a que regresaran. Quizá no podía pensar con demasiada claridad cuando tomé esa decisión. Giskard lo cree así.

—Giskard tiene una visión muy simplista del universo —sonrió Fastolfe —. ¿Tiene alguna idea de a quién podían pertenecer esos robots?

Baley se movió inquieto en su asiento, como si no consiguiera encontrar una posición suficientemente cómoda.

—¿Ha llegado ya el Presidente? —preguntó.

—No, pero lo hará de un momento a otro. Y también Amadiro, el director del Instituto. Sé por los robots que ayer se reunió usted con él, y no estoy muy seguro de que eso fuera acertado, ya que le puso furioso.

—Era necesario que le viera, doctor Fastolfe. Además, Amadiro no me pareció furioso.

—La actitud externa no cuenta en Amadiro. Como resultado de lo que denomina calumnias y agresiones intolerables a su dignidad profesional cometidas por usted, Amadiro ha forzado la mano del Presidente.

—¿De qué manera? —preguntó Baley.

—La tarea del Presidente es apoyar las reuniones de las partes enfrentadas y elaborar una fórmula de compromiso. Si Amadiro desea reunirse conmigo, el Presidente no puede, por definición, hacerle desistir y mucho menos prohibírselo. Está obligado por las leyes a presidir la reunión y, si Amadiro encuentra suficientes pruebas contra usted (y resulta sumamente sencillo acumular pruebas contra un terrícola), eso pondrá fin a la investigación.

—Quizá no debería haber llamado a un terrícola para que le ayudara, doctor Fastolfe, en vista de lo vulnerables que somos.

—Puede que tenga razón, señor Baley, pero no se me ocurrió otra alternativa. Y todavía estoy igual, así que debo dejar en sus manos la tarea de convencer al Presidente de nuestro punto de vista, si eso es posible.

—¿La responsabilidad es mía? —preguntó Baley, abatido.

—Enteramente suya —contestó Fastolfe sin alterarse.

—¿Sólo estaremos presentes nosotros cuatro?

—En realidad sólo estaremos tres: el Presidente, Amadiro y yo. Estaremos, por decirlo así, los dos litigantes y el agente mediador. Usted será una cuarta parte, señor Baley. Sólo estará presente con el consentimiento de los demás. El Presidente puede mandarle salir de la sala en cualquier momento, así que espero que no haga usted nada que le pueda incomodar.

—Lo intentaré, doctor Fastolfe.

—Por ejemplo, señor Baley, no le ofrezca usted la mano. Y perdone que sea tan franco.

Baley se sintió turbado al advertir lo inoportuno de su gesto anterior.

—No lo haré —aseguró.

—Compórtese con intachable cortesía. No haga acusaciones furibundas, no insista en declaraciones que no pueda sustentar con pruebas, no…

—¿Quiere usted decir que no presione a nadie para que se traicione en sus declaraciones? ¿A Amadiro tampoco?

—Exacto, a nadie. Estará cometiendo una calumnia y eso puede ser contraproducente. Por lo tanto, compórtese con educación. Si los buenos modales ocultan un ataque, nadie se molestará por ello. Y procure no hablar si no se dirigen a usted.

—¿Cómo es que ahora me da tantos consejos y, en cambio, no me advirtió anteriormente de los peligros de calumniar a alguien, doctor Fastolfe?

—Tiene razón. Ha sido culpa mía —reconoció Fastolfe—. Para mí era una cuestión tan elemental que no se me ocurrió que tuviera que explicárselo.

—Sí —gruñó Baley—. Creo que le comprendo.

Fastolfe alzó de repente la cabeza.

—Oigo un planeador ahí fuera. Más aún, oigo los pasos de uno de mis robots que se dirige hacia la entrada. Supongo que el Presidente y Amadiro están a punto de hacer su aparición.

—¿Juntos? —preguntó Baley.

—Naturalmente. Mírelo de este modo: Amadiro sugirió mi establecimiento como lugar de reunión, concediéndome así la ventaja de moverme en mi terreno. En contrapartida, él tiene la oportunidad de

ofrecerse, como aparente acto de cortesía, a ir a buscar al Presidente y traerle hasta aquí. Después de todo, tienen que venir los dos. Eso le da a Amadiro la oportunidad de charlar unos minutos en privado con el Presidente y exponerle sus puntos de vista.

—No me parece nada justo —replicó Baley—. ¿Había algún medio de impedirlo?

—No he querido hacerlo. Amadiro corre un riesgo calculado, pues sus palabras pueden irritar al Presidente.

—¿El presidente es especialmente irritable por naturaleza?

—No. Por lo menos, no más de lo que podría serlo cualquier Presidente en su quinta década de mandato. Pese a todo, la necesidad de un estricto cumplimiento del protocolo, la necesidad aún mayor de no mostrarse nunca partidista, y el peso de sus decisiones arbitrales se combinan para hacer inevitable una cierta irritabilidad. Y Amadiro no siempre se comporta con astucia. Su sonrisa jovial, sus dientes blancos y su manifiesta afabilidad pueden resultar extremadamente irritantes si quien recibe sus aduladoras palabras no está de buen humor por alguna razón. Bien, señor Baley, debo ir a recibirles, y ofrecerles lo que espero sea una versión más razonable y adecuada de la cortesía. Por favor, permanezca aquí y no se mueva de su asiento.

Baley no podía hacer otra cosa que esperar. Pasó por su mente la idea ociosa de que llevaba en Aurora un período de tiempo que apenas alcanzaba las cincuenta horas estándar.

18. OTRA VEZ EL PRESIDENTE

75

El Presidente era bajo, sorprendentemente bajo. Amadiro le pasaba unos buenos treinta centímetros, por lo menos.

Sin embargo, como la mayor parte de su escasa estatura se debía a sus cortísimas piernas, una vez sentados el Presidente no parecía más bajo que los demás. De hecho, era incluso el más corpulento, con una caja torácica y unos hombros muy robustos que le daban un aspecto casi arrollador.

También su cabeza era de gran tamaño, pero su rostro estaba surcado de arrugas producidas por la edad. No eran el tipo de arrugas ocasionadas por la risa. Los surcos que se formaban en sus mejillas y su frente daban la impresión de ser resultado del ejercicio del poder. Tenía el cabello cano y escaso, y presentaba una acusada calvicie en la coronilla.

Su voz se correspondía con el resto de su aspecto; era profunda y resuelta. La edad le había quitado quizás un poco de timbre y lo había cambiado por una cierta aspereza, pero en un Presidente, pensó Baley, eso podía beneficiarle más que perjudicarle.

Fastolfe realizó el ritual completo de saludos, intercambios de fórmulas sin sentido y ofrecimientos de comida y bebida. En el transcurso de este ceremonial, no se hizo la menor mención del cuarto hombre ni se le prestó atención.

Sólo cuando hubieron terminado los preliminares y todos estuvieron bien instalados, Baley (un poco más lejos del centro de la sala que los otros tres) fue presentado.

—Señor Presidente —saludó Baley sin tender la mano. Después se volvió hacia el otro interlocutor y, con un despreocupado gesto de la cabeza, añadió—: Y al doctor Amadiro ya le conozco, naturalmente.

La sonrisa de Amadiro siguió inalterable pese al toque de insolencia de la voz de Baley.

El Presidente, que no había mostrado la menor reacción ante el saludo de Baley, colocó sus manos sobre las rodillas con los dedos bien separados y dijo:

—Vamos a empezar. Veamos si podemos hacer esto lo más breve y productivo posible.

»En primer lugar, déjenme hacer hincapié en que deseo pasar por alto el mal comportamiento, o posible mal comportamiento, de un terrícola. Vayamos directamente al meollo de la cuestión. Tampoco deseo referirme al tema del robot Jander, que ya ha sido demasiado explotado. La interrupción definitiva de la actividad de un robot es un asunto del que deben ocuparse los tribunales civiles, lo que puede dar como resultado una sentencia por infracción de los derechos de propiedad y la imposición de una pena de costas, pero nada más. Incluso si se demostrara que el doctor Fastolfe inutilizó a ese robot, Jander Panell, cabría tener en cuenta que fue el doctor quien lo diseñó y quien supervisó su construcción. Además, él era su legítimo propietario en el momento de la inutilización, por lo que no cabe aplicar mayores sanciones ya que una persona puede hacer lo que le plazca con sus propiedades.

»Lo que realmente se discute es el tema de la exploración y colonización de la galaxia, si la desarrollará Aurora por sus propios medios sin más colaboración, si lo hará en cooperación con otros mundos espaciales, o si se permitirá que sea la Tierra quien la lleve a cabo. El doctor Amadiro y los globalistas están a favor de que Aurora lo haga sin ninguna ayuda; el doctor Fastolfe desea dejar esa tarea a la Tierra.

»Si nos centramos en este tema, el asunto del robot puede quedar en manos de los tribunales civiles. La cuestión del comportamiento del terrícola quedará probablemente resuelta durante la discusión, y después simplemente nos libraremos de él.

»Por lo tanto, permítanme empezar preguntando al doctor Amadiro si está dispuesto a aceptar la posición del doctor Fastolfe con el fin de lograr una unidad de decisión, y al doctor Fastolfe si está dispuesto a aceptar la posición del doctor Amadiro con idéntico objetivo.

Hizo una pausa y aguardó las respuestas.

—Lo lamento, señor Presidente —dijo Amadiro—, pero debo insistir en que los terrícolas sigan confinados en su planeta y en que la galaxia sea colonizada sólo por auroranos. No obstante, no me opondría al compromiso de permitir que otros mundos espaciales se unieran a la colonización, si esto evitara tensiones innecesarias entre nosotros.

—Entiendo su posición —asintió el Presidente—. A la vista de esta declaración, doctor Fastolfe, ¿desea usted modificar su postura?

—El compromiso del que habla el doctor Amadiro apenas tiene base sobre la que sustentarse, señor Presidente —respondió Fastolfe—. Yo deseo ofrecer otro de importancia mucho mayor. ¿Por qué no abrir los mundos de la galaxia a espaciales y terrícolas por igual? La galaxia es grande y hay en ella lugar para todos. Éste es el compromiso que estaría dispuesto a aceptar.

—Sin duda —replicó Amadiro rápidamente—, pues no es en modo alguno un compromiso. Los más de ocho mil millones de habitantes de la Tierra significan más del doble de seres humanos que la suma de la población de todos los mundos espaciales. Los terrícolas tienen una vida corta y están acostumbrados a reponer rápidamente las que se pierden. Carecen de nuestro respeto y consideración por la vida humana individual. Por eso se esparcirán por los nuevos mundos a toda costa, multiplicándose como insectos, y se apropiarán de toda la galaxia mientras nosotros estemos todavía dando los primeros pasos. Conceder a la Tierra una oportunidad supuestamente igual es ofrecerles en bandeja la galaxia, y eso no puede considerarse igualdad. Los terrícolas deben estar confinados en la Tierra.

—¿Qué tiene usted que decir a eso, doctor Fastolfe? —preguntó el Presidente. Fastolfe suspiró.

—Mis opiniones están grabadas y registradas. Estoy seguro de que no tengo que repetirlas aquí. El doctor Amadiro proyecta utilizar los robots humaniformes para construir los mundos explorados de modo que luego puedan ocuparlos los seres humanos de Aurora. Sin embargo, carece de

tales robots humaniformes. No sabe construirlos, y el proyecto no funcionaría aunque pudiera fabricarlos. No hay compromiso posible a menos que el doctor Amadiro consienta en el principio de que los terrícolas puedan, por lo menos, compartir la tarea de colonizar nuevos mundos.

—Entonces no hay compromiso posible —dijo Amadiro.

El Presidente pareció disgustado.

—Me temo que uno de los dos tiene que ceder. No tengo intención de que Aurora se vea dividida en una orgía de emociones por una cuestión de esta importancia.

Se volvió a Amadiro con el rostro imperturbable, para no parecer estar a favor o en contra.

—Usted pretende utilizar la desactivación del robot Jander como argumento contra el proyecto de Fastolfe, ¿no es así?

—En efecto —asintió Amadiro.

—Eso es un argumento puramente emocional. Usted pretende afirmar que Fastolfe intenta echar por tierra su proyecto sobre la colonización de la galaxia simulando que los robots humaniformes son menos útiles de lo que realmente han demostrado ser.

—¡Eso es exactamente lo que intenta! —exclamó Amadiro.

—¡Calumnia! —le interrumpió Fastolfe en voz baja.

—No, si puedo demostrarlo, y puedo hacerlo —contestó Amadiro—. Quizás el argumento sea emocional, pero es verdadero. Es evidente, señor Presidente. ¿No opina usted así? Mi opinión seguramente se impondrá, pero por sí sola puede resultar algo confusa. Me atrevo a sugerirle que convenza al doctor Fastolfe de que acepte su inevitable derrota y ahorre a Aurora un espectáculo realmente lamentable que puede debilitar nuestra posición entre los mundos espaciales y perjudicar nuestra fe en nosotros mismos.

—¿Cómo puede demostrar que el doctor Fastolfe manipuló el robot para dejarlo inactivo?

—Él mismo reconoce que es el único ser humano capaz de hacerlo, bien lo sabe usted.

—Lo sé, en efecto —asintió el Presidente—, pero quería oír esas palabras de sus labios, no dirigidas a su grupo político o a los medios de comunicación, sino a mí, en privado. Y ya las he oído. ¿Qué tiene usted que

decir a eso, doctor Fastolfe? —añadió volviéndose hacia éste—. ¿Es usted el único hombre que pudo haber destruido al robot?

—¿Sin dejar señales físicas? Por lo que conozco, así es. No creo que el doctor Amadiro posea la habilidad suficiente en la ciencia robótica para hacerlo. De hecho, me sorprende constantemente que, después de haber fundado su Instituto de Robótica esté tan ansioso de proclamar repetidamente su propia incapacidad, incluso públicamente, pese a contar con un extenso equipo de colaboradores.

—No, doctor Fastolfe —suspiró el Presidente—. No me venga con trucos retóricos. Olvide su sarcasmo y sus hábiles pullas. ¿Qué defensa puede oponer a la acusación?

—Bueno, sólo puedo reafirmarme en que no hice daño alguno a Jander. No digo que lo hiciera otra persona. En mi opinión, estamos ante un hecho fortuito. Es una muestra del principio de incertidumbre que rige las vías positrónicas, y que puede presentarse bastante a menudo. Basta con que el doctor Amadiro admita que la desactivación del robot se produjo por azar, con que no acuse a nadie sin pruebas, y podremos dedicarnos a discutir nuestras posturas enfrentadas respecto a la colonización de los mundos.

—No —replicó Amadiro—. Las probabilidades de una destrucción accidental del robot son demasiado ínfimas para tenerlas en cuenta. Son muchas más las que apuntan al doctor Fastolfe como responsable de la desactivación. De hecho, ignorar la responsabilidad del doctor Fastolfe y achacarla a causas accidentales es una muestra de irresponsabilidad. No estoy dispuesto a ceder, y mi opinión prevalecerá, señor Presidente, usted lo sabe. Me parece que el único paso lógico que hay que dar es obligar al doctor Fastolfe a aceptar su derrota en interés de la unidad planetaria.

—Eso me lleva al tema de la investigación que he encargado al señor Baley, de la Tierra —repuso rápidamente Fastolfe. Amadiro, a su vez, contestó con igual prontitud.

—Investigación a la que ya me opuse cuando se planteó por primera vez. Puede que el terrícola sea un hábil investigador, pero no está familiarizado con Aurora y no está en condiciones de averiguar nada importante aquí. Lo único que puede hacer es lanzar calumnias y presentar Aurora de una forma indigna y ridícula ante los demás mundos espaciales.

Ya se han hecho comentarios satíricos sobre el tema en media docena de importantes servicios de noticias de hiperondas en otros tantos mundos espaciales. Me he permitido remitirle grabaciones de estos programas a su despacho, señor Presidente.

—Y he tenido oportunidad de estudiarlos, doctor Amadiro —asintió el Presidente.

—Además, se han desatado rumores aquí, en Aurora —prosiguió Amadiro—. Si me guiaran motivos egoístas, preferiría que la investigación continuara, ya que le está costando al doctor Fastolfe apoyo popular y los votos de los legisladores. Cuanto más tiempo dure, más seguro me sentiré de mi victoria. Sin embargo, la investigación está perjudicando a Aurora y no quiero beneficiarme personalmente a costa de perjudicar a mi planeta. Por tanto, con todo respeto, sugiero que ponga usted fin a la investigación, señor Presidente, y que convenza al doctor Fastolfe de ceder por las buenas a lo que finalmente tendría que aceptar de todos modos, a un precio mucho mayor.

—Estoy de acuerdo con usted —contestó el Presidente— en que haber permitido al doctor Fastolfe iniciar esta investigación puede haber sido un error. Digo «puede». Reconozco que estoy tentado de ponerle término. Y sin embargo, el terrícola —añadió sin dar muestra de haber advertido la presencia de Baley en la sala— lleva ya algún tiempo en Aurora y…

Hizo una pausa como para dar a Fastolfe la oportunidad de corroborar sus palabras. Fastolfe la aprovechó y dijo:

—Éste es su tercer día de investigación, señor Presidente.

—En este caso —prosiguió el Presidente—, antes de ponerle fin creo que sería justo preguntarle si ha hecho algún descubrimiento de importancia hasta el momento.

Volvió a interrumpirse. Fastolfe dirigió una rápida mirada a Baley, acompañada de una leve inclinación de cabeza. Baley dijo en voz baja:

—Señor Presidente, no deseo interrumpir con mis observaciones sin que me las pidan. ¿Debo entender que me ha hecho una pregunta?

El Presidente frunció el ceño. Sin mirar a Baley, declaró:

—Estoy pidiendo al señor Baley, de la Tierra, que nos diga si ha hecho algún descubrimiento de importancia.

Baley respiró hondo. Había llegado el momento.

76

—Señor Presidente —empezó a decir—, ayer por la tarde estuve interrogando al doctor Amadiro, que colaboró de buen grado en la investigación y cuyas declaraciones me han sido de gran utilidad. Cuando mis ayudantes y yo salíamos de verle…

—¿Sus ayudantes? —preguntó el Presidente.

—He estado acompañado permanentemente por dos robots en todas las fases de mi investigación, señor Presidente —explicó Baley.

—¿Robots pertenecientes al doctor Fastolfe? —preguntó Amadiro—. Conteste para que conste.

—En efecto, ambos son propiedad del doctor Fastolfe —asintió Baley—. Uno es Daneel Olivaw, un robot humaniforme, y el otro es Giskard Reventlov, un robot más antiguo, no humaniforme.

—Gracias —dijo el Presidente—. Prosiga.

—Cuando abandonamos los terrenos del Instituto, descubrimos que el planeador que utilizábamos había sido objeto de sabotaje.

—¿Sabotaje? —preguntó el Presidente, sorprendido—. ¿Quién lo había hecho?

—Lo ignoramos, pero fue realizado en terrenos del Instituto. Nos hallábamos allí porque habíamos sido invitados, así que el personal del Instituto conocía nuestra presencia en las instalaciones. Por otra parte, no es probable que nadie pueda entrar en ellas sin el conocimiento y la invitación del personal. Cualquier explicación lógica nos lleva necesariamente a la conclusión de que el sabotaje sólo pudo ser llevado a cabo por algún miembro del personal del Instituto, y ello sería de todo punto imposible… salvo que se hiciera a instancias del doctor Amadiro, lo cual también resulta impensable.

—Parece usted pensar mucho en cosas impensables —replicó Amadiro—. ¿Ha sido examinado el planeador por algún técnico cualificado para ver si realmente existió tal sabotaje? ¿No pudo tratarse de un fallo accidental?

—No se ha realizado ninguna revisión —reconoció Baley—, pero Giskard, que tiene experiencia en conducir planeadores y que ha pilotado con frecuencia el aparato en que volábamos, afirma que hubo sabotaje.

—Pero ese robot pertenece al doctor Fastolfe, está programado por él y recibe las órdenes de él —contestó Amadiro.

—¿Sugiere usted que…? —empezó a decir Fastolfe.

—No sugiero nada —le interrumpió Amadiro alzando la mano en gesto conciliador—. Sólo estoy afirmando un hecho, para que quede constancia de él.

El Presidente pareció sentirse incómodo e intervino.

—¿Quiere el señor Baley, de la Tierra, hacer el favor de continuar?

—Cuando el planeador se averió, aparecieron otros que nos perseguían —dijo Baley.

—¿Otros? —repitió el Presidente.

—Otros robots. Cuando llegaron hasta el aparato, mis robots no estaban allí.

—Un momento —dijo Amadiro—. ¿Cuál era su estado físico en ese momento, señor Baley?

—No me sentía demasiado bien.

—¿No se sentía demasiado bien? Usted es terrícola y no está acostumbrado a vivir fuera de las instalaciones artificiales de sus Ciudades. El aire libre le hace enfermar, ¿no es así, señor Baley? —preguntó Amadiro.

—Sí, señor.

—Y ayer por la tarde había además una tormenta bastante fuerte, como recordará el señor Presidente, estoy seguro. ¿No sería más adecuado decir que se encontraba usted muy mal? ¿Inconsciente, cuanto menos?

—Sí, señor. Me sentía muy mal —reconoció Baley a regañadientes.

—Entonces, ¿cómo es que no estaban con usted sus robots? —preguntó el Presidente en tono áspero—. ¿No deberían haber estado junto a usted si se hallaba en ese estado?

—Les ordené que se fueran, señor Presidente.

—¿Por qué?

—Consideré que era lo más conveniente —dijo Baley—. Ahora lo explicaré, si me permiten continuar.

—Adelante.

—Ciertamente nos perseguían, pues esos robots llegaron hasta el vehículo averiado poco después de que mis acompañantes se hubieran ido, cumpliendo mis órdenes. Los robots perseguidores me preguntaron por ellos y les dije que les había ordenado que se fueran. Y sólo después de decirles eso me preguntaron si me encontraba mal. Yo dije que no, y me dejaron donde estaba para continuar la búsqueda de mis acompañantes.

—¿La búsqueda de Daneel y Giskard? —preguntó el Presidente.

—Sí, señor Presidente. Para mí, era evidente que tenían órdenes muy precisas y concluyentes de encontrar a mis robots.

—¿Por qué era evidente?

—Porque preguntaron por ellos antes de interesarse por mí, pese a que era obvio que me encontraba mal. Y en segundo lugar, porque me dejaron en aquel estado para seguir buscando a los robots. Los perseguidores debían de haber recibido unas órdenes enormemente reforzadas de encontrar a Daneel y Giskard, pues de otro modo no se explica que pudieran desatender a un ser humano visiblemente enfermo. De hecho, yo había intuido que les interesaba sobre todo encontrar a mis robots, y ésa fue la razón de que les obligara a marcharse. Creí que lo más importante en aquel momento era impedir que cayeran en manos no autorizadas.

—Señor Presidente —interrumpió Amadiro—, ¿me permite que siga preguntando al señor Baley sobre este punto, para dejar clara la inutilidad de su declaración?

—Adelante.

—Señor Baley —dijo entonces Amadiro—, usted se quedó solo cuando sus robots se fueron, ¿no es así?

—En efecto, señor.

—Por lo tanto, los hechos que acaba de exponer no han quedado registrados, ¿verdad? Usted no lleva encima un dispositivo de grabación, ¿verdad?

—En efecto, señor.

—Y estaba muy enfermo, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Muy perturbado, incluso. Probablemente demasiado para recordar con claridad lo sucedido, ¿no cree?

—No, señor. Lo recuerdo todo perfectamente.

—Supongo que así lo cree, pero puede que se tratara de alucinaciones y delirios. En el estado en que se encontraba, parece evidente que puede ponerse en duda su interpretación de las palabras de los robots, o incluso la misma existencia de esos presuntos perseguidores.

—Estoy de acuerdo —dijo el Presidente con aire pensativo—. Señor Baley, de la Tierra, si damos por cierto lo que usted recuerda, o cree recordar, ¿cuál es su interpretación de los hechos que está relatándonos?

—Tengo mis dudas sobre si expresar lo que pienso, señor Presidente —contestó Baley—, por temor a calumniar al apreciado doctor Amadiro.

—Ya que habla usted a petición mía, y dado que sus observaciones no saldrán de esta habitación —dijo el Presidente al tiempo que miraba a su alrededor, fijándose en que los nichos para robots estaban vacíos—, no hay posibilidad de calumniar a nadie. Salvo que sus palabras sean malintencionadas.

—En tal caso, señor Presidente, expondré lo que opino —prosiguió Baley—. Creo que el doctor Amadiro me retuvo en sus oficinas charlando de varios asuntos bastante más rato del necesario, para así disponer de tiempo para sabotear mi vehículo. Después, aún me retuvo más tiempo en el Instituto con el fin de hacerme partir cuando la tormenta ya hubiera empezado, asegurándose así de que me sintiera indispuesto durante el trayecto. El doctor Amadiro ha estudiado las condiciones sociales de la Tierra, según me dijo varias veces, de modo que conocía cuál sería mi reacción ante la tormenta. Creí comprender que había proyectado enviar sus robots tras nosotros para llevamos de regreso al Instituto cuando nuestro planeador se averiara, con la excusa de cuidarme y de aliviar mi indisposición. Sin embargo, su objetivo era hacerse con los robots del doctor Fastolfe.

Amadiro replicó con una breve carcajada.

—¿Qué motivos podía tener para ello? Ya ve usted, señor Presidente, que estamos ante un cúmulo de suposiciones y más suposiciones que cualquier tribunal civil de Aurora no dudaría en catalogar de calumnias.

—¿Tiene el señor Baley, de la Tierra, algo con qué sustentar sus hipótesis? —preguntó el Presidente con aire severo.

—Tengo una línea de razonamiento lógico, señor Presidente.

El Presidente se puso en pie, perdiendo parte de su presencia ya que apenas quedó a mayor altura de la que tenía cuando estaba sentado.

—Permítanme que salga a dar un corto paseo para meditar sobre lo que he oído hasta el momento. Volveré en seguida.

Salió para dirigirse al Personal. Fastolfe se inclinó en dirección a Baley y éste hizo lo mismo. Amadiro les miró con despreocupación, como si no le importara lo que tuvieran que decirse el doctor y el terrícola.

—¿No tiene algo mejor que exponer? —susurró Fastolfe.

—Creo que sí —respondió Baley—, si encuentro la ocasión adecuada para hacerlo. Sin embargo, parece que no le caigo demasiado bien al Presidente.

—Yo también lo creo. Hasta ahora, no ha hecho usted sino empeorar todavía más las cosas, y no me sorprendería que, cuando regrese, dé por terminada esta reunión.

Baley meneó la cabeza y permaneció con la mirada fija en sus zapatos.

77

Baley todavía estaba mirándose los zapatos cuando el Presidente volvió a entrar. Tomó asiento y dirigió una mirada dura y casi siniestra al terrícola.

—Señor Baley, de la Tierra —murmuró.

—Sí, señor Presidente.

—Creo que me está haciendo perder el tiempo, pero no quiero que se diga que no he dado todas las oportunidades a ambas partes, aun cuando pareciera que estaba perdiendo el tiempo. ¿Puede usted exponerme un motivo por el cual el doctor Amadiro tuviera que actuar de un modo tan disparatado como usted afirma?

—Señor Presidente —contestó Baley en un tono de voz próximo a la desesperación—, en efecto existe un motivo, y muy importante. Se trata, simplemente, de que el proyecto del doctor Amadiro para la colonización

de la galaxia se quedará en nada si él y su Instituto no logran producir robots humaniformes. Hasta el momento, no han producido ninguno, ni están en condiciones de hacerlo próximamente. Pregúntele usted si está dispuesto a que un comité legislativo inspeccione su Instituto para averiguar si se están produciendo o diseñando robots humaniformes de modo satisfactorio. Si el doctor Amadiro sigue manteniendo que existen en su Instituto esos robots humaniformes, bien en las cadenas de montaje o bien en los tableros de diseño, o incluso en estado de formulación teórica correcta, y si está dispuesto a demostrarlo ante un comité cualificado, no diré nada más y reconoceré que mis investigaciones no han dado fruto.

Tras estas palabras, Baley contuvo el aliento. El Presidente miró a Amadiro, cuya sonrisa había desaparecido.

—Reconozco que en estos momentos no tenemos robots humaniformes en perspectiva.

—Entonces, continuaré —dijo Baley reanudando su interrumpida respiración con algo muy parecido a un jadeo—. Naturalmente, el doctor Amadiro puede obtener toda la información que necesita si recurre al doctor Fastolfe, quien tiene en su cerebro los datos necesarios. Sin embargo, el doctor Fastolfe no está dispuesto a colaborar en este tema.

—Efectivamente, no lo estoy —murmuró Fastolfe—. Bajo ninguna circunstancia.

—Sin embargo, señor Presidente —continuó Baley—, el doctor Fastolfe no es el único individuo que posee el secreto del diseño y construcción de robots humaniformes.

—¿No? —preguntó el Presidente—. ¿Quién más lo conoce? El propio doctor Fastolfe parece asombrado de lo que acaba de decir, señor Baley.

(Por primera vez dejó de añadir «de la Tierra»).

—Realmente estoy asombrado —dijo Fastolfe—. Que yo sepa, soy el único que conoce ese secreto. Ignoro a qué se refiere el señor Baley.

—Sospecho que ni siquiera el propio señor Baley lo sabe —añadió Amadiro con una ligera sonrisa de burla en los labios.

Baley se sintió rodeado. Miró a un lado y a otro y comprendió que ninguno de sus interlocutores, ninguno de los tres, estaba de su parte. Dijo:

—¿No es cierto que cualquier robot humaniforme conocería el secreto? No de una manera consciente, quizás, no de un modo que le hiciera posible dar instrucciones precisas al respecto, pero la información estaría seguramente almacenada en su interior, ¿no creen? Interrogado de modo adecuado, sus respuestas y reacciones acabarían por traicionar los secretos de su diseño y construcción. Poco a poco, con tiempo suficiente y mediante preguntas convenientemente estudiadas, el robot humaniforme daría la información que haría posible planificar el diseño y construcción de otros robots iguales a él. Resumiendo: No existe máquina de diseño secreto si dispone de la propia máquina para desarrollar un estudio suficientemente profundo de sus características.

Fastolfe pareció impresionado.

—Comprendo a qué se refiere, señor Baley, y creo que tiene usted razón. Nunca había pensado en ello.

—Con el debido respeto, doctor Fastolfe —continuó Baley—, debo decirle que, como todos los auroranos, tiene usted un peculiar orgullo individualista. Se siente usted tan satisfecho con el hecho de ser el mejor roboticista, el único capaz de construir robots humaniformes, que es incapaz de percatarse de lo que es obvio.

El Presidente se relajó un poco y esbozó una sonrisa.

—Creo que tiene razón, doctor Fastolfe. Siempre me he preguntado por qué mantenía con tanta insistencia que era el único con capacidad para destruir a Jander, cuando ello perjudicaba notablemente su credibilidad política. Ahora comprendo claramente que prefería usted perder su credibilidad antes que renunciar a su singularidad como individuo y como roboticista.

Fastolfe pareció visiblemente contrariado. En cuanto a Amadiro, frunció el ceño y preguntó:

—¿Tiene todo eso algo que ver con el problema que estamos discutiendo?

—Naturalmente —afirmó Baley, cada vez más seguro de sí mismo—. Usted no podía obligar al doctor Fastolfe a que le diera la información. No podía ordenar a los robots que le hicieran daño, que le torturaran, por ejemplo, para hacerle revelar su secreto. Tampoco podía agredirle

directamente debido a la protección que le ofrecían sus propios robots. En cambio, podía aislar a Daneel y hacer que otros robots lo raptaran mientras el ser humano presente estuviera demasiado enfermo para adoptar las medidas necesarias para impedirlo. Lo sucedido ayer por la tarde formaba parte de un plan improvisado para tener entre sus manos a Daneel. Usted vio abierta su oportunidad cuando insistí en visitarle en el Instituto. De no haber obligado a mis robots a alejarse, y de no haberme encontrado suficientemente bien para insistir en que no me sucedía nada y enviar a sus robots en la dirección equivocada, Daneel y Giskard hubieran caído en su poder. Y con el tiempo, habría podido descubrir el secreto de los robots humaniformes mediante un análisis en profundidad del comportamiento y las respuestas de Daneel.

—Señor Presidente, protesto —exclamó Amadiro—. Nunca he oído una calumnia expresada con tal perversidad. Todo esto se basa en las fantasías de un hombre enfermo. Todavía no sabemos, y quizá no lo averigüemos nunca, si el planeador fue saboteado realmente; y, si lo fue, tampoco sabemos quién pudo hacerlo, o si verdaderamente hubo unos robots que persiguieron el vehículo y hablaron con el señor Baley. Ese hombre está simplemente presentando una suposición tras otra, basadas en un testimonio más que dudoso referente a unos hechos de los que él es el único testigo, y en una situación en la que estaba medio loco de terror y presa quizá, de alucinaciones. Nada de cuanto ha dicho podría sostenerse ni siquiera un momento ante un tribunal.

—No estamos ante un tribunal, doctor Amadiro —dijo el Presidente—, y es mi obligación escuchar todo cuanto pueda tener relación con el tema en disputa.

—Esto no tiene relación con el caso, señor Presidente —insistió Amadiro—. No es más que dialéctica.

—Pero tiene sentido, doctor Amadiro. Hasta ahora no me ha parecido encontrar en la exposición del señor Baley ningún detalle claramente ilógico. Si se admite como cierto lo que afirma haber experimentado, sus conclusiones tienen un cierto sentido. ¿Niega usted todo esto, doctor Amadiro? ¿El sabotaje del planeador, la persecución, la intención de apoderarse del robot humaniforme?

—¡Por supuesto! ¡Nada de todo eso es cierto! —exclamó Amadiro, quien hacía ya un buen rato que había dejado de sonreír—. El terrícola puede presentar una grabación de toda nuestra conversación, y no hay duda de que indicará que retrasé su partida conversando largo rato, invitándole a dar una vuelta por el Instituto y ofreciéndole que se quedara a cenar, pero todo eso puede interpretarse también como una demostración de mi interés por mostrarme amable y hospitalario. Quizá me dejé llevar por una cierta simpatía que siento por los terrícolas, pero nada más. Niego sus suposiciones y nada de cuanto él diga me hará apearme de mi negativa. Mi reputación está bien cimentada y una mera especulación no podrá convencer a nadie de que soy el taimado conspirador que ese terrícola me acusa de ser.

El Presidente se rascó la barbilla con aire pensativo y dijo:

—Desde luego, no tengo intención de acusarle a usted basándome en lo que ha afirmado hasta ahora el terrícola. Señor Baley, si eso es todo lo que puede exponer, lo encuentro interesante pero insuficiente. ¿Hay alguna cosa más de importancia que desee explicar? Le advierto que, si no es así, he consumido ya todo el tiempo que podía dedicar a este asunto.

78

—Sólo hay un hecho más que deseo mencionar, señor Presidente. Quizá haya oído usted hablar de Gladia Delmarre, o Gladia Solaria. Ella suele presentarse simplemente como Gladia.

—Sí, señor Baley —contestó el Presidente con un asomo de enojo en la voz—. He oído hablar de ella. Vi el programa de hiperondas en el que ella y usted hacían unos papeles muy notables.

—Pues bien, Gladia mantuvo relaciones con el otro robot humaniforme, Jander, durante varios meses. De hecho, en el último período lo había convertido en su esposo.

La mirada contrariada que el Presidente dirigía a Baley adquirió una mayor dureza.

—¿Su qué?

—Su esposo, señor Presidente.

Fastolfe, que se había medio incorporado, volvió a sentarse, con expresión perturbada.

—Eso es ilegal —dijo ásperamente el Presidente—. Peor aún, es ridículo. Un robot no podría dejarla embarazada, no podría darle hijos. No se puede conceder jamás el estatus de esposo o de esposa sin firmar una declaración respecto a la voluntad de tener hijos si se obtiene el permiso correspondiente. Esto debería saberlo hasta un terrícola, pienso yo.

—Soy consciente de ello, señor Presidente. Y también lo era Gladia, estoy seguro. Ella no utilizaba la palabra «esposo» en su sentido legal, sino en el emocional. Gladia consideraba a Jander el equivalente a un esposo, sus sentimientos hacia él correspondían a los de una esposa para con su marido.

El Presidente se volvió hacia Fastolfe.

—¿Estaba usted al corriente de esto, doctor? Jander pertenecía a su grupo de robots.

Fastolfe, visiblemente desconcertado, contestó:

—Sabía que Gladia sentía un gran aprecio por él, y sospechaba que le utilizaba sexualmente, pero desconocía por completo esta charada hasta que el señor Baley me lo mencionó.

—Gladia proviene de Solaria —afirmó Baley—, y su concepto de esposo no es el mismo que en Aurora.

—Evidentemente —asintió el Presidente.

—Sin embargo, Gladia conservó el suficiente sentido de la realidad para guardarse el secreto, señor Presidente. Jamás mencionó esta… charada, como la denomina el doctor Fastolfe, a ningún aurorano. Anteayer me la hizo saber porque deseaba urgirme a continuar la investigación de la desactivación de Jander, que tanto había significado para ella. Sin embargo, imagino que Gladia no habría utilizado la palabra «esposo» si no hubiera sabido que yo era terrícola y que comprendería a qué se refería.

—Muy bien —dijo el Presidente—. Reconozco que la tal Gladia tiene un mínimo de sentido común, para ser solariana. ¿Era ése el hecho que quería usted mencionar?

—Sí, señor Presidente.

—En tal caso, lo considero irrelevante y no puede tomarlo en cuenta en nuestras deliberaciones.

—Señor Presidente, todavía hay una pregunta más que deseo hacer. Una sola pregunta. Apenas una docena de palabras y habré terminado.

Se inclinó hacia adelante en la actitud más seria y fervorosa que podía adoptar, pues todo dependía de ello. El Presidente titubeó antes de sentenciar:

—De acuerdo. Una última pregunta.

—Sí, señor Presidente.

A Baley le habría gustado gritar sus palabras, pero se contuvo. Tampoco alzó la voz. Ni siquiera señaló con el dedo. Todo dependía de aquellas palabras. Todo había conducido a lo que se disponía a decir, pero aun así recordó lo que le había aconsejado Fastolfe y preguntó, casi despreocupadamente:

—¿Cómo es que el doctor Amadiro sabía que Jander era el esposo de Gladia?

—¿Cómo? —El Presidente alzó sus cejas canosas y pobladas en actitud de sorpresa—. ¿Quién ha dicho que Amadiro estuviera al corriente de ese asunto?

Hecha una pregunta directa, Baley podía continuar.

—Pregúnteselo a él, señor Presidente.

Y con un gesto de la cabeza, señaló sin añadir una palabra más a Amadiro, quien se había levantado de su asiento y contemplaba a Baley con evidente horror.

79

—Pregúnteselo, señor Presidente. Parece que mis palabras le han afectado mucho —repitió Baley en voz muy baja, pues no deseaba que el Presidente apartara su atención de Amadiro.

—¿Qué tiene que decir a eso, doctor Amadiro? ¿Sabía usted que ese robot había adoptado el papel de esposo de la solariana?

Amadiro tartamudeó, apretó los labios un momento e intentó de nuevo responder. La palidez que había invadido su rostro se desvaneció, reemplazada por un rubor apagado.

—Esa acusación sin sentido me ha tomado por sorpresa, señor Presidente. No sé a qué viene todo esto.

—¿Puedo explicarme, señor Presidente? Seré muy breve —intervino Baley. (¿Se lo permitiría?).

—Será mejor que lo haga —replicó el Presidente con aire severo—. Si tiene usted alguna explicación, me encantaría oírla, desde luego.

—Ayer por la tarde, señor Presidente, sostuve una conversación con el doctor Amadiro. Dado que su intención era mantenerme en el Instituto hasta que empezara la tormenta, habló conmigo más extensamente de lo que pretendía y, al parecer, con menos precaución. Al referirse a Gladia, mencionó casualmente a Jander, el robot, como su esposo. Tengo curiosidad por saber cómo podía conocer el hecho.

—¿Es eso cierto, doctor Amadiro? —preguntó el Presidente.

Amadiro seguía de pie, casi con el aspecto de un preso ante el juez.

—Tanto si es cierto como si no, esto no tiene ninguna relación con el asunto que estamos debatiendo.

—Quizá no —contestó el Presidente—, pero me ha sorprendido su reacción cuando ha surgido el tema. Intuyo que todo esto tiene un significado que tanto usted como el señor Baley conocen, y que yo no alcanzo a comprender. Por lo tanto, también quiero conocerlo. ¿Estaba usted al corriente de esa relación imposible entre Jander y la solariana, sí o no?

—No podía saberlo de ninguna manera —contestó Amadiro con la voz embargada por el nerviosismo.

—Eso no es una respuesta —dijo el Presidente—, sino una ambigüedad. Está usted emitiendo juicios de valor cuando lo que le pido es una declaración. ¿Hizo usted la afirmación que el señor Baley le imputa o no?

—Antes de que el doctor conteste —intervino Baley, sintiéndose más seguro del terreno que pisaba ahora que el Presidente estaba dominado por un acceso de furia moralista—, es justo que le recuerde que Giskard, un robot que estuvo presente en nuestra reunión, puede repetir, si así se lo

piden, toda la conversación, palabra por palabra y utilizando la voz y la entonación de ambas partes. En resumen, que la conversación está grabada.

Amadiro estalló, indignado.

—Señor Presidente, ese robot, Giskard, fue diseñado, construido y programado por el doctor Fastolfe, quien se autoproclama el mejor roboticista que existe y quien se ha manifestado como acérrimo enemigo mío. ¿Cómo puede uno fiarse de una grabación tomada por un robot así?

—Quizá debería usted escuchar la grabación y sacar sus propias conclusiones, señor Presidente —apuntó Baley.

—Sí, quizá debería hacerlo —asintió el Presidente—. No estoy aquí para que se tomen decisiones por mí, doctor Amadiro. Sin embargo, dejemos eso de momento. Pese a lo que pueda decir la grabación, doctor Amadiro, ¿desea usted dejar constancia aquí de que no sabía que la mujer de Solaria considerara a ese robot como su esposo, y de que nunca se ha referido a él como esposo de esa Gladia Solaria? Por favor, recuerde (pues tanto usted como Fastolfe deben saberlo, en su calidad de miembros de la Asamblea Legislativa) que, pese a no estar presente ningún robot, toda esta conversación está siendo grabada en mi propio aparato. —Se llevó los dedos al bolsillo superior de su camisa, en el que se apreciaba un pequeño bulto—. Conteste llanamente, doctor Amadiro. Sí o no.

—Señor Presidente —respondió Amadiro con un asomo de desesperación en la voz—, sinceramente no puedo recordar lo que dije en una conversación informal. Si realmente mencioné esa palabra, y no reconozco con ello que lo hiciera, pudo deberse a alguna otra conversación también informal en la que alguien debió de mencionar el hecho de que Gladia actuaba como si estuviera enamorada de ese robot, y que le trataba como si fuera su esposo.

—¿Y con quién mantuvo esa otra conversación? ¿Quién le mencionó eso?

—En este momento no lo recuerdo.

—Señor Presidente —insistió Baley—, si el doctor Amadiro fuera tan amable de hacer una lista de las personas que pudieron utilizar esa palabra en sus conversaciones con él, podríamos interrogarlas una por una hasta descubrir quién recordaba haber hecho tal observación.

—Espero, señor Presidente —replicó Amadiro—, que tendrá usted en cuenta los efectos sobre la moral del Instituto que tendría una encuesta de ese tipo, si se llevara a cabo.

—Y yo espero que usted también lo tenga en cuenta —contestó el Presidente— y nos dé una respuesta más precisa a la cuestión, para no vernos obligados a recurrir a esos extremos.

—Un momento, señor Presidente —intervino Baley. Con todo el servilismo de que fue capaz, añadió—: Queda un punto más.

—¿Otro? ¿No era éste el último? —estalló el Presidente, observando a Baley con irritación—. ¿De qué se trata?

—¿Por qué muestra tanto interés el doctor Amadiro en negarse a reconocer que estaba al corriente de la relación entre Jander y Gladia? Él afirma que no es un tema importante pero, en tal caso, ¿por qué no admite que conocía esa relación, y ya está? Yo insisto en que es una cuestión importante, y el doctor Amadiro es consciente de que, si admite haber estado al corriente de ella, sus palabras podrían ser utilizadas para demostrar la existencia de un comportamiento criminal por su parte.

—¡Protesto por esa expresión y exijo una disculpa! —tronó Amadiro. Fastolfe sonrió levemente y Baley apretó los labios con gesto serio. Había forzado a Amadiro más allá del límite.

El Presidente enrojeció hasta un punto casi alarmante y replicó acaloradamente:

—¿Exige? ¿Usted exige? ¿A quién exige? Yo soy el Presidente. Yo escucho todas las explicaciones antes de decidir lo que me parece más conveniente y comunicarlo a la Asamblea Legislativa. Déjeme escuchar lo que el terrícola tenga que decir, déjeme conocer su interpretación de los actos de usted. Si le está calumniando, haré que sea castigado, puede estar seguro. Además, puede tener usted la seguridad, doctor Amadiro, de que tomaré en su sentido más amplio la normativa sobre calumnias. Pero lo que no le tolero, Amadiro, es que venga con exigencias. Adelante, terrícola. Diga lo que tenga que decir, pero mida bien sus palabras.

—Gracias, señor Presidente —dijo Baley—. En realidad, hay un aurorano a quien Gladia sí comunicó el secreto de su relación con Jander.

—¿Y bien? —interrumpió el Presidente—, ¿de quién se trata? No me venga con trucos de programas de hiperondas.

—Tengo intención de hacer sólo declaraciones directas y francas, señor Presidente. Ese aurorano no es otro, naturalmente, que el propio Jander. Podía ser un robot, pero era un habitante de Aurora y debe ser considerado como un aurorano. Seguramente, Gladia debió de referirse a él, en sus momentos de pasión, como a su «marido». Dado que el doctor Amadiro ha afirmado que probablemente oyó a otra persona mencionar la relación matrimonial establecida entre Gladia y Jander, ¿no es lógico suponer que la oyó de labios del propio Jander? ¿Estaría dispuesto el doctor Amadiro, ahora mismo, a dejar constancia de que no habló con Jander durante el período en que el robot formaba parte del personal bajo las órdenes de Gladia?

Por dos veces, Amadiro abrió la boca para responder. Por dos veces, fue incapaz de articular palabra alguna.

—Bien —dijo el Presidente—, ¿habló usted con Jander durante ese período, doctor Amadiro?

Tampoco hubo respuesta. Baley intervino, en voz muy baja:

—Si la respuesta es afirmativa, la declaración resulta importantísima para el asunto que estamos tratando.

—Empiezo a ver que así debe de ser, señor Baley. ¿Y bien, doctor Amadiro? Una vez más: ¿sí o no?

Y Amadiro estalló.

—¿Qué pruebas tiene ese terrícola contra mí en este aspecto? ¿Tiene acaso grabada la conversación que, según dice, mantuve con Jander? ¿Tiene algún testigo dispuesto a afirmar que me vio con Jander? ¿Qué pruebas puede aportar, salvo meras falsas suposiciones?

El Presidente se volvió a Baley y le observó, pensativo. El terrícola contestó:

—Señor Presidente, si no tuviera algo más, el doctor Amadiro no dudaría en negar cualquier contacto con Jander, para que así constara. Sin embargo, no lo hace. Resulta que en el curso de mi investigación me he entrevistado también con la doctora Vasilia Aliena, la hija del doctor Fastolfe. Y he conversado asimismo con un joven aurorano llamado

Santirix Gremionis. En la grabación de ambas conversaciones, queda demostrado que la doctora Vasilia incitaba a Gremionis a que cortejara a Gladia. Si lo desea, puede interrogar a la doctora Vasilia sobre sus propósitos al hacerlo, y sobre si su actuación en este sentido se debió a alguna sugerencia del doctor Amadiro. También parece que Gremionis tenía por costumbre dar largos paseos con Gladia, en los cuales nunca eran acompañados por el robot Jander. Es un hecho que puede comprobar si así lo desea, señor.

—Quizá lo haga —respondió en tono cortante el Presidente— pero, aunque todo sea como usted dice, ¿qué demostraría eso?

—Ya he señalado antes —continuó Baley— que, aparte del doctor Fastolfe, el único que puede revelar el secreto del robot humaniforme es Daneel. Sin embargo, antes de la desactivación de Jander, también éste podía facilitar esa información. Mientras que Daneel formaba parte del personal del establecimiento del doctor Fastolfe y no podía accederse a él fácilmente, Jander estaba en el establecimiento de Gladia, y ésta no es tan sofisticada como el doctor en cuanto a las medidas de protección para sus robots.

»¿No es posible que el doctor Amadiro aprovechara las ausencias periódicas de Gladia de su establecimiento, durante esos largos paseos con Gremionis, para conversar con Jander, quizá por triménsico, para estudiar sus respuestas, someterle a diversos tests y luego borrar del robot cualquier señal de su visita de modo que Jander no pudiera informar de ello a Gladia? Puede que el doctor Amadiro llegara muy cerca de lo que deseaba saber, pero sus propósitos se vieron frustrados cuando Jander quedó desactivado. Entonces, su atención se volvió hacia Daneel. Quizá pensaba que sólo le quedaban algunas pruebas y observaciones para llegar a la solución definitiva, y por eso preparó la trampa de anoche, como ya he mencionado en mi… en mi testimonio.

—Ahora todo concuerda. Casi me veo obligado a creerle —dijo el Presidente, casi en un susurro.

—Falta un último detalle y entonces sí que habré dicho todo cuanto tenía que decir —añadió Baley—. En sus exámenes y pruebas a Jander, es perfectamente posible que el doctor Amadiro desactivara accidentalmente

al robot, aunque sin ninguna intención deliberada de hacerlo, cometiendo así un roboticidio.

Amadiro, enloquecido y furioso, gritó:

—¡No! ¡Jamás! ¡No le hice a ese robot nada que pudiera desactivarle!

—Estoy de acuerdo con él, señor Presidente —intervino Fastolfe—. Yo también creo que el doctor Amadiro no desactivó a Jander. No obstante, señor Presidente, la declaración que acaba de hacer el doctor parece llevar implícito el reconocimiento de que anduvo manipulando a Jander, y de que el análisis de los hechos que ha realizado el señor Baley se ajusta a la verdad en lo esencial.

El Presidente asintió.

—Me veo obligado a estar de acuerdo con usted, doctor Fastolfe. Doctor Amadiro, si insiste en negar formalmente esta exposición de los hechos, me obligará a iniciar una investigación completa y en profundidad, lo cual puede reportarle un grave perjuicio, sea cual sea el resultado. Y por lo que llevo visto, sospecho que éste va a ser desfavorable para usted. Le sugiero que no me obligue a ello, que no se arriesgue a debilitar su posición ante la Asamblea Legislativa y, quizás, a debilitar la capacidad de Aurora para continuar con una acción política sin sobresaltos.

»Según entiendo, antes de que surgiera el tema de la desactivación de Jander el doctor Fastolfe contaba con el apoyo de una mayoría de miembros de la Asamblea Legislativa (una exigua mayoría, debo reconocerlo) en el tema de la colonización de la galaxia. Presionando con el asunto de la supuesta responsabilidad del doctor Fastolfe en la desactivación de Jander, usted habría conseguido a algunos legisladores a su posición, los suficientes para otorgarle la mayoría. Sin embargo, ahora, el doctor Fastolfe tiene en sus manos la posibilidad de dar la vuelta a la situación acusándole a usted de la desactivación y, además, de haber intentado responsabilizarle a él. Creo que, en esas circunstancias, usted perdería.

»Si no intervengo y medio en el asunto, bien podría suceder que usted, doctor Amadiro, y usted, doctor Fastolfe, llevados por su cabezonería o incluso por sus ansias de venganza, se pusieran al frente de sus fuerzas y se acusaran mutuamente de todo tipo de cosas. En tal caso, nuestras fuerzas políticas y la opinión pública quedarían asimismo irremisiblemente

divididas, e incluso fragmentadas, lo que significaría un perjuicio inmenso para el planeta.

»Creo que en ese caso, la victoria de Fastolfe, aunque inevitable, se obtendría a un precio muy costoso. Por lo tanto, mi obligación como Presidente es intentar llevar los más votos posibles hacia el bando del doctor Fastolfe desde el primer momento, además de presionarle a usted y a su grupo, doctor Amadiro, para que acepten la victoria de su contrincante con toda la elegancia de que sean capaces, y a aceptarla inmediatamente, por el bien de Aurora.

—No estoy interesado en conseguir una victoria aplastante, señor Presidente. Reitero mi propuesta de llegar a un compromiso por el cual Aurora, los demás mundos espaciales y también la Tierra tengan toda libertad de exploración y colonización en la galaxia. A cambio, me sentiré complacido de ingresar en el Instituto de Robótica y poner a su disposición mis conocimientos sobre los robots humaniformes, facilitando así los proyectos del doctor Amadiro. En contrapartida, solicito el solemne reconocimiento de que se abandonará cualquier idea de segregar a la Tierra en el futuro, y que este pacto adopte la forma de un tratado, en el que figuren como signatarios Aurora, los mundos espaciales y la Tierra.

El Presidente asintió.

—Considero la propuesta muy prudente y digna de un estadista. ¿Cuento con su aceptación del proyecto, doctor Amadiro?

Amadiro se sentó por fin. Su rostro era la expresión perfecta de la derrota.

—En ningún momento he buscado mi poder personal ni el placer de la victoria. He defendido lo que estoy seguro que es más conveniente para Aurora, y tengo el convencimiento de que el plan del doctor Fastolfe significará algún día el fin de Aurora. No obstante, reconozco que estoy indefenso ante la red urdida por este terrícola —acompañó sus palabras de una rápida mirada a Baley, cargada de veneno— y me veo obligado a aceptar la sugerencia del doctor Fastolfe, aunque solicitaré permiso para dirigirme a la Asamblea Legislativa y dejar constancia de mis temores ante las consecuencias de ese tratado.

—Naturalmente, se le permitirá hacerlo —afirmó el Presidente—. Y ahora, doctor Fastolfe, si me permite un consejo, saque a ese terrícola de nuestro planeta lo antes posible. Él ha conseguido que se impusiera el punto de vista de usted, pero creo que no disfrutará de muchas simpatías entre los auroranos si éstos disponen del tiempo suficiente para comprender que, en el fondo, se trata de una victoria de la Tierra sobre Aurora.

—Tiene usted toda la razón, señor Presidente, y el señor Baley partirá inmediatamente con mi agradecimiento y, confío, también con el de usted.

—Bien —concluyó el Presidente, no muy contento de verse en aquella situación—, ya que su habilidad nos ha salvado de una perjudicial batalla política, le expreso mi agradecimiento. Gracias, señor Baley.

19. OTRA VEZ BALEY

80

Baley les vio marcharse desde cierta distancia. Aunque habían llegado juntos, Amadiro y el Presidente se fueron cada uno por su lado. Fastolfe regresó con él después de despedirles. Sin tratar de ocultar su tremendo alivio.

—Vamos, señor Baley —exclamó—, almorzará usted conmigo y después, lo antes posible, partirá de nuevo hacia la Tierra.

Su personal robótico se había puesto claramente en acción con el fin de prepararlo todo. Baley asintió con la cabeza y comentó con ironía:

—El Presidente ha conseguido darme las gracias, pero parecía que la frase se le atascaba en la garganta.

—No puede hacerse usted una idea del honor que le ha dispensado. El Presidente rara vez da las gracias a nadie, pero en compensación casi nadie da las gracias al Presidente. Siempre se deja que sea la historia quien ensalce a un Presidente, y éste ya lleva cuarenta años en el cargo. Se ha vuelto rudo y malhumorado, como siempre sucede a los Presidentes en sus últimas décadas de gobierno.

»No obstante, señor Baley, yo si quiero darle las gracias otra vez y dárselas también en nombre de Aurora. Usted vivirá para ver salir al espacio a los terrícolas, incluso teniendo en cuenta lo corta que será su vida, y nosotros les ayudaremos con nuestra tecnología.

»No consigo entender cómo ha sido capaz de resolver este lío en dos días y medio, o menos. Señor Baley, es usted una maravilla… Pero vamos.

Seguramente querrá usted lavarse y refrescarse. Yo, desde luego, lo estoy deseando.

Por primera vez desde que llegara el Presidente, Baley tenía tiempo de pensar en algo más que en la siguiente frase que diría.

Seguía sin saber qué era aquella intuición que le había asaltado en tres ocasiones, la primera cuando estaba a punto de dormirse, la segunda a punto de caer inconsciente, y la tercera en plena relajación después de haber hecho el amor.

«¡Él llegó primero!».

Seguía sin encontrar significado a la frase y, pese a ello, había expuesto su teoría al Presidente y había hecho triunfar su tesis sin ella. ¿Tendría, pues, algún significado si formaba parte de un mecanismo que no encajaba y que no parecía necesario? ¿No era un contrasentido?

El pensamiento siguió irritándole en un rincón de su mente y se dispuso a celebrar un almuerzo victorioso sin la debida sensación de haber vencido. Por alguna razón, sentía que no había acertado en la solución.

En primer lugar, ¿mantendría el Presidente su resolución? Amadiro había perdido la batalla, pero no parecía la clase de persona que se rendía bajo cualquier circunstancia. Si había que dar crédito a lo que había dicho, no le había movido la vanagloria personal, sino su idea del patriotismo y del bien de Aurora. Si era así, no podía rendirse tan fácilmente.

Baley creyó necesario advertir a Fastolfe.

—Doctor Fastolfe, no creo que el asunto haya concluido. El doctor Amadiro seguirá luchando para excluir a la Tierra.

Fastolfe asintió con la cabeza mientras un robot servía los platos.

—Ya lo sé. Es lo que espero de él. Sin embargo, no le temo en tanto el asunto de la desactivación de Jander siga como ha quedado. Si no vuelve a removerse el tema, estoy seguro de que siempre podré derrotarle en la Asamblea Legislativa. No tema, señor Baley, la Tierra seguirá adelante. Tampoco es preciso que tema usted algún peligro contra su integridad física como venganza por parte de Amadiro. Antes de que anochezca estará usted fuera del planeta, camino de la Tierra… y Daneel le escoltará, naturalmente. Más aún, el informe que remitiremos sobre su actuación le asegurará, una vez más, una buena promoción entre sus superiores.

—Estoy dispuesto a salir en seguida —contestó Baley—, pero supongo que tendré tiempo de celebrar algunas despedidas. Me gustaría… me gustaría ver a Gladia otra vez, y también me gustaría despedirme de Giskard, que anoche quizá me salvó la vida.

—Naturalmente que podrá, señor Baley. Pero ahora coma algo, ¿no le apetece?

Baley comió lo que tenía en el plato, pero no lo disfrutó. Al igual que la confrontación con el Presidente y la victoria que había logrado, la comida también le parecía extrañamente insípida.

En buena lógica no debería haber vencido. El Presidente debería haber cortado su discurso y, en todo caso, Amadiro debería haberlo negado todo rotundamente. De este modo, seguramente su palabra se habría impuesto sobre los razonamientos sin pruebas de un terrícola.

En cambio, Fastolfe estaba jubiloso.

—Ha habido momentos en que temía lo peor, señor Baley —dijo—. Tenía miedo de que la reunión con el Presidente fuera prematura, y de que nada de cuanto pudiera usted decir remediase la situación. En cambio, ha llevado usted el asunto muy bien. Escuchándole no hacía más que admirarle. Esperaba que en cualquier momento Amadiro exigiría que se aceptase su palabra contra la de un terrícola que, después de todo, se encontraba en un estado permanente de semilocura por hallarse en un planeta extraño, en el exterior…

Baley le interrumpió, diciendo con un tono de voz frío:

—Con todos los respetos, doctor Fastolfe, no me he encontrado en un estado permanente de semilocura. Lo de anoche fue excepcional, pero fue la única vez que perdí el control. Durante el resto de mi estancia en Aurora, quizá me he encontrado incómodo en algún momento, pero siempre he conservado perfectamente mis facultades mentales.

Parte de la furia que había conseguido reprimir a duras penas durante el encuentro con el Presidente empezaba a aflorar ahora.

—Sólo durante la tormenta, doctor… salvo, por supuesto —añadió, recordando el viaje de ida—, un par de momentos en la nave, cuando nos aproximábamos.

Baley no fue consciente de cómo el pensamiento —el recuerdo, la interpretación— llegó hasta él, ni a qué velocidad. En un instante no existía, y al siguiente estalló en su mente como si siempre hubiera estado allí y sólo necesitara que cayera un velo frágil como una pompa de jabón para aflorar.

—¡Jehoshaphat! —exclamó con un suspiro de asombro. Después, dejando caer con fuerza el puño sobre la mesa, entre el sonido de los platos al vibrar, repitió—: ¡Jehoshaphat!

—¿Qué sucede, señor Baley? —preguntó Fastolfe, desconcertado.

Baley le miró fijamente y reaccionó ante su pregunta con un ligero retraso.

—Nada, doctor Fastolfe. Estaba pensando en el infernal descaro del doctor Amadiro: primero causa la desactivación de Jander y a continuación se las ingenia para que la culpa recaiga en usted. Por último, hace lo posible para que yo me vuelva medio loco con la tormenta de anoche y después aún se atreve a utilizar eso para sembrar dudas sobre mis conclusiones. Por un momento, me he sentido furioso.

—Bueno, señor Baley, tranquilícese, no se altere. En realidad, es absolutamente imposible que Amadiro pudiera desactivar a Jander. Eso, como ya se ha dicho más de una vez, fue un hecho puramente accidental. Naturalmente, es posible que la investigación realizada por Amadiro en el robot incrementara las probabilidades de que el accidente se produjera, pero no quiero seguir discutiendo sobre ese punto.

Baley sólo prestó a las palabras de Fastolfe una parte de su atención. Lo que acababa de decirle a Fastolfe era pura ficción y la respuesta del doctor carecía de importancia. Era (como hubiera dicho el Presidente) irrelevante. De hecho, todo cuanto había sucedido, todo cuanto había expuesto en la reunión, era irrelevante. Y sin embargo, nada tenía que cambiar por ello.

Salvo una cosa… un rato después.

¡Jehoshaphat!, susurró en el silencio de su mente. Después volvió a centrarse en el almuerzo, y esta vez lo saboreó con deleite y con alegría.

Una vez más, Baley cruzó el césped que separaba los establecimientos de Fastolfe y Gladia. Iba a ver a Gladia por cuarta vez en tres días y, en esta ocasión (su corazón pareció encogérsele en el pecho, formando un nudo), sería la última.

Giskard le acompañaba pero a cierta distancia, más pendiente de los alrededores que nunca. Sin duda, ahora que el Presidente conocía todos los hechos, debería haber un poco menos de preocupación por la seguridad de Baley, y más teniendo en cuenta que quien realmente había corrido peligro era Daneel. Probablemente, Giskard no había recibido todavía instrucciones para modificar su actitud de vigilancia. Sólo en una ocasión se acercó a Baley, y lo hizo cuando éste le preguntó a gritos:

—Giskard, ¿dónde está Daneel?

Al oír que le llamaba, el robot recorrió rápidamente el terreno que le separaba de Baley, como si no quisiera hablar más que en voz baja.

—Daneel está camino del espaciopuerto, señor, en compañía de otros miembros del personal robótico del doctor Fastolfe, para disponer lo necesario para su traslado a la Tierra. Se reunirá con usted en el espaciopuerto y embarcará en la nave para acompañarle hasta la Tierra.

—Una magnífica noticia. Aprecio muchísimo cada día que paso en compañía de Daneel. ¿Y tú, Giskard? ¿Nos acompañarás también?

—No, señor. Tengo órdenes de permanecer en Aurora. No obstante, Daneel le servirá bien, incluso en mi ausencia.

—Estoy seguro de ello, Giskard, pero te echaré de menos.

—Gracias, señor —dijo Giskard. Después, se retiró otra vez a cierta distancia con la misma rapidez con que se había acercado. Baley se quedó mirándole en actitud pensativa durante unos instantes. No, lo primero era lo primero. Tenía que ver a Gladia.

82

Gladia se adelantó a recibirle. ¡Qué cambio tan inmenso se había producido en ella en apenas dos días! Gladia no estaba alegre, no bailaba, no le bullía la sangre; todavía presentaba el aspecto abatido de quien ha padecido una

gran pérdida, pero había desaparecido de ella el aura atormentada que la había rodeado. Ahora su presencia tenía una especie de gran serenidad, como si hubiera cobrado conciencia de que la vida continuaba pese a todo y que todavía podía ser dulce en ocasiones.

Ofreció a Baley una sonrisa cálida y amistosa, avanzó hacia él y le tendió la mano.

—¡Oh, tómala, tómala, Elijah! —exclamó cuando vio que Baley titubeaba—. Es ridículo por tu parte que dudes y finjas que no deseas tocarme después de lo de anoche. Ya ves, todavía lo recuerdo y sigo sin arrepentirme. Todo lo contrario.

Baley realizó la (para él) desusada operación de devolverle la sonrisa.

—Yo también lo recuerdo, Gladia, y tampoco me arrepiento de ello. Hasta me gustaría volver a hacerlo, pero esta vez he venido a despedirme.

El rostro de Gladia se ensombreció.

—Entonces, ¿regresas a la Tierra? Sin embargo, el informe que he recibido por medio de la red de robots que siempre funciona entre el establecimiento de Fastolfe y el mío dice que todo ha salido bien. No es posible que hayas fallado.

—No, no he fallado. En realidad, el doctor Fastolfe ha conseguido una rotunda victoria. No creo que nunca vuelvas a oír la menor sugerencia de que él tuvo algo que ver con la muerte de Jander.

—¿Y eso se deberá a lo que tú dijiste en la reunión, Elijah?

—Así lo creo.

—Estaba segura —dijo Gladia, con un asomo de autosatisfacción en la voz—. Cuando me dijeron que ibas a encargarte del caso, les aseguré que lo conseguirías. Pero, entonces, ¿por qué te envían de vuelta?

—Precisamente porque el caso está resuelto. Si permanezco aquí por más tiempo, al parecer me convertiré en un objeto extraño que puede irritar al cuerpo político.

Gladia le observó con aire dubitativo durante un instante, y luego dijo:

—No estoy segura de entender a qué te refieres. Debe de ser una frase típica de tu planeta, pero no importa. ¿Has logrado descubrir quién mató a Jander? Eso es lo importante.

Baley echó una mirada alrededor. Giskard estaba en uno de los nichos, y uno de los robots de Gladia, en otro. Gladia interpretó su gesto sin dificultad.

—Bien, Elijah —dijo—, tienes que aprender a olvidarte de los robots. Seguro que no te preocupa la presencia de esa silla, o de esas cortinas, ¿verdad?

—Es cierto, Gladia, lo siento mucho —reconoció con un gesto de asentimiento—. Lo siento muchísimo, pero he tenido que explicarles que Jander era tu esposo.

Gladia abrió los ojos como platos y Baley se apresuró a continuar.

—He tenido que hacerlo, pues era fundamental para el caso. Sin embargo, te prometo que eso no afectará a tu posición en Aurora.

Baley le resumió, con la mayor brevedad posible, lo que había ocurrido en la confrontación que acababa de mantener. Cuando terminó, añadió:

—Así pues, nadie mató a Jander. La desactivación fue resultado de alteraciones accidentales en las conexiones positrónicas, aunque las probabilidades de que se produjeran esas alteraciones accidentales aumentaron debido a lo que había estado haciendo Amadiro.

—Y yo no lo supe nunca —murmuró ella—. Y yo no lo supe nunca… Pensar que yo consentí sin querer ese horrible plan de Amadiro. Y él es tan responsable de la muerte de Jander como si le hubiera aplastado la cabeza con un mazo.

—Gladia —replicó Baley con la mayor seriedad—, eso no es justo. Amadiro no tenía intención de causar daño a Jander, y lo que hacía era, a sus ojos, solamente por el bien de Aurora. Y está recibiendo su castigo por ello: ha sido derrotado, sus planes han quedado desbaratados y su Instituto de Robótica quedará bajo el dominio del doctor Fastolfe. Ni tú misma habrías podido encontrar un castigo más adecuado.

—Pensaré en eso —contestó ella—. Pero queda todavía Santirix Gremionis, ese guapo y joven lacayo cuya misión era alejarme de Jander. No me extraña que apareciera una y otra vez, insistiendo pese a que siempre le rechazaba. Bueno, seguramente volverá a presentarse y entonces tendré el placer de…

Baley movió la cabeza violentamente, en gesto de negativa.

—No, Gladia. Le he interrogado y te aseguro que no tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo. Gremionis fue tan víctima de los engaños de Amadiro como tú misma. De hecho, las cosas fueron precisamente al revés, de como has dicho. Su insistencia no se debía a un plan maquiavélico para alejarte de Jander, sino que Amadiro se sirvió precisamente de su insistencia, que únicamente se debía a su interés por ti. A su amor por ti, si esa palabra significa en Aurora lo mismo que en la Tierra.

—En Aurora, el amor es una coreografía. Jander era un robot, y tú eres un terrícola. Los auroranos son distintos.

—Ya me lo explicaste. Sin embargo, Gladia, tú aprendiste de Jander a recibir, y aprendiste de mí a dar (aunque yo no me lo proponía). Si has sacado provecho de ambos, ¿no es justo y correcto que ahora enseñes tú a otros? Gremionis se siente lo bastante atraído por ti para que acceda a aprender. Fíjate que ya desafía los convencionalismos de Aurora al insistir pese a tus negativas. Estoy seguro de que es capaz de seguirlos desafiando. Tú puedes enseñarle a dar y a recibir y, así, tú misma aprenderás a hacer ambas cosas, a la vez o alternadamente, en su compañía.

Gladia miró a Baley a los ojos con aire inquisitivo.

—¿Intentas librarte de mí, Elijah?

Baley asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, Gladia. En este momento, deseo que llegues a ser feliz más de lo que nunca he deseado nada para mí o para la Tierra. Yo no puedo darte la felicidad, pero si Gremionis te la puede dar, me sentiré feliz. Casi tan feliz como si fuera yo mismo quien te estuviera ofreciendo ese regalo.

»Cuando le enseñes lo que sabes, Gladia, quizá te sorprenda la facilidad con que se desembarazará de eso que llamas "coreografía". Y probablemente correrá la voz, de modo que otros muchos vendrán a rendirse a tus pies. Y Gremionis podrá enseñar asimismo a otras mujeres. Puede que, antes de que te des cuenta, hayas organizado una verdadera revolución sexual en Aurora. Dispones de casi tres siglos para conseguirlo.

Gladia siguió mirándole fijamente y luego estalló en una carcajada.

—Te estás burlando de mí. Estás diciendo tonterías deliberadamente. Nunca lo hubiera pensado de ti, Elijah. Siempre pareces tan serio y ponderado. ¡Jehoshaphat!

(Y, con la última exclamación, intentó imitar el apagado timbre de barítono de su voz).

—Quizás esté bromeando un poco —contestó Baley—, pero en esencia lo que digo es cierto. Prométeme que le darás una oportunidad a Gremionis.

Gladia se acercó a Baley y éste, sin titubeos esta vez, le pasó el brazo por la cintura. Ella le puso un dedo sobre los labios y Baley depositó en él un suave beso. Gladia susurró dulcemente:

—¿Y no preferirías tenerme para ti, Elijah?

Baley contestó con la misma dulzura (aunque incapaz de olvidarse de la presencia de los robots en la sala):

—Sí, lo preferiría, Gladia. Me avergüenza tener que reconocer que, en este momento, me daría igual que la Tierra estallase en pedazos con tal de tenerte a ti. Sin embargo, no puedo. Dentro de pocas horas habré partido de Aurora y no hay modo de conseguir que te permitan venir conmigo. Y tampoco creo que me autoricen a volver nunca a Aurora, igual que es imposible que a ti te dejen visitar la Tierra.

»Nunca volveré a verte, Gladia, pero jamás podré olvidarte. Dentro de algunas décadas habré muerto, y para entonces tú seguirás tan joven como ahora. Así pues, de todos modos tendríamos que despedirnos pronto, hiciéramos lo que hiciésemos.

Gladia apoyó la cabeza en el pecho de Baley.

—¡Oh, Elijah!, dos veces has irrumpido en mi vida, y en ambas has estado conmigo apenas unas horas. Dos veces has hecho grandes cosas por mí, y luego te has marchado. La primera vez, sólo conseguí rozarte la mejilla con mis dedos, pero ello representó un enorme cambio. La segunda vez, he conseguido mucho más, y de nuevo has representado un cambio absoluto en mi vida. Jamás te olvidaré, Elijah, aunque viva más siglos de los que puedo contar.

—Entonces, no permitas que ese recuerdo te prive de la felicidad. Acepta a Gremionis y hazle feliz a él, y deja que él también te haga feliz a ti. Por otra parte, recuerda que nada te impide enviarme cartas. Hay un servicio de hipercorreo entre Aurora y la Tierra.

—Lo haré, Elijah. Y tú, ¿me escribirás también?

—Sí, Gladia.

Hubo un silencio y, con gran pesar, se separaron. Gladia permaneció en medio de la habitación y, cuando Baley llegó a la puerta y se volvió, ella seguía en el mismo lugar, esbozando una leve sonrisa. Baley formó con sus labios la palabra «adiós». Después, igualmente en silencio —pues en voz alta no se habría atrevido— añadió: «amor mío».

También los labios de Gladia se movieron en silencio: «Adiós, queridísimo mío».

Baley dio media vuelta y salió. Sabía que nunca volvería a verla en forma tangible, que nunca volvería a tocarla.

83

Transcurrió un rato antes de que Baley consiguiera centrarse y repasar la tarea que todavía le esperaba. Había recorrido en silencio aproximadamente la mitad de la distancia que le separaba del establecimiento de Fastolfe, cuando se detuvo y alzó un brazo.

Giskard, que no le perdía de vista, estuvo junto a él en un instante.

—¿Cuánto tiempo falta para ir al espaciopuerto, Giskard?

—Tres horas y diez minutos, señor.

Baley permaneció unos instantes pensativo.

—Me gustaría ir hasta ese árbol de ahí, sentarme con la espalda apoyada en su tronco y pasar un rato solo. Contigo, naturalmente, pero lejos de los demás seres humanos.

—¿En el exterior, señor? —La voz del robot era incapaz de expresar sorpresa o nerviosismo, pero, por alguna razón, Baley tuvo la sensación de que si Giskard hubiera sido un ser humano, sus palabras habrían expresado aquellas emociones.

—Sí. Tengo que pensar y, después de lo sucedido anoche, un día tan tranquilo como éste, soleado, relajante y despejado, apenas me puede afectar. De todos modos, te prometo que buscaré refugio si siento agorafobia. ¿Me acompañas?

—Sí, señor.

—Muy bien.

Baley abrió la marcha. Llegaron hasta el árbol y Baley acarició el tronco con cautela. Después se miró la mano, y vio que estaba totalmente limpia. Seguro de que no se ensuciaría si se apoyaba en él, inspeccionó el suelo y se sentó con cuidado, descansando la espalda contra el tronco.

No era tan cómodo como habría resultado una silla, ni mucho menos, pero había una sensación de paz (cosa extraña) que probablemente no habría podido encontrar dentro de una habitación cerrada.

Giskard continuó de pie y Baley le preguntó:

—¿No quieres sentarte?

—Estoy más cómodo de pie, señor.

—Ya lo sé, Giskard, pero podré pensar mejor si no tengo que levantar la cabeza para mirarte.

—Si me sentara, no podría protegerle tan bien de algún posible daño, señor.

—También lo sé, Giskard, pero en este momento no creo que corra ningún peligro. Mi misión ha terminado y el caso está resuelto. La posición del doctor Fastolfe es segura. Puedes arriesgarte a tomar asiento, y te ordeno que lo hagas.

Giskard se sentó al instante frente a Baley, pero sus ojos siguieron escrutando los alrededores a un lado y a otro, vigilantes como siempre.

Baley contempló el cielo a través de las hojas del árbol, verde sobre fondo azul. Escuchó el zumbido de los insectos y el repentino canto de un pájaro, notó un pequeño movimiento en las hierbas próximas, que seguramente indicaba el paso de algún animalillo y, nuevamente, se maravilló de la extraña paz del lugar y de la abismal diferencia con el rumor continuo y el movimiento apresurado de las Ciudades. El jardín aurorano tenía una paz tranquila, una paz sin prisas, una paz solitaria y apartada.

Por primera vez, Baley se hizo una leve idea de cómo sería la vida en el Exterior, fuera de las Ciudades. Se sintió agradecido por sus experiencias en Aurora, sobre todo por la tormenta, pues ahora sabía que sería capaz de salir de la Tierra y afrontar las condiciones de vida de cualquier nuevo mundo por colonizar. Sí, podría vivir en el Exterior con Ben, y quizás hasta con Jessie.

—Anoche, en la oscuridad de la tormenta —dijo—, me preguntaba si habría podido ver el satélite de Aurora de no haber tantas nubes en el cielo. Si recuerdo correctamente lo que he leído, Aurora tiene un satélite, ¿verdad?

—En realidad tiene dos, señor. El mayor es Tithonus, pero su tamaño es, de todos modos, bastante reducido, y sólo aparece en el cielo como una estrella no muy brillante. El satélite más pequeño no resulta visible a los ojos humanos y, las pocas veces que se habla de él, recibe el nombre de Tithonus II.

—Gracias, Giskard. También deseo agradecerte que me rescataras anoche —añadió, mirando fijamente al robot—. No sé cuál es el modo adecuado de darte las gracias.

—No es en absoluto necesario que me las dé. Simplemente, estaba siguiendo los dictados de la Primera Ley. No tenía otra opción que actuar como lo hice.

—Sin embargo, quizá te debo la vida, y es importante que sepas que me doy cuenta de ello. Y bien, Giskard, ¿qué debo hacer ahora?

—¿Respecto a qué, señor?

—Mi misión ha terminado. La opinión del doctor Fastolfe se impondrá y el futuro de la Tierra está asegurado. Parece que ya no tengo qué hacer, y sin embargo todavía le doy vueltas al asunto de Jander.

—No le comprendo, señor.

—Bueno, parece claro que Jander murió por una alteración fortuita en el potencial positrónico de su cerebro. Sin embargo, Fastolfe reconoce que las probabilidades de que ello sucediese eran mínimas, infinitesimales. Aun teniendo en cuenta las actividades de Amadiro, las probabilidades, aunque posiblemente mayores, seguirían siendo infinitesimales. Al menos, eso cree Fastolfe. Por lo tanto, sigo pensando que la muerte de Jander fue un roboticidio premeditado. Ahora no me atrevo a insistir en el tema. No quiero remover el asunto ya que hemos llegado a una conclusión muy satisfactoria. No quiero poner en peligro otra vez la posición de Fastolfe. No quiero causarle infelicidad a Gladia. No sé qué hacer y, como no puedo hablar con ningún ser humano de este asunto, se me ha ocurrido discutirlo contigo, Giskard.

—Sí, señor.

—¿Qué debo hacer, en tu opinión?

—Si se ha cometido un roboticidio, señor, tiene que haber alguien capaz de realizar ese acto. Sin embargo, el doctor Fastolfe es el único que podría haberlo hecho y afirma que no fue él.

—Sí, ésa era la situación inicial. Creo que el doctor Fastolfe dice la verdad, y estoy totalmente seguro de que no fue él.

—Entonces, ¿cómo pudo producirse el roboticidio, señor?

—Supongamos que hay alguien que entiende tanto de robótica como el doctor Fastolfe.

Baley dobló las rodillas y las rodeó con sus brazos, enlazando las manos. No miró a Giskard, sino que pareció estar sumido en profundos pensamientos.

—¿Quién podría ser, señor? —preguntó el robot.

Y por fin, Baley llegó al punto crucial de la conversación. Sin moverse, respondió:

—Tú, Giskard.

84

Si Giskard hubiera sido humano, se habría quedado simplemente mirándole, silencioso y asombrado; o habría reaccionado con furia, o se habría echado hacia atrás presa del pánico, o habría tenido cualquiera de una docena de respuestas distintas. Sin embargo, como era un robot, Giskard no mostró la menor emoción y sólo preguntó:

—¿Por qué lo dice usted, señor?

—Escucha, Giskard —dijo Baley—, estoy totalmente seguro de que sabes perfectamente cómo he llegado a esta conclusión. Sin embargo, me harás un favor si me permites aprovechar la tranquilidad de este lugar y el poco tiempo de que dispongo antes de partir para explicar el asunto en voz alta, por mi propio bien. Me gustaría escucharme a mí mismo, oír mis propias palabras y saber que finalmente he descifrado el enigma. Y también me gustaría que me corrigieras allí donde me equivoque.

—Cuente con ello, señor.

—Creo que mi primer error fue suponer que eras un robot menos complicado y más primitivo que Daneel, simplemente porque parecías menos humano. Los seres humanos siempre piensan que cuanto más humano es el aspecto de un robot, más complicado, avanzado e inteligente es. Es cierto que es fácil diseñar un robot como tú, mientras que uno como Daneel representa un gran problema para hombres como Amadiro y sólo puede ser desarrollado por los genios de la robótica como el doctor Fastolfe. Sin embargo, la dificultad del diseño de Daneel se centra, sospecho, en reproducir los aspectos humanos como la expresión facial, la entonación de la voz y otros gestos y movimientos que son extraordinariamente complicados, pero que en realidad no tienen nada que ver con la complejidad cerebral. ¿Tengo razón?

—En efecto, señor.

—Así, automáticamente, te infravaloré como hace todo el mundo. Sin embargo, tú mismo te descubriste, antes incluso de que la nave aterrizara en Aurora. Quizá recuerdes que, durante el aterrizaje, tuve un ataque de agorafobia y, por un instante, permanecí en un estado mucho peor, incluso, que el de anoche bajo la tormenta.

—Lo recuerdo, señor.

—En aquel momento, Daneel estaba en la cabina conmigo, mientras que tú estabas fuera, ante la puerta. Yo estaba cayendo en una especie de estado catatónico, silencioso, y Daneel quizá no estaba mirándome en aquel preciso instante, por lo que no se había dado cuenta de lo que me sucedía. Tú estabas fuera de la cabina y, sin embargo, fuiste quien se acercó corriendo a mí y apagó el visor que tenía en las manos. Tú llegaste primero, antes que Daneel, aunque sus reflejos son tan rápidos como los tuyos. Estoy seguro de ello, como quedó demostrado cuando impidió que el doctor Fastolfe me golpeara.

—Estoy seguro de que el doctor Fastolfe no se disponía a golpearle.

—Naturalmente que no. Simplemente estaba haciendo una demostración de los reflejos de Daneel. Y sin embargo, como iba diciendo, tú llegaste primero a mí en la cabina. Yo apenas estaba en condiciones de observar ese hecho, pero estoy muy habituado a fijarme en lo que sucede a

mi alrededor y, de todos modos, la agorafobia no llega a dejarme completamente sin sentido, como demostré anoche. Así pues, aunque entonces no le di importancia, quedó grabado en mi recuerdo el hecho de que tú habías llegado primero. Naturalmente, existe una solución lógica.

Baley hizo una pausa, como esperando que Giskard asintiera, pero el robot permaneció callado.

(Años después, aquélla sería la escena que primero acudiría a su mente al recordar su estancia en Aurora. No la tormenta, ni siquiera Gladia, sino aquellos momentos de tranquilidad bajo el árbol, con sus verdes hojas recortadas sobre el firmamento azul, la leve brisa, el suave rumor de los animales, y la presencia de Giskard frente a él, con sus ojos ligeramente brillantes).

—Me dio la impresión —continuó Baley— de que podías de alguna manera detectar mi estado mental y que sabías, pese a encontrarte tras una puerta cerrada, que estaba siendo presa de algún tipo de ataque. Es decir, en resumen y en palabras sencillas, me pareció que podías leer la mente.

—Sí, señor —respondió tranquilamente Giskard.

—Y que, de algún modo, también podías influir en la mente de los seres humanos. Creo que notaste que yo lo había detectado e intentaste borrarlo de mi memoria, de modo que no volviera a recordarlo o no comprendiera su significado si alguna vez surgía por casualidad en mi mente. Sin embargo, no lo conseguiste del todo, quizás porque tus poderes son limitados.

—Señor, la Primera Ley es imperiosa y primordial —contestó Giskard —. Tenía que acudir en su ayuda, aunque sabía perfectamente que me arriesgaba a ser descubierto. Por otro lado, sólo podía confundir su mente mínimamente para no causarle ningún daño.

—Comprendo que era una situación difícil —asintió Baley—. Así que borraste mi memoria mínimamente… Por eso cuando estaba lo bastante relajado para pensar con libres asociaciones de ideas, recordaba el incidente aunque sin poderlo precisar. Justo antes de perder la conciencia bajo la tormenta, supe que tú serías el primero en encontrarme, igual que en la nave. Quizá me encontraste por la radiación infrarroja de mi cuerpo, pero todas las aves y mamíferos del bosque radiaban igualmente, y ello podía confundirte. Sin embargo, también podías detectar la actividad cerebral

superior, incluso en mi estado de inconsciencia, y eso debió de ayudarte a localizarme.

—Sí, ciertamente me ayudó —asintió Giskard.

—Cada vez que yo recordaba, cuando estaba a punto de dormirme o de caer inconsciente, volvía a olvidar al recobrar la plena conciencia. Anoche, sin embargo, me acordé de nuevo y, en esa ocasión, no estaba solo. Gladia estaba conmigo y pudo repetir lo que yo había dicho: «Él llegó primero». Pero ni siquiera entonces pude recordar qué significaba hasta que una observación casual del doctor Fastolfe me dio una idea que logró cruzar la oscuridad de mi mente. Entonces, una vez supe lo que había sucedido, empecé a recordar más cosas. Así, en la nave, mientras me preguntaba si realmente estaríamos aterrizando en Aurora, tú me aseguraste que nuestro destino era Aurora antes de que llegara a hacerte la pregunta. Supongo que no deseas que nadie conozca tu capacidad para leer la mente, ¿verdad?

—Tiene razón, señor.

—¿Por qué ese interés por ocultarla?

—Mi capacidad para leer la mente me proporciona una facultad única para obedecer la Primera Ley, señor, así que valoro mucho su existencia, pues me permite proteger a los seres humanos con mucha mayor eficacia. Sin embargo, siempre me ha parecido que ni el doctor Fastolfe ni ningún otro ser humano toleraría la existencia de un robot con mis facultades telepáticas, y por ello las he mantenido en secreto. Al doctor Fastolfe le encanta contar la leyenda del robot telépata que Susan Calvin destruyó, y yo no deseo que el doctor imite conmigo la acción de la doctora Calvin.

—Sí, Fastolfe me contó esa leyenda. Sospecho que, subliminalmente, él conoce tu capacidad para leer la mente, pues de otro modo no insistiría en contar esa leyenda una y otra vez. Y por lo que a ti respecta, la actitud del doctor es un peligro pues, desde luego, fue la causa de que yo llegara a la conclusión de que poseías esta facultad.

—Hago cuanto está en mi mano para neutralizar el peligro sin intervenir en la mente del doctor Fastolfe. Habrá advertido que el doctor siempre hace hincapié, invariablemente, en la naturaleza irreal e imposible de esa leyenda del robot telépata.

—Sí, también recuerdo eso. Pero si Fastolfe no sabe que puedes leer la mente, eso indica que no estabas dotado de esa capacidad cuando fuiste diseñado. ¿Cómo, entonces, has llegado a adquirirla? No, no me lo digas, Giskard. Déjame ver si lo adivino. La señorita Vasilia estaba especialmente fascinada contigo cuando apenas era una jovencita que empezaba a interesarse por la robótica. Ella me habló de que había hecho algunos experimentos de programación contigo bajo la distante supervisión del doctor Fastolfe. ¿Podría ser que, en alguna ocasión y por puro accidente, Vasilia hiciera algo que te otorgara esa capacidad? ¿Estoy en lo cierto?

—Lo está, señor.

—¿Y sabes qué es ese «algo»?

—En efecto, señor.

—¿Eres el único robot con facultades telepáticas que existe?

—Hasta el momento, sí, señor. Pero habrá otros.

—Si yo te preguntara qué hizo la doctora Vasilia para darte esas facultades, o si te lo preguntase el doctor Fastolfe, ¿nos lo dirías en virtud de la Segunda Ley?

—No, señor, pues considero que les causaría daño saberlo y mi negativa a decirlo, obedeciendo la Primera Ley, tendría preferencia. No obstante, ese problema no llegaría a presentarse porque yo sabría que alguien iba a hacer la pregunta, acompañada de la orden correspondiente, y eliminaría ese impulso de hacerlo antes de que pudiera hacerse efectivo.

—Sí, claro —dijo Baley—. Anteanoche, cuando volvíamos del establecimiento de Gladia al del doctor Fastolfe, le pregunté a Daneel si había tenido algún contacto con Jander durante la estancia de éste en el establecimiento de Gladia, y él me respondió llanamente que no. Entonces me volví hacia ti para hacerte la misma pregunta y, por alguna razón, no llegué a formularla. Tú reprimiste mi impulso, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Porque si te hubiera hecho la pregunta, tú habrías tenido que decirme que le conocías bien en esa época, y no estabas dispuesto a dejar que yo lo supiera.

—En efecto, señor.

—Pero durante ese período de contacto con Jander, tú sabías que Amadiro estaba realizando pruebas con él ya que, según creo, también podías leer la mente de Jander, o detectar sus potenciales positrónicos…

—Sí, señor. Mis facultades telepáticas se extienden por igual a la actividad mental humana y a la de los robots.

—Tú desaprobabas las actividades de Amadiro porque estabas de acuerdo con Fastolfe en el asunto de la colonización de la galaxia.

—En efecto, señor.

—¿Por qué no detuviste, entonces, a Amadiro? ¿Por qué no eliminaste de su mente el impulso de realizar pruebas con Jander?

—Señor —respondió Giskard—, yo no intervengo alegremente en las mentes humanas. El propósito que guiaba a Amadiro era tan profundo y complejo que, para eliminarlo, hubiera tenido que hacer un gran trabajo; y se trata de un cerebro importante y avanzado al que no deseaba en modo alguno perjudicar. Dejé que el asunto se prolongara un largo período de tiempo, durante el cual calculé qué acción cumpliría mejor con la Primera Ley. Por fin, tomé una decisión sobre el modo más adecuado de corregir la situación. No resultó una decisión fácil.

—Así pues, decidiste inutilizar a Jander antes de que Amadiro pudiera deducir el método para diseñar un verdadero robot humaniforme. Método que tú ya conocías porque, después de tantos años de trabajo con el doctor Fastolfe, habías conseguido conocer perfectamente sus teorías a base de leer su mente. ¿Me equivoco?

—Acierta usted, señor.

—Así que, después de todo, Fastolfe no era el único con suficiente experiencia para desactivar a Jander.

—En cierto sentido, lo era, señor. Mi capacidad para hacerlo no era más que un reflejo, o una extensión, de la suya.

—Tanto da. ¿No comprendiste que la desactivación de Jander pondría al doctor Fastolfe en un grave peligro? ¿No advertiste que sería el principal sospechoso? ¿Habías decidido quizás que reconocerías tu culpabilidad y harías pública tu capacidad telepática, si era preciso, para salvarle?

—Desde luego, comprendía que el doctor Fastolfe se encontraría en una situación dolorosa, pero no tenía ninguna intención de reconocer mi

culpabilidad —respondió Giskard—. Esperaba utilizar la situación como excusa para hacerle venir a usted a Aurora.

—¿Para hacerme venir a mí? ¿Fue idea tuya que me llamaran?

Baley estaba estupefacto.

—Sí, señor. Con su permiso, me gustaría explicárselo.

—Adelante, por favor —dijo Baley.

—Yo había oído hablar de usted, tanto a la señorita Gladia como al doctor Fastolfe, y no sólo por lo que decían sino por lo que estaba en sus mentes. Estudié la situación de la Tierra y vi que los terrícolas vivían entre muros, de los cuales les resultaba difícil escapar; sin embargo, a mi entender, era igualmente obvio que también los auroranos vivían encerrados dentro de cuatro paredes.

»Los auroranos viven encerrados en unas paredes formadas por robots, que les protegen como un escudo contra las vicisitudes de la vida. Esos mismos robots, según los planes de Amadiro, tendrían que encargarse de construir nuevas sociedades igualmente escudadas que encerrarían los nuevos mundos colonizados por los auroranos. Los habitantes de Aurora también viven entre las paredes que forman sus largas vidas, lo que les obliga a sobrevalorar el individualismo y les priva de mancomunar sus recursos científicos. No es que entren excesivamente en disputas o controversias sino que, con la mediación del Presidente, exigen la eliminación de toda incertidumbre y pretenden adoptar decisiones o soluciones antes de que los problemas se hagan públicos. No se molestan en discutir entre todos cuáles pueden ser las mejores soluciones, sino que buscan, sobre todo, que las decisiones sean “tranquilas”.

»Los terrícolas viven entre muros de piedra, tangibles, cuya existencia es constatable físicamente, y siempre hay algunos que ansían escapar de ellos. Los muros de los auroranos no son materiales y ni siquiera son considerados como tales, de modo que a nadie se le ocurre escapar de aquello cuya existencia desconoce. Por ello, a mí me parecía que debían ser los terrícolas, y no los auroranos u otros espaciales, quienes tenían que colonizar la galaxia y fundar lo que algún día se convertirá en un imperio galáctico.

»Todo esto estaba en la línea de los razonamientos del doctor Fastolfe, y yo estaba plenamente de acuerdo con él.

»No obstante, el doctor se sentía satisfecho simplemente con haber concebido el razonamiento, mientras que yo, dadas mis facultades, no podía estarlo. Tenía que examinar por mí mismo la mente de, al menos, un terrícola, para así poder contrastar mis conclusiones. Y usted fue el terrícola que pensé que podría hacer venir a Aurora. La desactivación de Jander servía a la vez para detener a Amadiro y para poder traerle a usted al planeta. Con este fin, incité ligeramente a la señorita Gladia a que sugiriera al doctor Fastolfe la idea de traerle aquí como investigador. Después, incité al doctor, también muy ligeramente, a que la elevara al Presidente, y empujé a éste, muy ligeramente, a acceder a la petición. Una vez llegó usted a Aurora, me he dedicado a estudiarle, y lo que he encontrado me ha gustado.

Giskard dejó de hablar y adoptó de nuevo la actitud impasible de los robots. Baley frunció el ceño.

—Por lo que dices, supongo que no tiene ningún mérito la investigación que he llevado a cabo. Tú debes de haberte encargado de que fuera abriéndome paso hasta llegar a la verdad de lo sucedido.

—No, señor. Al contrario. He colocado en su camino algunos obstáculos… obstáculos razonables, por supuesto. No le permití que reconociera mi capacidad telepática, aunque me viera obligado a utilizarla para protegerle. Me aseguré de que en algunas ocasiones se sintiera abatido y desesperado, le impulsé a que se arriesgara a salir al exterior para estudiar sus respuestas. Y pese a todo, ha conseguido abrirse paso y superar todos los obstáculos, lo cual me complace mucho.

»He descubierto que echa de menos los muros de su Ciudad, pero que se da cuenta de que tiene que aprender a vivir sin ellos. He visto también que la visión de Aurora desde el espacio y la exposición a la tormenta le causaban malestar, pero que ninguna de ambas experiencias le impedía seguir pensando ni le apartaba de lo que consideraba su deber, que era la resolución del problema. Por último, he observado que sabe usted aceptar sus deficiencias y la brevedad de su vida, y que no elude la controversia.

—¿Cómo sabes que soy un buen representante de los habitantes de la Tierra en general?

—Sé que no lo es usted, señor. Pero he visto en su mente que hay algunos como usted, y desarrollaremos nuestros planes con ellos. Yo me cuidaré de ello y, ahora que conozco el camino a seguir, prepararé a otros robots como yo; y ellos también se cuidarán de ello.

—¿Quieres decir que llegarán a la Tierra robots con capacidad para leer la mente? —preguntó de pronto Baley.

—No, en absoluto. Y tiene usted razón al alarmarse. Implicar directamente a los robots en el proyecto significaría empezar a edificar los mismos muros que están llevando a Aurora y a los mundos espaciales a la parálisis. Los terrícolas tendrán que colonizar la galaxia sin robots de ningún tipo. Ello significará dificultades, peligros y daños sin medida que los robots evitarían en el caso de estar presentes pero, en el fondo, los humanos sacarán más provecho si se abren camino por ellos mismos. Y quizás un día, dentro de mucho tiempo, los robots puedan intervenir una vez más. ¿Quién sabe?

—¿Puedes ver el futuro? —preguntó Baley, curioso.

—No, señor, pero cuando se estudian las mentes como yo lo hago, se puede llegar a la indefinida sensación de que existen unas leyes que rigen la conducta humana igual que las Tres Leyes de la robótica gobiernan la de los robots. Y estas leyes humanas pueden indicarnos cómo puede desarrollarse el futuro, en líneas generales. Las leyes que rigen la conducta humana son mucho más complicadas que las Leyes de la robótica, y no tengo la menor idea de cómo pueden manifestarse. Quizá sean de naturaleza estadística, de modo que no pueden ser expresadas con precisión salvo cuando tratan grandes cantidades de población. También sospecho que las obligaciones que crean son mucho menos vinculantes que las robóticas, de modo que quizás carezcan de sentido a menos que esas grandes masas de población no sean conscientes de que operan dichas leyes.

—Dime, Giskard, ¿es esto a lo que el doctor Fastolfe se refiere cuando habla de la futura ciencia de la «psicohistoria»?

—Sí, señor. Yo inserté ese concepto en su mente, para que se iniciara pronto el proceso de creación de esa ciencia. Algún día será necesaria, ahora que la existencia de los mundos espaciales como culturas robotizadas formadas por seres humanos longevos está llegando a su fin y empieza una

nueva oleada de expansión humana, desarrollada por seres humanos de vida corta y sin robots.

»Y ahora —añadió Giskard poniéndose en pie—, creo que debemos volver al establecimiento del doctor Fastolfe y prepararnos para su partida, señor. Naturalmente, confío en que no repetirá a nadie cuanto hemos hablado aquí.

—Es estrictamente confidencial, te lo aseguro —respondió Baley.

—Perfectamente —dijo Giskard con calma—. Sin embargo, no debe usted temer la responsabilidad de tener que guardar silencio. Voy a permitirle recordar esta conversación, pero me aseguraré de que nunca sienta el menor impulso de comentarla con nadie.

Baley enarcó las cejas con gesto de resignación y dijo:

—Sólo una cosa más, Giskard, antes de que te pongas a manipular mi mente. ¿Podrás ocuparte de que Gladia no sea molestada en Aurora, de que no sea tratada despectivamente por el hecho de ser solariana y haber aceptado por marido a un robot, y de que… de que acepte los ofrecimientos de Gremionis?

—He oído el final de su conversación con la señorita Gladia, señor, y le comprendo a usted. Me cuidaré de ello. Bien, señor, ¿puedo despedirme de usted ahora que nadie nos está observando?

Giskard le tendió la mano; fue el gesto más humano que Baley había visto jamás en el robot.

Baley se la estrechó. Los dedos de Giskard eran fríos y duros.

—Adiós… amigo Giskard.

—Adiós, amigo Elijah, y recuerde que, aunque haya gente que aplique esta frase a Aurora, a partir de este instante la Tierra es el auténtico mundo del amanecer.